

**Compilación de textos de Anton
Pannekoek (1907-1954)**

INDICE

<i>El socialismo y la religión (1907)</i>	9
I.	9
II.	12
III.	17
IV.	22
<i>Hay reformas y reformas (1908)</i>	27
<i>La nueva clase media (1909)</i>	31
<i>La destrucción de la naturaleza (1909)</i>	47
<i>Esperanza en el futuro (1912)</i>	51
<i>Lucha de clase y nación (1912)</i>	57
Introducción	57
I - La nación y sus mutaciones	58
Concepción burguesa y concepción socialista	58
La nación como comunidad de destino	60
La nación campesina y la nación moderna	64
Espíritu humano y tradición	69
Nuestra tarea	74
II. La nación y el proletariado	75
El antagonismo de las clases	75
La voluntad de constituir una nación	79
La comunidad de cultura	82
La comunidad en la lucha de clase	87
La nación en el Estado del Futuro	93
III. La táctica socialista	101
Las reivindicaciones socialistas	101
Ideología y lucha de clase	106
El separatismo y la organización del partido	111

La autonomía nacional	117
<i>Acciones de masas y revolución (1912)</i>	123
Introducción	123
I. El poder de la burguesía y el poder del proletariado	125
II. La conquista del poder político	130
III. La acción de masas	138
IV. La lucha contra la guerra	151
<i>Teoría marxista y táctica revolucionaria (1912)</i>	165
1. Nuestras diferencias	165
2. Clase y masas	169
3. La organización	174
4. La conquista del poder	180
5. Actividad parlamentaria y acción de las masas	186
6. El marxismo y el papel del Partido	190
<i>El marxismo como hecho (1915)</i>	197
<i>La revolución alemana – Primera Fase (1918)</i>	203
<i>La socialización (1919)</i>	213
I	213
II	215
III	218
<i>Revolución mundial y táctica comunista (1920)</i>	223
I. La revolución rusa y sus consecuencias en la situación europea	223

II. El futuro de la revolución alemana y el peligro del oportunismo en la Tercera Internacional	227
III. El poder de la cultura burguesa en las masas de Europa occidental y la necesidad del proletariado de romper con las tácticas tradicionales	235
IV. El parlamentarismo es un obstáculo para la autoactividad del proletariado	243
V. El papel contrarrevolucionario de los sindicatos	249
VI. Las tareas del proletariado de Europa occidental	254
VII. Las últimas barreras del capital: los gobiernos socialistas o los sindicatos	260
VIII. El ejemplo de la Rusia Soviética	270
Postfacio. La claudicación de la Tercera Internacional	277
 <i>El nuevo blanquismo (1920)</i>	 285
 <i>Socialdemocracia y comunismo (1927)</i>	 293
1. El camino del movimiento obrero	293
2. La lucha de clases y socialización	298
3. Acción de masas y revolución	305
4. Democracia y parlamentarismo	311
5. La democracia proletaria o el sistema de consejos	317
 <i>El acto personal (1933)</i>	 325
 <i>La destrucción como método de lucha (1933)</i>	 329
 <i>La teoría del derrumbe del capitalismo (1934)</i>	 333
Marx y Rosa Luxemburg	334
Rosa Luxemburg y Otto Bauer	339

El esquema de reproducción de Grossman	342
Grossman contra Marx	352
Materialismo histórico	359
El nuevo movimiento obrero	365
<i>El sindicalismo (1936)</i>	371
<i>Los consejos obreros (1936)</i>	389
1. Los consejos obreros como la organización revolucionario del proletariado	389
2. Democracia soviética versus democracia burguesa	396
<i>Partido y clase (1936)</i>	403
<i>Sociedad y mente en la filosofía marxiana (1937)</i>	411
I.	411
II.	416
III.	419
<i>Capitalismo de estado y dictadura (1937)</i>	425
I.	425
II.	428
III.	432
<i>Observaciones Generales a la Cuestión de la Organización (1938)</i>	439
La formación de los sindicatos y los partidos políticos	439
La degeneración de ambas formas de organización en instrumentos del capital contra el proletariado	441

La tendencia espontánea a desarrollar nuevas formas de lucha y de organización 444

Las condiciones para la nueva forma de los Consejos Obreros.
Oposición entre democracia proletaria y democracia burguesa.448

Los límites de las viejas formas de actividad se corresponden al nivel de lucha reformista, su superación se nos presenta en germen en las acciones espontaneas 455

Para luchar contra el capital hay que luchar contra el sindicato (1938) 457

I. La organización y sus primeras formas 457

II. El devenir del viejo movimiento obrero 460

III. Las formas de organización revolucionarias 463

Por la acción directa 467

Consejos o Estado 469

Por que han fracasado los pasados movimientos revolucionarios (1940) 473

1. Introducción 473

2. El desarrollo revolucionario del capitalismo mundial y el distinto carácter de la revolución proletaria 474

3. La lucha revolucionaria en los países orientales y los países occidentales 478

4. De la crítica del bolchevismo a la autonomía obrera 481

5. El verdadero carácter de la Revolución Rusa y el papel de la III Internacional 485

6. Ante el comienzo de la nueva guerra hay que liberarse del bolchevismo 489

Materialismo y materialismo histórico (1942) 491

<i>El fracaso de la clase obrera (1946)</i>	505
La lucha contra el fascismo requería de un objetivo positivo, no otro socialismo de estado	505
La puesta en marcha de nuevos métodos para luchar el comunismo libre	508
El despertar de la resistencia a toda forma de explotación. El principio de la cooperación libre.	510
El desarrollo de formas de lucha autónomas	511
La decadencia del capitalismo impone la necesidad de la lucha revolucionaria	513
<i>Propiedad pública y propiedad común (1947)</i>	515
<i>Tesis sobre la lucha de la clase obrera contra el capitalismo (1947)</i>	520
<i>El Grupo de Comunistas Internacionales de Holanda (GIK) (1947)</i>	526
<i>Las huelgas (1948)</i>	531
<i>Sobre los consejos obreros (1952)</i>	535
<i>Dirección y revolución, discusión entre Cornelius Castoriadis y Anton Pannekoek (1953-54)</i>	539
I. La dirección proletaria por Cornelius Castoriadis	539
La dirección antes y después de la revolución	542
La dirección revolucionaria bajo el régimen de explotación	546
Constitución de una dirección en el período actual	549
Papel y tareas del grupo	551
II. Primera carta de Anton Pannekoek	552

III. Respuesta al camarada Pannekoek por <i>Cornelius Castoriadis</i>	558
IV. Segunda carta de Anton Pannekoek	566

El socialismo y la religión (1907)

I.

Si intentamos encontrar una clave para la relación recíproca entre socialismo y religión, en la actitud práctica de los oradores y escritores socialistas y la de los portavoces religiosos, seremos fácilmente llevados a creer que, a este respecto, reinan el mayor malentendido, confusión y contradicciones internas. Por un lado, vemos que numerosos trabajadores, cuando se unen a las filas de los socialistas, también arrojan por la borda su fe teológica y, a menudo, combaten la religión con ferocidad; es más, las enseñanzas, que forman la base y fuerza del socialismo actual, y que juntas forman una concepción del mundo enteramente nueva, están irreconciliablemente opuestas a la fe religiosa. Por otra parte, vemos a feligreses cristianos, incluso sacerdotes, reivindicar el socialismo, precisamente a cuenta de sus enseñanzas cristianas, y juntarse bajo la bandera del movimiento obrero. Y todos los agitadores y -lo que todavía es más importante- todos los programas de los partidos socialistas internacionales, declaran unánimemente la religión como un asunto privado de los individuos, en el que los otros no tienen por qué interferir.

No obstante, la mayoría de los sacerdotes y representantes oficiales de la religión combaten la socialdemocracia muy celosamente. Ellos sostienen que este movimiento apunta justamente a exterminar la fe, e insisten hipócritamente en todas las declaraciones de nuestros grandes campeones, Marx, Engels, Dietzgen, en que ellos hacen comentarios críticos sobre la religión y defienden su propio materialismo como una doctrina

científica. A esto, de nuevo, se oponen camaradas en nuestras propias filas que, confiando en la declaración de neutralidad hacia la religión de nuestro programa de partido, preferirían prohibir la extensión de tales posiciones, que herirían los sentimientos de la gente religiosa. Dicen que la meta de nuestro movimiento socialista es puramente económica. A ese respecto tienen razón, y no dejaremos de repetir esto una y otra vez en refutación de las mentiras de los predicadores. Nosotros no deseamos inocular a la gente una nueva fe, o un ateísmo, sino que, en su lugar, preferimos llevar a cabo una transformación económica de la sociedad. Deseamos desplazar la producción capitalista por otra socialista. Cualquiera puede comprender la practicabilidad de tal producción colectiva y sus ventajas sobre la explotación capitalista, por razones que nada tienen en absoluto que ver con la religión. Con este fin, queremos obtener el poder político para la clase obrera, dado que es indispensable como un medio para esta finalidad. La necesidad o, al menos, la conveniencia, de esta transferencia del poder político, puede ser entendida por cualquier trabajador a partir de su experiencia política, sin ninguna mayor ceremonia, sin entrar en consideración de si, en materia de fe, es protestante, católico, judío o un librepensador sin religión alguna. Nuestra propaganda, entonces, se consagrará exclusivamente al trabajo de elucidar las ventajas económicas del socialismo, y se evitará todo lo que pueda ir en contra del prejuicio de las mentes religiosas.

Pero por más evidente como pueda ser esta concepción, al menos en su primera parte, tiene todavía su inconveniente, y habrá pocos que estén de acuerdo con la última conclusión. Si fuera correcto, y si fuera nuestro objetivo predicar las bellezas del socialismo a todo el pueblo, entonces deberíamos dirigirnos, naturalmente, a todas las clases de sociedad, y en primer lugar a la más educada. Pero la historia del socialismo ha repudiado por completo a los sentimentalistas utópicos que querían hacer esto.

Se encontró que las clases poseedoras no se preocupaban de estas ventajas, y que la clase obrera se volvía cada vez más accesible a esta comprensión. Esto, en sí mismo, indica que tiene que tomarse en consideración algo más que meramente probar al pueblo la practicabilidad de una transformación económica de la sociedad. Esta transformación, y su instrumento, la conquista de poder político por la clase obrera, puede ser sólo el resultado de una gran lucha de clases. Pero, para llevar a su conclusión con éxito esta lucha de clases, es necesario organizar al conjunto de la clase obrera, despertar su inteligencia política, dotarla de una comprensión completa de las fuerzas internas que mueven el mundo. Es, además, necesario estar familiarizado con las fortalezas y debilidades de los oponentes de la clase obrera, con objeto de hacer el mejor uso de ellas, y para ser capaces de enfrentar energéticamente todas las influencias que podrían debilitar la fuerza interior y exterior del ejército organizado de los obreros. Sólo una clara apreciación de todos los fenómenos políticos y sociales puede preservar a los presentes dirigentes y miembros del movimiento socialista de los deslices y errores que podrían dañar seriamente la propaganda entre las masas todavía no ilustradas. Sólo el conocimiento profundo les capacitará para arrebatarse, mediante sus tácticas, siempre nuevas concesiones a sus enemigos y beneficiar a la clase obrera.

Si es un hecho que se requiere la mayor cantidad de conocimiento y comprensión en nuestras filas, para el propósito de emprender bien nuestra lucha, y si los escritos materialistas de nuestras principales mentes tienden a aumentar esta inteligencia, entonces implicaría grandes desventajas intentar ocultar y suprimir estos escritos y concepciones, por ninguna otra razón que la de evitar un choque con los prejuicios de la gente de conocimiento limitado.

Nuestra teoría, la ciencia socialista fundada por Marx y Engels, fue la primera en proporcionarnos claros vislumbres de

las diferentes interrelaciones que influyen en nuestro movimiento. Será, por consiguiente, necesario para nosotros volver a esta ciencia, para una respuesta satisfactoria a la cuestión de la relación entre el socialismo y la religión.

II.

Si queremos decidir nuestra actitud hacia la religión, para ello será necesario que primero nuestra ciencia nos esclarezca acerca del origen, la naturaleza y el futuro de la religión, y este esclarecimiento, como toda ciencia, debe basarse en la experiencia y en los hechos.

Ahora nos encontramos en todos los países con un movimiento socialista fuertemente desarrollado, con que la masa de obreros con conciencia de clase carece de religión, o sea, no creen en ninguna doctrina religiosa y no se adhieren a ninguna de ellas. Esto parece, a primera vista, de lo más peculiar, en tanto esta masa no ha recibido generalmente sino poca instrucción. Por otro lado, las clases “educadas”, es decir, la burguesía, retornan más y más a la fe, aunque hubiese una vez entre ellas un fuerte movimiento antirreligioso. Parece, entonces, que la creencia o la incredulidad no son, principalmente, un resultado de la cultura, de un cierto grado de conocimiento e ilustración. Los obreros socialistas son los primeros entre los cuales la irreligión aparece como un fenómeno social de masas. Debe haber alguna causa definida para esto, y si esto no se demuestra meramente un hecho transitorio, debe necesariamente producir una restricción cada vez mayor del campo de la religión por el socialismo.

Los partidarios de la religión sostienen que éste no es ora el caso, pues la religión, según ellos, algo es más, y más elevado, que una mera fe teológica. La devoción a un ideal, la disposición a hacer sacrificios por una gran causa, la fe en la victoria final del Bien -todo eso se dice que es también religión-. En este sentido, el movimiento socialista debe ser incluso llamado profundamente religioso. Por supuesto, no vamos a ser quisquillosos con las palabras. Diremos simplemente, por lo tanto, que esta acepción del término religión no es el acostumbrado. Sabemos muy bien que las gentes trabajadoras socialistas están llenas de un gran y alto idealismo, pero en su caso esto no está unido a una creencia en ningún poder sobrenatural, que se supone gobierna el mundo y guía los destinos de los hombres. Nosotros sólo usamos el término religión en este último significado, es decir, como una creencia en un dios.

Ahora permítasenos preguntarnos de dónde viene esta fe, y lo que significa. Es obvio que la fe en un poder sobrenatural, que gobierna a los hombres y el mundo, sólo puede existir en la medida en que las fuerzas reales que controlan los procesos de la naturaleza y en el mundo humano son desconocidas. Un Kaffir (cafre) que sirve como portero en una estación de la vía férrea sudafricana, y que de repente oye al aparato de Morse empezar a dar señales, cree que un dios está oculto en él. Se inclina profundamente ante el aparato y dice, reverentemente: “Yo informaré al jefe en seguida” (el operador del telégrafo). Esta concepción del hombre no instruido es totalmente comprensible, y de hecho es así como las gentes primitivas creyeron que la naturaleza a su alrededor estaba llena de toda clase de espíritus misteriosos. En su economía, ellos dependen totalmente de la naturaleza. Muchas fuerzas naturales y poderes desconocidos amenazan sus vidas y su trabajo, mientras que otros son favorables, útiles, beneficiosos para ellos. No tienen ningún medio para conocer y controlar esos poderes. Éstos se

les aparecen como sobrenaturales, viriles, fuerzas con voluntades independientes y buscan influenciarlos con los medios de su horizonte mental limitado, con las oraciones, los sacrificios, o, quizás, amenazas. El escaso conocimiento general requerido para su economía está íntimamente conectado con sus concepciones religiosas. Los sacerdotes deben su gran influencia precisamente al hecho de que ellos son los directores mentales de la producción. Así como, en su concepción de las fuerzas de la naturaleza, el conocimiento empírico elemental y crudo está mezclado con la superstición fantástica, así también sus ceremonias religiosas forman una mezcla de acciones necesarias en la producción y de acciones totalmente supersticiosas e inútiles.

La gente civilizada ya no está tan abrumadoramente influenciada por las fuerzas de la naturaleza. Aunque esto no quiere decir que sean científicamente entendidas en los comienzos de la civilización, con todo, los hombres están más fuera del alcance de su influencia directa. Sus métodos de producción y de trabajo se han vuelto tan desarrollados, que los hombres se sienten más independientes de los acontecimientos naturales y no están tan desvalidos frente a ellos como los salvajes. Cuando llegamos a una etapa más tardía de la civilización, a la edad del capitalismo, entonces nos encontramos con una ciencia natural en rápido desarrollo, que investiga las fuerzas y efectos de la naturaleza de modo sistemático y descubre sus secretos. Por la aplicación de esta ciencia en la técnica, las fuerzas de la naturaleza se hacen incluso un asunto de la producción de las necesidades de la vida. Para el hombre civilizado moderno, entonces, la naturaleza no posee más poderes misteriosos que pudiesen inducirle a creer en fuerzas sobrenaturales. Estos espíritus del pasado son domesticados y puestos a su servicio como fuerzas ordinarias de la naturaleza, cuyas leyes y procesos son conocidos para él.

No obstante, encontramos que la clase en la que esta cultura y su supremacía sobre la naturaleza se encarnan, ha permanecido, o se ha vuelto de nuevo, religiosa en su mayor parte, con excepción de una fuerte corriente temporal de materialismo burgués en el siglo diecinueve. ¿Por qué es esto así? ¿Qué razón tienen ellos para asumir la existencia de un gobernante sobrenatural de los destinos de la humanidad? En otras palabras, ¿qué fuerzas están allí, que todavía afectan fuertemente a la existencia de la burguesía, y que son todavía desconocidas en su origen y naturaleza y, por consiguiente, todavía pueden considerarse por ellos como fuerzas misteriosas y naturales? Estas fuerzas se derivan del orden social. El refrán dice, de hecho, que cada uno es el capitán de su propia alma, pero en la práctica la mayoría de los capitalistas averigua que esto no es verdad.

Como productor independiente, el capitalista puede hacerlo lo mejor posible, puede atender escrupulosa y frugalmente su negocio, puede explotar a sus empleados a fondo sin ningún sentimentalismo, puede mantener sus propios gastos dentro de un límite decente; pero, no obstante, los precios pueden caer hasta que tenga que vender casi sin beneficio, o incluso con una pérdida, y a pesar de sus esfuerzos el malvado monstruo del fracaso se cierne sobre él. O su negocio puede estar yendo bien, y puede estar acumulando dinero a una buena tasa, cuando de repente una crisis le alcanza y se traga todo su negocio. ¿Cómo ocurre esto? Él no lo sabe. Le falta el conocimiento de economía política que podría iluminarle sobre el hecho de que, el capitalismo, necesariamente debe producir grandes fuerzas sociales tales que pueden alzar al individuo a una elevada prosperidad si es afortunado, pero que también pueden destruirle. El origen de estas fuerzas debe buscarse en el hecho que la producción es, de hecho, social, pero sólo en la forma y apariencia de una producción dependiente de la empresa y el control privados.

El individuo se imagina que está trabajando de modo independiente, pero tiene que cambiar sus productos con otros, y las condiciones del intercambio, los precios y la posibilidad de intercambiar del todo, son decididas por la totalidad de las condiciones sociales. La producción no es regulada conscientemente por la sociedad. Su carácter social está por encima de la voluntad de la humanidad, lo mismo que las fuerzas de la naturaleza y, por esta razón, las leyes sociales se encaran al individuo con la inevitabilidad y la inexorabilidad cruel de las fuerzas naturales. Las leyes de esta naturaleza artificial, de este proceso de producción, son desconocidas a él; por eso él está ante ellas como el salvaje está ante las leyes de la naturaleza. Ellas traen destrucción y miseria en muchas formas, ocasionalmente también fortuna. Ellas gobiernan su destino caprichosamente, pero él no las conoce ni las entiende.

El proletariado socialista se sitúa ante estas fuerzas con una actitud diferente. Es precisamente su condición oprimida la que le priva de todo interés en la preservación del capitalismo y en la ocultación de la verdad sobre este sistema. Así, el proletario está capacitado para estudiar bien el capitalismo, está compelido a familiarizarse por completo con su enemigo. Ésta es la razón por la cual el análisis científico del capitalismo dado en *El Capital*, que es la obra de la vida de Karl Marx, encuentra repugnancia y poca comprensión por parte de los científicos burgueses, pero fue aclamado con aprecio entusiasta por el proletariado. Los proletarios encuentran en esta obra una revelación de las causas de su pobreza. Gracias a esta enseñanza, están capacitados para entender toda la historia del modo de producción capitalista. Se vuelven conscientes de las razones por las cuales ha de llegarles la hora de caer a innumerables pequeños burgueses, de por qué el hambre, la guerra y el sufrimiento a propósito de las crisis, tiene que seguirse necesariamente de esta producción. Pero ellos también ven de qué manera el capitalismo tiene que arruinarse por sus propias leyes. La clase obrera

entiende por qué, a través de su propia penetración (insight) y conocimiento, serán capaces de desplazar el capitalismo por una producción social regulada conscientemente, en la que ninguna fuerza misteriosa pueda ya traer la destrucción a la humanidad. La fracción socialista de la clase obrera, entonces, se sitúa ante las fuerzas sociales tan inteligente y comprensivamente como lo hacen los burgueses educados ante las fuerzas de la naturaleza.

Aquí, entonces, descansa la causa de la irreligión del moderno proletariado socialista y consciente como clase. No es el producto de ninguna propaganda antirreligiosa intencional. Ni es la reivindicación de ningún programa. Procede, más bien gradualmente, como consecuencia de la visión social más profunda que el pueblo trabajador adquiere mediante la instrucción en el campo de la economía política. El proletario no se divorcia de su fe por ninguna doctrina materialista, sino mediante la enseñanza que le permite ver clara y racionalmente a través de las condiciones de la sociedad, y en la medida en que capta el hecho de que las fuerzas sociales son efectos naturales de causas conocidas, la vieja fe en los milagros desfallece en él.

III.

Para entender la naturaleza de la religión por completo -y sólo una comprensión completa nos capacitará para apreciar sus efectos en la sociedad presente- debemos llegar a una concepción clara de la naturaleza de cosas espirituales en general. Es a este respecto que los escritos filosóficos de Josef Dietzgen son tan valiosos, porque ellos nos proporcionan claridad sobre la naturaleza de la mente, de los pensamientos humanos, las teorías, las doctrinas, sobre las ideas en general. Sólo de este

modo comprendemos plenamente nuestro papel en la vida social y en la lucha presente.

Cualquier cosa que esté en la mente, es una reflexión del mundo fuera de nosotros. Ha surgido a partir de este mundo. Nuestra concepción de las cosas verdadera y real se deriva de nuestra experiencia en el mundo, nuestra concepción de las cosas buenas y santas de nuestras necesidades. Pero estas reflexiones mentales no son meros cuadros reflejados, que reproducen el objeto exactamente como es, mientras que la mente juega un papel puramente pasivo. No, la mente transforma todo lo que asimila. A partir de las impresiones y sensaciones, a través de las cuales el mundo material ejerce una influencia sobre ella, ella elabora concepciones y asunciones mentales. Dietzgen ha explicado que la diferencia entre el mundo y mente, el original y la copia, es esto: que el infinitamente variado, concreto, siempre cambiante flujo de fenómenos, en los que la realidad consiste, se convierte mediante la mente en concepciones abstractas, fijas, inmutables, rígidas. En estas concepciones los hechos generales, duraderos, importantes, prominentes, son separados del cuadro multicolor de fenómenos y designados como la naturaleza de las cosas. Del mismo modo, espiritualizamos con los términos bueno, moral, santo, aquellas, de entre las muchas cosas e instituciones necesarias para nuestro bienestar, que son esenciales para la satisfacción de nuestros requerimientos de perduración, vitales y generales.

Es inherente a esta naturaleza de los conceptos y asunciones mentales que, aunque se derivan de la realidad, no pueden, con todo, seguir la realidad inmediatamente en sus incesantes alteraciones. Cuando una cosa ha sido recogida de la experiencia, una vez como una copia mental ésta se convierte en fija en la mente y permanece allí entronizada como una verdad reconocida; mientras, se están apiñando en la mente nuevas experiencias, con las cuales esa verdad ya no puede reconciliarse.

Al principio, esa verdad resiste, pero gradualmente tiene que ser sometida a modificación, hasta que, finalmente, cuando los nuevos hechos han sido acumulados en masas aplastantes, es derrocada, o completamente entendida y alterada. Ésta es la historia de todas las teorías científicas. El lugar de la vieja teoría es tomado por una nueva, que proporciona entonces un resumen abstracto y sistemático a la provisión entera de hechos materiales.

Nosotros no estamos tan interesados aquí en las teorías científicas, como en las concepciones generales acerca de la naturaleza del mundo y la posición del hombre en él incorporadas en las filosofías y las religiones. Éstas no son teorías abstraídas de las experiencias y observaciones especiales de exploradores dotados de conocimiento. Los hechos sobre los que están edificadas son más bien las experiencias y sentimientos de naciones enteras o de las clases populares. Ellas forman sus ideas y concepciones generales a partir de su experiencia concerniente a su propia posición en la naturaleza y los entornos sociales, particularmente los concernientes a los requerimientos de su vida. Dondequiera que poderosas fuerzas desconocidas les presionan -como hemos indicado antes- su concepción del mundo es dominada por fuerzas sobrenaturales, y otras concepciones se acoplan a este pensamiento fundamental. Éste fue el caso, hasta ahora, durante casi la totalidad de la historia, con sólo unas cuantas excepciones.

Entonces, en las doctrinas religiosas nosotros encontramos las concepciones primitivas generales acerca de la naturaleza del mundo y de las relaciones del hombre con esas fuerzas desconocidas, expresadas en formas mistificadas. Todo lo requerido para el mantenimiento o los intereses de esta clase de la población asume la forma de una ley divina. Cuando toda esperanza de mejora por medio de la autoafirmación se ha ido, como aconteció entre los proletarios romanos arruinados de los

primeros siglos de la cristiandad, entonces el dócil sufrimiento sin resistencia y el esperar inerte por la salvación sobrenatural se convierten en la más alta virtud. Pero, cuando se requiere una enérgica preparación para la guerra para mantener el dominio de un país conquistado, y es cumplida con éxito, como lo fue entre los judíos del Viejo Testamento, entonces Jehovah ayuda a su pueblo elegido, y aquellos que luchan valientemente obedecen sus leyes. Durante la gran lucha de clases en Europa, llamada la Reforma, cada una de las clases comprometida en la lucha consideraba como la voluntad de Dios cualquier cosa que estuviera de acuerdo con sus intereses de clase, pues cada cual sólo podía concebir esas cosas, que eran vitales para la existencia de su clase, como siendo absolutamente buenas y necesarias. Para los seguidores de Lutero, que amaba servir a un príncipe, la ley de Dios, o la verdad de Dios, demandaba la obediencia a la autoridad; para la burguesía libre de las ciudades ella demandaba la igualdad calvinista de los individuos y la selección por la gracia; para los campesinos rebeldes y los proletarios demandaba la igualdad comunista de toda la humanidad. Las religiones en pugna de ese período pueden compararse, de manera general, con los partidos políticos de hoy en día. Los miembros de la misma clase se agrupaban en torno a ellas, y en sus congresos (consejos) formaban, en la figura de confesiones de fe (nosotros diríamos programas, hoy día), sus concepciones generales de lo que ellos pensaban que era la verdad, lo bueno y lo necesario, y lo que era, consiguientemente, la verdad de Dios y la voluntad de Dios. En aquellos días la religión era algo vivo, profunda e íntimamente conectado con el conjunto de la vida, y por esta razón ocurría continuamente que la gente cambiaba su religión. El que un cambio de religión se considere meramente una suerte de violación del convencionalismo, como en nuestros días, es un indicativo de que la religión es dejada intacta por el gran movimiento social de los tiempos modernos, por las luchas que estimulan a los hombres, y deviene una mera cáscara muerta.

Con el desarrollo de la sociedad han surgido nuevas clases y nuevos antagonismos de clase. Han crecido, dentro de las comunidades previamente existentes, a partir de las distintas clases creyentes y de los antagonismos resultantes de ellas. Del mismo estrato del pequeño burgués han emergido grandes capitalistas y proletarios. La confesión de fe, que era anteriormente la expresión con un vestido teológico de una convicción social viva, se convierte en una fórmula rígida. La comunidad de creyentes, anteriormente una comunidad de intereses, se convierte en una cosa fosilizada. Las concepciones mentales persisten por la tradición como formas teológicas abstractas, mientras tanto no sean sacudidas por el fuerte vendaval de una nueva lucha de clases.

Cuando viene esta nueva lucha de clases, encuentra los viejos antagonismos tradicionales en su camino, y empieza entonces la lucha entre la fe tradicional y la nueva realidad. Los presentes intereses de clase efectivos son idénticos para la población trabajadora de diferentes confesiones religiosas, mientras que existe un profundo antagonismo de clase entre los trabajadores y capitalistas de la misma denominación religiosa. Pero la nueva realidad requiere tiempo para superar las viejas tradiciones. Desde los tiempos en que una comunidad religiosa representaba una comunidad viva de intereses, la asociación de los miembros de la misma fe ha sido transmitida como una tradición -y una tradición sagrada de aquella-. A causa de que esta asociación es la imagen mental de una realidad anterior, persiste como un hecho espiritual e intenta mantenerse contra la avalancha de los nuevos hechos, que influyen la mente del trabajador por su propia experiencia y por la propaganda socialista. Al final, el viejo grupo de concepciones e intereses, que se ha convertido en una cáscara muerta, debe ceder ante el nuevo grupo, basado en los intereses de clase actuales.

La religión, por consiguiente, sólo es temporalmente un obstáculo para el avance del socialismo. En virtud de la sacralidad vinculada a sus doctrinas y mandamientos, puede mantenerse más tiempo y más tenazmente que otras concepciones burguesas, y esta tenacidad ha creado a veces la impresión de que la fidelidad de los trabajadores religiosos sería un impedimento práctico y una refutación del socialismo teórico. Pero, a la larga, incluso esta ideología sucumbe al poder de la realidad, como los trabajadores católicos de Alemania han demostrado.

IV.

Las enseñanzas socialistas han inoculado a la clase trabajadora con una concepción del mundo enteramente nueva. La comprensión de que la sociedad está en un proceso de continua transformación, y de que la miseria, la pobreza, la explotación, y todo el sufrimiento de la actualidad, son sólo temporales y pronto cederán paso a un orden de sociedad que será inaugurado por su clase, en el que la paz, la abundancia y la fraternidad reinarán; esta comprensión debe revolucionar de abajo a arriba toda la concepción del mundo del trabajador. La teoría del socialismo suministra el fundamento científico de esta concepción del mundo. La economía política nos enseña a entender las leyes internas que mueven el proceso capitalista, mientras el materialismo histórico deja al descubierto los efectos de la revolución económica sobre las concepciones y acciones de la gente. Y esto está irreconciliablemente opuesto, como doctrina materialista, a la religión. El trabajador socialista, que ha reconocido sus intereses de clase, y que ha sido así inspirado con el entusiasmo por el gran objetivo de su lucha de clase, deseará

entonces, de modo natural, lograr un entendimiento claro de los fundamentos científicos de sus acciones prácticas. Con este fin, se informa de las doctrinas materialistas del socialismo. Pero esto no meramente a cuenta de la satisfacción derivada de una comprensión completa que, para los partidos socialistas, es necesaria para promover entre sus miembros una comprensión completa de estas enseñanzas. Más bien, es necesaria porque tal comprensión es indispensable para un empuje vigoroso de nuestra lucha.

El estado real de asuntos es, entonces, justamente el contrario del que creen y proclaman los teólogos. Nuestras doctrinas materialistas no sirven para privar a los trabajadores de su religión. Ellos sólo se aproximan a nuestras doctrinas después de que su religión ya se haya ido, y vienen a nosotros para una fundamentación más profunda y uniforme de sus puntos de vista. La religión no huye porque nosotros propaguemos las doctrinas del materialismo, sino porque la minan los simples nuevos espiguesos en el campo de economía, recogidos por una observación cuidadosa del mundo actual.

Al declarar que la religión es un asunto privado, no queremos decir que carezca de importancia para nosotros cuáles concepciones generales sostengan nuestros miembros. Preferimos una comprensión científica completa a una fe religiosa acientífica. Pero estamos convencidos de que las nuevas condiciones alterarán, por sí mismas, las concepciones religiosas y que la propaganda, religiosa o antirreligiosa, es incapaz de cumplir o impedir esto.

Aquí reside lo crucial de la distinción entre nuestra concepción y todas las anteriores, entre el movimiento proletario actual y los movimientos de clase anteriores. Nuestra teoría materialista nos ha descubierto los fundamentos efectivos de las luchas históricas anteriores. Ha demostrado que siempre fue una cuestión de luchas de clases e intereses de clases, cuya meta era la

transformación de las condiciones económicas. Los hombres no eran claramente conscientes de las razones materiales de sus luchas. Sus concepciones y objetivos estaban enmascaradas por una cubierta mística de verdades eternas y fines santos e infinitos. Sus luchas se llevaban adelante, por consiguiente, como luchas entre ideas, como luchas por la verdad divina en cumplimiento de la voluntad de Dios. Las luchas asumieron la forma de guerras religiosas. Más tarde, cuando la religión ya no ocupaba el primer puesto, cuando la burguesía, imaginando que podrían captar el mundo entero mediante la razón, luchaba contra los representantes de la iglesia y la nobleza, entonces esta burguesía imaginaba que estaban emprendiendo una lucha por lo racional último, por la justicia eterna basada en la razón. En ese periodo la burguesía abanderó el materialismo. Pero, en tanto todavía no entendían más que un poco de la auténtica naturaleza de la lucha, y la llevaban adelante en esa mistificación jurídica, aquí y allí [la presentaban] como una lucha contra la religión. No vieron que esta lucha no era otra cosa que una lucha de clase de la burguesía contra las clases feudales, y tenía por su objetivo solamente el establecimiento del modo capitalista de producción.

A este respecto, nuestra lucha de clase es diferente de todas las anteriores; pues, en virtud de nuestra ciencia materialista, nosotros la reconocemos exactamente como lo que es, a saber, una lucha por la transformación económica de la sociedad. Aunque percibimos la elevada importancia de esta lucha, y a menudo expresamos en nuestros escritos que traerá la libertad y la hermandad a la humanidad, realizará los ideales cristianos del amor humano y emancipará el pensamiento humano de la opresión de la superstición, no obstante nosotros no presentamos esta lucha como una lucha ética por un ideal moral, como una lucha jurídica por la libertad y la justicia absolutas, o como una lucha espiritual contra la superstición. Porque nosotros sabemos que, en realidad, se emprende para la revolución del modo de producción, por los requisitos de la

producción, y todas las demás cosas no son sino resultados que fluyen de esta base.

Esta clara apreciación de la naturaleza real de nuestra lucha se expresa en la declaración de que la religión es un asunto privado. No hay ninguna contradicción entre nuestra doctrina materialista y esta reivindicación práctica. No representan dos puntos de vista antagónicos, que deban reconciliarse, en el sentido de que "las consideraciones de practicabilidad" deben reconciliarse con "la entereza del principio teórico". No, al igual que nuestras llamadas consideraciones de practicabilidad son, en todas partes, resultados de una teoría que se entiende con claridad, así lo mismo aquí, como muestran las posiciones expuestas arriba. La declaración de que la religión es un asunto privado es, por lo tanto, una expresión de la naturaleza y finalidad claramente científicas de nuestra lucha, una consecuencia necesaria de nuestra teoría materialista de la historia, y sólo nuestro materialismo es capaz de proporcionar una defensa científica de esta reivindicación.

Hay reformas y reformas (1908)

La cuestión de la relación entre reforma y revolución ha jugado un papel preponderante en todos los debates de estos últimos años. Lo vimos en los congresos de Nuremberg y de Toulouse.

La gente busca oponer la reforma a la revolución. Camaradas intransigentes, siempre preocupados con la revolución, son acusados de menospreciar la reforma. En el lado opuesto se encuentra la concepción que dice que las reformas realizadas sistemática y metódicamente en la sociedad actual llevan al socialismo sin que sea necesaria una ruptura violenta.

El rechazo por la reforma es más anarquista que socialista. Está tan poco justificado como la concepción reformista. La revolución no puede ser opuesta a la reforma porque está compuesta, en última instancia, de reformas, pero de reformas socialistas.

¿Para qué buscamos conquistar el poder sino es para llevar adelante decisivas reformas sociales en dirección al socialismo? Es posible que algún cerebro anarquista o burgués haya concebido la idea de la destrucción de la vieja sociedad y la introducción de un nuevo modo de producción mediante un decreto. Pero los socialistas sabemos que un nuevo modo de producción no puede ser improvisado mágicamente; sólo puede provenir de lo viejo mediante una serie de reformas. Pero nuestras reformas serán de una clase completamente diferente, incluso de aquellas de la burguesía más radicalizada. La declaración de estas reformas pondrá a temblar a los reformistas burgueses que nunca paran de hablar en los congresos acerca de las reformas sociales, quejándose de su dificultad. Por el otro lado, los corazones de los proletarios saltarán de alegría. Sólo cuando conquistemos el poder podremos llevar a cabo

completamente nuestra tarea. Una vez adueñados de este poder, sin tener que tomar en cuenta los intereses capitalistas, el proletariado tendrá que destruir todas las miserias de nuestro régimen desde la raíz. Entonces avanzaremos rápidamente, mientras hoy cada paso debe ser dolorosamente conquistado y defendido, y a veces las posiciones conquistadas son vueltas a perder. Esa será la era de la verdadera reforma, en comparación con la cual las más grandes reformas de la burguesía no serán más que trabajo muy mal hecho.

Después de haber conquistado el poder, el proletariado sólo puede tener una meta: la abolición de su pobreza mediante la abolición de las causas que la originan. Abolirá la explotación de las masas populares mediante la socialización de los monopolios y los trusts. Pondrá fin a la explotación de los niños, y consagrará grandes masas de recursos a la educación física e intelectual de los hijos del pueblo. Suprimirá el desempleo mediante la provisión de trabajo productivo para todos los desempleados. Encontrará los recursos para llevar a cabo este trabajo de reforma en las colosales riquezas acumuladas. Asegurará y desarrollará la finalmente conquistada libertad mediante la realización completa de la democracia y la autonomía.

La revolución social no es más que esta reforma social. En la realización de este programa el proletariado revoluciona el modo de producción, porque el capitalismo sólo puede subsistir mediante la miseria del proletariado. Una vez que el poder político haya sido conquistado por el proletariado y el desempleo haya sido suprimido, será fácil para las organizaciones sindicales subir considerablemente los salarios y mejorar gradualmente las condiciones de trabajo, hasta la desaparición del beneficio. La explotación se volverá tan dificultosa que los capitalistas se verán obligados a abandonarla. Los obreros tomarán su lugar y organizarán la producción eliminando el parasitismo. El trabajo

positivo de la revolución tendrá comienzo. La reforma social proletaria lleva directamente a la realización completa del socialismo.

¿Qué distingue a la revolución de lo que hoy en día se llama reforma social? Su profundidad. La revolución es una serie de reformas profundas y decisivas. ¿De dónde viene este carácter decisivo? De la clase que las lleva a cabo. Hoy es la burguesía, o aun la nobleza, la que tiene el poder. Todas estas clases naturalmente hacen lo que hacen por sus propios intereses. Es en su interés que acuerdan con los obreros algunas pocas mejoras. Tan pronto como ven que las reformas no tienen éxito en calmar al pueblo empiezan a promulgar nuevas leyes de carácter opresivo. En Alemania estas leyes son contra la libertad de reunión, contra las cooperativas, contra los fondos de enfermos, etc. Después de la revolución el proletariado actuará en su propio interés haciendo que la máquina estatal trabaje para él. La diferencia entre revolución y reforma social reside consecuentemente en la clase que tiene el poder.

Aquellos que creen que vamos a lograr realizar el socialismo gradualmente mediante reformas sociales dentro del régimen actual no entienden los antagonismos de clase que determinan estas reformas. La actual reforma social, teniendo como meta la preservación del sistema capitalista, se encuentra ella misma en oposición a la reforma proletaria del mañana, que tendrá como meta lo contrario: la abolición del sistema.

La conexión orgánica que existe hoy entre reforma y revolución es completamente diferente. En la lucha por reformas la clase se desarrolla y se fortalece. Termina conquistando el poder político. Esta es la unidad de reforma y revolución. Es sólo en este sentido especial que puede decirse que de hoy en adelante trabajamos cada día por la revolución.

La nueva clase media (1909)

La clase media es la que está entre los estratos más altos y los más bajos de la sociedad. Arriba está la clase de los grandes capitalistas; bajo ella el proletariado, la clase de los obreros asalariados. Ella constituye el grupo social de ingresos intermedios. De acuerdo con esto, no está separada con igual agudeza de las otras dos clases. Del gran capitalista, el pequeño burgués sólo se distingue por una diferencia de grado; él tiene una cantidad menor de capital, un negocio más modesto. Por consiguiente, la cuestión de a quién pertenece esta clase de pequeños burgueses es difícil de contestar. Cada capitalista que sufre la competición de capitalistas todavía más grandes denuncia a los que están por encima de él y grita por ayuda en nombre de la clase media.

Del proletariado, al contrario, el pequeño burgués está separado por una diferencia de clase, en la función económica. Aunque su negocio y su ingreso sean siempre tan pequeños, es independiente. Vive en virtud de su propiedad sobre los medios de producción, como cualquier otro capitalista, y no de la venta de su fuerza de trabajo, como un proletario. Pertenece a la clase que emprende empresas, que debe poseer algún capital para continuarlas; a menudo él mismo emplea a obreros. Por consiguiente, está agudamente diferenciada de la clase obrera asalariada.

En épocas anteriores, esta clase de pequeños capitalistas constituía el grueso de la población industrial. El desarrollo social, sin embargo, ha provocado gradualmente su destrucción. La fuerza motriz de este desarrollo fue la competición. En la lucha por la existencia, los capitalistas más grandes, los más aptos financiera y técnicamente para sobrevivir, dejaron fuera a los más pobres y atrasados. Este proceso ha continuado en tal magnitud

que, en la actualidad, la producción industrial se lleva adelante casi exclusivamente a gran escala; en la industria la pequeña producción sobrevive sólo en la forma de trabajo de reparación o actividades artísticas especiales. De los miembros de la clase media más temprana, un pequeño número se ha elevado al rango de grandes capitalistas; la gran mayoría ha perdido su independencia y se ha hundido en el proletariado. Para la generación actual, la clase media industrial tiene sólo una existencia histórica.

La clase a la que me refería en mi primer párrafo es la clase media comercial. Este estrato social, como hemos visto, y todavía vemos, decayendo ante nuestros ojos, está compuesto por pequeños comerciantes, tenderos, etc.. Sólo durante las últimas décadas han entrado los grandes capitalistas en el negocio al por menor; sólo recientemente han empezado a establecer empresas filiales y casas de venta por correo, expulsando así a las empresas pequeñas o forzándolas a un trust. Si, durante los tiempos recientes, ha habido un gran lamento acerca de la desaparición de la clase media, debemos tener presente que es sólo la clase media comercial la que está en cuestión. La clase media industrial se vino abajo hace tiempo y la clase media agraria devino subordinada al capitalismo sin perder las formas de independencia.

Al considerar el declive de la clase media, tenemos la teoría del socialismo en una cáscara de nuez. El desarrollo social que resultaba de este fenómeno hizo del socialismo una posibilidad y una necesidad. Mientras la gran masa del pueblo fuesen productores independientes, el socialismo solamente podía existir como la utopía de teóricos individuales o pequeños grupos de entusiastas; no podía ser el programa práctico de una gran clase. Los productores independientes no necesitan el socialismo; no quieren ni siquiera hablar de él. Ellos poseen sus medios de producción y éstos son para ellos la garantía de un

sustento. Incluso la triste posición a la que están obligados por la competición con los grandes capitalistas puede difícilmente volverlos favorables al socialismo. Les hace únicamente los más ávidos en convertirse en grandes capitalistas. Pueden desear, ocasionalmente, limitar la libertad de competición --quizás, bajo el nombre de socialismo--; pero no quieren abandonar su propia independencia o libertad de competencia. Por consiguiente, mientras existe una clase media fuerte, ésta actúa como un muro de protección para los capitalistas contra los ataques de los obreros. Si los obreros demandan la socialización de los medios de producción, encuentran en esta clase media solamente un oponente tan agrio como en los mismos capitalistas.

El decaimiento de la clase media significa la concentración de capital y el crecimiento del proletariado. El capital encara, por consiguiente, a un ejército siempre creciente de oponentes y es apoyado por un número constantemente decreciente de defensores. Para el proletariado, el socialismo es una necesidad; constituye el único medio de proteger el trabajo contra el robo por una horda de parásitos inútiles, el único baluarte contra la necesidad y la pobreza. Como la gran masa de la población viene a consistir cada vez más en proletarios, el socialismo, además de ser una necesidad, viene a ser cada vez más una posibilidad; pues la guardia personal de la propiedad privada se hace constantemente más débil y se vuelve impotente contra las fuerzas constantemente ascendentes del proletariado.

No hace falta decir, por lo tanto, que la burguesía ve con alarma la desaparición de la clase media. El nuevo desarrollo, que inspira al proletariado la esperanza y la confianza, llena a la clase dominante de miedo por su futuro. Cuanto más rápido el proletariado, su enemigo, incrementa su número, más rápido la clase propietaria decrece, más ciertamente ve la burguesía que se aproxima su condena. ¿Qué hacer?

Una clase dominante no puede renunciar voluntariamente a su propio predominio; pues este predominio aparece ante ella como el único fundamento del orden del mundo. Debe defender este predominio; y esto sólo puede hacerlo mientras tenga esperanza y confianza en sí misma. Pero las condiciones efectivas no pueden dar confianza en sí misma a la clase capitalista; por consiguiente, crea para sí misma una esperanza que no tiene apoyo en la realidad. Si esta clase fuese alguna vez a ver los principios de la ciencia social, perdería toda fe en sus propias posibilidades; se vería como un déspota envejecido con millones de víctimas perseguidas marchando sobre él desde todas las direcciones y gritándole sus crímenes en sus oídos. Temerosamente se encierra, cierra sus ojos a la realidad y ordena a sus mercenarios inventar fábulas para disipar la horrible verdad. Y éste es exactamente el camino de la burguesía. Para no ver la verdad, ha designado profesores para aliviar su turbado espíritu con fábulas. Son bonitas fábulas que glorifican su dominio, que deslumbran sus ojos con visiones de una vida eterna y dispersan sus dudas y sueños del mismo modo que muchas pesadillas. ¿Concentración de capital? El capital está todo el tiempo siendo democratizado a través de la creciente distribución de acciones y bonos. ¿Crecimiento del proletariado? El proletariado está al mismo tiempo haciéndose más disciplinado, más dócil. ¿Decaimiento de la clase media? Un sin sentido; una nueva clase media está ascendiendo para tomar el lugar de la vieja.

Es esta doctrina de la nueva clase media la que deseo discutir en cierto detalle en el presente escrito. A esta nueva clase pertenecen, en primer lugar, los profesores. Su función es confortar a la burguesía con teorías acerca del futuro de la sociedad, y es entre ellos que esta fábula de la nueva clase media encontró su origen. En Alemania estaban Schmoller, Wagner, Masargh y una hueste de otros, que se dedicaron a la labor de elaborarla. Explicaron que la doctrina socialista acerca de la desaparición de la clase media era de escasa importancia. Cada

tabla de estadísticas mostraba que los ingresos intermedios seguían siendo casi exactamente tan numerosos como en tiempos anteriores. En los puestos de los productores independientes en desaparición estaban apareciendo otros grupos de población. La industria a gran escala demandaba un inmenso ejército de funcionarios intermedios: inspectores, especialistas, ingenieros, gerentes de departamento, jefes, etc. Ellos formaban una completa jerarquía de oficiales; ellos eran los funcionarios y subalternos del ejército de la industria, un ejército en que los grandes capitalistas son los generales y los obreros los soldados comunes. Los miembros de las llamadas vocaciones “libres”, médicos, abogados, autores, etc., también pertenecían a esta clase. Una nueva clase, entonces, que, constantemente creciente en número, se decía que estaba tomando el lugar ocupado anteriormente por la vieja clase media.

Esta observación en sí misma es correcta, aunque en absoluto nueva. Todo lo que hay de nuevo sobre ello es su exposición con miras a la refutación de las teorías socialistas de las clases. Fue expresada claramente, por ejemplo, por Schmoller a un Congreso Social Evangélico celebrado en Leipsic tanto tiempo atrás como en 1897. La audiencia estalló de jubiloso entusiasmo ante las buenas noticias, y declaró en una resolución: “El congreso anota con placer la tranquilizadora y científicamente fundada convicción del orador de que el desarrollo económico de los tiempos modernos no conduce necesariamente a la destrucción de una clase tan útil para el bienestar de la sociedad como la clase media.” Y otro profesor declaraba: “Él nos ha llenado del optimismo por el futuro. Si no es verdad que la clase media y la pequeña burguesía están desapareciendo, no se nos obligará a alterar los principios fundamentales de la sociedad capitalista.”

El hecho de que la ciencia es meramente la sirviente del capitalismo no podría expresarse más claramente que en tales

declaraciones. ¿Por qué esta declaración de que la clase media no está decayendo es aclamada como tranquilizadora? ¿Por qué crea contentamiento y optimismo? ¿Es porque a través de ella los obreros lograrán mejores condiciones, estarán menos explotados? No, justo lo contrario. Si esta declaración es verdad, el obrero será mantenido para siempre en la esclavitud por un ejército permanente de enemigos; lo que parece impedir su liberación es proclamado como tranquilizante y optimista. El objeto de esta ciencia no es el descubrimiento de la verdad, sino la certeza de una clase de parásitos crecientemente superflua. No sorprenda que entre en conflicto con la verdad. Fracasa no sólo en su denegación de la enseñanza socialista, sino en su tranquilización de la clase capitalista. El consuelo que aporta no es nada más que un autoengaño.

La doctrina socialista acerca de la concentración del capital no implica la desaparición de los ingresos medios. No tiene nada que ver con los ingresos relativos; trata, por el contrario, de las clases sociales y sus funciones económicas. Para nuestra teoría, la sociedad no consiste en pobres, gente de buen hacer y ricos, no consiste en aquéllos que no poseen nada, poco o mucho; en su lugar, consiste en clases, cada una de las cuales juega un papel separado en la producción. Una clasificación meramente externa, superficial, de acuerdo con los ingresos, siempre ha sido un medio con el que los escritores burgueses han confundido las condiciones sociales efectivas y producido oscuridad en lugar de claridad. La teoría socialista restaura la claridad y la exactitud científica, concentrando la atención sobre las divisiones naturales de la sociedad. Este método ha hecho posible formular la ley del desarrollo social; la producción a gran escala reemplaza constantemente a la producción a pequeña escala. Los socialistas mantienen que tienden a desaparecer más y más no los ingresos medios, sino los pequeños productores independientes. Esta generalización no la atacan los profesores; todo el que se familiariza con las condiciones sociales, cualquier

periodista, cualquier funcionario de gobierno, cualquier pequeño burgués, cualquier capitalista sabe que es correcto. Con la misma declaración de que la clase media está siendo rescatada por una nueva clase creciente, se reconoce específicamente que la anterior está desapareciendo.

Pero esta nueva clase media tiene un carácter completamente diferente del de la vieja. Que esté entre los capitalistas y los obreros y subsista por un ingreso medio constituye su único parecido a la pequeña burguesía de tiempos anteriores. Mas ésta era la característica menos esencial de la clase pequeñoburguesa. En su carácter esencial, en su función económica, la nueva clase media difiere absolutamente de la vieja. Los miembros de la nueva clase media no son unidades industriales autosuficientes o independientes; están al servicio de otros, de aquéllos que poseen el capital necesario para hacerse cargo de empresas. Económicamente considerada, la vieja clase media consistía en capitalistas, aun cuando fuesen pequeños capitalistas; la nueva consiste en proletarios, aún cuando sean proletarios altamente remunerados. La vieja clase media vivía por virtud de su posesión de los medios de producción; la nueva crea su sustento a través de la venta de su fuerza de trabajo. El carácter económico de la última clase no se modifica en nada por el hecho de que esta fuerza de trabajo sea de una cualidad altamente desarrollada; que, por lo tanto, reciba comparativamente salarios altos; no cambia nada más por el hecho de que esta fuerza de trabajo sea principalmente de un tipo intelectual, que dependa más del cerebro que de los músculos. En la industria moderna el químico y el ingeniero son tratados como meros trabajadores asalariados; sus fuerzas intelectuales son explotadas al límite del agotamiento justamente como las fuerzas físicas del trabajador común.

Con la declaración de este hecho la charla profesoral sobre la nueva clase media es revelada en toda su estupidez; es

una fábula, una pieza de autoengaño. Como una protección contra el deseo del proletariado de la expropiación, la nueva clase media no puede nunca tomar el lugar de la vieja. Los pequeños capitalistas independientes de tiempos anteriores se sentían interesados en el mantenimiento de la propiedad privada de los medios de producción porque eran ellos mismos propietarios de medios de producción. La nueva clase media no tiene el más ligero interés en mantener para otros el privilegio del que ellos mismos no participan. Para ellos es lo mismo si están al servicio de un fabricante individual, una compañía anónima o una organización pública, como la comunidad o el Estado. Ya no sueñan con administrar alguna vez un negocio independiente; saben que tienen que seguir toda su vida en la posición de subordinados. La socialización de los medios de producción no cambiará su posición con excepción de que la mejorará, liberándoles del capricho del capitalista individual.

Se ha comentado a menudo por los escritores burgueses que la nueva clase media tiene una posición mucho más segura que la vieja y, por lo tanto, menos base para el descontento. El hecho de que las compañías anónimas destruyan a los pequeños hombres de negocios es una acusación que no puede permitirse que cuente contra sus muchas ventajas; esto es realmente insignificante, en vista del hecho de que a los pequeños hombres de negocios, después de ser arruinados, les son dados puestos al servicio de la compañía, donde, como regla, su vida es mucho más libre de preocupaciones de lo que era en primer lugar (Hemburg). ¡Extraño, entonces, que ellos se esforzasen durante tanto tiempo, sacrificasen su riqueza y ejerciesen su fuerza hasta el extremo, para mantenerse en sus viejas posiciones mientras todo el tiempo tal atracadero tentador estaba invitándolos! Lo que estos apologistas del sistema capitalista ocultan cuidadosamente es la gran diferencia entre la dependencia actual y la independencia anterior. El hombre de la clase media de tiempos anteriores sin duda sentía la presión de la necesidad, de

la competición; pero el hombre de la nueva clase media debe obedecer a un amo extraño, que puede despedirlo arbitrariamente en cualquier momento.

Ora, es ciertamente verdad que aquellos que sirven al capitalista moderno como obreros técnicos cualificados o funcionarios de la compañía no son torturados por las preocupaciones que agobiaban el espíritu del pequeño burgués de días anteriores. A menudo, también, sus ingresos son mayores, pero, en lo que concierne al mantenimiento del sistema capitalista, son despreciables. No es el descontento personal, sino el interés de clase, la fuerza motriz de la revolución social. En muchos casos, incluso el obrero asalariado industrial de hoy está en una mejor posición que el pequeño campesino independiente. No obstante los campesinos, en virtud de la posesión de sus pequeños pedazos de tierra, tienen un interés en el mantenimiento del sistema de propiedad privada, mientras que el obrero asalariado demanda su destrucción. Lo mismo es cierto para la clase media: los pequeños capitalistas oprimidos y descontentos, a pesar de las desventajas de su posición, eran sostenes del capitalismo; y ésto los empleados de los consorcios (trust) modernos, mejor situados y libres de preocupaciones, nunca pueden serlo.

Este hecho no significa nada más que: que las frases profesoras, pensadas para tranquilizar a la burguesía con la noción de esta nueva clase media y esconder así de ellos la tremenda transformación que ha tenido lugar, han resultado ser un puro engaño, sin aun el más remoto parecido con la ciencia. La declaración de que la nueva clase ocupa la misma posición en la lucha de clases que la que ocupara la pequeña burguesía del pasado, se ha demostrado un engaño despreciable. Pero, en lo que se refiere a la posición real de esta nueva clase, a su función

efectiva en nuestro organismo social, apenas la he mencionado de pasada¹.

La nueva clase media intelectual tiene una cosa en común con el resto del proletariado: está formada por desposeídos, por aquellos que venden su fuerza de trabajo y, por consiguiente, no tienen interés en el mantenimiento del capitalismo. Es más, tiene en común con los obreros el hecho de que es moderna y progresiva, que, a través del funcionamiento de las fuerzas sociales reales, se vuelve constantemente más fuerte, más numerosa, más importante. Por consiguiente, no es una clase reaccionaria, como lo era la vieja pequeña burguesía; no anhela los viejos buenos días precapitalistas. Mira hacia delante, no hacia atrás.

Pero esto no significa que los intelectuales vayan a situarse lado a lado con los obreros asalariados en todos los aspectos, que como el proletariado industrial estén predispuestos a convertirse en reclutas del socialismo. Con seguridad, en el sentido económico del término, ellos son proletarios; pero forman un grupo muy especial de obreros asalariados, un grupo que está socialmente tan agudamente separado de los proletarios reales que forman una clase especial con una posición especial en la lucha de clases.

En primer lugar, su paga superior es una cuestión de importancia. Ellos no conocen nada de la pobreza real, de la miseria, del hambre. Sus necesidades pueden exceder sus ingresos y provocar así una disconformidad que da significado real a la expresión “pobreza dorada”; aun no les compele la necesidad inmediata, como lo hace a los proletarios reales, a

¹ Debido a que el papel del intelectual en el movimiento socialista ha sido recientemente objeto de controversia, me siento obligado a observar que estamos tratando aquí de un asunto completamente diferente. En las discusiones de partido la cuestión ha sido: ¿Qué papel pueden jugar los intelectuales individuales dentro del movimiento socialista?. El problema que aquí tenemos bajo consideración es: ¿Cuál es el papel del conjunto de la clase de los intelectuales en la lucha general de las clases?

atacar el sistema capitalista. Su posición puede despertar el descontento, pero la de los obreros es insoportable. Para ellos, el socialismo tiene muchas ventajas; para los obreros es una necesidad absoluta.

Añadido a esto, debe recordarse que este cuerpo de intelectuales y empleados industriales altamente remunerados se divide en un amplio número de estratos variados. Estos estratos están determinados principalmente por las diferencias en el ingreso y la posición. Empezamos en la cúspide con las cabezas de departamentos, superintendentes, gerentes, etc., y seguimos abajo hasta los jefes y empleados de oficina. De éstos últimos no hay más que un paso hasta los obreros mejor pagados. Así, en tanto a lo que a ingreso y posición se refiere, hay realmente un descenso gradual del capitalista al proletario. Los estratos superiores tienen un carácter definitivamente capitalista; los más bajos son más proletarios, pero no hay ninguna línea divisoria precisa. A cuenta de estas divisiones los miembros de esta nueva clase media carecen de la unidad de espíritu que hace la cooperación fácil para el proletariado.

El estado de asuntos cabalmente descrito les impide mejorar su posición en su lucha. Es de su interés, como lo es de los demás trabajadores, vender su fuerza de trabajo al precio más alto posible. Los obreros lo llevan a cabo uniendo fuerzas en los sindicatos; como individuos están indefensos frente a los capitalistas, pero unidos son fuertes. Sin duda esta clase alta de empleados podría hacer más para coaccionar a los capitalistas si formasen ellos mismos un gran sindicato. Pero esto es infinitamente más difícil para ellos que para los obreros. En primer lugar, están divididos en un sinnúmero de grados y rangos, alineados uno por encima del otro; no se encuentran como camaradas y así no pueden desarrollar el espíritu de solidaridad. Cada individuo no hace una cuestión de orgullo personal mejorar la condición de su clase entera; lo importante es, más bien, que

luche personalmente por ascender a la próxima línea superior. Para hacer esto, en primer lugar, es necesario que no recaiga sobre él el desagrado de la clase patronal oponiéndose a ella en una lucha industrial. De este modo, la envidia mutua de las líneas superiores e inferiores impide la acción cooperativa. No puede desarrollarse un fuerte lazo de solidaridad. De esta condición resulta que el empleado de la clase en cuestión no coopere en cuerpos amplios; ellos hacen sus esfuerzos separadamente, o sólo unos cuantos juntos, y esto los hace cobardes ante ellos; no sienten en sí mismos el poder que los obreros sacan de la conciencia del número. Y luego, también, ellos tienen más que temer del disgusto de los amos; un despido para ellos es una cuestión mucho más seria. El obrero está siempre al borde de la inanición y así el desempleo tiene pocos terrores para él. El empleado de clase alta, por el contrario, tiene una vida comparativamente agradable, y es difícil encontrar una nueva posición.

Por todas estas razones, esta clase de intelectuales y altos empleados está impedida de instituir una lucha en líneas sindicales por la mejora de su posición. Solamente en los rangos más bajos, donde gran número trabajan bajo las mismas condiciones y la vía de la promoción es difícil, hay algunos signos de un movimiento sindical. En Alemania dos grupos de empleados de esta clase han hecho tardíamente un comienzo. Uno de estos grupos consiste en capataces de las minas de carbón. Estos hombres forman una clase muy elevada del trabajo, pues además de supervisar la industria tienen que atender a los arreglos diseñados para asegurar condiciones sanitarias y de seguridad de los accidentes. Condiciones especiales les han obligado claramente a organizarse. Los empresarios millonarios, en su codicia de ganancias, han descuidado los dispositivos de seguridad en tal magnitud que hace inevitables las catástrofes. Algo tenía que hacerse. Hasta ahora la organización es todavía débil y tímida, pero es un

principio. El otro grupo está compuesto de maquinistas e ingenieros. Se ha extendido por toda Alemania, se ha vuelto tan importante, de hecho, como para ser hecho un blanco de ataque por los capitalistas. Un número de patronos implacables demandó que sus hombres desertasen de la organización, y cuando rechazaron hacerlo los despidieron. Hasta el presente, el sindicato no ha sido capaz de hacer nada por estas víctimas excepto apoyarles; pero aun en esto ha alzado los garrotes contra la clase capitalista.

Para la causa del socialismo podemos contar con esta nueva clase media incluso menos que para la lucha sindical obrera. Por una parte, ellos están situados por encima de los obreros como superintendentes, inspectores, jefes, etc.. En estas competencias se espera que aceleren a los obreros, para extraer lo máximo de ellos. Así, representando el interés del capital en relación al trabajo, ellos asumen naturalmente una posición de amarga enemistad al proletariado y encuentran casi imposible estar hombro con hombro con ellos en la lucha por una sola meta.

En suma, un conjunto de ideas, particularmente nociones de sí mismos y de su posición, tiende a aliarlos con los capitalistas. La mayoría de ellos proceden de círculos burgueses, o al menos pequeño-capitalistas, y traen consigo todos los prejuicios opuestos al socialismo. Entre los obreros, tales prejuicios están desarraigados por su nuevo ambiente, pero entre estos empleados superiores, intelectuales, se fortalecen efectivamente. Los pequeños productores tenían, por ejemplo, como primer artículo de su fe, la idea que cada uno podría esforzarse por ascender en una disputa competitiva solamente por virtud de su propia energía; como un complemento a esta enseñanza está la noción de que el socialismo pondría fin a la iniciativa personal. Esta concepción individualista de las cosas es, como he comentado, fortalecida en los intelectuales por su

nuevo ambiente; entre aquellos empleados muy técnicos y a menudo altamente situados, los más eficientes a veces encuentran posible subir a las posiciones más importantes.

Todos los prejuicios burgueses habituales golpean la raíz más profunda de esta clase, además, porque sus miembros se nutren del estudio de teorías acientíficas. Ellos consideran como la verdad científica la que existía entre el pequeño burgués como opinión subjetiva, irracional. Tienen grandes nociones de su propia educación y refinamiento, se sienten ellos mismos elevados muy por encima de "las masas"; naturalmente, nunca se les ocurre que los ideales de estas masas puedan ser científicamente correctos y que la "ciencia" de sus profesores pueda ser falsa. Como teóricos, viendo el mundo siempre como una masa de abstracciones, trabajando siempre con sus mentes, no conociendo nada más que un poco de las actividades materiales, están claramente convencidos de que sus mentes controlan el mundo. Esta noción los excluye de la comprensión de la teoría socialista. Cuando ven a las masas de trabajadores y oyen hablar de socialismo, ellos piensan en una cruda "nivelación hacia abajo" que pondría fin a sus propias ventajas sociales y económicas. En contraste con los obreros, ellos piensan en sí mismos como personas que tienen algo que perder, y se olvidan, por consiguiente, del hecho que están siendo explotados por los capitalistas.

Tómese todo esto junto y el resultado es que un ciento de causas separan a esta nueva clase media del socialismo. Sus miembros no tienen ningún interés independiente que podría llevarlos a una defensa enérgica del capitalismo. Pero su interés en el socialismo es igualmente reducido. Constituyen una clase intermedia, sin ideales de clase definidos, y por consiguiente llevan a la lucha política un elemento que es fluctuante e impredecible.

En las grandes convulsiones sociales, por ejemplo las huelgas generales, pueden estar a veces de parte de los obreros e incrementar así su fuerza; harán esto tanto más probablemente en los casos en que tal política esté dirigida contra la reacción. En otras ocasiones, pueden estar del lado de los capitalistas. Aquellos de ellos que están en los estratos más bajos harán causa común con un socialismo “razonable”, tal como está representado por los revisionistas. Pero el poder que derrocará el capitalismo no puede proceder nunca de ninguna parte exterior a la gran masa de los proletarios.

La destrucción de la naturaleza (1909)

Muchos escritos científicos se quejan emocionalmente de la creciente destrucción de los bosques. Sin embargo, no solo se debe tener en cuenta la alegría que experimenta cada amante de la naturaleza por el bosque. También hay importantes intereses materiales, incluso intereses vitales para la humanidad. Con la desaparición de los ricos bosques, los países conocidos en la Antigüedad por su fertilidad, densamente poblados, verdaderos graneros para las grandes ciudades, se convirtieron en desiertos pedregosos. La lluvia rara vez cae allí, o las lluvias torrenciales devastadoras arrastran las delgadas capas de humus que debe fertilizar. Donde el bosque de montaña ha sido destruido, los torrentes alimentados por las lluvias de verano arrojan enormes masas de piedras y arena, que devastan los valles alpinos.

"Interés personal e ignorancia": los autores, que describen elocuentemente este desastre, no se detienen en sus causas. Probablemente creen que es suficiente enfatizar sus consecuencias para reemplazar la ignorancia con una mejor comprensión y cancelar sus efectos. No ven que este es un fenómeno parcial, uno de los muchos efectos similares del capitalismo, este modo de producción que es la etapa suprema de la búsqueda de ganancias.

¿Cómo se convirtió Francia en un país pobre en bosques, hasta el punto de importar cada año cientos de millones de francos de madera del extranjero y gastar mucho más para mitigar mediante la reforestación las desastrosas consecuencias de la deforestación en los Alpes? Bajo el Antiguo Régimen, había muchos bosques estatales. Pero la burguesía, que tomó las riendas de la Revolución Francesa, vio en estos bosques estatales solo un instrumento de enriquecimiento privado. Los especuladores arrasaron tres millones de hectáreas para convertir

la madera en oro. El futuro era la menor de sus preocupaciones, solo contaba el beneficio inmediato.

Para el capitalismo, todos los recursos naturales tienen el color del oro. Cuanto más rápido los explota, más rápido es el flujo de oro. La existencia de un sector privado tiene el efecto de que cada individuo trata de obtener el mayor beneficio posible sin siquiera pensar por un momento en beneficio del conjunto, el de la humanidad. En consecuencia, cada animal salvaje que tiene un valor monetario, cualquier planta que crezca en la naturaleza y obtenga ganancias es inmediatamente objeto de una carrera por el exterminio. Los elefantes africanos casi han desaparecido víctimas de una caza sistemática de su marfil. La situación es similar para los árboles de caucho, que son víctimas de una economía depredadora en la que todos solo destruyen los árboles sin replantar nuevos. En Siberia se informa que los animales de peletería son cada vez más raros debido a la caza intensiva y que las especies más valiosas pueden desaparecer pronto. En Canadá, los vastos bosques vírgenes se reducen a cenizas, no solo por los colonos que quieren cultivar el suelo, sino también por los "buscadores" en busca de depósitos de mineral; Estos transforman las laderas de las montañas en rocas desnudas para tener una mejor visión general del terreno. En Nueva Guinea, se organizó una masacre de aves del paraíso para cumplir con el costoso capricho de un multimillonario estadounidense. Las locuras de la moda típicas del capitalismo que desperdician la plusvalía ya han llevado al exterminio de especies raras; Las aves marinas de la costa este de América debieron su supervivencia solo a la estricta intervención del Estado.

¿Pero las plantas y los animales no están allí para ser utilizados por los humanos para sus propios fines? Aquí, dejamos completamente de lado la cuestión de la conservación de la naturaleza, ya que surgiría sin la intervención humana.

Sabemos que los humanos somos dueños de la tierra y que transforman completamente la naturaleza para sus necesidades. Para vivir, dependemos completamente de las fuerzas de la naturaleza y los recursos naturales; tenemos que usarlos y consumirlos. Esto no es de lo que estamos hablando aquí, sino solo de cómo lo usa el capitalismo.

Un orden social razonable tendrá que usar los tesoros de la naturaleza puestos a su disposición de tal manera que lo que se consume sea al mismo tiempo reemplazado, para que la sociedad no se empobrezca y pueda enriquecerse. Una economía cerrada que consume parte de las plántulas de grano se está volviendo más pobre y es más probable que falle. Este es el modo de gestión del capitalismo. Esta economía que no piensa en el futuro solo vive en la instantaneidad. En el orden económico actual, la naturaleza no está al servicio de la humanidad, sino del capital. No es la ropa, la comida y las necesidades culturales de la humanidad, sino el apetito de lucro de Capital, en oro, lo que gobierna la producción.

Los recursos naturales se explotan como si las reservas fueran infinitas e inagotables. Con las consecuencias nocivas de la deforestación para la agricultura, con la destrucción de animales y plantas útiles, aparece la naturaleza finita de las reservas disponibles y aparece la bancarrota de este tipo de economía. Roosevelt reconoce esta bancarrota cuando quiere convocar una conferencia internacional para evaluar el estado de los recursos naturales aún disponibles y tomar medidas para evitar su desperdicio.

Por supuesto, este plan en sí mismo es una broma. El estado ciertamente puede hacer mucho para prevenir el despiadado exterminio de especies raras. Pero el estado capitalista es, después de todo, solo un triste representante del bien común (*Allgemeinheit der Menschen*). Debe cumplir con los intereses esenciales del capital.

El capitalismo es una economía sin cerebro que no puede regular sus acciones al ser consciente de sus efectos. Pero su naturaleza devastadora no se deriva solo de este hecho. En los últimos siglos, los seres humanos han explotado tontamente la naturaleza sin pensar en el futuro de toda la humanidad. Pero su poder se redujo. La naturaleza era tan vasta y poderosa que con sus medios técnicos limitados, solo podían causarle un daño excepcional. El capitalismo, por otro lado, reemplazó la necesidad local por la necesidad global, creó medios técnicos para explotar la naturaleza. Estas son enormes masas de material que sufren colosales medios de destrucción y son desplazadas por poderosos medios de transporte. La sociedad bajo el capitalismo se puede comparar con la fuerza gigantesca de un cuerpo desprovisto de razón. A medida que el capitalismo desarrolla un poder ilimitado, al mismo tiempo devasta el entorno en el que vive locamente. Solo el socialismo, que puede darle a este poderoso cuerpo conciencia y acción conscientes, reemplazará simultáneamente la devastación de la naturaleza con una economía razonable.

Esperanza en el futuro (1912)

Si fuese necesario creer las palabras de los portavoces de la burguesía, la clase obrera no tendría peores enemigos que los socialistas. *"Pues ellos hablan claramente en contra de los vicios de la sociedad actual", dicen, "y lamentan la suerte infeliz de los obreros; pero en lugar de pensar en proporcionarles ayuda inmediata, al proletario le muestran, en el futuro, una sociedad socialista que, precisamente, nunca se realizará. Sólo aquellos que, como nosotros, se sitúan en el terreno del orden actual y que sostienen que es eterno, pueden dedicarse con ardor a la mejora, por medio de reformas, de las condiciones actualmente existentes. Y esto es por lo que todos nosotros, liberales y antisemitas, progresistas y cristianos católicos, somos amigos infatigables de la reforma y estamos incesantemente preocupados por mejorar la suerte de los obreros. En lo que a ellos respecta, los socialistas lo ven todo muy fácil: en lugar de ponerse a trabajar, solamente dan a los hombres un consuelo, el futuro. Rechazan las reformas que proponemos, bajo el pretexto de que son una burla de las demandas obreras, o de que contienen disposiciones calificadas hostiles a los obreros. Toman una actitud exclusivamente negativa. Y esto es enteramente natural; si todos los males pudiesen ser suprimidos dentro del marco del mundo actual y si, consecuentemente, las causas del descontento fuesen a desaparecer, no habría nada que hacer en una sociedad futura."*

La socialdemocracia siempre ha desenmascarado fácilmente la fanfarronada de estos amigos del obrero. Ha dicho: *"¡Por favor, Señores, demuestren celo por las reformas sólo por una vez! ¡Tomados en conjunto son la mayoría del parlamento, así que hagan desaparecer los vicios del capitalismo!"* Y para explicar su propia posición, opuesta a las reformas, sólo tenía que recordar su doctrina, su práctica y su programa.

Nuestra doctrina nos dice que el socialismo no puede ser construido sobre las ruinas de la sociedad existente, mediante una revuelta de mendigos hambrientos en harapos. Sólo puede

resultar de la poderosa marcha hacia delante de un ejército de proletarios organizados, luchando para conquistar cada posición, cada progreso. La práctica ha mostrado que los socialistas son los más infatigables campeones de cada reforma, de cada mejora en interés de las masas explotadas, mientras que los partidos burgueses siempre rechazan sus propuestas con las palabras: "¡Imposible! ¡Pretensiones exageradas!". Y la prueba de que estas propuestas no se hacen por oportunismo, con el único objetivo de crear popularidad, de que nacen necesariamente de nuestra concepción fundamental, la proporciona nuestro programa. Allí puede encontrarse un sistema lógico de reformas para la mejora del mundo capitalista. Nosotros proponemos este programa a los partidos burgueses para examinar su ardor reformista. Cuando se haga todo esto, entonces podemos hablar.

Pero ellos no quieren esto: "*Estas no son otra cosa que demandas imposibles*", exclaman, "*quizás apropiadas para una sociedad ideal, compuesta sólo por ángeles y hermanos, pero no para nuestro mundo capitalista de hoy, donde los hombres, difiriendo en propiedades, talentos y metas perseguidas, dominados exclusivamente por el egoísmo, luchan entre ellos y tienen que ser mantenidos en jaque por un fuerte poder político.*" Están equivocados en esto: nuestro programa no contiene nada que sea incompatible con el capitalismo. Permite que la explotación misma y la oposición de clases sigan en su sitio, y sólo propone suprimir, para el proletariado, cualquier exceso de opresión y depresión, su falta de derechos políticos, su esclavitud al yugo del militarismo, la mala educación de sus hijos y el desperdicio sin sentido de su fuerza de trabajo.

Veamos lo que hay en estas demandas "*imposibles*". La primera posición es: *el sufragio universal* igual y directo, su extensión a las mujeres, la representación proporcional, la elección de magistrados por el pueblo y la autonomía comunal. No hay aquí nada que sea *imposible*; siendo prueba de esto que estas demandas han sido realizadas parcialmente en otros países.

Luego viene el armamento general del pueblo, reemplazando el militarismo actual. Un número infinito de experiencias demuestran que, para el valor defensivo de una nación, el sistema de milicias es tan bueno, quizás mejor, que un ejército teniendo tras de sí un largo entrenamiento de cuartel. Nada se podrá encontrar de imposible en declarar la religión "*un asunto privado*", en el mejoramiento de la *educación* del pueblo, en el establecimiento de *garantías jurídicas* sólidas. En lo que respecta al *impuesto progresivo* sobre las fortunas, con la supresión de todos los impuestos indirectos, estas han estado durante mucho tiempo en el programa de los políticos burgueses. Donde probablemente podría residir la imposibilidad es en la demanda de la *legislación protectora del trabajo*, cubriendo la fijación de la jornada diaria, la prohibición del trabajo infantil y nocturno, las precauciones tomadas por la seguridad e higiene de los obreros, o incluso un seguro de los obreros bien constituido.

Como podemos ver, todas estas son reivindicaciones inmediatas para el presente; nada que suponga un orden social distinto del actual.

No demandamos la abolición total de los ejércitos, pues sabemos que bajo el régimen capitalista las guerras son a veces inevitables. No demandamos una educación científica más elevada para todos los niños; la instrucción sirve a la vida, y las condiciones de los obreros en la sociedad capitalista sólo demandan una buena instrucción elemental. No demandamos la extinción del desempleo: el capitalismo no puede suprimir esta fuente principal de la pobreza del obrero. Nuestras demandas son todas realizadas en el terreno del capitalismo. Pero hay más. *Su sola realización cumplirá verdaderamente los principios fundamentales de la sociedad burguesa: la igualdad de derechos* entre todos los hombres como vendedores de mercancías, y el *derecho de los trabajadores a prestar su fuerza de trabajo* sólo recibiendo a cambio el pleno valor de esta fuerza de trabajo.

Así, podemos preguntarnos por qué los partidos burgueses no quieren saber nada de estas reivindicaciones, cuya realización será parte del capitalismo normal. La cosa es terriblemente simple: el desarrollo del socialismo también depende de la naturaleza normal del capitalismo, su más íntima esencia. No obstante, de este desarrollo tampoco quieren oír nada. Quieren un capitalismo anormal, no natural, un capitalismo que estaría hecho para durar eternamente. Realizar nuestras reivindicaciones inmediatas —*que fortalecerían a la clase obrera física y mentalmente, que pondrían el poder político en manos de la mayoría de la nación*— sería abrir el camino a una pacífica e imperceptible transición de la sociedad al socialismo. En tanto el proletariado madura y las masas se hacen conscientes de las causas de sus sufrimientos, podrían, expropiando a los grandes monopolios de explotación, tanto como realizando reformas sociales apropiadas y efectivas, oponer una barrera siempre más fuerte al poder y a la aflicción de los que sufren, y así llevar al capitalismo a su ruina.

Esto es justo lo que la clase propietaria no quiere. Esto es por lo que intenta mantener a los trabajadores en un estado de degradación, dejarles ignorantes y privados de derechos políticos, en la ilusión insensata de que de este modo bloquearán la evolución para siempre. No ve que el único resultado que han obtenido es que la evolución tenga que tener lugar a través de violentas catástrofes. Piensa solamente en su poder momentáneo.

Así es como son las cosas. Nuestras reivindicaciones inmediatas serían realizables con bastante facilidad, pero se enfrentan a la resistencia obstinada de la clase dominante. Cualquier cosa en lugar de permitir que su poder y sus beneficios sean reducidos incluso un poco. *¡Que la opresión, la pobreza, la injusticia y la explotación que el pueblo sufre continúen para siempre!*

Nosotros sabemos bien que, mientras tanto el capitalismo dure, sólo se le podrán hacer unas cuantas modificaciones. No es nuestro partido, es la burguesía la que sitúa la esperanza de los obreros en una sociedad futura. Es como si les dijeran: *“Si queréis ser felices tenéis que empezar por suprimir el capitalismo”*. Así, conseguirá lo contrario de lo que desea. Por su oposición reaccionaria a las reformas, empuja a las masas trabajadoras a nuestras filas y les fuerza a conquistar, por la vía de una enérgica lucha revolucionaria, lo que no podría ser concedido pacíficamente.

Lucha de clase y nación (1912)

Introducción

Al no ser austríaco, quizá haya que disculparse al tomar la palabra sobre la cuestión de las nacionalidades. Si fuese una cuestión puramente austríaca, nadie que no conociese con mucha precisión la situación práctica y no se viese obligado a ello por la práctica misma, no se inmiscuiría en examinarla. Pero esta cuestión adquiere una importancia cada vez mayor también para otros países. Y gracias a los escritos de los teóricos austríacos, sobre todo gracias a la valiosa obra de Otto Bauer *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*², ha dejado de concernir exclusivamente a la práctica austríaca para convertirse en una cuestión de teoría socialista general. Actualmente esta cuestión, el modo de tratarla y sus consecuencias no pueden sino suscitar un interés muy grande en todo socialista que considere la teoría como el hilo conductor de nuestra práctica; en la hora actual también se pueden emitir juicios y críticas fuera de la práctica austríaca específica. Como tendremos que combatir aquí ciertas conclusiones de Bauer, digamos previamente que esto no disminuye en nada el valor de su obra; su importancia no reside en que establece en este dominio resultados definitivos e inatacables, sino en que pone los cimientos de un debate y una discusión ulteriores sobre esta cuestión.

Esta discusión parece especialmente oportuna en la actualidad. La crisis separatista pone la cuestión de las nacionalidades a la orden del día en el partido y nos obliga a reexaminar estas cuestiones, a revisar nuestro punto de vista de

² Ver Les marxistes et la question nationale, op.cit., pp.233-272 así como Arduino Agnelli, "Le socialisme et la question des nationalités chez Otto Bauer", Histoire du marxisme contemporain, II, 10/18, pp. 355-406

arriba abajo. Y quizá un debate sobre los fundamentos teóricos no sería totalmente inútil aquí; con este estudio esperamos aportar a los camaradas austríacos nuestro concurso para este debate. Que el camarada Strasser haya llegado, en su estudio *El obrero y la nación*, a las mismas conclusiones que nosotros, por una vía completamente diferente, a partir de la práctica austríaca (guiado ciertamente por la misma concepción marxista de base), ha jugado un papel determinante en la publicación del presente folleto. Por tanto, nuestros trabajos pueden complementarse para apoyar este punto de vista.

I - La nación y sus mutaciones

Concepción burguesa y concepción socialista

El socialismo es una nueva concepción científica del mundo humano que se distingue fundamentalmente de todas las concepciones burguesas. La manera burguesa de representarse las cosas considera las diferentes formaciones e instituciones del mundo humano ya sea como productos de la naturaleza, alabándolos o condenándolos según que se presenten en conformidad o en contradicción con la “naturaleza humana eterna”, ya sea como productos del azar o de la arbitrariedad humana que pueden ser transformados a placer por medidas de violencia artificiales. Por el contrario, la socialdemocracia las considera como productos surgidos naturalmente del desarrollo de la sociedad humana. Mientras que la naturaleza casi no cambia prácticamente –la génesis de las especies animales, unas respecto a las otras, ha tenido lugar en períodos de muy larga duración – la sociedad humana está sometida a un desarrollo rápido y

constante. Pues su fundamento, el trabajo para asegurar la supervivencia, ha tenido que tomar incesantemente nuevas formas a medida que las herramientas se perfeccionaban; la vida económica se trastocaba y de ahí surgían nuevas maneras de ver y nuevas ideas, un derecho nuevo, nuevas instituciones políticas. Es ahí, por tanto, donde reside la oposición entre las concepciones burguesa y socialista: allí, un carácter inmutable por naturaleza y, al mismo tiempo, la arbitrariedad; aquí, un devenir y unas transformaciones incesantes según leyes establecidas del modo de la economía, sobre la base del trabajo.

Esto también vale para la nación. La concepción burguesa ve en la diversidad de las naciones diferencias naturales entre los hombres; las naciones son grupos constituidos por la comunidad de la raza, del origen, de la lengua. Pero al mismo tiempo cree poder, por medio de medidas políticas de coerción, aquí oprimir naciones, allí ampliar su dominio a expensas de otras naciones. La socialdemocracia considera las naciones como grupos humanos que han llegado a ser una unidad como consecuencia de su historia común. El desarrollo histórico ha producido las naciones en sus límites y en su peculiaridad; igualmente produce el cambio del sentido y de la esencia de la nación en general con el tiempo y las condiciones económicas. Sólo a partir de las condiciones económicas se puede comprender la historia y el desarrollo de la nación y del principio nacional.

Desde el punto de vista socialista, es Otto Bauer quien ha suministrado, en su obra *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, el análisis más profundo; su exposición constituye el punto de partida indispensable para continuar examinando y discutiendo las cuestiones nacionales. En esta obra, el punto de vista socialista es formulado de la manera siguiente: “Así, la nación no es, para nosotros, un objeto petrificado, sino un proceso en devenir, esencialmente determinado por las condiciones en las que los hombres luchan por sobrevivir y por

la conservación de la especie” (p.120). Y un poco más adelante: “La concepción materialista de la historia puede considerar la nación como el producto nunca acabado de un proceso que continúa y que es movido en última instancia por las condiciones de la lucha del hombre con la naturaleza, las transformaciones de las fuerzas productivas humanas, las modificaciones de las relaciones del trabajo humano. Esta concepción hace de la nación lo que es histórico en nosotros” (p.122). El carácter nacional es “historia fijada”.

La nación como comunidad de destino

Bauer define muy acertadamente la nación como “el conjunto de los hombres ligados por una comunidad de destino en una comunidad de carácter”. Esta fórmula ha sido atacada frecuentemente pero sin razón, pues es perfectamente exacta. El malentendido reside siempre en que se confunde similitud y comunidad. Comunidad de destino no significa sumisión a un destino idéntico, sino experiencia común de un mismo destino a través de cambios constantes, en una reciprocidad continua. Los campesinos de China, de la India y de Egipto convergen por la similitud de su modo económico; tienen el mismo carácter de clase y, sin embargo, no hay rastro de comunidad. Por el contrario, los pequeños burgueses, los negociantes, los obreros, los propietarios de la tierra nobles, los campesinos de Inglaterra, aunque presenten tantas diferencias de carácter como resultado de su posición de clase diferente, no por ello dejan de constituir una comunidad; la historia vivida en común, la influencia recíproca que han ejercido unos sobre otros, aunque sea bajo la forma de luchas, todo por medio de la lengua común, hacen de ellos una comunidad de carácter, una nación. Al mismo tiempo,

el contenido espiritual de esta comunidad, la cultura común, es transmitido por las generaciones pasadas a las generaciones siguientes gracias a la lengua escrita.

Esto no significa de ninguna manera que dentro de la nación los caracteres sean semejantes. Por el contrario, en ella puede haber grandes diferencias de carácter, según la clase o el lugar de residencia. El campesino alemán y el gran capitalista alemán, el bávaro y el habitante de Oldenburg, tienen diferencias de carácter manifiestas; y sin embargo, no por eso dejan de formar parte de la nación alemana. Esto tampoco quiere decir que no haya otras comunidades de carácter más que las naciones. Por supuesto que aquí no se trata de sociedades especiales, limitadas en el tiempo, como las sociedades por acciones o los sindicatos. Pero *toda organización humana que es una unión duradera, legada de generación en generación, constituye una comunidad de carácter nacida de una comunidad de destino.*

Las comunidades religiosas ofrecen otro ejemplo. También son “historia fijada”. No son simplemente un grupo de personas de la misma confesión que se han reunido con un fin religioso. Pues, por así decir, se nace en su iglesia y raramente se pasa de una a otra. Pero, al principio, la comunidad religiosa comprendía a todos los que estaban ligados socialmente de una u otra manera por el origen, la aldea o la clase; la comunidad de intereses y de las condiciones de existencia creaba al mismo tiempo una comunidad de representaciones mentales básicas que revestían una forma religiosa. Creaba igualmente el vínculo de los deberes recíprocos, de la fidelidad y de la protección entre la organización y sus miembros. La comunidad de religión era la expresión de una pertenencia social, en las comunidades tribales primitivas y en la iglesia de la Edad Media. Las comunidades religiosas nacidas en la época de la Reforma, las Iglesias y las sectas protestantes, eran organizaciones de la lucha de clases contra la Iglesia dominante, y entre sí; por tanto, correspondían

en cierta medida a los partidos políticos actuales. Por consiguiente, las diferentes confesiones religiosas expresaban algo vivo, intereses reales, profundamente sentidos; se podía uno convertir de una religión a otra de la misma manera que hoy se pasa uno de un partido a otro. Posteriormente, estas organizaciones se han petrificado en comunidades de fe en las que sólo la capa dirigente, el clero, mantiene en su seno relaciones que se sitúan por encima de toda la Iglesia. Ha desaparecido la comunidad de intereses; dentro de cada Iglesia han surgido, con el desarrollo social, numerosas clases y contradicciones de clases. La organización religiosa se ha convertido cada vez más en un envoltorio vacío, y la profesión de fe, en una fórmula abstracta desprovista de contenido social. Su lugar ha sido ocupado por otras organizaciones, en tanto que uniones vivas de intereses. De este modo, la comunidad religiosa constituye un grupo cuya comunidad de destino pertenece cada vez más al pasado, y se disuelve progresivamente. *La religión es también un sedimento de lo que es histórico en nosotros.*

La nación no es, pues, la *única* comunidad de carácter surgida de una comunidad de destino, sino sólo una de sus formas, y a veces es difícil distinguirla de las demás sin ambigüedad. Es ocioso intentar saber qué unidades de organización de los hombres se pueden calificar de nación, sobre todo en los tiempos antiguos. Las unidades tribales primitivas, grandes o pequeñas, eran comunidades de carácter y de destino en cuyo seno eran hereditarias las características, las costumbres, la cultura y el lenguaje. Igual sucede con las comunas aldeanas o las regiones del campesinado de la Edad Media. Otto Bauer descubre en la Edad Media, en la época de los Hohenstaufen, la “nación alemana” en la comunidad política y cultural de la nobleza alemana. Por otro lado, la Iglesia medieval tenía numerosos rasgos que hacían de ella una especie de nación; era la comunidad de los pueblos europeos, con una historia común y unas representaciones mentales comunes, que tenían incluso

una lengua común, el latín de la Iglesia, que permitía que se ejerciese una influencia recíproca entre las gentes cultivadas, la intelectualidad dominante de toda Europa, y que las unía en una comunidad de cultura. Sólo en la última parte de la Edad Media surgen progresivamente las naciones en el sentido moderno del término, con una lengua nacional propia, una unidad y una cultura nacionales.

La lengua común es, en tanto que vínculo vivo entre los hombres, el atributo más importante de la nación; pero no por eso las naciones se pueden identificar con los grupos humanos de la misma lengua. Los ingleses y los americanos son, a pesar de tener una misma lengua, dos naciones cada una con una historia diferente, dos comunidades de destino diferentes que presentan una diversidad notable de carácter nacional. Es asimismo equívoco contar a los suizos alemanes como si formasen parte de una nación alemana común que englobase a todos los germanófonos. Cualquiera que sea la cantidad de elementos culturales que una lengua escrita idéntica haya permitido intercambiar, el destino ha separado a suizos y alemanes desde hace varios siglos. El hecho de que unos sean ciudadanos libres de una república democrática y los otros hayan vivido sucesivamente bajo la tiranía de pequeños potentados, bajo la dominación extranjera y bajo la presión del nuevo Estado policíaco alemán, debía conferirles, a pesar de que lean a los mismos escritores, un carácter muy diferente y no se puede hablar de una comunidad de destino y de carácter. El aspecto político es todavía más evidente entre los holandeses; el rápido desarrollo económico de las provincias marítimas, que se rodearon por el lado de la tierra firme de una muralla de provincias bajo su dependencia, para convertirse en un poderoso Estado comercial, en una entidad política, ha hecho del bajo alemán una lengua escrita moderna particular, pero sólo para una pequeña parte separada de la masa de los que hablan bajo alemán; todos los demás han quedado excluidos de ello por la separación política y han adoptado, en cuanto partes de

Alemania sometidas a una historia común, la lengua escrita alto-alemana y la cultura alto-alemana. Si los alemanes de Austria continúan subrayando su calidad de germanos a pesar de la larga independencia de su propia historia y de que no hayan compartido los más importantes de los destinos más recientes de los alemanes del Imperio, ello se debe esencialmente a su posición de lucha frente a las demás naciones de Austria.

La nación campesina y la nación moderna

Con frecuencia se califica a los campesinos como guardianes inquebrantables de la nacionalidad. Pero, al mismo tiempo, Otto Bauer los califica como el telón de fondo de la nación que no participa en la cultura nacional. Esta contradicción revela de golpe que lo que es “nacional” en el campesinado es una cosa muy diferente de lo que constituye las naciones modernas. Por supuesto, la nacionalidad moderna ha salido de la nacionalidad campesina, pero difiere de ella de modo fundamental.

En la antigua economía natural de los campesinos, la unidad económica se reduce a su medida más pequeña; el interés no supera los límites de la aldea o del valle. Cada distrito constituye una comunidad que apenas mantiene relaciones con las otras, una comunidad que tiene su propia historia, sus costumbres propias, su propio dialecto, su carácter propio. Quizá cada una de ellas esté emparentada con las de los distritos vecinos, pero no hay entre ellas más influencia recíproca. El campesino se aferra muy fuertemente a esta especificidad de su comunidad. En la medida en que su economía no tiene nada que ver con el mundo exterior, en la medida en que sus siembras y sus cosechas no se ven afectadas sino excepcionalmente por las

vicisitudes de los acontecimientos políticos, todas las influencias del exterior se deslizan sobre él sin dejar huella. Pues de ningún modo se siente concernido y continúa pasivo; no penetran en su yo íntimo. Sólo es susceptible de modificar su naturaleza lo que el hombre capta activamente, lo que le obliga a cambiarse a sí mismo y aquello en lo que él participa por su propio interés. Por esto el campesino conserva su particularismo contra todas las influencias del mundo exterior y permanece “sin historia” mientras su economía sigue siendo autosuficiente. Pero desde el momento en que es arrastrado por el engranaje del capitalismo y colocado en otras condiciones – se convierta en burgués o en obrero, que el campesino empiece a depender del mercado mundial y entre en contacto con el resto del mundo – desde el momento en que tiene nuevos intereses, el carácter indestructible del antiguo particularismo se pierde. Se integra en la nación moderna, se hace miembro de una comunidad de destino más vasta, de una nación en el sentido moderno.

Con frecuencia se habla de este campesinado como si las generaciones precedentes hubiesen pertenecido ya a esta misma nación a la que pertenecen sus descendientes bajo el capitalismo. El término “naciones sin historia” da a entender la concepción según la cual los checos, los eslovenos, los polacos, los rutenos, los rusos, eran desde siempre otras tantas naciones diferentes y específicas pero que, de alguna manera, han estado durmiendo largo tiempo en tanto que naciones. De hecho, no se puede hablar de los eslovenos, por ejemplo, más que como cierto número de grupos o de distritos con dialectos emparentados, sin que estos grupos hayan constituido una unidad o una comunidad verdadera. Lo que el nombre comporta de exacto es que, por regla general, el dialecto decide a qué nación se incorporarán los descendientes. Pero la evolución real decide, en último análisis, si los eslovenos y los serbios, los rusos y los rutenos, deben convertirse en una comunidad nacional con una lengua escrita y una cultura comunes, o en dos naciones separadas. No es la

lengua lo decisivo, sino el proceso de desarrollo político-económico. Con tan poca razón se puede decir que el campesino de la Baja Sajonia es el fiel guardián de la nacionalidad alemana, como de la holandesa, según a qué lado de la frontera habite; sólo preserva su particularidad aldeana o provincial propia; falta la misma razón para decir que el campesino de las Ardenas preserva tenazmente una nacionalidad belga, valona o francesa cuando se aferra al dialecto y a las costumbres de su valle, o si decimos que un campesino de Carintia de la época precapitalista pertenece a la nación eslovena. La nación eslovena no aparece sino con las clases burguesas modernas que se constituyen en nación específica y el campesino no accede a ella más que cuando es ligado a esta comunidad por intereses reales.

Las naciones modernas son integralmente producto de la sociedad burguesa; han aparecido con la producción de mercancías, es decir, con el capitalismo, y sus agentes son las clases burguesas. La producción burguesa y la circulación de mercancías necesitan vastas unidades económicas, grandes territorios a cuyos habitantes unen en una comunidad con administración estatal unificada. El capitalismo desarrollado refuerza incesantemente la potencia estatal central; acrecienta la cohesión del Estado y lo deslinda netamente en relación con los otros Estados. El Estado es la organización de combate de la burguesía.

En la medida en que la economía de la burguesía reposa sobre la competencia, en la lucha contra sus semejantes, las asociaciones en las que se organiza deben luchar necesariamente entre sí; cuanto más poderoso sea el Estado, más grandes son las ventajas a las que aspira su burguesía. La lengua no ha sido preponderante más que para delimitar estos Estados; las regiones con dialectos emparentados se han visto constreñidas a la fusión política en la medida en que no intervenían otras fuerzas, porque la unidad política, la nueva comunidad de destino, necesitaba una

lengua unificada como medio de intercambio. La lengua escrita y de comunicación se crea a partir de uno de estos dialectos; es, por tanto, en cierto sentido una formación *artificial*. Pues Otto Bauer tiene razón cuando dice: “Yo no creo una lengua común más que con las gentes con quienes estoy en contacto estrecho” (p.113). De este modo han aparecido los Estados nacionales que son a la vez Estado y nación³. No se han convertido en entidades políticas simplemente porque ya constituían una comunidad nacional; el nuevo interés económico, la necesidad económica es el fundamento de una sólida unión de los hombres en conjuntos tan vastos; pero si son estos Estados los que han aparecido y no otros; si, por ejemplo, Alemania del sur y Francia del norte no han constituido juntos una unidad política sino que éste fue el caso para Alemania del sur y del norte, ello se debe principalmente al parentesco primitivo de los dialectos.

La extensión del Estado nacional y su desarrollo capitalista hacen que coexistan en él una extrema diversidad de clases y de poblaciones; por eso, a veces parece dudoso calificar al Estado nacional como comunidad de destino y de carácter, por cuanto clases y poblaciones no actúan directamente unas sobre otras. Pero la comunidad de destino de los campesinos y de los grandes capitalistas alemanes, de los bávaros y de las gentes de Oldenburg, consiste en que todos son miembros del Imperio alemán, en que libran sus luchas políticas y económicas dentro de este marco, en que soportan la misma política, deben tomar posición frente a las mismas leyes y actúan, por consiguiente, los unos sobre los otros; por eso constituyen una comunidad real a pesar de todas las diversidades dentro de esta comunidad.

³ Por esta razón se utiliza en Europa occidental Estado y nación como sinónimos. La deuda de Estado se llama deuda nacional y los intereses de la comunidad estatal son calificados siempre como intereses nacionales. (Nota de Pannekoek).

No sucede lo mismo con los Estados que han aparecido como unidades dinásticas bajo el absolutismo, sin colaboración directa de las clases burguesas y, por consiguiente, han englobado por medio de la conquista poblaciones con los más variados dialectos. Cuando en ellos progresa la penetración del capitalismo, surgen varias naciones dentro del mismo Estado, que se convierte en un Estado de nacionalidades, como Austria. La causa de la aparición de nuevas naciones al lado de las antiguas reside nuevamente en el hecho de *que la competencia es el fundamento de la existencia de las clases burguesas*. Cuando a partir de un grupo de población puramente campesina aparecen las clases modernas, cuando en las ciudades se instalan masas importantes como obreros de industria, pronto seguidos por los pequeños comerciantes, los intelectuales y los patronos, estos últimos deben esforzarse entonces por sí mismos en asegurarse la clientela de estas masas que hablan la misma lengua, poniendo el acento en su nacionalidad. La nación, como comunidad solidaria, constituye, para los que forman parte de ella, una clientela, un mercado, un dominio de explotación en el que disponen de una ventaja respecto a los competidores de otras naciones. Como comunidad de clases modernas, deben elaborar una lengua escrita común que es necesaria como medio de comunicación y se convierte en lengua de cultura y de literatura. El contacto permanente de las clases de una sociedad burguesa con el poder estatal, que hasta entonces no conocía más que el alemán como lengua oficial de comunicación, las obliga a combatir por el reconocimiento de su lengua, de su escuela y de su administración, en lo que la clase más interesada en el plano material es la intelectualidad nacional. Como el Estado debe representar los intereses de la burguesía y apoyarlos materialmente, cada burguesía nacional debe asegurarse una influencia sobre el Estado tan grande como sea posible. Para conquistar esta influencia debe luchar contra las burguesías de las otras naciones; cuanto mejor logre reunir alrededor de ella a

toda la nación en esta lucha, más poder ejercerá. Mientras el papel dirigente de la burguesía esté fundamentado por la esencia misma de la economía y se le reconozca como que cae de su peso, podrá contar con las otras clases que se sienten ligadas a ella en este punto por la identidad de intereses.

En esto también la nación es totalmente un producto del desarrollo capitalista, e incluso un producto necesario. Allí donde el capitalismo penetra, aquella debe aparecer necesariamente como comunidad de destino de las clases burguesas. La lucha de las nacionalidades en semejante Estado no es la consecuencia de una opresión cualquiera, o del atraso de la legislación, es la expresión natural de la competencia como condición fundamental de la economía burguesa; la lucha (de las burguesías) las unas contra las otras es la condición indispensable de la abrupta separación de las diferentes naciones entre sí.

Espíritu humano y tradición

Lo nacional en el hombre es parte de su naturaleza, pero sobre todo de su naturaleza espiritual. Los rasgos físicos heredados permiten eventualmente distinguir los pueblos, pero no los separan y, menos aún, los hacen entrar en conflicto. Los pueblos se distinguen como comunidades de cultura. La nación es, ante todo, una comunidad de cultura, transmitida por la lengua común; en la cultura de una nación, que se puede calificar de naturaleza espiritual, está inscrita toda la historia de su vida. El carácter nacional no está compuesto por rasgos físicos, sino por el conjunto de sus costumbres, de sus concepciones y de sus

formas de pensamiento a través del tiempo. Si se quiere captar la esencia de la nación, es necesario ante todo ver claramente cómo se constituye el aspecto espiritual en el hombre a partir de la influencia de las condiciones de vida.

Todo lo que pone al hombre en movimiento debe pasar por su cabeza. La fuerza directamente motriz de toda su acción reside en su espíritu. Puede consistir en hábitos, pulsiones e instintos inconscientes que son la expresión de repeticiones, siempre semejantes, de las mismas necesidades vitales en las mismas condiciones exteriores de vida. También puede llegar a la conciencia de los hombres como pensamiento, idea, motivación, principio. ¿De dónde vienen? La concepción burguesa ve ahí la influencia de un mundo superior, sobrenatural, que nos impregna, la expresión de un principio moral eterno en nosotros, o bien considera que son producto espontáneo del espíritu mismo. Por el contrario la teoría marxista, el materialismo histórico, explica que *todo lo que es espiritual en el hombre es producto del mundo material que lo rodea*. Todo este mundo real penetra por todas partes en el espíritu a través de los órganos de los sentidos y deja su huella: nuestras necesidades vitales, nuestra experiencia, todo lo que vemos y oímos, lo que los otros nos comunican como su pensamiento, de igual manera que lo que observamos nosotros mismos⁴. Por consiguiente se excluye toda influencia de un mundo irreal, simplemente supuesto, sobrenatural. Todo lo que hay en el espíritu ha venido del mundo exterior que designamos con el nombre de mundo material, no

⁴ La relación entre el espíritu y la materia ha sido expuesta muy claramente en los escritos de Joseph Dietzgen quien, por su análisis de los fundamentos filosóficos del marxismo, mereció bien el nombre con el que Marx le designó en una ocasión: filósofo del proletariado. (Nota de Pannekoek). Ver Joseph Dietzgen, L'essence du travail intellectuel. Écrits philosophiques annotés par Lenin, presentación y traducción de J.-P. Osier, Paris, Maspero, 1973; así como Joseph Dietzgen, Essence du travail intellectuel humain, traducción de M. Jacob, con un prefacio de A. Pannekoek, Paris, Champ Libre, 1973. De hecho, Marx escribía el 28 de octubre de 1868 a Meyer y Vogt a propósito de Dietzgen: "Es uno de los obreros más geniales que conozco", Marx-Engels, Werke, 32, p.575. En cuanto a Engels, atribuye a Dietzgen el descubrimiento paralelo de la dialéctica materialista.

significando material como constituido por materia física que se puede medir, sino todo lo que existe realmente, incluso el pensamiento. Pero el espíritu no juega aquí el papel que a veces le otorga una concepción mecanicista estrecha, el de espejo pasivo que refleja el mundo exterior, el de recipiente inanimado que absorbe y conserva todo lo que se echa en él. *El espíritu es activo, actúa, modifica todo lo que penetra en él desde el exterior para hacer de ello algo nuevo.* Y es Dietzgen quien ha mostrado más claramente la manera como lo modifica. El mundo exterior transcurre ante el espíritu como un río sin fin, siempre cambiante; el espíritu capta sus influencias, las junta, las añade a lo que poseía anteriormente y las combina entre sí. A partir del río de fenómenos infinitamente variados, forma conceptos sólidos y constantes en los que la realidad movediza queda paralizada y fijada de alguna manera y acaban con su aspecto fugitivo. El concepto de “pez” comporta una multitud de observaciones sobre los animales que nadan, el de “bien” innumerables tomas de posición sobre diferentes acciones, el de “capitalismo” toda una vida de experiencias, frecuentemente muy dolorosas. Todo pensamiento, toda convicción, toda idea, toda conclusión, como, por ejemplo, los árboles no tienen hojas en invierno, el trabajo es duro y desagradable, quien me da empleo es mi benefactor, el capitalista es mi enemigo, la organización hace la fuerza, es bueno luchar por la nación de uno, son el resumen de una parte del mundo vivo, de una experiencia multiforme en una fórmula breve, abrupta y, se podría decir, rígida, inanimada. Cuanto mayor y más completa es la experiencia que sirve para documentarlo, cuanto más fundamentado y sólido es el pensamiento, la convicción, más verdadero es. Pero toda experiencia es limitada, el mundo cambia constantemente, nuevas experiencias se añaden incesantemente a las antiguas, se integran en las viejas ideas o entran en contradicción con ellas. Por eso el hombre debe reestructurar sus ideas, abandonar algunas como equivocadas – como la del capitalista benefactor –

, conferir a ciertos conceptos un sentido nuevo – como el concepto de pez, del que se substraen las ballenas –, crear nuevos conceptos para nuevos fenómenos – como el de imperialismo –, encontrar otras relaciones de causa entre ellos – el carácter intolerable del trabajo proviene del capitalismo –, evaluarlos de modo diferente – la lucha nacional perjudica a los obreros –, en una palabra, debe aprender de nuevo sin cesar. Toda la actividad y todo el desarrollo espirituales de los hombres consisten en que reestructuran sin cesar los conceptos, las ideas, los juicios y los principios para mantenerlos lo más conformes posible con la experiencia cada vez más rica de la realidad. Esto es lo que sucede de modo consciente en el desarrollo de la ciencia.

De este modo resalta más netamente el sentido de la definición de Bauer según la cual la nación es lo que es histórico en nosotros, y el carácter nacional es historia fijada. La realidad material común produce en los espíritus de los miembros de una comunidad un modo de pensamiento común. La naturaleza específica de la entidad económica que constituyen juntos determina sus pensamientos, sus costumbres, sus concepciones; produce en ellos un sistema coherente de ideas, *una ideología* que les es común y que forma parte de sus condiciones materiales de vida. La vida en común ha impregnado su espíritu: luchas comunes por la libertad contra los enemigos exteriores, luchas de clases comunes en el interior. Se narra en los libros de historia y se transmite a la juventud como recuerdo nacional. Lo que la burguesía ascendente deseó, esperó y quiso ha sido magnificado y expresado claramente por los poetas y los pensadores y estos pensamientos de la nación, sedimento espiritual de su experiencia material, han sido preservados en forma de literatura para las generaciones futuras. La constante influencia espiritual recíproca consolida y refuerza todo esto; al extraer del pensamiento de cada uno de los con-nacionales lo que es común, lo que es esencial, característico para el conjunto, es decir, lo que es nacional, constituye el patrimonio cultural de la nación. Lo

que vive en el espíritu de una nación, su cultura nacional, es la síntesis abstracta de su experiencia común, de su existencia material como entidad económica.

Por tanto, todo lo que es espiritual en el hombre es producto de la realidad, pero no sólo de la realidad actual; todo el pasado subsiste ahí más o menos fuerte. El espíritu es lento con relación a la materia; absorbe sin cesar las influencias del exterior mientras que su vieja existencia se hunde lentamente en el Leteo del olvido. *Por tanto, la adaptación del contenido del espíritu a la realidad renovada constantemente sólo es progresiva.* Pasado y presente determinan, ambos, su contenido, pero de manera diferente. La realidad viva que ejerce constantemente una misma influencia sobre el espíritu, se incrusta en él y se imprime en él cada vez más fuerte. Pero lo que ya no se alimenta de la realidad actual, ya no vive sino del pasado y puede ser mantenido largo tiempo todavía sobre todo por las relaciones que los hombres mantienen entre sí, por un adoctrinamiento y una propaganda artificiales, pero en la medida en que estos residuos se ven privados del terreno material que les dio vida, desaparecen necesariamente poco a poco. De este modo han adquirido un carácter tradicional. Una *tradicción* es también una parte de la realidad que vive en el espíritu de los hombres, actúa sobre otros y por eso dispone con frecuencia de un poder considerable y potente. *Pero es una realidad de naturaleza espiritual cuyas raíces materiales se hunden en el pasado.* De este modo la religión se ha convertido, para el proletario moderno, en una ideología de naturaleza puramente tradicional; quizá influencia todavía poderosamente su acción, pero esta potencia no tiene raíces sino en el pasado, en la importancia que tenía en otros tiempos para su vida la comunidad de religión; ya no se alimenta en la realidad actual, en su explotación por el capital, en su lucha contra el capital. Por esto no dejará de extinguirse en él. Por el contrario, la realidad actual cultiva cada vez más la conciencia de clase que, por

consiguiente, ocupa un lugar cada vez más amplio en su espíritu, que determina cada vez más su acción.

Nuestra tarea

He ahí planteada la tarea que se asigna nuestro estudio. La historia ha dado origen a las naciones con sus límites y su especificidad. Pero estas no son todavía algo acabado, un hecho definitivo con el que hay que contar. Pues la historia sigue su curso. Cada día continúa construyendo y modificando lo que los días anteriores edificaron. No basta, pues, con constatar que la nación es lo que es histórico en nosotros, historia fijada. Si no es más que historia petrificada, es de naturaleza puramente tradicional, como la religión. Pero para nuestra práctica, para nuestra táctica, la cuestión de saber si no es más que eso reviste una importancia extrema. Por supuesto, hay que contar con ella en cualquier caso, como con toda gran potencia espiritual en el hombre; pero que la ideología nacional no se presente más que como una potencia del pasado, o hunda sus raíces en el mundo actual, son dos cosas completamente diferentes. Para nosotros, la cuestión más importante y determinante es la siguiente: ¿cómo actúa la realidad presente sobre la nación y sobre lo nacional? ¿En qué sentido se modifican hoy? La realidad de que se trata aquí es el capitalismo altamente desarrollado y la lucha de clase proletaria.

He aquí, pues, nuestra posición hacia el estudio de Bauer: en otros tiempos, la nación no desempeñaba ningún papel en la teoría y la práctica de la socialdemocracia. Por lo demás, no había razón para ello; en la mayoría de los países no es útil prestar atención a lo nacional para la lucha de clase. Obligado por la práctica austríaca, Bauer ha llenado esta laguna. Ha demostrado

que la nación no es producto de la imaginación de algunos literatos ni producto artificial de la propaganda nacional; con la herramienta del marxismo ha demostrado que aquella hundía sus raíces materiales en la historia y ha explicado por el ascenso del capitalismo la necesidad y la potencia de las ideas nacionales. Y la nación se nos presenta como una poderosa realidad con la que debemos contar en nuestra lucha; ella nos da la llave para comprender la historia moderna de Austria, y por esto hay que responder a la siguiente pregunta: ¿cuál es la influencia de la nación, de lo nacional, en la lucha de clase, de qué manera hay que tenerla en cuenta en la lucha de clase? Esa es la base y el hilo conductor de los trabajos de Bauer y de los otros marxistas austríacos. Pero de este modo, la tarea no está realizada más que a la mitad. Pues la nación no es simplemente un fenómeno acabado cuyo efecto sobre la lucha de clase hay que verificar: ella está sometida a su vez a la influencia de las fuerzas actuales, entre las cuales tiende cada vez más a tomar el primer plano la lucha revolucionaria de emancipación del proletariado. ¿Cuál es, pues, el efecto que ejerce a su vez la lucha de clase, el ascenso del proletariado, sobre la nación? Bauer no ha examinado esta cuestión, o lo ha hecho de modo insuficiente; estudiarla conduce en muchos casos a juicios y conclusiones que divergen de las suyas.

II. La nación y el proletariado

El antagonismo de las clases

La realidad actual que determina de la manera más intensa el ser y el espíritu de los hombres es el *capitalismo*. Pero no se

ejerce de la misma manera sobre los hombres que viven juntos; es una cosa muy distinta para el capitalista que para el proletariado. Para los miembros de la clase burguesa, el capitalismo es el mundo de la producción de riquezas y de la competencia; más bienestar, aumento de la masa del capital del que intentan sacar la máxima ganancia posible en una lucha competitiva individualista con sus semejantes y que les abre la vía del lujo y del disfrute de una cultura refinada, he ahí lo que les aporta el proceso de producción. Para los obreros, es el mundo de un duro trabajo de esclavitud sin fin, la inseguridad permanente de la vida, la eterna pobreza, sin esperanza de ganar otra cosa más que un salario de miseria. Por consiguiente, el capitalismo debería ejercer un efecto muy distinto sobre el espíritu de la burguesía y sobre el de la clase explotada. La nación es una entidad económica, una comunidad de trabajo, incluso entre obreros y capitalistas. Pues el capital y el trabajo son necesarios los dos y deben conjugarse para que la producción capitalista pueda existir. Es una comunidad de trabajo de naturaleza particular; en esta comunidad, el capital y el trabajo aparecen como polos antagónicos; constituyen una comunidad de trabajo de la misma manera que los animales predadores y sus presas constituyen una comunidad de vida.

La nación es una comunidad de carácter surgida de una comunidad de destino. Pero con el desarrollo del capitalismo, es la *diferencia de destino* la que domina cada vez más entre la burguesía y el proletariado de un mismo pueblo. Para explicar la comunidad de destino, Bauer habla (p.113) de las “relaciones entre los obreros ingleses y los burgueses ingleses por el hecho de habitar la misma ciudad, de leer los mismos carteles, los mismos periódicos y participar en los mismos acontecimientos políticos o deportivos y, ocasionalmente, hablar entre ellos, especialmente a través de los diferentes intermediarios entre capitalistas y obreros”. Ahora bien, el “destino” de los hombres no consiste en leer los mismos carteles, sino en *grandes e*

importantes experiencias que son totalmente diferentes para cada una de las clases. Todo el mundo conoce la frase del ministro inglés Disraeli a propósito de dos naciones que viven en nuestra sociedad moderna una al lado de la otra en un mismo país sin comprenderse. ¿No quiere decir que ninguna comunidad de destino liga ya a las dos clases?⁵

Por supuesto, no hay que tomar al pie de la letra esta afirmación en su sentido moderno. Pues la comunidad de destino del pasado ejerce todavía su influencia sobre la comunidad actual de carácter. Mientras el proletario no tenga una conciencia clara de la particularidad de su propia experiencia, mientras su conciencia de clase no se haya despertado o lo haga apenas, sigue siendo prisionero del pensamiento tradicional, su pensamiento se nutre de las escorias de la burguesía, constituye todavía con ella una especie de comunidad de cultura, ciertamente de la misma manera que los criados en la cocina son los invitados de sus dueños. Las peculiaridades de la historia inglesa hacen que esta comunidad espiritual sea allí todavía muy fuerte, mientras que en Alemania es extremadamente débil. En todas las jóvenes naciones en que el capitalismo hace su aparición, el espíritu de la clase obrera está dominado por las tradiciones de la época campesina y pequeño-burguesa anterior. Sólo poco a poco, con el despertar de la conciencia y la lucha de clase bajo el efecto de los nuevos antagonismos, desaparecerá la comunidad de carácter entre las dos clases.

Sin duda, sigue habiendo relaciones entre ellas. Pero estas se limitan a las órdenes del reglamento de fábrica y del trabajo a realizar, para lo que la comunidad de lengua ni siquiera es necesaria, como demuestra la utilización de obreros alófonos. Cuanta más conciencia toman los obreros de su situación y de la explotación, cuanto más frecuentemente luchan contra los

⁵ Ver Earl of Beaconsfield (Benjamin Disraeli), *Sybil, or two nations*, Londres, Longmans, Green and Co, 1913, pp.76-77.

patronos para mejorar sus condiciones de trabajo, tanto más se transforman en enemistad y en lucha las relaciones entre las dos clases. Hay tan poca comunidad entre ellas como la que puede crearse entre dos pueblos a los que opone constantemente un conflicto fronterizo. Cuanto más se dan cuenta los obreros del desarrollo social y cuanto más se les aparece el socialismo como la meta necesaria de su lucha, más sienten la dominación de la clase de los capitalistas como una *dominación extranjera*, y con esta expresión se da uno cuenta hasta qué punto se difumina la comunidad de carácter.

Bauer califica el carácter nacional como la “*diversidad de las orientaciones de la voluntad*, el hecho de que un mismo impulso desencadene movimientos diversos, que una misma situación suscite resoluciones diversas” (p.111). ¿Puede uno imaginarse orientaciones más antagónicas que las de la voluntad de la burguesía y del proletariado? Los nombres de Bismarck, Lasalle, 1848, suscitan sentimientos no sólo diferentes sino incluso opuestos en los obreros alemanes y en la burguesía alemana. Los obreros alemanes del Imperio que pertenecen a la nación alemana juzgan casi todo lo que pasa en Alemania de modo distinto y opuesto a la burguesía. Todas las demás clases se entusiasman juntas por aquello que contribuye a la grandeza y al poderío exterior de su Estado nacional, mientras que el proletariado combate todas las medidas que conducen a ello. Las clases burguesas hablan de la guerra contra otros Estados para acrecentar su propio poder, mientras el proletariado piensa en la manera de impedir la guerra o encontrar en la derrota de su propio gobierno la ocasión de su propia liberación.

De ello resulta que no se puede hablar de la nación como entidad sino antes de que se despliegue en ella ampliamente la lucha de clases, pues entonces la clase obrera sigue todavía los pasos de la burguesía. *El antagonismo de clase entre la burguesía y el proletariado tiene como efecto que su comunidad nacional de destino y de*

carácter desaparece cada vez más. Por tanto, las fuerzas constitutivas de la nación deben ser examinadas separadamente en cada una de las dos clases.

La voluntad de constituir una nación

Bauer tiene toda la razón al considerar las diferencias de orientación de la voluntad como el elemento esencial de las diferencias de carácter nacional. Allí donde todas las voluntades están orientadas de la misma manera, se forma una masa coherente; allí donde los acontecimientos y las influencias del mundo exterior suscitan determinaciones diferentes y opuestas, se acaba en la ruptura y en la separación. La diferencia de voluntad ha separado las naciones unas de otras; pero, ¿de la voluntad de quién se trata? De la voluntad de la burguesía ascendente. Como resulta de las demostraciones precedentes sobre la génesis de las naciones modernas, su voluntad de constituir la nación es la fuerza constitutiva más importante.

¿Qué es lo que hace de la nación checa una comunidad específica en relación con la alemana? Lo adquirido por la vida en común, el contenido de la comunidad de destino que continúa influenciando prácticamente el carácter nacional, es extremadamente débil. El contenido de su cultura está tomado casi integralmente de las naciones modernas que la han precedido, sobre todo la alemana; por eso Bauer dice (p.118): “No es totalmente falso decir que los checos son alemanes que hablan checo”. A esto vienen a añadirse algunas tradiciones campesinas completadas con reminiscencias de Huss, Ziska y la

batalla de la Montaña blanca⁶ exhumadas de la historia y que no tienen incidencia práctica en el presente. ¿Cómo se ha podido hacer una “cultura nacional” propia sobre la base de una lengua particular? Porque la burguesía necesita una separación, porque quiere trazar una frontera tajante, porque quiere constituirse en nación en relación con los alemanes. Lo quiere porque lo necesita, porque la competencia capitalista le obliga a monopolizar en la medida de lo posible un territorio de mercados y de explotación. El conflicto de intereses con los otros capitalistas crea la nación allí donde existe un elemento necesario, la lengua específica. Bauer y Renner muestran claramente en su exposición de la génesis de las naciones modernas que la voluntad de las clases burguesas ascendentes creó las naciones. No como voluntad consciente o arbitraria, sino como querer al mismo tiempo que deber, consecuencia necesaria de factores económicos. *Las “naciones” de que se trata en la lucha política, que luchan entre sí por la influencia sobre el Estado, por el poder en el Estado (Bauer, §19) no son otra cosa que organizaciones de las clases burguesas, de la pequeña burguesía, de la burguesía, de la intelectualidad – clases cuya existencia se basa en la competencia – y ahí los proletarios y los campesinos juegan el papel de segundo plano.*

El proletariado no tiene nada que ver con esta necesidad de competencia de las clases burguesas, con su voluntad de constituir una nación. La nación no puede significar para él un privilegio de clientela, de puestos, de posibilidades de trabajo.

⁶ Juan Huss (1369-1415), reformador checo, condenado por el Concilio de Constanza y quemado. El día de su muerte fue celebrado durante mucho tiempo en Bohemia como fiesta nacional y religiosa. Fue igualmente uno de los promotores de la lengua checa.

Jan Ziska von Trocnov (1370-1424), jefe husita. El 14 de julio de 1420 rechazó el ataque del Emperador Segismundo en el Monte Witka, cerca de Praga. Vencedor una vez más del Emperador dos años más tarde, murió por la peste en el cerco de Pribyslau.

La Montaña blanca (Bila Hora) está situada al oeste de Praga. La batalla tuvo lugar el 8 de noviembre de 1620. El ejército protestante de Bohemia fue vencido allí por las tropas imperiales. Según el análisis de Bauer, la derrota de la Montaña blanca, que privó a la nación checa de sus capas cultas, la convirtió en una "nación sin historia".

Los capitalistas se lo han hecho comprender de golpe al importar obreros alófonos. Mencionar esta práctica capitalista no tiene por objeto primordial desenmascarar la hipocresía nacional, sino ante todo hacer comprender a los obreros que bajo la dominación del capitalismo la nación jamás puede ser para ellos sinónimo de monopolio de trabajo. Y sólo excepcionalmente se oye hablar, entre los obreros retrógrados, como los viejos sindicalistas americanos, de un deseo de restringir la inmigración. Temporalmente, lo nacional puede también revestir un significado propio para el proletariado. Cuando el capitalismo penetra en una región agraria, los patronos pertenecen entonces a una nación capitalista más desarrollada, los obreros salidos del campesinado a otra. El sentimiento nacional puede ser entonces para los obreros un primer medio de tomar conciencia de su comunidad de intereses frente a los capitalistas alófonos. El antagonismo nacional es en este caso la forma primitiva del antagonismo de las clases, de la misma manera que en Renania-Westfalia, en la época de la *lucha por la cultura*, el antagonismo religioso entre los obreros católicos y los patronos liberales era la forma primitiva del antagonismo entre las clases. Pero desde el momento en que una nación está lo suficientemente desarrollada como para tener una burguesía propia que se encargue de la explotación, el nacionalismo proletario pierde sus raíces. En la lucha por mejores condiciones de vida, por el desarrollo intelectual, por la cultura, por una existencia más digna, las demás clases de su nación son los enemigos jurados de los obreros mientras que sus camaradas de clase alófonos son sus amigos y sus apoyos. La lucha de clase crea en el proletariado una comunidad internacional de intereses. *Por tanto, no se puede hablar en el proletariado de una voluntad basada en los intereses económicos, en su situación material, para constituirse en nación frente a otras.*

La comunidad de cultura

Bauer encuentra en la lucha de clases otra fuerza constitutiva de la nación. No en el contenido económico de la lucha de clases, sino en sus efectos culturales. Califica la política de la clase obrera moderna de *política evolucionista-nacional* (páginas 160 y 161) que llegará a reunir a todo el pueblo en una nación. Esto debe ser más que una manera primitiva y popular de expresar nuestros objetivos en el lenguaje del nacionalismo, con la intención de ponerlos al alcance de los trabajadores que están enredados en la ideología nacional y no han tomado conciencia todavía de la gran importancia revolucionaria del socialismo. Pues Bauer añade: “Como el proletariado lucha necesariamente por la propiedad de los bienes culturales que su propio trabajo crea y permite que existan, el efecto de esta política es necesariamente llamar a todo el pueblo a participar en la comunidad nacional de cultura y por ahí hacer una nación de la totalidad del pueblo”.

A primera vista, esto parece completamente justo. Mientras los trabajadores, aplastados por la explotación capitalista, se deterioran en la miseria física y vegetan sin esperanza ni actividad intelectual, no participan en la cultura de las clases burguesas, cultura que se fundamenta en el trabajo de aquellos. Sólo forman parte de la nación como el ganado en el establo, no constituyen más que una propiedad, no son más que el segundo plano de la nación. Es la lucha de clases la que les despierta a la vida; es a través de la lucha como consiguen tiempo libre, mejores salarios y, así, la posibilidad de un desarrollo intelectual. Por el socialismo, su energía es despertada, su espíritu es estimulado; se ponen a leer, en primer lugar folletos socialistas y periódicos políticos, pero pronto la aspiración y la necesidad de perfeccionar su formación intelectual los lleva a abordar obras literarias, históricas y científicas: las comisiones de educación del

partido se afanan incluso muy especialmente en poner a su alcance la literatura clásica. De este modo entran en la comunidad de cultura de las clases burguesas de su nación. Y cuando el trabajador -contrariamente a su situación actual en que sólo puede apropiarse, en escasos ratos de ocio y con dificultad, de pequeños fragmentos de aquélla -pueda entregarse libremente y sin coerción a su desarrollo intelectual bajo el socialismo que lo liberará de la esclavitud sin fin del trabajo, solamente entonces podrá impregnarse de toda la cultura nacional y convertirse, en el pleno sentido de la palabra, en un miembro de la nación.

Pero en esta reflexión se descuida un punto importante. Entre los trabajadores y la burguesía no puede existir una comunidad de cultura más que superficialmente, en apariencia y de modo esporádico. Ciertamente, los trabajadores pueden leer, en parte, los mismos libros que la burguesía, los mismos clásicos y las mismas obras de historia natural, pero de ahí no resulta ninguna comunidad de cultura. Al ser totalmente divergentes los fundamentos de su pensamiento y de su visión del mundo, los trabajadores leen en estas obras otra cosa muy distinta que la burguesía. Como se ha demostrado más arriba, la cultura nacional no está suspendida en el aire; es la expresión de la historia material de la vida de las clases cuyo auge creó la nación. Lo que encontramos expresado en Schiller y en Goethe no son abstracciones de la imaginación estética, sino los sentimientos y los ideales de la burguesía en su juventud, su aspiración a la libertad y a los derechos del hombre, su manera propia de aprehender el mundo y sus problemas. El obrero consciente de hoy tiene otros sentimientos, otros ideales y otra visión del mundo. Cuando, en su lectura, se trata del individualismo de Guillermo Tell o de los derechos de los hombres, eternos e imprescriptibles, etéreos, la mentalidad que allí se expresa no es la suya, que debe su madurez a una comprensión más profunda de la sociedad y que sabe que los derechos del hombre no pueden ser conquistados más que por la lucha de una organización de

masas. No es insensible a la belleza de la literatura antigua; es precisamente su juicio histórico el que le permite comprender los ideales de las generaciones precedentes a partir de su sistema económico. Es capaz de sentir la fuerza de aquellos y, así, apreciar la belleza en las obras en las que han encontrado su más perfecta expresión. Pues lo bello es lo que abarca y representa lo más perfectamente posible la universalidad, la esencia y la sustancia más profunda de una realidad.

A esto viene a añadirse que, en muchos puntos, los sentimientos de la época revolucionaria burguesa suscitan en él un poderoso eco; pero lo que encuentra en él un eco, no lo encuentra justamente en la burguesía moderna. Esto es más válido aún en lo concerniente a la literatura radical y proletaria. De lo que entusiasma al proletario en las obras de Heine y de Freiligrath⁷, la burguesía no quiere saber nada. La lectura, por las dos clases, de la literatura de que disponen en común, es totalmente diferente; sus ideales sociales y políticos son diametralmente opuestos, sus visiones del mundo no tienen nada en común. Esto es cierto en una medida aún mayor en lo concerniente a la historia. Lo que, en la historia, la burguesía considera como los recuerdos más sublimes de la nación, no suscita en el proletariado consciente más que odio, aversión o indiferencia. Nada indica aquí que posean una cultura común. Sólo las ciencias físicas y naturales son admiradas y honoradas por ambas clases. Su contenido es idéntico para las dos. Pero qué diferente de la actitud de las clases burguesas es la del trabajador que ha reconocido en ellas el fundamento de su dominio absoluto sobre la naturaleza y sobre su destino en la sociedad socialista futura. *Para el trabajador, esta visión de la naturaleza, esta concepción de la historia, este sentimiento de la literatura, no son elementos*

⁷ Ferdinand Freiligrath (1810-1876), poeta, uno de los dirigentes del partido demócrata en la revolución de 1848, colaboró con Marx y Engels en la *Neue Rheinische Zeitung*. Sus poesías forman parte del patrimonio cultural de la socialdemocracia.

de una cultura nacional de la que participa, son elementos de su cultura socialista.

El contenido intelectual más esencial, los pensamientos determinantes, la verdadera cultura de los socialdemócratas alemanes no hunden sus raíces en Schiller ni en Goethe, sino en Marx y en Engels. Y esta cultura, surgida de una comprensión socialista lúcida de la historia y del futuro de la sociedad, del ideal socialista de una humanidad libre y sin clases, así como de la ética comunitaria proletaria, y que por ahí mismo se opone en todos sus rasgos característicos a la cultura burguesa, es internacional. Esta cultura, a pesar de que difiera de un pueblo a otro en matices – como la manera de ver de los proletarios varía según sus condiciones de existencia y la forma de la economía – a pesar de que esté fuertemente influenciada por los antecedentes históricos propios de la nación, sobre todo allí donde la lucha de clases está poco desarrollada, es en todas partes la misma. Su forma, la lengua en la que se expresa, es diferente, pero todas las demás diferencias, incluso nacionales, se ven cada vez más reducidas por el desarrollo de la lucha de clases y el crecimiento del socialismo. Por el contrario, la separación entre la cultura de la burguesía y la del proletariado se acrece sin cesar.

Por tanto, es inexacto decir que el proletariado lucha por la propiedad de los bienes culturales nacionales que produce con su trabajo. No lucha para apropiarse de los bienes culturales de la burguesía, lucha por el control de la producción y para establecer, sobre esta base, su propia cultura socialista. Lo que llamamos efectos culturales de la lucha de clases, la adquisición por parte del trabajador de una conciencia de sí mismo, del saber y del deseo de instruirse, de exigencias intelectuales elevadas, no tiene nada que ver con una cultura nacional burguesa, sino que representa el crecimiento de la cultura socialista. Esta cultura es un producto de la lucha, que es una lucha contra el conjunto del mundo burgués. Y del mismo modo que vemos desarrollarse en

el proletariado la humanidad nueva, orgullosa y segura de su victoria, liberada de la infame esclavitud del pasado, formada por combatientes valientes, capaces de penetrar sin prejuicios y comprender completamente la marcha del mundo, unidos por la más estrecha de las solidaridades en una estrecha unidad, así despunta desde ahora en este proletariado el espíritu de la humanidad nueva, la cultura socialista, débil al principio, confusa y mezclada con tradiciones burguesas, pero después cada vez más clara, cada vez más pura, más bella, más rica.

Evidentemente, esto no quiere decir que la cultura burguesa no va a continuar también reinando todavía durante mucho tiempo y poderosamente en el espíritu de los trabajadores. Demasiadas influencias provenientes de este mundo actúan sobre el proletariado, voluntaria e involuntariamente; no sólo la escuela, la Iglesia y la prensa burguesa, sino todas las bellas letras y las obras científicas penetradas por el pensamiento burgués. Pero cada vez con más frecuencia y de manera incesantemente ampliada, la vida misma y la experiencia propia triunfa en el espíritu de los trabajadores de la visión burguesa del mundo. Y así debe ser. Pues en la medida en que esta última se apodera de los trabajadores, los hace menos capaces de luchar; bajo su influencia, los trabajadores se llenan de respeto hacia las fuerzas dominantes, se les inculca el pensamiento ideológico de estas, su conciencia de clase lúcida es oscurecida, se los levanta a unos contra otros de una a otra nación, se hacen dispersar y son, por tanto, debilitados en la lucha y desposeídos de su confianza en sí mismos. Ahora bien, nuestro objetivo exige un género humano orgulloso, consciente de sí mismo, audaz tanto en sus pensamientos como en su acción. Y por esta razón las exigencias mismas de la lucha liberan a los trabajadores de estas influencias paralizantes de la cultura burguesa.

Es, pues, inexacto decir que los trabajadores acceden a través de su lucha a una “comunidad nacional de cultura”. Es la política del proletariado, la política internacional de la lucha de clases, la que engendra en él una nueva cultura, internacional y socialista.

La comunidad en la lucha de clase

Bauer opone la nación en tanto que *comunidad de destino* a la clase, en la que la *similitud* del destino ha desarrollado rasgos de carácter similares. Pero la clase obrera no es solamente un grupo de hombres que han conocido el mismo destino y, por consiguiente, tienen el mismo carácter. *La lucha de clase suelta al proletariado en una comunidad de destino.* El destino vivido en común es la lucha llevada en común contra el mismo enemigo.

En la lucha sindical, obreros de nacionalidades diferentes se ven confrontados al mismo patrón. Deben librar la lucha como unidad compacta, conocen sus vicisitudes y efectos en la más estrecha de las comunidades de destino. De su país han traído sus diferencias nacionales mezcladas con el individualismo primitivo de los campesinos o de los pequeños burgueses, quizá también un poco de conciencia nacional, mezclada con otras tradiciones burguesas. Pero toda esta diferencia es tradición del pasado frente a la necesidad de resistir ahora en una masa compacta, frente a la viviente comunidad de combate de hoy. *Sólo* una diferencia tiene aquí una significación práctica: la de la *lengua*; toda explicación, todo proyecto, toda información deben ser comunicados a cada uno en su propia lengua. En las grandes huelgas de América (la de las acerías de McKees Rocks o la de la industria textil en Lawrence, por ejemplo), los huelguistas – una mezcla inconexa de las nacionalidades más diversas: Franceses, italianos, polacos, turcos, sirios, etc.– se

constituyeron en secciones separadas según la lengua, cuyos comités celebraban sesión siempre juntos y comunicaban simultáneamente las propuestas a cada sección en su propia lengua, preservando así la unidad del conjunto, prueba de que, a pesar de las dificultades inherentes a las diferencias lingüísticas, se puede realizar una estrecha comunidad de lucha proletaria. Querer proceder aquí a una separación organizativa entre lo que une la vida y la lucha, el interés real – y esa separación es la que pretende el separatismo – es tan contrario a la realidad que el éxito sólo puede ser temporal.

Esto no es cierto sólo para los obreros de la misma fábrica. Para poder librar su lucha con éxito, los obreros de todo el país deben unirse en un sindicato; y todos sus miembros consideran el avance de un grupo local como su propia lucha. Es más necesario aún cuando en el curso del desarrollo, la lucha sindical reviste formas más ásperas. Los patronos se unen en cárteles y asociaciones patronales; estas últimas no se diferencian porque se trate de patronos checos o alemanes, pues agrupan a todos los patronos de todo el Estado, e incluso a veces van más allá de las fronteras del Estado. Todos los obreros de un mismo oficio que están en el mismo Estado hacen huelgas y sufren los cierres de fábricas en común y por consiguiente constituyen una comunidad de destino vivido, y esto es lo más importante, superando todas las diferencias nacionales. Y en el último movimiento de reivindicaciones salariales de los marinos que se opusieron en el verano de 1911 a una asociación internacional de armadores, se ha podido ver ya una comunidad internacional de destino surgiendo como realidad tangible.

Lo mismo ocurre con la lucha política. En el *Manifiesto comunista* de Marx y Engels, se puede leer a este propósito: “En la forma, aun no siéndolo en el fondo, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. Es necesario naturalmente que el proletariado de cada país acabe

primero con su propia burguesía”⁸. Está claro en esta frase que la palabra “nacional” no es utilizada en el sentido austríaco, sino que surge de la situación de Europa occidental en que Estado y nación pasan por ser sinónimos. Esta frase significa simplemente que los obreros ingleses no pueden librar la lucha de clase contra la burguesía francesa, ni los obreros franceses contra la burguesía inglesa, sino que la burguesía inglesa y el poder de Estado inglés no pueden ser atacados y vencidos más que por el proletariado inglés. En Austria, el Estado y la nación son entidades diferentes. La nación surge naturalmente como una comunidad de intereses de las clases burguesas. *Pero es el Estado el que es la verdadera organización sólida de la burguesía para proteger sus intereses.* El Estado protege la propiedad, se ocupa de la administración, pone a punto la flota y el ejército, recauda los impuestos y contiene a las masas populares. Las “naciones”, o, mejor aún: las organizaciones activas que se presentan en su nombre, es decir, los partidos burgueses, no sirven más que para luchar por la conquista de la influencia adecuada sobre el Estado, una participación en el poder del Estado. Para la gran burguesía, cuyo espacio de intereses económicos abarca todo el Estado y va incluso más allá, que tiene necesidad de privilegios directos, de aduanas, de pedidos y de protección en el extranjero, es un Estado bastante vasto el que constituye la comunidad natural de intereses y no la nación. La independencia aparente que el poder de Estado ha sabido mantener durante mucho tiempo gracias al conflicto entre las naciones, no puede enmascarar el hecho de que ha sido también un instrumento al servicio del gran capital.

Por esta razón el centro de gravedad de la lucha política de la clase obrera se desplaza cada vez más hacia el Estado. Mientras la lucha por el poder político quede aún en segundo plano y la agitación, la propaganda y la lucha de las ideas —que,

⁸ Obras completas de Karl Marx. El Manifiesto comunista, traducción Molitor, Paris, Costes, 1934, p.77.

naturalmente, deben expresarse en cada una de las lenguas – ocupen todavía el primer plano de la escena, los ejércitos de proletarios siguen separados nacionalmente para la lucha política. En este primer estadio del movimiento socialista, lo importante es liberar a los proletarios de la influencia ideológica de la pequeña burguesía, arrancarlos de los partidos burgueses e inculcarles la conciencia de clase. Los partidos burgueses, separados por naciones, se convierten entonces en los enemigos a combatir. El Estado aparece como un poder legislativo del que se exigen leyes de protección para el proletariado; conquistar una influencia sobre el Estado a favor de los intereses proletarios se presenta a los proletarios escasamente conscientes, aún modestos, como el primer objetivo de la acción política. Y la meta final, la lucha por el socialismo, se presenta como una lucha *por* el poder en el Estado, *contra* los partidos burgueses.

Pero cuando el partido socialista consigue el rango de factor importante en el Parlamento, esto cambia. En el Parlamento, donde se zanja todas las cuestiones políticas esenciales, el proletariado se ve confrontado a los representantes de las clases burguesas de todo el Estado. La lucha política esencial, en la que se integra y a la que se somete cada vez más el trabajo de educación, se desarrolla en el terreno del Estado. Es común a todos los obreros del Estado, cualquiera que sea la nación a la que pertenezcan. Amplía la comunidad de lucha al conjunto del proletariado del Estado, proletariado para el que la lucha común contra el mismo enemigo, contra el conjunto de los partidos burgueses de todas las naciones y su gobierno, se convierte en un destino común. *No es la nación, sino el Estado, el que determina para el proletariado las fronteras de la comunidad de destino que es la lucha política parlamentaria.* Mientras la propaganda socialista siga siendo la actividad más importante para los rutenos de Austria y para los rutenos de Rusia⁹, seguirán estrechamente

⁹ Es decir, los ucranianos.

ligados entre sí. Pero desde el momento en que el desarrollo llega al punto en que la lucha política real es librada contra el poder del Estado – mayoría burguesa y gobierno – tienen que separarse, luchar en lugares diferentes y con métodos a veces completamente diferentes. Los primeros intervienen en Viena en el Reichsrat junto con obreros tirolese y checos, los otros luchan ya sea en la clandestinidad, ya sea en las calles de Kiev contra el gobierno del zar y sus cosacos. Su comunidad de destino está rota.

Todo esto se presenta tanto más claramente cuanto que el empuje del proletariado se hace más poderoso y su lucha ocupa cada vez más el campo de la historia. El poder de Estado y todos los poderosos medios de que dispone, es el feudo de las clases poseedoras; el proletariado no puede liberarse, no puede eliminar el capitalismo más que derrotando primero esta organización poderosa. La conquista de la hegemonía política no es solamente una lucha por el poder de Estado, sino una lucha contra el poder de Estado. La revolución social que desembocará en el socialismo consiste esencialmente en vencer el poder de Estado por la potencia de la organización proletaria. Por eso debe ser realizada por el proletariado de todo el Estado. *Esta lucha de liberación común* contra el mismo enemigo es la experiencia más importante, *por así decir, toda la historia de la vida del proletariado* desde su primer despertar hasta la victoria. *Ella hace de la clase obrera, no de la misma nación, sino del mismo Estado, una comunidad de destino.* Sólo en Europa occidental, donde Estado y nación coinciden más o menos, la lucha librada en el terreno estatal-nacional por la hegemonía política da origen en el proletariado a comunidades de destino que coinciden con las naciones.

Pero también en este caso se desarrolla cada vez más el carácter internacional del proletariado. Los obreros de los diferentes países intercambian teoría y práctica, métodos de

lucha y concepciones y los consideran como un asunto común. Ciertamente éste era también el caso de la burguesía ascendente; en sus concepciones económicas y filosóficas, los ingleses, los franceses, los alemanes se han influenciado mutua y profundamente por el intercambio de ideas. Pero de ello no resultó ninguna comunidad pues su antagonismo económico les condujo a organizarse en naciones hostiles unas hacia las otras; precisamente la conquista, por parte de la burguesía francesa, de la libertad burguesa que tenía desde hacía mucho tiempo la burguesía inglesa fue lo que provocó las enconadas guerras napoleónicas. Semejante conflicto de intereses está totalmente ausente en el proletariado y por esta razón la influencia espiritual recíproca que ejerce la clase obrera de los diferentes países puede actuar sin coerción en la constitución de una comunidad internacional de cultura. Pero la comunidad no se limita a esto. Las luchas, las victorias y las derrotas en un país tienen profundas consecuencias en la lucha de clase de los demás países. Las luchas que libran nuestros camaradas de clase en el extranjero contra su burguesía no es nuestro propio asunto sólo en el terreno de las ideas, sino también en el plano material; forman parte de nuestro propio combate y las sentimos como tales. Eso lo saben muy bien los obreros austríacos, para los cuales la revolución rusa fue un episodio decisivo de su propia lucha por el sufragio universal¹⁰. El proletariado de todos los países se percibe como un ejército único, como una gran unión a la que sólo razones prácticas obligan a escindirse en numerosos batallones que deben combatir al enemigo separadamente, puesto que la burguesía está organizada en Estados y, por consiguiente, son numerosas las fortalezas a tomar. Es también bajo esta forma como la prensa nos relata las luchas en el extranjero: las huelgas

¹⁰ En efecto, la revolución rusa dio impulso a la lucha por el sufragio universal en Austria. Tras un gran movimiento de masas en que la socialdemocracia jugó el papel dirigente al final de 1905, el Emperador aprobó en enero de 1907 el proyecto de reforma electoral que instauraba el sufragio universal en el territorio de Austria (que excluía la otra parte de la monarquía bicéfala, Hungría o Transleitania).

de los portuarios ingleses, las elecciones en Bélgica, las manifestaciones callejeras en Budapest son todas asunto de nuestra gran organización de clase. De este modo, la lucha de clase internacional se convierte en *la experiencia común* de los obreros de todos los países.

La nación en el Estado del Futuro

En esta concepción del proletariado se reflejan ya las condiciones del orden social futuro, en el que los hombres ya no conocerán antagonismos estatales. Al superar las organizaciones estatales rígidas de la burguesía por la potencia organizativa de las masas proletarias, el Estado desaparece como potencia de coerción y terreno de dominación que se delimita netamente con relación al exterior. Las organizaciones políticas revisten una nueva función: “el gobierno de las personas deja paso a la administración de las cosas”, diría Engels en el *Anti-Dühring*¹¹. Para regular conscientemente la producción se necesita organización, órganos ejecutivos y una actividad administrativa; pero para ello no es necesaria ni posible la centralización más estricta tal como la practica el Estado actual. Esta cederá el lugar a una amplia descentralización y a la auto-administración. Según las dimensiones de una rama de producción, las organizaciones abarcarán áreas más o menos grandes; mientras que, por ejemplo, el pan se producirá a escala local, la producción del hierro y la circulación ferroviaria necesitan entidades económicas de la magnitud de un Estado. Habrá unidades de producción de las más diversas dimensiones, desde el taller y la comuna hasta el Estado e, incluso, para ciertas ramas, hasta toda la humanidad.

¹¹ Ver F. Engels, *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Moscú, Ediciones Progreso, t. III, p. 98.

Los grupos humanos aparecidos naturalmente, las naciones, ¿no ocuparán entonces el lugar de los Estados desaparecidos en tanto que unidades organizativas? Sin duda será ese el caso, por la simple razón práctica, pero sólo por esta razón, de que son *comunidades de la misma lengua* y todas las relaciones entre los hombres pasan por la lengua.

Pero Bauer confiere a las naciones de la sociedad futura una significación complementaria totalmente distinta: “El hecho de que el socialismo haga autónoma a la nación y su sino sea producto de su voluntad consciente, determina una diferenciación creciente entre las naciones en la sociedad socialista y conlleva una afirmación más pronunciada de su peculiaridad y una separación más tajante de sus caracteres” (p.105). Ciertamente que unas reciben de otras el contenido de la cultura y las ideas de diversas maneras, pero no las recogen sino en ligazón con la cultura nacional. “Por esta razón, la autonomía en el socialismo significa necesariamente, a pesar de la igualación de los contenidos materiales de cultura, una diferenciación cada vez mayor de la cultura espiritual de las naciones.” (p. 108)... Así “la nación, que descansa en una comunidad de educación, lleva en sí la tendencia a la unidad; somete a todos sus hijos a una educación común, todos los con-nacionales trabajan juntos en los talleres nacionales, cooperan todos juntos en la formación de la voluntad colectiva de la nación, suministran juntos los bienes culturales nacionales. Así el socialismo lleva igualmente en sí la garantía de la *unidad de la nación*.” (p. 109). Hay ya en el capitalismo la tendencia a reforzar las separaciones nacionales de las masas y a dar a la nación una coherencia interior más fuerte. “Pero será privilegio del socialismo llevar (esta tendencia) a la victoria. Por la diversidad de la educación y de las costumbres según las naciones, la sociedad socialista distinguirá a todos los pueblos los unos de los otros tan tajantemente como lo son hoy únicamente las gentes cultivadas de las diferentes naciones. Cae de su peso que dentro de la nación socialista habrá también

comunidades de carácter más restringidas; pero entre ellas no se podrá encontrar comunidades culturales independientes, pues las comunidades locales mismas estarán colocadas bajo la influencia de la cultura de toda la nación, en una relación cultural y un intercambio de ideas con la nación en su conjunto.” (p.135)

La concepción que se expresa en estas frases no es otra cosa sino la transposición ideológica de la actualidad austríaca a un futuro socialista. Confiere a las naciones bajo el socialismo el papel que hoy recae en los Estados, a saber, aislarse cada vez más con relación al exterior y nivelar en el interior todas las diferencias; entre los muchos niveles de unidades económicas y administrativas, da a las naciones un rango privilegiado, semejante al que hoy recae en el Estado tal como lo conciben nuestros adversarios, que ponen el grito en el cielo a propósito de la “omnipotencia del Estado” bajo el socialismo, e incluso se habla aquí de “talleres nacionales”. Por lo demás, mientras que en los escritos socialistas se habla siempre de talleres y de medios de producción de la “comunidad” por oposición a la propiedad privada, sin precisar las dimensiones de la comunidad, aquí se considera a la nación como la única comunidad de los hombres, autónoma respecto del exterior, indiferenciada en el interior.

Semejante concepción sólo es posible a condición de abandonar totalmente el terreno material del que han surgido las relaciones mutuas y las ideas de los hombres e insistir solamente en las fuerzas espirituales como factores determinantes. Pues las diferencias nacionales pierden entonces totalmente las raíces económicas que hoy les dan un vigor tan extraordinario. El modo de producción socialista no desarrolla oposiciones de intereses entre las naciones, como ocurre con el modo de producción burgués. La unidad económica no es ni el Estado ni la nación, sino el mundo. Este modo de producción es mucho más que una red de unidades productivas nacionales ligadas entre sí por una política inteligente de comunicaciones y por

convenciones internacionales, tal como lo describe Bauer en la página 519; es una *organización de la producción mundial en una unidad* y asunto común de toda la humanidad. En esta comunidad mundial, de la que es un comienzo desde ahora el internacionalismo del proletariado, no puede tratarse de una autonomía de la nación alemana, por poner un ejemplo, más que de una autonomía de Baviera, de la ciudad de Praga o de la fundición de Poldi. Todas arreglan parcialmente sus propios asuntos y todas dependen del todo en cuanto partes de este todo. Toda la noción de autonomía proviene de la era capitalista en la que las condiciones de la dominación conllevan su contrario, a saber, la libertad respecto a una dominación determinada.

Esta base material de la colectividad, *la producción mundial organizada, transforma la humanidad futura en una sola y única comunidad de destino*. Para las grandes realizaciones que les esperan, la conquista científica y técnica de toda la tierra y su acondicionamiento en una morada magnífica para una raza de señores [*ein Geschlecht von Herrenmenschen*] feliz y orgullosa de su victoria y que se ha hecho dominadora de la naturaleza y de sus fuerzas, para estas grandes realizaciones – que apenas podemos imaginar hoy – las fronteras de los Estados y de los pueblos son demasiado estrechas y restringidas. *La comunidad de destino unirá a toda la humanidad en una comunidad intelectual y cultural*. La diversidad lingüística no será obstáculo, pues toda comunidad humana que mantenga con otra una comunicación verdadera creará un lenguaje común. Sin pretender abordar aquí la cuestión de una lengua universal, indicaremos solamente que ya hoy es fácil apropiarse varias lenguas extranjeras una vez superado el estadio de los estudios primarios. Por eso es inútil abordar la cuestión de saber hasta qué punto son de naturaleza permanente las actuales delimitaciones y diferencias lingüísticas. Lo que Bauer dice a propósito de la nación en la última de las frases citadas, vale entonces para la humanidad entera: aunque dentro de la humanidad socialista subsistan comunidades de carácter

restringidas, no podrá haber comunidades de cultura independientes pues toda comunidad local (y nacional), sin excepción, se encontrará, bajo la influencia de la cultura del conjunto de la humanidad, en comunicación cultural, en un intercambio de ideas, con la humanidad entera.

Las transformaciones de la nación

Nuestra investigación ha demostrado que bajo la dominación del capitalismo avanzado, al que acompaña la lucha de clases, el proletariado no puede encontrar ninguna fuerza constitutiva de la nación. No forma comunidad de destino con las clases burguesas, ni una comunidad de intereses materiales, ni una comunidad que pudiese ser la de la cultura intelectual. Los rudimentos de semejante comunidad, que se esbozan justo al comenzar el capitalismo, desaparecen necesariamente con el desarrollo de la lucha de clases. Mientras que en las clases burguesas poderosas fuerzas económicas generan el aislamiento nacional, un antagonismo nacional y toda la ideología nacional, en el proletariado están ausentes. En su lugar, la lucha de clase, que da a su vida lo esencial de su contenido, crea una comunidad internacional de destino y de carácter en la que no tienen significación práctica las naciones en tanto que grupos de la misma lengua. Y como el proletariado es la humanidad en devenir, esta comunidad constituye la aurora de la comunidad económica y cultural de la humanidad entera bajo el socialismo.

Por tanto, hay que responder afirmativamente a la pregunta que habíamos planteado al principio: *Lo nacional no tiene para el proletariado más significado que el de una tradición. Sus raíces materiales se hunden en el pasado y no pueden alimentarse en las vivencias del proletariado.* Por tanto, la nación juega para el proletariado un

papel parecido al de la religión. Notemos la diferencia, a pesar de este parentesco. Las raíces materiales de los antagonismos religiosos se pierden en el pasado lejano y ya casi no son conocidas por el hombre de nuestro tiempo. Por esta razón, estos antagonismos están totalmente desligados de todos los intereses materiales y aparecen como querellas puramente abstractas acerca de cuestiones sobrenaturales. Por el contrario, las raíces materiales de los antagonismos nacionales se encuentran justo detrás de nosotros, en el mundo burgués moderno con el que estamos en contacto constante, por eso conservan toda la frescura y vigor de la juventud y conmueven tanto más cuanto que somos capaces de sentir directamente los intereses que expresan; pero, al tener raíces menos profundas, les falta la resistencia tan difícilmente quebrantable de una ideología petrificada por los siglos.

Por eso nuestra investigación nos lleva a una concepción completamente distinta a la de Bauer. Éste supone, al contrario del nacionalismo burgués, una transformación continua de la nación hacia nuevas formas y nuevos caracteres. Así, la nación alemana ha revestido, a través de la historia, apariencias continuamente renovadas del proto-germano hasta el futuro miembro de la sociedad socialista. Pero, bajo estas formas cambiantes, permanece la nación misma, e incluso si ciertas naciones deben desaparecer y surgir otras, la nación sigue siendo siempre la estructura fundamental de la humanidad. Por el contrario, según nuestras conclusiones la nación no es más que una estructura temporal y transitoria en la historia de la evolución de la humanidad, una de las numerosas formas de organización que se suceden o se manifiestan simultáneamente: tribus, pueblos, imperios, Iglesias, comunidades aldeanas, Estados. Entre ellas, la nación, en su especificidad, es un producto de la sociedad burguesa y desaparecerá con ella. Querer encontrar la nación en todas las comunidades pasadas y futuras es tan artificial como interpretar, a la manera de los economistas

burgueses, el conjunto de las formas económicas pasadas y futuras como formas variadas del capitalismo y concebir la evolución mundial como evolución del capitalismo, que iría desde el “capital” del salvaje, su arco, hasta el “capital” de la sociedad socialista.

Aquí aparece el fallo de la idea básica en la obra de Bauer, tal como la citamos más arriba. Cuando éste dice que la nación no es una cosa rígida sino un proceso en devenir, ello implica que la nación en cuanto tal es permanente y eterna. Para Bauer, la nación es “el producto jamás acabado de un proceso eternamente en curso.” *Para nosotros, la nación es un episodio en el proceso de la evolución humana que progresa hacia el infinito.* La nación constituye para Bauer el elemento fundamental permanente de la humanidad. Su teoría es *una reflexión sobre el conjunto de la historia de la humanidad bajo el ángulo nacional.* Las formas económicas se transforman, las clases nacen y mueren, pero eso sólo son mutaciones de la nación, dentro de la nación. La nación sigue siendo el elemento primario al que las clases y sus transformaciones confieren simplemente un contenido cambiante. Por esta razón Bauer expresa las ideas y los objetivos del socialismo en la lengua del nacionalismo y habla de nación allí donde otros han empleado los términos de pueblo y humanidad: la “nación”, por la propiedad privada de los medios de trabajo, ha perdido el control de su destino; la “nación” no lo ha decidido conscientemente, son los capitalistas los que determinan el destino de la “nación”; la “nación” del futuro se convertirá en el artífice de su propio destino; ya hemos citado más arriba los talleres nacionales. Así Bauer es llevado a calificar de políticas evolucionista-nacional y conservadora-nacional las dos direcciones opuestas de la política, la del socialismo, dirigida hacia delante, y la del capitalismo, que intenta mantener el orden económico actual. Siguiendo el ejemplo citado más arriba, se podría calificar igualmente el socialismo de política evolucionista-capitalista.

La manera como Bauer trata la cuestión de las nacionalidades es una teoría específicamente austríaca, constituye una doctrina de la evolución de la humanidad que sólo podría nacer en Austria, donde las cuestiones nacionales dominan toda la vida pública. Se constata, y no es ciertamente con la intención de estigmatizarlo, que un investigador que maneja con tal éxito el método de la concepción marxista de la historia, se convierte a su vez, al sucumbir a la influencia de su entorno, en una prueba de esta teoría.

Sólo esta influencia lo ha puesto en condiciones de hacer progresar hasta tal punto nuestra comprensión científica. Y es que nosotros no somos máquinas de pensar lógicamente sino seres humanos que vivimos dentro de un mundo que nos obliga a dominar, apoyándonos en la experiencia y la reflexión, los problemas que nos plantea la práctica de la lucha.

Pero nos parece que en la diferencia de las conclusiones interviene también una diferencia de los conceptos filosóficos fundamentales. ¿En qué ha desembocado siempre nuestra crítica de las concepciones de Bauer? En una evaluación diferente de las fuerzas materiales e intelectuales. Mientras que Bauer se apoya en la potencia indestructible de las cosas del espíritu, de la ideología en tanto que fuerza independiente, nosotros ponemos siempre el acento en su dependencia de las condiciones económicas. Se siente uno tentado de poner esta desviación del materialismo marxista próxima al hecho de que Bauer se ha presentado en varias ocasiones como defensor de la filosofía de Kant y cuenta entre los kantianos. Así su obra confirma doblemente que el marxismo es un método científico precioso e indispensable.

Sólo él le ha permitido enunciar los numerosos resultados notables que enriquecen nuestra comprensión; allí donde se manifiestan ciertas carencias es precisamente donde su método se aleja de las concepciones materialistas del marxismo.

III. La táctica socialista

Las reivindicaciones socialistas

La táctica socialista está basada en la ciencia de la evolución social. El modo como una clase obrera se hace cargo de sus intereses está determinado por su concepción de la evolución futura de las condiciones. Su táctica no debe dejarse influenciar por todos los deseos y objetivos que pueden surgir en el proletariado oprimido ni por todas las ideas que dominan su espíritu; si están en contradicción con la evolución efectiva no son realizables pues toda la energía y todo el trabajo que se les consagran lo son en vano y pueden incluso causar daño. Eso ocurrió con todos los intentos y esfuerzos para frenar la marcha triunfal de la gran industria y restablecer el antiguo orden de las corporaciones. El proletariado en lucha ha rechazado todo esto; guiado por su comprensión del carácter inevitable del desarrollo capitalista, ha establecido su objetivo socialista. Lo que se producirá efectiva e inevitablemente es lo que constituye la línea directriz de nuestra táctica. Por esta razón era de importancia primordial establecer, no qué papel juega en este momento lo nacional en un proletariado cualquiera, sino cuál será a la larga su

parte en el proletariado bajo la influencia del ascenso de la lucha de clases. Nuestras concepciones sobre la significación futura de lo nacional para la clase obrera son las que deben determinar nuestras concepciones tácticas en las cuestiones nacionales.

Las concepciones de Bauer sobre el futuro de la nación constituyen el fundamento teórico de la táctica del oportunismo nacional. La táctica oportunista se dibuja por sí misma a partir del pensamiento fundamental de su obra, que considera la nacionalidad como el único resultado poderoso y permanente de toda la evolución histórica. Si la nación constituye, y no sólo hoy sino cada vez más a medida que se desarrolla el movimiento obrero, y totalmente bajo el socialismo, el principio unificador y divisor natural de la humanidad, entonces es inútil querer luchar contra la potencia de la idea nacional en el proletariado. Entonces será necesario considerar el socialismo mucho más a la luz del nacionalismo y expresar su objetivo en el lenguaje del nacionalismo. Entonces será necesario que pongamos delante las reivindicaciones nacionales y nos esforcemos en convencer a los obreros patriotas de que el socialismo es el mejor y el único verdadero nacionalismo.

La táctica debe ser completamente diferente si se llega a la convicción de que lo nacional no es más que ideología burguesa que no tiene sus raíces materiales en el proletariado y que por esta razón desaparecerá a medida que se desarrolle la lucha de clase. En este caso, lo nacional no sólo es una manifestación pasajera en el proletariado, sino que entonces constituye, como toda ideología burguesa, *un obstáculo para la lucha de clases cuyo poder perjudicial debe ser eliminado en la medida de lo posible*. Y superarlo se sitúa en la línea misma de la evolución. Las consignas y los objetivos nacionales desvían a los trabajadores de sus objetivos proletarios específicos. Dividen a los obreros de las diferentes naciones, provocan su hostilidad recíproca y destruyen así la unidad necesaria del proletariado. Alinean codo con codo los

trabajadores y la burguesía en un mismo frente, obscureciendo así su conciencia de clase y hacen del proletariado el ejecutor de la política burguesa. Las luchas nacionales impiden que se hagan valer las cuestiones sociales y los intereses proletarios en la política y condenan a la esterilidad este importante método de lucha del proletariado. Todo esto es alentado por la propaganda socialista cuando ésta presenta a los obreros las consignas nacionales como válidas, independientemente del objetivo propio de su lucha y cuando utiliza el lenguaje del nacionalismo en la descripción de nuestros objetivos socialistas. Inversamente, es indispensable que el sentimiento de clase y la lucha de clase arraiguen profundamente en el espíritu de los obreros; es entonces cuando se darán cuenta progresivamente de lo irreal y de lo fútil de las consignas nacionales para su clase.

Por esta razón, objetivos de Estado-nación, tal como, por ejemplo, el restablecimiento de un Estado nacional independiente en Polonia, no caben en la propaganda socialista. La razón de ello no es que carecería totalmente de interés un Estado nacional perteneciente al proletariado. Pues resulta molesto para la adquisición de una lúcida conciencia de clase que el odio contra la explotación y la opresión tome fácilmente la forma de un odio nacional contra los opresores extranjeros, como en el caso de la dominación extranjera ejercida por Rusia, que protege a los capitalistas polacos. Sino porque el restablecimiento de una Polonia independiente es utópico en la era capitalista. Esto vale igualmente para la solución de la cuestión polaca que propone Bauer: la autonomía nacional de los polacos en el marco del Imperio ruso. Por deseable o necesario que sea este objetivo para el proletariado polaco, mientras reine el capitalismo la evolución real no será determinada por lo que el proletariado cree necesitar, sino por lo que quiere la clase dominante. Si, por el contrario, el proletariado es lo suficientemente poderoso para imponer su voluntad, el valor de tal autonomía es entonces infinitamente pequeño en

comparación con el valor real de sus reivindicaciones de clase, que llevan al socialismo. La lucha del proletariado polaco contra la potencia política cuya opresión sufre realmente – el gobierno ruso, prusiano o austríaco, según el caso – está condenada a la esterilidad en tanto que lucha nacional; sólo como lucha de clase alcanzará su objetivo. El único objetivo que se puede alcanzar y que por esta razón se impone, es el de triunfar, junto con los otros obreros de estos Estados, del poder político capitalista y luchar por el advenimiento del socialismo. Ahora bien, bajo el socialismo el objetivo de la independencia de Polonia ya no tiene sentido pues nada se opondrá entonces a que todos los individuos de lengua polaca tengan libertad para fusionarse en una unidad administrativa.

En la posición respecto de los dos partidos socialistas polacos¹², la diferencia en la evaluación es evidente. Bauer insiste en el hecho de que ambos tienen justificación, pues cada uno de ellos encarna una faceta de la naturaleza de los trabajadores polacos: el P. P. S., el sentimiento nacional, la S. D. de Polonia y Lituania, la lucha internacional de clase. Esto es justo, pero incompleto. Nosotros no nos contentamos con el método histórico muy objetivo que prueba que todo fenómeno o tendencia es explicable y proviene de causas naturales. Nosotros debemos añadir que una faceta de esta naturaleza se refuerza en el curso de la evolución, mientras que la otra decae. El principio de uno de los dos partidos se basa en el futuro, el del otro se basa en el pasado, uno constituye la gran fuerza del progreso, el otro es una tradición obligatoria. Por esta razón, los dos partidos no

¹² La argumentación de Pannekoek es aquí idéntica a la de Rosa Luxemburgo. Sin embargo, al día siguiente de la revolución de 1905, Rosa Luxemburgo reivindica la autonomía para Polonia dentro de un Imperio ruso que sería constitucional.

Hubo después en estos partidos reestructuraciones y transformaciones en las que no vamos a entrar aquí porque se trata solamente de un ejemplo para ilustrar las tomas de posición teóricas (Nota de Pannekoek). En efecto, el PPS se escindió en dos fracciones. La de derecha tomará el poder con Pilsudski a la cabeza después de la primera guerra mundial. La de izquierda - el PPS-Levitsa - se fusionará con la SDKPiL para formar el PC polaco.

representan la misma cosa para nosotros; en tanto que marxistas que basamos nuestro principio en la ciencia de la evolución real, en tanto que socialdemócratas revolucionarios que encontramos el nuestro en la lucha de clases, debemos dar la razón a uno y apoyar su posición contra el otro.

Hemos hablado más arriba de la carencia de valor de las consignas nacionales para el proletariado. Pero, ¿ciertas reivindicaciones nacionales no tienen igualmente la mayor importancia para los obreros, y no deberían éstos luchar por ellas de acuerdo con la burguesía? Las escuelas nacionales, por ejemplo, en las que los hijos del proletariado tienen la posibilidad de instruirse en su propia lengua, ¿no tienen un valor cierto? *Para nosotros constituyen reivindicaciones proletarias y no reivindicaciones nacionales.* Las reivindicaciones nacionales checas van dirigidas contra los alemanes, los cuales las combaten. Si, por el contrario, a los obreros checos les interesan escuelas checas, una lengua administrativa checa, etc., porque les permiten acrecentar sus posibilidades de formación y su independencia respecto de los empresarios y de las autoridades, interesan otro tanto a los obreros alemanes, los cuales tienen todo el interés en ver a sus camaradas de clase adquirir el máximo posible de fuerzas en la lucha de clases. Por tanto, no sólo los socialdemócratas checos sino también sus camaradas alemanes deben reivindicar escuelas para las minorías checas, y poco importa a los representantes del proletariado que sea la potencia de la “nación” alemana o la de la “nación” checa, es decir, la potencia de la burguesía alemana o checa dentro del Estado, la que se vea reforzada o debilitada por ello. Es siempre el interés proletario el que prevalece. Si la burguesía, por razones nacionales, formula una reivindicación idéntica, en la práctica persigue algo totalmente distinto puesto que tampoco sus objetivos son los mismos. En las escuelas de la minoría checa, los obreros alentarán el conocimiento de la lengua alemana porque esto constituye una ayuda para los niños en la lucha por la existencia, pero la burguesía checa se empleará en

apartarlos de la lengua alemana. Los obreros reivindican la pluralidad más grande de lenguas empleadas en la administración, los nacionalistas quieren suprimir la lengua extranjera. *Sólo en apariencia, pues, concuerdan las reivindicaciones lingüísticas y culturales de los obreros y las reivindicaciones nacionales. Son reivindicaciones proletarias las planteadas en común por el conjunto del proletariado de todas las naciones.*

Ideología y lucha de clase

La táctica marxista de la socialdemocracia se basa en el reconocimiento de los verdaderos intereses de clase de los obreros. No puede ser desviada por las ideologías, aun cuando éstas parecen arraigadas en la cabeza de las gentes. Por su modo marxista de comprender, sabe que las ideas y las ideologías que aparentemente no tienen base material, de ninguna manera son sobrenaturales ni están investidas de una existencia espiritual desligada de lo corporal, sino que son la expresión tradicional y fijada de intereses de clase anteriores. Por esto estamos seguros de *que frente a la enorme densidad de los intereses de clase y de las necesidades reales y actuales, por poco que se tenga conciencia de ello, ninguna ideología arraigada en el pasado, por poderosa que sea, puede resistir a la larga.* Esta concepción de base determina también la manera como luchamos contra su fuerza.

Los que consideran las ideas como potencias autónomas en la cabeza de los hombres, que aparecerían por sí mismas o gracias a una influencia espiritual extraña, tienen dos posibilidades para poder ganar a los hombres a sus nuevos objetivos: o bien combatir las antiguas ideologías directamente, demostrando su inexactitud con consideraciones teóricas abstractas e intentar así arrebatarse su poder sobre los hombres; o

bien intentar poner la ideología a su servicio presentando sus nuevos objetivos como la consecuencia y la realización de las ideas antiguas. Tomemos el ejemplo de la religión.

La religión es la más poderosa de las ideologías del pasado que dominan al proletariado e intentan desviarlo de la lucha de clase unitaria. Socialdemócratas confusos, que han visto erigirse ante ellos este poderoso obstáculo para el socialismo, han podido intentar combatir la religión directamente y demostrar la inexactitud de las doctrinas religiosas – de la misma manera en que había procedido anteriormente el racionalismo burgués – a fin de quebrantar así su influencia. O a la inversa, han podido presentar el socialismo como un cristianismo mejor, como la verdadera realización de las doctrinas religiosas, y convertir así a los cristianos creyentes al socialismo. Pero estos dos métodos han fracasado allí donde se han intentado; los ataques teóricos contra la religión no han podido hacerle mella y han reforzado los prejuicios contra el socialismo; de igual modo, no se ha podido convencer a nadie cubriéndose ridículamente con atributos cristianos, porque la tradición a la que los hombres están firmemente apegados no es un cristianismo cualquiera en general, sino una doctrina cristiana precisa. Era evidente que ambos estaban destinados al fracaso. Pues las discusiones y consideraciones teóricas que acompañaban a estos intentos orientan el espíritu hacia las cuestiones religiosas abstractas, lo desvían de la realidad de la vida y refuerzan el pensamiento ideológico. La fe no puede, en general, ser atacada con pruebas teóricas; sólo cuando su fundamento – las antiguas condiciones de existencia – ha desaparecido y aparece en el hombre una nueva concepción del mundo, surge la duda a propósito de las doctrinas y de los dogmas antiguos. Únicamente la nueva realidad, que impregna el espíritu cada vez más nítidamente, puede derribar una fe transmitida; por supuesto, es necesario que antes esa realidad llegue claramente a la conciencia de los

hombres. *Sólo por el contacto con la realidad el espíritu se libera del poder de las ideas heredadas.*

Por esto la socialdemocracia marxista no sueña en absoluto con combatir la religión con argumentos teóricos, o ponerla a su servicio. Esto serviría para mantener artificialmente las ideas abstractas recibidas, en lugar de dejar que se disipen poco a poco. *Nuestra táctica consiste en esclarecer cada vez más a los obreros acerca de sus verdaderos intereses de clase, en mostrarles la realidad de la sociedad y de su vida a fin de que su espíritu se oriente cada vez más hacia el mundo real de hoy. Entonces las antiguas ideas, que no encuentran ya de qué alimentarse en la realidad de la vida proletaria, se doblan ellas solas.* Lo que los hombres piensan de los problemas teóricos nos es indiferente con tal de que luchemos juntos por el nuevo orden económico del socialismo. Por esta razón la socialdemocracia no habla ni debate jamás sobre la existencia de Dios o de controversias religiosas; sólo habla de capitalismo, de explotación, de intereses de clase, de la necesidad para los obreros de librar juntos la lucha de clase. De este modo desvía el espíritu de las ideas secundarias del pasado para dirigirlo a la realidad de hoy; priva así a estas ideas del poder de desviar a los obreros de la lucha de clase y de la defensa de sus intereses de clase.

Por supuesto, no de un solo golpe. Lo que permanece petrificado en el espíritu no puede ser reblandecido y disuelto más que progresivamente bajo el efecto de fuerzas nuevas. ¡Cuánto tiempo ha transcurrido hasta que los obreros cristianos de Renania-Westfalia han abandonado en gran número la bandera del Zentrum¹³ para pasarse a la socialdemocracia! Pero la socialdemocracia no se dejó desviar; no intentó acelerar el giro de los obreros cristianos por medio de concesiones a sus prejuicios religiosos; no se dejó llevar por la impaciencia ante la

¹³ Partido cristiano social de Alemania, católico.

escasez de sus éxitos, ni se dejó seducir por la propaganda antirreligiosa. No perdió la fe en la victoria de la realidad sobre la tradición, se atuvo firmemente al principio, no eligió ninguna desviación táctica que diese la ilusión de un éxito más rápido; siempre opuso la lucha de clase a la ideología. Y ahora ve madurar incesantemente los frutos de su táctica.

Lo mismo ocurre frente al nacionalismo, con la única diferencia de que aquí, al ser una ideología más reciente y menos petrificada, hay que estar menos prevenido contra el error del combatir en el plano teórico abstracto y sí contra el error de transigir. *En este caso también nos basta poner el acento en la lucha de clase y despertar el sentimiento de clase a fin de desviar la atención de los problemas nacionales.* En este caso también toda nuestra propaganda puede parecer inútil contra el poder de la ideología nacional¹⁴; muy en primer lugar, podría parecer que el nacionalismo progresa más en los obreros de las jóvenes naciones. Así en Renania los sindicatos cristianos se fortalecieron también al mismo tiempo que la socialdemocracia; esto se puede comparar con el separatismo nacional, que es una parte del movimiento obrero que concede más importancia a una ideología burguesa que al principio de la lucha de clases. Pero en la medida en que tales movimientos no pueden, en la práctica, sino ir a remolque de la burguesía y suscitar así contra ellos el sentimiento de clase de los obreros, perderán progresivamente su poder.

Por consiguiente, iríamos completamente descaminados si quisiéramos ganar masas obreras al socialismo siendo más nacionalistas que ellas, transigiendo. Este *oportunismo nacional* puede, como máximo, permitir ganarlas exteriormente, en apariencia, para el partido, pero *no por eso han sido ganadas a*

¹⁴ Así, en su reseña del folleto de Strasser “El obrero y la nación” en *der Kampf* (V,9), Otto Bauer dudaba de que poner el acento en los intereses de clase del proletariado pudiese tener un impacto cualquiera frente al brillante atractivo de los ideales nacionales (Nota de Pannekoek).

nuestra causa, a las ideas socialistas; las concepciones burguesas continuarán dominando su espíritu como antes. Y cuando llegue la hora decisiva en que tengan que elegir entre intereses nacionales y proletarios, aparecerá *la debilidad interna de este movimiento obrero*, como ocurre actualmente en la crisis separatista. ¿Cómo podemos agrupar a las masas bajo nuestra bandera si dejamos que se inclinen ante la del nacionalismo? Nuestro principio de la lucha de clase no podrá dominar más que cuando los otros principios que manipulan y dividen a los hombres de otra manera se queden sin efecto; pero si, por nuestra propaganda, reforzamos el crédito de los otros principios, arruinaremos nuestra propia causa.

Como resulta de lo expuesto más arriba, sería un error total querer combatir los sentimientos y las consignas nacionales. En los casos en que están arraigados en las cabezas, no pueden ser eliminados por argumentos teóricos sino únicamente por una realidad más fuerte, a la que se deja actuar sobre los espíritus. Si se comienza a hablar de ello, el espíritu del que escucha se orienta inmediatamente hacia el terreno de lo nacional y no piensa sino en términos de nacionalismo. Por consiguiente es mejor no hablar de ello en absoluto, no inmiscuirse en ello. Tanto a todos los eslóganes como a todos los argumentos nacionalistas, se responderá: explotación, plusvalía, burguesía, dominación de clase, lucha de clases. Si ellos hablan de las reivindicaciones de una escuela nacional, nosotros llamaremos la atención sobre la insuficiencia de la enseñanza dispensada a los niños de obreros, que no aprenden más de lo que necesitan para poder deslomarse más tarde al servicio del capital. Si hablan de letreros callejeros y de cargas administrativas, nosotros hablaremos de la miseria que obliga a los proletarios a emigrar. Si hablan de la unidad de la nación, nosotros hablaremos de la explotación y de la opresión de clase. Si ellos hablan de la grandeza de la nación, nosotros hablaremos de la solidaridad del proletariado en todo el mundo. Sólo cuando la gran realidad del mundo actual – el desarrollo

capitalista, la explotación, la lucha de clase y su meta final, el socialismo – haya impregnado el espíritu entero de los obreros, se desvanecerán y desaparecerán los pequeños ideales burgueses del nacionalismo. *La propaganda por el socialismo y la lucha de clase constituyen el único medio, pero un medio que da resultados seguros, para quebrantar la potencia del nacionalismo.*

El separatismo y la organización del partido

En Austria, después del congreso de Wimberg, el partido socialdemócrata está dividido por naciones, cada uno de los partidos obreros nacionales es autónomo y colabora con los de las otras naciones sobre una base federalista¹⁵. Esta separación nacional del proletariado no presentaba inconvenientes demasiado grandes y era considerada frecuentemente como el principio organizativo natural del movimiento obrero en un país profundamente dividido en el plano nacional. Pero cuando esta separación dejó de limitarse a la organización política para aplicarse a los sindicatos bajo el nombre de separatismo, el peligro se hizo tangible de repente. Lo absurdo del proceso según el cual los obreros del mismo taller están organizados en sindicatos distintos y obstaculizan así la lucha común contra el patrón, es evidente. Estos obreros constituyen una comunidad de intereses, no pueden luchar y vencer más que como masa

¹⁵ El Congreso del Partido socialdemócrata de Austria, reunido en 1897 en Viena-Wimberg, aprobó la estructura que se había proporcionado la socialdemocracia austríaca: una federación basada en el principio de las nacionalidades para garantizar la autonomía y la individualidad de sus seis partidos nacionales componentes.

coherente y, por consiguiente, deben estar agrupados en una organización única. Los separatistas, que introducen en el sindicato la separación de los obreros según las naciones, rompen la fuerza de los obreros como lo han hecho los escisionistas sindicales cristianos y obstaculizan en gran medida el ascenso del proletariado.

Los separatistas lo saben y lo ven tan bien como nosotros. ¿Qué es, pues, lo que les empuja a esta actitud hostil hacia los obreros a pesar de haber sido condenada por unanimidad aplastante en el Congreso internacional de Copenhague¹⁶? En primer lugar, el hecho de que consideran el principio nacional como infinitamente superior al interés material de los obreros y al principio socialista. Pero, en este caso, hacen referencia a las decisiones de otro congreso internacional, el Congreso de Stuttgart (1907), según las cuales *el partido y los sindicatos de un país deben estar estrechamente unidos en una comunidad constante de trabajo y de lucha*¹⁷. ¿Cómo es esto posible cuando el partido está articulado según las naciones y el movimiento sindical está centralizado al mismo tiempo internacionalmente en todo el Estado? ¿Dónde encontrará la socialdemocracia checa el movimiento sindical al que debe asociarse estrechamente si no crea un movimiento sindical checo propio?

Es literalmente escoger la posición más débil proceder como lo hacen muchos socialdemócratas alemanes de Austria y presentar como argumento esencial en la lucha teórica contra el separatismo la disparidad total de las luchas políticas y sindicales. Ciertamente, no tienen otra salida si quieren defender al mismo

¹⁶ El Congreso socialista internacional de Copenhague de 1910 condenó por unanimidad el “separatismo” sindical checo.

¹⁷ La resolución adoptada en el Congreso socialista internacional de Stuttgart en 1907 estipulaba especialmente: “La lucha proletaria se emprenderá tanto mejor y será tanto más fructífera cuanto más estrechas sean las relaciones entre los sindicatos y el partido, sin comprometer la necesaria unidad del movimiento sindical. El Congreso declara que va en interés de la clase obrera el que, en todos los países, se establezcan estrechas relaciones entre los sindicatos y el partido y se hagan permanentes”.

tiempo la unidad internacional en los sindicatos y la separación nacional en el partido. Pero este argumento no puede darles resultados.

Esto proviene de la situación de los comienzos del movimiento obrero cuando ambos han debido afirmarse lentamente luchando contra los prejuicios en las masas obreras y cuando cada cual buscaba su propia vía: entonces parece que los sindicatos sólo están para mejorar la situación material inmediata, mientras que el partido libra la lucha por la sociedad del futuro, por ideales generales e ideas elevadas. En realidad ambos luchan por mejoras inmediatas y ambos contribuyen a edificar el poder del proletariado que permitirá el advenimiento del socialismo. Solamente que, en la medida en que la lucha política es una lucha general contra toda la burguesía, hay que darse cuenta de las consecuencias más lejanas y de los fundamentos más profundos de la visión del mundo, mientras que en la lucha sindical, en la que los argumentos y los intereses inmediatos son manifiestos, la referencia a los principios generales no es necesaria, incluso puede perjudicar la unidad del momento. Pero en realidad son los mismos intereses obreros los que determinan las dos formas de lucha; sólo que en el movimiento del partido están algo más enmascarados bajo la forma de ideas y principios. Pero cuanto más se desarrolla el movimiento, más se acercan, más se ven obligados a luchar juntos. Las grandes luchas sindicales se convierten en movimientos de masas cuya importancia política enorme conmueve toda la vida social. Inversamente, las luchas políticas toman dimensiones de acciones de masas que exigen la colaboración activa de los sindicatos. La resolución de Stuttgart encarna esta necesidad cada vez mayor. Por esto, todos los intentos de batir al separatismo arguyendo la total disparidad entre los movimientos sindical y político, se estrellan contra la realidad.

El error del separatismo consiste, pues, no en querer la misma organización para el partido y los sindicatos, sino en aniquilar el sindicato para poder hacerlo. *Pues la raíz de la contradicción no está en la unidad del movimiento sindical, sino en la división del partido político.* El separatismo en el movimiento sindical no es más que la consecuencia ineluctable de la autonomía nacional de las organizaciones del partido; como subordina la lucha de clase al principio nacional, es incluso la consecuencia última de la teoría que considera a las naciones como los productos naturales de la humanidad y ve en el socialismo, a la luz del principio nacional, la realización de la nación. *Por esta razón no se puede superar realmente el separatismo más que si en todas partes, en la táctica, en la agitación, en la conciencia de todos los camaradas domina como único principio proletario el de la lucha de clase* frente al que todas las diferencias nacionales no tienen ninguna importancia. La unificación de los partidos socialistas es la única salida para resolver la contradicción que ha originado la crisis separatista y todos los perjuicios que ha causado al movimiento obrero.

En el capítulo titulado “La comunidad de la lucha de clase” se ha mostrado ya que la lucha política se desarrolla en el terreno del Estado y hace de los obreros de las naciones de todo el Estado una unidad. También se ha constatado en él que en los comienzos del partido socialista, el centro de gravedad se sitúa todavía en las naciones. Esto explica el desarrollo histórico: a partir del momento en que comenzó a llegar a las masas a través de su propaganda, el partido se escindió en unidades separadas en el plano nacional que debieron adaptarse respectivamente a su ambiente, a la situación y a los modos de pensar específicos de su nación, y que por eso mismo se han visto más o menos contaminadas por las ideas nacionalistas. Pues todo movimiento obrero ascendente está atiborrado de ideas burguesas de las que no se desembaraza sino progresivamente en el curso del desarrollo, por la práctica de la lucha y una comprensión teórica creciente. Esta influencia burguesa sobre el movimiento obrero,

que en otros países ha tomado la forma del revisionismo o del anarquismo, necesariamente tenía que revestir en Austria la del nacionalismo, no sólo porque el nacionalismo es la más poderosa de las ideologías burguesas, sino también porque allí se opone al Estado y a la burocracia. La autonomía nacional en el partido no resulta únicamente de una decisión errónea, pero evitable, de un congreso cualquiera del partido, también es una forma natural del desarrollo, creada progresivamente por la situación misma.

Pero cuando la conquista del sufragio universal creó el terreno de la lucha parlamentaria propio de un Estado capitalista moderno, y el proletariado se convirtió en una potencia política importante, esta situación no podía durar. Se iba a ver si los partidos autónomos constituían todavía realmente un solo partido global (Gesamtpartei). Ya no se podía uno contentar con declaraciones platónicas sobre su cohesión; en lo sucesivo se necesitaba una unidad más sólida, a fin de que las fracciones socialistas de los diferentes partidos nacionales se sometiesen en la práctica y en los hechos a una voluntad común. El movimiento político no ha superado esta prueba; en algunas de las partes que lo componen, el nacionalismo tiene ya raíces tan profundas, que tienen el sentimiento de estar tan cerca, si no más, de los partidos burgueses de su nación que de las otras fracciones socialistas. Así se explica una contradicción que no es más que aparente: el partido global se ha hundido en el momento preciso en que las nuevas condiciones de la lucha política exigían un verdadero partido global, la unidad sólida de todo el proletariado austríaco; el laxo vínculo que existía entre los grupos nacionales se rompió cuando se vieron confrontados a la exigencia de convertirse en una unidad sólida. Pero al mismo tiempo se hizo evidente que esa ausencia de partido global no podía ser más que transitoria. *La crisis separatista debe desembocar necesariamente en la aparición de un nuevo partido global que será la organización política compacta de toda la clase obrera austríaca.*

Los partidos nacionales autónomos son formas del pasado que ya no corresponden a las nuevas condiciones de lucha. La lucha política es la misma para todas las naciones y se desarrolla en un Parlamento único en Viena; allí, los socialdemócratas checos no luchan contra la burguesía checa sino que luchan junto con todos los demás diputados obreros contra toda la burguesía austríaca. A esto se ha objetado que la campaña electoral tiene como marco la nación: los adversarios no son entonces el Estado y la burocracia, sino los partidos burgueses de su propia nación. Es justo; pero la campaña electoral no es, por así decir, más que una prolongación de la lucha parlamentaria. *No son las palabras, sino los hechos de nuestros adversarios, los que constituyen la materia de la campaña electoral,* y estos actos se perpetran en el Reichsrat, forman parte de la actividad del parlamento austríaco. Por eso la campaña electoral hace salir, a su vez, a los obreros del pequeño mundo nacional, los remite a un organismo de dominación más grande, poderosa organización de coerción de la clase capitalista, que domina su vida.

Tanto más cuanto que el Estado, que en otros tiempos parecía débil y desprotegido frente a las naciones, afirma cada vez más su poder como consecuencia del desarrollo del gran capitalismo. El desarrollo del *imperialismo*, que arrastra tras de sí a la monarquía danubiana, pone en manos del Estado, con fines de política mundial, instrumentos de poder cada vez más potentes, impone a las masas una presión militar y fiscal cada vez mayor, contiene la oposición de los partidos burgueses nacionales y hace pura y simplemente caso omiso de las reivindicaciones sociopolíticas de los obreros. El imperialismo debería dar un poderoso impulso a la lucha de clase común de los obreros; y frente a sus luchas, que conmocionan el mundo, que oponen el capital y el trabajo en un conflicto agudo, el objeto de las querellas nacionales pierde toda significación. Y no está excluido totalmente que los peligros comunes a los que la política

mundial expone a los obreros, sobre todo el peligro de guerra, reúnan más pronto de lo que se piensa, para una lucha común, a las masas obreras ahora separadas.

Por supuesto que, a causa de las particularidades lingüísticas, la propaganda y las explicaciones deben ser suministradas en cada nación en particular. La práctica de la lucha obrera debe tener en cuenta a las naciones en tanto que grupos de lengua diferente; esto vale tanto para el partido como para el movimiento sindical. *En tanto que organización de lucha, partido y sindicato deben estar organizados los dos de manera unitaria a escala estatal-internacional. Con fines de propaganda, de explicación, de esfuerzos en la educación que les conciernen también y en común, necesitan una sub-organización y una articulación nacionales.*

La autonomía nacional

Aun cuando nosotros no entremos en el campo de los eslóganes y de las consignas del nacionalismo y continuemos empleando los eslóganes del socialismo, esto no significa que nosotros prosigamos una especie de política del avestruz frente a las cuestiones nacionales. Pues se trata de cuestiones reales que preocupan a los hombres y cuya solución esperan. Nosotros hacemos que los trabajadores tomen conciencia de que, para ellos, no son esas cuestiones, sino la explotación y la lucha de clases, las cuestiones vitales más importantes y que lo dominan todo. Pero esto no hace desaparecer las otras cuestiones y debemos mostrar que somos capaces de resolverlas. Pues la socialdemocracia no deja a los hombres pura y simplemente con la promesa del Estado futuro, también presenta en su programa de reivindicaciones inmediatas la solución que propone para cada una de las cuestiones particulares que son objeto de la lucha

actual. Nosotros no sólo intentamos unir en la lucha de clase común a los obreros cristianos y a los demás, sin tomar en consideración la religión, sino que en nuestra propuesta de programa Proclamación del carácter privado de la religión, les mostramos igualmente el medio de salvaguardar sus intereses religiosos mejor que con luchas y querellas religiosas. Frente a las luchas de las Iglesias por el poder, luchas inherentes a su carácter de organizaciones de dominación, nosotros planteamos el principio de la autodeterminación y de la libertad de todos los hombres para practicar su fe sin sufrir por ello perjuicio por parte de otro. Esta propuesta de programa no proporciona la solución de cada cuestión en particular, pero contiene una solución de conjunto en cuanto pone las bases sobre las que podrán arreglar a su voluntad las cuestiones particulares. Al quitar toda coerción pública, se suprime al mismo tiempo cualquier necesidad de defensa y de querellas. Las cuestiones religiosas son eliminadas de la política y dejadas a las organizaciones que los hombres crearán a su voluntad.

Nuestra posición en lo referente a las cuestiones nacionales es comparable. *El programa socialdemócrata de la autonomía nacional propone aquí la solución práctica que quitaría su razón de ser a las luchas entre naciones.* Por el empleo del principio personal en lugar del principio territorial, las naciones serán reconocidas en tanto que organizaciones en las que recae, en el marco del Estado, el cuidado de todos los intereses culturales de la comunidad nacional. Así cada nación obtiene el poder jurídico de arreglar sus asuntos de manera autónoma incluso allí donde está en minoría. De este modo, ninguna nación se encuentra en la sempiterna obligación de conquistar y preservar este poder en la lucha por ejercer una influencia sobre el Estado. Así se pondría fin definitivamente a las luchas entre naciones que, por la obstrucción sin fin, paralizan toda la actividad parlamentaria e impiden que sean abordadas las cuestiones sociales. Cuando los partidos burgueses se desencadenaban ciegamente los unos

contra los otros, sin avanzar un solo paso, y se encontraban desarmados ante la cuestión de saber cómo salir del caos, la socialdemocracia ha mostrado la vía práctica que permite satisfacer los deseos nacionales justificados, sin que por ello sea necesario hacerse daño mutuamente.

Esto no significa que este programa tenga posibilidades de verse realizado. Todos nosotros estamos convencidos de que nuestra reivindicación de la proclamación del carácter privado de la religión, así como la mayor parte de nuestras reivindicaciones inmediatas, no será realizado por el Estado capitalista. Bajo el capitalismo, la religión no es, como se le hace creer a la gente, asunto de convicción personal – si lo fuese, los portavoces de la religión deberían recoger y llevar a la práctica nuestra propuesta de programa – sino un medio de dominación en manos de la clase poseedora. Y ésta no renunciará a este medio. Una idea similar se encuentra en nuestro programa nacional, que pretende que las naciones sean la realidad de la imagen que se da de ellas. Las naciones no son únicamente grupos de hombres que tienen los mismos intereses culturales y que, por esta razón, quieren vivir en paz con las otras naciones; son organizaciones de combate de la burguesía que sirven para ganar el poder en el Estado. Toda burguesía nacional espera ensanchar el territorio donde ejercer su dominación a expensas del adversario; por tanto, es totalmente dudoso pensar que podrían poner fin por iniciativa propia a estas luchas agotadoras, de la misma manera que está excluido que las potencias mundiales capitalistas traigan la paz mundial eterna por un arreglo sensato de sus diferencias. En efecto, la situación es tal que en Austria se dispone de una instancia superior capaz de intervenir: el Estado, la burocracia dominante. Se espera que el poder central del Estado se esfuerce en resolver las diferencias nacionales, porque éstas amenazan con desgarrar el Estado e impiden el funcionamiento regular de la máquina del Estado; pero el Estado ha aprendido ya a coexistir con las luchas nacionales hasta el punto de servirse de ellas para

reforzar el poder del gobierno frente al Parlamento, de manera que ya no es necesario en absoluto allanarlas. Y lo que es más importante: la realización de la autonomía nacional, tal como la reivindica la socialdemocracia, tiene como fundamento la autoadministración democrática. Y esto es lo que aterroriza, con toda razón, a los ambientes feudales, clericales, del gran capital y militaristas que gobiernan Austria.

Pero, ¿tiene la burguesía verdadero interés en poner fin a las luchas nacionales? Muy al contrario, tiene el mayor interés en no ponerles fin, tanto más cuanto la lucha de clases toma auge. Pues al igual que los antagonismos religiosos, *los antagonismos nacionales constituyen un medio excelente para dividir al proletariado, desviar su atención de la lucha de clases con ayuda de eslóganes ideológicos e impedir su unidad de clase.* Cada vez más, las aspiraciones instintivas de las clases burguesas de impedir que el proletariado se una, sea lúcido y potente, constituyen un elemento mayor de la política burguesa. En países como Inglaterra, Holanda, Estados Unidos e incluso Alemania adonde el partido conservador de los Junker tiene un lugar excepcional como partido de clase netamente definido como tal), observamos que las luchas entre los dos grandes partidos burgueses – generalmente se trata de un partido “liberal” y de un partido “conservador” o “clerical” – se vuelven tanto más encarnizadas, y los gritos de combate tanto más estridentes, cuanto que el antagonismo real de sus intereses decrece y su antagonismo consiste en eslóganes ideológicos heredados del pasado. Cualquiera que tenga una concepción esquemática del marxismo que le hace ver en los partidos sólo la representación de los intereses de grupos burgueses, se encuentra aquí ante un enigma: cuando se podía esperar que se fusionasen en una masa reaccionaria para hacer frente a la amenaza del proletariado, parece, por el contrario, que se profundiza y amplía la escisión entre ellos. La explicación, muy simple, de este fenómeno es que han comprendido instintivamente que es imposible aplastar al proletariado

simplemente por la fuerza y que es infinitamente más importante desconcertar y dividir al proletariado por medio de consignas ideológicas. Por esta razón las luchas nacionales de las diversas burguesías de Austria *se inflamarán tanto más cuanto menos razón de ser tengan*. Cuanto más se aproximan estos señores entre bastidores para repartirse el poder de Estado, más furiosamente se atacan en los debates públicos a propósito de bagatelas nacionales. En el pasado, cada burguesía se ha esforzado en agrupar en un cuerpo compacto al proletariado de su nación con el fin de poder combatir con más fuerza al adversario. Hoy se produce lo contrario: la lucha contra el enemigo nacional debe servir para reunir al proletariado tras los partidos burgueses e impedir así su unidad internacional. El papel jugado en otros países por el grito de combate: “¡Con nosotros por la cristiandad!”, “¡Con nosotros por la libertad de conciencia!”, por medio de los cuales se espera desviar la atención de los obreros de las cuestiones sociales, este papel será desempeñado cada vez más en Austria por los gritos de combate nacionales. Pues en las cuestiones sociales se afirmaría su unidad de clase y su antagonismo de clase frente a la burguesía.

Nosotros no debemos esperar que jamás se aplique la solución práctica a las querellas nacionales propuesta por nosotros, precisamente porque las luchas dejarían de tener objeto. Cuando Bauer dice “política de potencia nacional y política proletaria de clase son, por lógica, difícilmente compatibles; psicológicamente se excluyen; el ejército proletario se ve dispersado a cada instante por los antagonismos nacionales, la querella nacional hace imposible la lucha de clase. La constitución centralista-atomística, que hace inevitable la lucha por el poder nacional, es, pues, insoportable para el proletariado” (páginas 313 y 314), es quizá justo en parte, en la medida en que sirve para fundamentar la reivindicación de nuestro programa. Si, por el contrario, significa que la lucha nacional debe cesar previamente para que después se pueda desplegar la lucha de

clases, es falso. Pues precisamente el hecho de que nosotros nos esforcemos en hacer desaparecer las luchas nacionales es lo que lleva a la burguesía a mantenerlas. Pero no por eso conseguiremos detenernos. *El ejército proletario sólo es dispersado por los antagonismos nacionales mientras la conciencia de clase socialista es débil.* Pues, a fin de cuentas, la lucha de clase supera de lejos la querrela nacional. *La potencia funesta del nacionalismo será rota en hechos no por nuestra propuesta de la autonomía nacional, cuya realización no depende de nosotros, sino únicamente por el reforzamiento de la conciencia de clase.*

Por tanto, sería falso querer concentrar toda nuestra fuerza en una “política nacional positiva” y apostar todo a esta única carta, a la realización de nuestro programa de las nacionalidades como condición previa al desarrollo de la lucha de clase. Esta reivindicación del programa no sirve, como la mayoría de nuestras reivindicaciones prácticas del momento, más que para demostrar con qué facilidad seríamos capaces de resolver estas cuestiones con sólo tener el poder, y para ilustrar, a la luz de la racionalidad de nuestras soluciones, lo irracional de las consignas burguesas. Pero mientras domine la burguesía, nuestra solución racional se quedará probablemente en el papel. Nuestra política y nuestra agitación sólo pueden estar dirigidas a la necesidad de llevar a cabo siempre y únicamente la lucha de clase, a despertar la conciencia de clase a fin de que los trabajadores, gracias a una clara comprensión de la realidad, se hagan insensibles a las consignas del nacionalismo.

Acciones de masas y revolución (1912)

Introducción

El desarrollo político y social de los últimos años ha llevado cada vez más a un primer plano el problema de las acciones de masas. A partir de las enseñanzas de la revolución rusa, aquellas fueron reconocidas teóricamente por el partido en 1905 como método en la lucha de clases; durante la campaña por el derecho al voto en Prusia en 1908 y 1910, irrumpen por primera vez en forma imponente y desde entonces, salvo temporales recesos por las necesidades de la campaña electoral, son objeto de intensos debates y polémicas. Este desarrollo no es casual. Por un lado es la consecuencia de la fuerza creciente del proletariado y por otro el resultado necesario de las nuevas formas del capitalismo que nosotros denominamos imperialismo.

Las causas del imperialismo y de las fuerzas que lo impulsan no necesitan preocuparnos en este lugar; simplemente describimos su presencia y sus efectos: la política de dominación del mundo, la carrera armamentista -en especial la construcción de flotas de guerra-, las conquistas coloniales, la creciente presión de los impuestos, el peligro de guerra, el creciente espíritu de violencia y la prepotencia de clase de la burguesía, la reacción interna, el freno a las reformas sociales, la organización de los empresarios, las trabas a la lucha sindical, la carestía. Todo esto lleva a la clase trabajadora a nuevas posiciones de combate. Antes se podía entregar, de vez en cuando, al menos, a la ilusión de progresar lenta pero constantemente en lo sindical a través del mejoramiento de las condiciones de trabajo y en lo político por

medio de reformas sociales y la ampliación de sus derechos políticos. Ahora debe poner en tensión todas sus fuerzas para no ser despojada de los niveles de vida y los derechos ya conquistados. *Su ofensiva se ha transformado ante todo en defensiva.* De tal manera la lucha de clases se torna más aguda y generalizada; en lugar de la esperanza en lograr una situación mejor, la fuerza impulsora de la lucha es, cada vez más, la amarga necesidad de defenderse ante el deterioro de sus condiciones de vida. El imperialismo amenaza a las masas populares con nuevos peligros y catástrofes -tanto a la pequeña burguesía como a los trabajadores- y los empuja a la resistencia; los impuestos, la carestía, el peligro de guerra, vuelven imprescindible una defensa encarnizada. Pero estas calamidades sólo en parte tienen su origen en resoluciones parlamentarias y por tanto sólo parcialmente pueden ser combatidas en el parlamento. Las masas mismas deben hacer acto de presencia, hacerse valer en forma directa y ejercer presión sobre la clase dominante. Y a ese deber se agrega el poder resultante de la fuerza creciente del proletariado; entre la impotencia del parlamento y de nuestra fracción en él para combatir estos peligros, surge una contradicción cada vez más profunda con la creciente conciencia de poder de la clase trabajadora. De ahí que sean las acciones de masas una consecuencia natural del desarrollo imperialista del capitalismo moderno y se transformen cada vez más en formas necesarias de lucha contra el mismo.

El imperialismo y las acciones de masas son hechos nuevos que sólo paulatinamente han de ser elaborados teóricamente y comprendidos en su significación y su esencia. Esto se hará posible sólo a través de la polémica partidaria que en los últimos años se ha estado ocupando intensamente de ellos. Estos hechos traen un cambio en el pensar y el sentir, una nueva *orientación de los espíritus*, que va más allá de la contraposición -surgida ante todo de la táctica de lucha parlamentaria- entre radicalismo y revisionismo. Estas polémicas

separan momentáneamente o para siempre a aquellos que hasta ahora han estado unidos en la lucha y no eran conscientes de que existiera alguna divergencia. Estas polémicas aparecen entonces como lamentables y penosos malentendidos, por lo que las discusiones asumen una especial dureza. Tanto más necesario resulta, para aclarar las diferencias, referirse a los fundamentos de las tácticas de lucha del proletariado. Posteriormente polemizaremos con dos artículos de Kautsky del año anterior.

I. El poder de la burguesía y el poder del proletariado

El poder estatal es el órgano de la sociedad que ejerce potestad sobre el derecho y la ley. El poder político, el control del poder estatal, debe ser en consecuencia el objetivo de toda clase revolucionaria. La conquista del poder político es la condición previa para el socialismo. La burguesía posee actualmente el poder del estado y lo utiliza para dar forma y estabilidad al derecho y la ley al servicio de sus intereses capitalistas. Ella, sin embargo, se va transformando en una minoría que además, y en grado creciente, pierde su significación e importancia en relación al proceso de producción. La clase trabajadora, en cuyas manos reside la mas importante función económica, conforma una mayoría siempre creciente dentro de la población; en esto descansa la certeza de que ha de ser capaz de conquistar el poder político. Pero se trata de observar más de cerca las condiciones y métodos de su revolución política. ¿Por qué la clase trabajadora a pesar de superar a la burguesía en cantidad e importancia económica, no ha podido aún conquistar el poder? ¿Cómo es posible que casi siempre en la historia de la civilización, una minoría explotadora haya podido dominar a la

gran masa del pueblo explotado? Esto es así porque influyen muchos otros factores de poder.

El primero de estos factores de poder es la *superioridad espiritual* de la minoría dominante. Como clase que vive de la plusvalía y que tiene el control de la producción en sus manos, ella dispone de la formación espiritual, de todas las ciencias; con una perspicacia que abarca a toda la sociedad ella sabe -aunque, se encuentre gravemente amenazada por las masas en rebelión cómo encontrar nuevas formas de salvarse. A veces, mediante su autoconciencia y una gran perseverancia y otras, mediante la traición, consiguen embaucar a las masas ingenuas. La historia de cada rebelión de esclavos en la antigüedad, de cada guerra campesina en el medioevo, nos ofrece ejemplos de esto. El poder del espíritu es la más poderosa fuerza de este mundo. En la sociedad burguesa, donde una cierta formación espiritual es patrimonio común de todas las clases, en lugar del monopolio de la educación por la clase dominante, se da el dominio espiritual sobre la masa del pueblo. A través de la escuela, la iglesia, la prensa burguesa, amplias capas del proletariado son envenenadas con concepciones burguesas. La dependencia espiritual de la burguesía es una de las causas principales de la debilidad del proletariado.

El segundo factor de poder de la clase dominante y el más importante reside en su rigurosa y firme organización. Un pequeño número bien organizado es siempre más fuerte que una masa numerosa y desorganizada. *Esa organización de la clase dominante es el poder del estado.* Ella aparece como la totalidad de los empleados estatales que, distribuidos por todas partes como autoridad entre la masa del pueblo, son dirigidos desde la sede central del gobierno en un sentido determinado. La voluntad unitaria que emana de la cúpula, conforma la fuerza interior y la esencia de esta organización. De allí se deriva una poderosa supremacía moral que se manifiesta en la autoconciencia de sus

actos frente a la masa desarticulada, en la que cada individuo quiere algo distinto. Ella configura al mismo tiempo un gigantesco pulpo que con sus finos tentáculos manejados desde el cerebro central, penetra en cada rincón del país; es un organismo compacto ante el cual los demás individuos, sean ellos tan numerosos como se quiera, son sólo débiles partículas. Todo individuo con obediencia que no se adapte es automáticamente aferrado y aplastado por este artístico mecanismo; y la conciencia de esta situación mantiene a la masa a respetuosa distancia.

Si surge entonces un gesto de rebelión entre las masas y des aparece el respeto por las altas autoridades, si se unifican las partículas en la creencia de que van a terminar fácilmente con un par de molestos empleados estatales, ya tiene el estado para tal eventualidad medios de represión más poderosos: la policía y el ejército. También ellos son minorías, pequeños grupos, pero provistos de armas mortíferas y fundidos -por medio de una rigurosa disciplina militar- en cuerpos estables e inatacables que accionan como máquinas automáticas en manos de quienes las comandan. Contra su poder, la masa está indefensa, aun si ésta intenta armarse.

Una clase que surge puede conquistar y retener el poder del estado en razón de su importancia económica y su poderío; así lo hizo la burguesía como dirigente de la producción capitalista y poseedora del dinero. Sin embargo, a medida que su función económica se hace superflua y se degrada a la condición de clase parasitaria, en igual proporción desaparece ese factor de su poder. Entonces pierde también su prestigio y su superioridad espiritual, y, finalmente, sólo le queda, como base de su dominación, el control del poder del estado con todos sus instrumentos represivos. Si el proletariado quiere conquistar el poder, debe derrotar al poder del estado, la fortaleza en la cual la clase dominante se ha atrincherado. La lucha del proletariado no es simplemente una lucha contra la burguesía por el poder del

estado como objetivo, sino una lucha contra el poder estatal. El problema de la revolución social, se puede sintetizar diciendo que se trata de hacer crecer el poder del proletariado a tal punto que éste supere al poder del estado. *Y el contenido de esa revolución es la destrucción y liquidación de los instrumentos de poder del estado usando los instrumentos de poder del proletariado.*

El poder del proletariado consiste primero, en un factor independiente de nuestro accionar al que ya antes se hizo alusión: su número y su significación económica, ambos en constante crecimiento a causa del desarrollo económico y que hacen de la clase trabajadora, en grado cada vez mayor, la clase social determinante. junto a este factor se encuentran otros dos grandes factores de poder cuyo crecimiento es la finalidad de todo el movimiento obrero: *conocimiento y organización*. El conocimiento es, en su forma primera y más simple, conciencia de clase que, poco a poco, crece hacia la clara comprensión de la esencia de la lucha política y de la lucha de clases en general, y de la naturaleza del desarrollo capitalista. A través de su conciencia de clase, el trabajador se libera de la dependencia espiritual de la burguesía; mediante el conocimiento político y social se quiebra la supremacía espiritual de la clase dominante.

La organización es la fusión de los individuos, antes dispersos, en una unidad. En la dispersión, la voluntad de cada uno tiene una dirección independiente de la de todos los demás, mientras que la organización significa unidad, la misma dirección para las voluntades individuales. Mientras las fuerzas de los átomos individuales estén dirigidas en todas direcciones, se habrán de anular mutuamente y el efecto del conjunto será igual a cero; si todas esas fuerzas, en cambio, son dirigidas en la misma dirección, la masa en su conjunto presionará tras esa fuerza, tras esa voluntad conjunta. La argamasa que mantiene unidos a esos individuos y los obliga a caminar juntos es la disciplina, ella hace que cada uno determine su actuar, no por sus ideas, inclinaciones

o intereses particulares, sino por la voluntad y el interés de la totalidad. La costumbre de subordinar la actividad individual a un todo en la organización de las grandes fábricas, crea en el proletariado moderno las condiciones previas para tales organizaciones. La práctica de la lucha de clases las va construyendo, las hace cada vez más amplias y su estabilidad interna y disciplina se vuelven cada vez más firmes. La organización es el arma más poderosa del proletariado. El enorme poder que posee la minoría dominante por su firme organización, sólo podrá ser derrotado con la fuerza aún mayor de la organización de la mayoría. El constante crecimiento de esos factores: significación económica, conocimiento y organización, hace crecer el poder del proletariado por encima del de la clase dominante*. Recién entonces están dadas las condiciones previas para la revolución social. Aquí se pone finalmente en claro en qué sentido, la vieja idea de una rápida conquista del poder político por una minoría fue una ilusión. Esa posibilidad no debe ser descartada apriorísticamente ya que podría, mediante un poderoso empujón, provocar un formidable salto en el desarrollo social. Pero la esencia de la revolución es por cierto, algo muy distinto, la revolución es la conclusión de un proceso de profunda transformación que cambia totalmente el carácter y la esencia de las masas populares explotadas. De un montón de individuos dispersos que eran antes, que obedecían sólo a sus intereses particulares, se transforman en un sólido ejército de combatientes lúcidos que se dejan guiar por intereses comunes. Antes impotentes, obedientes, una masa inerte frente al poder consciente y organizado de la burguesía que la moviliza para sus propios fines, se transforma en una humanidad organizada, capaz de determinar la propia suerte con voluntad consciente y enfrentarse porfiadamente a los viejos dominadores. De la pasividad pasa a la acción, deviene un organismo con vida, con una unidad y una articulación autogeneradas con conciencia y órganos propios. La destrucción

del dominio del capital tiene como condición fundamental que la masa del pueblo esté firmemente organizada y plena de espíritu socialista; si esta condición ha sido llenada en medida suficiente, el dominio del capital será entonces imposible. Ese surgir de las masas, su organización y su toma de conciencia, conforman ya lo esencial, la médula del socialismo. El dominio del estado capitalista, que intenta con su violencia estatal frenar el libre desarrollo del nuevo organismo viviente, se transforma cada vez más en una envoltura muerta, como la cáscara que rodea al pájaro dispuesto a nacer y como ésta, necesariamente será destruido. Es probable que esta destrucción, la conquista del poder, signifique un enorme esfuerzo de trabajo y de lucha: pero lo esencial, lo decisivo, su condición previa y fundamento es el crecimiento del organismo proletario, la formación del poder de la clase trabajadora, necesario para el triunfo.

II. La conquista del poder político

La ilusión de que la conquista del poder es posible a través del parlamento se apoya básicamente en la idea de que el parlamento elegido por el pueblo es el órgano legislativo principal. Si el *parlamentarismo y la democracia* dominaran, si el parlamento controlara la totalidad del poder del estado y la mayoría popular controlara al parlamento, sería la lucha electoral el camino directo para la conquista del poder político -es decir la conquista paulatina de las mayorías populares mediante la práctica parlamentaria, el esclarecimiento de las conciencias y la puja electoral.

Pero tales condiciones faltan, no se encuentran en ningún lado y menos en Alemania. Tienen que ser creadas por las luchas

constitucionales y sobre todo por medio de la conquista del derecho al voto democrático. En su aspecto formal la conquista del poder político tiene dos momentos: primero, la creación de las bases constitucionales, la conquista para las masas de los derechos políticos fundamentales y, segundo, la utilización correcta de esos derechos: ganar a las masas populares para el socialismo. Donde la democracia ya está dada, el segundo momento es el más importante; en cambio, donde las grandes masas ya han sido ganadas para el socialismo pero faltan los derechos, como es el caso aquí en Alemania, el peso de gravedad de la lucha por el poder se centra no en la lucha por medio de los derechos existentes, sino en la lucha por la conquista de los derechos políticos.

Naturalmente, estas relaciones no están dadas aquí por casualidad; la falta de bases constitucionales para un poder popular en un país con un movimiento obrero altamente desarrollado es la forma necesaria para la dominación del capital. Indica claramente que el poder efectivo se encuentra en manos de la clase propietaria.

Mientras ese poder se encuentre inquebrantado, la burguesía no nos va a ofrecer los medios formales para desalojarla pacíficamente. Ella debe ser golpeada, *su poder debe ser quebrado*. La constitución expresa la relación de poder entre las clases; pero tal poder debe ser puesto a prueba en la lucha. Un cambio en el trazado de los límites de los derechos constitucionales dentro de los cuales se mueven las clases es sólo posible cuando los medios de poder de las clases en lucha se confrontan y se miden. Lo que desde el punto de vista formal se presenta como una lucha por los más importantes derechos políticos es, en realidad un choque frontal de todo el poder de ambas clases, una lucha con sus más poderosas armas, en la cual buscan debilitarse y finalmente aniquilarse mutuamente. La lucha puede acarrear alternativamente victorias y derrotas, concesiones

v períodos de reacción. El final llegará solamente cuando uno de los adversarios en lucha se encuentre totalmente vencido, cuando sus instrumentos de poder estén destruidos y el poder político se encuentre en manos del vencedor.

Hasta el momento ninguna de las clases ha empleado en los combates sus armas más poderosas. La clase dominante no ha podido nunca, para su disgusto, emplear su arma más poderosa en la lucha parlamentaria, el poder militar, y tiene que observar impotente, sin poderlo evitar, cómo el proletariado acrecienta su poder constantemente. En ello reside el significado histórico del método de lucha parlamentario durante la época en la cual, el proletariado, aún débil, se encontraba en la fase de su primer crecimiento. Pero tampoco el proletariado ha utilizado todavía sus más poderosos instrumentos de lucha. Sólo entraron en acción su número y su comprensión política, pero ni su importancia en el proceso productivo ni el poder enorme de su organización -que fue utilizado sólo en la lucha sindical, no en la lucha política contra el estado- tuvieron intervención en la lucha. Hasta el momento, las luchas ocurridas han sido sólo escaramuzas de grupos de avanzada, la fuerza principal de ambas partes quedó en reserva. En las próximas batallas por el poder usarán ambas clases sus armas más afiladas, sus medios más poderosos: *sin que estas se midan en combate es imposible un desplazamiento decisivo de las relaciones de poder*. La clase dominante intentará, con sangrienta violencia, destrozará al movimiento obrero. El proletariado recurrirá a las acciones de masas, desde las formas más simples de las asambleas hasta las manifestaciones callejeras v Llegará así a la forma más poderosa: *la huelga general*.

Esas acciones de masas suponen un fuerte crecimiento en la fuerza del proletariado. Son posibles a un alto nivel de desarrollo pues plantean exigencias a las cualidades espirituales y morales, al saber y la disciplina de los trabajadores, que sólo

pueden ser el fruto de largas luchas políticas y sindicales. Si se han de realizar acciones de masas con éxito, los trabajadores deben disponer de tanta comprensión política y social que ellos mismos sean capaces de poder reconocer y juzgar las condiciones previas, los efectos, los peligros de tales luchas; la conveniencia de iniciación o de su interrupción. Cuando la clase dominante utiliza sin contemplaciones sus medios de represión, prohíbe las publicaciones y las reuniones, detiene a los líderes combatientes, impide la comunicación regular entre los trabajadores, los intimida con estados de sitio, los desanima con noticias falsas, entonces, la continuación de la lucha y la posibilidad del éxito dependen exclusivamente de la claridad de visión del proletariado, de su confianza en sí mismo, de su solidaridad y entusiasmo por la gran causa común. El poder del estado burgués con su violencia autoritaria y la fuerza de las virtudes revolucionarias de las masas rebeldes de trabajadores se miden entonces mutuamente para comprobar cuál de los dos se revela el más fuerte.

Nosotros debemos estar preparados a que el estado no retroceda ante estas medidas de fuerza. Sea en la ofensiva o en la defensiva, el proletariado quiere siempre cuando recurre a esas armas ejercer presión sobre el estado, influirlo, ejercer sobre él una presión moral, doblegarlo bajo su voluntad. La posibilidad de que esto ocurra se basa en el hecho de que el poder del estado depende en grado sumo del ininterrumpido funcionamiento de la vida económica. Si el funcionamiento regular del proceso de producción se altera a causa de huelgas masivas, imprevistamente se le plantean al estado problemas extraordinarios a resolver. El estado debe restablecer "el orden", pero, ¿cómo? Puede quizás impedir que la masa haga manifestaciones, pero no la puede obligar a volver al trabajo; puede cuanto más intentar desmoralizarla. Si las autoridades frente a las nuevas tareas pierden la cabeza, presionadas por el miedo y la angustia de la clase poseedora que les exige proceder

enérgicamente o bien conceder si les falta esa voluntad unitaria, es señal de que la fuerza interior del estado, su autoconfianza, su autoridad, la fuente misma de su poder ha sido afectada. La situación se empeora si se suman huelgas del transporte que interrumpen las comunicaciones de las autoridades locales con el poder central y por tanto desarticulan los eslabones de toda la organización, despedazan los tentáculos del pulpo que se contraen impotentes, como ocurrió durante las huelgas de octubre en la revolución rusa.

A veces el gobierno utilizará la violencia y su eficacia dependerá entonces de la decisión del proletariado. Otras veces tratará de apaciguar a las masas con concesiones y promesas, en tal caso, la lucha de las masas habrá llevado a un triunfo total o parcial. Por supuesto, la historia no termina allí. Una vez conquistado un derecho importante puede iniciarse un período de tranquilidad durante el cual la reciente conquista será utilizada hasta el límite máximo de sus posibilidades. Pero, tarde o temprano, la lucha tiene que estallar nuevamente, el gobierno no puede conceder tranquilamente derechos que otorguen a las masas posiciones de poder decisivas y si lo hace intentará luego recuperarlos, de otro modo las masas no se detendrán hasta tener en sus manos la llave del poder estatal. La lucha, por lo tanto, se desencadena siempre de nuevo y contrapuestas las fuerzas de una y otra organización el poder estatal debe someterse reiteradamente a la acción disociante de las acciones de masas. La lucha se detiene recién cuando la organización del estado ha sido totalmente destruida. *La organización de la mayoría habrá demostrado entonces su superioridad destruyendo la organización de la minoría dominante.*

Este objetivo, sin embargo, podrá ser alcanzado sólo si las luchas de las masas influyen profundamente y transforman al proletariado mismo. En la misma forma que las luchas políticas y sindicales libradas hasta el momento, aquellas acrecientan la

fuerza del proletariado en una forma mucho más amplia, poderosa y profunda. Cuando aparecen acciones de masas que estremecen profundamente la vida social en su conjunto, todos los espíritus son sacudidos; el paso veloz de los acontecimientos es seguido con atención y expectativa aún por aquellos que se contentan sólo con poner una boleta electoral cada cinco años. Y los que participan, obligados a concentrar todos sus sentidos con la máxima intensidad en la situación política que determina su conducta, agudizan en tales épocas de crisis política su visión política en pocos días más de lo que pudieron avanzar en años. La práctica de estas luchas a través de las experiencias de triunfo y derrota genera los instrumentos necesarios para satisfacer sus propias exigencias. Con el desarrollo de las luchas crece la madurez del proletariado que sale de ellas capacitado para los próximos y más difíciles combates.

Esto es válido no sólo para la comprensión política sino también para la organización. Sin embargo hay quienes afirman lo contrario. Existe en muchos el temor de que en estas peligrosas luchas, el más importante instrumento del proletariado, su organización, pueda ser destruido. Sobre todo en este razonamiento se basa el rechazo a la huelga general por parte de aquellos cuya actividad se centra en la conducción de las grandes organizaciones proletarias. Temen que en un choque entre la organización proletaria y la organización del estado, la primera, por ser la más débil, habrá de salir necesariamente perdedora. El estado tiene el poder de disolver las organizaciones de los trabajadores que tuvieran la insolencia de iniciar la lucha contra el mismo. Puede destituir su actividad, intervenir sus fondos, encarcelar a sus dirigentes y no se detendrá, seguramente, por consideraciones jurídicas o morales. Pero tales actos de violencia no lo ayudarán demasiado. El estado puede destrozar con ellos la forma externa de las organizaciones obreras, pero no puede afectar la esencia misma de éstas. La organización del proletariado, que nosotros calificamos como su

más importante instrumento de poder, no debe ser confundida con la forma de las organizaciones y asociaciones actuales, que son la expresión de aquella dentro de los marcos aún firmes, del orden burgués. *La esencia de esa organización es algo espiritual, la transformación del carácter de los proletarios.* Puede ser que la clase dominante, aplicando sin escrúpulos la violencia de sus leyes y su policía, consiga destruir aparentemente a la organización: no por eso los trabajadores volverán de pronto a transformarse en los individuos atomizados de antes, que sólo eran movidos por un estado de ánimo transitorio o por sus intereses particulares. Permanecerán en ellos, más vivos que nunca, el mismo espíritu, la misma disciplina, la misma coherencia, la misma solidaridad, la misma costumbre de una acción organizada, y ese espíritu ha de ser capaz de crearse nuevas formas de actividad. Puede que un acto de violencia semejante golpee duramente pero la fuerza *esencial* del proletariado sería afectada tan poco como las leyes antisocialistas afectaron al socialismo, aunque impidieran las formas regulares de asociación y agitación.

A la inversa, la organización se fortalece al grado máximo a través de las luchas de masas. Cientos de miles de trabajadores que se mantienen hoy día alejados de nosotros por indiferencia, por temor o por falta de fe en nuestra causa, serán sacudidos y se incorporarán a las luchas. Mientras que en el lento transcurrir de la historia de las luchas cotidianas las diferencias ideológicas juegan un papel importante y dividen a los trabajadores, en épocas revolucionarias, cuando la lucha se agudiza al máximo y exige rápidas decisiones, se abre camino irresistiblemente el sentimiento de clase; si no ocurre de inmediato, tanto más seguro surgirá posteriormente. Y al mismo tiempo crecerá la solidez interna de la organización y la disciplina puesta a prueba por las exigencias de tan duras luchas adquirirá la firmeza del acero pues ella debe fortificarse. En el transcurso de estas luchas, la fuerza del proletariado, aún insuficiente, crecerá lo necesario para ejercer su dominio en la sociedad. Sin embargo, ¿la clase

dominante no estará en condiciones, utilizando sus medios de combate más poderosos, la violencia más sangrienta, de someter a los trabajadores en semejantes luchas de masas a una segura derrota? Las manifestaciones por el derecho del voto en la primavera de 1910, han demostrado que la clase no retrocede ante la utilización de tal violencia. Por el contrario se ha visto que la espada del policía es impotente contra una masa popular decidida. La violencia puede caer duramente sobre alguna persona en particular, pero el objetivo de esa violencia, atemorizar a la masa para hacerla desistir de su proyecto -realizar la manifestación- no es alcanzado frente a la decisión, el entusiasmo, la disciplina de esa masa de cientos de miles de personas. Muy distinto es ciertamente, cuando se lanza a los militares contra la masa del pueblo: bajo los disparos de destacamentos fuertemente armados, una masa popular no puede realizar su demostración. Sin embargo, ésto en nada ayuda a la clase dominante. El ejército está constituido por los hijos del pueblo y, en medida creciente, por jóvenes proletarios que ya traen de sus propios hogares algo de conciencia de clase. Esto no significa que hayan de fracasar de inmediato como arma en manos de la burguesía -la férrea disciplina ha de desplazar automáticamente toda otra consideración. Sin embarlo, lo que ya para los antiguos ejércitos mercenarios era valido, -que no se dejaban utilizar a la larga contra el pueblo-, es mucho más efectivo para los modernos ejércitos de reclutas. La más férrea disciplina no resiste durante mucho tiempo una utilización semejante. Nada deteriora con más seguridad la disciplina como la pretensión, llevada un par de veces a la práctica, de disparar contra el pueblo, contra sus propios hermanos de clase cuando éstos sólo desean reunirse y desfilar pacíficamente. Justamente para mantener incólume la disciplina del ejército en el caso de una revolución, el gobierno de la oligarquía terrateniente de Alemania ha evitado en lo posible utilizar a los militares en caso de huelgas. Esto es inteligente pero tampoco es una solución.

Los reaccionarios que siempre están azuzando para una "solución militar" del problema obrero, no imaginan que de tal manera no hacen otra cosa que acelerar su propia destrucción. Si el gobierno se ve obligado a utilizar a los militares contra acciones de masas del proletariado, esa arma pierde progresivamente su fuerza de cohesión. Es como una espada reluciente que impone respeto y puede producir heridas pero tan pronto como es utilizada, comienza a hacerse inútil. Y si la clase dominante pierde ese arma, pierde su último y más poderoso instrumento de fuerza y queda indefensa.

La revolución social es el proceso de disolución paulatina de todos los medios de poder de la clase dominante, especialmente del estado; el proceso de continuo crecimiento del poder del proletariado hasta su máxima plenitud. Al comienzo de tal período, el proletariado debe haber alcanzado un alto grado de comprensión y conciencia de clase, poder espiritual y sólida organización para estar capacitado en los difíciles combates que le esperan, pero, con todo esto es aún insuficiente. El prestigio del estado y de la clase dominante están quebrados ante las masas que los reconocen como sus enemigos, pero el poder material se mantiene incólume. Al fin del proceso revolucionario, nada queda de ese poder. El pueblo trabajador en su totalidad está allí presente como masa altamente organizada decidiendo su suerte con clara conciencia y capacitado para gobernar puede pasar a continuación a tomar en sus manos la organización de la producción.

III. La acción de masas

En la *Neue Zeit* del 13 al 27 de octubre, el camarada Kautsky investiga en una serie de artículos "La acción de masa", las formas, condiciones y efectos de las acciones de grandes masas populares. Si bien esos artículos han aparecido porque en los últimos años se habla cada vez más en el partido de las acciones de masas, es necesario acotar desde un comienzo que el planteamiento mismo de la cuestión no corresponde al problema real que se da en la práctica. Kautsky subraja que, naturalmente, él no entiende bajo el concepto de acción de masas el hecho de que las acciones de la clase obrera organizada se hagan automáticamente más masivas a través del crecimiento de sus organizaciones, sino la aparición de grandes masas populares desorganizadas, a veces reuniéndose y luego separándose: "Aunque se compruebe que las acciones políticas y económicas toman cada vez más el carácter de acciones de masas, no está demostrado que ese modo especial de acción de masa que se designa sumariamente como acción de calle, esté llamado a jugar también un papel siempre más importante". Para Kautsky existen entonces dos formas de acción, que son en extremo diferentes. Por un lado las formas de lucha laboral hasta ahora conocidas en la cual un pequeño grupo del pueblo, los trabajadores organizados, que significan cuanto más un décimo del total de la masa desposeída, lleva adelante su lucha política y sindical. Por otro lado, la acción de la gran masa desorganizada, la de la "calle", que por algún motivo se rebela e interviene en el acontecer histórico. Para Kautsky se trata del hecho de si la primera forma será también en el futuro la única forma de movilización del proletariado, o también la segunda forma, la acción de la masa, ha de jugar igualmente un papel de importancia.

Pero cuando en las discusiones partidarias de los últimos años se enfatizó la necesidad, la inevitabilidad o lo adecuado de las acciones de masas, nunca se trató de una tal contraposición. La alternativa no es afirmar que nuestras luchas han de ser

masivas o que la masa desorganizada habrá de aparecer en la escena política, sino otra cosa: una *determinada y nueva forma de la actividad de los trabajadores organizados*. El desarrollo del capitalismo moderno ha impuesto al proletariado con conciencia de clase esas nuevas formas de acción. Amenazado por el imperialismo con los mayores peligros, luchando por más poder dentro del estado, por más derechos, está obligado a hacer valer su voluntad contra las poderosas fuerzas del capitalismo en la forma más enérgica -más enérgica que los más encendidos discursos que puedan pronunciar en el parlamento sus representantes-. El proletariado debe reafirmarse a sí mismo, intervenir en la lucha política, tratando de influir al gobierno y a la burguesía con la presión de sus masas. Si nosotros hablamos de acciones de masas y su necesidad, nos referimos a la actividad política extraparlamentaria de la clase trabajadora organizada por medio de lo cual ella misma actúa sobre la política interviniendo en forma inmediata y no a través de representantes. Estas acciones no son lo mismo que la "acción de calle"; si bien las manifestaciones callejeras también son una de sus expresiones, su más poderosa forma es la huelga general realizada sin nadie en la calle. Las luchas sindicales, en las cuales las masas actúan desde un comienzo, no bien producen un efecto político de importancia se transforman por sí mismas en acciones políticas de masa. En el aspecto práctico de las acciones de masas se trata entonces de una ampliación del campo de actividad de las organizaciones proletarias.

Estas acciones de masas se diferencian en lo esencial de los movimientos populares de otras épocas históricas, que Kautsky investiga como acciones de masas. Allí se reunían las masas un instante galvanizadas por una misma fuerza social en una sola voluntad; luego la masa se desintegraba nuevamente en individuos aislados. En nuestro caso, en cambio, se trata de masas que ya antes estaban organizadas, su acción ha sido pensada y preparada con antelación y luego de concluída, la

organización permanece. En las viejas acciones de masas, el objetivo sólo podía ser el derrocamiento de un régimen odiado, más tarde se trataría de la conquista momentánea del poder mediante un único acto revolucionario; pero como luego de alcanzar el primer objetivo la masa se desarticulaba nuevamente, el poder volvía a recaer en un pequeño grupo y cuando el pueblo intentaba afianzar su dominio por medio del derecho a votar, no era posible evitar un nuevo dominio de clase. En nuestro caso se trata también, por cierto, de la conquista del poder, pero nosotros sabemos que esto sólo es posible por medio de una masa popular socialista y altamente organizada. Por eso el objetivo *inmediato* de nuestras acciones es siempre una determinada reforma o concesión, el retroceso del poder del enemigo, pero también un paso adelante en la construcción del propio poder. Antiguamente el poder popular no podía ser construido continuamente y con seguridad; sólo podía surgir por un instante en erupciones violentas y repentinas para desalojar un poder intolerable, pero luego se diluía y una nueva dominación se extendía sobre la masa indefensa del pueblo.

Nuestro objetivo, la eliminación de todo dominio de clase, es solamente posible a través de la construcción lenta e *imperturbable* de un poder popular permanente hasta el punto que éste con su propia fuerza, aplastar simplemente al poder estatal de la burguesía hasta disolverlo por completo. Antes, los levantamientos populares debían conquistar sus objetivos por entero o fracasaban si su fuerza no alcanzaba para ello.

Nuestras acciones de masa no pueden fracasar; aún cuando el objetivo propuesto no fuera alcanzado, ellas no habrían sido en vano y aún derrotas temporales contribuirían a la gestación de los próximos triunfos. Las acciones de masas abarcaban sólo una pequeña parte de la población total: el levantamiento Y aglutinamiento de una parte del pueblo de la ciudad capital bastaba a menudo para derrocar un gobierno y de todos modos

no era posible reunir mayor cantidad. Hoy día nuestras acciones de masas abarcan también en un primer momento a una minoría pero a medida que arrastran a círculos cada vez más amplios de la población antes indiferente y la incorporan a las filas de nuestro ejército, crece como producto del conjunto de las acciones de masas la acción de las grandes masas populares explotadas que hacen imposible la continuación de la dominación de clase.

Al poner de relieve en forma tan tajante la contraposición entre lo que en la práctica del partido y lo que en Kautsky se entiende como acción de masas, no queremos de ningún modo, hacer superflua su investigación. Pues no está descartado que aún en el futuro puedan estallar súbitos y poderosos levantamientos masivos desorganizados de millones de personas contra un gobierno. Kautsky demuestra detalladamente y con toda razón que el parlamentarismo y los movimientos sindicales, en lugar de hacer superfluas las acciones de masas directas, crean justamente las condiciones fundamentales para su realización. Carestía y guerra, que en el pasado impulsaban tan a menudo a las masas a levantamientos revolucionarios, aparecen hoy nuevamente como posibles a corto plazo. Por eso, es para nosotros tan importante estudiar la naturaleza, las causas y los efectos de tales acciones de masas espontáneas, en base al material de los hechos históricos.

Sin embargo, la forma en que Kautsky realiza esa investigación debe producirnos serias dudas. Ya las deducciones nos dejan entrever las fallas subvacentes en su razonamiento. ¿Cuál es en realidad la deducción que se ofrece al lector del segundo artículo, en el cual es investigada la entrada de las masas en la historia? La masa actúa a veces revolucionariamente, pero ella actúa también en forma reaccionaria; destruye a veces progresivamente y otras perjudicando; a veces se fracasa totalmente cuando se cuenta con su actuación.

Los efectos y formas de aparición de la acción de masas pueden ser entonces de muy diversos tipos. Es difícil estimarlas con anticipación pues las condiciones de las cuales dependen son de naturaleza altamente complicada. O actúan sorpresivamente superando toda expectativa o bien decepcionan.

Dicho en pocas palabras, nada se puede decir sobre el tema, no se puede contar con nada preciso, todo es casual e inseguro. Las consecuencias son: ninguna consecuencia; el resultado es: ningún resultado; a pesar de las muchas y valiosas observaciones particulares la investigación ha quedado sin resultados. ¿Cuál es la causa de esto? La causa no la podemos describir mejor que con las palabras que, hace siete años, usamos en una crítica de la concepción histórica teleológica. (Neue Zeit, XXIII, 2, p. 423, "*Marxismus und Teleologie*" [Marxismo y teleología]):

"Si se toma a la masa en forma de todo general, al pueblo entero, se encuentra que con la anulación mutua de puntos de vista y voluntades contrapuestas, no queda aparentemente nada más que una masa sin voluntad, caprichosa, descontrolada, sin carácter, pasiva, que oscila entre impulsos contradictorios, violentos arrebatos y pesada indiferencia, conocida imagen que los escritores liberales utilizan con preferencia cuando se refieren al pueblo. Realmente, a los investigadores burgueses les debe parecer que entre la infinita variedad de individuos, la abstracción del individuo es al mismo tiempo, abstracción de todo aquello que hace de un hombre un ser volitivo y vivo, de tal manera que sólo queda la masa como algo indefinido. Pues entre la más pequeña unidad, el individuo, y lo más general, la masa inerte dentro de la cual todas las diferencias están superadas, no conocen ningún eslabón intermedio: ellos no conocen la clase. Por el contrario, la fuerza de la concepción socialista de la historia es que introduce orden y sistema en la infinita variedad de las personalidades por medio de la división de la sociedad en clases. En cada clase se encuentran juntos individuos que tienen aproximadamente los mismos intereses, la misma voluntad, las mismas opiniones, que están contrapuestos a los de otras clases. Si diferenciamos

específicamente en los movimientos de masas históricos a las clases, surgirá de pronto, de aquella imagen confusa y horrorosa, una imagen clara de la lucha entre las clases. Compárese sólo las exposiciones que hizo Marx de las revoluciones de 1848, con las de los autores burgueses. La clase es lo genérico en la sociedad que ha conservado al mismo tiempo sus contenidos particulares.

Cuando se pone de relieve lo particular para llegar a lo general -humano por excelencia- no queda al final nada preciso. Una ciencia de la sociedad puede tener contenido sólo si se ocupa de las clases en las que lo casual de los individuos particulares es superado y, al mismo tiempo, ha quedado en su forma pura, abstracta, lo esencial del ser humano, un determinado querer y sentir distinto en cada una de las clases."

Entre los discípulos de Marx ninguno ha demostrado más tajantemente el significado de esa teoría marxista como instrumento para el investigador de la historia que, justamente, Kautsky en sus escritos históricos. La brillante claridad que él aporta en todo momento deriva esencialmente de que penetra en el interior de las clases, de su situación, de sus intereses y concepciones y explica sus actos a partir de ello. Pero en este caso ha dejado de lado el instrumento marxista y por eso no llena a resultado alguno. En su exposición histórica no se habla en ningún lugar sobre el carácter de las masas. En polémica con Le Bon y Kropotkin enfoca sólo el momento psicológico, no esencial; lo esencial, sin embargo, el momento económico del cual surgen precisamente las diferencias en la forma y objetivos de los movimientos de masas, queda sin ser considerado. La acción del lumpenproletariado, que sólo puede saquear y destruir sin un objetivo propio, la acción de los pequeñoburgueses que subieron a las barricadas en París, la acción de los modernos asalariados que, a través de una huelga general, obligan a reformas políticas, las acciones de los campesinos en países económicamente atrasados -como en 1808 en España o en el Tirol-, todos estos movimientos son diferentes y pueden ser

comprendidos en la particularidad de sus métodos y efectos considerando su situación de clase y los sentimientos de clase que se dan en ellos. Si los arrojamos a todos juntos sin distinción bajo la calificación de "acción de masa", sólo puede resultar de ello un guiso que produce precisamente lo contrario de la claridad. La descripción de la guerra de guerrillas española como una acción de masas reaccionaria que, a diferencia de los franceses, entregó el timón nuevamente al "desecho reaccionario" de "curas, terratenientes y cortesanos", puede que resulte muy simpático en los días de lucha contra el bloque azul-negro, pero no corresponde a los métodos históricos que emplea Kautsky en otros trabajos. Cuando él alude al combate de junio como un ejemplo disuasivo para la utilidad y edificación de la actual generación de una acción de masas provocada por el gobierno y ahogada en sangre, le falta señalar el hecho esencial: que estuvieron frente a frente dos masas, una proletaria y otra burguesa. Así, todo acontecimiento histórico tiene que caer bajo una luz distorsionante si se intenta subsumirlo bajo el concepto general y vacío de acción de masa, sin considerar su carácter esencial y específico.

Esta falla también está presente en el tercer artículo de Kautsky, en el que se considera "la transformación histórica de las acciones de masas". Aquí, donde se tratan las condiciones y efectos de movimientos masivos proletarios, nos ofrece Kautsky una cantidad de valiosas e importantes descripciones: Pero, a pesar de ello, el fundamento general de sus exposiciones nos obliga a criticarlo. Kautsky visualiza que las acciones de masas contemporáneas habrán de tener otro carácter que las antiguas; pero él busca la razón de las diferencias, ante todo en la organización y en el esclarecimiento. Pero por más poderosas que puedan ser imaginadas las acciones de masas que pudieran surgir de esa situación, no podrán tener nunca más el carácter que antes tenían. Los cuarenta años de derechos políticos populares y organización proletaria no pueden haber

transcurrido sin dejar huellas. El número de individuos conscientes y organizados en la masa se ha hecho demasiado grande para que no se haga notar aún en explosiones espontáneas, aunque éstas surjan en forma imprevista, aunque la agitación sea enorme, aunque en ellas falte por completo una dirección planificada.

Aquí es dejada de lado la principal diferencia entre las acciones de masas antiguas y las actuales y futuras: la *composición de clase completamente distinta* de las masas modernas. También las masas desorganizadas de hoy día deben actuar en forma totalmente distinta a las de antes, pues unas eran burguesas mientras las otras son proletarias. Los movimientos de masa históricos eran acciones de masas burguesas; participaban en ellos artesanos, campesinos y trabajadores de pequeños talleres, con sentimientos pequeñoburgueses. Como esas clases eran individualistas a causa de la naturaleza de su economía, tenían que dispersarse de inmediato en individuos aislados no bien la acción hubiera pasado. Hoy día, las grandes masas capaces de acción están compuestas por proletarios, por trabajadores al servicio del gran capital, que poseen un carácter de clase fundamentalmente distinto y son, en su pensar, su sentir y su ser, completamente distintos de la vieja pequeña burguesía.

No es que ante esta diferencia en el carácter fundamental, la contraposición entre una masa organizada y una desorganizada resulte sin significado, pues estudio y experiencia significan mucho en miembros de la clase obrera con igual capacidad, pero pasa a segundo plano. Ha sido señalado repetidamente que no todos los sectores de la clase obrera pueden ser organizados en la misma medida. Precisamente, los trabajadores en las fábricas capitalistas más desarrolladas y concentradas, en los complejos de la industria pesada, en las empresas ferroviarias, en parte también en las minas, ofrecen más dificultades para la organización sindical que la gran industria menos concentrada.

La causa es evidente: el poder del capital -o del estado como empresario- aparece ante los trabajadores como tan monstruosamente grande y aplastante que cualquier resistencia, aún por medio de la organización, parece no tener perspectiva. Esas masas son, en su más profunda esencia tan proletarias como ninguna otra, el trabajo al servicio del capital ha interiorizado en ellos una disciplina intuitiva. Las luchas han mostrado hasta ahora los signos de erupciones espontáneas pero en ellos mostraron una extraordinaria disciplina y solidaridad y una inmovible firmeza en la lucha, de ello dan fe y son hermosos ejemplos los levantamientos en América en los últimos años de las masas que sirven a los trusts capitalistas. Por cierto, les faltó la experiencia, la comprensión, la persistencia, que pueden ser adquiridas recién luego de una larga práctica de lucha. Pero en ellas nada queda del viejo individualismo de la pequeña burguesía desorganizada. Su situación de clase hace que comprendan rápidamente las enseñanzas de la organización de la lucha de clases socialista y aprendan a aplicarlas. Cuando se los califica de no organizables o difíciles de organizar es sólo en relación a la forma de organización social actual, no a la disciplina de lucha y espíritu de organización, no a la capacidad de participar en las acciones de masas proletarias. No bien el poder del capital, a causa de algún acontecimiento pierde su carácter de aplastante e intocable, se integrarán a la lucha y no está descartado que jugarán un papel mayor en las acciones de masas, formarán batallones más valiosos aún que los de las masas actualmente organizadas.

Así se ensamblará la acción de las masas desorganizadas con la acción de las masas organizadas que analizábamos. Las acciones de masas, decididas por los trabajadores organizados, arrastran consigo círculos cada vez más grandes del proletariado y crecen así para realizar acciones de la clase proletaria en su conjunto.

La contraposición entre organizados y no-organizados que aparece hoy tan grande, desaparece -no porque éstos últimos se hagan admitir en los núcleos de las organizaciones existentes, pues no es del todo seguro que ellas se mantendrán sin modificaciones en la forma que hoy tienen-, sino en el sentido de que en estas formas de lucha todos han de poder ejercitar por igual su disciplina, su solidaridad, su conciencia socialista y su entrega a los intereses de la clase. La tarea de la socialdemocracia -en la forma de las organizaciones partidarias actuales o en cualquier otro organismo en el que tome cuerpo- es la de ser la expresión espiritual de aquello que vive en la masa, conducir su acción y darle forma unitaria.

La imagen que se obtiene de las explicaciones de Kautsky es muy distinta. Enlazando con el resultado de sus investigaciones históricas -que nada preciso se puede decir de una acción de masa-, él ve también en las futuras acciones de masas violentas erupciones que, completamente imprevisibles, irrumpirán sobre nosotros como catástrofes naturales, por ejemplo, como un terremoto. Hasta ese momento, el movimiento obrero habrá de continuar simplemente con su práctica actual: elecciones, huelgas, trabajo parlamentario, esclarecimiento. Todo continúa del viejo modo, ampliándose paulatinamente, sin cambiar nada esencial en este mundo hasta que, de pronto, despertado por una motivación externa crece un poderoso levantamiento de masas y quizás echa por tierra al régimen dominante. Exactamente de acuerdo con el viejo modelo de las revoluciones burguesas, con la sola diferencia de que ahora la organización del partido está lista para tomar el poder en sus manos, fijar los frutos del triunfo y, en lugar de las castañas, sacar a las masas del fuego para, como nueva capa dominante, consumirla preparando con ellas un banquete para todos. Es la misma teoría que hace dos años, durante el debate sobre la huelga de masas, fue sostenida por Kautsky -la teoría de la huelga de masas como un acto revolucionario único, hecho

para derrocar la dominación capitalista de un solo golpe- que aparece aquí en nueva forma. *Es la teoría de la espera inactiva*; inactiva no en el sentido de que no se continúe con las formas ordinarias del trabajo parlamentario y sindical, sino en el sentido de que deja pasivamente que las grandes acciones de masas se aproximen como fenómenos naturales, en lugar de realizarlas activamente e impulsarlas cada vez en el momento justo.

Es la teoría que corresponde y que permite comprender la práctica de la dirección del partido, a menudo criticada, de mantenerse inactiva en los grandes momentos en los que era necesaria la acción del proletariado, y que en los periodos de lucha electoral la impulsa a acabar lo más pronto posible con las manifestaciones callejeras para que impere nuevamente el orden. En contraposición con nuestra concepción de la *actividad revolucionaria* del proletariado, el cual, en un período de acciones de masas en crecimiento, construye su poder desgastando cada vez más el poder del estado de clases, tenemos esa teoría del *radicalismo pasivo* que no espera ninguna transformación proveniente de la actividad consciente del proletariado. Kautsky coincide con el revisionismo en que nuestra actividad consciente se agota en la lucha sindical y parlamentaria. Por eso no es extraño que su práctica, demasiado a menudo -como hace poco en el acuerdo sobre el balotage- se aproxime a la táctica revisionista. Se diferencia del revisionismo en que éste espera la transición al socialismo por las mismas actividades impulsadas para el logro de las reformas, mientras Kautsky no comparte esas expectativas, sino que preve explosiones con carácter de catástrofes que irrumpen imprevistamente como venidas de otro mundo sin intervención de nuestra voluntad y que liquidarán al capitalismo. Es "la vieja y probada táctica" en su reverso negativo erigida en sistema.

Es la teoría de la catástrofe, conocida por nosotros hasta ahora sólo como un malentendido burgués, elevada a la categoría de enseñanza del partido. Para finalizar, dice Kautsky:

"Si vemos que en el período próximo la situación política y social está grávida de catástrofes, ello surge de nuestra concepción de esta situación particular y no de una teoría general. Pero, ¿surge de la peculiaridad de la situación la necesidad de una táctica particular y nueva? Algunos de nuestros amigos así lo afirman. Tienen la intención de revisar nuestras tácticas. Al respecto podría hablarse con mayor detenimiento si presentasen proposiciones concretas. Ello no ha ocurrido hasta la fecha. Ante todo habría que saber si lo que se exige son nuevos fundamentos tácticos o nuevas medidas tácticas."

A esto es fácil responder que nosotros no necesitamos hacer propuestas. La táctica que nosotros consideramos como correcta ya es la táctica del partido. Ella se ha impuesto prácticamente en las manifestaciones de masas sin que fuera necesario para ello propuestas concretas. Teóricamente el partido las ha aceptado en las Resoluciones de Jena, donde se habla de la huelga de masas como medio para la conquista de nuevos derechos políticos. Esto no quiere decir que nosotros estemos contentos con la práctica de los últimos años, pero no se puede sugerir como nueva táctica que la dirección del partido deba considerar como tarea suya frenar en lo posible las acciones de masa del proletariado o prohibir las discusiones sobre la táctica. Si nosotros, a menudo, hablamos de una nueva táctica, lo hacemos no en el sentido de proponer nuevos principios o medidas -que se actúe cada vez como lo exija la situación es para nosotros, por supuesto, condición previa- sino para aportar una comprensión teórica clara sobre aquello que realmente ocurre. La táctica del proletariado se transforma, o mejor, se amplía en la medida en que incluye nuevos y más poderosos medios de lucha. Nuestra tarea como partido es despertar en las masas una clara conciencia de este hecho, de sus causas y también de sus

consecuencias. Nosotros debemos aclarar exhaustivamente que la situación que deriva del aumento de las luchas de masas no es casual, de la cual no se puede decir nada, sino que es una situación persistente y normal para el último período del capitalismo. Nosotros debemos señalar que las acciones de masa realizadas hasta el momento son el comienzo de un período de la lucha de clases revolucionaria, en el cual el proletariado, en lugar de esperar pasivamente que catástrofes exteriores estremezcan al mundo, él mismo, en constante ataque y avanzando por medio de su trabajo sacrificado, debe ir construyendo su poder y su libertad.

IV. La lucha contra la guerra

Esta es la "nueva táctica" que, con toda razón, podría ser llamada la continuación natural de la vieja táctica en su lado positivo.

Describíamos más arriba la lucha constitucional como una lucha en la cual las armas de ambas clases se median para debilitarse mutuamente. Pero es claro que el objetivo, los derechos políticos fundamentales, son sólo la forma externa, la ocasión, mientras que el contenido esencial de la lucha consiste en que las clases van a la batalla con sus armas para buscar el aniquilamiento de las del enemigo. Por eso la misma lucha puede encenderse también por otros motivos; no es seguro que sólo por el derecho del voto en Prusia o en el Reichstag surgirán estas grandes luchas por el poder, aunque, por supuesto, la destrucción del poder de la burguesía por sí misma traería consigo una constitución democrática. El desarrollo imperialista crea siempre nuevos motivos para violentos levantamientos de

las clases explotadas contra el dominio del capital, en los cuales todo su poderío salta hecho pedazos. El más importante de estos motivos es el *peligro de la guerra*.

A menudo se encuentra el concepto de que en tal caso no se debe hablar simplemente de un peligro. Las guerras han sido siempre fuerzas productoras de grandes transformaciones en el mundo, que han preparado el camino a las revoluciones. Mientras las masas populares tolerarían largo tiempo y pacientemente la dominación del capital, sin energía para levantarse en su contra por considerar intocable a ese dominio, la guerra, sobre todo cuando transcurre desfavorablemente, los incita a la acción, debilita la autoridad del régimen dominante, desenmascara sus debilidades y se desmorona fácilmente bajo el ataque de las masas. Esto es correcto sin lugar a dudas, y ahí reside la razón por la cual la existencia de una clase trabajadora con sentido revolucionario en los últimos decenios conforma la fuerza más poderosa para el mantenimiento de la paz. La indiferencia y la no participación de las masas, los dos pilares más sólidos para el dominio del capital, desaparecen en las épocas de guerra; el apasionamiento creciente de un proletariado en el cual están firmemente enraizadas las enseñanzas del socialismo, no se ha de volcar en agitación nacionalista, como masas no esclarecidas, sino en decisión revolucionaria que se ha de volver en la primera oportunidad contra el gobierno. Eso lo sabe también el gran capital y por eso se ha de cuidar de conjurar con ligereza una guerra europea que ha de significar simultáneamente una revolución europea. De esto no se deduce en absoluto que nosotros debamos desear en silencio que venga una guerra. Aún sin guerra el proletariado ha de estar en condiciones, por el conocimiento constante de sus acciones, de arrojar por la borda la dominación del capital.

Solamente quien desespera que el proletariado sea capaz de acciones autónomas puede considerar que una guerra ha de crear

las condiciones previas necesarias para una revolución. El asunto es justamente al revés. Nosotros no debemos contar con demasiada seguridad que la conciencia del peligro revolucionario en los gobernantes ha de alejar de nosotros la amenaza de una guerra. Las ansias imperialistas por el botín y las peleas que de ello se derivan pueden conducirlos a una guerra que ellos no han querido directamente. Y cuando el movimiento revolucionario en un país se ha vuelto tan peligroso que amenaza muy de cerca el dominio capitalista, entonces no tiene éste nada peor que temer de una guerra y tratará con facilidad de apartar de sí aquel peligro desencadenándola. Pero para la clase obrera una guerra significa el peor de los males. En nuestro mundo moderno capitalista una guerra es una terrible catástrofe que en medida mucho mayor que en guerras anteriores habrá de aniquilar el bienestar y la vida de masas innumerables. Es la clase obrera la que ha de probar todos los sufrimientos de esta catástrofe y de ahí se desprende que habrá de poner todos sus esfuerzos en impedir la guerra. La pregunta que debe ocupar sus pensamientos no es ¿qué pasará después de la guerra? Aquí reside una de las cuestiones tácticas más importantes para la socialdemocracia internacional, que ha ocupado ya a varios congresos y donde ha recibido algunas respuestas. Kautsky se ocupa del tema en su artículo del mayo del año pasado: "Krieg un Frieden" [La guerra y la paz] (*Neue Zeit*, XXIX, 2, 1911, p.97).

Él se plantea allí la cuestión de si los trabajadores, a través de una huelga general ("una huelga de toda la masa de los trabajadores") podría impedir o asfixiar en germen a una guerra y responde: bajo ciertas condiciones esto es ciertamente posible. Donde un gobierno frívolo y estúpido prepara las condiciones para una guerra y donde no amenaza ninguna invasión enemiga -como por ejemplo en la guerra española contra Marruecos-, allí puede una huelga general contra el gobierno forzar la paz, (lástima que el proletariado español fue demasiado débil para eso). Ahora bien, resulta claro que ese caso corresponde

solamente a relaciones capitalistas muy subdesarrolladas, donde no es toda la masa de la burguesía la que está interesada en la aventura de la guerra, sino un pequeño grupo, y donde por tanto hay un partido burgués presto a tomar el lugar del gobierno derrocado y por otra parte el proletariado es débil y no significa un peligro. Donde el proletariado es suficientemente fuerte para realizar una huelga general de tal magnitud faltan por lo general esas condiciones. Kautsky no considera sin embargo estas relaciones de clases, sino que plantea otra contradicción:

"La cosa es muy distinta donde una población con razón o sin razón se siente amenazada por su vecino, cuando ella ve en él y no en su propio gobierno la causa de la guerra y cuando el vecino no es tan inofensivo como, por ejemplo, en Marruecos -quien no podría jamás hacer la guerra a España- sino que se trata de alguien que realmente amenaza con penetrar en el territorio. Nada teme más un pueblo que a una invasión extranjera. Los horrores de una guerra en la actualidad son terribles para cada una de las partes en litigio, aún para el vencedor. Pero para el más débil, a cuyos territorios es llevada la guerra, se tornan el doble o el triple de penosos. El pensamiento que tortura hoy día a los franceses e ingleses en la misma medida, es el temor de una invasión del superpoderoso vecino alemán. Se ha llegado tan lejos que la población no ve la causa de la guerra en el propio gobierno sino en la maldad del vecino. ¡Y que gobierno no ha de intentar hacer creer a las masas de la población estos puntos de vista con ayuda de la prensa, sus parlamentarios y sus diplomáticos! Bajo tales condiciones se llega al estado de guerra, entonces se enciende en la población entera, unánimemente, la ardiente necesidad de asegurar la frontera ante el malvado enemigo, de protegerse contra su invasión. Todos, en un primer momento, se transforman en patriotas, aun aquellos con sentimientos internacionalistas, y si algunos aisladamente tienen la valentía sobrehumana de oponerse a esto y querer impedir que los militares corran hasta la frontera y sean aprovisionados abundantemente con material de guerra, en tal caso el gobierno no necesitará mover un solo dedo para hacerlo inofensivo. La multitud enfurecida lo despedazaría con sus propias manos."

Si nosotros no hubiéramos conocido, a través de la observación de la acción de masa, una prueba muy distinta de la que aporta ese tipo de apreciación histórica, apenas se podría creer que esas frases provienen de la pluma de Karl Kautsky. La más poderosa realidad de la vida social, el hecho fundamental de la conciencia socialista, la existencia de clases con sus intereses y concepciones específicos y contrapuestos han desaparecido completamente para él. Entre proletarios, capitalistas, pequeñoburgueses no hay diferencias. Todos en conjunto se han transformado en la "población entera" que "unánimemente" está unida contra el maligno enemigo. Y no solamente la instintiva intuición de clase se ha disuelto en la nada sino también las enseñanzas del socialismo, transmitidas durante decenios. Los socialdemócratas -aquí sugeridos con la tímida expresión "aquellos con sentimientos internacionalistas"- se han transformado todos, salvo algunas excepciones, en patriotas. Todo lo que ellos sabían hasta ahora sobre los intereses del capital como causa de las guerras, ha sido olvidado. La prensa socialdemócrata, que aclara a más de un millón de lectores sobre las fuerzas impulsoras de la guerra, parece haber desaparecido completamente o haber perdido su influencia como por arte de magia. Los trabajadores socialdemócratas que, en las grandes ciudades forman la mayoría de la población, se han transformado en una "multitud" que asesina enfurecida a todo aquel que osa oponerse a la guerra. Así como es superfluo demostrar que toda esa explicación nada tiene que ver con la realidad, es de primordial importancia el investigar cómo es posible que se dé, cuales son los fundamentos de los que surge esa explicación.

Esta tiene su origen en una concepción de la guerra que refleja antiguas condiciones y efectos de la guerra, pero que no concuerdan con las condiciones que se dan en la actualidad. Desde la última gran guerra europea, la estructura de la sociedad ha cambiado completamente. Durante la guerra franco-alemana, Alemania era, tanto como Francia, un país agrario con sólo

algunas áreas industriales distribuidas en sus territorios. Pequeños campesinos y pequeña burguesía dominaban el carácter de la población. Los efectos de la guerra, tal cual perviven en el recuerdo de las gentes, vuelven a aparecer en cada descripción y son también determinantes en las explicaciones de Kautsky: se trata de *sus efectos sobre la economía agraria y sobre la pequeña burguesía*. Para estas clases, el horror de la guerra consiste -fuera del peligro vital para los que hacer servicio militar obligatorio-, ante todo, en la invasión enemiga que pisotea sus tierras de cultivo, destruye viviendas, les impone los más pesados impuestos y contribuciones y de esa manera destruye su bienestar logrado con tanto sacrificio. Las regiones donde la guerra tiene lugar son arrasadas de la peor manera; donde no llega la guerra se sufre menos. La vida económica transcurre allí en sus cauces acostumbrados; las mujeres, los jóvenes y los ancianos pueden, en caso de necesidad, hacer los trabajos de la tierra y sólo la pérdida o la mutilación de los que ha ido a la guerra puede golpear duramente a las familias aisladas.

Así fue en 1790. Hoy la cosa es muy distinta para los grandes Estados, sobre todo Alemania. El capitalismo, altamente desarrollado, ha hecho de la vida económica un organismo entrelazado y altamente sofisticado en el cual cada parte depende estrechamente del todo. Pasó la época en la que el pueblo y la ciudad eran casi autosuficientes. Campesinos y pequeño-burgueses han sido atraídos al ámbito de la producción de mercancías capitalista. Cada interrupción de ese sensible mecanismo de producción arrastra consigo a toda la masa de la población. De este modo, los efectos de la guerra, sus efectos para el proletariado y para todos los que son dependientes del capitalismo, se han hecho de naturaleza muy distinta que los tradicionales. Sus horrores no consisten más en algunas tierras devastadas y pueblos quemados, sino en la detención de la vida económica entera. Una guerra europea, sea una guerra territorial que llama a campos de batalla a varios millones de jóvenes, o una

guerra marítima que impide el comercio y con ello el abastecimiento de materias primas y alimentos para la industria, significa una crisis económica de enorme impacto, una catástrofe que llega hasta los más apartados rincones del país, que ciega las fuentes de la vida de los más amplios sectores del pueblo. Nuestro organismo altamente desarrollado se paraliza, mientras monstruosas cantidades de hombres armados con las más modernas y perfectas armas de guerra se lanzan como máquinas a destruirse unos a otros. En esta crisis son destinados valores de capital frente a los cuales el valor de las casas quemadas y los sembradíos pisoteados son bagatelas y superan quizás los costos de guerra directos. El horror de una guerra semejante no está limitado y apenas concentrado en las zonas donde tienen lugar las batallas, sino que se extiende por todo el país. Aun cuando el enemigo se mantenga fuera, la catástrofe en el propio país no es menos grande. Para un país capitalista moderno, la gran desgracia *no consiste en la invasión de un enemigo sino en la guerra misma*, ella es la que empuja a la clase obrera, que es la que más debe sufrir por la crisis, a realizar acciones en su contra. El objetivo de esa acción, capaz de conmover a las masas al máximo, no es *tener a distancia al enemigo*, como en los viejos tiempos agrarios, *sino impedir la guerra*.

Ese objetivo ha sido siempre para la clase obrera el decisivo. En los congresos internacionales la cuestión no era nunca si se debía tratar de impedir la guerra o bien se debía correr a las fronteras como buenos patriotas, sino cuál sería la mejor manera de impedir la guerra. En el análisis de las acciones específicas para realizarlo domina demasiado a menudo un concepto mecánico, como si se las pudiera decidir a priori, ponerlas a funcionar y que todo transcurriera como sobre rieles. La socialdemocracia, en lugar de aparecer aquí como expresión consciente del apasionamiento de las masas proletarias acuciadas por los más profundos intereses de clases, aparece como una "sexta potencia" que, cual una gigantesca sociedad secreta, en el

instante en que los cañones comiencen a disparar, aparece en escena y trata de hacer fracasar las operaciones militares de las otras grandes potencias por medio de sus maniobras inteligentemente ideadas. Esta concepción mecánica está en la base de la idea, anteriormente sostenida por los anarquistas y hace poco nuevamente levantada en Copenhague por los franceses e ingleses, de que, por medio de una huelga de los trabajadores del transporte y de las fábricas de municiones, se podría jugar a los gobiernos belicistas una mala pasada. Con plena razón se opone Kautsky a esa idea y subraya que sólo una acción de la clase obrera entera puede ejercer presión sobre un gobierno.

Pero también en sus propias reflexiones se transparenta esa concepción mecánica en la medida en que él trata de descubrir bajo qué condiciones puede alcanzar sus objetivos una huelga general para impedir la guerra. El proletariado, entonces, tiene que decidir: o bien la cosa es favorable a nosotros, realizamos la huelga general y le arruinamos el plan al gobierno, o bien la situación para una acción de ese tipo es desfavorable, entonces no tenemos nada que hacer, haremos lo que los berlineses en 1848 que arruinaron con astucia los planes violentistas de la reacción dejando entrar a las tropas en la ciudad sin oponer resistencia y dejándose desarmar. Entonces no pongamos ningún obstáculo al gobierno y dejémoslo enviar voluntariamente a las fronteras. Puede ser entonces que los hechos se desarrollen así en alguna teoría o en la cabeza de los dirigentes que creen que su sabiduría está llamada a preservar al proletariado de cometer tonterías. Pero, en la realidad de la lucha de clases, donde se impone la voluntad apasionada de las masas, no se presenta tal alternativa. En un país altamente capitalista, donde la masa proletaria siente su fuerza como la gran fuerza popular, tiene que actuar cuando vea que la peor de las catástrofes está por caer sobre su cabeza. *Ella debe hacer el intento de impedir la guerra por todos los medios.* Si piensa que puede evitar la

decisión con astucias, tal actitud sería una entrega sin lucha y la peor de las derrotas; y recién cuando sea derrotada y abatida en el intento podrá reconocer su debilidad.

Por supuesto, no se trata de si esto es recomendable o bueno. El objeto de estas reflexiones no es cómo los trabajadores *podrían* actuar sino cómo ellos *deben* actuar. Las decisiones o resoluciones de presidentes, cuerpos burocráticos o aún de las mismas organizaciones no son las decisivas sino los profundos efectos que los acontecimientos tienen sobre las masas. Si nosotros hablamos arriba de deber no significa que en nuestra opinión, no pueda ocurrir otra cosa, sino que ello ha de imponerse con la fuerza de una necesidad natural. En tiempos ordinarios existe siempre en las concepciones partidarias un tanto de tradición "que oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos". Épocas de guerra son como épocas de revoluciones, tiempos de la más grande tensión espiritual, se rompe la incuria cotidiana y pierden su fuerza los pensamientos rutinarios ante los intereses de clase que, con claridad de fuerza elemental, entran a la conciencia de las masas violentamente sacudidas. Junto a estas nuevas concepciones y objetivos surgidos espontáneamente de los enormes efectos de las grandes transformaciones, palidecen los programas partidarios tradicionales y los partidos y grupos salen del crisol de esos períodos críticos totalmente transformados. Un ejemplo instructivo de esto lo ofrecen los efectos de la guerra de 1866 sobre la burguesía europea. Ella reconoció allí que el bello programa progresista no correspondía a sus más profundos intereses de clase. Una parte de los electores abandonó a los parlamentarios liberales y una parte de los parlamentarios abandonaron el programa y se declararon por el nacionalismo y la reacción gubernamental.

Esto no quiere decir que las decisiones del partido sean algo que no deba tenerse en cuenta. Ellas comprometen ciertamente el futuro y expresan con qué grado de claridad el

partido es capaz de preverlo. Pero cuanto mejor pronostique el partido el inevitable proceso de desarrollo y sus propias tareas en él, tanto más exitosas y compactas serán las acciones del proletariado. La tarea del partido consiste en dar forma unitaria a la acción de las masas proletarias haciendo clara conciencia en ellas de lo que motiva a esas masas con pasión, reconociendo con justeza lo que ellas necesitan en cada instante, colocándose a la vanguardia y dando así a la acción un poderoso impulso. Si no llegara a estar a la altura de esta tarea, no llegaría, por cierto, a impedir explosiones de las masas que lo sobrepasarán, pero a través del conflicto entre disciplina de partido y energía de la lucha proletaria, a causa de la falta de unidad entre conducción y masa, las grandes acciones se habrían de hacer confusas, desordenadas, atomizadas y disminuirían extraordinariamente su fuerza y efecto. Decisiones del partido, programas y resoluciones no determinan el desarrollo histórico, sino que son determinados por nuestra comprensión del inevitable desarrollo histórico. Esta verdad debe ser planteada siempre a aquellos que creen que el partido puede hacer o impedir un movimiento revolucionario; me refiero a los adversarios burgueses que denuncian con gran escándalo a la socialdemocracia como si ésta tuviera los planes para impedir una guerra, al mismo tiempo que una orden de movilización lista y guardada en un cajón secreto. Pero aquí no debe pasarse por alto que el partido, con sus decisiones, como es natural, conforma, al mismo tiempo, una parte viviente, activa, del desarrollo histórico. Él no puede ser otra cosa que el núcleo combativo de toda acción proletaria y por eso se gana, con razón, todo el odio con el que los defensores del capitalismo persiguen a cada movimiento revolucionario.

Desde distintas procedencias -por sus propios portavoces como defensa contra ataques nacionalistas, por camaradas extranjeros como reproche- ha sido puesto a menudo de relieve como especialmente importante el hecho de que los trabajadores alemanes han renunciado hasta ahora a decidirse en la aplicación

de ciertas medidas para evitar la guerra. Se puede citar en contra de esta afirmación a la Resolución de Stuttgart, que deja abierta la aplicación de cualquier medida que sirva al objetivo. Pero de todos sería incorrecto dar a esto demasiada importancia, poner sobre ello demasiado peso. Más que de las decisiones del partido, depende esto del espíritu que llena a las masas. Hasta el momento, sin embargo, la posición retraída al respecto correspondió al prudente espíritu de las masas que sentían instintivamente que ellas no estaban preparadas para una lucha contra el poder entero del estado militar más fuerte. Pero con el constante crecimiento del poder proletario tiene que darse en un momento dado un cambio cuyos síntomas ya se han podido observar en repetidas ocasiones. Una clase obrera que ha pasado por cuarenta años de un intensivo esclarecimiento socialista, no se ha de dejar arrastrar a los campos de batalla con un sentimiento de total impotencia. El proletariado alemán, que es el primero en el mundo en cuanto a su fuerza de organización, no puede estar ni tranquilo ni inactivo frente a las maquinaciones del capital internacional, ni confiarse en pretendidas tendencias pacifistas del mundo burgués. No podrá hacer otra cosa que intervenir no bien surja el peligro de guerra y contraponer a los medios de poder del gobierno su propio poder.

Qué formas habrán de adoptar esas acciones depende esencialmente de la magnitud del peligro y de las acciones del enemigo, de la clase dominante. Ellas se basan, en su forma más simple, en el hecho de que el capital ha de contener sus deseos de lanzarse a una guerra por temor al proletariado. Si el proletariado es impotente, indiferente, inmóvil, entonces la burguesía estima que por ese lado el peligro no es muy grande y se animará más fácilmente a una guerra. Las acciones de protesta del proletariado tienen, por eso, en su primera forma, el carácter de un llamado de atención para que la clase dominante se haga consciente del peligro y se sienta convocada a la prudencia. Contra la propaganda de guerra de los círculos capitalistas

interesados se debe ejercer, mediante manifestaciones internacionales, una presión intimidatoria contra los gobiernos. Sin embargo, cuanto más amenazante se torne el peligro de guerra, con tanto más énfasis se debe sacudir a los más amplios sectores populares, tanto más enérgicas y duras se deben organizar las manifestaciones, sobre todo cuando se intente desde la parte adversaria reprimirlas por la violencia. Pues se trata en ese caso de una cuestión vital para el proletariado que habrá de recurrir finalmente al medio más fuerte, por ejemplo, la huelga general. Así se desarrolla la lucha entre la voluntad de la burguesía de hacer la guerra y la voluntad de paz del proletariado, formando parte de una gran lucha de clases en la que es válido todo lo que se dijo antes sobre las condiciones y efectos de las acciones de masas para conquistar el derecho al voto. Las acciones contra la guerra harán conscientes a los más amplios sectores, los movilizarán y los arrastrarán a la lucha, debilitarán el poder del capital y aumentarán el poder del proletariado. Impedir la guerra que, en la concepción mecánica aparecía como un plan inteligentemente elucubrado con anterioridad, en el momento crucial, sólo podrá ser el resultado final de una lucha de clases que crezca de una acción a otra hasta su más alto nivel de intensidad para que de ella emerja el poder estatal sensiblemente debilitado y el poder del proletariado acrecentado hasta su máxima expresión.

Kautsky plantea la contradicción: sólo cuando nosotros dominamos desaparece el peligro de guerra. Mientras el capitalismo ejerza su dominio, no será posible evitar una guerra. En esa tajante contraposición de dos formaciones sociales que, sin transición y al mismo tiempo, por un vuelco imprevisto, se transforman la una en la otra, no ve Kautsky *el proceso de la revolución*, en el cual el proletariado, por su intervención activa, construye paulatinamente su poder y el dominio del capital se desmorona pedazo a pedazo. Por eso, frente a su contraposición, el concepto intermedio de la "*praxis transformadora*": justamente

la lucha por la guerra, el intento inevitable del proletariado de impedir la guerra, se transforma en un episodio en el proceso de la revolución, en una parte esencial de la lucha proletaria por la conquista del poder.

Teoría marxista y táctica revolucionaria (1912)

1. Nuestras diferencias

Durante varios años atrás, un profundo desacuerdo táctico ha estado desarrollándose en una serie de cuestiones entre aquéllos que habían compartido previamente un terreno común como marxistas, y habían luchado juntos contra el revisionismo en nombre de la táctica radical de la lucha de clases. Vio la luz por primera vez en 1910, en el debate entre Kautsky y Luxemburg sobre la huelga de masas; luego vino la disensión sobre el imperialismo y la cuestión del desarme; y finalmente, con el conflicto sobre el pacto electoral realizado por el ejecutivo del Partido y la actitud a ser adoptada hacia los liberales, los problemas más importantes de la política parlamentaria se convirtieron en el sujeto de la disputa.

Uno puede lamentar este hecho, pero ninguna lealtad de partido puede exorcizarlo; solamente podemos arrojar luz sobre él, y ésto es lo que demanda el interés del partido. Por un lado, deben identificarse las causas de la disensión, para mostrar que es natural y necesaria; y, por el otro, el contenido de las dos perspectivas, sus principios más básicos y sus implicaciones de mayor alcance, deben extraerse de las formulaciones de las dos partes, de modo que los camaradas del partido puedan orientarse y escoger entre ellas; ésto sólo es posible a través de la discusión teórica.

La fuente de los recientes desacuerdos tácticos se ve claramente: bajo la influencia de las formas modernas del

capitalismo, se han desarrollado nuevas formas de acción en el movimiento obrero, o sea, la *acción de masas*. Cuando inicialmente hicieron su aparición, fueron bienvenidas por todos los marxistas y fueron aclamadas como un signo de desarrollo revolucionario, un producto de nuestra táctica revolucionaria. Pero, en la medida que el potencial práctico de la acción de masas se desarrollaba, empezó a plantear nuevos problemas; la cuestión de la revolución social, hasta ahora una meta última distante e inalcanzable, se convertía ahora en un problema vivo para el proletariado militante, y las tremendas dificultades implícitas se hicieron claras para todos, casi como una materia de experiencia personal. Esto dio lugar a dos tendencias de pensamiento: una asumía el problema de la revolución, y analizando la efectividad, importancia y potencial de las nuevas formas de acción, buscaba asir cómo el proletariado sería capaz de cumplir su misión; la otra, como encogiéndose ante la magnitud de esta perspectiva, andaba a tientas entre las viejas formas de acción parlamentarias, en busca de tendencias que harían posible posponer por ahora el emprender la tarea. Los nuevos métodos del movimiento obrero han dado lugar a una escisión ideológica entre aquéllos que previamente defendían las tácticas de partido marxistas radicales.

En estas circunstancias, es nuestro deber como marxistas clarificar las diferencias hasta donde sea posible por medio de la discusión teórica. Esto es por lo que, en nuestro artículo "*Acción de masas y Revolución*", perfilamos el proceso de desarrollo revolucionario como una inversión de las relaciones de poder de clase para proporcionar una exposición básica de nuestra perspectiva, e intentamos clarificar las diferencias entre nuestras visiones y aquéllas de Kautsky en una crítica de dos artículos suyos. En su réplica, Kautsky desplazó el problema a un terreno diferente: en lugar de disputar la validez de las formulaciones teóricas, él nos acusó de querer imponer las nuevas tácticas al Partido. En el *Leipziger Volkszeitung* [El Periódico del Pueblo

de Leipzig] del 9 septiembre, nosotros mostramos que esto volvía del revés todo el propósito de nuestra argumentación.

Nosotros habíamos intentado, en la medida en que era posible, clarificar las distinciones entre las tres tendencias, dos radicales y una revisionista, que ahora se confrontan entre sí en el Partido. El camarada Kautsky parece haber errado la clave de todo este análisis, una vez que comenta irritadamente: *“Pannekoek ve mi pensamiento como puro revisionismo.”*

Lo que nosotros estábamos argumentando era, por el contrario, que la posición de Kautsky no es revisionista. Por la misma razón de que muchos camaradas juzgaban mal a Kautsky porque estaban preocupados con la dicotomía radical-revisionista de debates anteriores, y se preguntaban si se estaba volviendo gradualmente revisionista --por esta misma razón era necesario hablar claro y considerar la práctica de Kautsky en términos de la naturaleza particular de su posición radical--. Mientras que el revisionismo busca limitar nuestra actividad a las campañas parlamentarias y sindicales, a la consecución de reformas y mejoras que evolucionarán de modo natural hacia el socialismo --una perspectiva que sirve de base para la táctica reformista dirigida solamente a beneficios a corto plazo--, el radicalismo enfatiza la inevitabilidad de la lucha revolucionaria por la conquista del poder que está ante nosotros y, por consiguiente, dirige su táctica hacia la elevación de la conciencia de clase y la incrementación del poder del proletariado. Es acerca de la naturaleza de esta revolución en lo que nuestras visiones divergen. Por lo que respecta a Kautsky, ésta es un acontecimiento del futuro, un apocalipsis político, y todo lo que tenemos que hacer entretanto es prepararnos para la confrontación final juntando nuestras fuerzas y agrupando e instruyendo a nuestras tropas. En nuestra visión, la revolución es un proceso cuyas primeras fases estamos experimentando ahora, pues es sólo mediante la lucha por el poder mismo como

las masas pueden agruparse, instruirse y constituirse en una organización capaz de tomar el poder. Estas concepciones diferentes conducen a evaluaciones completamente diferentes de la práctica actual; y está claro que el rechazo de los revisionistas a cualquier acción revolucionaria y el aplazamiento de Kautsky de la misma a un futuro indedeterminado se enlazan para unirlos en muchos de los problemas actuales sobre los cuales ambos se nos oponen.

Esto, por supuesto, no quiere decir que estas corrientes formen grupos distintos, conscientes, en el Partido: en cierta medida no son más que tendencias de pensamiento contrapuestas. Tampoco significa oscurecer la distinción entre el radicalismo kautskiano y el revisionismo, sino meramente un acercamiento que, no obstante, se volverá cada vez más pronunciado en tanto se afirme la lógica interna del desarrollo, pues el radicalismo que es real pero aún pasivo no puede más que perder su base de masas. Necesario como era guardar los métodos tradicionales de lucha en el periodo en que el movimiento estaba desarrollandose incipientemente, ha llegado el momento obligado en el que el proletariado aspirará a transformar su elevado conocimiento de su propio potencial en la conquista de nuevas posiciones de poder decisivas. Las acciones de masas en la lucha por el sufragio en Prusia testifican esta determinación. El revisionismo era él mismo una expresión de esta aspiración por lograr resultados positivos como fruto del creciente poder; y, a pesar de las desilusiones y fracasos que ha traído, debe su influencia principalmente a las nociones de que la táctica de partido radical significa simplemente la espera pasiva sin conseguir beneficios definidos y que el marxismo es una doctrina del fatalismo. El proletariado no puede descansar de la lucha por nuevos avances; aquéllos que no están preparados para dirigir esta lucha en un curso revolucionario serán, cualesquiera que sean sus intenciones, empujados más y más hacia el camino reformista de perseguir resultados positivos por medio de la

táctica parlamentaria particular y de las negociaciones con otros partidos.

2. Clase y masas

Nosotros argumentábamos que el camarada Kautsky se había dejado en casa sus herramientas analíticas marxistas en su análisis de la acción de las masas, y que la insuficiencia de su método se hacía presente desde el momento en que fallaba a llegar a una conclusión definida. Kautsky contesta: “*En absoluto. Yo llegué a la conclusión muy definida de que las masas desorganizadas en cuestión eran altamente imprevisibles en carácter.*” Y se refiere a las arenas movedizas del desierto como similarmente imprevisibles. Con todo el debido respeto a esta ilustración, nosotros debemos no obstante defender nuestro argumento. Si, en el análisis de un fenómeno, encuentras que asume varias formas y es completamente imprevisible, eso meramente demuestra que no has encontrado la base real que lo determina. Si, después de estudiar la posición de la luna, por ejemplo, alguien “*llegó a la conclusión muy definida*” de que a veces aparece en el noroeste, a veces en el sur y a veces en el oeste, de un modo completamente arbitrario e imprevisible, entonces todos diríamos correctamente que ese estudio fue infructuoso --aunque pueda ser, por supuesto, que la fuerza en funcionamiento no pueda ser identificada todavía--. El investigador habría merecido solamente la crítica si hubiese ignorado completamente el método de análisis que, como sabía perfectamente bien, era el único que podría producir resultados en ese campo.

Así es como Kautsky trata la acción de masas. Él observa que las masas han actuado de diferentes maneras históricamente,

a veces en un sentido reaccionario, a veces en un sentido revolucionario, a veces permaneciendo pasivas, y llega a la conclusión de que uno no puede construir sobre este cimiento cambiante e imprevisible. ¿Pero qué nos dice la teoría marxista? Que, más allá de los límites de la variación individual --o sea, en lo que atañe a las masas--, las acciones de los hombres están determinadas por su situación material, sus intereses y las perspectivas que surgen de los últimos y que éstos, haciendo concesiones por el peso de la tradición, son diferentes para las diferentes clases. Si vamos a comprender el comportamiento de las masas, entonces debemos hacer distinciones claras entre las diversas clases: las acciones de una masa lumpenproletaria, una masa campesina y una masa proletaria moderna serán completamente diferentes. Por supuesto, Kautsky no podría llegar a ninguna conclusión disponiéndolas todas juntas indiscriminadamente; la causa de su fracaso para encontrar una base para la predicción, sin embargo, no descansa en el objeto de su análisis histórico, sino en la inadecuación de los métodos que ha usado.

Kautsky da otra razón por despreciar el carácter de clase de las masas actuales: como combinación de varias clases, no tienen ningún carácter de clase:

“En la pág. 45 de mi artículo, examiné qué elementos podrían estar potencialmente involucrados en la acción de este tipo en la Alemania actual. Mi hallazgo fue que, despreciando a los niños y a la población agrícola, uno tendría que contar con unos treinta millones de personas, de las cuales sólo en torno a un décimo serían obreros organizados. El resto estaría compuesto por obreros desorganizados, en su mayor parte infectados todavía por el pensamiento del campesinado, la pequeño-burguesía y el lumpenproletariado, junto con una buena porción de miembros de los dos últimos estratos mismos.

Aun tras los reproches de Pannekoek, yo todavía no veo cómo se puede atribuir un carácter de clase unificado a tales masas abigarradas. No es

que yo 'dejase mi marxismo en casa', yo nunca poseí tales 'herramientas analíticas'. El camarada Pannekoek piensa claramente que la esencia del marxismo consiste en ver una clase particular, a saber, al proletariado asalariado industrial, con conciencia de clase, dondequiera que las masas estén involucradas."

Kautsky no se hace justicia aquí. Para legitimar un lapsus momentáneo, lo generaliza, y sin justificación. Afirma que nunca ha poseído las “herramientas analíticas” marxistas capaces de identificar el carácter de clase de estas “masas abigarradas” --el dice “unificadas”-- pero lo que está en cuestión es obviamente el carácter de clase predominante, el carácter de la clase que constituye la mayoría y cuyas perspectivas e intereses son decisivos, como es el caso hoy del proletariado industrial. Pero se está equivocando; pues esta misma masa, hecha aún más abigarrada por la adición de la población rural, surge en el contexto de la política parlamentaria. Y todos los escritores del Partido Social-Demócrata partían del principio de que la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado constituía el contenido básico de su política parlamentaria, que las perspectivas e intereses del trabajo asalariado gobiernan todas sus políticas y representan las perspectivas e intereses de la gente en su conjunto. ¿Hace eso que lo que sigue siendo bueno para las masas en el campo de la política parlamentaria de repente deje de aplicarse tan pronto éstas se vuelven hacia la acción de masas?

Al contrario, el carácter de clase proletario se expresa con la mayor claridad en la acción de masas. En lo que concierne a la política parlamentaria, el país entero está involucrado, incluso los pueblos y aldeas más aislados; no tiene relación con cómo de densamente se concentra la población. Pero son principalmente las masas apiñadas juntas en las grandes ciudades las que se comprometen en la acción de masas; y, de acuerdo con las estadísticas oficiales más recientes, la población de las 42 mayores ciudades de Alemania está compuesta de un 15.8 por

ciento de empleados por cuenta propia, un 9.1 por ciento por empleados clericales y un 75.0 por ciento de obreros, sin tener en cuenta el 25 por ciento al que no puede atribuirse ninguna ocupación precisa. Si también tomamos nota de que en 1907 el 15 por ciento de la fuerza de trabajo alemana trabajaba en empresas pequeñas, el 29 por ciento en empresas de escala media y el 56 por ciento en las empresas de gran escala y gigantescas, vemos cómo de firmemente se estampa sobre las masas idóneas para participar en la acción de masas el carácter del trabajador asalariado empleado en la industria a gran escala. Si Kautsky sólo puede ver masas abigarradas, es en primer lugar porque cuenta a las esposas de los obreros organizados como pertenecientes a los veintisiete millones no organizados, y en segundo lugar porque niega el carácter de clase proletario de aquellos obreros que no están organizados o que todavía no han desechado las tradiciones burguesas. Nosotros, por consiguiente, volvemos a enfatizar que lo que cuenta en el desarrollo de estas acciones, en las que los intereses y pasiones más profundos de las masas salen a la superficie, no es el número de miembros de la organización ni la ideología tradicional, sino en una magnitud siempre creciente el carácter de clase real de las masas.

Ahora se vuelve clara qué relación guardan nuestros métodos entre sí. Kautsky denuncia mi método como “*marxismo supersimplificado*”; yo estoy afirmando, una vez más, que el suyo no es ni supersimplificado ni supersofisticado, sino no marxista en absoluto. Cualquier ciencia que busque investigar un área de la realidad debe empezar por la identificación de los factores principales y de las fuerzas subyacentes básicas en su forma más simple; esta primera imagen simple es entonces rellenada, mejorada y hecha más compleja en cuanto se proporcionan para corregirla los detalles adicionales, las causas secundarias y las influencias menos directas, de modo que se aproxime cada vez más estrechamente a la realidad. Permítasenos tomar como ilustración el análisis de Kautsky de la gran revolución francesa.

Aquí encontramos como una primera aproximación la lucha de clases entre la burguesía y las clases feudales; un contorno de estos factores principales, cuya validez general no puede cuestionarse, podría describirse como “marxismo supersimplificado”. En su folleto de 1889, Kautsky analizaba las subdivisiones dentro de esas clases, y pudo así mejorar y ahondar significativamente este primer esbozo simple. El Kautsky de 1912, sin embargo, mantendría que no había ningún tipo de unidad a respecto del carácter de las masas abigarradas que componían el Tercer Estado contemporáneo; y que sería vano esperar de él acciones y resultados definidos. Así es cómo está el asunto en este caso --excepto que la situación es más complicada porque involucra el futuro, y las clases de hoy tienen que ensayar y localizar las fuerzas que lo determinan--. Como primera aproximación orientada a conseguir una perspectiva general inicial, debemos volver al rasgo básico del mundo capitalista, la lucha entre la burguesía y proletariado, las dos clases principales; intentamos perfilar el proceso de revolución como un desarrollo de las relaciones de poder entre ellas. Somos, por supuesto, perfectamente bien conscientes de que la realidad es mucho más compleja, y que quedan muchos problemas por ser resueltos antes de que la comprendamos: debemos en cierta medida esperar las lecciones de la práctica para hacerlo. La burguesía no es una clase más unificada que el proletariado; la tradición todavía influye en ambos; y entre la masa del pueblo están también los lumpenproletarios, los pequeños burgueses y los empleados clericales cuyas acciones están inevitablemente determinadas por sus situaciones de clase particulares. Pero una vez que sólo forman mezclas insuficientemente importantes para oscurecer el carácter básico proletario-asalariado de las masas, lo anterior es meramente un calificativo que no refuta el contorno inicial, sino que lo elabora.

La colaboración de las diversas tendencias en la forma de un debate es necesaria para dominar y clarificar estos problemas.

¿Necesitamos decir que contamos con el autor de los Conflictos de Clase de 1789 para indicar los problemas y dificultades por ser resueltos todavía en sus críticas de nuestro esbozo inicial? Pero el Kautsky de 1912 declara que excede su competencia ayudar en esto, la cuestión más importante que enfrenta el proletariado militante, la de la identificación de las fuerzas que darán forma a su lucha revolucionaria venidera, sobre el fundamento de que él no sabe cómo puede atribuirse un “carácter de clase unificado” a “tales masas abigarradas” como las masas proletarias actuales.

3. La organización

En nuestro artículo en el *Leipziger Volkszeitung*, mantuvimos que Kautsky había tomado sin justificación nuestro énfasis en la importancia esencial del espíritu de organización como si significase que consideramos la organización misma innecesaria. Lo que nosotros habíamos dicho era que, independientemente de todos los ataques a las formas externas de asociación, las masas en las que habita este espíritu se reagruparán siempre en nuevas organizaciones; y si, en contraste con la visión expresada en el Congreso del Partido de Dresde en 1903, Kautsky espera ahora que el Estado se abstenga de atacar a las organizaciones obreras, este optimismo sólo puede estar basado en el espíritu de organización que él tanto desdeña.

El espíritu de organización es, de hecho, el solo principio activo que dota de vida y energía al armazón de la organización. Pero este alma inmortal no puede flotar etéreamente en el reino celeste como la teología cristiana; recrea continuamente una forma organizativa para sí mismo, porque agrupa a los hombres

en los que vive para el propósito de la acción colectiva, organizada. Este espíritu no es algo abstracto o imaginario, en contraste con la forma prevaleciente de asociación, la organización “concreta”, pero es justo tan concreto y real como la última. Entrelaza a las personas individuales que componen la organización más estrechamente juntas de lo que pueden cualesquiera normas o estatutos, de modo que ya no se esparzan como átomos dispersos cuando la atadura externa de normas y estatutos se corte. Si las organizaciones son capaces de desarrollar y asumir la acción como cuerpos poderosos, estables, unidos; si ni batalla de adhesión ni disolución del compromiso, ni lucha ni derrota, pueden quebrar su solidaridad; si todos sus miembros ven como la cosa más natural del mundo poner el interés común antes que su propio interés individual, no lo hacen así debido a los derechos y obligaciones que los estatutos traen consigo, ni debido al poder mágico de los fondos de la organización o de su constitución democrática: la razón de todo esto descansa en el sentido de organización del proletariado, en la profunda transformación a la que ha sido sometido su carácter.

Lo que Kautsky tiene que decir sobre los poderes que la organización tiene a su disposición está todo muy bien: la calidad de los brazos que el proletariado forja para sí mismo le proporciona la confianza en sí mismo y un sentido de sus propias capacidades, y no hay ningún desacuerdo entre nosotros acerca de la necesidad de los obreros de equiparse tan bien como sea posible con poderosas asociaciones centralizadas que tengan fondos adecuados a su disposición. Pero la virtud de esta maquinaria es dependiente de la prontitud de los miembros a sacrificarse, de su disciplina dentro de la organización, de su solidaridad hacia sus camaradas, en resumen, del hecho de que se hayan convertido en personas completamente diferentes de los antiguos pequeñoburgueses y campesinos individualistas. Si Kautsky ve este nuevo carácter, este espíritu de organisation, como un producto de la organización, entonces, en primer lugar,

no hay necesidad de ningún conflicto entre esta visión y la nuestra propia, y, en segundo lugar, esto es solamente correcto a medias; pues esta transformación de la naturaleza humana en el proletariado es primariamente el efecto de las condiciones bajo las que los obreros viven, adiestrados como están para actuar colectivamente mediante la experiencia compartida de la explotación en la misma fábrica, y secundariamente un producto de la lucha de clases, es decir, de la acción militante por parte de la organización; sería difícil de sostener que tales actividades como elegir comités y contar cuotas realicen mucha contribución a este respeto.

Se vuelve claro inmediatamente lo que constituye la esencia de la organización proletaria si consideramos exactamente lo que distingue un sindicato de un club de juego, una sociedad para la prevención de la crueldad a los animales o una asociación de empresarios. Kautsky evidentemente no lo hace así, y no ve ninguna diferencia de principios entre ellas; por eso sitúa a la par las “asociaciones amarillas”, a las que los empresarios compelen a unirse a sus obreros, con las organizaciones del proletariado militante. No reconoce la significación de la organización proletaria para la transformación del mundo. Se siente capaz de acusarnos de desdén por la organización: en realidad, la valora mucho menos que nosotros. Lo que distingue a las organizaciones obreras de todas las demás es el desarrollo de la solidaridad dentro de ellas como la base de su poder, la subordinación total del individuo a la comunidad, la esencia de una *nueva humanidad* aún en proceso de formación. La organización proletaria lleva la unidad a las masas, previamente fragmentadas e impotentes, moldeándolas en una entidad con un propósito consciente y con poder por derecho propio. Pone los fundamentos de una humanidad que se gobierna a sí misma, decide su propio destino, y como primer paso en esa dirección, expulsa la opresión ajena. En ella crece el único instrumento que puede abolir la hegemonía de clase de la explotación; el

desarrollo de la organización proletaria significa en sí mismo la repudiación de todas las funciones de la dominación de clase; representa el orden autocreado del pueblo, y luchará de modo implacable para repeler y poner fin a la intervención brutal y a los esfuerzos despóticos de represión que emprende la minoría dominante. Es dentro de la organización proletaria donde crece la nueva humanidad, una humanidad que ahora se desarrolla por primera vez en la historia del mundo como una entidad coherente; la producción está desarrollándose como una economía mundial unificada y el sentido de pertenencia recíproca está creciendo simultáneamente entre los hombres, las firmes solidaridad y fraternidad que los ligan juntos como un organismo gobernado por una sola voluntad.

Hasta donde concierne a Kautsky, la organización consiste solamente en la asociación o sociedad “*real, concreta*”, formada por los obreros para cierta meta práctica de sus propios intereses y mantenida unida sólo por las ataduras externas de normas y estatutos, justo como una asociación de empresarios o una sociedad de ayuda mutua de especieros. Si esta atadura externa se rompe, todo se fragmenta en otros tantos individuos aislados y la organización desaparece. Es entendible que una concepción de este tipo lleve a Kautsky a pintar los peligros externos que amenazan a la organización en tales colores sombríos, y a advertir tan enérgicamente contra “*los ensayos de poder*” imprudentes que traen sucesivamente la desmoralización, la deserción masiva y el derrumbe de la organización. A este nivel de generalización no puede haber ninguna objeción a sus advertencias: nadie quiere ensayos imprudentes de poder. Ni son las consecuencias infortunadas de una derrota una fantasía de su parte; corresponden a la experiencia de un movimiento obrero joven. Cuando los obreros descubren primero la organización, esperan grandes cosas de ella, y entran en batalla llenos de entusiasmo; pero si la contienda está perdida, a menudo le vuelven la espalda a la organización en desaliento y

descorazonamiento, porque sólo la consideran desde la perspectiva directa, *práctica*, como una asociación que proporciona beneficios inmediatos, y el nuevo espíritu tiene todavía que echar raíces firmes en ellos. ¡Pero qué cuadro diferente nos da la bienvenida en el movimiento obrero maduro, que está poniendo su estampa siempre más inequívocamente en los países más avanzados! Una y otra vez vemos con qué tenacidad los obreros se adhieren a sus organizaciones, como ninguna derrota ni el terrorismo más vicioso de las clases altas puede inducirles a abandonar la organización. Ellos no ven en la organización meramente una sociedad formada para propósitos de conveniencia, sienten más bien que es su único poder, su único recurso, que sin la organización ellos son impotentes y están indefensos, y esta conciencia gobierna toda su acción tan despóticamente como un instinto de autoconservación.

Esto no es todavía cierto en todos los obreros, por supuesto, pero es la dirección en la que se están desarrollando; este nuevo carácter está volviendo cada vez más fuerte en el proletariado. Y los peligros pintados tan oscuros por Kautsky están, por lo tanto, volviéndose de importancia cada vez menor. Ciertamente, la lucha tiene sus peligros, pero es no obstante el elemento de la organización, es el único ambiente en que puede crecer y desarrollar su fuerza interior. No conocemos ninguna estrategia que pueda traer sólo victorias y ninguna derrota; como quiera de cautos podamos ser; los retrocesos y derrotas sólo pueden evitarse completamente dejando el campo sin luchar, y ésto sería en la mayoría de los casos peor que una derrota. Debemos estar preparados para que nuestros avances sean detenidos con muchísima frecuencia por la derrota, sin manera alguna de evitar la batalla. Cuando dirigentes bienintencionados se expresan sobre las serias consecuencias de la derrota, los obreros pueden, por consiguiente, replicar:

“¿Piensas que nosotros, por quienes la organización se ha convertido en carne y sangre, que sabemos y sentimos que la organización es más para nosotros que nuestras mismas vidas --pues representa la vida y el futuro de nuestra clase--, que simplemente debido a una derrota perderemos inmediatamente la confianza en la organización y nos descaminaremos? Ciertamente, una sección entera de las masas que nos inundaron en el ataque y la victoria será arrastrada lejos de nuevo cuando suframos un revés; pero esto sólo significa que podemos contar con apoyo más amplio para nuestras acciones que la falange firmemente creciente de nuestros resueltos batallones de combate.”

Este contraste entre las visiones de Kautsky y las nuestras propias también deja claro cómo es que diferimos tan agudamente en nuestra evaluación de la organización, aunque compartamos la misma matriz teórica. Es simplemente que nuestras perspectivas corresponden a *diferentes fases* en el desarrollo de la organización, las de Kautsky a la organización en su primera floración, las nuestras a un nivel más maduro de desarrollo. Esto es por lo que él considera que la forma externa de la organización es lo que es esencial, y cree que toda la organización está perdida si esta forma sufre. Esto es por lo que toma la transformación del carácter proletario como la consecuencia de la organización, en lugar de como su esencia. Esto es por lo que ve el efecto caracteriológico principal de la organización sobre el obrero en la confianza y el autodomínio traídos por los recursos materiales de la colectividad --en otras palabras, los fondos--. Esto es por lo que él advierte que los obreros volverán sus espaldas a la organización por desmoralización si sufre una derrota mayor. Todo esto corresponde a la concepción que uno derivará de observar la organización en sus fases iniciales de desarrollo. Los argumentos que él expone contra nosotros disponen, por consiguiente, de una base en la realidad; pero nosotros afirmamos una justificación mayor para nuestra perspectiva en que pertenece a la nueva realidad que se despliega irresistiblemente --y no

dejemos que se nos olvide que Alemania solamente ha tenido poderosas organizaciones proletarias durante una década!--. Esto, por tanto, refleja los sentimientos de la joven generación de obreros que ha evolucionado durante los últimos diez años. Las viejas ideas todavía se aplican, por supuesto, pero en una medida decreciente; las concepciones de Kautsky expresan los momentos primitivos, inmaduros de la organización, una fuerza con la que contar todavía, pero inhibidora, retardante. Se revelará por la práctica qué relación mantienen estas diferentes fuerzas entre sí, en las decisiones y actos mediante los cuales las masas proletarias muestren de lo que se consideran capaces.

4. La conquista del poder

Para una refutación de las extraordinarias observaciones de Kautsky sobre el papel del Estado y la conquista del poder político y para la discusión de su tendencia a ver anarquistas por todas partes, debemos remitir al lector al *Leipziger Volkszeitung* del 10 septiembre. Aquí añadiremos solamente unos pocos comentarios para clarificar nuestras diferencias.

La cuestión acerca de cómo el proletariado gana los derechos democráticos fundamentales que, una vez su conciencia de clase socialista está suficientemente desarrollada, le dotan de la hegemonía política, es el problema básico que subyace a nuestra táctica. Nosotros asumimos la visión de que aquéllos sólo pueden ganarse a la clase dominante en el curso de enfrentamientos, en los que el poderío total de la última salta al campo contra el proletariado y en los que, consecuentemente, este poderío total es vencido. Otra concepción sería que la clase dominante cede estos derechos voluntariamente bajo la

influencia de ideales democráticos o éticos universales, y sin el recurso a los medios de coerción a su disposición --esta sería la evolución pacífica hacia el estado del futuro contemplada por los revisionistas--. Kautsky rechaza ambas visiones: ¿qué posible alternativa hay?. De sus declaraciones nosotros inferimos que concebía la conquista del poder como la destrucción de la fuerza del enemigo de una vez por todas, un acto único *cualitativamente diferente de toda la actividad previa* del proletariado en la preparación de esta revolución. Dado que Kautsky rechaza esta lectura, y puesto que es deseable que sus concepciones básicas a respecto de la táctica sean entendidas claramente, procederemos a citar los pasajes más importantes. En octubre de 1910 escribía:

“En una situación como la que resultó en Alemania, sólo puedo concebir la huelga general política como un acontecimiento único en el que el proletariado entero, a lo largo de la nación, se comprometa con todo su poderío, como una lucha a vida o muerte, una en la que nuestro adversario es abatido o, en su lugar, todas nuestras organizaciones, todo nuestro poder es hecho pedazos o por lo menos paralizado durante los años venideros.”

Ha de suponerse que, por abatir a nuestro adversario, Kautsky quiere decir la conquista del poder político; por otra parte, el único acto tendría que repetirse una segunda o tercera vez. Por supuesto, la campaña podría también probarse insuficientemente poderosa, y en este caso habría fallado, habría resultado en una seria derrota, y tendría, por consiguiente, que ser comenzada de nuevo otra vez. Pero si tuviese éxito, la meta final se habría conseguido. Ahora, sin embargo, Kautsky está negando que alguna vez dijera que la huelga de masas pudiera ser un acontecimiento capaz de derrumbar el capitalismo de un golpe. Cómo, por tanto, tenemos que tomarnos la cita anterior, simplemente no lo entiendo.

En 1911, Kautsky escribía en su artículo “*La acción de masas*” acerca de las acciones espontáneas de multitudes desorganizadas:

“Si la acción de masas tiene éxito, sin embargo, si es tan dinámica y tan tremendamente extendida, las masas tan despiertas y determinadas, el ataque tan inesperado y la situación en que coge a nuestro adversario tan desfavorable para él, que su efecto es irresistible, entonces las masas podrán explotar su victoria de una manera bastante diferente de hasta ahora. [Sigue la referencia a las organizaciones obreras.] Donde estas organizaciones han tomado raíces, ha pasado el tiempo en el que las victorias del proletariado en acciones de masas espontáneas tenían éxito solamente para sacar las castañas del fuego a alguna sección particular de sus oponentes que pasaban a estar en la oposición. De aquí en adelante, podrá disfrutarlos él mismo.”

No puedo ver ninguna otra interpretación posible de este pasaje que que, como resultado de un poderoso alzamiento espontáneo por parte de las masas desorganizadas, disparadas por algunos acontecimientos particularmente provocativos, el poder político caiga ahora en manos del proletariado mismo, en lugar de en manos de una camarilla burguesa como hasta ahora. Aquí también se contempla la posibilidad de ataques, inicialmente fallando y desmoronándose en la derrota, antes de que el ataque tenga éxito. Los protagonistas de una revolución política de este tipo y los métodos que estaban usando la situarían completamente fuera del marco del movimiento obrero actual; mientras el último estaba continuando su actividad rutinaria de educación y organización, la revolución estallaría por encima de él sin ninguna advertencia, “como viniendo de otro mundo”, bajo la influencia de acontecimientos momentáneos. De este modo, no podemos ver otra interpretación que esa propuesta en nuestro artículo. El enigma de ello no es que en esta visión la revolución sea un solo acto preciso; aun si la conquista del poder consistiese en varios actos tales (huelgas masivas y acciones

“callejeras”), la cuestión principal es el severo contraste entre la actividad actual del proletariado y la futura conquista revolucionaria del poder, que pertenece a un orden completamente diferente de cosas. Kautsky confirma esto ahora explícitamente:

“Para evitar cualquier malentendido, me gustaría señalar que mi polémica con la camarada Luxemburg trataba sobre la huelga general política, y mi artículo sobre la 'Acción de masas' acerca de los disturbios callejeros. Dije de esos últimos que podrían, en ciertas circunstancias, llevar a levantamientos políticos, pero que eran impredecibles por naturaleza y no podrían ser instigados a voluntad. No estaba refiriéndome a las simples demostraciones callejeras...

Repetiré una vez más que mi teoría del 'radicalismo pasivo', es decir, esperar la ocasión apropiada y el humor entre las masas, ninguno de los cuales puede predecirse por adelantado o acelerarse por decisión de la organización, se refiere solamente a los disturbios callejeros y a las huelgas de masas orientados a afianzar una decisión política particular --y no a las demostraciones callejeras, ni a las huelgas de protesta--. Las últimas pueden muy bien ser convocadas de vez en cuando por del partido o el sindicato, independiente del humor de las masas fuera de la organización, pero no necesariamente implican nuevas tácticas en tanto que siguen siendo meras demostraciones.”

No nos pararemos en el hecho de que una huelga de masas política, sólo permisible como un acontecimiento de una vez por todas durante 1910, y por consiguiente excluida de la campaña prusiana contemporánea por el sufragio, aparece ahora repentinamente entre las acciones del día a día que pueden ser iniciadas al dar la señal como una “*huelga de protesta*”. Señalaremos simplemente que Kautsky está aquí haciendo una distinción precisa entre acciones del día a día, que son sólo demostraciones y pueden convocarse a voluntad, y los acontecimientos revolucionarios imprevisibles del futuro. Pueden ganarse nuevos

derechos de vez en cuando en la lucha diaria; éstos no son en ningún sentido pasos hacia la conquista del poder, de otro modo la clase dominante ofrecería una resistencia a ellos que sólo podría superarse mediante las huelgas políticas. Los gobiernos amistosos con los obreros pueden alternar con gobiernos hostiles a ellos, las demostraciones callejeras y huelgas de masas pueden jugar algún papel en el proceso; pero durante todo eso, nada esencial cambiará; nuestra lucha sigue siendo “una lucha política contra los gobiernos” que se restringe a la “oposición” y deja el poder del Estado y sus ministerios intacto. Hasta un día, cuando los acontecimientos externos disparen un alzamiento popular masivo con disturbios callejeros y huelgas políticas que pongan fin a todo este asunto.

Sólo es posible mantener tal perspectiva restringiendo la observación de uno a las formas políticas externas e ignorando la realidad política tras de ellas. El análisis de la correlación de poder entre las clases en conflicto, como una asciende y la otra declina, es la única clave para entender el desarrollo revolucionario. Esto trasciende la distinción precisada entre la acción del día a día y la revolución. Las diversas formas de acción mencionadas por Kautsky no son polos opuestos, sino parte de una clase gradualmente diferenciada de formas de acción, débiles y poderosas, dentro de la misma categoría.

En primer lugar, por lo que se refiere a cómo se desarrollan: incluso las demostraciones francas no pueden ser convocadas a voluntad, sino que sólo son posibles cuando un sentimiento fuerte ha sido despertado por causas externas, como el coste creciente de la vida y el peligro de la guerra hoy, o las condiciones de sufragio en Prusia en 1910. Cuando más fuerte sea el sentimiento despertado, más vigorosamente pueden desarrollarse las protestas. Lo que Kautsky tiene que decir sobre la forma más poderosa de huelga de masas, a saber, que debemos “*darle el apoyo más enérgico y usarla para fortalecer al proletariado*”, no

va lo bastante lejos para casos donde esta situación ya ha generado un movimiento de masas; cuando las condiciones lo permitan, el Partido, como el portador consciente de las más profundas sensibilidades de las masas explotadas, debe instigar tal acción como es necesario y asumir la dirección del movimiento --en otras palabras, jugar el mismo papel en los acontecimientos de importancia mayor que realiza hoy a escala más pequeña--. Los factores precipitantes no pueden preverse, pero somos nosotros quienes actuamos sobre ellos.

En segundo lugar, por lo que se refiere a aquellos que toman parte: nosotros no podemos restringir nuestras demostraciones presentes solamente a miembros del partido; aunque éstos formen al principio el núcleo, otros vendrán a nosotros en el curso de la lucha. En nuestro último artículo mostramos que el círculo de aquéllos involucrados crece en tanto la campaña se desarrolla, hasta que incluye a las amplias masas del pueblo; no hay nunca ninguna cuestión de disturbios callejeros ingobernables en el viejo sentido.

En tercer lugar, por lo que se refiere a los efectos que tiene tal acción: la conquista del poder por medio de las formas de acción más potentes básicamente equivale a la liquidación de los poderes de coerción disponibles para el enemigo y a la formación de nuestro propio poder; pero aún las protestas actuales, nuestras simples demostraciones callejeras, despliegan este efecto a una pequeña escala. Cuando la policía tenía que abandonar sus esfuerzos por impedir las demostraciones en la pura impotencia en 1910, ésa fue una primera señal de que empezaban a desmoronarse los poderes coercitivos del Estado; y el contenido de la revolución consiste en la destrucción total de estos poderes. En este sentido, ese ejemplo de la acción de masas puede verse como el principio de la revolución alemana.

El contraste entre nuestras respectivas visiones, tal como han sido expuestas aquí, puede parecer ser puramente teórico a

primera vista; pero tiene, no obstante, gran importancia práctica con respecto a las tácticas que adoptamos. Tal como lo ve Kautsky, cada vez que la oportunidad de una acción vigorosa surja debemos detenernos y considerar si no podría llevar a un “ensayo de fuerza”, un esfuerzo por hacer la revolución, esto es, a la movilización de toda la fuerza de nuestro adversario contra nosotros. Y debido a que se acepta que somos demasiado débiles para emprender esto, será muy fácil huir de cualquier acción -- éste era el peso del debate en la huelga de masas en *Die Neue Zeit* en 1910--. Aquéllos que rechazan la dicotomía de Kautsky entre la acción diaria y la revolución, sin embargo, estiman cada acción como un problema inmediato, a ser evaluado según las condiciones predominantes y el humor de las masas, y al mismo tiempo, como parte de un gran propósito. En cada campaña uno presiona tanto hacia delante como parece posible en las condiciones dadas, sin permitirse ser debilitado por consideraciones teóricas engañosas proyectadas hacia el futuro; pues el problema no es nunca el de una revolución total, ni el de una victoria con importancia sólo para el presente, sino siempre el de un paso adelante a lo largo del camino de la revolución.

5. Actividad parlamentaria y acción de las masas

La acción de masas no es nada nuevo: es tan vieja como la actividad parlamentaria misma. Toda clase que ha hecho uso del parlamento también ha acudido en ocasiones a la acción de masas; pues constituye un complemento necesario o --mejor aún-- un *correctivo* a la acción parlamentaria. Dado que, en los sistemas parlamentarios desarrollados, el parlamento mismo promulga la legislación, incluyendo la legislación electoral, una clase o camarilla que ha ganado una vez la superioridad está en

posición de afianzar su dominación para siempre, independientemente de todo el desarrollo social. Pero si su hegemonía se vuelve incompatible con una nueva fase de desarrollo, la acción de masas, a menudo en la forma de una revolución o de un levantamiento popular, interviene como una influencia correctiva, barre a la camarilla gobernante, impone una nueva ley electoral en el parlamento, y así reconcilia el parlamento y la sociedad una vez más. La acción de masas también puede ocurrir cuando las masas están en apuros particularmente horribles, para impeler al parlamento a aliviar su miseria. El miedo a las consecuencias de la indignación de las masas induce frecuentemente a la clase que sostiene el poder parlamentario a hacer concesiones que las masas no habrían obtenido de otro modo. Si las masas tienen o no portavoces en el parlamento en tales ocasiones está lejos de carecer de importancia, pero es no obstante de importancia secundaria; la fuerza determinante crucial descansa fuera.

Hemos entrado ahora, nuevamente, en un periodo en el que esta influencia correctiva en el funcionamiento del parlamento es más necesaria que nunca; la lucha por el sufragio democrático por un lado, y el coste creciente de la vida y el peligro de la guerra por el otro, están inflamando la acción de masas. A Kautsky le gusta señalar que no hay nada nuevo en estas formas de lucha; acentúa la similitud con las más tempranas. Nosotros, sin embargo, enfatizamos los *nuevos elementos* que las distinguen de todas las que se han producido antes. El hecho de que el proletariado socialista de Alemania haya empezado a usar estos métodos los dota de una importancia e implicaciones enteramente nuevas, y fue precisamente a su clarificación a lo que se dedicaba mi artículo. En primer lugar, porque el proletariado altamente organizado, consciente como clase, del que el proletariado alemán es el ejemplo más desarrollado, tiene un carácter de clase completamente diferente del de las masas populares hasta ahora, y sus acciones son, por consiguiente,

cuantitativamente diferentes. En segundo lugar, porque este proletariado está destinado a promulgar una revolución de largo alcance, y la acción que tome tendrá, por consiguiente, un efecto profundamente subversivo sobre el conjunto de la sociedad, sobre el poder del Estado y sobre las masas, aun cuando no sirva directamente a una campaña electoral.

Kautsky no está justificado, por lo tanto, a apelar a Inglaterra como un modelo “*en el que podemos estudiar mejor la naturaleza de la acción de masas moderna*”. Lo que a nosotros nos preocupa es la acción *política* de masas orientada a afianzar nuevos derechos y a dar así expresión parlamentaria al poder del proletariado: en Inglaterra se trataba de un caso de acción de masas por parte de los sindicatos, una huelga de masas en apoyo de las reivindicaciones sindicales que expresaba la debilidad de los viejos métodos sindicales conservadores de buscar auxilio del gobierno. Lo que a nosotros nos concierne es un proletariado tan políticamente maduro, tan profundamente instilado con el socialismo como lo está aquí, en Alemania; el conocimiento socialista y la claridad política necesarias para tales acciones estaba completamente ausente entre las masas en la huelga en Inglaterra. Por supuesto, los últimos acontecimientos también demuestran que el movimiento obrero no puede arreglarselas sin las acciones de masas; ellas son también una consecuencia del imperialismo. Pero, a pesar de las admirables solidaridad y determinación manifestadas en ellas, tenían más bien el carácter de arranques desesperados que el de acciones deliberadas conduciendo a la conquista del poder, que sólo un proletariado profundamente imbuido en el socialismo puede emprender.

Como señalamos en el *Leipziger Volkszeitung*, la actividad parlamentaria y la acción de las masas no son incompatibles entre sí; la acción de masas en la lucha por el sufragio dota a la actividad parlamentaria de una base nueva, más amplia. Y en nuestro primer artículo defendimos que el creciente

coste de la vida y el peligro de guerra bajo el imperialismo, la forma moderna del capitalismo, están en la raíz de la acción de masas moderna.

El camarada Kautsky “falla a ver” cómo esto resulta en “la necesidad de nuevas tácticas” --la necesidad de la acción de masas, en otras palabras--; pues la acción de masas orientada a “alterar o exigir decisiones del parlamento” no puede suprimir en mayor medida los efectos básicos del capitalismo --las causas de la elevación del coste de la vida, por ejemplo, que descansa en las malas cosechas, la producción de oro y el sistema de cárteles-- contra los cuales son impotentes los parlamentos, que cualquier otra forma de acción política. Es una pena que los parisienses impulsados a la revuelta en 1848 por la crisis y el coste creciente de la vida no supiesen eso; no habrían hecho ciertamente la Revolución de Febrero.

Quizás el camarada Kautsky vería esto como otra demostración aun de la incompreensión de las masas, cuyo instinto es sordo a las alegaciones de la razón. Pero si, estimuladas por el hambre y la miseria, las masas se alzan juntas y demandan alivio a pesar de los argumentos del teórico de que ninguna forma de acción política puede lograr algo frente a los males fundamentales del capitalismo, entonces es que son los instintos de las masas los que están lo correcto y la ciencia del teórico la que está equivocada. Primero, porque la acción puede fijarse metas inmediatas que no son un sin sentido; cuando están sometidos a una presión poderosa, los gobiernos y aquéllos con autoridad pueden hacer un gran pacto para aliviar la miseria, incluso cuando esta tiene causas más profundas y no puede ser alterada meramente mediante la decisión parlamentaria --como pudieron los impuestos y aranceles en Alemania--. Segundo, porque el efecto duradero de la acción de masas a gran escala es un golpe que quiebra más o menos la hegemonía del capital, y por eso ataca la raíz del mal.

Kautsky procede constantemente a partir de la asunción de que, mientras tanto el capitalismo no haya sido transformado en socialismo, debe aceptarse como un hecho fijo, invariable, contra cuyos efectos es vano luchar. Durante el periodo en el que el proletariado es todavía débil, es cierto que una manifestación particular del capitalismo --como la guerra, el coste creciente de la vida, el desempleo-- no puede ser suprimida mientras el resto del sistema continúe funcionando en todo su poderio. Pero esto no es cierto para el periodo del declive capitalista, en el que ahora el proletariado poderoso, él mismo una fuerza elemental del capitalismo, arroja su propia voluntad y poder a la balanza de las fuerzas elementales. Si esta visión de la transición del capitalismo al socialismo le parece “*muy oscura y misteriosa*” al camarada Kautsky --lo que sólo significa que es nueva para a él--, entonces es sólo porque él considera el capitalismo y el socialismo como entidades fijas, elaboradas de antemano, y falla a captar la transición del uno al otro como un proceso *dialéctico*. Cada asalto del proletariado a los efectos peculiares del capitalismo significa un debilitamiento del poder del capital, un fortalecimiento de nuestro propio poder y un paso adelante en el proceso de la revolución.

6. El marxismo y el papel del Partido

En conclusión, unas pocas palabras más sobre la teoría. Éstas son necesarias porque Kautsky indica, de vez en cuando, que nuestro trabajo se sale de la concepción materialista de la historia, la base del marxismo. En un lugar describe nuestra concepción de la naturaleza de la organización como *espiritualismo* malamente adecuado para un materialista. En otra ocasión, adopta nuestra visión de que el proletariado debe

desarrollar su poder y su libertad “*en constante ataque y avance*”, en una lucha de clases escalando de un compromiso a otro, como si dijera que el ejecutivo del Partido tiene que “*instigar*” la revolución.

El marxismo explica todas las acciones históricas y políticas de los hombres en términos de sus relaciones materiales, y en particular sus relaciones económicas. Una recurrente concepción errónea y burguesa nos acusa de ignorar el papel de la mente humana en esto, y de hacer del hombre un instrumento muerto, un títere de las fuerzas económicas. Nosotros insistimos, a su vez, en que el marxismo no elimina la mente. Todo lo que motiva las acciones de los hombres lo hace a través de la mente. Sus acciones están determinadas por su voluntad, y por todos los ideales, principios y motivos que existen en la mente. Pero el marxismo mantiene que el contenido de la mente humana no es otra cosa, nada, sino un producto del mundo material en el que el hombre vive, y que las relaciones económicas, por consiguiente, sólo determinan sus acciones mediante sus efectos sobre su mente y la influencia sobre su voluntad. La revolución social solamente sigue al desarrollo del capitalismo porque la conmoción económica transforma *primero* la mente del proletariado, dotándola de un nuevo contenido y dirigiendo la voluntad en este sentido. Justo como la actividad socialdemócrata es la expresión de una nueva perspectiva y una nueva determinación instilándose en la mente del proletariado, así la organización es una expresión y consecuencia de una profunda transformación *mental* en el proletariado. Esta transformación mental es el término de mediación mediante el que el desarrollo económico conduce al acto de la revolución social. No puede haber ciertamente ningún desacuerdo entre Kautsky y nosotros en que éste es el papel que el marxismo atribuye a la mente.

Y todavía incluso en relación con esto nuestras visiones difieren; no en la esfera de lo abstracto, la formulación teórica, sino en nuestro énfasis práctico. Sólo cuando se toman juntas, las dos declaraciones “*Las acciones de los hombres están enteramente determinadas por sus relaciones materiales*” y “*Los hombres deben hacer ellos mismos su historia a través de sus propias acciones*” forman la visión marxista en su conjunto. La primera excluye la noción arbitraria de que una revolución puede hacerse a voluntad; la segunda elimina el fatalismo, que nos tendría simplemente a la espera hasta que la revolución acaeciera por su propia cuenta a través de alguna perfecta fruición del desarrollo. Mientras ambas máximas son correctas en términos teóricos, reciben necesariamente grados diferentes de énfasis en el curso del desarrollo histórico. Cuando el Partido está floreciendo inicialmente y debe, antes de cualquier otra cosa, organizar al proletariado, viendo su propio desarrollo como el objetivo primario de su actividad; la verdad encarnada en la primera máxima le proporciona la paciencia para el lento proceso de construcción, el sentido de que el tiempo de golpes políticos (putsches) prematuros está pasado y la certeza tranquila de la victoria final. En este período, el marxismo asume un carácter predominantemente *histórico-económico*; es la teoría de que toda la historia está económicamente determinada, y hace vibrar en nosotros la comprensión de que debemos esperar que las condiciones maduren. Pero, cuanto más se organiza el proletariado en un movimiento de masas capaz de una intervención fuerte en la vida social, más está obligado a desarrollar el sentido de la segunda máxima.

El conocimiento alcanza ahora que la cuestión no es simplemente interpretar el mundo, sino transformarlo. El marxismo se convierte ahora en la *teoría de la acción proletaria*. Las cuestiones de cómo precisamente el espíritu y la voluntad del proletariado se desarrollan bajo la influencia de las condiciones sociales y cómo las diversas influencias lo moldean, entra ahora

en el primer plano; el interés por el lado filosófico del marxismo y por la naturaleza de la mente viene ahora a la vida. Dos marxistas influenciados por estas diferentes fases se expresarán, por consiguiente, ellos mismos de modo diferente, uno acentuando principalmente la naturaleza determinada de la mente, el otro su papel activo; ambos llevarán sus verdades respectivas a la batalla el uno contra el otro, aunque ambos rinden homenaje a la misma teoría marxiana.

Desde el punto de vista práctico, sin embargo, este desacuerdo adquiere otro cariz. Nosotros estamos enteramente de acuerdo con Kautsky en que un individuo o grupo no puede hacer la revolución. Igualmente, Kautsky estará de acuerdo con nosotros en que el proletariado debe hacer la revolución. Pero, ¿cómo están las cosas a respecto del Partido, que es un término medio, por un lado un amplio grupo que decide conscientemente que acción tomará, y por el otro el representante y dirigente del proletariado entero? ¿Cuál es la *función* del Partido?

Con respecto a la revolución, Kautsky lo sitúa como sigue en su exposición de su táctica:

“La utilización de la huelga general política, pero sólo en casos excepcionales, extremos, cuando las masas ya no pueden ser refrenadas.”

Así, el Partido tiene que *detener* a las masas mientras puedan ser retenidas; mientras sea posible de algún modo, debe considerar su función como matener a las masas plácidas, refrenarlas de tomar la acción; sólo cuando esto ya no es posible, cuando la indignación popular está amenazando con reventar todo constreñimiento, él abre las compuertas y si es posible se pone él mismo a la cabeza de las masas. Los papeles se distribuyen, de este modo, de tal manera que toda la energía, toda la iniciativa en la que la revolución tiene sus orígenes debe venir de las masas, mientras que la función del Partido es *detener* esta actividad, *inhibirla*, *contenerla* mientras sea posible. Pero la relación no puede ser concebida de este modo. Ciertamente, toda la

energía proviene de las masas, cuyo potencial revolucionario se despierta por la opresión, la miseria y la anarquía, y quienes mediante su revuelta deben entonces abolir la hegemonía del capital. Pero el Partido les ha enseñado que los arranques desesperados por parte de individuos o grupos individuales son vanos, y que el éxito sólo puede lograrse a través de la acción colectiva, unitaria, organizada. Ha disciplinado a las masas y las ha refrenado de diseminar infructuosamente su actividad revolucionaria. Pero esto, por supuesto, es sólo un aspecto, el aspecto *negativo* de la función del Partido; debe mostrar simultáneamente *en términos positivos* cómo estas energías pueden ponerse a trabajar de una manera diferente, productiva, y enseñar el camino para hacerlo.

Las masas, por así decirlo, transfieren parte de su energía, su propósito revolucionario, a la colectividad organizada, no para que se disipe, sino para que el Partido pueda utilizarla como su voluntad colectiva. La iniciativa y potencial para la acción espontánea que las masas entregan no se pierde de hecho al hacer esto, sino que reaparece en otra parte y en otra forma como la iniciativa y potencial del Partido para la acción espontánea; tiene lugar una transformación de la energía respecto a como era. Incluso cuando la indignación más feroz alumbra entre las masas --sobre el creciente coste de la vida, por ejemplo-- ellas permanecen en calma, pues confían al Partido convocarlas para actuar de tal modo que su energía sea utilizada de la manera más apropiada y más exitosa posible.

La relación entre las masas y el Partido no puede, por lo tanto, ser como Kautsky la ha presentado. Si el Partido viese su función como refrenar a las masas de la acción mientras pudiese hacerlo, entonces la disciplina de partido significaría una pérdida para las masas de su iniciativa y potencial para la acción espontánea, una pérdida real, y no una transformación de la energía. *La existencia del Partido reduciría entonces la capacidad*

revolucionaria del proletariado más que incrementarla. No puede simplemente sentarse y esperar hasta que las masas asciendan espontáneamente a pesar de haberle confiado parte de su autonomía; la disciplina y confianza en la dirección del Partido que mantiene a las masas calmadas lo coloca bajo una obligación de intervenir activamente y dar él mismo a las masas la llamada a la acción en el momento correcto. Así, como ya hemos argumentado, el Partido tiene efectivamente el deber de instigar la acción revolucionaria, porque él es el portador de una parte importante de la capacidad de acción de las masas; pero no puede hacerlo como y cuando le agrade, pues no ha asimilado la voluntad *entera* del proletariado *entero*, y no puede, por lo tanto, mandarle como a una tropa de soldados. Debe esperar el momento correcto: no hasta que las masas no esperen más y estén ascendiendo por su cuenta, sino hasta que las condiciones despierten tal sentimiento en las masas que la acción a gran escala tenga una oportunidad de éxito.

Éste es el modo en que, en la doctrina marxista, se comprende que, aunque los hombres estén determinados e impelidos por el desarrollo económico, hacen su propia historia. El potencial revolucionario de la indignación despertada en las masas por la naturaleza intolerable del capitalismo no debe quedar inexplorado y ser perdido por eso; ni debe dispersarse en arranques desorganizados, sino hecho apto para el uso organizado en la acción instigada por el Partido con el objetivo de debilitar la hegemonía de capital. Es en estas tácticas revolucionarias que la teoría marxista se convertirá en realidad.

El marxismo como hecho (1915)

«Hasta ahora, los filósofos han interpretado el mundo de diversas maneras; de lo que ahora se trata es de transformarlo.»
(K. Marx, *Tesis sobre Feuerbach*).

Las teorías científicas no salen de los pensamientos puros y desapasionados de las cabezas de los hombres. Esas teorías sirven a la praxis, y están determinadas a esclarecer el camino de los hombres en sus tareas vitales prácticas. Incluso, surgen por necesidades prácticas, y cambian su configuración si el ambiente, la sociedad o la necesidad cambian. Por esta razón, la misma doctrina puede colorearse de tonos completamente diferentes con el transcurso del tiempo. ¡Qué gran diferencia existe entre el cristianismo de los primeros siglos, de la Edad Media, de las distintas iglesias protestantes de la época de la Reforma, y de la burguesía librepensadora del siglo XIX!

Con el marxismo pasa lo mismo. Pese a ser una clara teoría científica, sin embargo ha tomado diversas apariencias, según las necesidades de la época.

El marxismo era la teoría del final del capitalismo. Marx, como escribió en 1847 en el *Manifiesto Comunista*, gritaba a los proletarios de todo el mundo capitalista: «¡Proletarios de todos los países, uníos!». E hizo algo más que llamar a la unidad, cosa que ya habían hecho otros muchos para muy diversos fines. Proporcionó además a los proletarios una teoría que les mostraba su meta, que les explicaba la sociedad y que les daba la seguridad de su éxito. Ésta era el materialismo histórico.

El materialismo histórico analiza la actuación de los hombres en la historia a partir de sus relaciones materiales, sobre todo las económicas. Dado que los hombres no actúan

inconscientemente, sino por medio de pensamientos, ideas y metas, siempre presentes en sus acciones, esto quiere decir que tales pensamientos, ideas y metas no surgen por sí mismas de una manera casual, sino que son un efecto de sus mismas relaciones y necesidades sociales. Si una transformación económica es precisa, si las viejas condiciones están sobrepasadas, todo ello genera siempre en las cabezas de los hombres la conciencia de la imposibilidad de la permanencia de lo anterior y la voluntad de hacerlo cambiar; esta voluntad se abre irresistiblemente camino a través de la actuación y determina la praxis. Por todo ello, el proletariado no solamente necesita realizar un orden mejor; el materialismo histórico da al proletariado la seguridad de que tal orden llegará, de forma que el desarrollo de la economía contribuye y posibilita su logro. De este modo, el socialismo deja de ser una utopía para pasar a ser una ciencia.

Algunos contradictores, que no comprendieron esta doctrina porque negaba de una manera demasiado fuerte sus opiniones altamente rígidas, la tacharon de fatalista y dijeron que rebajaba a los hombres al nivel de una marioneta sin voluntad. No tenían razón, como se ha visto anteriormente. Pero el hecho de que hubieran caído en ese error fue, sin embargo, también parcialmente una consecuencia del clima especial que tuvo el marxismo en esta época pasada. El marxismo tiene dos partes: el hombre es un producto de las circunstancias, pero a su vez el hombre modifica las circunstancias. El hombre es sólo agente de las necesidades económicas; pero estas necesidades sólo pueden modificarse gracias a su acción. Ambas partes son igualmente correctas e importantes, y juntas forman una teoría completa. Pero según las circunstancias hay que resaltar más o menos una u otra parte.

En la época de duras persecuciones que siguió a 1878, cuando todo parecía sin esperanza, cuando tantos líderes

renunciaron o fueron infieles a sus banderas, cuando las filas de los luchadores se vieron severamente quebrantadas, cuando a los que quedaron en pie se les tambaleaba el ánimo, entonces el marxismo no les hubiera dado la confianza, ni la seguridad del triunfo, ni la convicción necesaria, si hubiera hecho hincapié en que la fuerza humana a la larga habría de perecer ante el poder de la fatalidad económica. En los años siguientes hubo de hacerse mucho énfasis en que solamente serían posibles grandes cambios políticos en la medida en que la evolución económica hubiese florecido lo suficiente. El dejar madurar las cosas debía entonces ser la solución teórica, y por eso el marxismo adoptó la forma del parlamentarismo, frente al anarquismo. El marxismo sirvió, de este modo, como una teoría de la completa dependencia del hombre con respecto a las relaciones económicas durante los años de su debilidad numérica, dando a los socialistas una guía segura para su táctica.

Por ello, el materialismo histórico hubo de tomar necesariamente un acento fuertemente fatalista, y esto se ve claro en el espíritu de los dirigentes y teóricos de aquella época. Esperar, realizar mientras tanto propaganda, organizar a las masas proletarias crecientes, dado que las circunstancias lo exigían, fue la táctica. Y los trabajos teóricos de aquella época, sobre todo los de Kautsky, nos muestran con toda claridad en la historia el poder predominante que se concedía a las relaciones económicas.

Todo esto fue realizado conscientemente en los últimos años, incluso cuando las circunstancias económicas fueron favorables a una insurgencia más fuerte de las clases trabajadoras. Esto suena a contradictorio, pero se comprende fácilmente. Cuando se hizo políticamente necesario llegar a nuevos métodos tácticos, lograr una acción enérgica en favor de importantes derechos fundamentales; cuando se acercaban grandes peligros traídos por el imperialismo y las masas lucharon por el derecho

electoral; cuando todo esto ocurría, los círculos dirigentes del Partido se dieron cuenta cada vez más del peligro con que esta nueva táctica -que sería fuertemente confrontada por las fuerzas dominantes- amenazaba su tranquila actividad habitual. Entonces dieron marcha atrás, hicieron retroceder a las masas y se opusieron a que se siguiese dando pasos hacia adelante. Kautsky representaba la teoría de que era antimarxista incitar al proletariado a una tal actividad, que sólo los anarquistas y sindicalistas le incitan en tal sentido, que el verdadero marxista debería saber que las circunstancias han de madurar por sí mismas sin forzarlas. Y así, mientras la gran mayoría de la burocracia del Partido paralizaba cualquier corriente viva, y la táctica del partido era esclerotizadora, se defendía en las plumas de sus teóricos la doctrina del marxismo universalmente revolucionario como un fatalismo estéril. ¿Para qué acciones, que entrañaban tantos peligros, si la misma evolución económica ha de impulsarnos hacia adelante sin peligro y de manera fatal, si nuestro poder crecerá continuamente y finalmente caerá en nuestro regazo como una fruta madura?

Los trabajadores que aceptaron este marxismo no han hecho, hasta el presente, nada en contra de tales teorías. Los enemigos de la socialdemocracia no fueron tan fatalistas como para dejar que las cosas madurasen por sí mismas, hasta que la evolución económica de Alemania alcanzase por sí misma el lugar deseado en el mundo. Sabían que había que luchar por ello, que sin lucha no se puede ganar nada, y durante muchos años se ocuparon de esta lucha de la forma más seria. El proletariado se dejó dirigir, se dejó engañar por el estruendoso ruido artificial de la gran victoria electoral, y siguió su curso.

Pero ahora ha llegado el tiempo de resaltar la otra parte del marxismo hasta ahora desconsiderada; ahora, cuando el movimiento obrero ha de orientarse de nuevo, a fin de superar la estrechez de miras y la pasividad de la vieja época, si quiere

superar la crisis. Los hombres deben hacer por sí mismos la historia, sin que se la hagan. Ciertamente no pueden construir sin contar con las circunstancias, pero construyen. El hombre mismo es el elemento capaz de configurar activamente la historia. Efectivamente, la economía ha de condicionarle, pero él debe actuar. Sin su actuación, nada ocurre; y actuar en el sentido de la formación de la sociedad es algo distinto y mucho mayor que depositar cada cinco años un voto en una urna electoral. Con tanta facilidad no se construye ningún mundo nuevo. El espíritu humano no es tan sólo el producto de las relaciones económicas, sino también la causa del cambio de estas relaciones. Los grandes cambios del modo de producción (como por ejemplo, el paso del feudalismo al capitalismo y de éste al socialismo) solamente se realizan cuando las nuevas necesidades influyen en el espíritu del hombre, y le llevan a una determinada forma de querer actuar; cuando esta voluntad de actuar se hace efectiva el hombre cambia la sociedad, a fin de que ésta corresponda a las nuevas necesidades. El marxismo nos ha enseñado cómo nuestros antepasados, al cambiar su mundo, fueron impulsados por fuerzas sociales; ahora nos enseña que los hombres actuales, impulsados por la necesidad económica, han de poner manos a la obra si quieren cambiar el mundo.

La revolución alemana – *Primera Fase* (1918)

El resultado lógico del derrumbamiento de Imperialismo alemán, que siguió a la derrota militar, fue la revolución.

El 4 de noviembre ocurrió la revuelta de Kiel. El fermento se manifestó primero entre los marineros. Se habían oído rumores de revuelta entre los marineros durante el pasado año, y los socialdemócratas independientes se defendieron contra las acusaciones de complicidad. Ahora estalló nuevamente, más fuerte y más general, “*por error*” como dijo la *Vossische Zeitung*. Las revoluciones ocurren a menudo por tales errores -la convicción entre los marineros de que se le había ordenado a la flota que saliese a un combate desesperado-.

Los marineros organizaron un *Consejo*, arrestaron a sus oficiales, izaron la bandera roja y presentaron sus demandas al Gobierno. El social-patriota Noske, llegando a Kiel, intentó pararlos, pero en vano.

El 5 de noviembre el movimiento se extendió a Hamburgo, donde los obreros portuarios se declararon en huelga por simpatía; el tráfico cesó y los soldados se unieron a la revolución. Durante los pocos días siguientes el movimiento se extendió a Bremen, Wilhelmshaven, Lubeck, y a lo largo de las regiones norteñas en general, mientras la oficina de Wolff envió informes vagos de la revuelta junto con la predicción de que sería rápidamente suprimida. En Berlín, la intriga que los nuevos ministerios continuaba. Max von Baden desapareció, el Partido Social-Demócrata presentó un ultimátum al Gobierno y el *Vorwaerts* rogaba a los obreros que permaneciesen “*en calma*” -contrarrevolucionario hasta el último momento-. Entretanto, la

revolución continuó extendiéndose, por Colonia, Munich, Stuttgart, a lo largo de Alemania.

Por todas partes brotaron a la vida *Consejos de Obreros y Soldados* y encarcelaron a los oficiales y funcionarios del viejo régimen, excepto a aquéllos que declararon su disposición a servir a la revolución. Por todas partes fue proclamada la nueva *República*, los reyes y príncipes abdicaron y desaparecieron y, finalmente, el 9 de noviembre abdicó el Emperador Wilhelm. Berlín, que permaneció en calma hasta el final, pasó por encima de la revolución; el Consejo de Soldados y Obreros tomó el control sin derramamiento de sangre, y la policía del viejo régimen desapareció de las calles. El movimiento se extendió al frente occidental, y Wilhelm fue obligado a huir del cuartel general del Estado Mayor en Spa a los Países Bajos.

Con alguna resistencia escasa, de un asalto, la revolución resultó victoriosa. Esto demuestra que el viejo sistema estaba ya desmoronándose y había perdido toda la simpatía de las masas, cuyos sufrimientos habían alcanzado su *climax* a través de la guerra, y cuyo miedo del viejo régimen se desvaneció mediante la derrota militar. Esta situación inflamable, donde una chispa extiende a todas partes las llamas, permitió las preparaciones secretas de los grupos de los Independientes y de la extrema izquierda, para un levantamiento armado que saltase a la acción y los dirigentes saliesen así de todas partes para tomar el mando. Así, con la caída de Imperialismo alemán, cayó también la forma política en la que funcionaba: el Estado absolutista, feudal, militarista, policial, fue reemplazado por la *república democrática*.

Por su rapidez y unanimidad, la revolución se apoyó en la superficie de la sociedad civil y no pudo todavía penetrar en las profundidades de las grandes masas. Para aquellos que la llevaron a cabo, la revolución, como todas las revoluciones modernas, es una revolución *proletaria*. Pero en sus objetivos y resultados es, hasta ahora, sólo una revolución *puramente política*, y, por

consiguiente, una revolución *burguesa*. Esto es evidente, a partir del hecho de los jefes social-patrióticos, Ebert y Scheidemann, fuesen seleccionados para funcionar como cabezas del gobierno provisional.

Parece a primera vista inexplicable que las masas, conducidas a la desesperación por cuenta de la guerra y sus horrores, tuviesen que derrocar y expulsar a aquellos responsables de la guerra y que, al mismo tiempo, permitan a sus cómplices, que siempre apoyaron la política de guerra, tomar el timón. Pero esto es simplemente el resultado de la incompetencia política y de la adhesión tradicional a la vieja socialdemocracia. Los cuatro años de guerra, por la presión del campo de batalla y la actividad del censor, hicieron imposible el desarrollo político, excepto en pequeños grupos. Las masas han destruido la maquinaria que las aplastaba, han ganado su libertad política, y ahora puede darse inicio al desarrollo político, cuya orientación ulteriormente ellas desean. Ellas están todavía impresionadas por las ilusiones ingenuas de los primeros días de la revolución -incluso como en París, en 1848-; *estas revoluciones posteriores deben, primero, pasar por el desarrollo de las revoluciones anteriores -las ilusiones de la unidad del pueblo, de libertad y democracia-*.

Las denominaciones y reflejos varios de estas ilusiones fantásticas consisten en que hablamos de República del Pueblo, los gobernantes son llamados representantes del pueblo, hacemos gestos contra toda discordia y disensión. En la realidad de la sociedad, la distinción de clase de la burguesía y del proletariado parece haber desaparecido. Más adelante, en cuanto esta realidad se haga clara de nuevo, la lucha de clases estallará nuevamente. Será aguda y violenta en Alemania, porque la burguesía y el proletariado son fuertes, su conciencia de la clase es poderosa y la producción está altamente desarrollada. Ésta será la próxima fase de la revolución, que ahora está aun en desarrollo. [*Esto fue escrito a últimos de noviembre, 1918.*]

¿Cómo se disponen estas fuerzas contendientes?

En tiempos normales, la burguesía domina a través de su poderoso y perfectamente organizado aparato estatal, mientras que las masas están divididas en grupos separados y son así impotentes. Las revoluciones ocurren cuando las masas están espontáneamente inspiradas por un deseo y encuentran, de este modo, el poder en su unidad. Nuevos individuos toman el timón, vienen formas diferentes de gobierno; pero entonces las masas reasumen sus tareas diarias, el fuego que inspira aquella voluntad poderosa se evapora, se descomponen de nuevo en individuos y grupos, mientras que el aparato burgués, que permanecía en pie y que sólo había sido privado temporalmente de su poder, retoma su vieja posición sin la oposición de ninguna fuerza organizada, y de nuevo se convierte en la organización estable del gobierno. Así, a través de las tormentas de la revolución, la dominación de clase crece y se vuelve más fuerte, mientras que la experiencia de la revolución le enseña a fingir, a adoptar las formas externas de la democracia, el vestido del *gobierno del pueblo* -los gobernantes cambian, pero la dominación sobre las masas permanece-. Para destruir esta dominación es necesario romper la vieja organización del gobierno, la vieja burocracia, y fortalecer la organización temporal de las masas como un poder duradero. Esto pasó en París en 1871 mediante la *Comuna*, y en Rusia en noviembre mediante los *Soviets*.

En Alemania, los obreros han creado una tal organización, la misma que tuvo lugar en Rusia, con la formación de *Consejos de Obreros y Soldados*. Estos consejos dieron a la revolución un poder directo que condujo a su victoria rápida inicial. Ellos son el nuevo instrumento de poder para las masas, la organización de las masas proletarias en contraposición a la organización de la burguesía. Hasta ahora, ellas no saben lo que quieren, pero están allí -no su programa, sino su misma existencia, tiene una significación revolucionaria-. Un gobierno revolucionario que

desea ser el órgano del proletariado socialista, debería comenzar ahora por quitar a los viejos funcionarios y abolir sus funciones.

El gobierno de Ebert, Scheidemann y Haase ha hecho lo contrario. Ha intentado obligar a los *Consejos de Soldados* a un papel consultivo subordinado y restaurar los poderes disciplinarios de los oficiales, lo que ha resultado, en muchos lugares, en una fuerte resistencia y negativa de los soldados. Ha mantenido la vieja burocracia y le ha permitido continuar su dominio; ha hecho lo mismo que cualquier partido burgués cuando asume el mando -*tomar para sí mismo las mejores posiciones y dejar al resto en el statu quo anterior*-. Ha retenido a los viejos generales al mando del ejército y no ha hecho ningún esfuerzo por llevar más allá la propaganda revolucionaria entre los soldados. Así, permitiendo al aparato de la clase dominante permanecer intacto, envalentona abiertamente a la contrarrevolución. Ya los burócratas denuncian abiertamente al "*gobierno de diletantes*", los generales en el frente ordenan que sea bajada la bandera roja, y toda la reacción se anima.

La burguesía está enteramente satisfecha con este gobierno, especialmente desde que anunció que no se realizaría ningún cambio en los derechos de propiedad y que los bancos no serán nacionalizados. La razón de estos anuncios es que el gobierno está intentando apoyarse en toda la población, en los obreros y la burguesía por igual; así, sobre la base de la cooperación de las clases espera ser el gobierno de la "*continua paz de Dios*". Esto es un reflejo de la inconciencia de las masas, y se volverá cada vez más imposible con el más poderoso despertar de la lucha de clases.

Por el momento, el gobierno se balancea entre las clases, tiene *hechos conservadores* para la burguesía y *frases revolucionarias* para los obreros -porque la burguesía es vigilantemente consciente de su clase y no se le defrauda fácilmente, mientras que los obreros no están todavía

plenamente despiertos-. La primera parte, el aplacamiento de las clases medias, es asumido con cuidado por Ebert y Scheidemann, mientras que el complaciente discurso radical es la tarea de la llamada "*ala izquierda*", los Independientes: Dittman y Barth, que fueron incluidos en el gobierno por esta razón.

Los socialistas mayoritarios carecen de confianza en el socialismo y en la capacidad del proletariado. No se atreven a socializar la sociedad contra la burguesía, tienen miedo de gobernar sin la vieja burocracia. La dominación de los obreros se les presenta *-así como a la burguesía-* como el *caos*; su propia incapacidad teórica les hace temer la gigantesca tarea que la situación histórica impone al proletariado alemán. Por esta razón, quieren una *Asamblea Nacional Constituyente* en el momento más temprano posible, para relevarles de responsabilidad.

La clase media también quiere la convocatoria de esta asamblea, porque a través de ella esperan restaurar las condiciones normales, el establecimiento de un gobierno "estable" que enviaría a los *Consejos* a casa, dándoles las gracias por los servicios prestados. Esto ha hecho reflexionar a algunos de los obreros, y especialmente entre los Independientes empiezan a dudar y esforzarse por dilatar la convocatoria de la asamblea. Los Independientes ocupan, en la coalición, el lugar que los *social-patriotas* ocuparon anteriormente en el gobierno burgués; a saber, impedirles a los obreros rebelarse contra el gobierno. Pero están compelidos, a causa de las tendencias revolucionarias entre los obreros, a resistirse a los procederes ultraconservadores del gobierno.

Esto explica la creciente fricción entre Kurt Eisner [*después asesinado*], el dirigente de los *Consejos* bávaros, y Barth, por una parte, y Ebert y Scheidemann por la otra. Los Independientes también proponen planes para una socialización moderada *-¡no todo de una vez, ningún experimento!-*. Proponen bonitos planes para la edificación de la producción socialista sobre la base de grandes

industrias y de una gran agricultura, de cuyo apoyo deben disponer. *¡No piensan en el hecho de que el socialismo no es una cuestión de nacionalización de la industria, sino una cuestión del poder del proletariado, de esto nada se dice en los escritos teóricos de Kautsky!* El resultado será que, cuando la burguesía asuma de nuevo el poder, pondrá fin a todos estos planes o los realizará a su propio modo como *socialismo de Estado*.

Por otro lado, los Independientes ya van codo con codo con Jaffe, el profesor bávaro de economía que durante la guerra esbozó un proyecto de *socialismo de Estado extensivo*, que mejor denominado es *capitalismo de Estado*. Los dos partidos, los socialistas mayoritarios y los Independientes quieren, sin duda, unirse con los partidos burgueses radicales sobre este programa socialista estatal, precaviéndose de que el proletariado intervenga. Mientras el gobierno se preocupa sólo por cuestiones externas y por el mantenimiento del orden -*que, en realidad, se vuelve cada vez más caótico*-, la fricción entre las clases se desarrolla. La burguesía organiza Guardias Blancos, el proletariado forma Guardias Rojos, y en secreto la reacción conspira y se prepara para la guerra civil. Y mientras la llegada de tropas fortalece a los reaccionarios, el espíritu revolucionario arde entre los obreros.

La gran lucha que debe desarrollarse será entre la burguesía, abierta o encubiertamente representada por los partidos socialdemócrata e independiente, y el movimiento revolucionario, ahora anunciado como el *Partido Comunista*, pero que durante la guerra se encarnó en el *Grupo Espartaco* y los [*Comunistas*] *Internacionalistas* de Bremen. Aunque, como organización, no es todavía distinta y aparte de la Socialdemocracia y de los Independientes, el Partido Comunista está en oposición directa, defiende la dictadura del proletariado en contraposición al parlamentarismo democrático, y se opone a la convocatoria de la Asamblea Nacional; demanda la abolición del capitalismo y la anulación de las deudas estatales. Representa

el ideal del partido bolchevique ruso, aunque no está directamente conectado con él, a causa de la fricción entre Rosa Luxemburgo y Lenin. Por parte de la burguesía y de los socialdemócratas, los comunistas son representados como si fuesen bolcheviques, y todas las denuncias y falsedades dirigidas contra los bolcheviques rusos son también dirigidas contra ellos. Muchas mociones aprobadas por los Consejos de Soldados - *especialmente en el frente, donde están menos desarrollados políticamente y donde, por encima de todo, desean descanso y paz*- expresan su aborrecimiento del bolchevismo. Hasta ahora, los comunistas no son sino una pequeña minoría, y los social-patriotas y la burguesía usan este hecho para consolidar sus fuerzas. La influencia de los comunistas sobre los trabajadores, sin embargo, está creciendo a saltos.

La situación internacional, la peligrosa escasez de comida y la amenaza de las tropas de la Entente, son los grandes obstáculos a los desarrollos revolucionarios en Alemania. Desde un punto de vista militar, Alemania está absolutamente a merced de la Entente, y económicamente también depende de los Aliados. Sus provisiones de comestibles son muy pequeñas, y depende de la buena voluntad de los polacos para el grano de las provincias orientales. Por la pérdida de Lorena, Alemania no tiene suficiente mineral de hierro para abastecer a sus industrias. La Entente ya le había notificado que la entrega de grano depende del mantenimiento del orden y del establecimiento de un gobierno ordenado. La Entente, que envió tropas para suprimir la Rusia Comunista y restaurar a la burguesía, es cuidadosa de no permitir que una Alemania revolucionaria ayude a Rusia, incluso moralmente; ¿y el *Vorwaerts*? siempre el lacayo de los poderes que estén, primero de Wilhelm, ahora de la Entente, está terriblemente agitado contra la propuesta de Rusia de enviar representantes al *Congreso alemán de los Consejos de Obreros y Soldados*. El *Vorwaerts*, la prensa burguesa y el Gobierno, todos se confabulan para inspirar a la población el miedo a la amenaza

de la Entente y para pintar la situación económica tan negra como sea posible. Esperan así ahogar la voluntad revolucionaria de los obreros, y está más allá de la duda que tendrán éxito con una sección considerable de las masas.

Hay pocas dudas de que el *Congreso de Consejos de Obreros y Soldados*, convocado para el 16 de diciembre, apoyará, por una gran mayoría, al gobierno burgués de Ebert-Haase. Estos Consejos no son, de ningún modo, instituciones proletarias puras; en los Consejos de Soldados están los oficiales; en los Consejos de Obreros los dirigentes sindicales y de partido. Estos hombres no dejarán que la revolución siga adelante si pueden impedirlo.

Pero hay otros factores materiales objetivos que forzarán a los obreros desde abajo. En primer lugar, la oposición entre el capital y el trabajo *-el primer asalto trajo la proclamación de la jornada de ocho horas y el establecimiento de los Consejos Obreros en las fábricas-*. Ahora que la reacción está empezando, las manufacturas están intentando echar atrás estas concesiones y reducir los salarios, mientras que, por otra parte, los obreros están demandando reformas más amplias. Aquí y allí están ocurriendo los choques, en la forma de huelgas, que requieren esfuerzos extraordinarios para la conciliación por parte de los agentes Independientes del Gobierno. Esto compelerá finalmente al Gobierno a actuar, y le obligará a escoger entre presionar a la burguesía o tener secciones más extensas de las masas dispuestas contra él. En segundo lugar, la necesidad económica afectará todavía más al Gobierno. La miseria y la privación que la guerra ha traído ha sido tan horrible que los obreros no podrán soportar ninguna carga más, y si el Gobierno no les ayuda activamente *-y esto significa que debe tomar de los poseedores-* entonces el espíritu revolucionario recibirá ímpetu renovado entre las masas.

En tiempos de necesidad, como los que Alemania enfrenta ahora y enfrentará durante los años venideros,

solamente puede establecerse un gobierno que, por sus hechos y su punto de vista, no se oponga a las grandes masas. Consecuentemente, no es de esperar que el Gobierno actual de Alemania vaya a tener éxito confinando la revolución a su presente carácter, puramente de reforma política; pero la actitud de las masas está, ahora, ayudando en gran medida al Gobierno y, por consiguiente, está fortaleciendo a la burguesía, con lo que aumentará su poder de resistencia en la guerra civil que viene.

Mucho depende de los instintos de clase del próximo *Congreso de los Consejos de Obreros y Soldados*. Si estableciese el fundamento del poder, el poder de los obreros y soldados, entonces el proletariado estará bien armado para la próxima lucha.

La socialización (1919)

I

En los primeros meses que siguieron a la revolución alemana de noviembre de 1918 es donde surge el grito de «*¡Socialización!*». Era una expresión de la voluntad de las masas de dar a la revolución un contenido social y que no quedase solamente en un cambio de personas o una mera transformación del sistema político. Kautsky advirtió contra una socialización demasiado rápida para la que la sociedad no estaba lista todavía. Los mineros propusieron la socialización como una reivindicación en su huelga --como habían hecho recientemente los mineros ingleses--. Fue formada una comisión de investigación sobre la socialización, pero la influencia secreta y el gobierno sabotearon sus decisiones. Para la mayoría el gobierno socialista, la socialización es sólo una frase, un medio para desencaminar a los obreros; todos sabemos que ya ha abandonado los fines y los principios anteriores del socialismo. Pero los Independientes seguían siendo fieles guardianes de la doctrina socialista anterior; ellos creen sinceramente en ella con respecto al programa de socialización. Así, es interesante estudiar este programa con el propósito de caracterizar esa tendencia radical que existe dentro de la socialdemocracia de todos los países, junto a los socialistas gubernamentales o contra ellos.

Cuando los obreros reivindican la socialización, piensan indudablemente en el socialismo, en una sociedad socialista y en la supresión de la explotación capitalista. Nosotros veremos si tiene el mismo significado para los dirigentes socialistas actuales. Marx nunca habló de *socialización*; habló de la *expropiación de los*

expropiadores. De las dos transformaciones principales provocadas dentro de la producción por el socialismo, la supresión de la explotación y la organización del sistema económico, la primera es la principal y la más importante para el proletariado. Se podría concebir una organización de la producción sobre una base capitalista; conduciría entonces al socialismo de Estado, a una esclavitud y explotación más completa del proletariado mediante la fuerza centralizada del Estado. La supresión de la explotación con una producción dispersa era el ideal de los viejos cooperativistas y anarquistas, pero donde la supresión de la explotación se logra, como en la Rusia comunista, uno debe tratar inmediatamente con la organización de la producción.

Donde los socialdemócratas lanzan sus consignas generales con objeto de preparar la legislación práctica es donde podemos ver más claramente lo que la socialización significa para ellos. Este fue el caso en Viena, donde los "marxistas", Renner y Otto Bauer estaban encargados. De una conferencia dada por Bauer el 24 de abril en una asamblea de dirigentes sindicales, podemos extraer los argumentos con los que él buscaba hacer que estos delegados de los obreros abrazasen sus planes. Para socializar completamente la gran industria, declaró, y para quitar a los capitalistas, es necesaria en primer lugar la expropiación. *"Nosotros tomamos de ellos sus empresas"*, y debe seguirse la organización de la nueva administración. La expropiación no debe hacerse sin compensación, pues luego se estaría obligado a confiscar todo capital, incluyendo los bonos de guerra. Las cajas de ahorro irían a la bancarrota, los pequeños granjeros y empleados perderían sus ahorros y de esto emergerían ciertas dificultades internacionales. De este modo, es *"imposible lograr una confiscación honesta de la propiedad capitalista"*. Los capitalistas serán, por lo tanto, compensados; un tribunal establecerá la suma de la compensación que *"debe fijarse de acuerdo con el valor durable, en el que no deben contarse los beneficios de guerra"*.

La compensación será pagada en bonos gubernamentales que recibirán del Estado un interés anual del 4%. Ciertamente, él reconoce, en conclusión, que ésta no es todavía una socialización completa, porque el capitalista anterior siempre recibirá el interés de su empresa como una renta. *"La supresión gradual de esto es un problema de legislación fiscal, y quizás de la transformación del derecho de herencia"*; después de varias generaciones los ingresos no producidos por el trabajo podrán desaparecer completamente.

Para clarificar los principios que forman la base de los planes de socialización de los socialdemócratas, es necesario considerar más de cerca la esencia de la propiedad capitalista y de la expropiación económica.

II

El dinero, como el capital, tiene la habilidad de multiplicarse continuamente a través de la plusvalía. Cualquiera que transforme su dinero en capital y lo coloque en la producción recibe su porción de la plusvalía total producida por el proletariado mundial. La fuente de la plusvalía es la explotación del proletariado; a la fuerza de trabajo se le paga menos del valor que produce. El dinero y la propiedad, de este modo, no sólo adquieren un nuevo significado dentro del régimen capitalista, sino que también se convierten en una nueva norma.

En el mundo pequeñoburgués, el dinero es la medida del valor del tiempo de trabajo necesario para la fabricación de un producto. Como el capital, el dinero es la medida de la plusvalía, del beneficio que puede realizarse por medio de la producción. Aunque no cueste ningún trabajo, uno pagará por una parcela de tierra el precio que corresponde a la renta del suelo capitalizada.

Ocurre lo mismo con una gran compañía. Si su formación cuesta, digamos 100.000 francos (cien acciones de mil francos por persona), y se realiza un retorno del 10%, una parte no se venderá por 1000 francos, sino aproximadamente por 2000 francos, porque 2000 francos al 5% proporciona el mismo ingreso, y el valor capitalista de la empresa entera es entonces de 200.000 francos, aunque sólo costase 100.000 francos. Sabemos que, en la formación de nuevas compañías, los bancos ponen esta diferencia en sus bolsillos por adelantado, como "*ganancia de fundadores*", mientras la lanzan al mercado (en el ejemplo citado) por el valor en acciones de 200.000 francos. Por otro lado, si la ganancia de esta compañía cae aún más --por ejemplo, por la competición victoriosa de corporaciones mucho más grandes-- hasta que no puede ya producir más de un 1% de dividendo, su valor capitalista cae a 20.000 francos.

Si el beneficio --una abstracción hecha en la esperanza de la prosperidad futura, que puede deducirse por adelantado para una cierta suma-- desaparece completamente, el valor capitalista de la empresa cae a cero, y sólo el valor material del inventario puede ser realizado todavía. Así, *la propiedad capitalista significa no el derecho de disponer de objetos, sino el derecho a un ingreso sin trabajo, a una plusvalía*. Su forma es la acción, el papel en que está escrito este derecho. La compañía y la fábrica son sólo el instrumento a través del cual se produce plusvalía; la *propiedad* misma es el *derecho* a la plusvalía. La supresión de la explotación, la supresión de este derecho, es por consiguiente la supresión del valor capitalista, la confiscación del capital.

Podemos entender del modo siguiente el método de Otto Bauer: se trata de mezclar en la misma pota este capital y los reducidos ahorros de los pequeños ahorradores --quienes piensan principalmente en salvaguardar su propiedad y no en recibir un ingreso sin trabajo-- para hacer temblar a los funcionarios sindicales, a través de la identificación frente a un

ataque contra la explotación. La supresión de la propiedad capitalista y la supresión de la explotación no son, por lo tanto, causa y efecto, medio y fin, sino una y la misma cosa. La propiedad capitalista sólo existe a través de la explotación, su valor está fijado por la plusvalía. Si la plusvalía desaparece de algún modo no especificado, si el obrero recibe el producto completo de su trabajo, la propiedad capitalista desaparecerá al mismo tiempo. Si el proletariado mejora tanto sus condiciones de trabajo que las compañías ya no proporcionan una ganancia sobre el capital, su valor capitalista caerá a cero; *las fábricas pueden ser útiles para la sociedad, pero habrán perdido su valor para los capitalistas*. El dinero pierde entonces la habilidad de producir más dinero, más plusvalor, porque los obreros ya no permiten que se les explote. *Ésta es la expropiación que Marx contemplaba*. La propiedad capitalista será suprimida porque el capital carecerá de valor, de ganancia. Esta expropiación económica a través de cual la propiedad pierde su valor y es consecuentemente destruída, aunque el derecho de libre disposición permanezca, *es lo opuesto a la expropiación legal* aplicada a menudo en el mundo capitalista, por medio de la cual el derecho de libre disposición es anulado mientras que se permite a la propiedad permanecer a través de la compensación.

No hace falta decir que las expropiaciones legales también ocurrirán en la transición al socialismo. El poder político del proletariado tomará todas las medidas que sean útiles para la supresión de la explotación. No se satisfará sólo con limitar el derecho de los antiguos patronos a la libre explotación, a través de la regularización de los salarios, horas de trabajo y precios; lo suprimirá completamente. La base económica de estas medidas es asentada por la que las precede; no se trata de la confiscación de toda la propiedad, como piensa el pequeñoburgués asustado, sino de la supresión de cualquier derecho a la plusvalía, a un ingreso no producido por el trabajo. Esta es la expresión legal

del hecho político de que el proletariado es el amo y de que ya no permitirá que le exploten.

III

La socialización, según la receta de Bauer, es la expropiación legal sin expropiación económica, es lo que cualquier gobierno burgués puede proponer. El valor capitalista de las empresas se pagará a los patronos en compensación, y de aquí en adelante recibirán como interés sobre bonos lo que anteriormente recibían como ganancia. La alusión a que no se tendrán en cuenta los beneficios de guerra demuestra que la ganancia normal se tomará como la norma. *Esta socialización reemplaza el capitalismo privado por el capitalismo del Estado; el Estado asume la tarea de extraer ganancias de los obreros y dárselas a los capitalistas.* Para los obreros poco cambiará, tendrán que crear igual que antes un ingreso sin trabajo para los capitalistas. La explotación permanece exactamente como antes.

Si tal propuesta se hubiera hecho en tiempos de prosperidad capitalista, habría sido aceptable para el proletariado; siendo fija la porción de la plusvalía momentánea retornada como capital, cualquier nuevo incremento en la productividad por medio de la organización y el progreso técnico beneficiaría al proletariado. Pero la burguesía no lo consideró entonces porque exigía estas ventajas para sí misma. Ahora las condiciones son diferentes, la plusvalía está en peligro. El caos económico, la pérdida de mercados y de materias primas, el pesado tributo debido al capital de las potencias de la Entente [las indemnizaciones de guerra - Nota del traductor], nos permite prever una reducción de la ganancia capitalista. La revuelta de las

masas obreras y el comienzo de la revolución proletaria, que pondrá en cuestión toda explotación, solamente se suma a esta situación.

La socialización viene ahora en el momento correcto para asegurar al capital su ganancia bajo la forma de interés del Estado. Un gobierno comunista, como el de Rusia, asegura inmediatamente los resultados del nuevo poder proletario y la libertad negándole al capital cualquier derecho de explotación. Un gobierno socialdemócrata asegura la vieja esclavitud proletaria perpetuando el viejo tributo que paga al capital en el mismo momento en que tiene que desaparecer. La socialización no es nada más que la expresión legal del hecho político de que el proletariado sólo es el amo *nominalmente* y está listo para dejarse, silenciosamente, seguir siendo explotado. Así como el gobierno "socialista" es sólo la continuación de la vieja dominación burguesa bajo el estandarte socialista, la "socialización" es sólo la continuación de la vieja explotación burguesa bajo el estandarte socialista.

Si la gente se pregunta cómo pueden políticos inteligentes y anteriores marxistas llegar a pensar de este modo, el bien sabido carácter político de esta tendencia, que ha tomado forma en el Partido Socialista Independiente, nos da la respuesta. Era radical en el *nombre* y sirvió de *boquilla* a la lucha de clase; pero temía cualquier lucha poderosa. Ésto ya se daba antes de la guerra, cuando el "centro marxista", Kautsky, Haase y sus amigos, se opusieron al ala radical de izquierda. Actualmente es lo mismo. Anhelan traer el socialismo a los obreros, no obstante temen la lucha contra la burguesía. Perciben muy bien que una genuina supresión de toda la ganancia capitalista, una confiscación del capital como la que se consiguió en Rusia, involucraría a la burguesía en una lucha violenta, pues esto pondría en cuestión su existencia, su vida o su muerte como clase. Consideran al proletariado demasiado débil y, por consiguiente, buscan lograr

el fin a través de desvíos, mientras lo entregan apetitoso a la burguesía.

Políticamente, los planes para la socialización son un intento de dirigir al proletariado al objetivo socialista sin tocarle a la burguesía en ningún nervio vital, sin provocar su violenta ira, evitando así por este medio la lucha de clases violenta. La intención sería laudable si fuese factible. Pero si consideramos todo lo que sería necesario para el tributo capitalista: el interés debido a los anteriores propietarios capitalistas de los medios de producción, el interés debido por los préstamos de guerra, el tributo debido al capital de las potencias de la Entente, podemos ver que no puede ser realizado en absoluto, ni incluso mediante un trabajo más intensivo y una vida más pobre para el proletariado.

Con la actual destrucción de la vida económica y de la fuerza corporal de las masas, la supresión inmediata de todo parasitismo es una necesidad urgente para la reconstrucción de la sociedad. Pero, aún si desatendemos este especial estado de miseria y no consideramos la socialización como una medida inicial de la revolución proletaria, o como el primer paso hacia el socialismo, su imposibilidad se vuelve clara en tanto el proletariado todavía no haya adquirido toda su fuerza. Cuando los obreros despierten y se alzen hacia la libertad y la independencia, pondrán al frente las demandas de mejora de sus vidas y condiciones de trabajo. Estas mejoras disminuirán inmediatamente las ganancias. El Estado *socialista* puede ser capaz de llamarles a trabajar con una intensidad creciente, pero ocurrirá lo opuesto.

Cuando la obligación capitalista ya no impera con un puño de hierro, la tensión inhumana de la espantosa explotación se relajará, el trabajo decaerá y se hará más humano. La relación y la ganancia de las empresas se derrumbarán. Sin la socialización, los capitalistas privados sufrirían las pérdidas, pero con el Estado

teniendo ahora que pagarles el interés precedente, es el Estado *socialista* el que, a pesar del inicio de la revolución de los trabajadores, le asegura su beneficio, y el que sufrirá las pérdidas. Le quedará una opción: oponerse a las demandas, suprimir las huelgas y convertirse en un gobierno violento en nombre del capital y contra el proletariado, o si no caer en una inevitable bancarrota estatal. Entonces, la burguesía gritará en alto su triunfo una vez más, pues la imposibilidad de "socializar" se habrá demostrado en la práctica.

Éste será el resultado del astuto esfuerzo por llevar a algún tipo de socialismo mientras se evita la lucha de clases. Una socialización que quiere pasar sin las ganancias de la burguesía no puede ser una vía hacia el socialismo. No hay otra manera que suprimir la explotación y, para ese fin, llevar a cabo una lucha de clase implacable.

Revolución mundial y táctica comunista (1920)

I. La revolución rusa y sus consecuencias en la situación europea

La transformación del capitalismo en comunismo se produce por dos fuerzas, una material y la otra espiritual, teniendo sus orígenes ésta última en la anterior. El desarrollo material de la economía genera la conciencia, y ésta activa la voluntad para la revolución. La ciencia marxista, que surge como una función de las tendencias generales del desarrollo capitalista, forma en primer lugar la teoría del partido socialista y subsiguientemente la del partido comunista, y dota al movimiento revolucionario de una profunda y vigorosa unidad intelectual. Mientras esta teoría está penetrando gradualmente a una sección del proletariado, las propias experiencias de las masas se coaligan para fomentar el reconocimiento práctico de que el capitalismo ya no es viable en medida creciente. La guerra mundial y el rápido derrumbe económico hacen ahora la revolución objetivamente necesaria antes de que las masas hayan alcanzado el comunismo intelectualmente: y esta contradicción está en la raíz de las contradicciones, vacilaciones y retrocesos que hacen de la revolución un largo y doloroso proceso. No obstante, la teoría misma gana ahora nuevo ímpetu y toma rápidamente arraigo en las masas; pero ambos procesos son retrasados de modo inevitable por los problemas prácticos que repentinamente han surgido de forma tan masiva.

Hasta donde concierne a Europa occidental, el desarrollo de la revolución está determinado principalmente por dos

fuerzas: el derrumbe de la economía capitalista y el ejemplo de la Rusia soviética. No necesitamos extendernos aquí en las razones por las que el proletariado pudo lograr la victoria tan rápidamente y con relativa facilidad en Rusia --la debilidad de la burguesía, la alianza con el campesinado, el hecho de que la revolución tuvo lugar durante la guerra--. El ejemplo de un Estado en el que la población trabajadora es la que domina, donde han abolido el capitalismo y están comprometidos en la construcción del comunismo, no podría sino causar una gran impresión en el proletariado del mundo entero. Por supuesto, este ejemplo no habría sido en sí mismo suficiente para incitar a los obreros de otros países a la revolución proletaria. La mente humana está más fuertemente influenciada por los efectos de su propio ambiente material; así que si el capitalismo autóctono hubiese retenido toda su vieja fuerza, las noticias de la lejana Rusia hubieran causado escasa impresión. «Llenas de respetuosa admiración, pero de un modo tímido, pequeñoburgués, sin el coraje para salvarse a sí mismas, Rusia y la humanidad como un todo poniéndose en acción», así era cómo las masas sorprendieron a Rutgers ^[1] a su retorno desde Rusia a Europa occidental. Cuando la guerra acabó, todos esperábamos aquí un rápido giro de la economía, y una prensa mentirosa retrataba a Rusia como un lugar de caos y barbarismo; y, de este modo, las masas esperaban su momento. Pero desde entonces, ha acontecido lo opuesto: el caos se ha extendido en la patria tradicional de la civilización, mientras el nuevo orden en Rusia está mostrando una fortaleza creciente. Ahora las masas también están en revuelta aquí.

El derrumbe económico es el acicate más poderoso para la revolución. Alemania y Austria están ya completamente arruinadas y económicamente pauperizadas, Italia y Francia están en declive inexorable. Inglaterra ha sufrido tanto que es dudoso que los vigorosos esfuerzos de su gobierno en la reconstrucción puedan impedir el colapso, y en América están

apareciendo los primeros signos amenazantes de crisis. Y en cada país, más o menos en este mismo orden, el desasosiego está creciendo entre las masas; están luchando contra el empobrecimiento en grandes movimientos huelguísticos que golpean la economía aun más duramente; estas luchas están transformándose gradualmente en una lucha revolucionaria consciente, y, sin ser comunistas por convicción, las masas están siguiendo cada vez más el camino que el comunismo les muestra, puesto que la necesidad práctica está conduciéndolas en esa dirección.

Con el crecimiento de esta necesidad y este ánimo, llevada por ellos por así decir, la vanguardia comunista se ha desarrollado en estos países; esta vanguardia reconoce claramente las metas y se reagrupa en la Tercera Internacional. El rasgo distintivo de este proceso de revolución en desarrollo es una aguda separación del comunismo del socialismo, en términos tanto ideológicos como organizativos. Esta separación es más marcada en los países de Europa Central, precipitados a la crisis económica por el Tratado de Versalles, donde era necesario un régimen socialdemócrata para salvar al Estado burgués. La crisis es allí tan profunda e irremediable que la masa de obreros socialdemócratas radicales, el USP, está presionando por la afiliación a Moscú, aunque todavía conservan en gran parte los viejos métodos, tradiciones, consignas y dirigentes socialdemócratas. En Italia, el partido socialdemócrata entero se ha asociado a la Tercera Internacional; un ánimo revolucionario militante entre las masas, que están comprometidas en una constante guerra a pequeña escala contra el gobierno y la burguesía, nos permite pasar por alto la mezcla teórica de perspectivas socialistas, sindicalistas y comunistas. En Francia, los grupos comunistas sólo recientemente se han separado del partido socialdemócrata y del movimiento sindical, y están ahora moviéndose hacia la formación de un partido comunista. En Inglaterra, el profundo efecto de la guerra sobre las viejas y

familiares condiciones ha generado un movimiento comunista, consistente todavía en varios grupos y partidos de orígenes diferentes y en nuevas formaciones organizativas. En América dos partidos comunistas se han separado del Partido Socialdemócrata, mientras éste último también se ha alineado con Moscú.

La inesperada resiliencia de la Rusia soviética a los asaltos de la reacción ha compelido a la Entente a negociar, y también ha causado una nueva y poderosa impresión en los partidos obreros occidentales. La Segunda Internacional está desintegrándose; se ha iniciado un movimiento general de los grupos de centro hacia Moscú bajo el impulso del creciente ánimo revolucionario de las masas. Estos grupos han adoptado el nuevo nombre de comunistas sin que sus perspectivas anteriores se hayan alterado demasiado, y están transfiriendo las concepciones y los métodos de los viejos socialdemócratas a la nueva internacional. Como señal de que estos países se han vuelto ahora más maduros para la revolución, está apareciendo un fenómeno precisamente opuesto al primero: con su entrada en la Tercera Internacional o declaración en favor de sus principios, como en el caso del USP antes mencionado, la marcada distinción entre comunistas y socialdemócratas está palideciendo una vez más. A pesar de cualesquiera intentos que se hagan para mantener tales partidos formalmente fuera de la Tercera Internacional, en un esfuerzo por conservar un poco de firmeza de principios; a pesar de eso se insinúan en la dirección del movimiento revolucionario de cada país, manteniendo su influencia sobre las masas militantes mediante el cumplimiento de boquilla (*slip-service*) con las nuevas consignas. Así es como se comporta todo estrato dominante: en lugar de consentir en ser separado de las masas, él mismo se vuelve «revolucionario» con el propósito de desinflar la revolución hasta donde sea posible mediante su influencia. Y muchos comunistas tienden a ver sólo

la fuerza incrementada que se nos acumula, y no también el incremento en la vulnerabilidad.

Con la aparición del comunismo y el ejemplo ruso, la revolución proletaria parecía haber ganado de una forma simple y franca. En realidad, sin embargo, las distintas dificultades con que ahora se encuentra están revelando las fuerzas que la convierten en un proceso sumamente complejo y arduo.

II. El futuro de la revolución alemana y el peligro del oportunismo en la Tercera Internacional

Los problemas y las soluciones para ellos, los programas y las tácticas, no brotan de principios abstractos, sino que están determinados únicamente por la experiencia, por la práctica real de la vida. Las concepciones de los comunistas acerca de su meta y de cómo va a lograrse deben ser elaboradas sobre la base de la práctica revolucionaria previa, como siempre se ha hecho. La revolución rusa, y el curso que la revolución alemana ha adoptado hasta este momento, representan para nosotros toda la evidencia hasta ahora disponible acerca de las fuerzas motoras, las condiciones y las formas de la revolución proletaria.

La revolución rusa llevó al proletariado al control político en un ascenso tan increíblemente rápido que, en aquel momento, tomó a los observadores europeos occidentales completamente por sorpresa; y aunque las razones de ello son claramente identificables, ha venido a parecer cada vez más asombroso en vista de las dificultades que nosotros estamos experimentando

ahora en Europa occidental. Su efecto inicial fue, inevitablemente, que, con el primer aflujo de entusiasmo, se subestimaron las dificultades que enfrenta la revolución en Europa occidental. Ante los ojos del proletariado mundial, la revolución rusa desveló los principios del nuevo orden en todo el fulgor y la pureza de su poder --la dictadura del proletariado, el sistema de soviets como nuevo modo de democracia, la reorganización de la industria, la agricultura y la educación--. En muchos aspectos, dio un cuadro de la naturaleza y el contenido de la revolución proletaria tan simple, claro y comprensivo, tan idílico, que uno casi podría decir que nada podía parecer más fácil que seguir este ejemplo. Sin embargo, la revolución alemana ha mostrado que esto no era tan simple, y las fuerzas que salieron al frente en Alemania están en conjunto actuando a lo largo del resto de Europa.

Cuando el imperialismo alemán se derrumbó en noviembre de 1918, la clase obrera carecía totalmente de preparación para la toma del poder. Arruinada en su mente y en su espíritu por los cuatro años de guerra, y todavía aprisionada por las tradiciones socialdemócratas, fue incapaz de lograr un reconocimiento claro de su tarea durante las primeras semanas, cuando la autoridad gubernamental había prescrito; el periodo intensivo pero breve de propaganda comunista no podía compensar esta carencia. La burguesía alemana había aprendido más del ejemplo ruso que el proletariado; cubriéndose de rojo con el propósito de distraer la vigilancia de los obreros, empezó inmediatamente a reconstruir los órganos de su poder. Los consejos obreros entregaron voluntariamente su poder a los dirigentes del Partido socialdemócrata y al parlamento democrático. Los obreros, portando todavía armas como soldados, no desarmaron a la burguesía, sino que se desarmaron a sí mismos; los grupos obreros más activos fueron aplastados por los guardias blancos recientemente formados y la burguesía formó milicias civiles armadas. Con la connivencia de las

direcciones sindicales, los ahora indefensos obreros fueron poco a poco expropiados de todas las mejoras en sus condiciones de trabajo conquistadas en el curso de la revolución. El camino al comunismo era así bloqueado con alambradas de espino para asegurar la supervivencia del capitalismo, o sea, para permitirle hundirse todavía más profundamente en el caos.

Estas experiencias ganadas en el curso de la revolución alemana no pueden, por supuesto, aplicarse automáticamente a los demás países de Europa occidental; allí el desarrollo de la revolución aún seguirá otros cursos. El poder no caerá repentinamente en manos de las masas sin preparación como resultado del derrumbe político-militar; el proletariado tendrá que luchar duramente por ello, y de este modo habrá conseguido un grado superior de madurez cuando haya ganado. Lo ocurrido a ritmo febril en Alemania después de la revolución de noviembre ya está teniendo lugar más sosegadamente en otros países: la burguesía está delineando las consecuencias de la revolución rusa, haciendo preparativos militares para la guerra civil y, al mismo tiempo, organizando la decepción política del proletariado por medio de la socialdemocracia. Pero, a pesar de estas diferencias, la revolución alemana muestra ciertas características generales y ofrece lecciones de importancia general. Ha puesto en claro que la revolución en Europa occidental será un proceso lento y arduo, y ha revelado qué fuerzas son las responsables de esto. El ritmo lento del desarrollo revolucionario en Europa occidental, aunque sólo relativo, ha dado lugar a un choque de corrientes tácticas conflictivas. En tiempos de desarrollo revolucionario rápido, las diferencias tácticas se superan rápidamente en la acción, o no se hacen conscientes; la intensa agitación de principios clarifica las mentes de la gente, y al mismo tiempo las masas desbordan y la acción política sobrepasa las viejas concepciones. Cuando nos situamos en un periodo de estancamiento externo, como quiera que sea; cuando las masas dejan pasar cualquier cosa sin protestar y las

consignas revolucionarias ya no parecen capaces de capturar la imaginación; cuando las dificultades se amontonan y el adversario parece levantarse más colosal con cada compromiso; cuando el Partido comunista permanece débil y experimenta sólo derrotas, entonces las perspectivas divergen y se buscan nuevos cursos de acción y nuevos métodos tácticos. Allí emergen, entonces, dos tendencias principales, que pueden reconocerse en cualquier país y a través de todas las variaciones locales. Una corriente busca revolucionar y clarificar las mentes de la gente mediante la palabra y el hecho, y para este fin intenta poner los nuevos principios en el contraste más agudo posible con las viejas concepciones establecidas. La otra corriente intenta atraer a la actividad práctica a las masas que están todavía en la línea de fondo y, por consiguiente, enfatiza los puntos de acuerdo más que los puntos de diferencia, en un esfuerzo por evitar, hasta donde sea posible, cualquier cosa que les pudiese detener. La primera se esfuerza por una clara y marcada separación entre las masas; la segunda por la unidad; la primera corriente puede ser denominada la tendencia radical, la segunda la tendencia oportunista. Dada la situación actual en Europa occidental, con la revolución encontrando poderosos obstáculos por una parte, y por la otra con la firme resistencia de la Unión Soviética a los esfuerzos de los gobiernos de la Entente para derrocarla, dejando ello una fuerte impresión en las masas, podemos esperar un mayor influjo en la Tercera Internacional de los agrupamientos obreros hasta ahora indecisos; y como resultado, el oportunismo se convertirá, sin duda, en una fuerza poderosa en la Internacional Comunista.

Oportunismo no significa necesariamente una actitud y vocabulario dóciles, conciliadores, ni radicalismo un comportamiento más acerbo; al contrario, la carencia de tácticas claras y fundadas en principios se esconde, demasiado a menudo, tras un lenguaje rabiosamente estridente; y de hecho, en las situaciones revolucionarias, es característico del oportunismo

poner repentinamente todas sus esperanzas en el gran hecho revolucionario. Su esencia descansa siempre en la consideración de las cuestiones inmediatas, no de las que se sitúan en el futuro, y en fijarse en los aspectos superficiales del fenómeno más que en ver sus bases determinantes más profundas. Cuando las fuerzas no son inmediatamente adecuadas para la consecución de cierta meta, tiende a elaborar para esa meta otra vía, mediante rodeos, en lugar de fortalecer esas fuerzas, ya que su meta es el éxito inmediato y a eso sacrifica las condiciones para el éxito duradero en el futuro. Busca la justificación en el hecho de que, formando alianzas con otros grupos «progresivos», y haciendo concesiones a las concepciones caducas, a menudo es posible ganar poder o, por lo menos, dividir al enemigo, la coalición de las clases capitalistas, y producir así condiciones más favorables para la lucha. Pero el poder en tales casos siempre resulta ser una ilusión, un poder personal ejercido por dirigentes individuales y no el poder de la clase proletaria; esta contradicción no trae nada más que confusión, corrupción y conflicto en su estela. Una conquista del poder gubernamental que no esté basada sobre una clase obrera plenamente preparada para ejercer su hegemonía se perdería de nuevo, o, en otro caso, habría de hacer tantas concesiones a las fuerzas reaccionarias que se desgastaría interiormente. Una división en las filas de la clase que nos es hostil --la consigna más preciada del reformismo-- no afectaría a la unidad de la burguesía, interiormente entrelazada, pero engañaría, confundiría y debilitaría al proletariado. Por supuesto, puede ocurrir que la vanguardia comunista del proletariado sea forzada a tomar el poder político antes de que se den las condiciones normales; pero sólo lo que las masas ganen de este modo en términos de claridad, visión profunda (*insight*), solidaridad y autonomía, tiene valor duradero como fundamento del desarrollo ulterior hacia el comunismo.

La historia de la Segunda Internacional está llena de ejemplos de esta política de oportunismo, y éstos están

empezando a aparecer en la Tercera. Ello solía consistir en buscar la ayuda de los grupos obreros no socialistas o de otras clases para conseguir el objetivo del socialismo. Esto condujo a tácticas que se volvían corruptas, y, finalmente, al hundimiento. La situación de la Tercera Internacional es ahora fundamentalmente diferente, puesto que el periodo de desarrollo capitalista tranquilo ha terminado cuando la socialdemocracia, en el mejor sentido del término, no podía hacer nada más que prepararse para una futura época revolucionaria combatiendo la confusión con políticas de principios. El capitalismo está ahora derrumbándose; el mundo no puede esperar hasta que nuestra propaganda haya ganado a una mayoría para la lúcida visión comunista; las masas deben intervenir, y tan rápidamente como sea posible, si ellas y el mundo van a salvarse de la catástrofe. ¿Qué puede hacer un pequeño partido, cualesquiera que sean sus principios, cuando lo que se necesita son las masas? ¿No está el oportunismo, con sus esfuerzos por reunir rápidamente a las masas más amplias, dictado por la necesidad?

Una revolución no puede realizarse mejor mediante un gran partido de masas o una coalición de partidos diferentes que mediante un pequeño partido radical. Ella irrumpe espontáneamente entre las masas, y aunque la acción instigada por un partido puede detonarla a veces (un raro suceso) las fuerzas determinantes descansan en otra parte, en los factores psicológicos que están en lo profundo del inconsciente de las masas y en los grandes acontecimientos de la política mundial. La función de un partido revolucionario reside en propagar por adelantado un entendimiento claro para que, a lo largo de las masas, haya elementos que sepan lo que se debe de hacer y que sean capaces de juzgar la situación por sí mismos. Y en el curso de la revolución el partido tiene que alzar el programa, las consignas y orientaciones que las masas espontáneamente actuantes reconozcan como correctas porque encuentran que ellas expresan sus propias aspiraciones en su forma más

adecuada y que alcanzan así mayor claridad de propósito; es de este modo como el partido llega a dirigir la lucha. Mientras las masas permanecen inactivas esto puede parecer una táctica infructuosa; pero la claridad de principios tiene un efecto implícito en muchos que en un principio son reacios, y la revolución revela su poder activo de dar una dirección definida a la lucha. Si, por otro lado, se ha intentado ensamblar un gran partido diluyendo los principios, formando alianzas y haciendo concesiones, entonces esto permite a los elementos confusos ganar influencia en tiempos de revolución sin que las masas, por causa de su inadecuación, sean capaces de discernimiento. La conformidad a las perspectivas tradicionales es un intento por ganar poder sin la revolución en las ideas, que es la precondition para hacerlo; su efecto es, por consiguiente, detener el curso de la revolución. Esto está, también, condenado al fracaso, pues sólo el pensamiento más radical puede tomar arraigo en las masas una vez se comprometen en la revolución, mientras que la moderación sólo les satisface mientras la revolución tenga todavía que realizarse. Una revolución involucra simultáneamente un profundo salto (*upheaval: una ruptura y un ascenso*, nota trad. español), en el pensamiento de las masas; crea las condiciones para esto y es ella misma condicionada por ello; la dirección en la revolución recae, de este modo, en el Partido comunista, en virtud del poder de transformación del mundo que poseen sus principios inequívocos.

En contraste con el fuerte y marcado énfasis en los nuevos principios --el sistema de soviets y la dictadura-- que distinguen al comunismo de la socialdemocracia, el oportunismo en la Tercera Internacional confía tanto como le es posible en las formas de lucha tomadas de la Segunda Internacional. Después de que la revolución rusa hubiese reemplazado la actividad parlamentaria por el sistema de soviets, y hubiese edificado el movimiento sindical sobre la base de la fábrica, el primer impulso en Europa occidental fue seguir este ejemplo. El Partido

Comunista de Alemania boicoteó las elecciones a la Asamblea Nacional e hizo campaña por la separación organizativa, inmediata o gradual, de los sindicatos. Sin embargo, cuando la revolución reflujo y se estancó en 1919, el Comité Central del KPD introdujo una táctica diferente que equivalía a optar por el parlamentarismo y apoyar a las viejas confederaciones sindicales contra las uniones industriales. El principal argumento que estaba detrás de esto es que el Partido comunista no debe perder la dirección de las masas, que piensan todavía enteramente en términos parlamentarios; a las que se llega mejor a través de campañas electorales y discursos parlamentarios, y las cuales, afiliándose en masa a los sindicatos, han incrementado su número de miembros a siete millones. Este mismo pensamiento se observará en Inglaterra en la actitud del BSP: no quieren romper con el Partido Laborista, aunque éste pertenece a la Segunda Internacional, por miedo a perder el contacto con la masa de sindicalistas. Estos argumentos son formulados de modo más preciso y ordenado por nuestro amigo Karl Radek, cuyo Desarrollo de la Revolución mundial y Tareas del Partido Comunista, escrito en prisión en Berlín, puede considerarse como la declaración programática del oportunismo comunista ^[2]. Aquí se argumenta que la revolución proletaria en Europa occidental será un largo y dilatado proceso, en el cual el comunismo deberá usar todos los medios de propaganda, en los cuales la actividad parlamentaria y el movimiento sindical seguirán siendo las armas principales del proletariado, con la introducción gradual del control obrero como nuevo objetivo.

Un examen de los fundamentos, condiciones y dificultades de la revolución proletaria en Europa occidental mostrará en que medida es esto correcto.

III. El poder de la cultura burguesa en las masas de Europa occidental y la necesidad del proletariado de romper con las tácticas tradicionales

Se ha enfatizado repetidamente que la revolución requerirá mucho tiempo en Europa occidental, a causa de que la burguesía es, con mucho, más poderosa aquí que en Rusia. Permítasenos analizar la base de este poder. ¿Reside en su número? Las masas proletarias son mucho más numerosas. ¿Reside en el dominio de la burguesía sobre la totalidad de la vida económica? Esto solía ser ciertamente un importante factor de poder; pero su hegemonía está decayendo y en Europa Central la economía está completamente en bancarrota. ¿Reside en su control del Estado, con todos sus medios de coerción? Ciertamente, siempre ha usado éste último para mantener subyugado al proletariado, lo cual es la razón de que la conquista del poder estatal fuese el primer objetivo del proletariado. Pero en noviembre de 1918 en Alemania y Austria el poder estatal se deslizó del asidero acobardado de la burguesía, y el aparato coercitivo del Estado quedó completamente paralizado, estando las masas al mando; y la burguesía fue capaz, no obstante, de reedificar de nuevo este poder estatal y de subyugar una vez más a los obreros. Esto demuestra que la burguesía poseía otra fuente oculta de poder que había permanecido intacta, y que le permitió restablecer su hegemonía cuando todo parecía desquebrajarse. Este poder oculto es la influencia ideológica de la burguesía sobre el proletariado. Debido a que las masas proletarias todavía se regían totalmente por una mentalidad burguesa, restauraron la hegemonía de la burguesía con sus propias manos después de que ésta se hubiese derrumbado.

La experiencia alemana nos sitúa cara a cara con el mayor problema de la revolución en Europa occidental. En estos países, el viejo modo burgués de producción y la vieja civilización centenaria que se ha desarrollado con él se han impreso completamente en los pensamientos y sentimientos de las masas populares. Por eso la mentalidad y el carácter interior de las masas es aquí totalmente distinto del de los países del Este, que no ha experimentado el dominio de la cultura burguesa; y esto es lo que distingue los cursos diferentes que la revolución ha tomado en el Este y en el Oeste. En Inglaterra, Francia, Holanda, Italia, Alemania y Escandinavia, ha habido una poderosa clase burguesa basada en la producción pequeñoburguesa y capitalista primitiva desde la Edad Media; como el feudalismo declinó, allí también creció en el campo una clase de campesinos independientes igualmente poderosa, en la que el individuo también era amo en su propia pequeña hacienda. Las sensibilidades burguesas se desarrollaron, sobre este fundamento, formando una sólida cultura nacional, particularmente en los países marítimos de Inglaterra y Francia, que tomaron el liderazgo en el desarrollo capitalista. En el siglo XIX, la sujeción del conjunto de la economía al capital, y la inclusión de las haciendas agrícolas más remotas en el sistema capitalista de comercio mundial, reforzó y refinó esta cultura nacional, y la propaganda psicológica de la prensa, la escuela y la iglesia la machacaron firmemente en las cabezas de las masas, tanto aquellas a quien el capital proletarizó y atrajo a las ciudades, como aquellas a las que dejó en el campo. Esto es verdad no sólo en las tierras natales del capitalismo, sino también, aunque de formas diferentes, en América y Australia, donde los europeos fundaron nuevos Estados, y en los países de Europa Central, Alemania, Austria, Italia, que hasta entonces se habían estancado, pero donde la nueva oleada de desarrollo capitalista fue capaz de conectar con una economía antigua, atrasada, de pequeños campesinos y cultura pequeñoburguesa. Mas cuando

el capitalismo presionó en los países de Europa oriental, encontró condiciones materiales y tradiciones muy diferentes. Aquí, en Rusia, Polonia, Hungría, incluso en Alemania al este del Elbe, no había ninguna clase burguesa fuerte que hubiese dominado durante mucho tiempo la vida espiritual; ésta última estaba determinada por condiciones agrícolas primitivas, con la propiedad latifundista de la tierra, el feudalismo patriarcal y el comunismo de la aldea. Por consiguiente, aquí las masas se vincularon al comunismo de una manera más primitiva, simple, abierta, tan receptiva como el papel en blanco. Los socialdemócratas europeos occidentales expresaron a menudo el asombro burlesco de que los 'ignorantes' rusos pudiesen proclamarse la vanguardia del nuevo mundo obrero. Refiriéndose a estos socialdemócratas, un delegado inglés en la conferencia comunista en Amsterdam ^[4] apuntó bastante correctamente la diferencia: los rusos pueden ser más ignorantes, pero los obreros ingleses están atiborrados de prejuicios hasta tal punto que es más difícil propagar el comunismo entre ellos. Éstos «prejuicios» son solamente el aspecto superficial, externo, de la mentalidad burguesa que satura a la mayoría del proletariado de Inglaterra, Europa occidental y América.

El contenido entero de esta mentalidad es tan multifacético y complejo en su oposición a la visión del mundo proletaria, comunista, que escasamente puede resumirse en unas pocas frases. Su característica primaria es el individualismo, que tiene sus orígenes en las más tempranas formas de trabajo pequeñoburguesas y campesinas, y sólo gradualmente cede ante el nuevo sentido proletario de la comunidad y de la necesidad de aceptar la disciplina --esta característica es probablemente más pronunciada en la burguesía y el proletariado de los países anglosajones--. La perspectiva del individuo se limita a su lugar de trabajo, en vez de abarcar la sociedad como un todo; tan absoluto parece el principio de la división del trabajo que la política misma, el gobierno de toda la sociedad, es visto no como

el negocio de todos, sino como el monopolio de un estrato gobernante, la provincia especializada de expertos particulares, los políticos. Con sus siglos de comercio material e intelectual, su literatura y su arte, la cultura burguesa se ha incrustado ella misma en las masas proletarias, y genera un sentimiento de solidaridad nacional, anclado más profundamente en el inconsciente de lo que la indiferencia externa o el internacionalismo superficial sugieren; esto mismo puede expresarse potencialmente en la solidaridad nacional de clase e impide enormemente la acción internacional.

La cultura burguesa existe en el proletariado primariamente como un molde tradicional del pensamiento. Las masas apegadas a él piensan en términos ideológicos en lugar de en términos reales: el pensamiento burgués ha sido siempre ideológico. Pero esta ideología y esta tradición no están integradas; los reflejos mentales procedentes de las innumerables luchas de clases de siglos anteriores han sobrevivido como sistemas de pensamiento político y religioso que separan al viejo mundo burgués y, por consiguiente, a los proletarios nacidos de él, en grupos, iglesias, sectas, partidos, divididos de acuerdo a sus perspectivas ideológicas. De este modo el pasado burgués sobrevive también en el proletariado como una tradición organizativa que se levanta en el camino de la unidad de clase necesaria para la creación del nuevo mundo; en estas organizaciones arcaicas los obreros constituyen los seguidores y adherentes de una vanguardia burguesa. Es la Intelectualidad la que suplente a los dirigentes en estas luchas ideológicas. La Intelectualidad --sacerdotes, maestros, literatos, periodistas, artistas, políticos-- forma una clase numerosa cuya función es fomentar, desarrollar y propagar la cultura burguesa; la transfiere a las masas y actúa como mediadora entre la hegemonía del capital y los intereses de las masas. La hegemonía del capital está enraizada en la dirección intelectual de las masas por este grupo. Pues, aunque las masas oprimidas se han rebelado a menudo

contra el capital y sus agentes, sólo lo han hecho bajo la dirección de la Intelectualidad; y las firmes solidaridad y disciplina ganadas en esta lucha común demuestran ser consecuentemente el soporte más fuerte del sistema, una vez que estos dirigentes se ponen abiertamente del lado del capitalismo. Así, la ideología cristiana de los declinantes estratos pequeñoburgueses, que habían llegado a ser una fuerza viva como expresión de su lucha contra el moderno Estado capitalista, demostró con frecuencia sus peores consecuencias como un sistema reaccionario que apuntaló el Estado, como con el catolicismo en Alemania después de la Kulturkampf ^[5]. A pesar del valor de su contribución teórica, mucho de lo mismo es cierto sobre el papel que jugó la socialdemocracia en destruir y extinguir las viejas ideologías de la fuerza de trabajo ascendente, cuando la historia exigió que debía hacerlo: hizo a las masas proletarias mentalmente dependientes de dirigentes políticos y de otros a quienes, en tanto que especialistas, las masas dejaron la administración de todos los asuntos importantes, de naturaleza general, que afectaban a la clase, en lugar de tomarlos ellas mismas en sus manos. Las firmes solidaridad y disciplina que desarrollaron en las, a menudo agudas, luchas de clases de mitad de siglo, no enterraron el capitalismo, ya que éste representa el poder de dirección y de organización por encima de las masas; y en agosto de 1914 y noviembre de 1918, éstos poderes hicieron a las masas instrumentos impotentes de la burguesía, del imperialismo y de la reacción. El poder ideológico del pasado burgués sobre el proletariado significa que en muchos de los países de Europa occidental, en Alemania y Holanda, por ejemplo, está dividido en grupos ideológicamente opuestos que obstaculizan el camino de la unidad de la clase. La socialdemocracia buscaba originariamente realizar esta unidad de clase, pero debido en parte a sus tácticas oportunistas, que sustituyeron la política de clase por políticas puramente políticas [--por el puro politiquero político--], fue infructuosa en ello: lo

que hizo fue meramente aumentar el número de grupos con otro más.

En tiempos de crisis, cuando las masas son conducidas a la desesperación y a la acción, la hegemonía de ideología burguesa sobre ellas no puede impedir el decaimiento temporal del poder de su tradición, como en Alemania en noviembre de 1918. Pero luego la ideología se pone de nuevo al frente, y convierte la victoria temporal en derrota. Las fuerzas concretas que, desde nuestro punto de vista, constituyen la hegemonía de las concepciones burguesas, pueden verse en funcionamiento en el caso de Alemania: en la reverencia a consignas abstractas como «democracia»; en el poder de viejos hábitos de pensamiento y puntos programáticos, como la realización del socialismo a través de los jefes parlamentarios y de un gobierno socialista; en la falta de confianza en sí mismo del proletariado, evidenciada por el efecto sobre las masas de la prensa de sucias mentiras publicadas sobre Rusia; en la falta de fe de las masas en su propio poder; pero, por encima de todo, en su confianza en el partido, en la organización y en los dirigentes que durante décadas habían encarnado su lucha, sus objetivos revolucionarios, su idealismo. El tremendo poder mental, moral y material de las organizaciones, esas enormes máquinas creadas con esmero por las masas mismas con años de esfuerzo, que encarnaban la tradición de las formas de lucha pertenecientes a un periodo en el cual el movimiento obrero era una rama del capital en ascenso, aplastaban ahora todas las tendencias revolucionarias que estaban una vez más encendiéndose en las masas.

Este ejemplo no será el único. La contradicción entre el rápido derrumbe económico del capitalismo y la inmadurez del espíritu representada por el poder de la tradición burguesa sobre el proletariado --una contradicción que no ha tenido lugar por accidente, de manera que el proletariado no puede alcanzar la madurez de espíritu requerida para la hegemonía y la libertad

dentro de un capitalismo floreciente-- sólo puede resolverse por el proceso de desarrollo revolucionario, en el que los alzamientos espontáneos y las tomas del poder alternan con los retrocesos. Se vuelve muy improbable que la revolución tome un curso en que el proletariado durante mucho tiempo asalte en vano la fortaleza del capital, usando tanto los viejos como los nuevos medios de lucha, hasta que en el futuro lo conquiste de una vez por todas; las tácticas de un asedio dilatado en el tiempo y cuidadosamente diseñado, propuestas en el esquema de Radek, fracasan así. El problema táctico no es cómo ganar el poder tan rápidamente como sea posible si tal poder será meramente ilusorio --esto solamente es una opción fácil para los comunistas-- , sino cómo se desarrollará en el proletariado la base del poder de clase ultimado. Ninguna «minoría resuelta» puede resolver los problemas que sólo pueden ser resueltos por la acción de la clase como un todo; y si la masa de la población permite que tenga lugar tal toma del poder sobre su cabeza con aparente indiferencia, esta no es, a pesar de todo, una masa genuinamente pasiva, sino que es capaz, en cuanto no haya sido ganada su voluntad para el comunismo, de dar la vuelta a la revolución en cualquier momento como seguidora activa de la reacción. Y una «coalición con la horca en mano» no haría más que enmascarar tal clase de insostenible dictadura de partido ^[6]. Cuando un tremendo alzamiento del proletariado destruye la dominación burguesa en bancarrota, y el Partido Comunista, la vanguardia más esclarecida del proletariado, toma el mando político, tiene sólo una tarea --erradicar las fuentes de la debilidad en el proletariado por todos los medios posibles, y fortalecerlo de modo que esté plenamente a la altura de las luchas revolucionarias que el futuro le tiene en reserva--. Esto significa la elevación de las masas mismas al nivel más alto de actividad, intensificando su iniciativa, incrementando su confianza en sí mismas, para que ellas mismas sean capaces de reconocer las tareas a que son empujadas, pues sólo así éstas últimas pueden

ser llevadas a cabo con éxito. Esto hace necesario romper la dominación de las formas de organización tradicionales y de los viejos dirigentes, y bajo ninguna circunstancia unirse a ellas en un gobierno de coalición; desarrollar las nuevas formas, consolidar el poder material de las masas, solamente por este camino será posible reorganizar tanto la producción como la defensa contra los ataques externos del capitalismo, y ésta es la condición previa para impedir la contrarrevolución.

Tal poder como el que la burguesía posee todavía en este periodo reside en la falta de autonomía e independencia de espíritu del proletariado. El proceso de desarrollo revolucionario consiste en la autoemancipación del proletariado de esta dependencia, de las tradiciones del pasado --y esto sólo es posible a través de su propia experiencia de lucha--. Donde el capitalismo es ya una institución desde hace mucho tiempo, y en consecuencia los obreros han estado ya luchando contra él durante varias generaciones; el proletariado ha tenido en cada periodo que establecer métodos, formas y apoyos para la lucha, correspondientes a la fase contemporánea del desarrollo capitalista, y éstos han cesado pronto de ser vistos como los recursos temporales que son y, en su lugar, se los idolatró como las formas últimas, absolutas, perfectas; de este modo se han convertido, consecuentemente, en trabas al desarrollo, que tenía que interrumpirse. Mientras que la clase se pone al día a través de rupturas constantes y desarrollo rápido, los dirigentes permanecen en una fase particular, como portavoces de una fase particular, y su tremenda influencia puede detener el movimiento; las formas de acción se convierten en dogmas, y las organizaciones son elevadas al status de fines en sí mismos, haciendo con todo ello de lo más difícil la reorientación y readaptación a condiciones de lucha cambiadas. Esto sigue aplicándose; cada fase del desarrollo de la lucha de clase debe superar las tradiciones de las fases anteriores si va a ser capaz de reconocer sus propias tareas con claridad y de llevarlas a cabo

eficazmente --con la excepción de que el desarrollo está procediendo ahora a un paso mucho más rápido--. La revolución se desarrolla así a través del proceso de lucha interna. Es adentro del propio proletariado donde se desarrollan las resistencias que debe superar; y superándolas, el proletariado supera sus propias limitaciones y madura hacia el comunismo.

IV. El parlamentarismo es un obstáculo para la autoactividad del proletariado

La actividad parlamentaria y el movimiento sindical fueron las dos formas principales de lucha en la época de la Segunda Internacional.

Los congresos de la primera Asociación Internacional de Trabajadores pusieron la base de esta táctica, rebatieron concepciones primitivas pertenecientes al período precapitalista y pequeñoburgués y, de acuerdo con la teoría social de Marx, definieron el carácter de la lucha de clase proletaria como una lucha continua del proletariado contra el capitalismo por los medios de subsistencia, una lucha que conduciría a la conquista del poder político. Cuando el período de las revoluciones burguesas y de los levantamientos armados hubo llegado a su fin, esta lucha política sólo podía llevarse adelante dentro del marco de los viejos o recientemente creados Estados nacionales, y la lucha sindical estaba con frecuencia sujeta a restricciones aún más firmes. La Primera Internacional estaba, por consiguiente, predestinada a disolverse; y la lucha por las nuevas tácticas, que

ella misma era incapaz de llevar a la práctica, la hizo estallar; entretanto, la tradición de las viejas concepciones y métodos de lucha permanecía viva entre los anarquistas. Las nuevas tácticas fueron legadas por la Internacional a aquellos que tendrían que ponerlas en práctica, los sindicatos y partidos socialdemócratas que estaban floreciendo por todas partes. Cuando la Segunda Internacional se elevó como una federación holgada de los últimos, todavía tenía, de hecho, que combatir la tradición en la forma del anarquismo; pero el legado de la Primera Internacional ya formaba su base táctica indiscutible. Hoy, todo comunista sabe por qué estos métodos de lucha eran necesarios y productivos en ese momento: cuando la clase obrera se está desarrollando dentro del capitalismo ascendente no es todavía capaz de crear órganos que le permitan controlar y ordenar la sociedad, ni puede aún concebir la necesidad de hacerlo. Debe primero orientarse mentalmente y aprender a entender el capitalismo y a su clase dominante. La vanguardia del proletariado, el partido socialdemócrata, debía revelar la naturaleza del sistema a través de su propaganda y mostrar a las masas cuales son sus objetivos elevando las reivindicaciones de clase. Era, por consiguiente, necesario para sus portavoces entrar en los parlamentos, los centros de la dominación burguesa, con el propósito de elevar sus voces en las tribunas y tomar parte en los conflictos entre los partidos políticos.

Las cosas cambian cuando la lucha del proletariado entra en una fase revolucionaria. No nos concierne aquí la cuestión de por qué el sistema parlamentario es inadecuado como sistema de gobierno para las masas, y por qué debe dejar paso al sistema de soviets, sino la cuestión de la utilización del parlamento como un medio de lucha por el proletariado ^[7]. Como tal, la actividad parlamentaria es el paradigma de luchas en las cuales sólo están involucrados activamente los dirigentes y en las que las masas mismas juegan un papel subordinado. Consiste en diputados individuales que sostienen la batalla principal, lo que está ligado

al despertar entre las masas de la ilusión de que otros pueden realizar su lucha en su lugar. La gente solía creer que los dirigentes podían obtener importantes reformas para los obreros en el parlamento; e incluso surgió la ilusión de que los parlamentarios podrían llevar a cabo la transformación al socialismo mediante los actos del parlamento. Ahora que el parlamentarismo se ha vuelto más modesto en sus demandas, uno oye el argumento de que los diputados en el parlamento podrían hacer una importante contribución a la propaganda comunista [*2]. Pero esto siempre significa que el énfasis principal recae en los dirigentes, y se toma por algo dado el que los especialistas determinarán la política --aun si esto se hace bajo el velo democrático de los debates y resoluciones, a través de congresos--; la historia de la socialdemocracia es una serie de infructuosos intentos de inducir a los miembros mismos a determinar la política. Todo esto es inevitable mientras el proletariado está sosteniendo una lucha parlamentaria, mientras las masas tienen todavía que crear los órganos de su autoactividad, es decir, mientras la revolución tiene todavía que realizarse; y tan pronto como las masas empiezan a intervenir, a actuar y a tomar las decisiones en su propio nombre, las desventajas de la lucha parlamentaria se vuelven abrumadoras.

Como argumentábamos anteriormente, el problema táctico es cómo vamos a erradicar la tradicional mentalidad burguesa que paraliza la fuerza de las masas proletarias; todo lo que proporciona nuevo poder a las concepciones establecidas es nocivo. El elemento más tenaz y obstinado de esta mentalidad es la dependencia de los dirigentes, a quienes las masas dejan determinar las cuestiones generales y manejar sus asuntos de clase. El parlamentarismo tiende inevitablemente a inhibir la actividad autónoma de las masas que es necesaria para la revolución. Pueden hacerse finos discursos en el parlamento exhortando al proletariado a la acción revolucionaria; no

obstante, esta última no se origina por tales palabras, sino por la dura necesidad de que no haya otra alternativa.

La revolución también exige algo más que el ataque masivo que derriba a un gobierno y que, como sabemos, no puede ser convocado por los dirigentes, sino que sólo puede brotar del impulso profundo de las masas. La revolución requiere que sea emprendida la reconstrucción social, tomadas las decisiones difíciles, envuelta la totalidad del proletariado en la acción creativa --y esto sólo es posible si primero la vanguardia, luego un número más y más grande, toman los asuntos en sus propias manos, conocen sus propias responsabilidades, investigan, agitan, luchan, se esfuerzan, reflexionan, evalúan, se dan cuenta de las ocasiones y actúan en ellas--. Pero todo esto es difícil y laborioso; así, en tanto la clase obrera ve una salida más fácil a través de la actuación de otros en su nombre, dirigiendo la agitación desde una alta plataforma, tomando las decisiones, dando las señales para la acción, haciendo leyes --los viejos hábitos de pensamiento y las viejas debilidades le harán dudar y permanecer pasiva--.

Mientras por un lado el parlamentarismo tiene el efecto contrarrevolucionario de fortalecer la dominación de los dirigentes sobre las masas, por el otro tiene una tendencia a corromper a esos mismos dirigentes. Cuando la habilidad política personal tiene que compensar las carencias del poder activo de las masas, se desarrolla la pequeña diplomacia; cualesquiera intentos que el partido pueda haber puesto en marcha, tienen que verificar y adquirir una base legal, una posición de poder parlamentario; y de este modo, finalmente, la relación entre los medios y los fines se invierte; ya no hay ningún parlamento que sirva como medio hacia el comunismo, sino el comunismo el que se pone en pie como consigna anunciadora para la política parlamentaria. En el proceso, sin embargo, el propio partido comunista asume un carácter diferente. En lugar de una

vanguardia que agrupa la clase entera detrás suyo con el propósito de la acción revolucionaria, se convierte en un partido parlamentario con el mismo status legal que los otros, uniéndose a sus disputas; una nueva edición de la vieja socialdemocracia bajo los nuevos esloganes radicales. Siendo así que puede haber un antagonismo no esencial, un conflicto no interno entre la clase obrera revolucionaria y el partido comunista --puesto que el partido encarna una forma de síntesis entre la conciencia de clase proletaria más lúcida y su creciente unidad--, la actividad parlamentaria hace pedazos esta unidad y crea la posibilidad de tal conflicto: en lugar de unificar a la clase, el comunismo se convierte en un nuevo partido con sus propios jefes de partido, un partido que cae en lo que los otros y que perpetúa así la división política de la clase. Todas estas tendencias se atajarán sin duda, una vez más, por el desarrollo de la economía en un sentido revolucionario; pero incluso en los primeros inicios de este proceso sólo pueden dañar al movimiento revolucionario, inhibiendo el desarrollo de una lúcida conciencia de clase; y cuando la situación económica favorece temporalmente la contrarrevolución, esta política allanará el camino para una desviación de la revolución al terreno de la reacción.

Lo grande y verdaderamente comunista de la Revolución rusa es, por encima de todo, el hecho de que ha despertado la autoactividad de las masas, y ha puesto en ignición su energía espiritual y física para construir y sostener una nueva sociedad. Abrir a las masas a esta conciencia de su propio poder es algo que no puede lograrse súbitamente, todo de una vez, sino únicamente en fases; una fase en este camino a la independencia es el rechazo del parlamentarismo. Cuando, en diciembre de 1918, el Partido Comunista de Alemania, recientemente formado, resolvió boicotear la Asamblea Nacional, esta decisión no procedía de una ilusión inmadura en una victoria rápida y fácil, sino de la necesidad del proletariado de emanciparse de su dependencia psicológica de los representantes parlamentarios --

una reacción necesaria contra la tradición de la socialdemocracia - porque el camino a la autoactividad podía ahora verse ubicado en la construcción del sistema de consejos. No obstante, la mitad de los componentes en ese momento, aquellos que se hubieron de permanecer en el KPD, readoptaron el parlamentarismo con el reflujo de la revolución: con qué consecuencias está por verse, pero en parte ya se ha demostrado. También en otros países la opinión está dividida entre los comunistas, y muchos grupos quieren abstenerse de la actividad parlamentaria incluso antes del estallido de la revolución. La disputa internacional sobre el uso del parlamento como método de lucha será, de este modo, claramente uno de los principales problemas tácticos dentro de la Tercera Internacional durante los próximos años.

De cualquier modo, todo el mundo está de acuerdo en que la actividad parlamentaria sólo constituye un aspecto subsidiario de nuestras tácticas. La Segunda Internacional fue capaz de desarrollarse hasta el punto de que había sacado a la luz y puesto al desnudo la esencia de las nuevas tácticas: que el proletariado sólo puede vencer sobre el imperialismo con las armas de acción de masas. La Segunda Internacional misma no era ya capaz de emplearlas; estaba constreñida a derrumbarse cuando la guerra mundial situó la lucha de clase revolucionaria en un plano internacional. El legado de los primeros internacionalistas era la fundación natural de la nueva internacional: la acción de masas del proletariado hasta el punto de la huelga general y la guerra civil constituye la plataforma táctica común de los comunistas. En la actividad parlamentaria el proletariado está dividido en naciones, y no es posible una intervención genuinamente internacional; en la acción de masas contra el capital internacional las divisiones nacionales se desvanecen, y cada movimiento, a cualquiera de los países que se extienda o estea limitado, es parte de una sola lucha mundial.

V. El papel contrarrevolucionario de los sindicatos

Así como la actividad parlamentaria encarna el dominio espiritual de los dirigentes sobre las masas obreras, del mismo modo el movimiento sindical encarna su autoridad material. Bajo el capitalismo, los sindicatos forman las organizaciones naturales para el reagrupamiento del proletariado; y Marx acentuó su importancia como tales desde el principio. En el capitalismo desarrollado, y más aun en la época del imperialismo, los sindicatos se han convertido en enormes confederaciones que manifiestan las mismas tendencias de desarrollo que el Estado burgués en un periodo más temprano. Ha crecido dentro de ellas una clase de funcionarios, una burocracia, que controla todos los recursos de la organización --los fondos, la prensa, la designación de funcionarios; frecuentemente tienen incluso poderes de mayor alcance, así que han cambiado de ser los servidores de la colectividad a hacerse sus amos, y se han identificado con la organización--. Y los sindicatos también se asemejan al Estado y a su burocracia en que, a pesar de las formas democráticas, la voluntad de los miembros es incapaz de prevalecer contra la burocracia; cada revuelta se quiebra en el aparato cuidadosamente construido de regulamientos y estatutos antes de que pueda sacudir la jerarquía. Sólo después de años de tenaz persistencia puede a veces una oposición registrar un éxito limitado, y usualmente esto se reduce a un cambio en el personal. En los últimos años, antes y desde la guerra, esta situación ha dado lugar frecuentemente, por consiguiente, a rebeliones de los miembros en Inglaterra, Alemania y América; han luchado por iniciativa propia, contra la voluntad de la jefatura o las decisiones del propio sindicato. Que esto deba parecer natural y ser tomado como tal es una expresión del hecho de que la organización no

es simplemente un órgano colectivo de los miembros, sino como si fuese algo ajeno a ellos; que los obreros no controlan su unión sindical, sino que ésta permanece por encima de ellos como una fuerza externa contra la cual pueden rebelarse, aunque ellos mismos sean la fuente de su fuerza --una vez más, como el Estado mismo--. Si la revuelta se apaga, el viejo orden se establece de nuevo; sabe como afirmarse a sí mismo a pesar del odio y del amargor impotente de las masas, puesto que él cuenta con la indiferencia de estas masas y con su falta de visión clara y de propósito unitario y persistente, y se sostiene por la necesidad interna de la organización sindical como el único medio de encontrar la fuerza numérica contra el capital.

Fue por medio de combatir al capital, combatiendo sus tendencias al empobrecimiento absoluto, poniendo límites a este último y haciendo posible de este modo la existencia de la clase obrera, como el movimiento sindical cumplió su papel en el capitalismo, y esto le hizo un miembro de la propia sociedad capitalista. Pero, una vez el proletariado deja de ser un miembro de la sociedad capitalista y, con el advenimiento de la revolución, deviene su destructor, el sindicato entra en conflicto con el proletariado.

Se vuelve legalista, un partidario abierto del Estado y reconocido por este último, hace de la «expansión de la economía antes que la revolución» su consigna, o en otras palabras, el mantenimiento del capitalismo. Hoy, en Alemania, millones de proletarios, hasta ahora intimidados por el terrorismo de la clase dominante, están fluyendo a los sindicatos sin mezcla alguna de timidez y militancia incipiente. La semejanza de las confederaciones sindicales, que ahora abarcan casi a la clase obrera entera, con la estructura estatal, está volviéndose aun más íntima. Los funcionarios sindicales colaboran con la burocracia estatal no sólo usando su poder para someter a la clase obrera en nombre del capital, sino también con

el hecho de que su «política» equivale cada vez más a engañar las masas por medios demagógicos y a asegurar su consentimiento de los tratos que los sindicatos han hecho con los capitalistas. Y los métodos empleados incluso varían según las condiciones: por medios ásperos y brutales en Alemania, donde los jefes sindicales han desmovilizado a los obreros con el trabajo a destajo (piece-work: trabajo por piezas) y largas horas de trabajo; por medio de la coerción y la decepción hábil, sutil y refinada en Inglaterra, donde los mandarines sindicales, como el gobierno, dan la apariencia de permitirse ser empujados a regañadientes por los obreros, mientras en realidad están saboteando las reivindicaciones de los últimos.

La insistencia de Marx y de Lenin de que el modo en que el Estado está organizado evita su uso como un instrumento de la revolución proletaria, a pesar de sus formas democráticas, debe también aplicarse por consiguiente a las organizaciones sindicales. Su potencial contrarrevolucionario no puede destruirse o disminuir por un cambio de personal, por la substitución de los dirigentes reaccionarios por dirigentes radicales o «revolucionarios». Es la forma de organización la que vuelve a las masas casi impotentes y les impide hacer del sindicato un órgano de su voluntad. La revolución sólo puede tener éxito destruyendo esta organización, es decir, revolucionando tan completamente su estructura organizativa que se vuelva algo completamente diferente. El sistema de soviets, construido desde el interior, no sólo es capaz de desenraizar y abolir la burocracia estatal, sino igualmente la burocracia sindical; no sólo formará los nuevos órganos políticos para reemplazar el parlamento, sino también la base de los nuevos sindicatos. La idea de que una forma organizativa particular es revolucionaria ha sido ironizada despreciativamente en las disputas de partido en Alemania, sobre el fundamento de que lo que cuenta es la mentalidad revolucionaria de los miembros. Pero si el elemento más importante de la revolución

consiste en que las masas toman sus propios asuntos --la dirección de sociedad y de la producción-- en sus propias manos, entonces cualquier forma de organización que no permita el control y la dirección por las masas mismas es contrarrevolucionaria y dañina, y debe por tanto ser reemplazada por otra forma que sea revolucionaria en cuanto que capacite a los obreros mismos para determinar todo activamente. Esto no quiere decir que esta forma haya de ser estructurada dentro de una fuerza de trabajo todavía pasiva, atendiendo al sentimiento revolucionario de los obreros para actuar dentro de ella en el futuro: esta nueva forma de organización sólo puede ser estructurada en el proceso de la revolución, mediante la intervención revolucionaria realizada por los obreros. Pero el reconocimiento del papel jugado por la forma actual de organización determina la actitud que los comunistas tienen que tomar con respecto a los esfuerzos que se están haciendo ya para debilitar o reventar esta forma.

Los esfuerzos por mantener el aparato burocrático tan pequeño como sea posible y por volver la vista a la efectividad de la actividad de las masas han sido particularmente marcados en el movimiento sindicalista, e incluso más aún en el movimiento de las uniones «industriales». Esta es la razón de que tantos comunistas se hayan pronunciado por el apoyo a estas organizaciones contra las confederaciones centrales. Sin embargo, mientras tanto el capitalismo permanezca intacto, estas nuevas formaciones no pueden asumir ningún papel comprensivo --la importancia del IWW americano deriva de circunstancias particulares, a saber, la existencia de un numeroso e inexperto proletariado, en gran medida de extracción ajena a las viejas confederaciones. El movimiento de comités de fábrica y el movimiento de los delegados de fábrica en Inglaterra están mucho más próximos al sistema de soviets, en tanto que son órganos de masas formados en oposición a la burocracia en el curso de la lucha. Las «uniones» en Alemania están aun más

deliberadamente modeladas según la idea del soviets, pero el estancamiento de la revolución las ha dejado débiles. Cada nueva formación de este tipo, que debilita las confederaciones centrales y su cohesión interna, remueve un impedimento a la revolución y debilita el potencial contrarrevolucionario de la burocracia sindical. La noción de mantener juntas todas las fuerzas opositivas y revolucionarias dentro de las confederaciones con objeto de que se se apropien finalmente de esas organizaciones como una mayoría y las revolucionen es ciertamente tentadora. Pero, en primer lugar, es una esperanza vana, tan fantástica como la referida noción de tomar el partido socialdemócrata, porque la burocracia ya sabe cómo tratar con una oposición antes de que llegue a ser demasiado peligrosa. Y en segundo lugar, la revolución no procede según un programa uniforme, sino que las explosiones elementales por parte de grupos apasionadamente activos siempre juega un papel particular dentro de ella como una fuerza que la conduce hacia delante. Si los comunistas fuesen a defender las confederaciones centrales contra tales iniciativas, fuera de consideraciones oportunistas de ganancia temporal, reforzarían las inhibiciones que más tarde serán su obstáculo más formidable.

La formación de los soviets, de sus propios órganos de poder y de acción, por los obreros, en sí misma significa la desintegración y disolución del Estado. Como forma de organización mucho más reciente, y creada por el propio proletariado, el sindicato sobrevivirá durante mucho tiempo, porque tiene sus raíces en una tradición mucho más viva de experiencia personal, y una vez se haya zafado de las ilusiones en el Estado democrático, exigirá en consecuencia un lugar en el mundo conceptual del proletariado. Pero dado que los sindicatos han emergido del propio proletariado, como productos de su propia actividad creativa, es en este campo donde veremos las más nuevas formaciones como continuos intentos de adaptarse a las nuevas condiciones; siguiendo el proceso de la revolución,

se construirán nuevas formas de lucha y de organización sobre el modelo de los soviets, en un proceso de constante transformación y desarrollo.

VI. Las tareas del proletariado de Europa occidental

La concepción de que la revolución en Europa occidental tomará la forma de un asedio ordenado a la fortaleza del capital, que el proletariado --organizado por el Partido Comunista en un ejército disciplinado, y usando armas probadas en el tiempo-- la asaltará repetidamente hasta que el enemigo se rinda, es una perspectiva neo-reformista que ciertamente no corresponde a las condiciones de lucha en los viejos países capitalistas. Aquí y allí pueden ocurrir revoluciones y conquistas del poder que rápidamente se conviertan en derrota; la burguesía podrá reafirmar su dominación, pero esto resultará en un desorden aun mayor de la economía; las formas de transición que puedan surgir, debido a su inadecuación, sólo prolongarán el caos. Deben cumplirse ciertas condiciones en cualquier sociedad para que el proceso social de producción y de existencia colectiva sea posible, y estas relaciones adquieren la persistencia firme de hábitos espontáneos y normas morales --el sentido del deber, la diligencia, la disciplina--: en primera instancia, el proceso de la revolución consiste en liberarse de estas viejas relaciones. Su decadencia es un derivado necesario de la disolución del capitalismo, mientras los nuevos vínculos que corresponden a la reorganización comunista del trabajo y de la sociedad, cuyo desarrollo hemos atestiguado en Rusia, tienen todavía que volverse lo suficientemente fuertes. Así, un periodo de transición de caos social y político se vuelve inevitable. Donde el

proletariado es capaz de tomar el poder rápidamente y conservar un firme dominio sobre él, como en Rusia, el periodo de transición puede ser corto, y puede ser llevado rápidamente a su fin mediante la construcción positiva. Pero, en Europa occidental, el proceso de destrucción se alargará mucho más. En Alemania vemos la escisión de la clase obrera en grupos en los que este proceso ha alcanzado fases diferentes, y que, por tanto, no pueden todavía alcanzar la unidad en la acción. Los síntomas de movimientos revolucionarios recientes indican que la nación entera, y de hecho, Europa Central en conjunto, está en disolución, que las masas populares se fragmentan en estratos y regiones separados, con cada cual actuando por su cuenta: en una parte las masas se traen entre manos armarse y ganar más o menos poder político; en otra parte paralizan el poder de la burguesía en movimientos huelguísticos; en tercer lugar, se excluyen a sí mismas como si fuesen una república campesina, y en alguna otra parte apoyan a los guardias blancos, o quizás apartan a un lado los remanentes del feudalismo a través de primitivas revueltas agrarias --la destrucción debe obviamente ser cabal antes de que podamos empezar a pensar en la construcción real del comunismo--. No puede ser tarea del Partido Comunista actuar como maestro de escuela en este levantamiento y realizar esfuerzos en vano para atarlo con la camisa de fuerza de las formas tradicionales; su tarea es apoyar las fuerzas del movimiento proletario en todas partes, interconectar las acciones espontáneas, proporcionarles una idea amplia de cómo están relacionadas unas con otras, y con esto prepara la unificación de las acciones dispares y se pone de este modo a la cabeza del movimiento en su conjunto.

La primera fase de la disolución del capitalismo será vista en los países de la Entente, donde su hegemonía sigue todavía imbatida, como un declive irresistible en la producción y en el valor de sus monedas, un aumento en la frecuencia de las huelgas y una fuerte aversión al trabajo entre el proletariado. La segunda

fase, el periodo de la contrarrevolución, es decir, la hegemonía política de la burguesía en la época de la revolución, significa el derrumbe económico completo; podemos estudiar esto mejor en Alemania y en el resto de Europa Central. Si un sistema comunista hubiese surgido inmediatamente después de la revolución política, la reconstrucción organizada podría haber empezado a pesar de los tratados de paz de Versalles y Saint Germain, a pesar de la pobreza y del agotamiento. Pero el régimen de Ebert-Noske no pensó en la reconstrucción organizada más de lo que lo hicieron Renner y Bauer ^[8]; dieron a la burguesía manos libres y consideraron como su deber solamente la supresión del proletariado. La burguesía, o más bien cada burgués individual, actuó de una manera característicamente burguesa; cada uno de ellos sólo pensó en obtener tantos beneficios como fuese posible y en rescatar para su uso personal cualquier cosa que pudiese salvarse del cataclismo. Es cierto que se hablaba en los periódicos y en los manifiestos de la necesidad de reconstruir la vida económica mediante el esfuerzo organizado, pero esto era simplemente para consumo de los obreros, frases finas para ocultar el hecho de que, a pesar de su agotamiento, estaban rigurosamente compelidos a trabajar en las condiciones más intensivas posibles. En realidad, por supuesto, ni un solo burgués se preocupó una pizca por el interés general nacional, sino sólo por su ganancia personal. Al principio, el comercio se convirtió en el medio principal del enriquecimiento privado, como solía ser en los viejos tiempos; la depreciación del dinero proporcionó la oportunidad de exportar todo lo que se necesitase para la expansión económica o incluso para la mera supervivencia de las masas --las materias primas, la comida, los productos elaborados, los medios de producción, y después de eso, las fábricas mismas y la propiedad--. La extorsión reinó por todas partes entre los estratos burgueses, apoyada por la corrupción desenfrenada por parte de la burocracia oficial. Y de la misma manera todas sus

posesiones anteriores, y todo lo que no iba a ser entregado como indemnizaciones de guerra, fue despachado en el extranjero por los «dirigentes de la producción». Lo mismo que en el dominio de la producción, la prosecución del beneficio privado intervino para arruinar la vida económica por su indiferencia total hacia el bienestar común. Para forzar a los proletarios al trabajo a destajo y al aumento del horario de trabajo, o para librarse de los elementos rebeldes de entre ellos, cerraron las puertas (lock-out) y pararon las fábricas, sin tener en cuenta el estancamiento que como consecuencia causaban a lo largo de la industria restante. Aún encima, vino la incompetencia de la administración burocrática en las empresas estatales, que degeneraba en la vacilación absoluta cuando se echaba de menos la mano poderosa del gobierno. La restricción de la producción, el método más primitivo de elevar los precios, y que la competición daría por imposible en una economía capitalista saludable, se volvió respetable una vez más. En los registros del mercado de acciones el capitalismo parece estar floreciendo de nuevo, pero los altos dividendos están consumiendo la última propiedad que quedaba y están siendo ellos mismos desperdiciados poco a poco en los lujos. Lo que hemos atestiguado en Alemania durante el último año no es algo excepcional, sino el funcionamiento del carácter de clase general de la burguesía. Su único objetivo es, y siempre ha sido, el beneficio personal, que en el capitalismo normal sostiene la producción, pero que acarrea la destrucción total de la economía cuando el capitalismo degenera. Y las cosas seguirán el mismo curso en otros países; una vez la producción se haya dislocado más allá de cierto punto, y el dinero se haya depreciado agudamente, entonces se producirá el derrumbe completo de la economía si se le da vía libre a la prosecución del beneficio privado por la burguesía --y a esto es a lo que equivale la hegemonía política de la burguesía, cualquiera que sea el partido no comunista que se pueda esconder detrás--.

Las dificultades de la reconstrucción que enfrenta el proletariado de Europa occidental en estas circunstancias son de lejos mayores que lo que lo fueron en Rusia --la ulterior destrucción de fuerzas productivas industriales por Kolchak y Denikin es, en comparación, una pálida sombra--. La reconstrucción no puede esperar por un nuevo orden político para ser puesta en marcha, debe ser iniciada en el mismísimo proceso de la revolución, mediante la apropiación por el proletariado de la organización de la producción y la abolición del mando de la burguesía sobre los materiales esenciales para la vida, dondequiera que el proletariado gane el poder. Los consejos de fábrica pueden servir para supervisar el uso de los bienes en las fábricas; pero está claro que esto no puede prevenir todo el chantaje antisocial de la burguesía. Para realizar esto es necesaria la utilización más resuelta del poder político armado. Donde los usureros y explotadores derrochan temerariamente la riqueza nacional sin atender al bien común, donde la reacción armada asesina y destruye ciegamente, el proletariado debe intervenir y luchar sin medias tintas para proteger el bien común y la vida de la población.

Las dificultades de la reorganización de una sociedad que ha sido completamente destruida son tan grandes que parecen insuperables antes de que suceda, y esto hace imposible disponer por adelantado de un programa para la reconstrucción. Pero deben ser superadas, y el proletariado las superará mediante el infinito autosacrificio y compromiso, el poder ilimitado del alma y del espíritu, y las tremendas energías psicológicas y morales que la revolución es capaz de despertar en su debilitado y torturado armazón.

Llegados a este punto, unos cuantos problemas pueden mencionarse de pasada. La cuestión de los cuadros técnicos en la industria sólo dará lugar a dificultades temporales: aunque su pensamiento es burgués de cabo a rabo, y son profundamente

hostiles a la dominación proletaria, se conformarán al final a pesar de todo. Lograr poner en movimiento el comercio y la industria será por encima de todo una cuestión del abastecimiento de materias primas; y esta cuestión coincide con la de los productos de alimentación. La cuestión del abastecimiento de alimentos es central para la revolución en Europa occidental, dado que la población altamente industrializada no puede manejarse incluso bajo el capitalismo sin importaciones del extranjero. Para la revolución, no obstante, la cuestión del suministro de alimentos está íntimamente ligada al conjunto de la cuestión agraria, y los principios de regulación comunista de la agricultura deben influir en la toma de medidas para tratar con el hambre incluso durante la revolución. Las fincas de los hacendados (*Junker*) y la propiedad a gran escala de la tierra están listas para la expropiación y la explotación colectiva; los pequeños granjeros estarán libres de toda la opresión capitalista y serán alentados a adoptar métodos de cultivo intensivo a través del apoyo y las ayudas de toda clase del Estado y de los acuerdos cooperativos; los granjeros medios -- que poseen a medias la tierra en el oeste y suroeste de Alemania, por ejemplo-- tienen una mentalidad fuertemente individualista y por tanto anticomunista, pero su posición económica es todavía inexpugnable: no pueden por lo tanto ser expropiados, y tendrán que ser integrados dentro de la esfera del proceso económico como un todo a través del intercambio de productos y del desarrollo de la productividad, puesto que sólo con el comunismo puede desarrollarse la máxima productividad de la agricultura y ser trascendida la empresa individual introducida por el capitalismo. Se sigue que los obreros verán en los propietarios de tierras una clase hostil, y aliados de la revolución en los obreros rurales y los pequeños granjeros, aún cuando no tengan motivos para hacerse enemigos del estrato de granjeros medios, incluso aunque éste último pueda ser de una disposición hostil hacia ellos. Esto significa que durante el primer periodo de

caos precedente al establecimiento de un sistema de intercambio de productos, las requisas sólo deben llevarse a cabo como una medida de emergencia entre estos estratos, como una operación equilibrante absolutamente ineludible entre la carestía, en los pueblos y en el país. La lucha contra el hambre tendrá que ser abordada principalmente mediante las importaciones del extranjero. La Rusia soviética, con sus ricas existencias de comestibles y materias primas, salvará y proveerá de este modo a la revolución en Europa occidental. La clase obrera de Europa occidental tiene así el mayor y más personal interés en la defensa y el apoyo a la Rusia soviética.

La reconstrucción de la economía, que será desmesuradamente difícil, no es el principal problema para el Partido Comunista. Cuando las masas proletarias desarrollen su potencial intelectual y moral hasta su plenitud, lo resolverán por sí mismas. El primer deber del Partido Comunista es elevar y fomentar este potencial. Debe erradicar todas las ideas establecidas que dejan al proletariado tímido e inseguro de sí mismo, posicionarse contra todo lo que engendra ilusiones entre los obreros sobre cursos más fáciles y los refrena de medidas más radicales; oponerse enérgicamente a todas las tendencias que lo paran en seco ante medias medidas o compromisos. Y hay todavía muchas de tales tendencias.

VII. Las últimas barreras del capital: los gobiernos socialistas o los sindicatos

La transición del capitalismo al comunismo no procederá de acuerdo con un esquema simple de conquista del poder político, introducción del sistema de consejos y luego abolición del comercio privado, aun cuando esto represente el amplio contorno de su desarrollo. Eso sólo sería posible si uno pudiera emprender la reconstrucción en una especie de vacío. Pero fuera del capitalismo se han desarrollado formas de producción y de organización que tienen firmes raíces en la conciencia de las masas, y que sólo pueden ser derrocadas en un proceso de revolución política y económica. Ya hemos mencionado las formas agrarias de producción, que tendrán que seguir un curso particular de desarrollo. Han brotado en la clase obrera bajo el capitalismo formas de organización, diferentes en sus particularidades de un país a otro, que representan una fuerza poderosa que no puede ser inmediatamente abolida, y que jugará así un papel importante en el curso de la revolución.

Esto se aplica en primera instancia a los partidos políticos. El papel de la socialdemocracia en la crisis presente del capitalismo se conoce suficientemente bien, pero en Europa Central ha agotado prácticamente su energía. Incluso sus secciones más radicales, como el USP en Alemania, ejercen una influencia nociva, no sólo dividiendo al proletariado sino, sobre todo, confundiendo a las masas y retrayéndolas de la acción con sus nociones socialdemócratas de dirigentes políticos que dirigen el destino del pueblo a través de sus actos y relaciones. Y si el Partido Comunista se constituye en partido parlamentario que, en lugar de intentar afirmar la dictadura de la clase, intenta establecer la del partido --es decir, la de la jefatura del partido-- entonces también puede convertirse en un estorbo para el desarrollo. La actitud del Partido Comunista de Alemania durante el movimiento revolucionario de marzo, cuando anunció que el proletariado no estaba todavía maduro para la dictadura y que se encontraría, por consiguiente, con un «gobierno genuinamente socialista» que podría formarse como una

«oposición leal», refrena en otros términos al proletariado de empeñarse en la lucha revolucionaria más feroz contra tal gobierno, y fue ella misma criticada desde muchos sectores¹

Un gobierno de los jefes del partido socialista puede surgir en el curso de la revolución como una forma de transición; esto estará expresando un equilibrio temporal entre las fuerzas revolucionarias y las burguesas, y tenderá a congelar y perpetuar el equilibrio temporal entre la destrucción de lo viejo y el desarrollo de lo nuevo. Sería algo así como una versión más radical del régimen de Ebert-Haase-Dittmann; y su base muestra lo que puede esperarse de él: un equilibrio aparente entre las clases hostiles, pero bajo la preponderancia de la burguesía, una mezcla de democracia parlamentaria y un tipo de sistema de consejos para los obreros, la socialización sujeta al veto del imperialismo de los poderes de la Entente con el mantenimiento de los beneficios del capital, intentos fútiles para prevenir el choque violento de las clases. Son siempre los obreros los que reciben los golpes en tales circunstancias. Un régimen de esta clase no sólo no puede lograr nada en lo que se refiere a la reconstrucción, incluso tampoco lo intenta, dado que su único objetivo es detener la revolución en el medio curso. Puesto que intenta, a la vez, impedir la desintegración ulterior del capitalismo y también el desarrollo pleno del poder político del proletariado, sus efectos son directamente contrarrevolucionarios. Los comunistas no tienen otra elección que luchar contra tales regímenes de la manera más intransigente.

Así como en Alemania el Partido Socialdemócrata era anteriormente la organización dirigente del proletariado, así en Inglaterra lo era el movimiento sindicalista que, en el curso de casi un siglo de historia, ha sofocado las raíces más profundas de la clase obrera. Ha sido durante mucho tiempo el ideal para la clase obrera, por parte de los dirigentes sindicalistas más jóvenes --Robert Smillie es un ejemplo típico--, gobernar la sociedad por

medio de la organización sindical. Incluso los sindicalistas revolucionarios y los portavoces del IWW en América, aunque afiliados a la Tercera Internacional, imaginan la dominación futura del proletariado principalmente siguiendo estas líneas. Los sindicalistas radicales no ven el sistema de soviets como la forma más pura de la dictadura proletaria, sino como un régimen de políticos e intelectuales construido sobre la base de las organizaciones de la clase obrera. Por otro lado, ven el movimiento sindical como la organización natural del proletariado, creada por el proletariado, que se autogobierna dentro de ella y que persistirá para gobernar la totalidad del proceso de trabajo. Una vez que el viejo ideal de la «democracia industrial» ha sido realizado, y que el sindicato es el amo en la fábrica, su órgano colectivo, el congreso del sindicato, asumirá la función de dirigir y administrar la economía como un todo. Será entonces el auténtico «parlamento del trabajo» y reemplazará al viejo parlamento burgués de partidos. No obstante, estos círculos huyen a menudo de una dictadura de clase unilateral e injusta en tanto infracción de la democracia; el trabajo ha de dominar, pero los otros no han de estar sin derechos. Por consiguiente, además del parlamento del trabajo, que gobierna el trabajo, la base de la vida, una segunda institución podría elegirse por sufragio universal para representar a toda la nación y ejercer su influencia en las materias públicas y culturales, y en las cuestiones de interés político general.

Esta concepción del gobierno por los sindicatos no debe confundirse con el «laborismo», la política del «Partido Laborista», que es actualmente dirigida por los sindicalistas. Estos últimos se posicionan por la penetración del actual parlamento burgués por parte de los sindicatos, que construirán un «partido obrero» sobre el mismo fundamento que los otros partidos, con objeto de convertirse en el partido de gobierno en su lugar. Este partido es completamente burgués, y hay poco para escoger entre Henderson y Ebert. Proporcionará a la

burguesía inglesa la oportunidad de continuar sus viejas políticas sobre una base más amplia tan pronto como la amenaza de la presión desde abajo lo haga necesario, y por eso debilita y confunde a los obreros llevando a sus dirigentes al gobierno. Un gobierno del partido obrero, algo que parecía inminente hace un año cuando las masas estaban con un ánimo tan revolucionario, pero que los dirigentes mismos han pospuesto para el futuro distante conteniendo a la corriente radical, no habría sido, como el régimen de Ebert en Alemania, otra cosa que un gobierno en nombre de la burguesía. Aún está por ver si la astuta y perspicaz burguesía inglesa no confía en sí misma para anular y suprimir a las masas más eficazmente que estos burócratas de la clase obrera.

Un genuino gobierno del sindicato, como es concebido por los radicales, es tan distinto de la política de este partido obrero, de este «laborismo», como la revolución lo es de la reforma. Sólo una revolución real en las relaciones políticas --violenta o de acuerdo con los viejos modelos ingleses-- podría producirlo; y a los ojos de las amplias masas, representaría la conquista del poder por el proletariado. Pero, no obstante, es algo totalmente distinto de la finalidad del comunismo. Se basa en la ideología limitada que se desarrolla en las luchas sindicales, donde uno no se confronta con el capital mundial en conjunto con todas sus formas entrelazadas --el capital financiero, el capital bancario, el capital agrícola, el capital colonial--, sino únicamente en su forma industrial. Se basa en la economía marxista, que ahora está estudiándose ávidamente entre la clase obrera inglesa, y la cual muestra que la producción es un mecanismo de explotación, pero sin la teoría social marxista más profunda, el materialismo histórico. Reconoce que el trabajo constituye la base del mundo y quiere así que el trabajo gobierne el mundo; pero no ve que todas las esferas abstractas de la vida política e intelectual están determinadas por el modo de producción, y se dispone por tanto a dejarlas a la Intelectualidad burguesa, con tal de que la última

reconozca la primacía del trabajo. Tal régimen obrero sería en realidad un gobierno de la burocracia sindical complementado con la sección radical de la vieja burocracia estatal, que dejaría a cargo de los especialistas los ámbitos de la cultura, la política y demás, sobre el fundamento de su competencia especial en estas materias. Es obvio que su programa económico no coincidirá con la expropiación comunista, sino que como más llegará solamente a la expropiación del gran capital, mientras los beneficios «honestos» de los empresarios menores, hasta ahora esquilados y subordinados por el gran capital, serán repuestos. Es incluso dudoso que asuman la perspectiva de la libertad completa para la India, un elemento integrante del programa comunista en la cuestión colonial, y nervio vital de la clase dominante de Inglaterra.

No puede predecirse de qué manera, hasta qué grado y con qué pureza una forma política de este tipo será realizada. La burguesía inglesa siempre ha entendido el arte de usar las concesiones a buen tiempo para contener al movimiento hacia objetivos revolucionarios; por cuanto tiempo sea capaz de continuar esta táctica en el futuro dependerá en primer lugar de la profundidad de la crisis económica. Si la disciplina sindical es erosionada desde abajo por incontrollables revueltas industriales y el comunismo toma arraigo en las masas, entonces los sindicalistas reformistas y radicales estarán de acuerdo en una línea común; si la lucha se agudiza contra la vieja política reformista de los dirigentes, los sindicalistas radicales y los comunistas irán de la mano.

Estas tendencias no se limitan a Inglaterra. Los sindicatos son las organizaciones obreras más poderosas en cualquier país; tan pronto como un choque político vuelca el viejo poder estatal, caerá inevitablemente en manos de los mejor organizados y que tengan mayor fuerza de influencia a su disposición. En Alemania, en noviembre de 1918, los ejecutivos del sindicato formaron la

guardia contrarrevolucionaria tras Ebert; y en la reciente crisis de marzo, entraron en la arena política en un intento de ganar influencia directa en la composición del gobierno. El único propósito de este apoyo al régimen de Ebert era engañar al proletariado de la forma más sutil con el fraude de un «gobierno bajo el control de las organizaciones obreras». Pero esto muestra que la misma tendencia existe tanto aquí como en Inglaterra. Y aún si los Legiens y los Bauers ^[10] están empezoñados por la contrarrevolución, los nuevos sindicalistas radicales de la tendencia del USP tomarán su lugar justo como el año pasado los Independientes bajo Dissmann ganaron la dirección de la gran federación de los obreros metalúrgicos. Si un movimiento revolucionario derroca el régimen de Ebert, esta fuerza cohesionadamente organizada de siete millones estará, indudablemente, lista para tomar el poder, en conjunción con el PC o en oposición a él.

Un «gobierno de la clase obrera» según estas líneas y mediante los sindicatos no puede ser estable; aunque pueda ser capaz de sostenerse a sí mismo por mucho tiempo durante un lento proceso de declive económico, en una crisis revolucionaria aguda sólo será capaz de sobrevivir como un vacilante fenómeno de transición. Su programa, tal como hemos perfilado anteriormente, no puede ser radical. Pero una corriente que apruebe tales medidas, no como una forma de transición temporal, como hace el comunismo, para ser a lo sumo utilizada deliberadamente con el propósito de construir una organización comunista, sino como un programa definitivo, debe necesariamente entrar en conflicto con y en antagonismo hacia las masas. Primeramente, porque no vuelve a los elementos burgueses completamente impotentes, sino que les concede una cierta posición de poder en la burocracia y quizás en el parlamento, desde los cuales pueden continuar haciendo la lucha de clase. La burguesía hará lo posible para consolidar estas posiciones de fuerza, mientras que el proletariado, a causa de que

no puede aniquilar a la clase hostil bajo estas condiciones, debe intentar establecer un sistema de auténticos soviets como el órgano de su dictadura; en esta batalla entre dos poderosos oponentes, la reconstrucción económica será imposible ^[*4]. Y segundamente, porque un gobierno de dirigentes sindicales de esta clase no puede resolver los problemas que la sociedad se plantea; pues éstos últimos sólo pueden resolverse a través de la propia iniciativa y actividad de las masas proletarias, impulsada por el autosacrificio y el entusiasmo ilimitado que sólo el comunismo, con todas sus perspectivas de libertad total y suprema elevación intelectual y moral, puede proporcionar. Una corriente que busca abolir la pobreza material y la explotación, pero que deliberadamente se confina a esta meta, que deja la superestructura burguesa intacta y al mismo tiempo se retrae de revolucionar la perspectiva mental y la ideología del proletariado, no puede liberar estas grandes energías en las masas; y de este modo será incapaz de resolver los problemas materiales del inicio de la expansión económica y de la finalización del caos.

El régimen sindicalista intentará consolidar y estabilizar el nivel imperante del proceso revolucionario, justo como el régimen «genuinamente socialista» --excepto que lo hará de este modo en una fase mucho más desarrollada, cuando la primacía de la burguesía ha sido destruida y un cierto equilibrio del poder de las clases ha surgido con el proletariado predominante; cuando el beneficio completo del capital ya no puede salvarse, sino sólo su repelente forma pequeño-capitalista; cuando ya no es la expansión burguesa sino la expansión socialista la que está intentándose, aunque con recursos insuficientes--. Esto constituye así la última posición de la clase burguesa: cuando la burguesía ya no puede resistir el ataque de las masas en la línea de los Scheidemann-Henderson-Renaudel, se retira a sus últimas líneas de defensa, la línea de los Smillie-Dissman-Merrheim ^[11]. Cuando no es capaz de engañar al proletariado por más tiempo, teniendo «trabajadores» en un régimen burgués o socialista,

únicamente puede intentar mantener al proletariado alejado de sus últimas metas radicales mediante un «gobierno de las organizaciones obreras» y así retener en parte su posición privilegiada. Tal gobierno es contrarrevolucionario en su naturaleza, en cuanto busca frenar el necesario desarrollo de la revolución hacia la destrucción total del mundo burgués e impedir al comunismo total conseguir sus mayores y más claros objetivos. La lucha de los comunistas puede, en la actualidad, correr paralela a menudo con la de los sindicalistas radicales; pero sería una táctica peligrosa no identificar claramente las diferencias de principios y objetivos cuando esto ocurre. Y estas consideraciones también se sostienen sobre la actitud de los comunistas hacia las confederaciones sindicales de hoy; todo lo que consolida su unidad y su fuerza consolida la fuerza que un día se situará en el camino de la marcha hacia delante de la revolución.

Cuando el comunismo conduce una lucha fuerte y de principios contra esta forma política transicional, representa las tendencias revolucionarias vivas en el proletariado. La misma acción revolucionaria del proletariado que prepara el camino para la dominación de una burocracia obrera, aplastando el aparato del poder burgués, empuja simultáneamente a las masas a formar sus propios órganos, los consejos, que inmediatamente minan la base de la maquinaria burocrática de los sindicatos. El desarrollo del sistema de soviets es, al mismo tiempo, la lucha del proletariado para reemplazar la forma incompleta de su dictadura por la dictadura completa. Pero con el intenso trabajo que requieren todos los interminables esfuerzos para «reorganizar» la economía, una burocracia dirigente podrá retener gran poder durante mucho tiempo, y la capacidad de las masas de librarse de ella sólo se desarrollará despacio. Es más, estas formas y fases varias del proceso de desarrollo no se siguen en la sucesión lógica, abstracta, en la cual las hemos situado como grados de maduración: ocurrirán todas al mismo tiempo, se enmarañarán y

coexistirán en un caos de tendencias que se complementan, combaten y disuelven las unas a las otras, y es a través de esta lucha cómo procede el desarrollo general de la revolución. Como el propio Marx expuso:

«Las revoluciones proletarias se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en el curso de su propio desarrollo, regresan a lo aparentemente completado para volver a empezarlo de nuevo, tratan las insuficiencias de sus propios primeros intentos con un desdén cruelmente radical, parecen sólo derribar a sus adversarios para permitirles sacar de la tierra nuevas fuerzas y elevarse de nuevo para enfrentarse a ellas aún más gigantescos.»

Las resistencias que parten del proletariado mismo como expresiones de debilidad deben ser superadas para que desarrolle toda su fuerza; y este proceso de desarrollo se genera por el conflicto, procede de crisis a crisis, empujado por la lucha. En el principio era la acción, pero era sólo el principio. Se requiere un instante de propósito unitario para derrocar una clase dominante, pero sólo la unidad duradera otorgada por la visión clara puede reservarnos un asimiento firme [del poder] en la victoria. Por otra parte, en eso tiene el reverso, de que no es un retorno a los viejos dominadores, sino una nueva hegemonía bajo una nueva forma, con nuevo personal y nuevas ilusiones. Cada nueva fase de la revolución trae una nueva capa de dirigentes hasta ahora no utilizados a la superficie, como representantes de formas particulares de organización, y el derrocamiento de cada uno de éstos representa a su vez una fase superior en la autoemancipación del proletariado. La fuerza del proletariado no es meramente el poder bruto del acto violento singular que derriba al enemigo, sino también la fortaleza de la mente que rompe la vieja dependencia espiritual y, de este modo, tiene éxito al mantener una sujeción firme sobre lo que ha sido sobrecogido por la tempestad. El crecimiento de esta fuerza en

el flujo y reflujo de la revolución es el crecimiento de la libertad proletaria.

VIII. El ejemplo de la Rusia Soviética

En Europa occidental, el capitalismo está en un estado de derrumbe progresivo; aún en Rusia, a pesar de las terribles dificultades, la producción está siendo levantada bajo un nuevo orden. La hegemonía del comunismo no significa que la producción esté basada completamente en un orden comunista --esto último sólo es posible después de un proceso relativamente largo de desarrollo-- sino que la clase obrera está desarrollando conscientemente el sistema de producción hacia el comunismo. Este desarrollo no puede en ningún aspecto ir más allá de lo que permiten los fundamentos técnicos y sociales que prevalecen, y por consiguiente, manifiesta inevitablemente formas de transición en las que aparecen vestigios del viejo mundo burgués. De acuerdo con ello, hemos oído hablar de la situación en Rusia aquí en Europa occidental, y tales vestigios existen de hecho allí.

Rusia es una enorme tierra campesina; la industria no se ha desarrollado allí hasta la magnitud antinatural de un «taller» del mundo como lo ha hecho en Europa occidental, haciendo de exportar y expandirse una cuestión de vida o muerte, sino simplemente lo suficiente para la formación de una clase obrera capaz de asumir el gobierno de la sociedad como una clase desarrollada. La agricultura es la ocupación de las masas populares, y las granjas modernas, a gran escala, están en minoría, aunque jueguen un valioso papel en el desarrollo del comunismo. Son las unidades pequeñas las que constituyen la mayoría: no las

miserables y explotadas pequeñas propiedades de Europa occidental, sino granjas que aseguran el bienestar de los campesinos y que el régimen soviético busca integrar cada vez más estrechamente en el conjunto del sistema por medio de la ayuda material en forma de equipamiento y herramientas extra, y mediante la educación intensiva cultural y especializada. No obstante, es natural que esta forma de empresa genere un cierto espíritu de individualismo extraño al comunismo que, entre los 'campesinos ricos', se ha convertido en una estructura mental hostil y resueltamente anticomunista. La Entente ha especulado sin duda sobre esto en sus propuestas para comerciar con las cooperativas, con la intención de iniciar un contramovimiento burgués atrayendo a estos estratos a la prosecución burguesa del beneficio. Pero a causa del miedo a la reacción feudal, que los liga al régimen presente como su mayor interés, tales esfuerzos deben venirse abajo, y cuando el imperialismo europeo occidental se derrumbe este peligro desaparecerá completamente.

La industria es predominantemente un sistema de producción organizado de modo centralizado y libre de explotación; es el corazón del nuevo orden, y la dirección del Estado está basada en el proletariado industrial. Pero incluso este sistema de producción está en una fase de transición; los cuadros técnicos y administrativos en las fábricas y en el aparato estatal ejercen mayor autoridad de la que se corresponde con el comunismo desarrollado. La necesidad de incrementar rápidamente la producción e incluso la más urgente necesidad de crear un ejército eficiente para protegerse de los ataques de la reacción hizo indispensable hacer buena la falta de dirigentes fiables en el tiempo más breve posible; la amenaza del hambre y los ataques del enemigo no permitieron dirigir todos los recursos hacia una elevación más gradual del nivel general de competencia y al desarrollo de conjunto como la base de un sistema comunista colectivo. Así surgió, inevitablemente, una nueva burocracia de

los nuevos dirigentes y funcionarios, absorbiendo la vieja burocracia dentro de sí. Esto se considera a veces, con cierta ansiedad, como un peligro para el nuevo orden, y sólo puede eliminarse mediante un amplio desarrollo de las masas. Aunque éste último está siendo emprendido con suprema energía, sólo el excedente comunista por medio del cual el hombre deja de ser esclavo de su trabajo formará el fundamento último para ello. Sólo el excedente crea las condiciones materiales para la libertad y la igualdad; mientras tanto la lucha contra la naturaleza y contra las fuerzas del capital permanezca siendo intensa, seguirá siendo necesario un grado desproporcionado de especialización.

Merece la pena señalar que, aunque nuestro análisis predice que el desarrollo en Europa occidental tomará una dirección diferente del de Rusia, en la medida en que podemos prever el curso que seguirá en lo que se refiere a los progresos de la revolución, ambos manifiestan la misma estructura económico-política: la industria funciona según los principios comunistas con los consejos obreros formando el elemento de autogestión bajo la dirección técnica y la hegemonía política de una burocracia obrera, mientras la agricultura conserva un carácter individualista, pequeñoburgués, en los sectores dominantes de pequeña y mediana escala. Pero esta coincidencia no es tan extraordinaria por cuanto que, en tanto esta clase de estructura social no está determinada por la historia política anterior, sino por las condiciones tecnico-económicas básicas -- el nivel de desarrollo conseguido por la tecnología industrial y agrícola y la formación de las masas proletarias-- que son en ambos casos las mismas. Pero a pesar de esta coincidencia, hay una gran diferencia de significado y finalidad. En Europa occidental esta estructura económico-política forma una fase de transición en la cual la burguesía es capaz, en último lugar, de frenar su declive, mientras que en Rusia el intento está realizándose conscientemente para proseguir el desarrollo ulterior en una dirección comunista. En Europa occidental

forma una fase en la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado, en Rusia una fase en la nueva expansión económica. Con las mismas formas externas, Europa occidental está en la senda decadente de una cultura en declive, Rusia en el movimiento ascendente de una nueva cultura.

Mientras la revolución rusa era todavía joven y débil y estaba mirando hacia un inminente estallido de la revolución en Europa para salvarla, reinaba una concepción diferente de su importancia. Rusia, como se mantenía entonces, era sólo un puesto avanzado de la revolución donde las circunstancias favorables habían permitido al proletariado tomar el poder tan tempranamente; pero este proletariado era débil y embrionario y casi absorbido en las infinitas masas del campesinado. El proletariado de la Rusia económicamente atrasada podría realizar solamente avances temporales; en cuanto las grandes masas del totalmente maduro proletariado europeo occidental llegasen al poder en los países industriales más desarrollados, con toda su experiencia técnica y organizativa y su vieja riqueza cultural, entonces deberíamos ver al comunismo florecer en tal extensión que haría que la contribución rusa, bienvenida como era, pareciera débil e inadecuada en comparación. El corazón y la fuerza del nuevo mundo comunista se situaban donde el capitalismo había alcanzado la cúlmine de su poder, en Inglaterra, en Alemania, en América, y donde residía la base para el nuevo modo de producción.

Esta concepción no tiene en cuenta las dificultades que enfrenta la revolución en Europa occidental. Donde el proletariado gana dominio firme sólo lentamente y la burguesía es, en ocasiones, capaz de recuperar el poder parcial o totalmente, la reconstrucción económica no fructificará. La expansión capitalista es imposible; cada vez que la burguesía obtiene vía libre, crea un nuevo caos y destruye las bases que podrían servir para la construcción de la producción comunista.

Una y otra vez impide la consolidación del nuevo orden proletario mediante la reacción sangrienta y la destrucción. Esto ocurría aún en Rusia: la destrucción de instalaciones industriales y minas en los Urales y el valle de Donetz por Kolchak y Denikin, así como la necesidad de desplegar a los mejores obreros y la mayor parte de las fuerzas productivas contra ellos, era un serio golpe para la economía y dañó y retardó la expansión comunista --e incluso aunque el inicio de las relaciones comerciales con América y Occidente pueda favorecer considerablemente una nueva alza, será necesario el mayor esfuerzo de autosacrificio por parte de las masas en Rusia para lograr la recuperación completa de este daño--. Pero --y aquí reside la diferencia-- la república soviética ha permanecido intacta en Rusia como un centro organizado de poder comunista que ha desarrollado ya impresionante estabilidad interna. En Europa occidental habrá justamente la misma destrucción y muerte, y también aquí las mejores fuerzas del proletariado serán arrasadas en el curso de la lucha; pero aquí carecemos de un Estado soviético ya consolidado y organizado, que pudiera servir como una fuente de fuerza. Las clases están desgastándose la una a la otra en una guerra civil devastadora, y mientras tanto la construcción se reduce a nada, el caos y la miseria continuarán gobernando. Ésta será la suerte de los países donde el proletariado no reconoce inmediatamente su tarea con visión clara y propósito unitario, es decir, donde las tradiciones burguesas debilitan y dividen a los obreros, nublan sus ojos y someten sus corazones. Llevará décadas superar la influencia infecciosa y paralizante de la cultura burguesa sobre el proletariado en los viejos países capitalistas. Y, entretanto, la producción yace en ruinas y el país degenera en un desierto económico.

Al mismo tiempo que Europa occidental, estancándose económicamente, lucha dolorosamente con su pasado burgués, en el Este, en Rusia, la economía está floreciendo bajo un orden comunista. Lo que solía distinguir los países capitalistas

desarrollados de los atrasados del Este era la tremenda sofisticación de sus medios de producción materiales y mentales --una densa red de vías férreas, fábricas, barcos, y una densa población técnicamente experimentada--. Pero durante el derrumbe del capitalismo, en la larga guerra civil, en el periodo de estancamiento cuando se produce demasiado poco, esta herencia está disipándose, consumida o destruida. Las indestructibles fuerzas de producción, la ciencia, las capacidades técnicas, no están atadas a estos países; sus portadores encontrarán una nueva patria en Rusia, donde el comercio también proveerá un santuario para parte de la riqueza material y técnica de Europa. El acuerdo de comercio de la Rusia soviética con Europa occidental y América tenderá, si se toma en serio y se pone en práctica con voluntad, a acentuar esta contradicción, porque lleva más allá la expansión económica de Rusia mientras retarda el derrumbe en Europa occidental, dando así al capitalismo una pausa para respirar y paralizando el potencial revolucionario de las masas --por cuanto tiempo y hasta qué punto está por verse--. Políticamente, esto se expresará en una aparente estabilización de un régimen burgués o de uno de los otros tipos discutidos anteriormente, y en una elevación simultánea al poder de tendencias oportunistas dentro del comunismo; reconociendo los viejos métodos de lucha y comprometiéndose en la actividad parlamentaria y la oposición leal dentro de los viejos sindicatos, los partidos comunistas en Europa occidental adquirirán un status legal, como la socialdemocracia antes que ellos, y frente a esto, la corriente radical y revolucionaria se verá reducida a una minoría. Sin embargo, es enteramente improbable que el capitalismo disfrute un auténtico nuevo florecimiento; los intereses privados de los capitalistas que comercian con Rusia no diferirán de la economía en su conjunto, y a causa del beneficio embarcarán elementos básicos esenciales de producción para Rusia; y tampoco el proletariado puede de nuevo ser atraído a un estado de

dependencia. De este modo, la crisis se prolongará; el progreso duradero es imposible y será frenado continuamente; el proceso de la revolución y la guerra civil será retardado y dilatado, la dominación completa del comunismo y el inicio de un nuevo desarrollo se aplaza al futuro distante. Entretanto, en el Este, la economía se desarrollará sin lastres en una poderosa ola, y se descubrirán nuevos caminos sobre la base de la ciencia natural más avanzada --que occidente es incapaz de aprovechar-- junto con la nueva ciencia social, el control recién conquistado de la humanidad sobre sus propias fuerzas sociales. Y estas fuerzas, incrementadas un ciento de veces más por las nuevas energías que fluyen de la libertad y la igualdad, hará de Rusia el centro del nuevo orden comunista mundial.

Esta no será la primera vez en la historia mundial que el centro del mundo civilizado se ha desplazado en la transición a un nuevo modo de producción o a una de sus fases. En la antigüedad, se desplazó de Oriente Medio al sur de Europa; en la edad media, del sur de Europa a Europa occidental; con el ascenso del capital colonial y mercantil, primero España, luego Holanda e Inglaterra, se convirtieron en la nación dominante, y con el ascenso de la industria, Inglaterra. La causa de estos desplazamientos puede resumirse de hecho en un principio histórico general: donde la forma económica más temprana alcanzó su desarrollo más elevado, las fuerzas materiales y mentales, las instituciones político-jurídicas que afianzaron su existencia y que eran necesarias para su desarrollo pleno, fueron tan fuertemente construidas que ofrecieron una resistencia casi insuperable al desarrollo de nuevas formas. Así, la institución de la esclavitud inhibió el desarrollo del feudalismo en el crepúsculo de la antigüedad; así, las leyes gremiales que se aplicaban en las grandes ciudades opulentas de tiempos medievales significaron que la manufactura capitalista posterior sólo podría desarrollarse en otros centros hasta entonces insignificantes; así, a fines del siglo dieciocho, el orden político del absolutismo francés, que ya

había adoptado la industria bajo Colbert, obstruyó la introducción de la industria a gran escala que hizo de Inglaterra una nación manufacturera.

Postfacio. La claudicación de la Tercera Internacional

Las tesis anteriores fueron escritas en abril y enviadas a Rusia, para estar disponibles para su consideración por el comité ejecutivo y el congreso en la elaboración de sus decisiones tácticas. Mientras tanto, la situación se ha alterado, por cuanto que el comité ejecutivo en Moscú y los camaradas dirigentes en Rusia han caído completamente por el lado del oportunismo, con el resultado que esta tendencia prevaleció en el Segundo Congreso de la Internacional Comunista.

La política en cuestión hizo su aparición primero en Alemania, cuando Radek, usando toda la influencia ideológica y material que él y la dirección de KPD podían reunir, intentaron imponer sus tácticas de parlamentarismo y apoyo a las confederaciones centrales a los comunistas alemanes, dividiendo y debilitando así al movimiento comunista. Desde que Radek fue hecho secretario del comité ejecutivo, esta política se ha vuelto la de todo el comité ejecutivo. Se han redoblado los esfuerzos anteriormente infructuosos para asegurar la afiliación de los Independientes alemanes a Moscú, mientras los comunistas antiparlamentarios del KAPD, quienes, difícilmente puede negarse, pertenecen por derecho a la IC, han recibido un trato de frialdad: se mantuvo que se habían opuesto a la Tercera Internacional en todo asunto de importancia, y sólo podrían ser admitidos sobre condiciones especiales. El Buró Auxiliar de Amsterdam, que los había aceptado y tratado como iguales, fue cerrado. Lenin les dijo a los comunistas ingleses no sólo que debían participar en las elecciones parlamentarias, sino incluso

que se uniesen al Partido Laborista, una organización política consistente en gran medida en dirigentes sindicalistas reaccionarios y en miembros de la Segunda Internacional. Todas estas posiciones manifiestan el deseo de los camaradas dirigentes rusos de establecer contacto con las grandes organizaciones obreras de Europa occidental que todavía han de tornarse comunistas. Mientras los comunistas radicales buscan llevar más allá el desarrollo revolucionario de las masas obreras por medio de una lucha rigurosa y de principios contra todas las tendencias burguesas, socialpatrióticas y vacilantes y sus representantes, la Dirección de la Internacional está intentando ganar la adhesión en manada de estas últimas a Moscú, sin que hayan abandonado primero sus viejas perspectivas.

La posición antagónica que los bolcheviques, cuyas acciones les convirtieron en exponentes de tácticas radicales en el pasado, han adoptado hacia los comunistas radicales de Europa occidental, ha visto la luz claramente en el folleto recientemente publicado de Lenin «El comunismo 'de izquierda', una enfermedad Infantil». Su importancia no descansa en su contenido, sino en la persona del autor, porque los argumentos son escasamente originales y ya han sido usados por otros en su mayor parte. Lo que es nuevo es que sea Lenin quien los esté adoptando ahora. La cuestión no es, por consiguiente, combatirlos --su falacia reside principalmente en la igualación de las condiciones, los partidos, las organizaciones y la práctica parlamentaria de Europa occidental con sus contrapartidas rusas-- y oponerles otros argumentos, sino captar el hecho de su aparición en esta coyuntura como el producto de políticas específicas.

La base de estas políticas puede identificarse fácilmente en las necesidades de la república soviética. Los insurrectos reaccionarios Kolchak y Denikin han destruido los fundamentos de la industria del hierro rusa, y el esfuerzo de la guerra ha

impedido un ascenso fuerte en la producción. Rusia necesita urgentemente máquinas, locomotoras y herramientas para la reconstrucción económica, y sólo la industria ilesa de los países capitalistas puede proporcionárselos. Necesita, por lo tanto, del comercio pacífico con el resto del mundo, y en particular con las naciones de la Entente; ellos, a cambio, necesitan materias primas y comestibles de Rusia para evitar el derrumbe del capitalismo. El paso vago del desarrollo revolucionario en Europa occidental compele así a la república soviética a buscar una convivencia, un *modus vivendi* con el mundo capitalista, entregar una porción de su riqueza natural como precio, y renunciar al apoyo directo a la revolución en otros países. En sí mismo puede no haber objeción a un arreglo de este tipo, que ambos partidos reconocen ser necesario; pero difícilmente sería sorprendente que el sentido del constreñimiento y la iniciación de una política de compromiso con el mundo burgués fuesen fomentar una disposición mental hacia perspectivas más moderadas. La Tercera Internacional, como la asociación de los partidos comunistas que preparan en cada país la revolución proletaria, no está formalmente limitada por las políticas del gobierno ruso, y se supone que prosigue sus propias tareas de modo completamente independiente de éste último. En la práctica, sin embargo, esta separación no existe; así como el PC es la espina dorsal de la república soviética, el comité ejecutivo está íntimamente conectado con la presidencia (*praesidium*) de la república soviética a través de las personas de sus miembros, formando así un instrumento por medio del cual esta presidencia interviene en la política de Europa occidental. Podemos ver ahora por qué las tácticas de la Tercera Internacional, aprobadas por el Congreso para aplicarlas homogéneamente a todos los países capitalistas y para ser dirigidas desde el centro, no están determinadas únicamente por las necesidades de la agitación comunista en esos países, sino también por las necesidades políticas de la Rusia soviética.

Es verdad que ahora Inglaterra y Rusia, los poderes mundiales hostiles que representan respectivamente al capital y al trabajo, necesitan ambos del comercio pacífico para levantar sus economías. Sin embargo, no son sólo las necesidades económicas inmediatas lo que determina sus políticas, sino también el antagonismo económico más profundo entre la burguesía y el proletariado, la cuestión del futuro, expresada en el hecho que los grupos capitalistas poderosos, frontalmente hostiles a la república soviética, están intentando impedir cualquier compromiso como una cuestión de principios. El gobierno soviético sabe que no puede confiar en la perspectiva de la necesidad de la paz de Lloyd George e Inglaterra, los cuales tenían que sobrepesar el poderío insuperable del Ejército Rojo por una parte, y la presión que los obreros y soldados ingleses estaban ejerciendo sobre su gobierno por la otra. El gobierno soviético sabe que ante la amenaza de la Entente el proletariado es una de sus armas más importantes para paralizar a los gobiernos imperialistas y compelerlos a negociar. Debe, en consecuencia, hacer este arma tan poderosa como sea posible. Lo que esto requiere no es un partido comunista radical que prepare una revolución de arriba a abajo para el futuro, sino una gran fuerza proletaria organizada que tome partido por Rusia y obligue a su propio gobierno a que le preste atención. El gobierno soviético necesita a las masas ahora, aún si no son plenamente comunistas. Si puede ganarlas para sí, su adherencia a Moscú sería una señal para el capital mundial de que la guerra de aniquilación contra Rusia ya no es posible, y que no hay por consiguiente alternativa a la paz y a las relaciones comerciales.

Moscú debe, por lo tanto, presionar por tácticas comunistas en Europa occidental que no choquen agudamente con las perspectivas y métodos tradicionales de las grandes organizaciones obreras, cuya influencia es decisiva. De modo similar, tuvieron que hacerse esfuerzos para reemplazar el régimen de Ebert en Alemania con uno orientado hacia el Este,

dado que había mostrado ser un instrumento de la Entente contra Rusia; y cuando el PC era él mismo demasiado débil, sólo los Independientes podían servir a este propósito. Una revolución en Alemania fortalecería enormemente la posición de la Rusia soviética frente a la Entente. El desarrollo de tal revolución, sin embargo, podría ser finalmente muy incómodo hasta donde concierne a la política de paz y compromisos con la Entente, pues una revolución proletaria radical desgarraría el Tratado de Versalles y renovarían la guerra --los comunistas de Hamburgo querían hacer actividades preparativas por adelantado para esta guerra--. Rusia habría entonces sido arrastrada a esta guerra, y aunque se fortalecería externamente en el proceso, la reconstrucción económica y la abolición de la pobreza serían postergadas para aún más adelante. Estas consecuencias podrían evitarse si la revolución alemana pudiera mantenerse circunscrita de tal modo que, aunque la fuerza de los gobiernos obreros aliados contra el capital de la Entente aumentase en gran medida, los últimos no se colocasen en posición de tener que ir a la guerra. Esto exigiría no las tácticas radicales del KAPD, sino el gobierno de los Independientes, el KPD y los sindicatos bajo la forma de una organización de consejos sobre el modelo ruso.

Esta política tiene perspectivas más allá de afianzar simplemente una posición más favorable para las negociaciones actuales con la Entente: su meta es la revolución mundial. No obstante, está claro que una concepción particular de la revolución mundial debe estar implícita en el carácter particular de éstas políticas. La revolución que está ahora avanzando a través del mundo, y que en breve dará alcance a Europa Central y luego a Europa occidental, está impulsada por el derrumbe económico del capitalismo; si el capital es incapaz de llevar a cabo una elevación en la producción, las masas estarán obligadas a girar hacia la revolución como la única alternativa bajo la que ir sin disputa. Pero aunque compelidas a girar a la revolución, las

masas están en su conjunto todavía en un estado de servidumbre mental a las viejas perspectivas, las viejas organizaciones y dirigentes, y son éstos últimos quienes obtendrán el poder en primera instancia. Debe hacerse, por lo tanto, una distinción entre la revolución externa que destruye la hegemonía de la burguesía y hace imposible el capitalismo, y la revolución comunista, un proceso más largo que revoluciona internamente a las masas, y en el cual la clase obrera, emancipándose de todas sus ataduras, toma en sus manos firmemente la construcción del comunismo. Es la tarea del comunismo identificar las fuerzas y tendencias que detendrán la revolución a medio camino, para mostrar a las masas el camino de avance y, mediante la lucha más encarnizada por las metas más distantes, por el poder total, contra estas tendencias, despertar en el proletariado la capacidad de impulsar la revolución hacia delante. Esto sólo puede hacerse, incluso ahora, luchando contra las tendencias de dirección inhibitoras y contra el poder de sus dirigentes. El oportunismo busca aliarse con los dirigentes y tomar parte en una nueva hegemonía, y se comprometerá con ellos creyendo que puede inclinarlos hacia la vía del comunismo. Postulando que ésta sea la táctica oficial del comunismo, la Tercera Internacional está poniendo el sello de «revolución comunista» a la apropiación del poder por parte de las viejas organizaciones y sus dirigentes, consolidando la hegemonía de estos dirigentes y obstruyendo el progreso ulterior de la revolución.

Desde el punto de vista de salvaguardar la Rusia soviética, no puede haber objeción a esta concepción del objetivo de la revolución mundial. Si un sistema político similar al de Rusia existiera en otros países de Europa --el mando de la burocracia obrera basada en un sistema de consejos-- el poder del imperialismo mundial se rompería y contendría, al menos en Europa. La construcción económica hacia el comunismo podría, luego, proseguir sin miedo a guerras de intervención reaccionarias, en una Rusia rodeada por amistosas repúblicas

obreras. Es, por consiguiente, comprensible, que lo que nosotros consideramos una forma temporal, inadecuada, de transición, que ha de ser combatida con todas nuestras fuerzas, sea para Moscú el logro de la revolución proletaria, la meta de la política comunista.

Esto nos conduce a las consideraciones críticas que han de elevarse contra estas políticas desde el punto de vista del comunismo. Éstas se refieren, primeramente, a su efecto ideológico recíproco sobre la misma Rusia. Si el estrato en el poder en Rusia confraterniza con la burocracia obrera de Europa occidental y adopta las actitudes de ésta última, corrompida como está por su posición, su antagonismo hacia las masas y su adaptación al mundo burgués, entonces el impulso que debe llevar a Rusia más allá en el camino del comunismo es susceptible de disiparse; si se basa en el campesinado poseedor de tierras por encima de y contra los obreros, no puede excluirse una desviación del desarrollo hacia formas agrarias burguesas, y esto llevaría al estancamiento de la revolución mundial. Hay la consideración ulterior de que el sistema político que surgió en Rusia como una forma de transición conveniente de cara a la realización del comunismo --y qué sólo podría osificarse en una burocracia bajo condiciones particulares-- habría representado desde sus comienzos un impedimento reaccionario a la revolución en Europa occidental. Nosotros ya hemos señalado que un «gobierno obrero» de este tipo no sería capaz de desencadenar las fuerzas de la reconstrucción comunista; y dado que tras esta revolución las masas burguesas y pequeñoburguesas, junto con el campesinado, representarían todavía, a diferencia del caso de Rusia después de la revolución de octubre, una fuerza tremenda, el fracaso de la reconstrucción devolvería con demasiada facilidad a la reacción el asiento del poder y las masas proletarias tendrían que renovar sus empeños para abolir el sistema.

Es incluso algo dudoso si esta política de revolución mundial atenuada puede lograr su objetivo, en lugar de reforzar a la burguesía como cualquier otra política de oportunismo. Para la oposición más radical, el camino de avance no consiste en formar una alianza previa con los moderados con vistas a compartir el poder, en lugar de dar empuje a la revolución por medio de una lucha intransigente; esto debilita tanto la fuerza de lucha global de las masas que el derrocamiento del sistema establecido se retrasa y se hace más duro y difícil.

Las fuerzas reales de la revolución están en otra parte, que no en las tácticas de los partidos y las políticas de los gobiernos. Durante todas las negociaciones no puede haber paz real entre el mundo del imperialismo y el del comunismo: mientras Krassin estaba negociando en Londres, los Ejércitos Rojos estaban quebrando el poderío de Polonia y alcanzando las fronteras de Alemania y Hungría. Esto ha traído la guerra a Europa Central; y las contradicciones de clase que habían alcanzado aquí un nivel intolerable, el total derrumbe económico interior que hace la revolución inevitable, la miseria de las masas, la furia de la reacción armada, harán todas ellas que la guerra civil se encienda en estos países. Pero cuando las masas estén en movimiento aquí, su revolución no se dejará canalizar dentro de los límites que le prescribe la política oportunista de dirigentes experimentados; debe ser más radical y más profunda que en Rusia, porque la resistencia a superarse es mucho mayor. Las decisiones del congreso de Moscú son de menor importancia que las fuerzas salvajes, caóticas, elementales, que brotarán de los corazones de tres pueblos asolados y que proporcionarán un nuevo ímpetu a la revolución mundial.

El nuevo blanquismo (1920)

«Una vez conquistado el poder, el proletariado (...) debe -y a eso está obligado- aplicar medidas socialistas inmediatas del modo más enérgico, inflexible y sin contemplaciones, es decir, tiene que ejercer la dictadura, pero la dictadura de la clase y no la de un partido o una camarilla; dictadura de la clase que supone la publicidad más extensa, la participación más activa y sin trabas de las masas populares, la democracia ilimitada.»

«¡Pues sí, dictadura! Pero esta dictadura no consiste en la eliminación de la democracia, sino en la forma de practicarla; esto es, en la intervención enérgica y decidida en los derechos adquiridos y en las relaciones económicas de la sociedad burguesa, sin la cual no cabe realizar la transformación socialista. Pero esta dictadura tiene que ser la obra de una clase y no la de una pequeña minoría dirigente en nombre de una clase; esto es, tiene que ir resultando paso a paso de la participación activa de las masas, asimilar su influencia inmediata, someterse al control de toda opinión pública, surgir de la educación política creciente de las masas populares.»

Rosa Luxemburg, La revolución rusa, 1918.

* * *

Cuando las circunstancias materiales conducen a una revolución, pero las masas están todavía pasivas y no inclinadas a la revolución, se desarrollan entonces las doctrinas que quieren alcanzar la meta de otro modo del que la revolución política de los proletarios. Así en Francia antes de 1870, donde se ligaban a los nombres de Proudhon y Blanqui las dos tendencias que, de manera opuesta, elaboraban una teoría de los primeros gérmenes del movimiento futuro. Se vinculaban a Proudhon, el crítico

pequeñoburgués del gran capital, aquellas partes del movimiento obrero ascendente que querían socavar el capitalismo mediante la construcción pacífica de las cooperativas; sentían instintivamente que el poder de la nueva clase debía descansar en una construcción económica de nuevos fundamentos, no en los intentos de golpes políticos externos. Se vinculaban a Blanqui, el intrépido conspirador revolucionario, aquellas partes del proletariado que sentían que la conquista del poder político es necesaria; y si el conjunto de la clase es aun así igualmente válido, debe tener lugar por medio de una minoría decidida, que arrastre a la masa por medio de su sapiencia y actividad y que podría mantener el poder en sus manos a través de una estricta centralización. Ambas tendencias estaban enraizadas en la tradición de los movimientos anteriores y eran, por tanto, pequeñoburguesas, porque todavía carecían de noción de la amplia fuerza que tiene la lucha de clase proletaria desplegada, la cual encontraría su expresión en las enseñanzas marxistas.

Es simplemente entendible, así mismo, que doctrinas similares aparezcan de nuevo otra vez, por supuesto en una forma mucho más avanzada y desenvuelta, con base en todo lo que, como doctrina marxista de la lucha de clases, se ha convertido desde entonces en propiedad común de todos los luchadores proletarios; por tanto, como diferentes matices de esta enseñanza. La convicción de que el proletariado debe desarrollar su poder económico mediante el dominio del proceso de producción, a través de los consejos de fábrica, y que toda la política de fuerza (*Gewaltpolitik*) de las gentes de Noske debe rebotar sobre eso, puede conducir a un neo-proudhonismo, si uno cree que este método es suficiente para transportar a la sociedad, mediante su propia fuerza milagrosa, sin mayores luchas revolucionarias del proletariado, al orden comunista. Y, por otra parte, una tendencia neo-blanquista se vuelve evidente en la concepción de que una minoría revolucionaria podría conquistar el poder político y mantenerlo en sus manos, y que

esto es la conquista de la dominación (-del gobierno en sentido amplio-, n.t.) por el proletariado. Esta tendencia se evidencia en el escrito de Struthahns sobre la dictadura de la clase obrera y el Partido Comunista.

Él dice de la dictadura de la clase obrera aquí: "*¿Qué significa eso? Pues por el momento que ella pone en primer lugar los intereses de la clase obrera y se dirige sólo según ellos. Segundo, que sólo puede ser ejecutada por organizaciones obreras*". En otras palabras: la "*Dictadura de la clase obrera*" no significa la dictadura de la clase obrera, sino otra cosa. No es la dictadura de la clase, sino la dictadura de ciertos grupos, y se autodenomina dictadura proletaria porque es llevada a cabo por una organización obrera (también el SPD es una organización obrera) y porque pone los intereses del obrero en primer lugar (lo que afirman de sí muchos *socialtraidores*). La que está representada aquí es la dictadura del partido comunista, la dictadura de la minoría revolucionaria resuelta.

Se hacen luego, no obstante, muchas restricciones; la mayoría de las veces excelentes explicaciones sobre el papel del Partido Comunista en la revolución, que muestran que aquí hay un político diestro con la palabra, que no quiere con eso hacer tentativas golpistas ciegamente y ha aprendido de la revolución rusa. Pero su principio teórico tiene que enfatizarse aún más. Y, como consecuencia adicional de su doctrina, no es de nuevo el Partido Comunista en conjunto, sino su comité central, el que ejerce la dictadura, en primer lugar dentro del partido, donde excluye a personas de su poder absoluto y expulsa a la oposición con métodos vulgares. También resulta actualmente muy valioso lo que Struthahn dice sobre él. Pero las palabras arrogantes sobre la centralización de la fuerza revolucionaria en manos de campeones probados causarían más impresión si no se supiese que ésta habría de servir para la defensa de una pequeña política oportunista estafadora con los Independientes, y al anhelo por la tribuna parlamentaria. No vale aquí el apelo a Rusia, donde el

gobierno comunista no simplemente retrocede, como las grandes masas obreras desalentadas por su desviación, sino que ejerce firmemente su Dictadura y defiende la Revolución con toda la fuerza. La conquista del poder no fue válida; los dados se tiraron, la dictadura proletaria dispone de todos los medios de poder y no podría abandonarlos. Uno encuentra el verdadero ejemplo ruso en los días anteriores a Noviembre de 1917. Allí el Partido Comunista nunca había explicado o creído que debía tomar el poder y que su dictadura era la dictadura de las masas obreras. Siempre había explicado que los Soviets, los representantes de las masas, debían tomar el poder; él mismo formulaba el programa, luchaba por él, y como finalmente la mayoría de los Soviets reconocieron la corrección de este programa, tomó el gobierno en sus manos, con lo cual los comunistas espontáneamente sus órganos ejecutivos, cuyo soporte más poderoso era el PC y sobre cuyos hombros pesaba todo el trabajo.

Nosotros no somos ningunos fanáticos de la democracia, no tenemos ningún respeto supersticioso por las decisiones por mayoría ni rendimos tributo a la creencia de que todo lo que haga estará bien y debe suceder. La acción es crucial, la actividad es poderosa sobre la inercia masiva. Donde el poder aparece como factor, queremos usarlo y aplicarlo. Si, a pesar de eso, rechazamos decididamente la doctrina de la minoría revolucionaria, es justo por la razón de que tiene que conducir a un poder aparente, a victorias aparentes y con ello a graves derrotas. Será aplicable en un país donde la masa es apática de acuerdo con su clase, como es, por ejemplo, una masa campesina, que no ve nada que no sea su villa y la cara pasiva de la política nacional; allí, una minoría proletaria activa de la población podría conquistar el poder estatal. Pero si esta táctica no había sido nunca ensayada o recomendada en Rusia, debe todo lo más coger de sorpresa cuando es recomendada para los

países europeos occidentales, donde se encuentran circunstancias muy diferentes.

Con razón se enfatiza, de este modo, que el desarrollo de la revolución será mucho más lento y difícil en Europa occidental, porque la burguesía es mucho más poderosa que en Rusia. Pero, ¿en que consiste este poder? ¿En disponer del aparato del Estado? Ya lo perdió una vez. ¿En el número? Se enfrenta a un enorme número de obreros. ¿En el poder de mando sobre la producción? ¿En el poder del dinero? En Alemania, esto ya difícilmente significa mucho. Las raíces del poder del Capital descansan mucho más profundamente. Residen en el reinado de la cultura burguesa sobre el conjunto de la población, como también sobre el proletariado. Durante un ciento de años de período burgués, la vida espiritual burguesa ha empapado el conjunto de la sociedad, creó una organización y una disciplina espirituales que, a través de miles de canales, penetraron en las masas y las dominaron. Esto deberá ser gradualmente expurgado del proletariado mediante una lucha larga y tenaz. Primero, la ideología liberal y cristiana, que fue combatida por la ilustración socialdemocrática. Pero, precisamente la socialdemocracia, muestra cómo de profunda y absorbente es la dominación espiritual de las masas por el capital: parecía liberar espiritualmente a las masas y unificarlas en una nueva cosmovisión proletaria, y ahora se muestra que esta organización creada por ellas mismas se convirtió ampliamente en parte de la burguesa e impide la Revolución de las masas. De este modo, las resistencias que el proletariado de los viejos países burgueses debe superar en sí mismo son infinitamente mayores en su enormidad que en los nuevos países de Europa oriental, donde está ausente cualquier cultura burguesa y una tradición comunista favorece la revolución. Está hondamente en las masas este respeto por el ordenamiento legal burgués, visible en el miedo ante los gritos de terrorismo, en la creencia en todas las mentiras, en la timidez de las propias medidas. Hondamente

establecida en su ética, la ética burguesa, que confunde a través de bellas expresiones, que desorienta por medio de la hipocresía, que se burla a través del engaño inteligente. Está hondamente en su sangre el viejo individualismo burgués, hoy creer poder ganar todo con un embate y mañana recular ante la enormidad de la tarea.

Esto no significa que la victoria no sea posible aquí: el proletariado tiene también vastos recursos para desarrollarse; la revolución será en esto mucho más inmensa. No significa tampoco que la apropiación revolucionaria deba posponerse para un futuro distante: las circunstancias pueden forzar de cualquier modo a las masas a tomar el poder en sus manos a un tiempo, a pesar de todos los impedimentos espirituales, que sólo son superados después, dentro del proceso de lucha ulterior. Pero esto significa que la revolución no es posible a través de una minoría resuelta. Pues lo hace todo por un poder hostil en manos de la burguesía, que no es activo para la Revolución.

En este entorno social el Partido revolucionario no está entre la masa, que observa indiferente --esto sólo lo parece--; todo aquel que se comporta de un modo aparentemente apático ante la propaganda comunista es capaz de volverse un instrumento de la contrarrevolución gracias al poder de la ideología capitalista-burguesa. Mientras una parte de los proletarios, en la que se cuentan luchas cruciales, es paralizada, pasiva, hecha fluctuar por medio de la vieja ideología, las partes más atrasadas, cuya pasividad se espera, se convierten en un refuerzo de la burguesía. La historia de la República de Consejos de Munich es un ejemplo rico de todas estas distintas tendencias.

Para los países capitalistas con una burguesía espiritualmente poderosa, esto es, con una vieja cultura burguesa, cualquier desviación en la dirección de una táctica blanquista es, por consiguiente, imposible y reprobable. La doctrina de la minoría revolucionaria, de la dictadura de partido (*Parteidiktatur*)

comunista, significa una subestimación del poder del enemigo, una subestimación del necesario trabajo de propaganda, lo que tiene que conducir a los más graves reveses. La revolución solamente puede venir de las masas, y solamente por las masas es llevada a cabo. El Partido Comunista debió olvidar esta simple verdad y, con las fuerzas insuficientes de una minoría revolucionaria, quiere hacer lo que sólo la clase puede hacer, de modo que la consecuencia será la derrota, que echará para atrás durante largo tiempo la Revolución mundial, bajo los más duros sacrificios.

* * *

«La teoría de la dictadura en Lenin y Trotski parte de un presupuesto tácito, según el cual la revolución socialista es cosa que ha de hacerse mediante una receta que tiene preparada el partido de la revolución; éste no tiene más que aplicarla enérgicamente. Por desgracia -o, quizá- por fortuna, depende de las circunstancias- esto no es cierto. No solamente no es una serie de prescripciones prestas para la aplicación, sino que, como sistema social, económico y jurídico, la realización práctica del socialismo es algo que pertenece a las tinieblas del incierto futuro. Lo que tenemos en nuestro programa no son sino algunos indicadores generales que muestran la dirección en que deben tomarse las medidas, siendo éstas, además, de carácter predominantemente negativo. Sabemos, más o menos, lo que es preciso destruir de antemano a fin de allanar el camino a la economía socialista; no existe, sin embargo, programa de partido o libro de texto socialistas que nos ilustren acerca del carácter que han de tener las mil medidas concretas y prácticas, amplias o estrictas, para introducir los fundamentos socialistas en la Economía, en el Derecho y en todas las relaciones sociales. Esto no es un defecto, sino precisamente, la ventaja del socialismo científico sobre el utópico. El sistema socialista únicamente puede ser, y será, un producto histórico, nacido de la escuela propia de la experiencia, en el momento de la plenitud

del desarrollo de la historia viva que, como la naturaleza orgánica (de la que, al fin y al cabo, forma parte), tiene la bella costumbre de crear, al mismo tiempo la necesidad social real y los medios para satisfacerla, el problema y la solución.»

«La práctica del socialismo exige una transformación espiritual completa de las masas, degradadas por siglos de dominación burguesa de clase. Instintos sociales en lugar de instintos egoístas, iniciativa de las masas en lugar de la desidia; el idealismo, que hace superar todos los sufrimientos, etc.. (...) La única posibilidad de un renacimiento reside en la escuela de la propia vida pública, en la democracia más amplia y más ilimitada, en la opinión pública. Lo único que hace el terror es desmoralizar.»

«Sin sufragio universal, libertad ilimitada de prensa y de reunión y sin contraste libre de opiniones, se extingue la vida de toda institución pública, se convierte en una vida aparente, en la que la burocracia queda como único elemento activo. Al ir entumeciéndose la vida pública, todo lo dirigen y gobiernan unas docenas de jefes del partido, dotados de una energía inagotable y un idealismo sin límites; la dirección entre ellos, en realidad, corresponde a una docena de inteligencias superiores; de vez en cuando se convoca a una asamblea a una minoría selecta de los trabajadores, para que aplauda los discursos de los dirigentes, apruebe por unanimidad las resoluciones presentadas. En definitiva, una camarilla, una dictadura, ciertamente, pero no la del proletariado, sino una dictadura de un puñado de políticos, o sea, una dictadura en el sentido burgués, en el sentido del jacobinismo.»

«La libertad que se concede únicamente a los partidarios del gobierno y a los miembros del partido, por numerosos que sean éstos, no es libertad. La libertad es solamente libertad para los que piensan de otro modo. Y no precisamente a causa del fanatismo de la "justicia", sino debido a que todo lo que hay de enriquecedor, de saludable y de purificador en la libertad política, depende de ello y su eficacia desaparece cuando la "libertad" se convierte en un privilegio.»

Rosa Luxemburg, La revolución rusa, 1918

Socialdemocracia y comunismo (1927)

1. El camino del movimiento obrero

La guerra mundial no ha traído solamente una violenta revolución de todas las relaciones económicas y políticas; también ha cambiado por completo al socialismo. Quien haya crecido con la socialdemocracia alemana y participado en sus filas por la lucha de la clase obrera, se encontrará desconcertado ante todo lo nuevo, y se preguntará si todo lo que hasta ahora ha aprendido y realizado era falso, y si por lo tanto ha de aprender y seguir las nuevas teorías. La respuesta es: *no era falso, sino algo incompleto*. El socialismo no es una teoría inmutable. Con la evolución del mundo crece la penetración teórica de los hombres, y con las nuevas relaciones surgen nuevos métodos para alcanzar nuestra meta. Esto se ve ya lanzando una mirada a la evolución del socialismo en el último siglo.

A comienzos del siglo XIX imperaba el socialismo utópico. Pensadores de amplias miras y con amplia sensibilidad respecto a la insostenibilidad del capitalismo hicieron esbozos para una sociedad mejor, en la cual el trabajo debía ser organizado cooperativamente. Un giro se dio cuando Marx y Engels publicaron en el 1847 el *Manifiesto Comunista*. Por primera vez surgieron claramente aquí los principales puntos del socialismo posterior: a partir del capitalismo mismo nacerá la fuerza capaz de transformar la sociedad y hacer nacer una sociedad socialista. Esta fuerza es la lucha de clases del proletariado. Los pobres, despreciados, ignorantes trabajadores, serán en adelante los encargados de esta transformación, en la medida en que asumen como misión la lucha contra la burguesía, ganando en este

proceso fuerza y capacidad y organizándose ellos mismos como clase; por medio de una revolución, el proletariado conquistará el poder político, y realizará la total transformación económica.

Hay que resaltar además que Marx y Engels no denominaron nunca a esta tarea «*socialismo*» y que tampoco se denominaron a sí mismos «*socialistas*». Engels lo ha expresado con toda claridad: en aquella época, eran caracterizadas con el nombre de *socialismo* diversas corrientes de la burguesía, que, por un sentimiento de identificación con el proletariado o por otros motivos, querían echar abajo el orden capitalista; a menudo, sus metas eran incluso reaccionarias. El *comunismo*, por el contrario, era un movimiento proletario. Se denominaban *comunistas* los grupos obreros que atacaban el sistema capitalista. De la Liga de los Trabajadores Comunistas salió el *Manifiesto*, que señaló al proletariado la meta y la dirección de su lucha.

El año 1848 estalló con las revoluciones burguesas, que abrieron el camino al capitalismo en la Europa central, y con ello también la transformación de los pequeños Estados tradicionales en Estados nacionales más poderosos. La industria se desarrolló en los años cincuenta y sesenta en un tiempo récord, y en esta prosperidad se hundieron todos los movimientos revolucionarios de forma tal que incluso se olvidó el nombre del *comunismo*. Cuando luego, en los años sesenta, a partir de este amplio capitalismo, el movimiento obrero volvió a irrumpir en Inglaterra, Francia y Alemania, tenía ya una base más amplia que las anteriores sectas comunistas, pero sus metas eran mucho más limitadas y de escaso alcance: mejora de la situación inmediata, sindicatos, reformas democráticas. En Alemania, Lassalle desplegó agitación a favor de las cooperativas de producción con apoyo estatal; el Estado debía, de este modo, erigirse en artífice de las tareas sociales en favor de la clase obrera, y para forzarle a ello, debía valer la democracia -el poder de las masas sobre el Estado-. Así se comprende que el Partido fundado por Lassalle

se arrogase el significativo nombre de *socialdemocracia*: bajo este nombre se expresaba la meta del Partido, es decir, *la democracia con finalidad social*.

Pero, poco a poco, el Partido creció más allá de sus estrechos objetivos iniciales. El incontenible desarrollo capitalista de Alemania, la guerra para la formación del Imperio alemán, la unión de la burguesía y del militarismo latifundista, la ley socialista, la reaccionaria política aduanera e impositiva, todo ello impulsó a la clase trabajadora hacia adelante, haciendo de ella la vanguardia del movimiento obrero europeo, que aceptaba su nombre y sus decisiones. La praxis agudizó su espíritu para la comprensión de la doctrina de Marx, que se hizo accesible a los socialistas en las numerosas popularizaciones de Kautsky y en sus aplicaciones. Y de este modo se volvieron a reconocer los principios y las metas del viejo comunismo: el *Manifiesto Comunista* como escrito programático, el marxismo como su teoría, la lucha de clases como su táctica, la conquista del poder político por el proletariado, la revolución social como su meta.

Sin embargo, existía una diferencia: el carácter del *nuevo marxismo*, el espíritu de todo el movimiento, era distinto al del viejo comunismo. La socialdemocracia creció en medio de un poderoso desarrollo capitalista. No había, en principio, que pensar en un cambio violento. Por eso la revolución fue desplazada al futuro lejano y ella se satisfizo con la propaganda y la organización que habría de prepararla, contentándose por el momento con las luchas por mejoras inmediatas. La teoría afirmaba que la revolución habría de llegar como resultado necesario de la evolución económica, olvidando que la acción, la actividad espontánea de las masas, era necesaria para que tal llegada se produjese. De esta manera se convirtió en una especie de fatalismo económico. La socialdemocracia y los ascendentes sindicatos dominados por ella se convirtieron en miembros de la sociedad capitalista; se convirtieron en la oposición y resistencia

crecientes de las masas trabajadoras, siendo el órgano que impedía la completa depauperación de las masas bajo la presión del capital. Gracias al derecho general al sufragio, llegaron incluso a convertirse en una fuerte oposición dentro del parlamento burgués. Su carácter fundamental era, pese a la teoría, reformista, y respecto a las cuestiones inmediatas, paliativo y minimalista en lugar de revolucionario. La principal causa de ello radicaba en la prosperidad proletaria, que proporcionaba a las masas proletarias una cierta seguridad vital, no dejando elevarse ninguna voz revolucionaria.

En el último decenio se han fortalecido estas tendencias. El movimiento obrero llegó a alcanzar lo que era posible dentro de estas circunstancias: un poderoso Partido, con un millón de miembros y un tercio de los electores a su favor, y junto a él un movimiento sindical que concentró en torno a sí a la mayor parte de los trabajadores capaces de organizarse. Chocó entonces con una barrera más poderosa, contra la que los antiguos medios no pudieron salir airoso: las potentes organizaciones del gran capital en sindicatos, cárteles y trusts, así como la política del capital financiero, la industria pesada, y el militarismo, formas todas de imperialismo que eran dirigidas desde fuera del parlamento. Pero este movimiento obrero no estaba capacitado para una total renovación y reorientación de la táctica, mientras que enfrente estaban sus poderosas organizaciones, consideradas como un fin en sí mismas y deseosas de protagonismo. El portavoz de esta tendencia era la burocracia, el numeroso ejército de empleados, jefes, parlamentarios, secretarios, redactores, que formaban un grupo propio con sus propios intereses. La meta era, paulatinamente, comportarse de modo diverso manteniendo el viejo nombre. La conquista del poder político por el proletariado se convirtió para ellos en conquista de la mayoría por su Partido, es decir, en la sustitución de los políticos gobernantes y de la burocracia estatal por ellos, los políticos socialdemócratas y la burocracia sindical y del partido. La

realización del socialismo debía llegar ahora mediante nuevas leyes favorables al proletariado. Y no solamente ésta fue la postura dominante entre los revisionistas. También Kautsky, el teórico político de los radicales, dijo en una discusión que la socialdemocracia quería ocupar el Estado con todos sus órganos y ministerios, para poner simplemente a otras personas, de la socialdemocracia, en el lugar de los ministros existentes hasta la fecha.

La guerra mundial hizo estallar también la crisis existente dentro del movimiento obrero. La socialdemocracia se puso, en general, al servicio del imperialismo bajo la fórmula de la «*defensa de la patria*»; la burocracia del Partido y de los sindicatos trabajó mano a mano con la burocracia estatal y la patronal para que el proletariado derramase fuerza, sangre y vida hasta el límite. Esto significó la quiebra de la socialdemocracia como *Partido de la revolución proletaria*. Ahora se producía, pese a la aguda represión, una progresiva oposición en todos los países, volviendo a ondear la vieja bandera de la lucha de clases, del marxismo y de la revolución. *¿Bajo qué nombre había de ondear?* Tenía todo el derecho a hacerlo reclamando las viejas fórmulas de la socialdemocracia, que los Partidos socialdemócratas habían dejado en la estacada. Pero el nombre de «*socialista*» ya había perdido sentido y fuerza, puesto que las diferencias entre socialistas y burgueses casi habían desaparecido. Para llevar adelante la lucha de clases, había que llevar adelante primero y primordialmente la lucha contra la socialdemocracia, que había llevado al proletariado al abismo de la miseria, la sumisión, la guerra, la aniquilación y la impotencia. *¿Podrían los nuevos luchadores aceptar estos infames y vergonzosos nombres?* Un nuevo nombre era necesario, pero *¿qué nombre era más adecuado que los otros, para erigir-se en principal portador de la vieja y originaria lucha de clases?* En todos los países renace el mismo pensamiento: recuperar el nombre del *comunismo*.

De nuevo, como en tiempos de Marx, están enfrentados el comunismo como dirección revolucionaria y proletaria, y el socialismo como dirección reformistas y burguesa. Y el nuevo comunismo no es solamente una reedición de la teoría de la socialdemocracia radical. A partir de la crisis mundial, ha ganado nueva profundidad, que le aleja totalmente de la vieja teoría. En lo que sigue, queremos mostrar la diferencia entre ambas teorías.

2. La lucha de clases y socialización

En sus mejores tiempos, la *socialdemocracia* establecía como su principio la lucha de clases contra la burguesía, y la realización del socialismo como su meta tan pronto como se lograra la conquista del poder político. Ahora que la *socialdemocracia* ha abandonado este principio y esta meta, ambos los ha retomado el *comunismo*.

Cuando estalló la guerra, la socialdemocracia abandonó la lucha contra la burguesía. Kautsky afirmó que la *lucha de clases* sólo valía para épocas de paz, mientras que en la guerra había que poner en su lugar la *solidaridad de clases* contra la nación enemiga. Como base para esta afirmación se sacó de la manga la mentira de la «*guerra defensiva*», con que las masas fueron engañadas al comienzo de la guerra. Los dirigentes de la mayoría y los independientes se diferenciaban, en este punto, solamente porque los primeros colaboraron entusiastamente con la política bélica de la burguesía, mientras que los últimos la soportaban pacientemente, porque no se atrevían a llevar adelante la lucha ellos mismos como protagonistas. Tras la derrota del militarismo alemán en noviembre de 1918, volvió a repetirse la misma

imagen. Los dirigentes socialdemócratas gobiernan junto con los partidos burgueses e intentan persuadir a los obreros de que esto es el poder político del proletariado. Pero no utilizan su poder sobre los consejos y ministerios para realizar el socialismo, sino para restablecer el capitalismo. A todo esto hay que añadir que el enorme y colosal poder del capital, que es el principal enemigo y explotador del proletariado, es ahora el capital de la Entente, que hoy domina el mundo. La burguesía alemana, reducida a la impotencia, solamente puede existir en calidad de peón y agente del imperialismo de la Entente, encargada de aplastar a los trabajadores alemanes y de explotarles en beneficio del capital de la Entente. Los socialdemócratas, como representantes políticos de esta burguesía y que ahora forman el gobierno alemán, tienen la tarea de realizar las ordenes de la Entente y pedir su apoyo y auxilio.

Por su parte, los independientes, que durante la guerra frenaron a los trabajadores en su lucha contra el poderoso imperialismo alemán, han visto que después de la guerra su tarea consiste -por ejemplo, con su enaltecimiento de la Liga de Naciones de Wilson y con su propaganda en favor de la Paz de Versalles- en frenar a los trabajadores en la lucha contra esta prepotencia del capitalismo mundial.

En el período anterior, de oposición de la socialdemocracia a la guerra, podía suponerse buena fe a los líderes opositores, pensando también que su elevación a los puestos más prominentes del gobierno significaba el poder político del proletariado, ya que, como representantes de los trabajadores, elaboraban leyes para la realización o al menos para el acercamiento al socialismo. Pero cualquier trabajador sabe que -pese a las proclamas ocasionales- no hay nada que hacer con ellos. ¿Se acepta que estos señores, una vez satisfecha la meta de

su codicia, ya no tienen más deseos ni metas; que, por tanto, la socialdemocracia no era para ellos más que ruido? En parte, tal vez. Pero además hay otras razones mejores que explican su comportamiento.

La socialdemocracia ha dicho que, en las circunstancias actuales, tras el terrible hundimiento económico, ya no es posible en modo alguno realizar el socialismo. Y aquí encontramos una importante contraposición entre la postura del comunismo y la de la socialdemocracia. Los socialdemócratas dicen que el socialismo solo es posible en una sociedad de abundancia, de creciente prosperidad. Los comunistas dicen que en tales épocas el capitalismo está sumamente afianzado, pues en las mismas las masas no piensan en una revolución. Los socialdemócratas dicen: *primero hay que reestablecer la producción, para evitar una catástrofe total y que las masas mueran de hambre*. Los comunistas dicen: *ahora, cuando la economía está por los suelos, es el momento oportuno para reestablecerla sobre bases socialistas*. Los socialdemócratas dicen: el más simple reestablecimiento de la producción exige la continuación del viejo modo de producción capitalista, conforme al cual están ordenadas las instituciones y gracias al cual se evitará una lucha de clases devastadora contra la burguesía. Los comunistas dicen: un reestablecimiento de las bases económicas capitalistas es completamente imposible; el mundo se va hundiendo en la bancarrota ante nuestros ojos de una manera cada vez más profunda, en una miseria que hace necesaria la ruptura con la burguesía, que frena el único camino posible de reconstrucción. Así pues, los socialdemócratas quieren restablecer primero el capitalismo, evitando la lucha de clases; los comunistas quieren construir el socialismo de nuevo ahora, bajo la orientación de la lucha de clases.

¿En que consiste, por lo tanto, el asunto? El proceso social del trabajo es la producción de todos los bienes necesarios para la vida. Pero la satisfacción de las necesidades humanas no es la meta de la producción capitalista; su meta es la plusvalía, el lucro. Toda la actuación del capitalista está orientada hacia el lucro, y sólo por ello permiten a los obreros trabajar en sus fábricas y fabricar bienes en su país, bienes que son precisos a nuestras necesidades. Ahora, todo este proceso de trabajo está destruido y paralizado. Ciertamente, siguen extrayéndose beneficios, incluso gigantescos beneficios, pero esto ocurre por los retorcidos caminos del desplazamiento, el parasitismo, el robo, el comercio clandestino y la especulación. Si ha de restablecerse la fuente de ganancia regular para la burguesía, entonces hay que poner en funcionamiento la producción, el proceso de trabajo. *¿Es ello posible?*

En la medida en que se trata del trabajo, de la producción, no puede ser cosa difícil. Las masas trabajadoras están ahí, dispuestas al trabajo. Alimentos, se cultivan en Alemania suficientes. Materias primas, carbón, hierro, existen ciertamente en menor cantidad en comparación a la gran masa de trabajadores industriales altamente cualificados; pero esto se podría solucionar fácilmente, gracias al intercambio con los países poco industrializados y ricos en materias primas de Europa oriental. Así pues, la nueva construcción de la producción no es algo sobrehumano. Pero la producción capitalista significa que una parte del producto les corresponde a los capitalistas sin que ellos trabajen.

El orden jurídico burgués es el medio que hace posible que tales capitalistas dispongan de esa ganancia como algo natural, gracias a su derecho de propiedad. Mediante este derecho, el capital tiene «aspiraciones» a su ganancia. Lo mismo pasaba antes

de la guerra. Pero la guerra ha incrementado enormemente la aspiración a la ganancia por parte del capital. La deuda estatal tiene hoy casi los mismos miles de millones que antes tenía simplemente de millones. Esto significa que los propietarios de los títulos de deuda pública del Estado aspiran a recibir sin trabajar ante todo sus miles de millones de intereses a cuenta del trabajo de todo el pueblo, en forma de impuestos. En el caso de Alemania además, hay que añadir a todo eso las indemnizaciones de guerra a la Entente, que forman una suma total de 200 o 300 miles de millones, más de la mitad del producto nacional bruto. Esto significa que, de la suma total de la producción, más de la mitad ha de ser pagada a los capitalistas de la Entente y en concepto de indemnizaciones de guerra. Además de eso, está la propia burguesía alemana, que quiere extraer el mayor beneficio posible, para poder acumular nuevo capital. *¿Qué quedará entonces para los obreros?* El trabajador, pese a todo, necesita vivir; pero está claro que en estas circunstancias su manutención bajará hasta el mínimo, mientras que la obtención de todas las ganancias del capital solamente podrá producirse gracias a un trabajo intensivo, a una larguísima jornada laboral, y a métodos refinados de explotación.

La producción capitalista implica ahora un grado de explotación tan alto, que será intolerable y hasta imposible para los obreros. Una reconstrucción de la producción no tiene, en sí misma, mayor dificultad; exige una organización capaz y decidida, así como la colaboración entusiasta de todo el proletariado. Pero una reconstrucción de la producción bajo tan tremenda presión, bajo esta expoliación sistemática, que sólo da a los obreros lo que necesitan minimamente para vivir, es prácticamente imposible. El solo intento ha de fracasar debido a la resistencia y la negativa de los propios obreros, a los que se les desposee de toda perspectiva de seguridad vital, llevando a la

progresiva ruina de toda la economía. Alemania es un ejemplo de cuanto decimos.

Ya durante la guerra, los comunistas reconocieron la imposibilidad de pagar las enormes deudas de guerra y sus intereses, planteando la exigencia de anular las deudas de guerra y las indemnizaciones bélicas. Pero esto no es todo. *¿Hay que anular también los préstamos producidos durante la guerra?* Poca diferencia hay entre un capital que haya sido prestado durante la guerra para la fabricación de cañones o las acciones de una fábrica para la fabricación de láminas o de granadas. Aquí no se puede diferenciar entre las diversas formas del capital, ni reconocer la aspiración del mismo a la ganancia, si se rechaza el resto. Toda ganancia para el capital es una carga para la producción, que dificulta la reconstrucción. Para una economía en una situación tan delicada (1), la tremenda carga de los costes de guerra no solamente es una gran tara, sino cualquier carga en general. Por esta razón, el comunismo, que de entrada rechaza toda aspiración del capital a la ganancia, es el único principio prácticamente realizable. Hay que reconstruir prácticamente la economía de nuevo, sin contar con la ganancia del capital.

El rechazo de la ganancia del capital fue siempre, empero, un axioma también de la socialdemocracia. *¿Cómo lo plantea ahora?* Lucha por la «*socialización*», es decir, por que las industrias sean expropiadas en favor del Estado, pagando a los propietarios por esa expropiación. Esto significa que, una vez más -y esta vez incluso por la mediación del Estado-, hay que pagar una parte del producto del trabajo a estos capitalistas por no haber trabajado. De esta manera, la explotación de los trabajadores por el capital sigue siendo la misma. Dos cosas fueron siempre específicas del socialismo: *la eliminación de la explotación y la regulación social de la producción*. La primera es la meta más

importante para el proletariado, la segunda es el método más razonable para el aumento de la producción, su organización técnica. Pero en los planes de «socialización» que prepara la socialdemocracia sigue existiendo la explotación, y la desprivatización de las industrias lleva tan solo al *capitalismo de Estado* (o *socialismo de Estado*), que hace de los empresarios capitalistas un accionista del Estado. Esta «socialización», tal como ahora la quieren los socialdemócratas, significa por tanto una mentira al proletariado, al que se le muestra tan solo el aspecto exterior del socialismo, mientras que, de hecho, se mantiene en pie la explotación. El fundamento para esta actitud está, sin duda, en el temor ante un agudo conflicto con la burguesía, en una época en que el proletariado está creciendo, pero aún no está en posesión de todas las fuerzas precisas para la lucha revolucionaria. Pero en la práctica, lo que de verdad significa es un intento para reestablecer el capitalismo sobre sus propios pies, desde bases nuevas. Naturalmente, este intento ha de fracasar, puesto que la depauperada economía no tolera donaciones al capital.

Los socialdemócratas de ambas orientaciones quieren, pues, mantener la explotación de los trabajadores por el capital; una línea socialdemócrata quiere hacerlo de manera descarada, la otra hipócritamente; una línea dejando que el capitalismo se desarrolle, la otra impulsando y regulando esa explotación por medio del Estado. Ambas, para el trabajador, tienen esta única solución: *¡Trabaja, trabaja, trabaja aplicadamente, con todas tus fuerzas!* Pues la reconstrucción de la economía capitalista solamente es posible si el proletariado se fuerza a sí mismo a la cota más aguda de explotación.

3. Acción de masas y revolución

Ya antes de la guerra quedó patente el contraste entre comunismo y socialdemocracia, si bien no bajo este nombre. Entonces se trataba de la táctica de lucha. Bajo el nombre de *«radicales de izquierda»* surgió entonces en la socialdemocracia una oposición (de la que nacieron los predecesores del comunismo actual), que defendía la acción de masas frente a los 'radicales' y los revisionistas. En esta disputa quedó claro cómo los portavoces radicales, especialmente Kautsky, defendían una posición contraria a la revolución, tanto en sus opiniones teóricas como en su táctica.

La lucha parlamentaria y sindical había traído a los trabajadores -bajo un capitalismo en potente ascenso- algunas mejoras de su economía, construyendo igualmente un poderoso dique contra las silenciosas tendencias a la pauperización por el capitalismo. Pero, en el último decenio, este dique cedió poco a poco, pese a la fuerte y creciente organización: el imperialismo reforzó el poder patronal y el militarismo debilitó el parlamento, llevando a los sindicatos a la defensiva y preparando la guerra mundial. Estaba claro que los viejos métodos de lucha ya no servían. Instintivamente, las masas se han dado cuenta de ello; en todos los países se las ve participar en acciones, a menudo contra la voluntad de sus dirigentes, o en grandes luchas sindicales, o en huelgas de transportes que paralizan la economía, o en demostraciones de carácter político. A menudo, la irrupción de la revuelta proletaria estalla, quebrando de tal manera la seguridad en sí misma de la burguesía que ésta se ve obligada a hacer concesiones; a menudo, también los movimientos son sofocados con masacres.

Los dirigentes socialdemócratas tratan también de utilizar estas acciones para sus fines políticos; reconocen la utilidad de las huelgas políticas para determinadas metas, solamente a condición de que se reduzcan a los límites previstos, a condición de que comiencen y acaben cuando lo ordenen los dirigentes, y de que siempre permanezcan subordinadas a la táctica de estos dirigentes. De este modo, suelen seguir utilizándose también hoy a veces, pero la mayoría de ellas sin demasiado éxito. La violencia tempestuosa del alzamiento elemental de las masas queda paralizada por la política de compromisos.

Lo que, por lo demás, teme la burguesía dominante, es la inseguridad, el no saber hasta qué punto podría llegar la acción de un movimiento revolucionario, lo cual está ausente, sin embargo, en las acciones de masas «disciplinadas», cuya candidez se anuncia de antemano.

Los marxistas revolucionarios -los posteriores comunistas- se dieron entonces cuenta del carácter limitado de la ideología de la cúpula dirigente socialdemócrata. Vieron que, durante toda la historia, las masas, las clases mismas, habían sido la fuerza motora y activa de todas las acciones. Las revoluciones no surgieron nunca de las decisiones prudentes de líderes reconocidos. Cuando las circunstancias y las situaciones se hicieron insoportables, las masas insurgieron repentinamente, derrocaron a las viejas autoridades y la nueva clase o fracción de clase llegada al poder conformó el Estado o la sociedad según sus necesidades. Sólo durante los últimos 50 años de tranquila evolución capitalista pudo aflorar la ilusión de que los líderes, los sujetos individuales, dirigían la historia según su ilustrada inteligencia. Los parlamentarios en el parlamento, los empleados de la presidencia central, creían que sus hechos, acciones, decisiones, determinaban el curso de los acontecimientos; la

masa que venía detrás de ellos sólo debía actuar cuando se le llamase, ratificar las palabras de sus portavoces y desaparecer luego, rápidamente, de la escena política. La masa tendría que jugar un simple papel pasivo, el de elegir a sus jefes, que son los que actúan dando fuerza activa a la evolución.

Pero si esta creencia se limitaba, en todo caso, a las anteriores revoluciones de la historia, esto aún se hace más claro cuando se toma en consideración la profunda diferencia existente entre una revolución burguesa y una revolución proletaria. En la revolución burguesa, la masa popular de trabajadores y pequeños burgueses sólo se levantó una vez (como en París en febrero de 1848), o se levantó tan sólo de cuando en cuando como en la gran revolución francesa, para echar abajo a la vieja realeza, o a un nuevo poder incontenible como el de los girondinos. Una vez hecho su trabajo, dejaron su lugar a hombres nuevos, representantes de la burguesía, como nuevo gobierno, para remodelar y renovar las instituciones estatales, la constitución, las leyes. El poder proletario de masas era necesario para destruir lo viejo, pero no para construir lo nuevo, pues lo nuevo era la organización de un nuevo poder de clase.

Según este modelo concibieron los socialdemócratas radicales la revolución proletaria, a la que ellos -en contraposición a los reformistas- creyeron necesaria. Un gran levantamiento popular debía acabar con la vieja dominación militar-absolutista y llevar a los socialdemócratas al poder, los cuales se ocuparían del resto, construyendo el socialismo por medio de nuevas leyes. Así pensaban que debía ser la revolución proletaria. Pero esta revolución es algo completamente distinto. *La revolución proletaria es la liberación de las masas de todo poder de clase y de toda explotación.* Esto significa que son ellas las que han de tomar la historia en sus propias manos, a fin de hacerse dueñas

de su propio trabajo. A partir del viejo género humano, limitado a un trabajo esclavo, que sólo piensa en sí y que no ve más allá de su fábrica, han de crearse nuevos hombres, arrogantes, dispuestos a la lucha, de espíritu independiente, transidos de solidaridad, no dejándose engañar por la mentira astuta de las teorías burguesas, regulando el trabajo por si mismos. Este cambio no podrá operarse por un acto revolucionario único, sino que será preciso un largo proceso, en el cual los trabajadores, a través de la necesidad y de amargos desengaños, de ocasionales victorias y de repetidas derrotas, logren poco a poco la fuerza suficiente para conseguir una sólida unidad y la madurez para la libertad y el poder. *Este proceso de lucha es la revolución proletaria.*

La duración de este proceso será diferente según los países y las circunstancias, y depende ante todo de la fuerza de resistencia de la clase dominante. El hecho de que en Rusia se diera en un espacio de tiempo relativamente corto se debió a que la burguesía era débil y a que, gracias a su ligazón con la nobleza campesina, puso a los campesinos de parte de los obreros. La gran posición de poder de la burguesía es la violencia del Estado, la organización violenta de la fuerza con todos los medios del poder a su disposición: ley, escuela, policía, justicia, ejército y burocracia, que tiene en sus manos la dirección de todas las ramas de la vida pública. La revolución es la lucha del proletariado contra este aparato de poder de la clase dominante; el proletariado sólo puede alcanzar su libertad si contrapone a la organización enemiga una organización más fuerte y sólida. El poder estatal y la burguesía pretenden mantener a los trabajadores impotentes, dispersos y acobardados, a fin de romper todo crecimiento de la unidad mediante la violencia y la mentira, para desmoralizarles acerca de la fuerza de sus acciones. Frente a esto, surge la acción de masas de la multitud trabajadora, cuya acción significa la paralización y la

desarticulación de las organizaciones estatales. Mientras estas últimas permanezcan intactas, el proletariado no podrá vencer, pues continuamente actuarán contra él. Así pues, su lucha -si el mundo no quiere concluir en el capitalismo- debe acabar finalmente con la maquinaria estatal destrozada e inerme por las poderosas acciones del proletariado.

Contra esto, Kautsky ya se manifestó antes de la guerra. Según él, el proletariado no debería adoptar esta táctica, que le llevaría a la aniquilación de la violencia compulsiva del Estado, porque él mismo necesita de la presencia del aparato del Estado para sus fines. Todos los ministerios del actual Estado, bajo el poder del proletariado, serían igualmente necesarios a fin de realizar las leyes al servicio de los trabajadores. El objetivo del proletariado no debería ser la destrucción del Estado, sino su conquista. La cuestión de cómo habría que crear la organización del poder del proletariado vencedor -si sería una continuación del Estado burgués, como Kautsky pensaba, o si sería una organización completamente nueva- quedaba así planteada. Pero las teorías socialdemócratas, tal y como fueron formuladas y propagadas por Kautsky desde hace treinta años, sólo hablaban de economía y capitalismo, a partir de los cuales habría de surgir el socialismo «necesariamente»; el «cómo» de todo esto nunca fue formulado y, por ello, la cuestión de las relaciones entre Estado y revolución no fue respondida por entonces. Sólo más tarde lo fue. De todos modos, la oposición entre las teorías socialdemócratas y las comunistas ya quedaba clara en lo referente a la revolución.

Para los socialdemócratas, la revolución proletaria es un único acto, un movimiento popular que destruye el viejo poder y pone a los socialdemócratas en la cumbre del Estado, en los puestos del gobierno. La caída de los Hohenzollern en Alemania

el 7 de noviembre de 1918 es para ellos una pura revolución proletaria, que solamente llegó a alcanzar tan fácilmente el triunfo gracias a la circunstancia especial de que la vieja compulsión acabó por causa de la guerra. Para los comunistas, esta revuelta solamente podía tener el sentido del *inicio* de una revolución proletaria, que, al suprimir la vieja compulsión, abría el camino a los trabajadores para terminar con el viejo orden y construir su organización de clase. En realidad, los trabajadores se dejaron dirigir por la socialdemocracia y ayudaron a reconstruir el poder del Estado tras su parálisis: siguen estando todavía en una época de luchas difíciles.

Para Kautsky y sus amigos, Alemania es una auténtica república socialdemócrata en donde los trabajadores, si bien no gobiernan, al menos colaboran en el gobierno -Noske y su aparato represivo son tan sólo defectos de estética-. Ciertamente, aún no deben contar con que estén en el socialismo. Kautsky ha repetido continuamente que, según la concepción marxista, la revolución social no se realizará de una vez, sino que es un largo proceso histórico: el capitalismo no estaría aún maduro para la revolución económica. Esto quiere decir, con otras palabras, que, aunque la revolución proletaria tuvo lugar, los proletarios deben dejar explotarse al viejo modo y sólo lentamente deben ir estatalizando algunas grandes industrias. O, con palabras más secas: en lugar de los viejos ministros, han ocupado la cumbre del Estado los socialdemócratas; pero el capitalismo sigue siendo el mismo junto con su explotación.

Este es el sentido práctico de la aspiración socialdemócrata, según el cual tras un alzamiento proletario, revolucionario, hecho de una vez, debería producirse un proceso más largo de socialización, de revolución social. Frente a esto, el comunismo afirma que la revolución proletaria, la toma de la propiedad por

el proletariado, es un proceso muy lento en la lucha de masas, mediante el cual el proletariado va elevándose al poder y arrinconando la vieja maquinaria del Estado. En el punto de inflexión de esta lucha, cuando los trabajadores tomen el poder, se acabará con la explotación en un breve proceso, se proclamará inmediatamente la supresión de toda aspiración a ganancia sin trabajar, y se iniciará la nueva base jurídica para la reconstrucción de la economía en el sentido de un mecanismo de producción organizado de forma consciente y de acuerdo con unos objetivos.

4. Democracia y parlamentarismo

La doctrina socialdemócrata nunca se ocupó del problema de saber de qué formas políticas se serviría su poder después de haberlo alcanzado. El comienzo de la revolución proletaria ha dado la respuesta práctica a esta cuestión, gracias a los hechos. Esta praxis de la revolución que comienza ha elevado enormemente nuestra capacidad de penetración en la esencia y el camino de la revolución; ha aclarado enormemente nuestras intuiciones y proporcionado nuevas perspectivas sobre aquello que antes estaba difuminado en la lejana neblina. Estas nuevas intuiciones constituyen la más importante diferencia que existe entre la socialdemocracia y el comunismo. Si el comunismo, en los puntos hasta ahora considerados, significaba el respaldo fiel y la continuación correcta de las mejores teorías socialdemócratas, ahora, gracias a sus nuevas perspectivas, se eleva más allá de las viejas teorías del socialismo. El marxismo experimenta en esta teoría del comunismo una ampliación y enriquecimiento importantes.

Hasta el presente, sólo unos pocos habían sido conscientes de que la socialdemocracia radical se había distanciado mucho de las opiniones de Marx en su concepción del Estado y la revolución -sobre lo que, por lo demás, nadie hablaba ni discutía nunca-. Entre estos pocos estaba en primer lugar Lenin. Sólo la victoria de los bolcheviques en 1917, y su disolución de la Asamblea Nacional poco después, mostró a los socialistas de Europa occidental que allí estaba surgiendo un nuevo principio. Y en el escrito de Lenin «*El Estado y la Revolución*», que fuera redactado en el verano de 1917 -si bien en Europa occidental sólo se conoció al año siguiente- se encontraban las bases de la teoría socialista del Estado en conexión con las afirmaciones de Marx.

La oposición entre socialdemocracia y socialismo de que estamos hablando se expresa frecuentemente con el lema «*Democracia o Dictadura*». Pero también los comunistas consideran su sistema como una forma de democracia. Cuando los socialdemócratas hablan de la democracia, se refieren a la democracia aplicada al parlamentarismo; lo que ellos impugnan es la democracia *parlamentaria* o *burguesa*. *¿Qué quiere decir esto?*

Democracia significa gobierno popular, autogobierno del pueblo. Las masas populares mismas deben regular sus propios asuntos y disponer sobre ellos. *¿Es este el caso?* Todo el mundo sabe que no. El aparato del Estado domina y reglamenta todo, rige al pueblo, que es su súbdito. Prácticamente, el aparato estatal se compone de la totalidad de empleados y militares. Ciertamente, en toda cuestión comunitaria existen, de modo necesario, empleados para la realización de las funciones administrativas; pero en nuestro Estado los servidores del pueblo han pasado a ser sus amos. La socialdemocracia es de la opinión de que, la democracia parlamentaria, por ser aquella en la que el pueblo elige su gobierno, está en disposición -si se elige a la gente adecuada- de realizar el autogobierno del pueblo.

Lo que ocurre en la realidad, lo prueba claramente la experiencia de la nueva República alemana. Está fuera de duda que la masa de trabajadores no quiere volver a ver el triunfo del capitalismo. Ahora bien, en las elecciones no hubo limitación de la democracia, no existió terrorismo militar, todos los órganos de la reacción quedaron impotentes, y pese a todo el resultado es un restablecimiento de la vieja opresión y explotación, el mantenimiento del capitalismo. Los comunistas ya advirtieron de ello y previeron que, por la vía de la democracia parlamentaria, no sería posible una liberación de los trabajadores de su explotación por el capital.

La masa popular expresa su poder en las elecciones. El día de las elecciones, la masa es soberana, puede imponer su voluntad por medio de la elección de sus representantes. En este único día, es señora. Pero *¡ay si no elige a sus representantes correctos!* Durante todo el período que dure la elección parlamentaria, está impotente. Una vez elegidos, los diputados, los parlamentarios, pueden decidir sobre todo. Esta democracia no es un gobierno del pueblo mismo, sino un gobierno de parlamentarios, que son casi independientes de las masas. Para hacerles depender en mayor medida pueden plantearse propuestas, por ejemplo nuevas elecciones cada año, o algo aún más radical, el derecho a la deposición (nuevas elecciones obligatorias, si un determinado número de electores lo pide); pero, naturalmente, estas propuestas no las realiza nadie. Ciertamente, los parlamentarios no pueden hacer y deshacer a su completo antojo, pues cuatro años después han de volver a presentarse como candidatos. Pero durante ese tiempo manipulan de tal modo a la masa, la acostumbran a tratar con fórmulas tan globales y con frases tan demagógicas, que no se produce en absoluto un juicio crítico por parte de ella. *¿Realmente los electores, en el día de las elecciones, se dan a sí mismos un representante adecuado, que hace en su nombre lo que ellos le encargan?* No; sólo eligen entre varias personas, previamente

seleccionadas por los partidos políticos y aireadas en los periódicos de esos partidos.

Pero pongamos el caso de que una gran multitud de personas sean elegidas por las masas como los verdaderos representantes de sus intenciones y enviados al parlamento. Se reúnen allí, y pronto advierten que el parlamento no gobierna; sólo tiene por misión decidir las leyes, pero no realizarlas. *En el Estado burgués existe una separación entre el poder que da la ley y el que la pone en ejecución.* El parlamento está sólo en posesión del primero, el control es del segundo; el poder verdadero, el de realizar las leyes, está en manos de la burocracia, de las oficinas, en cuya cima se encuentra el gobierno en calidad de alta autoridad. Esto significa que, en los países democráticos, las personas de esos gobiernos, los ministros, son designados por la mayoría parlamentaria. Pero, en realidad, no son elegidos, son nominados tras las bambalinas, con marrullería y tranca, por los dirigentes de los partidos con mayoría parlamentaria. Aunque todavía hubiese algo de voluntad popular en el parlamento, donde desde luego no la hay es en el gobierno.

En las personas de este gobierno, la voluntad popular se encuentra solamente -y ello de forma debilitada y mezclada con otras influencias- con el burocratismo, que rige y domina inmediatamente al pueblo. Pero los ministros son poco más que impotentes frente a las organizaciones de la burocracia, a ellos *nominalmente* subordinadas. La burocracia tiene en sus manos todos los hilos de la situación y es ella quien hace el trabajo, no los ministros. Es ella la que sigue en el buró y continúa en su sitio cuando vienen los políticos siguientes. Se entrega a los ministros que la defienden en el parlamento y que recaudan dinero para ella, pero si actuaran en su contra, les haría la vida imposible.

Esto es todo lo que significa la concepción socialdemócrata de que los trabajadores podrían llegar al poder y derribar el capitalismo mediante el dominio adecuado del

derecho electoral general. *¿O es que puede haber quien crea que todos estos oficinistas, presidentes, asesores secretos, jueces, oficiales y suboficiales, serían capaces de cambiar algo en orden a la liberación del proletariado por la gracia de los Ebert y Scheidemann, o los Dittmann y Ledebour?* La burocracia, en sus escalones más altos, pertenece a la misma clase explotadora, y en los grados medios, así como en los más bajos, existe una posición segura y privilegiada con respecto a la población restante. Por esto se siente solidaria con la capa dirigente que pertenece a la burguesía, y está unida a ella por los mil invisibles lazos de la educación, el parentesco y el contacto.

Los dirigentes socialdemócratas pueden haber llegado a creerse que ellos, de ocupar el lugar de los ministros anteriores, podrían preparar el camino para el socialismo mediante nuevas leyes. Pero, en realidad, nada ha cambiado en el aparato del Estado y el sistema de poder mediante este cambio de personal en el gobierno. Y el hecho de que estos señores no lo quieren reconocer se muestra en que ellos solamente se han preocupado de ocupar para sí los puestos gubernamentales, creyendo que, con este cambio de personas, han hecho ya la revolución. Esto se ve igualmente claro en el hecho de que, las mismas organizaciones modernas creadas por el proletariado, tienen bajo su dirección a pequeña escala el mismo carácter y tufillo estatal: los antiguos servidores, ahora funcionarios, se han erigido en nuevos señores; han creado una burocracia sólida, con sus propios intereses, que tiene -de forma cada vez más acentuada- el carácter de los parlamentos burgueses en los plenos de sus respectivos partidos y asociaciones, que expresan solamente la impotencia de sus masas de afiliados.

¿Decimos con esto que la utilización del parlamento y la lucha por la democracia es una táctica falsa de la socialdemocracia? Todos sabemos que, bajo un poderoso y aún intocado capitalismo, la lucha parlamentaria puede ser un medio para sacudir y despertar la conciencia de clase, y de hecho así lo ha sido, incluso lo fue para

Liebknecht durante la guerra. Pero, por esta razón, no hay que pasar por alto el carácter propio del parlamentarismo democrático. Ha apaciguado la combatividad de las masas, les ha hecho creer falsamente que ellas eran las que dominaban la situación y ha rechazado cualquier pensamiento de combate que pudiera haber en ellas. Ha prestado al capitalismo servicios inconmensurables, permitiéndole una evolución tranquila y sin sobresaltos. Naturalmente, hubo de adoptar la especialmente dañina fórmula del engaño y de la demagogia en la lucha parlamentaria, para poder cumplir su meta de enajenar a la población. Y ahora la democracia parlamentaria proporciona al capitalismo un servicio aún mayor, en la medida que pone a las organizaciones obreras al servicio del mantenimiento del capitalismo.

El capitalismo se ha debilitado de una forma tan considerable, física y moralmente, durante la guerra mundial, que solamente podrá mantenerse si los propios trabajadores le ayudan de nuevo a sostenerse sobre sus propios pies. Los dirigentes obreros socialdemócratas son elegidos como ministros, porque solamente la autoridad heredada de su partido y la falsa imagen del socialismo prometido podrán mantener tranquilos a los obreros, hasta que el viejo orden estatal vuelva a ser suficientemente fortalecido. *Este es el papel y la finalidad de la democracia, de la democracia parlamentaria, en esta época en que no se trata de traer el socialismo, sino de frenarlo.* La democracia no puede liberar a los trabajadores, sólo puede esclavizarles más, desviando su atención del auténtico camino de la liberación; no fomenta, sino que frena, la revolución, fortaleciendo la capacidad de resistencia de la burguesía y haciendo más difícil, larga y costosa para el proletariado la lucha por el socialismo.

5. La democracia proletaria o el sistema de consejos

La socialdemocracia pensaba que la conquista del poder político por el proletariado debería darse a través una toma del poder del aparato estatal por el partido obrero. Para ello el socialismo debía dejarlo intacto, ponerlo al servicio de la clase trabajadora. Esto lo pensaban también los marxistas, entre ellos Kautsky. Pero el propio Marx se expresaba de manera muy distinta.

Marx y Engels vieron en el Estado la violenta maquinaria de opresión, erigida a sí misma en capa dominante (3), y que en el siglo XIX alcanzó una posición tanto más prominente cuanto mayor era el apoyo que el proletariado le prestaba. Marx consideró que la tarea del proletariado era la destrucción de ese aparato estatal y la creación de órganos de administración completamente nuevos. Sabía muy bien que el Estado ejerce muchas funciones, que vistas desde fuera van en provecho del interés general -seguridad, tráfico comercial, enseñanza, administración-, pero también sabía que todas estas actividades servían a la gran meta de velar por el interés del capital, de asegurar el poder del capital. Por esto no podía caer en la fantasía de que esta máquina de represión llegase a convertirse en órgano de la liberación popular, manteniendo sus restantes metas. *El proletariado había de darse a sí mismo el instrumento de su liberación.*

Cómo se aparecería este instrumento no podía determinarse antes de que dicho instrumento apareciese; sólo la praxis podría mostrarlo. Por primera vez, esto fue posible en la Comuna de París de 1871, cuando el proletariado hubo conquistado el poder del Estado. En la Comuna, los ciudadanos de París y los trabajadores eligieron un parlamento según el viejo modelo, pero ese parlamento se convirtió inmediatamente en

algo distinto a nuestro parlamento. No servía para entretener al pueblo con bellas palabras y para dejar que una pequeña camarilla de señores y capitalistas mantuviesen sus propiedades privadas; los hombres que se reunieron en el nuevo parlamento tuvieron que regular y administrar todo públicamente para el pueblo. Lo que era una corporación parlamentaria se transformó en una corporación de trabajo; se dividió en comisiones, que se encargaron por sí mismas de la confección de las nuevas leyes. De este modo, desapareció la burocracia como clase especial, independiente y dominadora del pueblo, quedando suprimida la separación entre el poder legislativo y el ejecutivo. Las personas que llegaron a los puestos más altos ante el pueblo eran a la vez elegidas y representantes que el propio pueblo se dio directamente a sí mismo, y que en todo momento quedaban sujetas a revocabilidad.

El corto período de vida de la Comuna de París no permitió desarrollar completamente esta nueva concepción; surgió, por así decirlo, instintivamente, y su febril lucha agitativa y la genial perspicacia de Marx hizo que ella fuera reconocida como germen de las formas futuras del poder estatal del proletariado (4). Un nuevo e importante paso se dio en el año 1905 en Rusia, con la fundación de los *consejos*, los *soviets*, como órganos de expresión del proletariado en lucha. Estos órganos no conquistaron el poder político, aunque el consejo obrero central de San Petersburgo tuviera la dirección de la lucha, y a veces de forma crucial. Cuando en el año 1917 surgió la nueva revolución, los *soviets* se erigieron de nuevo inmediatamente en los órganos del poder proletario. Con la revolución de noviembre tomaron en sus manos el poder político y dieron el ejemplo histórico, por segunda vez, de un poder proletario estatal. En el ejemplo ruso, pues, hay que reconocer las formas y principios políticos más claros de que el proletariado precisa para la realización del socialismo. *Son los principios del comunismo frente a los de la socialdemocracia.*

El primer principio es el de la *dictadura del proletariado*. Marx predijo entonces, y mencionó muy a menudo, que el proletariado, inmediatamente después de su toma del poder, habría de establecer su *dictadura*. *Dictadura* significaba *poder obrero*, con exclusión de las otras clases. Esta afirmación levantó mucho griterío: la justicia prohíbe semejante dictadura, que privilegia a determinados grupos frente a otros que quedan fuera de la ley, y exige por el contrario la democracia y la igualdad jurídica para todos. Pero aquí no se trata de eso: *cada clase entiende por justicia y por derecho lo que es bueno o malo para ella*; el explotador se queja por la injusticia cuando se le pone una herramienta en la mano. En otros tiempos, cuando el orgulloso señorito o el rico e instruido burgués despreciaban con cara de asco la igualdad política y los derechos políticos para los esclavos que trabajaban en los peores, más pisoteados y degradantes trabajos, en esos tiempos fue una señal llena de significación, para la honra de los hombres que se alzaban, cuando en su calidad de proletarios se opusieron al estado de cosas y dijeron: *nosotros tenemos el mismo derecho que vosotros*.

El principio de la democracia fue la expresión de la primera autoconciencia creciente de la clase trabajadora, que aún no se atrevía a decir: *yo no era nada, pero quiero serlo todo*. Si la comunidad de todos los trabajadores quiere regir y decidir por sí misma todas las tareas públicas, bajo su responsabilidad, ¿han de hablarme entonces de un derecho «*natural*» o caído del cielo todos los criminales, ladrones, rateros, todos los que comen del prójimo, todos los logreros de guerra, los estraperlistas, los terratenientes, los prestamistas, los rentistas, todos los que viven a costa del trabajo ajeno sin realizar un trabajo propio? Si es cierto que cada cual posee un derecho *natural* a administrar la política, no es menos cierto que todo el mundo tiene un derecho *natural* a vivir y a no morir de hambre. Y si para realizar lo segundo hay que poner freno a lo primero, entonces nadie debe ver herido su sentimiento democrático.

El comunismo no se basa en un cierto derecho abstracto, sino en la necesidad del orden social. El proletariado tiene la tarea de organizar de forma socialista la producción social y de regular de nuevo el trabajo. Pero, entonces, se tropieza con la resistencia enorme de la clase dominante. Esta hará todo lo posible por evitar e impedir el nuevo orden: por esta razón, la clase dominante debe quedar excluida de toda influencia política. Pues si una clase quiere ir para adelante y la otra para atrás, el carro no sale de su atasco y el resultado es la mutua paralización. Durante la primera época del capitalismo, en que aún necesitaba subir y fortalecerse, la burguesía edificó su dictadura sobre la base de un censo de elegibilidad. Luego se vio obligada y hubo de pasar a la democracia, otorgando la apariencia de igualdad de derechos con los trabajadores, lo que tranquilizó a éstos; pero esta forma democrática no afectó a la auténtica dictadura de clase de la burguesía, sino que sólo la encubrió, si bien dio la oportunidad al proletariado en auge de reunirse y reconocer sus intereses de clase.

Tras la victoria inicial del proletariado, la burguesía sigue disponiendo de tantos medios de poder, de naturaleza material y espiritual, que trata ostensiblemente de trabar la obra del nuevo ordenamiento, y acaso podría llegar a paralizarlo si se le dejase plena libertad de movimientos políticos. Se hará necesario, por lo tanto, tener maniatada a esta clase con las medidas de poder más fuertes, y castigar sin consideración, como crimen gravísimo contra los intereses vitales del pueblo, todo intento de frenar o impedir la nueva organización de la economía.

Ahora bien, podría parecer que la exclusión de una determinada clase tiene siempre el carácter de un capricho injustificado y artificial. Desde la perspectiva del sistema parlamentario, puede ser. Pero, dada la especial organización del Estado proletario, el *sistema de consejos* hace que, por así decirlo, todos los explotadores y parásitos queden autoexcluidos por si

mismos, de manera automática, de la participación en la regulación de la sociedad.

El sistema de consejos forma el segundo principio del orden comunista. En el sistema de consejos, la organización política se construye sobre el proceso económico de trabajo. El parlamentarismo descansa en el individuo en su calidad de ciudadano del Estado. Esto tuvo históricamente su justificación, pues originariamente la sociedad burguesa se componía de productores iguales uno respecto al otro, cada uno de los cuales producía sus mercancías por si mismo y formaban, mediante la totalidad de sus pequeños negocios, el proceso de producción total. Pero en la sociedad moderna, con sus gigantescas organizaciones y sus antagonismos de clase, esta base se vuelve cada vez más anacrónica. Con razón, desde este punto de vista, los teóricos del sindicalismo francés (por ejemplo Lagardelle) han criticado agudamente el parlamentarismo. La teoría parlamentaria ve en cada hombre en primer lugar al ciudadano del Estado, y como tales, los individuos pasan de este modo a ser entidades abstractas, iguales las unas a las otras. Pero el hombre real y concreto es un trabajador. Su actividad es el contenido práctico de su vida, y las actividades de todos forman el conglomerado del proceso de trabajo social.

No el Estado y la política, sino la sociedad y el trabajo, constituyen la gran comunidad vital del hombre. Para reunir a los hombres en agrupamientos, la praxis política parlamentaria divide el Estado en círculos electorales; pero los hombres que se dan cita en un círculo, obreros, rentistas, buhoneros, fabricantes, terratenientes, miembros de todas clases y oficios, llamados a concilio por la cuestión puramente casual de su lugar de residencia, no pueden en absoluto hacerse representar comunitariamente en su interés y voluntad comunes, puesto que no tienen nada en común. Los grupos naturales son los grupos de producción, los trabajadores de una fábrica, de una actividad,

los campesinos de una aldea, y, en un espectro más amplio, las clases.

Ciertamente, determinados partidos políticos logran reclutar gente principalmente a partir de determinadas clases, a las que representan, pero sólo de una forma deficiente. La pertenencia a un partido es, en primer lugar, un asunto de perspectivas políticas, no de clase: gran parte del proletariado buscó siempre a sus representantes fuera de la socialdemocracia.

La nueva sociedad hace del trabajo y su organización la meta consciente y la base de toda la vida política. La política es el orden externo de la vida económica. Bajo el capitalismo, esto se expresa de forma oculta, pero en la sociedad venidera tendrá su expresión reconocida y patente, cuando sus portavoces lo sean de hombres agrupados en su trabajo natural. Los trabajadores de una industria eligen a uno de entre ellos como representante de su voluntad, el cual permanece en contacto continuo con ellos, siendo en todo momento sustituible por otro. Los delegados deciden sobre todo lo que es de su competencia, e igualmente discuten juntos en todo lo relativo a su oficio, su entorno, y demás. De ellos surgen las instancias directivas centrales en cada sitio.

En este organismo no hay lugar para ningún tipo de representación de la burguesía; quien no trabaja como miembro de un grupo de producción, queda automáticamente fuera de la posibilidad de decidir, sin que necesite ser excluido por votaciones artificiales. Por el contrario, el antiguo burgués, que colabora en la nueva sociedad según sus capacidades, por ejemplo como director de fábrica, dejará oír su voz en las asambleas de fábrica y podrá decidir lo mismo que cualquier otro trabajador. Las profesiones que tienen por objeto una función cultural general, como la de maestro o de médico, tienen sus propios consejos, que deciden en sus respectivos terrenos de la educación y la sanidad con los representantes de esos trabajos,

que resultan así gestionados y regulados por todos. En el terreno social, el medio es la autogestión y la organización desde abajo, a fin de poner en movimiento a todas las fuerzas del pueblo para la gran tarea tomada como meta; arriba, estas fuerzas del pueblo se reúnen en una dirección central, que garantiza su uso adecuado.

El *sistema de consejos* es una organización estatal sin la burocracia de funcionarios que hacen del Estado un poder ajeno y enajenante del pueblo. En el *sistema de consejos* se hace realidad el aserto de Friedrich Engels de que *el poder sobre las personas deja su lugar a la administración de las cosas*. Los puestos de funcionarios (siempre necesarios para la administración) que no sean especialmente importantes serán accesibles a todos tras una adecuada formación popular. La auténtica administración está en manos de los delegados elegidos, revocables en todo momento, y que trabajan por el mismo salario de un obrero. Puede que en un período de transición este principio no se lleve a efecto de forma total y perfecta, pues la capacidad necesaria no se encontrará en todo momento en cada delegado; pero cuando la prensa burguesa ensalza intencionadamente, hasta límites grotescos, la capacidad del actual burocratismo, entonces tenemos que remitirnos al hecho de que, en noviembre de 1918, los consejos de trabajadores y soldados superaron tareas enormemente difíciles, ante las que la burocracia estatal y militar no sabía qué hacer.

Dado que en los consejos se unifican la capacidad de dirigir y la de ejecutar, ya que los mismos delegados han de practicar lo que deciden, no queda espacio ni para el burocratismo, ni para el profesionalismo político, órganos ambos del poder estatal burgués. La meta de todo partido político, es decir, de toda organización de políticos profesionales, es el lograr tomar en sus propias manos la máquina del Estado; esa meta es extraña al Partido Comunista. La finalidad de éste no

es conquistar el poder para sí, sino el mostrar la meta y el camino al proletariado en lucha, mediante la difusión de los principios comunistas, a fin de establecer el sistema de consejos obreros.

En este punto, en suma, están en contraposición la *socialdemocracia* y el *comunismo* a respecto a sus metas prácticas inmediatas: la primera busca la reorganización del viejo Estado burgués; el segundo, un nuevo sistema político.

El acto personal (1933)

El incendio del Reichstag por Van Der Lubbe ha dado lugar a las más divergentes opiniones. En los órganos de la izquierda comunista (como Spartacus, De Radencommunist), el incendio es aprobado como un acto de un revolucionario comunista. Aprobar y aplaudir tal acto significa abogar por su repetición. Por lo tanto se vuelve necesario apreciar integralmente su utilidad.

Quizás el significado del incendio fue afectar o debilitar a la clase dominante: la burguesía. En esto no puede haber dudas. La burguesía no fue afectada en lo más mínimo por el incendio del Reichstag; su dominación no fue debilitada de ninguna manera. Por el contrario, para el gobierno, fue una ocasión para reforzar considerablemente su terror contra el movimiento obrero. Todavía es necesario enfatizar las consecuencias indirectas.

Pero aun si tal acto afecta o debilita a la burguesía, la única consecuencia es desarrollar la convicción en los obreros de que sólo actos individuales como ese pueden liberarlos. La verdad que los obreros deben asimilar es que sólo la acción de masas de la clase obrera como un todo puede derrotar a la burguesía. Este principio básico del comunismo revolucionario permanecerá, en este caso, oculto para ellos. Su accionar independiente como clase será olvidado. En vez de concentrar todas sus fuerzas en la propaganda entre las masas trabajadoras, las minorías revolucionarias dispersarán sus fuerzas en actos personales que, aun si tales actos son llevados a cabo por un grupo dedicado con muchos miembros, no son capaces de hacer fallar la dominación de clase. Con sus considerables fuerzas de represión, la burguesía podría ir fácilmente tras ese grupo. Raramente ha existido un grupo revolucionario minoritario que llevara a cabo acciones con

más devoción, sacrificio y energía que los nihilistas rusos de hace medio siglo. En algunos momentos, hasta parecía que mediante una serie de atentados bien organizados, los nihilistas podrían derrocar al zarismo. Pero un detective francés, contratado para llevar adelante la lucha anti-terrorista en lugar de la incompetente policía rusa, tuvo éxito mediante su energía personal y su organización occidental en destruir al nihilismo en sólo unos pocos años. Fue sólo entonces cuando se desarrolló un movimiento de masas que finalmente derrocó al zarismo.

¿Es posible, sin embargo, que tales actos personales valgan como forma de protesta contra el electoralismo abyecto, que desvía a los obreros de su verdadera pelea?

Una protesta sólo tiene valor si surge de la convicción, produce una fuerte impresión, o desarrolla conciencia. ¿Pero quien cree que un obrero que defiende sus intereses votando a los socialdemócratas o a los comunistas dudará del electoralismo porque alguien haya incendiado el Reichstag? Este es un argumento totalmente irrisorio, similar a lo que la misma burguesía hace para librar a los obreros de sus ilusiones, volviendo al Reichstag totalmente impotente, disolviéndolo, dejando a un lado el proceso de decisión. Los camaradas alemanes dijeron que esto sólo podía ser positivo ya que la confianza de los obreros en el parlamentarismo recibirá un gran golpe. Sin duda, ¿pero no es esta una manera demasiado simplista de encarar las cosas? En tal caso, las ilusiones democráticas serán redirigidas hacia otra ruta. Cuando no hay derecho a un voto generalizado o donde el parlamento es débil, la conquista de la verdadera democracia es un objetivo avanzado y los obreros se convencen de que sólo llegarán a esa conquista mediante su acción colectiva. De hecho, la propaganda sistemática dirigida a explicar cada evento desde el principio y a entender el verdadero significado del parlamento y la lucha de clases, siempre permanece como el punto principal.

¿Acaso el acto personal puede ser una señal, dar el empujón final que ponga en marcha, mediante el ejemplo radical, a esta inmensa lucha?

Ciertamente existe un funcionamiento actual en la historia donde las acciones individuales, en momentos de tensión, actúan como chispas en un depósito de pólvora. Pero la revolución proletaria no es nada parecido a una explosión en un depósito de pólvora. Aun si el Partido Comunista lucha por convencerse a sí mismo y al mundo de que la revolución puede estallar en cualquier momento, nosotros sabemos que el proletariado todavía debe darse a sí mismo una nueva forma para pelear como masa. Todavía puede percibirse en estas visiones un cierto romanticismo burgués. En las anteriores revoluciones burguesas, la burguesía ascendió con el pueblo detrás de ella y se encontró a sí misma en confrontación contra los soberanos y su opresión arbitraria. Un atentado en la persona de un rey o de un ministro podía ser la señal de la revuelta. La visión actual en la que un acto personal podría poner a las masas en movimiento se revela a sí misma como una concepción burguesa de jefe; no un líder de un partido elegido, sino un jefe que se designa a sí mismo y quien, por sus acciones, lidera a las masas pasivas. La revolución proletaria no encuentra nada en este anacrónico romanticismo del líder; una clase, propulsada por enormes fuerzas sociales, debe ser la fuente de toda la iniciativa.

Pero la masa, después de todo, está compuesta de individuos, y las acciones de la masa contienen un cierto número de acciones personales. Ciertamente, es aquí donde encontramos el verdadero valor del acto personal. Separado de la acción de masas, el acto de un individuo que piensa que puede realizar por sí solo algo grandioso es inútil. Pero como parte de un movimiento de masas, el acto personal tiene la más alta importancia. Los obreros en lucha no son un regimiento de marionetas idénticas en coraje sino que están compuestos por

fuerzas de diferentes naturalezas concentradas en el mismo objetivo, su movimiento es irresistible. En este cuerpo, la audacia del más valiente encuentra el tiempo y el lugar para expresarse en actos personales de coraje, cuando la clara comprensión de los otros los llevan hacia un objetivo adecuado para no perder lo conquistado. De la misma manera, en un movimiento en ascenso, esta interacción de fuerzas y actos es de gran valor cuando es guiada por una clara comprensión que anima, en este momento, a los obreros, lo cual es necesario para desarrollar su combatividad. Pero en este caso, demasiada tenacidad, audacia y coraje será convocada, por lo que no será necesario quemar un parlamento.

La destrucción como método de lucha (1933)

El incendio del Reichstag por Van Der Lubbe ha dado lugar a las más divergentes opiniones. En los órganos de la izquierda comunista (como Spartacus, De Radencommunist), el incendio es aprobado como un acto de un revolucionario comunista. Aprobar y aplaudir tal acto significa abogar por su repetición. Por lo tanto se vuelve necesario apreciar integralmente su utilidad.

Quizás el significado del incendio fue afectar o debilitar a la clase dominante: la burguesía. En esto no puede haber dudas. La burguesía no fue afectada en lo más mínimo por el incendio del Reichstag; su dominación no fue debilitada de ninguna manera. Por el contrario, para el gobierno, fue una ocasión para reforzar considerablemente su terror contra el movimiento obrero. Todavía es necesario enfatizar las consecuencias indirectas.

Pero aun si tal acto afecta o debilita a la burguesía, la única consecuencia es desarrollar la convicción en los obreros de que sólo actos individuales como ese pueden liberarlos. La verdad que los obreros deben asimilar es que sólo la acción de masas de la clase obrera como un todo puede derrotar a la burguesía. Este principio básico del comunismo revolucionario permanecerá, en este caso, oculto para ellos. Su accionar independiente como clase será olvidado. En vez de concentrar todas sus fuerzas en la propaganda entre las masas trabajadoras, las minorías revolucionarias dispersarán sus fuerzas en actos personales que, aun si tales actos son llevados a cabo por un grupo dedicado con muchos miembros, no son capaces de hacer fallar la dominación de clase. Con sus considerables fuerzas de represión, la burguesía podría ir fácilmente tras ese grupo. Raramente ha existido un

grupo revolucionario minoritario que llevara a cabo acciones con más devoción, sacrificio y energía que los nihilistas rusos de hace medio siglo. En algunos momentos, hasta parecía que mediante una serie de atentados bien organizados, los nihilistas podrían derrocar al zarismo. Pero un detective francés, contratado para llevar adelante la lucha anti-terrorista en lugar de la incompetente policía rusa, tuvo éxito mediante su energía personal y su organización occidental en destruir al nihilismo en sólo unos pocos años. Fue sólo entonces cuando se desarrolló un movimiento de masas que finalmente derrocó al zarismo.

¿Es posible, sin embargo, que tales actos personales valgan como forma de protesta contra el electoralismo abyecto, que desvía a los obreros de su verdadera pelea?

Una protesta sólo tiene valor si surge de la convicción, produce una fuerte impresión, o desarrolla conciencia. ¿Pero quien cree que un obrero que defiende sus intereses votando a los socialdemócratas o a los comunistas dudará del electoralismo porque alguien haya incendiado el Reichstag? Este es un argumento totalmente irrisorio, similar a lo que la misma burguesía hace para librar a los obreros de sus ilusiones, volviendo al Reichstag totalmente impotente, disolviéndolo, dejando a un lado el proceso de decisión. Los camaradas alemanes dijeron que esto sólo podía ser positivo ya que la confianza de los obreros en el parlamentarismo recibirá un gran golpe. Sin duda, ¿pero no es esta una manera demasiado simplista de encarar las cosas? En tal caso, las ilusiones democráticas serán redirigidas hacia otra ruta. Cuando no hay derecho a un voto generalizado o donde el parlamento es débil, la conquista de la verdadera democracia es un objetivo avanzado y los obreros se convencen de que sólo llegarán a esa conquista mediante su acción colectiva. De hecho, la propaganda sistemática dirigida a explicar cada evento desde el principio y a

entender el verdadero significado del parlamento y la lucha de clases, siempre permanece como el punto principal.

¿Acaso el acto personal puede ser una señal, dar el empujón final que ponga en marcha, mediante el ejemplo radical, a esta inmensa lucha?

Ciertamente existe un funcionamiento actual en la historia donde las acciones individuales, en momentos de tensión, actúan como chispas en un depósito de pólvora. Pero la revolución proletaria no es nada parecido a una explosión en un depósito de pólvora. Aun si el Partido Comunista lucha por convencerse a sí mismo y al mundo de que la revolución puede estallar en cualquier momento, nosotros sabemos que el proletariado todavía debe darse a sí mismo una nueva forma para pelear como masa. Todavía puede percibirse en estas visiones un cierto romanticismo burgués. En las anteriores revoluciones burguesas, la burguesía ascendió con el pueblo detrás de ella y se encontró a sí misma en confrontación contra los soberanos y su opresión arbitraria. Un atentado en la persona de un rey o de un ministro podía ser la señal de la revuelta. La visión actual en la que un acto personal podría poner a las masas en movimiento se revela a sí misma como una concepción burguesa de jefe; no un líder de un partido elegido, sino un jefe que se designa a sí mismo y quien, por sus acciones, lidera a las masas pasivas. La revolución proletaria no encuentra nada en este anacrónico romanticismo del líder; una clase, propulsada por enormes fuerzas sociales, debe ser la fuente de toda la iniciativa.

Pero la masa, después de todo, está compuesta de individuos, y las acciones de la masa contienen un cierto número de acciones personales. Ciertamente, es aquí donde encontramos el verdadero valor del acto personal. Separado de la acción de masas, el acto de un individuo que piensa que puede realizar por sí solo algo grandioso es inútil. Pero como parte de un movimiento de masas, el acto personal tiene la más alta

importancia. Los obreros en lucha no son un regimiento de marionetas idénticas en coraje sino que están compuestos por fuerzas de diferentes naturalezas concentradas en el mismo objetivo, su movimiento es irresistible. En este cuerpo, la audacia del más valiente encuentra el tiempo y el lugar para expresarse en actos personales de coraje, cuando la clara comprensión de los otros los llevan hacia un objetivo adecuado para no perder lo conquistado. De la misma manera, en un movimiento en ascenso, esta interacción de fuerzas y actos es de gran valor cuando es guiada por una clara comprensión que anima, en este momento, a los obreros, lo cual es necesario para desarrollar su combatividad. Pero en este caso, demasiada tenacidad, audacia y coraje será convocada, por lo que no será necesario quemar un parlamento.

La teoría del derrumbe del capitalismo (1934)

La idea de que el capitalismo se encontraba en su crisis final predominaba en el periodo que siguió a la revolución rusa. Cuando los movimientos revolucionarios de los trabajadores en Europa occidental fueron derrotados, la Tercera Internacional abandonó esta idea, que fue sin embargo mantenida por el movimiento de oposición, el KAPD, que adoptó la teoría de la crisis final del capitalismo como característica delimitadora de la perspectiva revolucionaria y la perspectiva reformista.¹⁸ La necesidad e inevitabilidad del colapso del capitalismo y la manera en que debe entenderse esta inevitabilidad es la cuestión más importante para la clase obrera, para su consciencia y táctica. Rosa Luxemburg ya había tratado este tema en 1912 en su libro *La acumulación del capital*, en el que concluía que, en un sistema capitalista puro, cerrado, la plusvalía necesaria para la acumulación no puede realizarse y por lo tanto se necesita la expansión constante del capitalismo mediante el comercio con países no capitalistas. Esto significa que el capitalismo se hundirá, no podrá seguir existiendo como sistema económico, cuando esa expansión ya no sea posible. El KAPD se refería a menudo a esa teoría, que en cuanto se publicó el libro fue rechazada desde distintas posiciones políticas. Muy diferente fue la teoría que desarrolló Henryk Grossmann en su libro *Das Akkumulations und Zusammenbruchsgesetz des Kapitalistischen Systems* (*La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*:

¹⁸ El KAPD, *Kommunistische Arbeiterpartei Deutschlands*, Partido Comunista Obrero de Alemania, fue una escisión en los primeros años de la década de 1920 del KPD, Partido Comunista de Alemania, este último afiliado a la Tercera Internacional (N. del t.).

Una teoría de la crisis) publicado en 1929.¹⁹ Grossmann concluye en esta obra que el capitalismo debe colapsar por razones puramente económicas, es decir, que independientemente de intervenciones humanas, revoluciones, etc., es imposible que se mantenga como sistema económico. La crisis grave y prolongada que empezó en 1930 ciertamente predispuso a muchas mentes a una teoría de una crisis final de ese tipo. El manifiesto recientemente publicado de los United Workers of America hace de la teoría de Grossmann la base teórica para una nueva dirección del movimiento obrero.²⁰ Por lo tanto es necesario examinarla críticamente. Pero ello exige una explicación de las ideas de Marx sobre esta cuestión y las discusiones previas sobre ella.

Marx y Rosa Luxemburg

Marx desarrolló las condiciones generales de la producción capitalista considerada en su totalidad en el segundo libro de *El Capital*. En la abstracción de una producción capitalista pura, toda la producción se lleva a cabo para el mercado, todos los productos se compran y se venden como mercancías. El valor de los medios de producción se traspaşa al producto y el trabajo añade más valor. Este nuevo valor tiene dos partes: el valor de la fuerza de trabajo, que se paga como

¹⁹ En la nota preliminar se dan los detalles bibliográficos de la edición en castellano (N del t.).

²⁰ La organización a la que hace referencia Pannekoek fue probablemente un pequeño grupo que tuvo una corta vida en EEUU a comienzos de la década de 1930 y que surgiendo del ala izquierda del Proletarian Party recibió distintas denominaciones como United Workers Party y Workers League. Véase *Marxism in a Lost Century: A Biography of Paul Mattick* por Gary Roth, Leiden: Brill, 2015, pp. 107-108 (N. del t.).

salarios y que los asalariados usan para adquirir medios de subsistencia, y el valor restante, la plusvalía o plusvalor, que va al capitalista. Cuando la plusvalía se utiliza para adquirir medios de subsistencia o bienes de lujo estamos en la reproducción simple; cuando una parte de la plusvalía se acumula como nuevo capital, estamos ante la reproducción a escala ampliada.

Para que los capitalistas encuentren en el mercado los medios de producción que necesitan y para que los trabajadores encuentren de forma similar los medios de subsistencia necesarios, debe haber una proporción determinada entre los distintos sectores productivos. Un matemático lo expresaría fácilmente con una fórmula algebraica. Lo que Marx presenta son ejemplos numéricos para expresar estas proporciones, con cantidades inventadas que sirven de ilustración. Marx distingue dos sectores o departamentos principales de la producción, el sector productor de medios de producción (I) y el sector productor de medios de consumo (II). En cada uno de estos sectores se transfiere a la masa de mercancías producida un valor dado de los medios de producción utilizados (capital constante, c); otra parte del valor agregado es la que corresponde al pago de la fuerza de trabajo (capital variable, v); otra parte constituye la plusvalía (p). Si suponemos un capital constante cuatro veces mayor que el capital variable (una proporción que aumenta con el progreso tecnológico) y que la plusvalía es igual al capital variable (esta proporción es la que determina la tasa de explotación), entonces, en el caso de la reproducción simple, podemos tener las siguientes cantidades:

$$\begin{array}{ll}
 \text{I} & 4000_c + 1000_v + 1000_p = 6000 \text{ (producto)} \\
 \text{II} & 2000_c + 500_v + 500_p = 3000 \text{ (producto)}
 \end{array}$$

Tanto en el departamento I como en el departamento II se satisfacen las condiciones. Como estamos en la reproducción simple, la suma de v y p corresponde íntegramente a medios de consumo, es equivalente a la mitad de c , el valor de los medios de producción, y el departamento II debe producir un valor igual a la mitad del valor producido en el sector I. Entonces se encuentra la proporción exacta: los medios de producción producidos (6000) son la cantidad exacta que se necesita para el próximo periodo: $4000c$ para el sector I y $2000c$ para el sector II; y los medios de subsistencia producidos en el sector II (3000) son exactamente los medios de consumo para los asalariados ($1000 + 500$) y los capitalistas ($1000 + 500$).

Para ilustrar de manera similar el caso con acumulación de capital debe especificarse la parte de plusvalía que se destina a acumulación; esta parte se agrega al capital el año siguiente (para simplificar suponemos un periodo de producción de un año) de manera que cada sector emplea un capital expandido. Supondremos que la mitad de la plusvalía se acumula (aumentando tanto el capital constante c como el capital variable v) y la otra mitad se consume (llamaremos al consumo k). El cálculo de la proporción entre el sector I y el sector II se complica, pero sigue siendo factible. Dados los supuestos, la proporción es 11:4, como muestran las siguientes cantidades:

$$\begin{array}{ll}
 \text{I} & 4400_c + 1100_v + 1100_p \quad (= 550_k + 550_{acc} \quad (= 440_c + 110_v)) & = & 6 \\
 \text{II} & 1600_c + 400_v + 400_p \quad (= 200_k + 200_{acc} \quad (= 160_c + 40_v)) & = & 2
 \end{array}$$

Los capitalistas necesitan $4400 + 1600$ para sustituir los medios de producción insumidos y $440 + 160$ para la expansión de medios de producción y, en efecto, encuentran en el mercado

6600 en medios de producción producidos en el sector I. A efectos de consumo los capitalistas necesitan $550 + 200$, los trabajadores empleados originalmente necesitan $1100 + 400$ mientras que los nuevos necesitan $110 + 40$ para consumo de medios de subsistencia, todo lo cual suma 2400 que es lo producido en el sector II de medios de subsistencia. En el año siguiente todas las cifras se incrementan un 10%:

$$\begin{array}{lcl}
 \text{I} & 4840_c + 1210_v + 1210_p & (= 605_k + 484_c + 121_v) & = & 72 \\
 \text{II} & 1760_c + 440_v + 440_p & (= 220_k + 176_c + 44_v) & = & 26
 \end{array}$$

De esta manera la producción se incrementa cada año en la misma proporción. Esto es, por supuesto, un ejemplo grosamente simplificado. Podría hacerse más complicado y más cercano a la realidad si se suponen diferentes composiciones del capital (la proporción $c:v$) en los dos sectores, o diferentes tasas de acumulación, o si la proporción $c:v$ crece gradualmente, de manera que la proporción entre el sector I y el sector II cambie cada año. En todos estos casos el cálculo se complica, pero siempre es factible, ya que la cantidad que se desconoce —la proporción entre el sector I y el sector II— siempre puede calcularse de forma que se satisfaga la condición de que oferta y demanda coincidan.

Pueden encontrarse ejemplos en obras publicadas. Claro que, en el mundo real, el equilibrio completo durante un cierto tiempo no existe. Las mercancías se venden por dinero y el dinero se utiliza o no después para adquirir otras cosas, de manera que se forman cantidades importantes de dinero, atesoramientos, que actúan como amortiguadores y como reservas. Y las mercancías tardan mucho a veces en venderse, y hay también comercio con áreas no capitalistas. Pero lo esencial

que muestran estos esquemas de reproducción es que para que la producción se expanda de forma sostenida deben existir proporciones determinadas entre los sectores productivos; en la práctica estas proporciones se logran aproximadamente dependiendo de los siguientes factores: la composición orgánica del capital, la tasa de explotación, y la proporción de plusvalía que se acumula.

Marx no pudo presentar cuidadosamente estos ejemplos (ver la introducción de Engels al segundo libro de *El Capital*). Esto es sin duda el motivo por el cual Rosa Luxemburg creía haber descubierto ahí un error, un problema del que Marx no se había dado cuenta y había dejado sin resolver y que ella habría resuelto en su libro *La acumulación del capital* (1912). El asunto en cuestión era que, si los capitalistas compraban a otros capitalistas más y más medios de producción y medios de subsistencia, se produciría una especie de movimiento circular sin sentido, del que nada resultaría. La solución sería que hubiera compradores situados por fuera del capitalismo, mercados externos cuya conquista sería, por lo tanto, una cuestión vital para el capitalismo. Esa sería la base económica del imperialismo.

Pero, por lo que se ha visto aquí, está claro que Rosa Luxemburg se equivocó en este asunto. En el esquema del ejemplo puede verse claramente que todos los productos se venden dentro del capitalismo mismo. No solo la parte de valor transmitida (4400 + 1600), sino también los 440 + 160 de plusvalía que han de acumularse como medios de producción estarán en poder de los capitalistas que comienzan el año siguiente con un total de 6600 de medios de producción. De la

misma manera, los 110 + 40 de plusvalía corresponden a los trabajadores adicionales. Tiene sentido: producir, venderse productos unos a otros, consumir, producir más, es la esencia del capitalismo y, por lo tanto, de la vida de los seres humanos en este modo de producción. No hay en este asunto ningún problema que Marx haya pasado por alto.

Rosa Luxemburg y Otto Bauer

El libro de Rosa Luxemburg recibió críticas diversas al poco de su publicación. Otto Bauer fue el autor de una de esas críticas en un artículo del *Neue Zeit* (7-14 de marzo de 1913). Como en todas las demás críticas, Otto Bauer muestra que la producción y las ventas concuerdan. Pero su crítica tiene como característica especial el que vincula la acumulación del capital con el crecimiento demográfico. Otto Bauer parte del supuesto de una sociedad socialista donde la población crece un 5% anual; por lo tanto, la producción de medios de subsistencia debe crecer en la misma proporción y la de los medios de producción debe incrementarse más rápido, porque hay progreso técnico. Lo mismo debería ocurrir en condiciones de capitalismo, pero entonces la expansión no tendría lugar mediante una regulación planificada, sino por acumulación de capital. Otto Bauer da un ejemplo numérico en un esquema que satisface esas condiciones de la manera más simple: un crecimiento del capital variable a un 5% anual y del capital constante a un 10% anual, con una tasa de explotación de 100% ($c = v$). Estas condiciones determinan por sí mismas la parte de plusvalía que se consume y la parte que debe acumularse para que tenga lugar el crecimiento

correspondiente del capital. No se necesitan cálculos difíciles para armar un esquema que produce el crecimiento exacto de año a año.

Año 1	$200.000_c + 100.000_v + 100.000_p$ (= $20.000_c + 5.000_v + 75.000_k$)
Año 2	$220.000_c + 105.000_v + 105.000_p$ (= $22.000_c + 5.250_v + 77.750_k$)
Año 3	$242.000_c + 110.250_v + 110.250_p$ (= $24.200_c + 5.512_v + 80.538_k$)

Bauer continúa su esquema de acumulación cuatro años y también presenta por separado las cantidades de los sectores I y II. Esto era suficiente para mostrar que no se presentaba el problema que según Rosa Luxemburg existía. Pero la crítica de Bauer estaba destinada a ser criticada también. La idea básica está bien expresada en la introducción de Bauer sobre el crecimiento de la población en una sociedad socialista. El capitalismo aparece así como un socialismo no planificado, como un potro salvaje que aún no ha sido domado y solo necesita ser domado por un domador socialista. La acumulación solo sirve aquí para incrementar la producción según el crecimiento demográfico, así como el capitalismo tiene la función general de proveer a la humanidad de medios de subsistencia. Por la falta de planificación ambas funciones se llevan a cabo defectuosa y erráticamente, a veces se produce más de lo necesario, a veces menos, y se causan catástrofes. Un crecimiento demográfico moderado de 5% anual podría encajar bajo una sociedad socialista con una humanidad debidamente organizada. Pero para el capitalismo, tal como ha sido y como es, el ejemplo es inapropiado. La historia entera del capitalismo ha sido la de una violenta expansión que ha superado en mucho el crecimiento demográfico. La fuerza motriz de esa expansión ha sido la pulsión por acumular; la mayor cantidad posible de plusvalía se invierte como nuevo capital que, para valorizarse, involucra a

más y más sectores de la población en el proceso. Siempre hubo y hay un gran sobrante de trabajadores que quedan fuera o medio fuera como reserva, listos para servir a la puesta en marcha del capital acumulado, que se integran o son excluidos de la producción según las necesidades de la acumulación. Esta característica esencial y básica del capitalismo se ignoraba por completo en el análisis de Bauer.

Era obvio que Rosa Luxemburg pondría esas ideas en el blanco de la réplica a sus críticos. En respuesta a la demostración de que no había un problema de omisión en los esquemas de Marx, Luxemburg no pudo aportar mucho más que una afirmación burlona de que cualquier cosa puede hacerse funcionar estupendamente sobre el papel, en ejemplos artificiales. Pero hacer del crecimiento demográfico el regulador de la acumulación era tan contrario al espíritu de la teoría de Marx que el subtítulo de la contracrítica de Luxemburg, "Lo que los epígonos han hecho de la teoría de Marx", era bastante adecuado para la ocasión. Aquí no se trata (como en el caso de Rosa Luxemburg) de un simple error científico, el error de Bauer refleja el punto de vista político práctico de los socialdemócratas de la época, que se veían a sí mismos como futuros hombres de Estado que desplazarían a los políticos en el poder y reorganizarían adecuadamente la producción; no veían al capitalismo como algo diametralmente opuesto a la dictadura del proletariado que se establecería en una revolución, sino como un modo de producir medios de subsistencia que podría mejorarse y que todavía no estaba bajo control.

El esquema de reproducción de Grossman

Henryk Grossman propuso un esquema de reproducción que partía del esquema propuesto por Otto Bauer. Grossman puso de manifiesto que ese esquema no puede continuar funcionando indefinidamente sin que pronto surjan contradicciones insuperables. Esto es fácil de ver. Otto Bauer supone un capital constante de 200.000 que crece un 10% anual y un capital variable de 100.000 que crece un 5% anual, suponiendo una tasa de plusvalía del 100%, o sea, una plusvalía anual igual al capital variable ($p = v$). Por las leyes de la matemática, una cantidad que se incrementa un 10% anual se duplica en 7 años, se cuadriplica en 14, se multiplica por 10 en 23 años y por 100 en 46 años. De esta forma el capital variable y la plusvalía que en el primer año eran igual a la mitad del capital constante solo son 46 años después una vigésima parte del capital constante, que ha crecido enormemente en el mismo periodo. Por lo tanto, la plusvalía está lejos de asegurar un 10% de crecimiento anual del capital constante.

Esto no depende de las tasas de crecimiento de 10% y 5% elegidas por Bauer. De hecho, en el capitalismo la plusvalía se incrementa más lentamente que el capital. Es un hecho bien conocido que, debido a eso, la tasa de ganancia debe caer continuamente con el desarrollo del capitalismo. Marx dedicó muchos capítulos a esa caída de la tasa de ganancia. Cuando la tasa de ganancia disminuye a un 5% el capital ya no puede incrementarse un 10%, ya que el incremento del capital depende de la plusvalía acumulada y es necesariamente menor que la plusvalía misma. Evidentemente la tasa de ganancia es el límite

de la tasa de acumulación (veáse el capítulo 15 del libro III de *El Capital*, donde Marx explica que la tasa de acumulación cae con la tasa de ganancia). La adopción de una tasa constante, 10%, que podría ser aceptable para un periodo de pocos años como el que planteaba Bauer, no es aceptable cuando el esquema de reproducción se continúa por un periodo prolongado.

A pesar de esto, Grossman continúa despreocupadamente el esquema de Bauer año a año y cree que de esa manera reproduce lo que ocurre en el capitalismo. Y así halla las cantidades siguientes para el capital variable y el constante, la plusvalía, la acumulación de capital y lo que resta para el consumo de los capitalistas (las cantidades están redondeadas a miles):

	<i>c</i>	<i>v</i>	<i>p</i>	Acumulación	<i>k</i>
Al comienzo	200	100	100	20 + 5 = 25	75
A los 20 años	1222	253	253	122 + 13 = 135	118
A los 30 años	3170	412	412	317 + 21 = 338	74
A los 34 años	4641	500	500	464 + 25 = 489	11
A los 35 años	5106	525	525	510 + 26 = 536	-11

A partir del año vigésimo primero (21o) la parte de la plusvalía destinada al consumo empieza a disminuir; en el año 34 casi desaparece y en el año 35 es negativa; el Shylock del capital constante demanda inmisericorde su libra de carne, quiere crecer al 10%, mientras los pobres capitalistas pasan hambre porque no pueden conservar nada para su propio consumo.

Por tanto, a partir del 35o año la acumulación en base al correspondiente desarrollo tecnológico no podría mantenerse a

la par del crecimiento de la población. Al ser la acumulación demasiado pequeña, *surgiría necesariamente un ejército de reserva*, que a su vez aumentaría de año en año (Grossman, p. 85).

En tales circunstancias los capitalistas no piensan en continuar la producción. O si lo piensan, no lo hacen; ya que, en vista del déficit de 11 en la acumulación de capital tendrían que reducir la producción. (De hecho, tendrían que haberlo hecho antes, considerando sus gastos destinados al consumo.) Por lo tanto, parte de los trabajadores quedan desempleados, parte del capital queda sin utilizar y la plusvalía producida disminuye y la acumulación disminuye todavía más, con un incremento ulterior del desempleo. Este es entonces el colapso económico del capitalismo. El capitalismo se vuelve económicamente imposible. De esta manera resuelve Grossman el problema que había planteado en la página 54:

¿Cómo, y de qué modo, puede conducir la acumulación al colapso del capitalismo?

Aquí encontramos lo que en la vieja literatura marxista siempre se trataba como un estúpido malentendido. A menudo se hablaba de "el gran batacazo". Sin que haya una clase revolucionaria que derrote y expropie a la burguesía, el fin del capitalismo llega por razones puramente económicas; la máquina no funciona, se atasca, la producción se vuelve imposible. En palabras de Grossman:

... a pesar de todas las interrupciones periódicas y atenuaciones de la tendencia al derrumbe, con el progreso de la acumulación capitalista el mecanismo entero necesariamente se aproxima más y más a su fin (...) entonces la tendencia al derrumbe se hace predominante y se impone en su validez absoluta como "crisis final" (p. 95).

Y en otra parte del libro, más adelante:

Según nuestra interpretación (...) si bien bajo determinadas supuestos el colapso del capitalismo resulta objetivamente necesario, pudiéndose incluso calcular el momento exacto en que habrá de tener lugar, ello no significa que ese momento haya de llegar "por sí mismo", automáticamente, y que por tanto no queda sino esperar pasivamente (p. 388).

Este pasaje podría inducir a pensar que Grossman sugiere un rol activo del proletariado como sujeto revolucionario, pero realmente lo que tiene en mente son cambios en los salarios y los tiempos de trabajo que alteran los supuestos numéricos y los resultados del cálculo. Así continúa:

De aquí se deduce que el pensamiento que concibe el colapso como necesario, como producto de ciertas condiciones objetivas, no está de ningún modo en contradicción con la lucha de clases. Se pone de manifiesto, en cambio, que el colapso, a pesar de su inevitable necesidad objetiva, está sujeto en gran medida a la influencia ejercida por las fuerzas vivas de las clases

en pugna, otorgando de este modo un cierto margen a la participación activa de las clases.

Precisamente por eso es por lo que toda la investigación del proceso de reproducción desemboca en Marx en la lucha de clases (p. 388).

El "Precisamente por eso" es jugoso, como si la lucha de clases significara para Marx solo la lucha por las subidas salariales y las horas de trabajo.

Pero consideremos un poco más en detalle el fundamento de ese colapso. ¿En qué se basa el crecimiento del capital constante a un 10% anual? En la cita anterior se decía que el progreso técnico, a una tasa dada de crecimiento demográfico, implica un cierto crecimiento anual del capital constante. Entonces podría decirse, sin necesidad del desvío del esquema de reproducción, que cuando la tasa de ganancia se hace menor que la tasa de crecimiento exigida por el progreso técnico, el capitalismo debe derrumbarse. Obviando que esto no tiene nada que ver con Marx, ¿cuál es este crecimiento de capital que demanda la tecnología? En el contexto de la competencia se introducen mejoras técnicas para obtener mayores ganancias (plusvalía relativa). Pero la introducción de mejoras técnicas está limitada por los recursos financieros disponibles. Y todo el mundo sabe que docenas de inventos y mejoras técnicas no se introducen y, a menudo, los empresarios los suprimen deliberadamente para no devaluar el aparato técnico existente. La necesidad del progreso técnico no actúa como fuerza externa;

actúa a través de los hombres, y para ellos la necesidad no es válida más que como posibilidad.

Pero admitamos que la idea es correcta y que, como resultado del progreso técnico, la relación del capital constante c con el capital variable v va variando, según el esquema: en el trigésimo año (año 30o), 3170:412; en el año 34o, 4641:500, en el año 35o, 5106:525, y en el año 36o, 5616:551. En el año 35, la plusvalía es solo 525.000 y no basta para agregar 510.000 al capital constante y 26.000 al capital variable. Grossmann permite que el capital constante crezca en 510.000 y retiene solo 15.000 como aumento de capital variable: ¡11.000 de menos! Dice que de un total de 551.000 trabajadores:

Se quedan sin trabajo 11.509, formándose así el ejército de reserva. Y puesto que no toda la población trabajadora es incorporada al proceso de producción, resulta que no toda la suma de capital constante adicional (510.563) será necesaria para la adquisición de medios de producción. Si con una población de 551.584 se requiere un capital constante de 5.616.200, entonces una población de 540.075 solo puede utilizar un capital constante de 5.499.015. Por tanto, un excedente de capital de 117.185 permanece sin poder ser invertido. De este modo nuestro esquema nos muestra por medio de un ejemplo propio de escolares la situación que Marx tenía en mente cuando dio a la parte correspondiente del tercer libro de *El capital* el título siguiente: "Exceso de capital con exceso de población" (p. 86).

Grossmann no se da cuenta de que estos 11.000 asalariados quedan desempleados solo porque él, arbitrariamente y sin razón alguna, hace que el capital variable cargue con todo el déficit, mientras que el capital constante sigue creciendo tranquilamente al 10% como si no pasara nada; pero cuando se da cuenta de que no hay trabajadores para todas esas máquinas, o más bien que no hay dinero para pagar sus salarios, prefiere no instalarlas y por eso tiene que dejar el capital sin utilizar. Con ese error llega a un “ejemplo propio de escolares” de un fenómeno que aparece durante las crisis capitalistas ordinarias. De hecho, los empresarios solo pueden expandir su producción en la medida en que tienen capital suficiente para la maquinaria y los salarios combinados. Si la plusvalía total es demasiado pequeña, esta habrá de dividirse proporcionalmente entre los elementos del capital, según las restricciones técnicas supuestas; si se hace el cálculo se halla que según las proporciones supuestas que corresponden al progreso técnico, de la plusvalía que asciende a un total de 525.319, se sumarán 500.409 al capital constante y 24.910 al capital variable. No son entonces 11.000 sino 1.326 trabajadores los que quedan liberados y no hay ningún exceso de capital. Si los esquemas se continúan de esta manera correcta, en lugar de un enorme estallido del desempleo hay un aumento muy lento del número de trabajadores despedidos.

¿Cómo es posible que pueda alguien atribuir este supuesto colapso a Marx y citarle una y otra vez capítulo tras capítulo? Claro que todas esas citas de Marx se refieren a las crisis económicas, al ciclo en que alternan las fases de prosperidad económica y depresión. El esquema de Grossman debería servir para mostrar un colapso económico final una vez transcurridos 35 años, pero pocas páginas después Grossman se refiere a la

“teoría marxiana del ciclo económico que aquí fue expuesta” (p. 92).

Grossmann solo puede aparentar que está presentando una teoría de Marx mezclando continuamente a lo largo de sus propios razonamientos los comentarios que Marx hizo sobre las crisis periódicas. Pero no hay nada en absoluto en Marx sobre un colapso final que concuerde con el esquema de Grossmann. Es cierto que Grossmann cita un par de pasajes que no tratan de crisis. Así escribe en la página 172:

Se muestra que “el modo capitalista de producción halla en el desarrollo de las fuerzas productivas una barrera ...” (Marx, *El capital*, III/6, cap. 15, p. 310).

Pero si abrimos el libro III de *El capital* en esa página, leemos allí: “Pero lo importante de su horror [de Ricardo y otros economistas] a la tasa decreciente ganancia es la sensación de que el modo capitalista de producción halla en el desarrollo de las fuerzas productivas una barrera...” que es algo bastante diferente. Y en la página 54, Grossmann da esta cita de Marx como prueba de que incluso la palabra “colapso” procede de Marx:

Este proceso pronto provocaría el colapso de la producción capitalista, si no operasen constantemente tendencias contrarrestantes con un efecto descentralizador, junto a la fuerza centrípeta (*El Capital*, III/6, cap. 15, p. 316)

Como bien enfatiza Grossmann, estas tendencias contrarrestantes se refieren al corto plazo, de modo que, con ellas, el proceso se produce más lentamente. ¿Pero Marx estaba hablando aquí de un colapso puramente económico? Veamos el pasaje precedente:

Esta escisión entre las condiciones de trabajo, por una parte, y los productores, por la otra, es lo que constituye el concepto del capital: se inaugura con la acumulación originaria (...), aparece luego como proceso constante en la acumulación y concentración del capital y se manifiesta aquí finalmente como centralización de capitales ya existentes en pocas manos y descapitalización de muchos (que bajo esta forma modificada se presenta ahora la expropiación).

Está claro que el colapso que así resulta es, como habitualmente en Marx, el fin del capitalismo, sustituido por el socialismo. De modo que no hay nada de nada en las citas de Marx que permita deducir de ellas una catástrofe económica final e igualmente difícil es deducirla de los esquemas de reproducción. Pero ¿pueden los esquemas de reproducción servir para analizar y explicar las crisis periódicas? Grossmann busca unificar ambas cosas: "La teoría marxista del colapso es al mismo tiempo una teoría de las crisis", dice al comienzo del capítulo 8 (p. 92). Pero como prueba de esta afirmación solo proporciona un diagrama (p. 93) en el que una "línea de acumulación" en empinado ascenso se quiebra después de 35 años; sin embargo, en la realidad del capitalismo se produce una crisis cada 5 o 7 años, cuando según el esquema todo iría bien.

Si se desea un colapso más rápido, se obtiene haciendo que la tasa anual de crecimiento del capital constante no sea del 10% sino mayor. En el período ascendente del ciclo económico hay de hecho un crecimiento del capital mucho más rápido; el volumen de producción aumenta a pasos agigantados; pero ese crecimiento no tiene nada que ver con el progreso técnico. De hecho, en esos períodos el capital variable también aumenta muy rápidamente. Pero la razón por la que debe haber un colapso después de 5 o 7 años sigue siendo oscura. En otras palabras, las causas reales que producen el aumento rápido y luego el colapso de la actividad económica son de naturaleza bastante diferente de las que se establecen en el esquema de reproducción de Grossmann.

Marx habla de una sobreacumulación que precipita una crisis, de que hay demasiada plusvalía acumulada que no se invierte y que deprime las ganancias. Pero el colapso de Grossmann se produce porque la plusvalía acumulada es insuficiente.

El excedente simultáneo de capital sin utilizar y de trabajadores desempleados es una característica típica de las crisis; el esquema de Grossmann lleva a una falta de capital que solo puede transformarse en un excedente de capital cometiendo el error mencionado anteriormente. De modo que el esquema de Grossmann no puede demostrar un colapso final, ni corresponde tampoco a los fenómenos reales de colapso, las crisis económicas.

Puede añadirse que el esquema de Grossmann, como corresponde a su origen, adolece del mismo defecto que el de Bauer: el avance real e impetuoso del capitalismo en toda la extensión del mundo que lleva a más y más poblaciones a su órbita, está representado aquí por crecimiento demográfico regular y pausado de 5% anual, como si el capitalismo estuviera confinado a una economía nacional cerrada.

Grossman contra Marx

Grossmann se enorgullece de haber reconstruido correctamente por primera vez la teoría de Marx frente a las distorsiones de los socialdemócratas. Uno de los logros obtenidos en el libro —dice con orgullo en la introducción— es “la comprensión de la teoría del colapso que aquí se expone y que forma la columna central en la que se apoya toda la concepción marxiana de la economía” (p. 3).

Ya hemos visto lo poco que tiene que ver con Marx eso que Grossmann considera una teoría del colapso. Sin embargo, según su propia interpretación personal, podría parecer que él cree que sí tiene que ver. Pero en algunos aspectos eso no es aplicable. Como Grossman ve su esquema como un modelo apropiado del desarrollo capitalista, deduce de él algunas cosas que, como él mismo parece notar en alguna medida, contradicen los puntos de vista desarrollados en *El capital*.

Esto se refiere, en primer lugar, a lo relativo al ejército industrial de reserva. Según el esquema de Grossmann, a partir del año 35o, un cierto número de trabajadores quedan desempleados y se forma un ejército de reserva.

La formación del ejército de reserva, es decir, el desempleo de trabajadores que se discute aquí debe distinguirse rigurosamente del desplazamiento de obreros sustituidos por máquinas. El desplazamiento de los obreros por las máquinas que Marx describe en la parte empírica del primer libro de *El capital* (capítulo 13, "Maquinaria y gran industria") es un fenómeno de naturaleza técnica (...) el desplazamiento de los obreros, el surgimiento del ejército de reserva del que Marx habla en el capítulo de la acumulación no es causado (y de esto se ha hecho caso omiso en la literatura sobre el tema) por el hecho teórico del introducción de maquinaria sino por la *insuficiente valorización* que hace su presentación en una cierta fase avanzada de la acumulación (pp. 87-8).

Esto equivale básicamente a decir que, si los gorriones se van volando, no es por el disparo sino por su timidez. Los trabajadores son eliminados por las máquinas; la expansión de la producción les permite en parte volver a encontrar trabajo; en este ir y venir algunos de ellos no vuelven a conseguir trabajo o quedan al margen. ¿Debe considerarse el que todavía no hayan vuelto a ser contratados como causa de su desempleo? Si leemos el capítulo 23 del primer libro de *El capital*, siempre veremos la eliminación del trabajo humano por las máquinas como la causa de formación del ejército de reserva, que se reabsorbe parcialmente o se vuelve a liberar y se reproduce como

superpoblación, según sea la situación económica. Grossmann dedica varias páginas a probar que lo que opera aquí es la relación económica *v* //, no la relación técnica medios de producción: fuerza de trabajo; de hecho, ambas relaciones son lo mismo. Pero esta formación de un ejército de reserva, que según Marx ocurre en todas partes y siempre desde el inicio del capitalismo, y en la que los trabajadores son reemplazados por máquinas, no es idéntica a la formación del ejército de reserva según Grossmann, que comienza como consecuencia de la acumulación tras 34 años de progreso técnico.

Lo mismo ocurre con la exportación de capital. En extensas discusiones, todos los autores marxistas —Varga, Bujarin, Nachimson, Hilferding, Otto Bauer, Rosa Luxemburg— son demolidos por Grossman uno tras otro porque caqda uno de ellos mantiene que el capital se exporta para obtener mayores ganancias. Como dice Varga:

No porque sea *absolutamente imposible* acumular capital en el país sin “avanzar en el mercado no capitalista” sino porque existe la perspectiva de mayores ganancias, por esto se exporta el capital (citado por Grossmann, p. 322).

Grossmann ataca este punto de vista como incorrecto y no marxista:

La razón última de la exportación de capital no es la mayor ganancia en el exterior, sino la falta de oportunidades de inversión en el país (p. 561).

A continuación, Grossman presenta numerosas citas de Marx sobre la sobreacumulación y se refiere a su esquema, en el que, después de 35 años, la creciente masa de capital ya no puede emplearse en el país y, por tanto, debe exportarse.

Recordemos que, sin embargo, según su esquema, faltaba capital para la población existente y que su excedente de capital era solo un error de cálculo. Además, con tanto citar a Marx, Grossmann ha olvidado citar el pasaje en el que el propio Marx habla de la exportación de capital:

Si se envía capital al exterior, ello no ocurre porque sea absolutamente imposible ocuparlo en el interior. Sucede porque en el exterior puede ocupárselo con una tasa más elevada de ganancia" (*El capital*, III/6, p. 329).

La caída de la tasa de ganancia es una de las partes más importantes de la teoría del capital de Marx, que fue el primero en afirmar y demostrar que esta tendencia, que se expresa periódicamente en las crisis, es la materialización de la naturaleza transitoria del capitalismo. Con Grossmann es otro fenómeno el que aparece en primer plano: después de 35 años los trabajadores son despedidos en masa y al mismo tiempo hay exceso de capital. Como resultado, el déficit de plusvalía en el año siguiente es más

grave y más trabajo y capital quedan inactivos; con la disminución del número de trabajadores, la masa de plusvalía producida disminuye y el capitalismo se hunde aún más en la catástrofe. ¿No se ha dado cuenta Grossmann de que aquí está en contradicción con Marx? De hecho, sí que se ha dado cuenta. Así, después de algunas observaciones introductorias, pone manos a la obra en el capítulo titulado “Las causas del malentendido de la teoría marxista de la acumulación y el colapso”²¹

Así han madurado las condiciones para reconstruir la doctrina marxiana del colapso. Que el tercer capítulo del tercer libro de *El capital* sea, como dice Engels en el prefacio, “una serie de cálculos matemáticos incompletos” debe darse como una razón externa del malentendido.

Engels contó con la ayuda de su amigo, el matemático Samuel Moore:

Pero Moore no era un economista (...) La forma en que surgió esta parte de la obra hace, por tanto, creíble por anticipado la existencia de abundantes oportunidades para equivocaciones y errores, e igualmente que esos errores pudieron extenderse fácilmente al capítulo de la baja tendencial de la tasa de ganancia (pp. 129-130).

(NB: ¡Pero esos capítulos los había escrito Marx!)

²¹ En la versión de Jorge Tula, “Las causas del desconocimiento de la teoría marxista de la acumulación y del derrumbe” (p. 127).

La probabilidad de error aumenta hasta la casi certeza cuando consideramos que se trata aquí de una palabra que, desgraciadamente modifica por completo el sentido de toda la exposición: el fin inevitable del capitalismo es atribuido a la baja relativa de la tasa de ganancia y no de la masa de ganancia. ¡Aquí con toda seguridad Engels o Moore se equivocaron al escribir (p. 130)!

¡Así es entonces como se reconstruye la teoría de Marx!
En una nota Grossman da otra cita de *El capital*:

Las mismas leyes producen, pues, para el capital social, una masa absoluta de ganancias en aumento (y una tasa de ganancia en disminución) de la que dice:

En las palabras entre paréntesis se equivocó Engels o Marx mismo: debería decir en forma correcta: "y al mismo tiempo una masa de ganancia que decrece relativamente" (p. 130).

Así que resulta que es el mismo Marx quien comete errores. Y aquí se trata de un pasaje donde el sentido del texto de *El capital* es inequívocamente claro. Todo el análisis de Marx, que termina con el pasaje que Grossmann considera necesario cambiar, es una continuación de un pasaje donde Marx explica que el número de obreros empleados por el capital (...) la masa absoluta del plusvalor que ha producido, y por lo tanto la masa absoluta de la ganancia que ha producido, puede aumentar entonces y hacerlo en forma progresiva a pesar de la baja progresiva de la tasa de ganancia. Este no solo *puede* ser el

caso. *Debe* serlo —al margen de fluctuaciones transitorias— sobre la base de la producción capitalista (III/6, p. 277).

Marx luego expone las razones por las que la masa de ganancia debe aumentar y vuelve a decir que a medida que progresa el proceso de producción y acumulación, debe aumentar la masa de plustrabajo susceptible de apropiación y apropiado, y por ende la masa absoluta de la ganancia apropiada por el capital social (III/6, p. 278).

Esto es exactamente lo contrario del inicio del colapso inventado por Grossmann. Y en las páginas siguientes Marx lo repite. Todo el capítulo 13 consiste en una presentación de la ley según la cual la baja de la tasa de ganancia ocasionada por el desarrollo de la productividad se acompaña de un aumento de la masa de ganancia... (III/6, p. 287)

Por tanto, no puede quedar la menor duda de que Marx quería decir precisamente lo que está impreso y que no había cometido un desliz. Así, cuando Grossmann escribe que el colapso no puede resultar de la caída de la tasa de ganancia. ¡Cómo podría una relación porcentual como la tasa de ganancia, un número puro, provocar el colapso de un sistema real! (p. 130) demuestra una vez más que no ha entendido nada de Marx y que su colapso está en completa contradicción con Marx.

Este es el punto en el que Grossman podría haberse dado cuenta de la endeblez de su construcción. Pero si se hubiera

dejado enseñar aquí por Marx, entonces toda su teoría habría caído y su libro no se habría escrito.

La mejor forma de describir el libro de Grossmann es como una colección de retazos de Marx, mal cosidos por medio de una teoría fabricada. Cada vez que se requiere una prueba, se introduce una cita de Marx, que no se refiere al aspecto en cuestión. Y la exactitud del texto de Marx es lo que se supone que dará al lector la impresión de que la teoría es correcta.

Materialismo histórico

La pregunta que a la postre hay que contestar es cómo puede estar tan completamente equivocado y encontrarse en completa contradicción con Marx un economista que cree que está reconstruyendo correctamente las ideas de Marx y que además afirma con ingenua seguridad en sí mismo que es el primero en dar una interpretación correcta de esas ideas. La razón es la falta de una comprensión materialista histórica. Porque la economía marxista no puede comprenderse en absoluto si no se parte de una forma histórico-materialista de pensar.

Para Marx, el desarrollo de la sociedad humana y, por tanto, también el desarrollo económico del capitalismo, están determinados por una necesidad firme como una ley de la naturaleza. Pero este desarrollo es al mismo tiempo obra de seres

humanos que desempeñan su papel en él y donde cada uno determina sus propios actos con consciencia y propósito, pero sin consciencia del todo social. Para la forma burguesa de ver las cosas, esto es contradictorio: o bien lo que sucede depende de la libre elección humana o bien, si está regido por leyes fijas, estas actúan como una restricción mecánica y externa sobre los hombres. Para Marx, toda necesidad social es lograda por los seres humanos; esto significa que el pensamiento, los deseos y las conductas de un ser humano, aunque aparezcan como elecciones libres en su conciencia, están completamente determinados por el ambiente. Solo en la totalidad de las acciones humanas, determinadas principalmente por fuerzas sociales, se logra la conformidad con las leyes del desarrollo social.

Las fuerzas sociales que determinan el desarrollo son, pues, no solo las conductas puramente económicas, sino también las conductas políticas generales determinadas por aquellas, que dotan a la producción de las necesarias normas de derecho. La conformidad con las leyes del desarrollo social no radica solo en la acción de la competencia que fija precios y ganancias y concentra el capital, sino también en el establecimiento de la libre competencia y la libre producción por las revoluciones burguesas; no está solo en el movimiento de los salarios, en la expansión y contracción de la producción en la prosperidad y la crisis, en el cierre de fábricas y el despido de trabajadores, sino también en la revuelta, la lucha de los trabajadores, su conquista del poder sobre la sociedad y la producción para establecer nuevas normas de derecho. La economía, como totalidad de seres humanos que trabajan y se esfuerzan por satisfacer sus necesidades de subsistencia, y la

política (en su sentido más amplio), como conjunto de acciones y luchas de esos seres humanos como clases, para satisfacer esas necesidades, forman un dominio unificado de desarrollo regido por leyes. La acumulación de capital, las crisis, la pauperización, la revolución proletaria, la toma del poder por parte de la clase trabajadora forman juntos, actuando como una ley natural, una unidad indivisible, el colapso del capitalismo.

La forma de pensar burguesa, que no entiende esta unidad, siempre ha sido importante dentro y fuera del movimiento obrero. En la vieja socialdemocracia radical era corriente la visión fatalista, comprensible en vista de las circunstancias históricas, según la cual la revolución llegaría un día como una necesidad natural y mientras tanto los trabajadores no deberían intentar nada peligroso. El reformismo cuestionó la necesidad de una revolución "violenta" y creyó que la inteligencia de sus líderes y estadistas domesticaría al capitalismo, reformándolo y organizándolo. Otros creían que el proletariado debía ser educado en la virtud revolucionaria mediante la prédica moral. Siempre faltó la consciencia de que esta virtud solo encuentra su necesidad natural mediante las fuerzas económicas, y que la revolución encuentra su necesidad natural a través de las fuerzas mentales de los hombres. Luego aparecieron otras perspectivas. Por una parte, el capitalismo ha mostrado ser fuerte e inexpugnable frente a todo reformismo, toda habilidad de los líderes, todo intento de revolución; todo esto ha parecido ridículo frente a su fuerza inmensa. Pero, por otra parte, las crisis terribles revelan también su debilidad interna. Quien estudia ahora las ideas de Marx queda profundamente impresionado por la naturaleza irresistible y regulada por leyes del colapso del capitalismo y recibe esas ideas con entusiasmo.

Pero si su forma básica de pensar es burguesa, no puede concebir esa necesidad más que como una fuerza externa que actúa sobre los seres humanos. El capitalismo será así un sistema mecánico en el que los hombres participan como personas económicas, capitalistas, compradores, vendedores, trabajadores asalariados, etc., que por lo demás deben someterse de forma puramente pasiva a lo que les impone la estructura interna de este mecanismo.

Esta concepción mecanicista se revela en las declaraciones de Grossmann sobre los salarios, cuando ataca violentamente la exposición de la teoría marxista de los salarios que hace Rosa Luxemburg:

Nos encontramos allí con las mutilaciones más increíbles y alevosas de la teoría marxista del salario (p. 377).

Realmente, Rosa Luxemburg elabora bastante acertadamente el valor de la fuerza de trabajo como cantidad que puede expandirse sobre la base del nivel de vida alcanzado. Para Grossmann, el valor de la fuerza de trabajo "representa una magnitud fija, no variable" (p. 378). Las acciones voluntarias humanas, como las luchas de los trabajadores, no pueden influir en él; la única forma en que los salarios pueden aumentar es mediante una mayor intensidad del trabajo que obligue a reemplazar una mayor cantidad de fuerza de trabajo insumida.

Esta es la misma visión mecanicista: el mecanismo determina las cantidades económicas mientras que los seres humanos que pugnan y actúan están fuera de esa relación. Grossmann apela aquí otra vez a la visión de Marx sobre el valor de la fuerza de trabajo:

Aún así, en un país determinado y en un período determinado, está dado el monto medio de los medios de subsistencia necesarios (*El capital*, I/1, p. 208)

Pero lamentablemente, Grossmann ha pasado por alto una vez más que este pasaje está inmediatamente precedido por esta frase:

Por oposición a las demás mercancías, pues, la determinación del valor de la fuerza de trabajo encierra un elemento histórico y moral.

Partiendo de su forma burguesa de pensar, Grossmann afirma en su crítica de varios puntos de vista socialdemócratas:

Como vemos, el colapso del capitalismo fue negado absolutamente o se lo fundamentó de forma voluntarista en factores políticos extraeconómicos. Tampoco se demostró una necesidad económica del derrumbe del capitalismo... (p. 43)

Y cita con aprobación la opinión de Tugan-Baranovsky de que, para demostrar la necesidad de la transformación del capitalismo en su opuesto, primero debe presentarse una prueba sólida de que es imposible que el capitalismo siga existiendo. El propio Tugan niega esta imposibilidad y desea dar al socialismo una base ética. Pero que Grossmann opte por llamar como testigo a este economista liberal ruso que, como se sabe, fue siempre completamente ajeno al marxismo, muestra hasta qué punto se relaciona su forma básica de pensar, a pesar de sus puntos de vista prácticos opuestos (véase también Grossmann, p. 73). La visión propia de Marx de que el colapso del capitalismo será una acción de la clase trabajadora y, por lo tanto, un acto político (en el sentido más amplio del término: social, general, inseparable de la toma del poder económico), Grossmann solo puede entenderla como algo "voluntarista", es decir, gobernado por la elección de los seres humanos, por el libre albedrío.

El colapso del capitalismo en Marx depende de la acción voluntaria de la clase trabajadora; pero esta acción voluntaria no es una elección libre, sino determinada por el desarrollo económico. Las contradicciones de la economía capitalista, que surgen repetidamente en el desempleo, las crisis, las guerras, las luchas de clases, determinan repetidamente la voluntad revolucionaria del proletariado. El socialismo llega no porque haya un colapso económico del capitalismo y los seres humanos, asalariados o no, se vean obligados por necesidad a crear una nueva organización, sino porque el capitalismo, a medida que existe y se desarrolla, se vuelve cada vez más insoportable para los trabajadores y los empuja repetidamente a luchar hasta que crece en ellos la voluntad y la fuerza para derrocar la dominación del capitalismo y establecer una nueva organización. Es entonces

cuando el capitalismo se derrumba. La clase trabajadora no es movida a actuar porque se le demuestre desde fuera el carácter insoportable del capitalismo, sino porque los trabajadores sienten esa necesidad generada internamente. La teoría de Marx, como teoría económica, muestra cómo los fenómenos citados reaparecen irresistiblemente cada vez con más fuerza y, como materialismo histórico, cómo necesariamente dan lugar a la voluntad revolucionaria y al acto revolucionario.

El nuevo movimiento obrero

Es comprensible que los portavoces del nuevo movimiento obrero presten cierta atención al libro de Grossmann, ya que ataca al mismo enemigo que ellos. El nuevo movimiento obrero tiene que atacar a la socialdemocracia y al comunismo partidista de la Tercera Internacional, dos ramas del mismo árbol, porque ambas acomodan la clase obrera al capitalismo. Grossmann ataca a los teóricos de estas corrientes por haber distorsionado y falsificado las enseñanzas de Marx e insiste en la necesidad de colapso del capitalismo. Sus conclusiones suenan similares a las nuestras, pero su sentido y esencia son completamente diferentes. También somos de la opinión de que los teóricos socialdemócratas eran buenos expertos teóricos que, a menudo, sin embargo, distorsionaron la doctrina de Marx; pero su error fue histórico, la consecuencia teórica de un período temprano de la lucha del proletariado. El error de Grossmann es el de un economista burgués que nunca ha tenido experiencia práctica de la lucha del proletariado y que,

en consecuencia, no está en condiciones de comprender la esencia del marxismo.

Un ejemplo de cómo sus conclusiones aparentemente concuerdan con las opiniones del nuevo movimiento obrero, pero en esencia son completamente opuestas, se encuentra en su teoría de los salarios. Según su esquema, después de 35 años, con el colapso, aparece un desempleo en rápido aumento. Como resultado, los salarios se hunden muy por debajo del valor de la fuerza de trabajo, sin que sea posible una resistencia efectiva.

“Aquí se encuentra fijado el límite objetivo de la acción sindical” (p. 386). Por muy familiar que suene, la base es bastante diferente. La impotencia de la acción sindical, que ha sido evidente desde hace mucho, no debe atribuirse a un colapso económico, sino a un cambio en la relación de fuerzas y poder social. Todo el mundo sabe cómo el poder cada vez mayor de las combinaciones patronales del gran capital concentrado ha dejado a la clase trabajadora relativamente impotente. A lo que ahora se suman los efectos de una crisis gravísima que deprime los salarios, como sucedió en cada crisis anterior.

El colapso puramente económico del capitalismo que construye Grossmann no implica una pasividad total por parte del proletariado. Porque, cuando se produce el colapso, la clase trabajadora debe prepararse precisamente para restablecer la producción sobre una nueva base.

De esta manera el desarrollo despliega y agudiza las contradicciones internas entre el capital y el trabajo a un punto tal que la solución solo puede provenir de la lucha entre estas dos fuerzas (p. 386).

Esta lucha final está ligada también a la lucha salarial porque (como ya se mencionó) la catástrofe puede posponerse deprimiendo los salarios, o apresurarse subiéndolos. Para Grossmann el factor esencial es la catástrofe económica, el nuevo orden impuesto por la fuerza a los seres humanos. Ciertamente, los trabajadores, como masa de la población, deben suministrar la fuerza preponderante de la revolución, igual que lo hicieron en las revoluciones burguesas del pasado, donde formaron la fuerza de masas para la acción. Pero, como en las revueltas de hambre en general, eso es independiente de su madurez revolucionaria, de su capacidad para tomar el poder sobre la sociedad y mantenerlo. Esto significa que para que se pudiera introducir algún tipo de economía planificada el viejo poder tendría que ser sustituido por un nuevo grupo gobernante, un partido revolucionario con fines socialistas.

La teoría de la catástrofe económica está lista, pues, para los intelectuales que reconocen el carácter insostenible del capitalismo y quieren una economía planificada edificada por líderes capaces y economistas expertos. Y es de esperar que otras muchas teorías de este tipo emerjan de estos sectores, o encuentren su aprobación. La teoría del colapso necesario del capitalismo también podrá ejercer cierta atracción sobre los trabajadores revolucionarios que ven a la abrumadora mayoría de las masas proletarias adheridas todavía a las viejas

organizaciones, a los viejos dirigentes, a los viejos métodos, ciegas a las tareas que les imponen los nuevos fenómenos del desarrollo social, pasivas e inmóviles, sin signos de energía revolucionaria. Los pocos revolucionarios que comprenden los nuevos fenómenos del desarrollo social bien podrían desear a las masas estupefactas una buena catástrofe económica que finalmente les haga salir del letargo y entrar en acción. La teoría según la cual el capitalismo ha entrado hoy en su crisis final también proporciona una refutación simple y decisiva del reformismo y de todos los programas partidistas que dan prioridad al trabajo parlamentario y la acción sindical, una demostración de la necesidad de tácticas revolucionarias tan convenientes. que debe ser recibido con simpatía por los grupos revolucionarios. Pero la lucha nunca es tan sencilla ni tan conveniente, ni siquiera la lucha teórica que busca razones y demostraciones.

El reformismo fue una táctica falsa que debilitó a la clase trabajadora, no solo durante las crisis sino también en las épocas de prosperidad. El fracaso del parlamentarismo y las tácticas sindicales se demostró durante los últimos cien años, no hubo que esperar a la crisis actual. El proletariado debe emprender acciones de masas, reagrupando la fuerza de toda la clase, no por el colapso económico del capitalismo sino por el enorme desarrollo de su fuerza, por su expansión a todo el planeta, por su exacerbación de los antagonismos políticos, por la intensificación violenta de su impulso interno. Ese cambio en las relaciones de poder es la base de la nueva dirección del movimiento de los trabajadores.

El movimiento obrero no debe esperar una catástrofe final, sino muchas. Catástrofes políticas, como las guerras, y catástrofes económicas, como las crisis que se producen una y otra vez, unas veces regularmente, otras veces de forma inesperada, pero que, en conjunto, dada la dimensión creciente del capitalismo, se vuelven cada vez más devastadoras. Las ilusiones del proletariado y las tendencias a la pasividad se irán abajo una y otra vez y estallarán luchas de clases agudas y profundas. Parece una contradicción el que la crisis actual, más profunda y devastadora que cualquier crisis anterior, no haya dado señales de un despertar de la revolución proletaria. Su primera gran tarea es la eliminación de las viejas ilusiones, la ilusión de hacer soportable el capitalismo mediante reformas obtenidas mediante el parlamentarismo socialdemócrata y la acción sindical, la ilusión de que el capitalismo puede ser derrocado mediante el asalto dirigido por un partido comunista revolucionario. Es la misma clase trabajadora en su conjunto la que debe dirigir la lucha, pero mientras que la burguesía ya está reforzando su poder cada vez más sólidamente, la clase trabajadora aún tiene que familiarizarse con las nuevas formas de lucha. Antes o después habrá conflictos y luchas intensas. Y si la crisis actual se acabara, surgirán nuevas crisis y nuevas luchas. En esas luchas la clase trabajadora desarrollará su fuerza combativa, descubrirá sus objetivos, se formará, se independizará y aprenderá a tomar en sus manos su propio destino, es decir, la producción social misma. En ese proceso se logrará la destrucción del capitalismo. El colapso del capitalismo es la autoemancipación del proletariado.

El sindicalismo (1936)

¿Cómo debe luchar la clase obrera contra el capitalismo para triunfar? Ésta es la pregunta más importante que enfrenta diariamente a los trabajadores. ¿Qué medios eficientes para la acción, qué tácticas pueden usar para conquistar el poder y derrotar al enemigo? Ninguna ciencia, ninguna teoría, podía decirles exactamente qué hacer. Pero espontánea e instintivamente, guiándose por sus sentidos, intuyendo las posibilidades, encuentran sus caminos para la acción. Y cuando el capitalismo creció y conquistó la Tierra e incrementó su poder, el poder de los trabajadores también se incrementó. Los nuevos modos de acción, más amplios y eficientes, sobrepasaron a los viejos. Es evidente que en condiciones cambiantes, las formas de la acción, las tácticas de la lucha de clases, también tienen que cambiar. El sindicalismo es la forma primaria del movimiento obrero en el capitalismo fijo. El trabajador aislado es impotente contra el empleador capitalista. Para superar esta discapacidad, los trabajadores se organizan en sindicatos. El sindicato une a los trabajadores en la unidad de acción, con la huelga como su arma. Entonces la correlación de fuerzas es relativamente equilibrada, incluso a veces se inclina del lado de los trabajadores, de manera que el pequeño empleador aislado es débil contra el poderoso sindicato. Por lo tanto en el capitalismo desarrollado los sindicatos obreros y los sindicatos patronales (asociaciones, carteles, sociedades anónimas, etcétera), se enfrentan entre sí como dos potencias.

El sindicalismo surgió en Inglaterra, donde el capitalismo industrial se desarrolló primero. Después se extendió a otros países, como un compañero natural de la industria capitalista. En los Estados Unidos había condiciones muy especiales. Al principio, la abundancia de tierra no aparcada, abierta a los

colonos, causó una escasez de trabajadores en los pueblos y en sueldos relativamente altos y buenas condiciones. La American Federation of Labour (Federación Obrera Americana) se convirtió en un poder en el país, y generalmente fue capaz de sostener un nivel de vida relativamente alto para los trabajadores que se organizaron en sus sindicatos.

Está claro que bajo tales condiciones la idea de derrocar al capitalismo no podía ni por un momento surgir en las mentes de los trabajadores. El capitalismo les ofreció un estilo de vida satisfactorio y bastante seguro. No se sentían una clase separada cuyos intereses eran hostiles al orden existente; eran parte de él; estaban conscientes de participar en todas las posibilidades que ofrecía un capitalismo ascendente en un nuevo continente. Había lugar para millones de personas, que venían principalmente de Europa. Para estos crecientes millones de agricultores, era necesaria una industria rápidamente creciente, donde, con energía y buena suerte, los obreros podían ascender a artesanos libres, pequeños hombres de negocios, incluso capitalistas ricos. Es natural que aquí prevaleciera un verdadero espíritu capitalista en la clase obrera.

Lo mismo era el caso en Inglaterra. Aquí se debía al monopolio por Inglaterra del comercio mundial y de la gran industria, a la falta de competidores en los mercados extranjeros, y a la posesión de colonias ricas, lo que trajo enormes riquezas a Inglaterra. La clase capitalista no tenía necesidad de luchar a favor de sus ganancias y podía permitir a los trabajadores una vida razonable. Por supuesto, al principio, fue necesario pelear para que tomaran nota de este hecho; pero entonces pudieron admitir a los sindicatos y concesiones salariales a cambio de la paz industrial. Así que aquí también la clase obrera fue imbuida de espíritu capitalista.

Ahora esto se encuentra en completa armonía con la esencia del sindicalismo. El sindicalismo es una acción de los

trabajadores que no traspasa los límites del capitalismo. Su objetivo no es reemplazar el capitalismo por otro modo de producción, sino asegurar buenas condiciones de vida dentro del capitalismo. Su carácter no es revolucionario, sino conservador.

Indudablemente, la acción sindical es lucha de clases. Hay un antagonismo de clase en el capitalismo - los capitalistas y los trabajadores tienen intereses opuestos. No sólo sobre la cuestión de la conservación del capitalismo, sino también dentro del capitalismo mismo, con respecto a la división del producto total. Los capitalistas intentan incrementar lo más posible sus ganancias, el plusvalor, reduciendo sueldos e incrementando las horas o la intensidad del trabajo. Por otro lado, los trabajadores intentan incrementar sus sueldos y acortar sus horas del trabajo.

El precio de la fuerza de trabajo no es una cantidad fija, aunque debe exceder cierto mínimo de hambre; y no es pagado por los capitalistas por su propia voluntad. Por lo tanto, este antagonismo se convierte en el centro de una confrontación, la verdadera lucha de clases. Es la tarea, la función de los sindicatos llevar esta pelea a cabo.

El sindicalismo fue la primera escuela de entrenamiento en virtud proletaria, tanto en solidaridad como en el espíritu del enfrentamiento organizado. Expresaba la primera forma del poder proletario organizado. En los primeros sindicatos ingleses y estadounidenses esta virtud a menudo se petrificó y degeneró en una estrecha corporación gremial, con una verdadera mentalidad capitalista. Era diferente, sin embargo, donde los trabajadores tenían que pelear por su misma existencia, donde el máximo esfuerzo de sus sindicatos apenas podía sostener su nivel de vida, ya que eran atacados a gran escala por un capitalismo en expansión, energético y combativo. Allí tuvieron que obtener el conocimiento que solamente la revolución podía salvarlos definitivamente.

De manera que hay una disparidad entre la clase obrera y el sindicalismo. La clase obrera tiene que mirar más allá del capitalismo. El sindicalismo vive completamente dentro del capitalismo y no puede mirar más allá de él. El sindicalismo sólo puede interpretar un papel, necesario pero estrecho, en la lucha de clases. Y desarrolla aspectos que lo ponen en conflicto con los objetivos más grandes de la clase obrera.

Con el crecimiento del capitalismo y de la gran industria los sindicatos también deben crecer. Se convierten en grandes corporaciones de miles de miembros, extendiéndose por todo el país, con secciones en cada pueblo y cada fábrica. Deben nombrarse funcionarios: presidentes, secretarios, tesoreros, para conducir los asuntos, manejar las finanzas, a nivel local y central. Ellos son los jefes, que negocian con los capitalistas y que por esta práctica han adquirido una destreza especial. El presidente de un sindicato es un pez gordo, tan grande como el empleador capitalista mismo, y él discute con aquél, de igual a igual, los intereses de sus miembros. Los funcionarios son especialistas en el trabajo sindical, que los miembros, completamente ocupados en su trabajo de fábrica, no pueden juzgar o dirigir ellos mismos.

De manera que las corporaciones sindicales ya no son simplemente un conjunto de trabajadores; se convierten en un cuerpo ordenado, como un organismo viviente, con su propia política, su propio carácter, su propia mentalidad, sus propias tradiciones, sus propias funciones. Es un cuerpo con intereses propios, que están separados de los intereses de la clase obrera. Tiene una voluntad de vivir y luchar por su existencia. Si en algún momento los sindicatos dejaran de ser necesarios para los trabajadores, éstos no desaparecerían instantáneamente. Sus fondos, sus miembros, y sus funcionarios: todas estas son realidades que desaparecerán inmediatamente, sino que continuarán su existencia como elementos de la organización.

Los sindicalistas, los dirigentes obreros, son los portadores de los intereses especiales del sindicato. Siendo originalmente obreros de la fábrica, adquieren, por la larga práctica a la cabeza de la organización, un nuevo carácter social. En cada grupo social, una vez que es suficientemente grande para constituir un grupo especial, la naturaleza de su trabajo moldea y condiciona su carácter social, su modo de pensar y actuar. La función de los sindicalistas es completamente diferente de la de los trabajadores. No trabajan en las fábricas, no son explotados por los capitalistas, su existencia no es amenazada continuamente por el desempleo. Se sientan en oficinas, en posiciones bastante seguras. Tienen que llevar adelante los asuntos de las corporaciones y hablar en reuniones de trabajadores y discutir con los empleadores. Por supuesto, tienen que ponerse del lado de los trabajadores, y defender sus intereses y deseos contra los capitalistas. Esta es una posición, sin embargo, no muy diferente de la del abogado quien, como secretario de una organización, se pone del lado de sus miembros y defenderá sus intereses al máximo de su capacidad.

Sin embargo, hay una diferencia. Como muchos de los dirigentes obreros vienen de las filas de los trabajadores, han experimentado por ellos mismos lo que representa la esclavitud asalariada y la explotación. Se sienten como miembros de la clase obrera y el espíritu proletario actúa a menudo como una fuerte tradición entre ellos. Pero la nueva realidad de sus vidas resta fuerzas continuamente a esa tradición. Económicamente ya no son proletarios. Se sientan en conferencias con los capitalistas, negociando sueldos y horas, desmenuzando intereses contra intereses, justo como los intereses opuestos de las corporaciones capitalistas son medidos uno contra el otro. Aprenden a comprender la posición del capitalista tan bien como la posición del trabajador; tienen un ojo para "las necesidades de la industria"; tratan de mediar. Hay excepciones personales, por supuesto, pero como regla no pueden tener ese sentimiento de clase

elemental de los trabajadores, que no comprenden y comparan los intereses capitalistas contra los suyos, pero lucharán a favor de sus propios intereses. Por lo tanto, entran en conflicto con los trabajadores.

Los jefes obreros en el capitalismo avanzado son lo suficientemente numerosos como para formar un grupo especial o clase con un carácter e intereses especiales. Como representantes y líderes de los sindicatos expresan el carácter y los intereses de los sindicatos. Los sindicatos son elementos necesarios del capitalismo, así que los jefes se sienten necesarios también, como ciudadanos útiles en la sociedad capitalista. La función capitalista de los sindicatos es regular los conflictos de clase y asegurar la paz industrial. Así que los dirigentes obreros ven como su deber de ciudadanos trabajar por la paz industrial y mediar en los conflictos. La actividad del sindicato está completamente dentro del capitalismo; así que los dirigentes obreros no miran más allá de él. El instinto de la autoprotección, la voluntad de los sindicatos de vivir y luchar por la existencia, es expresado en la voluntad de los dirigentes obreros de luchar por la existencia de los sindicatos. Su propia existencia está indisolublemente conectada con la existencia de los sindicatos. Esto no es dicho en un sentido mezquino, como si solamente pensarán en sus trabajos personales cuando luchan a favor de los sindicatos. Quiere decir que las necesidades principales de la vida y las funciones sociales condicionan las opiniones. Su vida entera está concentrada en los sindicatos, solamente allí tienen una tarea. Así que para ellos los sindicatos son el órgano más necesario de la sociedad, el único origen de su seguridad y su poder; por lo tanto deben ser mantenidos y defendidos por todos medios posibles, incluso cuando las realidades de la sociedad capitalista minan esta posición. Esto ocurre cuando los conflictos de clase del capitalismo en expansión se ponen más agudos.

La concentración del capital en grandes intereses y su conexión con las grandes finanzas sitúa a los empleadores capitalistas en una posición mucho más fuerte que la de los trabajadores. Los poderosos magnates industriales reinan como monarcas sobre enormes masas de trabajadores; los mantienen en la sumisión total y no les permiten a "sus" hombres entrar en los sindicatos. De vez en cuando los esclavos asalariados superexplotados estallan en revuelta, en una gran huelga. Esperan imponer mejores términos, menos horas, condiciones más humanas, el derecho de organizarse. Los organizadores sindicales vienen a ayudarlos. Pero entonces los amos capitalistas usan su poder social y político. Los huelguistas son sacados de sus casas; son asesinados por milicias o matones contratados; sus portavoces son condenados a prisión; sus acciones reivindicativas son penalizadas por mandatos judiciales. La prensa capitalista denuncia su causa como desorden, homicidio y revolución; la opinión pública es levantada contra ellos. Entonces, después de meses de estar firmes y de heroico sufrimiento, agotados por la miseria y la desmoralización, incapaces de hacer mella a la férrea estructura capitalista, tienen que rendirse y posponer sus reclamos para tiempos más oportunos.

En las ramas industriales donde los sindicatos existen como organizaciones poderosas, su posición es debilitada por la misma concentración de capital. Las grandes sumas que habían acumulado para el fondo de huelga son insignificantes en comparación al poder de dinero de sus adversarios. Un par de cierres patronales (lock-outs) podrían agotarlos totalmente. No importa que tan duro el empleador capitalista abrume al trabajador con recorte de salarios e intensificación de sus horas de trabajo, el sindicato no puede llevar una lucha adelante. Cuando los contratos tienen que ser renovados, el sindicato se siente la más débil de las partes. Tiene que aceptar los términos que ofrecen los capitalistas; ninguna destreza en la negociación

sirve de algo. Pero entonces comienza el problema con las bases. Los hombres quieren pelear; no se rendirán antes de que hayan peleado; y no tienen no mucho para perder peleando. Los jefes, sin embargo, tienen mucho para perder - el poder financiero del sindicato, quizás su existencia. Tratan de evitar la pelea, que consideran sin sentido. Tienen que convencer a los hombres que es mejor aceptar los términos. De manera que, en el análisis final, deben actuar como portavoces de los empleadores para forzar los términos de los capitalistas a los trabajadores. Es aun peor cuando los trabajadores insisten en pelear en oposición a la decisión de los sindicatos. Entonces el poder del sindicato debe ser usado como un arma para dominar a los trabajadores.

Así que el dirigente obrero se ha convertido en esclavo de su tarea capitalista de asegurar la paz industrial - ahora a costa de los trabajadores, aunque quiso servirlos lo mejor que pudo. No puede mirar más allá del capitalismo, y dentro del horizonte del capitalismo con un punto de vista capitalista, tiene razón cuando piensa que pelear no sirve para nada. Criticarlo solamente puede significar que aquí el sindicalismo se encuentra en el límite de su poder.

¿Hay alguna otra manera entonces? ¿Los trabajadores pueden ganar algo peleando? Probablemente perderán el objetivo inmediato de la pelea; pero ganarán otra cosa. Por no rendirse sin haber peleado, elevan el espíritu de revuelta contra el capitalismo. Declaran un nuevo objetivo. Pero aquí clase obrera entera debe participar. Deben mostrar a la clase entera, a todos sus compañeros trabajadores, que en el capitalismo no hay futuro para ellos, y que solamente peleando, no como un sindicato, sino como una clase unida, pueden ganar. Esto representa el origen de una lucha revolucionaria. Y cuando sus compañeros trabajadores comprendan esta lección, cuando los huelgas simultáneas estallen en los otros gremios, cuando una ola de la rebelión pase por el país, entonces en los arrogantes

corazones de los capitalistas aparecerá algo de duda respecto a su omnipotencia y algo de voluntad para hacer concesiones.

El jefe del sindicato no comprende este punto de vista, porque el sindicalismo no puede ir más allá del capitalismo. Se resiste a esta clase de lucha. Luchar contra el capitalismo de este modo representa al mismo tiempo la rebelión contra los sindicatos. El dirigente obrero se une al capitalista en su miedo común a la rebelión de los trabajadores.

Cuando los sindicatos lucharon contra la clase capitalista por mejores condiciones de trabajo, la clase capitalista los odiaba, pero no tenía el poder de destruirlos completamente. Si los sindicatos trataban de levantar toda la fuerza de la clase obrera en su pelea, la clase capitalista los perseguía con todos sus medios. Ellos veían sus acciones reprimidas como rebelión, sus oficinas destruidas por milicias, sus líderes puestos en la cárcel y penalizados, sus reservas confiscadas. Por otro lado, si apartan a sus miembros de la pelea, la clase capitalista puede considerarlos como instituciones valiosas, que deben ser conservadas y protegidas, y a sus jefes como ciudadanos ejemplares. Así que los sindicatos se encuentran entre el diablo y el profundo mar azul; de un lado la persecución, que es una cosa dura de soportar para personas que quieren ser ciudadanos pacíficos; del otro lado, la rebelión de los miembros, que puede socavar a los sindicatos. La clase capitalista, si es sabia, reconocerá que deben permitirse algunos falsos enfrentamientos para fortalecer la influencia de los dirigentes obreros sobre los miembros.

Los conflictos que aparecen aquí no son culpa de nadie; son una consecuencia inevitable del desarrollo capitalista. El capitalismo existe, pero al mismo tiempo está en camino a su ruina. Debe ser combatido como una cosa viviente, y al mismo tiempo, como una cosa transitoria. Los trabajadores deben librar una firme pelea por sueldos y condiciones de trabajo, mientras que al mismo tiempo las ideas comunistas, más o menos claras y

conscientes, despiertan en sus mentes. Ellos se aferran a los sindicatos, sintiendo que éstos todavía son necesarios, tratando de vez en cuando de transformarlos en mejores instituciones de lucha. Pero el espíritu del sindicalismo, que es en su forma pura un espíritu capitalista, no está en los trabajadores. La divergencia entre estas dos tendencias en el capitalismo y en la lucha de clases aparece ahora como una brecha entre el espíritu del sindicato, principalmente encarnado por sus jefes, y el creciente sentimiento revolucionario de los miembros. La brecha se hace evidente en las posiciones opuestas que toman sobre diversas e importantes cuestiones sociales y políticas.

El sindicalismo está entrelazado al capitalismo; tiene sus mejores oportunidades de obtener buenos sueldos cuando el capitalismo prospera. Así que en las épocas de depresión debe esperar que la prosperidad sea restituida, y debe tratar de promoverla. Para los trabajadores como clase, la prosperidad del capitalismo no es para nada importante. Cuando es debilitada por la crisis o la depresión, tienen la mejor oportunidad de atacarlo, reforzar las fuerzas de la revolución, y tomar los primeros pasos hacia la libertad.

El capitalismo extiende su dominio sobre otros continentes, arrebatando sus tesoros naturales para lograr grandes beneficios. Conquista colonias, subyuga a la población primitiva y la explota, a menudo con horribles crueldades. La clase obrera denuncia la explotación colonial y se le opone, pero el sindicalismo a menudo respalda la política colonial como un camino a la prosperidad capitalista.

Con los enormes incrementos de capital en los tiempos modernos, las colonias y los países extranjeros están siendo usados como lugares en donde invertir grandes sumas de capital. Se convierten en valiosas posesiones como mercados para la gran industria y como productores de materias primas. Una carrera para conseguir colonias, un feroz conflicto de intereses

sobre la división del mundo aparece entre los gran estados capitalistas. En esta política del imperialismo las clases medias son llevadas a una exaltación común de la grandeza nacional. Entonces los sindicatos se ponen del lado de la clase de los amos, porque consideran que la prosperidad de su propio capitalismo nacional está en función de su éxito en la lucha imperialista. Para la clase obrera, el imperialismo representa el crecimiento del poder y de la brutalidad de sus explotadores.

Estos conflictos de intereses entre los capitalismos nacionales estallan en las guerras. La guerra mundial es la cúspide de la política del imperialismo. Para los trabajadores, la guerra no es sólo la destrucción de todos sus sentimientos de fraternidad internacional, también representa la explotación más violenta de su clase para el beneficio capitalista. La clase obrera, como la clase más numerosa y más oprimida de la sociedad, tiene que soportar todos los horrores de la guerra. Los trabajadores tienen que dar no solamente su poder de trabajo, sino también su salud y sus vidas.

Los sindicatos, sin embargo, en la guerra deben estar del lado del capitalista. Sus intereses están vinculados con el capitalismo nacional, la victoria del cual debe desear con todo su corazón. Por lo tanto ayuda en la exaltación de fuertes sentimientos nacionales y odio nacional. Ayuda que la clase capitalista conduzca a los trabajadores en la guerra y a suprimir toda oposición.

El sindicalismo aborrece el comunismo. El comunismo amenaza la misma base de su existencia. En el comunismo, en la ausencia de empleadores capitalistas, no hay lugar para el sindicato y los dirigentes obreros. Es verdad que en países con un fuerte movimiento socialista, donde grandes cantidades de trabajadores son socialistas, los dirigentes sindicales deben ser socialistas también, tanto por origen como por ambiente. Pero entonces son socialistas de derecha; y su socialismo está

restringido a la idea de una república donde en lugar de capitalistas avaros la producción industrial sea dirigida por honestos jefes obreros.

El sindicalismo odia la revolución. La revolución subvierte todas las relaciones corrientes entre capitalistas y trabajadores. En sus violentos choques, todas aquellas cuidadosas reglas de arancel son barridas; en el conflicto entre ejércitos gigantescos la modesta destreza para negociar de los dirigentes obreros pierde su valor. Con todo su poder, el sindicalismo se opone a las ideas de la revolución y el comunismo.

Esta oposición no es insignificante. El sindicalismo es un poder en sí. Como elemento material de su poder tiene fondos considerables a su disposición. Como elemento mental de su poder tiene su influencia espiritual, mantenida y propagada por sus periódicos. Es un poder en manos de jefes, que lo utilizan donde los intereses especiales de los sindicatos entran en conflicto con los intereses revolucionarios de la clase obrera. El sindicalismo, aunque construido por los trabajadores y consistente en trabajadores, se ha convertido en un poder por encima de los trabajadores, justo como el gobierno es un poder sobre todas las personas.

Las formas del sindicalismo son diferentes en cada país, debido a las diferentes formas del desarrollo del capitalismo. Nunca se mantienen de la misma forma en ningún país. Cuando aparentan extinguirse, la combatividad de los trabajadores puede a veces transformarlos, o dar lugar a una nueva clase de sindicalismo. De esta manera en Inglaterra, en los años 1880-90, el "Nuevo sindicalismo" surgió de las masas de portuarios pobres y de otros trabajadores inexpertos y mal pagados, trayendo un nuevo espíritu en los viejos sindicatos de gremio. Es una consecuencia del desarrollo capitalista, que al fundar nuevas industrias y reemplazar el trabajo especializado por trabajo

mecanizado, se acumulen grandes números de trabajadores inexpertos, viviendo en las peores condiciones. Forzados al fin en una ola de rebelión, en las grandes huelgas, encuentran el camino para la unión y la conciencia de clase. Moldean el sindicalismo en una nueva forma, adaptándolo a un capitalismo más altamente desarrollado. Por supuesto, cuando después el capitalismo crece de formas todavía más poderosas, el nuevo sindicalismo no puede librarse del destino de todo sindicalismo, y entonces produce las mismas contradicciones internas.

La forma más notable surgió en EEUU, en la "Industrial Workers of the World" (Obreros Industriales del Mundo). La I.W.W. nació de dos formas de la expansión capitalista. En los bosques enormes y llanuras del Oeste, el capitalismo cosechó la riqueza natural por los métodos de explotación feroz y brutal del lejano oeste; y los trabajadores-aventureros respondieron con una defensa igual de salvaje y celosa. Y en los estados orientales se fundaron nuevas industrias sobre la explotación de millones de inmigrantes pobres, que venían de países con un bajo nivel de vida y ahora sujetos a trabajo sobre-explotador o a otras condiciones de trabajo más miserables.

Contra el angosto espíritu gremial del viejo sindicalismo, de la A.F. of L., que dividía a los trabajadores de una planta industrial en varios sindicatos distintos, el I.W.W. estableció el principio: todos los trabajadores de una fábrica, como camaradas contra un solo amo, deben constituir un solo sindicato, para actuar en fuerte unidad contra el empleador. Contra la multitud de sindicatos a menudo celosos y peleando entre sí, el I.W.W. planteó el lema: un sindicato grande para todos los trabajadores. La pelea de un grupo es la causa de todos. La solidaridad se extiende sobre la clase entera. Contrariamente al viejo desdén arrogante estadounidense del trabajo especializado bien pagado hacia los inmigrantes desorganizados, fueron a estos proletarios peor pagados a los que el I.W.W. condujo a la pelea. Eran

demasiado pobres para pagar cuotas altas y construir sindicatos corrientes. Pero cuando estallaron y se rebelaron en las grandes huelgas, el I.W.W. fue el que les enseñó cómo pelear, quien organizó fondos de huelga por todo el país, y quien defendió su causa en sus periódicos y antes los tribunales. Mediante una gloriosa serie de grandes batallas infundió el espíritu de organización y auto-dependencia en los corazones de estas masas. Contrariamente a la confianza en los grandes fondos de los viejos sindicatos, los Obreros Industriales pusieron su confianza en la solidaridad viva y en la fuerza de la resistencia, sostenida por un entusiasmo ardiente. En lugar de los edificios fuertemente cimentados de los viejos sindicatos, representaban el principio de la construcción flexible, con una fluctuante cantidad de miembros, reduciendo la misma en tiempo de paz, expandiéndose y creciendo en la misma lucha. Contrariamente al conservador espíritu capitalista del sindicalismo, los Obreros Industriales eran anti-capitalistas y estaban por la Revolución. Por lo tanto fueron perseguidos con odio intenso por todo el mundo capitalista. Fueron encarcelados y torturados en base a acusaciones falsas; se inventó un nuevo pecado para ellos: el "sindicalismo criminal".

Por sí solo, el sindicalismo industrial como método de lucha contra la clase capitalista no es suficiente para derrocar la sociedad capitalista y conquistar el mundo para la clase obrera. Lucha contra los capitalistas como empleadores sobre el campo económico de la producción, pero no tiene los medios para derrocar su fuerza política, el poder estatal. Sin embargo, hasta ahora, el I.W.W. ha sido la organización más revolucionaria en EEUU. Más que ninguna otra contribuyó a elevar la conciencia de clase y el auto-conocimiento (insight), la solidaridad y la unidad en la clase obrera, volver sus ojos hacia el comunismo, y preparar su poder de combate.

La lección de todas estas peleas es que contra el capitalismo grande, el sindicalismo no puede ganar. Y si a veces gana, tales victorias dan solamente un alivio temporal. Y con todo, estas peleas son necesarias y deben ser libradas. ¿Hasta el final, sea cual sea? -- No, hasta el mejor final.

La razón es obvia. Un grupo aislado de trabajadores podría ser igual en una pelea contra un empleador capitalista aislado. Pero un grupo aislado de trabajadores contra un empleador apoyado por toda la clase capitalista es impotente. Y tal es el caso aquí: el poder estatal, el poder de dinero del capitalismo, la opinión pública de la clase media, estimulada por la prensa capitalista, todos atacan el grupo de trabajadores en lucha.

¿Pero la clase obrera apoya a los huelguistas? Los otros millones de trabajadores no consideran esta pelea como su propia causa. Indudablemente simpatizan, y pueden hacer a menudo colectas de dinero para los huelguistas, y esto puede dar un poco de alivio, siempre que su distribución no es prohibida por el mandato de un juez. Pero esta leve simpatía deja la verdadera pelea solamente al grupo de huelguistas. Los millones se encuentran distantes, pasivos. Así que la pelea no puede ser ganada (excepto en algunos casos especiales, cuando los capitalistas, por razones de la empresa, prefieren dar concesiones), porque la clase obrera no pelea como una unidad indivisible.

El asunto será distinto, por supuesto, cuando la masa de los trabajadores considere tal lucha como un asunto que los concierne directamente; cuando descubran que su propio futuro está en peligro. Si entran en la pelea ellos mismos y extienden la huelga a otras fábricas, a más ramas de la industria, entonces el poder estatal, el poder capitalista, tiene que dividirse y no puede ser usado completamente contra un grupo separado de

trabajadores. Tiene que enfrentar al poder colectivo de la clase obrera.

La extensión cada vez más grande de la huelga en una huelga general, ha sido aconsejada a menudo como medio para evitar la derrota. Pero ésta no debe ser tomada como un recurso corriente o al que pueda llegarse por casualidad*. Si éste fuera el caso, los sindicatos indudablemente la habrían utilizado muchas veces como táctica regular. No puede ser proclamada a voluntad por dirigentes sindicales, como una simple medida táctica. Debe surgir de los sentimientos más profundos de las masas, como la expresión de su iniciativa espontánea, y ésta solamente surge cuando la razón de la lucha es o se convierte en algo más que una simple lucha salarial de un grupo. Solamente entonces los trabajadores pondrán en ella toda su fuerza, todo su entusiasmo, toda su solidaridad, toda su capacidad de resistencia.

Y necesitarán todas estas fuerzas. Porque el capitalismo también traerá al campo de batalla fuerzas más poderosas que antes. Podría haber sido derrotado y tomado por sorpresa por la inesperada exhibición de poder proletario y por lo tanto haber hecho las concesiones. Pero luego, más tarde, reunirá nuevas fuerzas de las raíces más profundas de su poder y procederá a recuperar su posición. Así que la victoria de los trabajadores no es ni duradera ni segura. No hay ningún camino claro y abierto hacia la victoria; el camino mismo debe ser talado y construido a través de la selva capitalista al costo de esfuerzos inmensos.

Pero aún así, representará un gran progreso. Una ola de solidaridad habría pasado a través de las masas, habrían sentido el inmenso poder de la unión de clase, su autoestima habría sido elevada, se habrían sacudido el estrecho egotismo de grupo. A través de sus propios actos habrían adquirido una nueva sabiduría: qué significa el capitalismo y cómo pararse como una clase frente a la clase capitalista. Habrían vislumbrado su camino a la libertad.

Por lo tanto, el estrecho campo de la pelea sindical se ensancha en el campo amplio de la lucha de clases. Pero ahora los trabajadores mismos deben cambiar. Tienen que llegar a una visión más amplia del mundo. Desde su gremio, desde su trabajo dentro de las paredes de fábrica, su mente debe abrirse para abarcar la sociedad como un todo. Su espíritu debe elevarse sobre las cosas insignificantes a su alrededor. Tienen que enfrentar al Estado; entran en la esfera de la política. Los problemas de la revolución deben ser enfrentados.

Los consejos obreros (1936)

Disclaimer: Este texto **NO** es el libro de 1946, es un artículo que escribió para un periódico años antes.

1. Los consejos obreros como la organización revolucionario del proletariado

En sus luchas revolucionarias, la clase obrera necesita organización. Cuando las grandes masas tienen que actuar como una unidad, se necesita un mecanismo para el acuerdo y la discusión, para la elaboración y difusión de las decisiones, y para la declaración de acciones y objetivos.

Esto no quiere decir, por supuesto, que todas las grandes acciones y huelgas generales son llevadas a cabo con una disciplina marcial, siguiendo las decisiones de una junta central. Es cierto que tales casos ocurrirán, pero más a menudo, a través de su más decidido espíritu de pelea, su solidaridad y su pasión, las masas, sin un plan general, estallarán en huelga para ayudar a sus compañeros, o para protestar contra alguna atrocidad capitalista. Entonces tales huelgas se extenderán por todo el país como un fuego en la pradera.

En la primera revolución rusa, la marea de huelgas subía y bajaba. A menudo las más exitosas eran aquellas que no habían sido decididas con anticipación, mientras que las huelgas proclamadas por los comités centrales a menudo fallaban.

Los huelguistas, una vez que están luchando, desean el contacto mutuo y el entendimiento para unirse en una fuerza organizada. Aquí se presenta una dificultad. Sin una organización fuerte, sin unir sus fuerzas y enlazar su voluntad en un cuerpo sólido, sin unificar su actividad en un accionar común, no pueden derrotar la fuerte organización del poder capitalista. Pero cuando miles y millones de obreros están unidos en un cuerpo, éste solamente puede ser dirigido por funcionarios que actúen como representantes de los miembros. Y hemos visto que entonces estos funcionarios se convierten en los amos de la organización, con intereses distintos a los intereses revolucionarios de los obreros.

¿Cómo puede la clase obrera, en las luchas revolucionarias, unir su fuerza en una gran organización sin caer en la trampa de la burocracia? La respuesta se obtiene haciendo otra pregunta: si todo lo que los obreros hacen es pagar sus cuotas y obedecer todo cuanto sus líderes les ordenen, ¿están realmente luchando por su libertad?

Luchar por la libertad no es permitir que tus líderes piensen y decidan por tí, y seguirlos obedientemente, o regañarlos de vez en cuando. Luchar por la libertad significa participar al máximo según la capacidad de cada uno, pensando y decidiendo por uno mismo, asumiendo todas las responsabilidades como un individuo auto-suficiente entre compañeros iguales. Es verdad que pensar por uno mismo, saber qué es verdadero y correcto, con una cabeza afectada por la fatiga, es la más dura y difícil de las tareas; es mucho más difícil que pagar y obedecer. Pero es el único camino a la libertad. Ser liberado por otros, cuyo liderazgo es la parte esencial de la liberación, no es otra cosa que erigir nuevos amos en lugar de los viejos.

La libertad, el objetivo de los obreros, quiere decir que serán capaces, hombre por hombre, de administrar el mundo, de utilizar y lidiar con los tesoros de la Tierra, para hacerla un hogar feliz para todos. ¿Cómo pueden asegurar esto si no pueden conquistar y defender esto por ellos mismos?

La revolución proletaria no sólo es la derrota del poder capitalista. Es el ascenso del conjunto de los obreros de la dependencia y de la ignorancia hacia la independencia y la conciencia clara de cómo llevar adelante sus vidas.

La verdadera organización, la que los obreros necesitan para la revolución, requiere que todos tomen parte de ella, en cuerpo alma y cerebro; que todos tomen parte tanto en el liderazgo como en la acción, y tengan que pensar, decidir y actuar al máximo de sus capacidades. Tal organización es un cuerpo de personas auto-determinadas. No hay lugar para líderes profesionales. Indudablemente existe la obediencia; todo el mundo tiene que seguir las decisiones en las que él mismo ha tomado parte en elaborar. Pero todo el poder siempre reside en los obreros mismos.

¿Es posible hacer realidad tal forma de organización? ¿Cuál debe ser su estructura? No es necesario construirla o concebirla. La historia ya la ha producido. Vino a la vida a través de la práctica de la lucha de clases. Su prototipo, su primer rastro, se encuentra en los comités de huelga. En una gran huelga, todos los obreros no pueden participar en una sola reunión. Eligen a delegados para que actúen como un comité. Tal comité es solamente el órgano ejecutivo de los huelguistas; está continuamente en contacto con ellos y tiene que llevar a cabo las decisiones de los huelguistas. Cada delegado puede ser reemplazado por otros en todo momento; tal comité nunca se convierte en un poder independiente. De esta manera se asegura

la unidad de acción como un cuerpo, y sin embargo los obreros tienen todas las decisiones en sus propias manos. Generalmente en las huelgas, la conducción más alta es arrebatada de las manos de estos comités por los sindicatos y sus líderes.

En la revolución rusa cuando las huelgas estallaban irregularmente en las fábricas, los huelguistas escogían a delegados que, por el conjunto de la ciudad o de una industria o ferrocarril a través del Estado o provincia, se reunían para dar unidad a la lucha. Al mismo tiempo tenían que discutir sobre temas políticos y asumir funciones políticas porque las huelgas iban dirigidas contra el Zarismo. Estos organismos fueron llamados soviets; consejos. En estos soviets se discutían todos los detalles de la situación, todos los intereses de los obreros y los acontecimientos políticos. Los delegados iban y venían continuamente de la asamblea a sus fábricas. En las fábricas y los talleres los obreros, en reuniones generales, discutían sobre los mismos temas, tomaban sus decisiones y a menudo enviaban a nuevos delegados. Se nombraron a socialistas capaces como secretarios, para que dieran consejo sobre la base de sus conocimientos más amplios. A menudo estos soviets tuvieron que actuar como poderes políticos, como un tipo de gobierno primitivo cuando el poder zarista estaba paralizado, cuando los funcionarios y oficiales no sabían qué hacer y les dejaban el campo libre. De esta manera, estos soviets se convirtieron en el centro permanente de la revolución; fueron constituidos por delegados de todas las fábricas, tanto las que estaban en huelga como las que estaban trabajando. No podían pensar en convertirse en un poder independiente. Los miembros eran reemplazados con frecuencia y a veces el soviet entero era arrestado y tenía que ser reemplazado por nuevos delegados. Por encima de todo sabían que toda su fuerza tenía sus raíces en la voluntad de los obreros de ir o no a huelga; a menudo sus

decisiones no eran acatadas cuando no estaban de acuerdo con los sentimientos instintivos de los obreros de fuerza o debilidad, pasión o prudencia. De esta manera el sistema soviético probó ser la forma apropiada para la organización de una clase obrera revolucionaria. En 1917 fue asumida inmediatamente en Rusia, y por todos lados se originaron soviets de obreros y soldados que fueron el motor de la revolución.

La prueba complementaria se obtuvo en Alemania. En 1918, después del quiebre del poder militar, se fundaron consejos de obreros y soldados en imitación a los de Rusia. Pero los obreros alemanes, educados en la disciplina partidaria y sindical, llenos de ideas socialdemócratas de república y reforma como próximos objetivos políticos, escogieron a sus representantes partidarios y sindicales como delegados en estos consejos. Cuando actuaron y lucharon por sí mismos, lo hicieron en la manera correcta, pero por falta de confianza en sí mismos escogieron a líderes llenos de ideas capitalistas, y estos siempre estropearon los asuntos. Es natural que entonces un "congreso de consejos" resolviera abdicar en favor de un nuevo parlamento, que debía ser elegido lo antes posible.

Aquí se hizo evidente que el sistema de consejos es la forma apropiada de organización solamente para una clase obrera revolucionaria. Si los obreros no piensan seguir con la revolución, no tienen uso para los soviets. Si los obreros no están aún lo suficientemente avanzados para ver el camino de la revolución, si están satisfechos con los jefes que hacen todo el trabajo de conferenciar, mediar y negociar por reformas dentro del capitalismo, entonces los parlamentos y los congresos partidarios y sindicales - llamados parlamentos obreros porque funcionan bajo el mismo principio - son todo lo que necesitan. Si, en cambio, luchan con toda su energía por la revolución, si

toman parte en cada evento con intenso entusiasmo y pasión, si piensan y deciden por sí mismos todos los detalles de la lucha porque son ellos quienes tienen que llevar a cabo la lucha, entonces los consejos obreros son la organización que necesitan.

Esto implica que los consejos obreros no pueden ser formados por grupos revolucionarios. Tales grupos solamente pueden propagar la idea explicando a sus compañeros de trabajo la necesidad de la organización en consejos, cuando la clase obrera como un poder auto-determinado lucha por la libertad. Los consejos son la forma de organización solamente para las masas en lucha, para la clase obrera en su conjunto, no para los grupos revolucionarios.

Se originan y crecen junto con la primera acción de carácter revolucionario. Su importancia y sus funciones aumentan con el desarrollo de la revolución. Al principio podrían aparecer como simples comités de huelga, en oposición a los dirigentes sindicales cuando las huelgas van más allá de las intenciones de los dirigentes, y se rebelan contra los sindicatos y sus dirigentes.

En una huelga general las funciones de estos comités se expanden. Ahora los delegados de todas las fábricas y plantas tienen que discutir y decidir sobre todas las condiciones de la lucha; tratarán de regular todo el poder de pelea de los obreros en acciones delineadas conscientemente; deben ver cómo reaccionarán ante las medidas del gobierno, las acciones de los soldados o las pandillas capitalistas. Por medio de esta misma acción de huelga, las verdaderas decisiones son hechas por los obreros mismos. En los consejos, las opiniones, la voluntad, la preparación, el titubeo, o el entusiasmo, la energía y los obstáculos de todas estas masas se concentran y combinan en una línea común de acción. Son los símbolos, los exponentes del poder de los obreros; pero al mismo tiempo son solamente los

portavoces que pueden ser reemplazados en cualquier momento. En un momento son proscritos del mundo capitalista, y al próximo, tienen que tratar como partidos iguales con los altos funcionarios gubernamentales.

Cuando la revolución se desarrolla con tal fuerza que el poder estatal es gravemente afectado, entonces los consejos obreros tienen que asumir funciones políticas. En una revolución política, ésta es su primera y principal función. Son los cuerpos centrales del poder de los obreros; tienen que tomar todas las medidas para debilitar y derrotar al adversario. De la misma manera que una potencia en guerra, tienen que montar guardia sobre todo el país, controlando los esfuerzos de la clase capitalista para acumular y restituir sus fuerzas y dominar a los obreros. Tienen que cuidar de varios asuntos públicos que solían ser los del Estado: la salud pública, la seguridad pública, y el curso ininterrumpido de la vida social. Tienen que ocuparse de la producción misma; la tarea más importante y difícil que incumbe a la clase obrera en la revolución.

Jamás en la historia una revolución social empezó como un simple acto de gobernantes políticos quienes, después de haber adquirido el poder político, llevaron a cabo los cambios sociales necesarios a través de nuevas leyes. Antes y durante la lucha, la clase en alza construyó sus nuevos órganos sociales como brotes de raíces dentro de la cáscara muerta del anterior organismo. En la Revolución Francesa, la nueva clase capitalista, los ciudadanos, los hombres de negocios, los artesanos, construyeron en cada ciudad y villa sus juntas comunales, sus nuevos tribunales de justicia, ilegales en ese momento, simplemente usurpando las funciones de los impotentes funcionarios de la monarquía. Mientras sus delegados en París discutían y escribían la nueva constitución, la verdadera

constitución fue hecha a través del país por los ciudadanos mediante sus reuniones políticas, construyendo sus órganos políticos que después serían legalizados por ley.

Del mismo modo durante la revolución proletaria, la nueva clase en alza crea sus nuevas formas de organización que paso a paso en el proceso de la revolución reemplazan a la antigua organización estatal. Los consejos obreros, como la nueva forma de la organización política, toman el lugar del parlamentarismo, la forma política del régimen capitalista.

2. Democracia soviética versus democracia burguesa

La democracia parlamentaria es considerada por los teóricos capitalistas y socialdemócratas como la democracia perfecta, conforme a la igualdad y la justicia. En realidad, es solamente un disfraz para la dominación capitalista, y contraria a la igualdad y la justicia. Es el sistema de consejos el que es la verdadera democracia de los obreros.

La democracia parlamentaria es una democracia tramposa. A las personas se les permite votar una vez cada cuatro o cinco años y escoger a sus delegados; ay de ellos si no escogen al hombre correcto. Los votantes solamente pueden ejercer su poder en las elecciones; de allí en adelante son impotentes. Los delegados electos son ahora los gobernantes de las personas; hacen las leyes y constituyen los gobiernos, y las personas tienen que obedecer. Generalmente, por el mecanismo electoral, solamente los grandes partidos capitalistas con sus fuertes

aparatos, con sus periódicos, y su publicidad llamativa, tienen una oportunidad de ganar. Los representantes reales de grupos descontentos rara vez tienen una oportunidad de ganar algunos pocos asientos.

En el sistema soviético, cada delegado puede ser revocado en cualquier momento. No sólo los obreros permanecen continuamente en contacto con el delegado, discutiendo y decidiendo por sí mismos, sino que el delegado es apenas un mensajero temporal a las asambleas del consejo. Los políticos capitalistas denuncian este rol "impersonal" del delegado, por el hecho de que puede tener que hablar en contra de su opinión personal. Olvidan que justo porque no hay delegados fijos, solamente serán enviados aquellos cuyas opiniones se ajusten a las de los obreros.

El principio de la representación parlamentaria es que el delegado en el parlamento actuará y votará de acuerdo con su propia convicción y conciencia. Si sobre alguna cuestión decide consultar la opinión de sus votantes, es solamente debido a su propia prudencia. No son las personas, sino él mismo de acuerdo a su propia responsabilidad el que tiene que decidir. El principio del sistema soviético es justamente al revés; los delegados solamente expresan las opiniones de los obreros.

En las elecciones para el parlamento, los ciudadanos son agrupados de acuerdo a distritos y condados de votación; en otras palabras de acuerdo con su lugar de residencia. Personas de distintos oficios o clases, que no tienen nada en común, viviendo cerca de sí por casualidad, son combinadas en un grupo artificial que tiene que ser representado por un delegado.

En los consejos, los obreros son representados en sus agrupaciones naturales, de acuerdo con fábricas, talleres y

plantas. Los obreros de una fábrica o una gran planta forman una unidad de la producción; pertenecen juntos por su trabajo colectivo. En las épocas revolucionarias, están en contacto inmediato para intercambiar las opiniones; viven bajo las mismas condiciones y tienen los mismos intereses. Deben actuar juntos; la fábrica es la unidad que, como unidad, tiene que ir a huelga o trabajar, y sus obreros deben determinar colectivamente qué tienen que hacer. De manera que la organización y la delegación de obreros en fábricas y talleres es la forma necesaria.

Es al mismo tiempo el principio de la representación del orden comunista creciendo en la revolución. La producción es la base de la sociedad o, más bien dicho, es el contenido, la esencia de la sociedad; por lo tanto el orden de la producción es al mismo tiempo el orden de la sociedad. Las fábricas son las unidades de trabajo, las células que forman el organismo de la sociedad. La tarea principal de los órganos políticos, que representan nada más que los órganos que manejan la totalidad de la sociedad, concierne al trabajo productivo de la sociedad. Por lo tanto se da por entendido que los obreros, en sus consejos, hablan de estos temas y eligen a sus delegados, que se encuentran juntos en sus unidades de producción.

Sin embargo, no debemos creer que el parlamentarismo, como la forma política del capitalismo, no fue fundado sobre la producción. La organización política siempre se adapta al carácter de la producción como base de la sociedad. La representación de acuerdo con el lugar de residencia pertenece al sistema de la pequeña producción capitalista, donde se supone que cada hombre es el propietario de su propia pequeña empresa. En ese caso existe una conexión mutua entre todos estos hombres de negocios en un lugar, entendiéndose entre sí, viviendo como vecinos, conociéndose entre sí y por lo tanto

enviando a un delegado común al parlamento. Ésta era la base del parlamentarismo. Hemos visto más tarde que este sistema de delegación parlamentaria probó ser el sistema correcto para representar los crecientes y cambiantes intereses de clase dentro del capitalismo.

A su vez ahora está claro por qué los delegados en el parlamento tuvieron que tomar el poder político en sus manos. Su tarea política era solamente una pequeña parte de la tarea de la sociedad. La parte más importante, el trabajo productivo, era la tarea personal de todos los productores separados, los ciudadanos como hombres de negocios; requería casi toda su energía y ocupación. Cuando cada individuo se hacía cargo de su propia pequeña porción, entonces la sociedad como su totalidad iba bien. Las reglas generales por ley, condiciones necesarias, indudablemente, pero de una extensión menor, pudieron ser dejadas al cuidado de un grupo o rama especial, los políticos. Con la producción comunista ocurre lo contrario. Aquí lo más importante de todo, el trabajo productivo colectivo, es la tarea de la sociedad como un todo; les concierne a todos los obreros colectivamente. Su trabajo personal no requiere de toda su energía y cuidado; su mente se concentra en la tarea colectiva de la sociedad. La regulación general de este trabajo colectivo no puede ser dejada a un grupo especial de personas; es el interés vital de todos los obreros.

Hay otra diferencia entre el parlamentarismo y el sistema soviético. En la democracia parlamentaria, se le da un voto a cada hombre adulto y a veces a la mujer en base a la fuerza de su derecho supremo e innato de pertenecer a humanidad, como es tan hermosamente expresado en los discursos de campaña. En los soviets, por otro lado, solamente son representados los

obreros. ¿Puede decirse entonces que el sistema de consejos es realmente democrático si excluye a las otras clases de la sociedad?

El sistema de consejos encarna la dictadura del proletariado. Marx y Engels, hace más de medio siglo, explicaron que la revolución social iba a resultar en la dictadura de la clase obrera como la próxima forma política y que esto era esencial para provocar los cambios necesarios en la sociedad. Los socialistas, pensando solamente en términos de representación parlamentaria, trataron de justificar o criticar la violación de la democracia y la injusticia de excluir arbitrariamente a personas de las elecciones por su pertenencia a ciertas clases. Ahora vemos cómo el desarrollo de la lucha de clases proletaria produce naturalmente los órganos de esta dictadura, los soviets.

Ciertamente no es ninguna violación de la justicia que los consejos, como los centros de lucha de una clase obrera revolucionaria, no incluyan a representantes de la clase opuesta. Y de allí en adelante el tema no es diferente. En una naciente sociedad comunista no hay lugar para capitalistas; tienen que desaparecer y van a desaparecer. Quien quiera que tome parte en el trabajo colectivo es un miembro de la colectividad y toma parte en las decisiones. Sin embargo, las personas que están fuera del proceso de la producción colectiva, son, por la estructura del sistema de consejos, automáticamente excluidas de influir en ella. Los que queden de los antiguos explotadores y ladrones no tienen voto en la regulación de una producción en la que no participan.

Hay otras clases en la sociedad que no pertenecen directamente a las dos principales clases opuestas: pequeños agricultores, artesanos independientes, intelectuales. En la lucha revolucionaria pueden vacilar de un lado a otro, pero en general no son muy importantes, porque tienen menos poder de

combate. En su mayor parte sus formas de organización y objetivos son diferentes. Para hacerse amigos de ellos o neutralizarlos, si esto es posible sin impedir los objetivos correctos o luchar contra ellos resueltamente si es necesario, decidir sobre el modo de tratar con ellos con equidad y firmeza, será asunto, a menudo una materia de difíciles tácticas, de la clase obrera en lucha. En el sistema de producción, en la medida en que su trabajo sea útil y necesario, encontrarán su lugar y ejercerán su influencia según el principio de que quien hace el trabajo tiene un voto principal en su regulación.

Hace más de medio siglo, Engels dijo que a través de la revolución proletaria el Estado desaparecería; en vez del gobierno sobre las personas vendría la organización de las cosas. Esto fue dicho en un tiempo en que no podría haber una idea clara sobre cómo la clase obrera llegaría al poder. Ahora vemos confirmada la verdad de esta afirmación. En el proceso de la revolución, el antiguo poder estatal será destruido, y los organismos que tomen su lugar, los consejos obreros, mientras sea necesario, indudablemente tendrán todavía importantes funciones políticas para reprimir a los remanentes del poder capitalista. Sin embargo, su función política de gobernar se convertirá gradualmente en nada más que la función económica de dirigir el proceso colectivo de la producción de bienes para las necesidades de la sociedad.

Partido y clase (1936)

Estamos sólo en las fases más tempranas de un nuevo movimiento obrero. El viejo movimiento obrero está organizado en partidos. La creencia en los partidos es la razón principal de la impotencia de la clase obrera; por lo tanto, nosotros evitamos la creación un nuevo partido. No porque seamos demasiado pocos --**un partido de cualquier tipo comienza con pocas personas--**, sino porque un partido es una organización que apunta a dirigir y controlar a la clase obrera. En oposición a esto, nosotros mantenemos que la clase obrera sólo puede alzarse a la victoria cuando afronta de modo independiente sus problemas y decide su propio destino (1). Los obreros no deben aceptar ciegamente las consignas de otros, ni de nuestros propios grupos, sino que deben pensar, actuar y decidir por sí mismos. **Por lo tanto, en este período de transición, los órganos naturales de educación y esclarecimiento son, en nuestra visión, los grupos de trabajo, los círculos de estudio y discusión, que se han formado por su propio acuerdo y que buscan su propio camino.**

Esta concepción está en aguda contradicción con la tradición del partido como el medio más importante para educar al proletariado. Por consiguiente, muchos, aunque repudian a los partidos socialistas y comunistas, se resisten y se oponen a nosotros. Esto se debe, en parte, a sus conceptos tradicionales; después de ver la lucha de clases como una lucha de partidos, se vuelve difícil considerarla como puramente la lucha de la clase obrera, como una lucha de clase. Pero, parcialmente, este concepto está basado en la idea de que el partido juega, no obstante, un papel esencial e importante en la lucha del

proletariado. Permítasenos investigar esta última idea más estrechamente.

Esencialmente, el partido es una agrupación de acuerdo con las visiones, las concepciones; las clases son agrupaciones según los intereses económicos. La pertenencia a una clase está determinada por el papel en el proceso de producción; la afiliación del partido es la unión de personas que están de acuerdo en sus concepciones de los problemas sociales. Anteriormente se pensaba, **por razones teóricas y prácticas**, que la contradicción desaparecería en el partido de clase, el "*partido de los obreros*". Durante el ascenso de la Socialdemocracia, parecía que ésta abarcaría gradualmente al conjunto de la clase obrera, en parte como miembros, en parte como simpatizantes. Ya que la teoría marxiana declaraba que intereses similares engendran puntos de vista y objetivos similares, se esperaba que gradualmente la contradicción entre el partido y la clase desapareciese. La historia demostró ser diferente. La Socialdemocracia siguió siendo una minoría, otros grupos de la clase obrera se organizaron contra ella, secciones se escindieron de ella, y su propio carácter cambió. Su propio programa fue revisado o reinterpretado.

La sociedad no se desarrolla de un modo continuo, libre de retrocesos, sino a través de conflictos y antagonismos. Con la intensificación de la lucha de los trabajadores, el poderío del enemigo aumenta también y asedia a los obreros con dudas y miedos renovados acerca de cual camino es el mejor. Y cada duda acarrea divisiones, contradicciones y batallas fraccionales dentro del movimiento obrero. Es inútil **deplorar** estos conflictos y divisiones como dañinos por dividir y debilitar a la clase obrera, **como si creasen una situación que no debería existir y que está haciendo a los obreros impotentes.** Como se ha señalado a menudo, *la clase obrera no es débil porque esté dividida, sino que está dividida porque es débil.*

Debido a que el enemigo es poderoso **en tal medida** que los viejos métodos de combate se demuestran inútiles, la clase obrera debe buscar nuevos métodos. Su tarea no se clarificará como resultado de una iluminación desde arriba; ella debe descubrir sus tareas a través del duro trabajo, a través del pensamiento y del conflicto de opiniones. Debe encontrar su propio camino; por consiguiente, la lucha interna. Debe abandonar las ideas **caducas** y **las viejas** ilusiones, y **es de hecho la dificultad de esta tarea la que engendra divisiones de una magnitud** y severidad tales.

Tampoco podemos engañarnos creyendo que este periodo de contienda de partido y disputa ideológica **pertenece sólo a un período de transición como el actual**, y que dejará paso a una **unidad más fuerte que la de antes**. Es cierto que, en el curso de la lucha de clases, hay ocasiones en las que todas las fuerzas se unen para un gran objetivo viable y la revolución es llevada adelante con el poderío de una clase obrera unida. Pero, después de eso, como después de cada victoria, vienen diferencias sobre la cuestión: ¿y ahora qué? Y aún si la clase obrera es victoriosa, siempre tiene que enfrentarse a tareas de la mayor dificultad: dominar ulteriormente al enemigo, reorganizar la producción, crear un nuevo orden. Es imposible que todos los trabajadores, todos los estratos y grupos, **cuyos intereses están todavía lejos de ser homogéneos**, vayan en esta fase a estar de acuerdo en todas las materias y a estar listos para la acción unitaria y decisiva ulterior. Sólo encontrarán el curso acertado después de las más agudas controversias y conflictos, y sólo así lograrán la claridad de ideas.

Si, en esta situación, personas con las mismas concepciones fundamentales se unen para la discusión de **las perspectivas de acción**, buscan la clarificación a través de discusiones y hacen propaganda de sus conclusiones, tales grupos podrían ser llamados *partidos*; pero serían partidos en un

sentido enteramente diferente de los de hoy. La acción, la lucha de clases efectiva, es la tarea de las masas trabajadoras mismas, en su totalidad, en sus agrupaciones reales como la fábrica y los molinos, u otros grupos productivos, porque la historia y la economía las han puesto en la posición en la que deben y pueden librar la lucha de la clase obrera. Sería demencial si los seguidores de un partido fuesen a ir a la huelga mientras los de otro continuasen trabajando. Pero ambas tendencias defenderán sus posiciones, de sí a la huelga o de no a la huelga, en las reuniones de fábrica, dando así la oportunidad de llegar a una decisión bien fundada. La lucha es tan grande, el enemigo tan poderoso, que sólo las masas como un todo pueden lograr una victoria, la cual es el resultado del poder material y moral de acción, de la unidad y del entusiasmo, pero también de la fuerza **espiritual** del pensamiento, de la claridad. En esto reside la gran importancia de tales partidos o grupos basados en las opiniones: que ellos traen claridad con sus conflictos, discusiones y propaganda. *Son los órganos de la **autoclarificación** de la clase obrera, por medio de los cuales los obreros encuentran su camino a la libertad.*

Por supuesto, tales partidos no son estáticos e invariables. Cada nueva situación, cada nuevo problema, encontrará mentes divergiendo y uniéndose en nuevos grupos con nuevos programas. Tienen un carácter fluctuante y se reajustan constantemente a las nuevas situaciones.

Comparados con tales grupos, los partidos obreros actuales tienen un carácter enteramente diferente, ya que tienen un objetivo diferente: *quieren tomar el poder para ellos*. No apuntan a ser una ayuda a la clase obrera en su lucha por la emancipación, sino a gobernar ellos y a proclamar que esto constituye la emancipación del proletariado. La Socialdemocracia que surgió en la era del parlamentarismo concebía esta dominación como un gobierno parlamentario. El Partido Comunista lleva la idea de

la dominación del partido a su extremo más pleno en la dictadura de partido.

Tales partidos, a diferencia de los grupos descritos arriba, deben ser estructuras rígidas con líneas de demarcación claras a través de fichas de afiliación, estatutos, disciplina de partido y procedimientos de admisión y expulsión. Pues ellos son instrumentos del poder --luchan por el poder, refrenan a sus miembros por la fuerza y buscan constantemente extender el alcance de su poder--. Su tarea no es desarrollar la iniciativa de los obreros; en lugar de eso, aspiran a entrenar a miembros leales e incondicionales de su fe. Mientras la clase obrera en su lucha por el poder y la victoria necesita de la libertad intelectual ilimitada, la dominación del partido tiene que suprimir todas las opiniones excepto la suya propia. En los partidos "democráticos", la supresión está velada; en los partidos dictatoriales es una supresión abierta y brutal.

Muchos obreros ya comprenden que la dominación del Partido Socialista o del Comunista será sólo una forma disimulada de la dominación de la clase burguesa, en la que la explotación y la opresión de la clase obrera continúan. En lugar de estos partidos, ellos urgen a la formación de un "partido revolucionario" que realmente aspirase a la dominación de los obreros y a la realización del comunismo. No un partido en el nuevo sentido descrito más arriba, sino un partido como los de hoy, que luche por el poder como la "vanguardia" de la clase, como la organización de minorías conscientes, revolucionarias, que tomen el poder para usarlo para la emancipación de la clase.

Nosotros afirmamos que hay una contradicción interna en el término "partido revolucionario". Un partido tal no puede ser revolucionario. O no es más revolucionario de lo que lo fueron los creadores del Tercer Reich. Cuando hablamos de revolución, hablamos de la revolución proletaria, de la toma del poder por la clase obrera misma.

El “partido revolucionario” está basado en la idea de que la clase obrera necesita un nuevo grupo de dirigentes que venzan a la burguesía por los trabajadores y construyan un nuevo gobierno (nótese que la clase obrera no es considerada todavía apta para reorganizar y regular la producción). Pero, ¿no es ésto tal y como debe ser? Como la clase obrera no parece capaz de la revolución, ¿no es necesario que la vanguardia revolucionaria, el partido, haga la revolución por ella? ¿Y no es esto cierto en lo que respecta a las masas que soportan el capitalismo de buena gana?

Contra esto, nosotros planteamos la cuestión: ¿Qué fuerza puede tal partido alzar para la revolución? ¿Cómo es capaz de derrotar a la clase capitalista? Sólo si las masas están detrás de él. Sólo si las masas se alzan y, a través de ataques de masas, lucha de masas y huelgas de masas, derrocan el viejo régimen. Sin la acción de las masas no puede haber revolución.

Pueden suceder dos cosas. Las masas siguen en acción: no se van a casa y dejan el gobierno al nuevo partido. Ellas organizan su poder en la fábrica y el taller y se preparan para conflictos ulteriores con el propósito de la derrota del capital; a través de los consejos obreros establecen una forma de unión para apropiarse de la dirección completa de toda la sociedad --en otras palabras, ellas prueban que no son tan incapaces de la revolución como parecía--. De necesidad, entonces, surgirá un conflicto con el partido, que quiere él mismo tomar el control y que ve sólo desorden y anarquía en la autoactividad de la clase obrera. Posiblemente, los obreros desarrollarán su movimiento y barrerán al partido. O el partido, con la ayuda de elementos burgueses, derrotará a los obreros. En cualquier caso, el partido es un obstáculo a la revolución porque quiere ser más que un medio de propaganda y esclarecimiento; porque se siente llamado a dirigir y gobernar como un partido.

Por otro lado, las masas pueden seguir con la fe en el partido y dejarle la plena dirección de los asuntos. Siguen las consignas desde arriba, confían en que el nuevo gobierno (como en Alemania y Rusia) establecerá el comunismo --y vuelven a casa y al trabajo--. Inmediatamente, la burguesía ejerce todo su poder de clase, cuyas raíces no han sido quebradas; sus fuerzas financieras, sus grandes recursos intelectuales y su poder económico en las fábricas y las grandes empresas. Contra ésto el gobierno del partido es demasiado débil. Sólo a través de la moderación, las concesiones y la condescendencia puede **mantenerse en el poder. Entonces se hace habitual la idea de que por el momento esto es todo lo que se puede hacer, y que sería** una locura que los obreros intentasen forzar reivindicaciones imposibles. Así, el partido, privado del poder de la clase **revolucionaria**, se convierte en un instrumento para el mantenimiento del poder burgués.

Dijimos antes que el término “partido revolucionario” era contradictorio desde un punto de vista proletario. Podemos decirlo de otra manera: en el término “partido revolucionario”, “revolucionario” siempre significa una revolución burguesa. Siempre que las masas derrocan un gobierno y entonces permiten a un nuevo partido tomar el poder, tenemos una revolución burguesa --la sustitución de una casta gobernante por una nueva casta gobernante--. Así fue en París en 1830, cuando la burguesía financiera suplantó a los terratenientes, y en 1848, cuando la burguesía industrial tomó las riendas; **y de nuevo en 1871, cuando todo el cuerpo de la burguesía llegó al poder.**

En la revolución rusa, la burocracia del partido vino al poder como la casta gobernante. Pero en Europa occidental y América la burguesía está mucho más poderosamente atrincherada en las plantas y los bancos como para que una burocracia de partido pueda empujarles a un lado tan fácilmente. La burguesía en estos países sólo puede vencerse por la acción

reiterada y unitaria de las masas en las que ellas tomen los molinos y las fábricas y construyan sus organizaciones de consejos. **En este caso, sin embargo, parece que la fortaleza real está en las masas que destruyen la dominación del capital en proporción a cómo su propia acción se amplía y profundiza.**

Aquéllos que hablan de “partidos revolucionarios” extraen conclusiones incompletas, limitadas, de la historia. Cuando los Partidos Socialistas y Comunistas se convirtieron en órganos de dominación burguesa para la perpetuación de la explotación, estas personas bienintencionadas concluyeron meramente que tendrían que hacerlo mejor. No pueden comprender que el fracaso de estos partidos se debe al conflicto fundamental entre la autoemancipación de la clase obrera a través de su propio poder y la pacificación de la revolución a través de una nueva camarilla gobernante afín. *Ellos piensan que son la vanguardia revolucionaria porque ven a las masas indiferentes e inactivas.* Pero, si las masas siguen inactivas, es sólo debido a que no pueden comprender todavía el curso de la lucha y la unidad de los intereses de clase, pero sienten instintivamente el gran poder del enemigo y la inmensidad de su tarea. Una vez las condiciones les fuerzen actuar, afrontarán la tarea de la autoorganización y la conquista del poder económico del capital. **Y una vez más, toda vanguardia autoproclamada que busque dirigir y dominar a las masas por medio de un "partido revolucionario" se estará revelando como un factor reaccionario por razón de esta misma concepción.**

Sociedad y mente en la filosofía marxiana (1937)

I.

La teoría de Marx del desarrollo social es conocida como la "concepción materialista de historia" o "materialismo histórico". Antes de Marx, la palabra "materialismo" había sido utilizada durante mucho tiempo en oposición al idealismo, pues en tanto que los sistemas filosóficos idealistas asumían algún principio espiritual, alguna "Idea Absoluta", como la base primaria del mundo, las filosofías materialistas procedían partiendo del mundo material real. A mediados del siglo XIX, era corriente otro tipo de materialismo que consideraba la materia física como la base primaria de la que debe derivarse todo fenómeno espiritual y mental. La mayoría de las objeciones que han sido alzadas contra el marxismo son debidas al hecho de que no se ha distinguido suficientemente de este materialismo mecánico.

La filosofía se condensa en la bien conocida cita: *"no es la conciencia de los hombres la que determina su existencia, sino, al contrario, es su existencia social la que determina su conciencia"*. El marxismo no se ocupa de la antítesis materia-mente; trata del mundo real y las ideas derivadas a partir de él. Este mundo real comprende todo lo observable --es decir, todo lo que por la observación pueda declararse un hecho objetivo--. Las relaciones salariales entre obrero y patrón, la constitución de los Estados Unidos, la ciencia de la matemática, aunque no consistentes en materia física, son efectivamente tan reales y objetivas como la máquina de la fábrica, el Capitolio o el río Ohio. Incluso las ideas mismas, a su

vez, actúan como hechos reales, observables. El materialismo mecánico asume que nuestros pensamientos están determinados por los movimientos de los átomos en las células de nuestros cerebros. El marxismo considera que nuestros pensamientos están determinados por nuestra experiencia social observada a través de los sentidos o sentida como necesidades corporales directas.

El mundo, para el hombre, es la sociedad. Por supuesto, el mundo más amplio es la naturaleza, y la sociedad es la naturaleza transformada por el hombre. Pero en el curso de la historia esta transformación fue tan completa que ahora la sociedad es la parte más importante de nuestro mundo. La sociedad no es simplemente un agregado de hombres; los hombres están conectados por relaciones determinadas, no escogidas por su voluntad, sino impuestas a ellos por el sistema económico bajo el que viven y en el que cada uno tiene su lugar.

Las relaciones que el sistema productivo establece entre los hombres tienen la misma rigurosidad que los hechos biológicos; pero esto no significa que los hombres piensen solamente en su comida. Significa que la manera en que el hombre se gana la vida --es decir, la organización económica de la producción-- sitúa a cada individuo en determinadas relaciones con sus compañeros, determinando así su pensamiento y su sensibilidad. Es cierto, claro, que incluso hasta el presente casi todos los pensamientos de los hombres se han orientado alrededor de conseguir comida, porque el sustento nunca ha estado asegurado para todos. El miedo a la necesidad y al hambre ha pesado como una pesadilla sobre las mentes de los hombres. Pero, en un sistema socialista, cuando este miedo se haya disipado, cuando la humanidad sea la dueña de los medios de subsistencia y el pensamiento sea libre y creativo, el sistema de producción continuará también determinando las ideas y las instituciones.

El modo de producción, que forma la mente del hombre, es, al mismo tiempo, un producto del hombre. Ha sido edificado por la humanidad durante el curso de siglos, participando todos en su desarrollo. En cualquier momento dado, su estructura está determinada por las condiciones dadas, las más importantes de las cuales son la técnica y el derecho. El capitalismo moderno no es simplemente producción mediante maquinaria de gran escala; es producción por tales máquinas bajo la dominación de la propiedad privada. El crecimiento del capitalismo no fue solamente un cambio de una economía que utilizaba pequeñas herramientas a la industria a gran escala, sino, al mismo tiempo, una transformación de los artesanos gremiales en trabajadores asalariados y hombres de negocios. Un sistema de producción es un sistema de técnica determinado, regulado para el beneficio de sus poseedores por un sistema de normas jurídicas.

La tesis, citada a menudo, del jurista alemán Stammler, de que el derecho determina el sistema económico ("*das Recht bestimmt die Wirtschaft*" ["*el Derecho determina la Economía*"]), está basada en esta circunstancia. Stammler pensaba que mediante esta sentencia había refutado el marxismo, que proclamaba la dominación de la economía sobre las ideas jurídicas. Proclamando que el elemento material, el aspecto técnico del proceso de trabajo, está gobernado y dominado por elementos ideológicos, por las normas jurídicas con las que los hombres regulan sus relaciones según su propia voluntad, Stammler se sintió convencido de que había establecido el predominio de la mente sobre la materia. Pero la antítesis entre la técnica y el derecho no coincide en absoluto con la antítesis materia-mente. El derecho no es sólo una norma espiritual, sino también un duro constreñimiento; no sólo un artículo en los libros estatutarios, sino también el garrote del policía y los muros de la cárcel. Y la técnica no son sólo las máquinas materiales, sino también la capacidad de construirlas, incluyendo la ciencia de la física.

Las dos condiciones, la técnica y el derecho, juegan diferentes papeles en la determinación del sistema de producción. La voluntad de aquéllos que controlan las técnicas no puede crear estas técnicas, pero puede --y lo hace-- elaborar las leyes. Estas son voluntarias, pero no caprichosas. No determinan las relaciones productivas, pero toman ventaja de estas relaciones para el beneficio de los propietarios y son alteradas para hacer frente a los adelantos en los modos de producción. La manufactura que usa la técnica de pequeñas herramientas conduce a un sistema de producción gremial, haciendo así necesaria la institución jurídica de la propiedad privada. El desarrollo de la gran industria hizo posible y necesario el crecimiento de la maquinaria a gran escala, e indujo a la gente a remover los obstáculos jurídicos a su desarrollo y a establecer la legislación de comercio del *laissez-faire*. La técnica determina, de este modo, el derecho; ella es la fuerza subyacente, mientras que la ley pertenece a la superestructura que descansa sobre ella. Así Stammler, siendo correcto en su tesis en un sentido restringido, está equivocado en el sentido general. Precisamente porque el derecho gobierna la economía, las personas buscan hacer que tales leyes sean tal y como se requiere por parte de un equipamiento productivo dado; de este modo, la técnica determina la ley. No hay ninguna dependencia rígida, mecánica, entre ambas. El derecho no se ajusta automáticamente a cada nuevo cambio de la técnica. La necesidad económica debe ser sentida y, entonces, el hombre tiene que cambiar y ajustar sus leyes de acuerdo con aquella. Lograr este ajuste es el difícil y doloroso propósito de las luchas sociales. Esta es la quintaesencia y el objetivo de toda disputa política y de todas las grandes revoluciones de la historia. La lucha por nuevos principios jurídicos es necesaria para formar un nuevo sistema de producción adaptado al enorme desarrollo moderno de la técnica.

La técnica, como fuerza productiva, es la base de sociedad. En la sociedad primitiva, las condiciones naturales juegan el papel principal en la determinación del sistema de producción. En el curso de la historia, los instrumentos técnicos son mejorados gradualmente mediante pasos casi imperceptibles. La ciencia natural, investigando las fuerzas de la naturaleza, se convierte en la fuerza productiva más importante. Todos los tecnicismos en el desarrollo y la aplicación de la ciencia, incluyendo la matemática más abstracta, que es según todas las apariencias un ejercicio de la pura razón, puede considerarse, por consiguiente, como perteneciente a la base técnica del sistema de producción, a lo que Marx llamó las "*fuerzas productivas*". De este modo, los elementos materiales (en un sentido físico) y mentales están *combinados* en lo que los marxistas llamamos la base *material* de la sociedad.

La concepción marxiana de la historia pone al hombre viviente en el centro de su esquema del desarrollo, con todas sus necesidades y todas sus capacidades, tanto físicas como mentales. Sus necesidades no son sólo las necesidades de su estómago (aunque éstas sean las más imperativas), sino también las necesidades de la cabeza y del corazón. En el trabajo humano, el lado material, físico, y el lado mental son inseparables; incluso el trabajo más primitivo del salvaje es trabajo cerebral tanto como trabajo muscular. Sólo porque bajo capitalismo la división del trabajo separó estas dos partes en funciones de clases diferentes, mutilando en consecuencia las capacidades de ambas, los intelectuales acaban pasando por alto su unidad orgánica y social. De este modo, podemos entender su visión errónea del marxismo como una teoría que trata exclusivamente del aspecto material de la vida.

II.

El materialismo histórico de Marx es un método de interpretación de la historia. La historia consiste en los hechos, en las acciones de los hombres. ¿Qué induce estas acciones? ¿Qué determina la actividad del hombre?

El hombre, como un organismo con ciertas necesidades que deben satisfacerse como condición de su existencia, está dentro de una naturaleza circundante, que ofrece los medios para satisfacerlas. Sus necesidades y las impresiones del mundo circundante son los impulsos, los estímulos a los que sus acciones responden, justo como con todos los seres vivos. En el caso del hombre, la conciencia se interpone entre el estímulo y la acción. La necesidad, tal como se siente directamente, y el mundo circundante tal como es observado a través de los sentidos, trabajan en la mente, producen pensamientos, ideas y miras, estimulan la voluntad y ponen al cuerpo en acción.

Los pensamientos y objetivos de un hombre activo son considerados por él como la causa de sus acciones; no se pregunta *de donde vienen* estos pensamientos. Esto es especialmente cierto porque los pensamientos, ideas y objetivos, no son como una norma derivada de las impresiones por el razonamiento consciente, sino que son el producto de procesos espontáneos subconscientes en nuestras mentes. Para los miembros de una clase social, las experiencias diarias de la vida condicionan, y las necesidades de clase moldean, la mente según una determinada línea de sentimiento y de pensamiento, para producir determinadas ideas sobre lo que es útil y lo que es bueno o malo. Las condiciones de una clase son necesidades de vida para sus miembros, y ellos consideran lo que es bueno o malo para ellos como lo bueno o malo en general. Cuando las condiciones están maduras, los hombres entran en acción y dan

forma a la sociedad de acuerdo con sus ideas. La burguesía francesa ascendente en el siglo XVIII, sintiendo la necesidad de las leyes del *laissez-faire*, de la libertad personal para los ciudadanos, proclamó la libertad como consigna, y en la Revolución francesa conquistó el poder y transformó la sociedad.

La concepción idealista de la historia explica los acontecimientos históricos como causados por las ideas de los hombres. Esto es equivocado, en tanto que confunde la fórmula abstracta con una acepción concreta especial, pasando por alto el hecho de que, por ejemplo, la burguesía francesa quería sólo aquella libertad que fuera buena para sí misma. Es más, omite el problema real, el origen de estas ideas. La concepción materialista de la historia explica estas ideas como causadas por las necesidades sociales que surgen de las condiciones del sistema de producción existente. De acuerdo con este punto de vista, los acontecimientos de la historia están determinados por fuerzas que provienen del sistema económico existente. La interpretación histórico-materialista de la Revolución francesa en términos de un capitalismo ascendente que requería un Estado moderno con legislación adaptada a sus necesidades, no contradice la concepción de que la Revolución fue provocada por el deseo del ciudadano de liberarse de las restricciones; simplemente, va más allá, a la raíz del problema. Pues el materialismo histórico sostiene que el capitalismo ascendente produjo en la burguesía la convicción de que la libertad económica y política era necesaria, y así despertó la pasión y el entusiasmo que permitieron a la burguesía conquistar el poder político y transformar el Estado.

De este modo, Marx estableció la *causalidad* en el desarrollo de sociedad humana. No es una causalidad externa al hombre, pues la historia es al mismo tiempo el *producto* de la acción humana. El hombre es un eslabón en la cadena de causa

y efecto; la necesidad en el desarrollo social es una necesidad lograda por medio de la acción humana. El mundo material actúa sobre el hombre, determina su conciencia, sus ideas, su voluntad, sus acciones, y así él reacciona sobre el mundo y lo cambia. Para el modo de pensar de la clase media tradicional, esto es una contradicción --la fuente de interminables tergiversaciones del marxismo--: o las acciones del hombre determinan la historia, como ellos dicen, y no hay ninguna causalidad necesaria porque el hombre es libre; o si, como el marxismo sostiene, hay necesidad causal, ésta sólo puede funcionar como una fatalidad a la que el hombre tiene que someterse sin poder cambiarla. Para el modo de pensar materialista, al contrario, la mente humana está circunscrita por una estricta dependencia causal al conjunto del mundo circundante.

Los pensamientos, las teorías, las ideas, que los anteriores sistemas de sociedad han forjado así en la mente humana, han sido preservados para la posteridad, en primer lugar en la forma material de la actividad histórica subsiguiente. Pero también han sido preservados en una forma espiritual. Las ideas, sentimientos, pasiones e ideales que incitaron a las generaciones anteriores a la acción se asentaron en la literatura, en la ciencia, en el arte, en la religión y en la filosofía. Entramos en contacto directo con ellas en el estudio de las humanidades. Estas ciencias pertenecen a los campos de investigación más importantes para los estudiosos marxianos; las diferencias entre las filosofías, las literaturas, las religiones de pueblos diferentes en el curso de siglos sólo pueden entenderse en términos de moldeamiento de las mentes de los hombres por medio de sus sociedades, es decir, por medio de sus sistemas de producción.

Se ha dicho más arriba que los efectos de la sociedad sobre la mente humana han sido depositados bajo una forma material en los acontecimientos históricos subsiguientes. La cadena de causa y efecto de los acontecimientos pasados, que procede de

las necesidades económicas a las nuevas ideas, de las nuevas ideas a la acción social, de la acción social a las nuevas instituciones y de las nuevas instituciones a nuevos sistemas económicos, se reproduce siempre de modo completo. Tanto la causa original como el efecto final son económicos y podemos reducir el proceso a una breve fórmula omitiendo los términos intermedios que involucra la actividad de la mente humana. Podemos ilustrar, entonces, la verdad de los principios marxianos mostrando cómo, en la historia actual, el efecto sigue a la causa. Analizando el presente, no obstante, vemos numerosas cadenas causales que están inacabadas. Cuando la sociedad actúa sobre las mentes de los hombres, produce a menudo ideas, ideales y teorías que no tienen éxito en despertar a los hombres a la acción social o por motivos de clase, o que fracasan en provocar los cambios políticos, jurídicos y económicos necesarios. Frecuentemente, también encontramos que las nuevas condiciones no se imprimen al momento en la mente. Detrás de las simplicidades aparentes se esconden complejidades tan inesperadas que sólo un instrumento especial de interpretación puede descubrirlas en ese momento. El análisis marxiano nos permite ver las cosas más nitidamente. Empezamos a ver que estamos dentro de un proceso cargado de influencias convergentes, en medio de la lenta maduración de nuevas ideas y tendencias que constituyen la preparación gradual de la revolución. Esta es la razón de que sea importante para la generación presente, que hoy tiene que planear la sociedad del mañana, saber como pueden ellos utilizar la teoría marxiana en la comprensión de los acontecimientos y en la determinación de su propia conducta. Por eso será necesaria aquí una consideración más completa de cómo la sociedad actúa sobre la mente.

III.

La mente humana está enteramente determinada por el mundo real circundante. Ya hemos dicho que este mundo no se restringe solamente a la materia física, sino que comprende todo lo que es objetivamente observable. Los pensamientos e ideas de nuestros prójimos, que observamos por medio de su conversación o mediante nuestra lectura, están incluidos en este mundo real. Aunque los objetos imaginativos de estos pensamientos, como ángeles, espíritus o una Idea Absoluta, no pertenecen a él, la creencia en tales ideas es un fenómeno real y puede tener una influencia notable en los acontecimientos históricos.

Las impresiones del mundo penetran la mente humana como un arroyo continuo. Todas nuestras observaciones del mundo circundante, todas las experiencias de nuestras vidas, están enriqueciendo continuamente los contenidos de nuestros recuerdos y nuestras mentes subconscientes.

La recurrencia de una situación casi igual y de la misma experiencia conduce a determinados *hábitos de actuación*; éstos están acompañados por determinados *hábitos de pensamiento*. La repetición frecuente de la misma secuencia de fenómenos observada se retiene en la mente y produce una expectativa de secuencia. La pauta de que estos fenómenos siempre están relacionados, actúa entonces de este modo. Pero esta pauta --a veces, elevada a ley de la naturaleza-- es una *abstracción mental* de una multitud de fenómenos análogos, en los que las diferencias son desdeñadas y se enfatiza la concordancia. Los nombres por los que designamos determinadas partes similares del mundo fenoménico indican concepciones que están formadas igualmente tomando sus rasgos comunes, el carácter general de la totalidad de estos fenómenos, y abstrayéndolos de sus diferencias. La diversidad interminable, la pluralidad infinita de todos los rasgos insignificantes, accidentales, es omitida, y se conservan las características importantes, esenciales. Por su

origen como hábitos de pensamiento, estos conceptos se vuelven fijos, cristalizados, invariables; cada avance en la claridad del pensamiento consiste en definir más exactamente los conceptos en lo que se refiere a sus propiedades, y en formular más exactamente las pautas. El mundo de la experiencia, sin embargo, está expandiéndose continuamente y cambiando; nuestros hábitos son perturbados y deben ser modificados, y nuevos conceptos sustituir a los viejos. Los significados, las definiciones, el alcance de los conceptos, todo se trastoca y varía.

Cuando el mundo no cambia mucho, cuando los mismos fenómenos y las mismas experiencias retornan siempre, los hábitos de actuar y pensar llegan a *fijarse* con gran rigidez; las nuevas impresiones de la mente se encajan en la imagen formada por la experiencia anterior y la intensifican. Estos hábitos y estos conceptos no son ninguna propiedad personal, sino propiedad colectiva; no se pierden con la muerte del individuo. Se intensifican por la interrelación mutua de los miembros de la comunidad, que viven todos en el mismo mundo; son transferidos a la generación siguiente como un sistema de ideas y creencias, una ideología --la reserva mental de la comunidad--. Donde durante muchos siglos el sistema de producción no cambia perceptiblemente, como por ejemplo en las viejas sociedades agrarias, las relaciones entre los hombres, sus hábitos de vida, su experiencia del mundo, permanecen prácticamente idénticas. En cada nueva generación que vive bajo tal sistema productivo estático, las ideas, conceptos y hábitos de pensamiento existentes se petrificarán cada vez más en una ideología dogmática e inexpugnable de verdades eternas.

Cuando, sin embargo, a consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas, el mundo está cambiando, entran en la mente nuevas y diferentes impresiones que no encajan con la vieja imagen. Allí empieza, entonces, un proceso de reconstrucción, a partir de los fragmentos de las viejas ideas y de

las nuevas experiencias. Los viejos conceptos son reemplazados por los nuevos, los papeles y juicios anteriores son trastocados y emergen nuevas ideas. Ahora todos los miembros de una clase o grupo son afectados de manera idéntica y simultánea. Surge la disputa ideológica en relación con las luchas de clases y es proseguida ansiosamente, porque todas las diferentes vidas individuales están enlazadas de diversas maneras con el problema de cómo modelar la sociedad y su sistema de producción. Bajo el capitalismo moderno, los cambios económicos y políticos tienen lugar tan rápidamente que la mente humana apenas puede seguirles el paso. En las feroces luchas internas, las ideas se revolucionan, algunas veces rápidamente, por acontecimientos espectaculares, otras veces lentamente, por la guerra continua contra el peso de la vieja ideología. En tal proceso de transformación incesante, la conciencia humana se adapta a la sociedad, al mundo real.

Por eso, la tesis de Marx de que el mundo real determina la conciencia no significa que las ideas contemporáneas estén *solamente* determinadas por la sociedad contemporánea. Nuestras ideas y conceptos son la cristalización, la esencia comprensiva de la *totalidad* de nuestra experiencia, presente y pasada. Lo que ya fue fijado en el pasado bajo formas mentales abstractas debe ser incluido con las adaptaciones del presente que sean necesarias. Las nuevas ideas parecen, así, surgir de dos fuentes: la realidad presente y el sistema de ideas transmitido desde el pasado. A partir de esta distinción surge una de las objeciones más comunes contra el marxismo. La objeción, a saber, es que no sólo el mundo material real, sino en no menor grado los elementos ideológicos --las ideas, creencias e ideales-- determinan la mente del hombre y así sus acciones, y por consiguiente el futuro del mundo. Ésta sería una crítica correcta si las ideas se originasen solas, sin causa, de la naturaleza innata del hombre o de alguna fuente espiritual sobrenatural. El

marxismo, sin embargo, dice que estas ideas tienen que tener también su origen en el mundo real bajo condiciones sociales.

Como fuerzas en el desarrollo social moderno, estas ideas tradicionales estorban la propagación de las nuevas ideas que expresan las nuevas necesidades. Al tener en cuenta estas tradiciones no nos salimos del dominio del marxismo. Pues toda tradición es un pedazo de realidad, así como cada idea es ella misma una parte del mundo real, que vive en la mente de hombres; a menudo, es una realidad muy poderosa como determinante de las acciones de los hombres. Es una realidad de naturaleza ideológica, que ha perdido sus raíces materiales a causa de que las anteriores condiciones de vida que las produjeron han desaparecido ya. Que estas tradiciones pudieran persistir después de que sus raíces materiales hayan desaparecido no es simplemente una consecuencia de la naturaleza de la mente humana, que es capaz de conservar en la memoria o subconscientemente las impresiones del pasado. Mucho más importante es que la memoria *social*, la perpetuación de las ideas colectivas, puede ser conceptualizada y sistematizada en la forma de creencias e ideologías predominantes y transferida a las generaciones futuras en las comunicaciones orales, en los libros, en la literatura, en el arte y en la educación. El mundo circundante que determina la mente no consiste sólo en el mundo económico contemporáneo, sino también en todas las influencias ideológicas derivadas de la interrelación continua con nuestros prójimos. De aquí procede el poder de la tradición, que en una sociedad que se desarrolla rápidamente provoca que el desarrollo de las ideas vaya por detrás del desarrollo de la sociedad. Al final, la tradición tiene que rendirse a la fuerza del golpeo incesante de las nuevas realidades. Su efecto en el desarrollo social es que, en lugar de permitir un ajuste gradual y regular de las ideas y las instituciones, en correspondencia con las necesidades cambiantes, estas necesidades, cuando se ponen con demasiada fuerza en contradicción con las viejas

instituciones, conducen a explosiones, a transformaciones revolucionarias, mediante las cuales las mentes retrasadas son arrastradas hacia delante y son ellas mismas revolucionadas.

Capitalismo de estado y dictadura (1937)

I.

El término "capitalismo de Estado" se usa frecuentemente de dos maneras diferentes: la primera, como una forma económica en la que el Estado realiza el papel del empresario capitalista, explotando a los trabajadores en interés del Estado. El sistema federal de correos o un ferrocarril de propiedad estatal son ejemplos de este tipo de capitalismo de Estado. En Rusia, esta forma de capitalismo de Estado predomina en la industria: el trabajo es planificado, financiado y gestionado por el Estado; los directores de industria son designados por el Estado y los beneficios se consideran la renta del Estado. La segunda, encontramos que se define como capitalismo de Estado (o socialismo de Estado) aquella situación en la que las empresas capitalistas son controladas por el Estado. Esta definición está, no obstante, desencaminada, en tanto bajo estas condiciones existe todavía la forma de la propiedad privada aunque el propietario de una empresa ya no sea el único amo, estando su poder restringido mientras se acepta cierto sistema de seguridad social para los trabajadores.

Ahora bien, depende del grado de ingerencia del Estado en las empresas privadas. Si el Estado aprueba ciertas leyes que afectan a las condiciones de empleo, tales como la contratación y el despido de los trabajadores, si las empresas son financiadas por un sistema bancario federal, o se conceden subvenciones para apoyar el comercio exportador, o si se fija por ley la limitación de los dividendos de las grandes corporaciones, entonces se llegará a una situación en la que el control estatal

regulará la vida económica entera. Esto variará en ciertos grados del estricto capitalismo de Estado.

Considerado la situación económica actual en Alemania, podríamos considerar que allí prevalece una suerte de capitalismo de Estado. Los gobernantes de la gran industria en Alemania no son sujetos subordinados al Estado, sino que son el poder gobernante en Alemania a través de los funcionarios fascistas en las oficinas gubernamentales. El Partido Nacional-Socialista se desarrolló como una herramienta de estos gobernantes. En Rusia, por el contrario, la burguesía fue destruida por la Revolución de octubre y ha desaparecido completamente como poder gobernante. La burocracia del gobierno ruso tomó el mando de la creciente industria. El capitalismo de Estado ruso pudo desarrollarse en tanto que allí no había una burguesía poderosa. En Alemania, como en Europa occidental y en América, la burguesía tiene el poder total, es la propietaria del capital y de los medios de producción. Esto es esencial para el carácter del capitalismo. El factor decisivo es el carácter de la clase que es propietaria, con pleno control, del capital, no la forma interna de la administración, ni el grado de ingerencia del Estado en la vida económica de la población. Aun si esta clase considera una necesidad someterse a una regulación más estricta --paso que también haría a los capitalistas privados más pequeños ser más dependientes de la voluntad de los grandes capitalistas-- todavía permanecería el carácter del capitalismo privado. Debemos, por consiguiente, apreciar la diferencia entre el capitalismo de Estado y ese capitalismo privado que puede regularse hasta el más alto grado por medio del Estado.

Las regulaciones estrictas no han de verse simplemente como un intento por encontrar una salida a la crisis. Las consideraciones políticas también toman parte. Los ejemplos de regulación estatal apuntan a un objetivo general: la preparación

para la guerra. La industria de guerra se regula, lo mismo que la producción de comida de los granjeros, para estar preparados para la guerra. Empobrecida por los resultados de la última guerra, privada de provincias, materias primas, colonias, capital, la burguesía alemana debe intentar rehabilitar las fuerzas que le quedan mediante una rigurosa concentración. Previendo la guerra como recurso final, pone tantos recursos como sea necesario en manos del control estatal.

Una vez encarados al objetivo común de un nuevo poder mundial, los intereses privados de las diversas secciones de la burguesía quedan en segundo plano. Todos los poderes capitalistas están confrontados con esta cuestión: ¿en que medida al Estado, como representante de los intereses comunes de la burguesía nacional, se le deberían confiar poderes sobre las personas, las finanzas y la industria en la lucha internacional por el poder? Esto explica por qué en esas naciones de una población pobre, pero rápidamente en aumento, sin ninguna o con pocas colonias (tal como Italia, Alemania, Japón), el Estado ha asumido el mayor poder.

Uno puede plantearse la pregunta: ¿no es el capitalismo de Estado la única "salida" para la burguesía? Obviamente, el capitalismo de Estado sería factible únicamente si todo el proceso productivo pudiese ser gestionado y planificado centralmente desde arriba, para satisfacer las necesidades de la población y eliminar las crisis. Si tales condiciones se produjesen, la burguesía dejaría entonces de ser una burguesía auténtica. En la sociedad burguesa no sólo existe la explotación de la clase obrera, sino que también debe existir la lucha constante de las diversas secciones de la clase capitalista por los mercados y por fuentes para la inversión de capital. Esta lucha entre los capitalistas es totalmente distinta de la vieja libre competición en el mercado. Bajo la cobertura de la cooperación del capital dentro de la nación, existe allí una lucha continua entre enormes monopolios.

Los capitalistas no pueden actuar como meros recolectores de dividendos, dejando la iniciativa a funcionarios estatales para atender a la explotación de la clase obrera. Los capitalistas luchan entre ellos por los beneficios y por el control del Estado para proteger sus intereses sectoriales, y su campo de acción se extiende más allá de los límites del Estado. Aunque durante la crisis actual tuvo lugar una fuerte concentración dentro de cada nación capitalista, todavía persisten allí los poderosos entrelazamientos internacionales (del gran capital). En la forma de una lucha entre naciones, la lucha de los capitalistas continúa, con lo cual una crisis política severa a causa de la guerra y la derrota tiene el efecto de una crisis económica.

Cuando, por consiguiente, surge la cuestión de si el capitalismo de Estado --en el sentido en que ha sido usado arriba-- es una fase intermedia necesaria, antes de que el proletariado tome el poder, de si sería la forma más elevada y última de capitalismo establecida por la burguesía, la respuesta es *no*. Por otro lado, si por capitalismo de Estado uno quiere decir el control y la regulación estrictas del capital privado por el Estado, la respuesta es *sí*, variando el grado de control estatal dentro de un país de acuerdo con la época y las condiciones, llevándose a cabo de diferentes modos la preservación y el incremento de los beneficios, dependiente de las condiciones históricas y políticas y de la relación entre las clases.

II.

Sin embargo, es posible y bastante probable que el capitalismo de Estado sea una fase intermedia, hasta que el proletariado tenga éxito en establecer el comunismo. Esto, no obstante, no

podría ocurrir por razones económicas sino políticas. El capitalismo de Estado no sería el resultado de las crisis económicas, sino de la lucha de clases. En la fase final del capitalismo, la lucha de clases es la fuerza más importante que determina las acciones de la burguesía y amolda la economía estatal.

Ha de esperarse que, como resultado de la gran tensión y conflicto económicos, la lucha de clase del proletariado futuro se inflamará hasta llegar a la acción de masas. Sea esta acción de masas el resultado de conflictos salariales, guerras o crisis económicas, y tome la forma de huelgas de masas, disturbios callejeros o lucha armada, el proletariado establecerá *organizaciones-de-consejos** --órganos de autodeterminación y ejecución uniforme de la acción--. Esté será particularmente el caso en Alemania. Allí los viejos órganos políticos de la lucha de clases han sido destruidos; los trabajadores están codo con codo como individuos, sin ninguna otra fidelidad que a su clase. Si van a desarrollarse movimientos políticos de largo alcance en Alemania, los trabajadores sólo podrían funcionar como clase, luchar como clase, cuando opongan, al principio capitalista de la dictadura unipersonal, el principio proletario de la autodeterminación de las masas. En otros países parlamentarios, por otra parte, los trabajadores son severamente estorbados en su desarrollo como clase independiente por las actividades de los partidos políticos. Estos partidos prometen a la clase obrera métodos de lucha más seguros, imponen su dirección a los trabajadores y con la ayuda de su maquinaria de propaganda hacen de la mayoría de la población sus seguidores descerebrados. En Alemania estos impedimentos son una tradición moribunda.

Tales luchas de masas primarias son sólo el principio de un periodo de desarrollo revolucionario. Permítasenos tomar una situación favorable al proletariado, en la que esa acción proletaria es tan poderosa como para paralizar y derrocar al Estado burgués. A pesar de la acción unánime a este respecto, el grado de madurez de las masas puede variar. Una concepción clara de los objetivos, los modos y los medios sólo se adquirirá durante el proceso de la revolución, y después de la primera victoria se afirmarán las diferencias acerca de la táctica ulterior. Entonces los portavoces de los partidos socialista o comunista aparecen; no están muertos, por lo menos sus ideas están vivas entre el sector "moderado" de los trabajadores. Ahora ha llegado el momento de poner en práctica su programa de "socialismo de Estado".

Los trabajadores más progresivos, cuyo objetivo debe ser poner la dirección de la lucha bajo el control de la clase obrera, por medio de la *organización-de-consejos*, (debilitando así el poder enemigo de la fuerza estatal) se encontrarán con la propaganda "socialista", en la que se enfatizará la necesidad de construir aceleradamente el orden socialista por medio de un gobierno "socialista". Se lanzarán advertencias contra las demandas extremas, se harán apelaciones a la timidez de aquellos individuos para los que el pensamiento del comunismo proletario es todavía inconcebible; se aconsejarán los compromisos con los reformistas burgueses, así como la compra de la burguesía, en lugar de forzarla a una resistencia amarga por medio de la expropiación. Se harán intentos de retraer a los trabajadores de los objetivos revolucionarios, de la lucha de clase determinada. Alrededor de este tipo de propaganda se agruparán aquellos que se sientan llamados a estar a la cabeza del partido o a asumir la dirección entre los trabajadores. Entre estos *líderes* estará una gran porción de la intelectualidad --que fácilmente se

adapta al "socialismo de Estado", pero no al comunismo de consejos-- y otras secciones de la burguesía que ven en las luchas obreras una nueva posición de clase, desde la cual pueden combatir con éxito el comunismo. "*El socialismo contra la anarquía*", tal será el grito de guerra de aquellos que querrán salvar del capitalismo lo que pueda salvarse.

El resultado de esta lucha depende de la madurez de la clase obrera revolucionaria. Aquéllos que ahora creen que todo lo que uno tiene que hacer es esperar la acción revolucionaria, porque entonces la necesidad económica enseñará a los trabajadores cómo actuar correctamente, son víctimas de una ilusión. Ciertamente, los trabajadores aprenderán rápidamente y actuarán enérgicamente en tiempos revolucionarios. Mientras tanto, probablemente se experimentarán duras derrotas, que resultarán en la pérdida de innumerables víctimas. Cuanto más cabal sea la obra de esclarecimiento del proletariado, más firme será el ataque de las masas contra el intento de los "líderes" de dirigir sus acciones hacia los cauces del socialismo estatal. Considerado las dificultades con que se encuentra ahora la tarea de esclarecimiento, parece improbable que quede allí abierto para los trabajadores un camino a la libertad sin retrocesos. En esta situación se encontrarán las posibilidades del capitalismo de Estado como fase intermedia antes de la llegada del comunismo.

Así, la clase capitalista no adoptará el capitalismo de Estado por el devenir de sus propias dificultades económicas. El capitalismo monopolista, particularmente cuando usa al Estado como una dictadura fascista, puede asegurarse la mayoría de las ventajas de una organización única sin abandonar su propia dominación sobre la producción. Se dará una situación distinta, sin embargo, cuando la burguesía se sienta tan presionada por la clase obrera que la forma vieja del capitalismo privado ya no pueda salvarse. Entonces el capitalismo de Estado será la salida: la preservación de la explotación en la forma de una sociedad

"socialista", donde los "líderes más capaces", los "mejores cerebros", y los "grandes hombres de acción" dirigirán la producción y las masas trabajarán obedientemente bajo su mando. Si a este estado se le llama *capitalismo de Estado* o *socialismo de Estado* da lo mismo en principio. Si uno se refiere al primer término "capitalismo de Estado" como siendo una burocracia estatal dominante y explotadora, o al segundo término, "socialismo de Estado", como a un cuerpo de funcionarios necesarios que, como servidores respetuosos y obedientes de la comunidad, comparten el trabajo con los trabajadores, la diferencia en último análisis reside en la suma de los salarios y la medida cualitativa de su influencia en las conexiones de partido.

Tal forma de sociedad no puede ser estable, es una forma regresiva contra la cual la clase obrera se levantará de nuevo. Bajo ella puede producirse orden en cierta medida, pero la producción sigue restringida. El desarrollo social sigue obstaculizado. Rusia fue capaz, a través de esta forma de organización, de cambiar del semi-barbarismo a un capitalismo desarrollado, de superar incluso los logros del capitalismo privado de los países occidentales. En este proceso figura el manifiesto entusiasmo entre las clases burguesas "advenedizas", dondequiera que el capitalismo empieza su curso. Pero tal capitalismo de Estado no puede progresar. En Europa occidental y en América la misma forma de organización económica no sería progresiva, dado que impediría la llegada del comunismo. Obstruiría la revolución necesaria en la producción; es decir, sería reaccionaria en su carácter y asumiría la forma política de una dictadura.

III.

Algunos marxistas mantienen que Marx y Engels previeron este desarrollo de la sociedad hacia el capitalismo de Estado. Pero nosotros no conocemos ninguna declaración de Marx acerca del capitalismo de Estado de la cual pudiésemos deducir que considerase que el Estado, cuando éste asume el papel de capitalista único, fuese la última fase de la sociedad capitalista. Él vio en el Estado el órgano de opresión que la sociedad burguesa usa contra la clase obrera. Para Engels: "*El proletariado toma el poder del Estado y entonces transforma la propiedad de los medios de producción en propiedad del Estado*".

Esto significa que la transformación de la propiedad en propiedad estatal no ocurrirá previamente. Cualquier esfuerzo por hacer responsable a esta sentencia de Engels de la teoría del capitalismo de Estado, lleva a Engels a contradicción consigo mismo. Tampoco hay ninguna confirmación de esto que se pueda encontrar en los acontecimientos reales. Los ferrocarriles en los países capitalistas altamente desarrollados, como Inglaterra y América, todavía son la posesión privada de corporaciones capitalistas. Sólo los servicios postales y telegráficos son poseídos por los Estados en la mayoría de los países, pero por razones distintas que su alto estado de desarrollo. Los ferrocarriles alemanes fueron apropiados por el Estado mayormente por razones militares. El único capitalismo de Estado que fue capaz de transformar los medios de producción en propiedad del Estado es el ruso, pero no a cuenta de su elevado estado de desarrollo, sino al revés, a cuenta de su bajo estado de desarrollo. No hay nada, sin embargo, que pueda encontrarse en Engels que pudiera aplicarse a las condiciones existentes en Alemania e Italia hoy, que consisten en la fuerte regulación supervisora y la limitación de la libertad del capitalismo privado mediante un Estado todopoderoso.

Esto es totalmente natural, ya que Engels no era un profeta; era sólo un científico que era bien consciente del

proceso del desarrollo social. Lo que él expone son las tendencias fundamentales en este desarrollo y su significación. Las teorías del desarrollo se expresan mejor cuando se exponen en conexión con el futuro; no es, por tanto, dañino expresarlas con cautela. Cuanto menos cauta es la expresión, como es a menudo el caso de Engels, esto no disminuye en lo más mínimo el valor de los pronósticos, aunque los acontecimientos no correspondan exactamente a las predicciones. Un hombre de su calibre tiene derecho a esperar que incluso sus suposiciones sean tratadas con cuidado, cuanto que se ha llegado a ellas bajo ciertas condiciones definidas. La obra de deducir las tendencias del capitalismo y su desarrollo, y darles forma en teorías coherentes y comprensivas, asegura a Marx y Engels una posición prominente entre los pensadores más excelentes y científicos del siglo diecinueve; pero la descripción exacta, en todos sus detalles, de la estructura social de la mitad siglo por delante, era una imposibilidad incluso para ellos.

Las dictaduras, como las de Italia y Alemania, se hicieron necesarias como medios de coerción para imponer a la masa reacia de pequeños capitalistas el nuevo orden y las limitaciones reguladoras. Por esta razón, tal dictadura es considerada a menudo la forma política futura de la sociedad en un capitalismo desarrollado a nivel mundial.

Durante cuarenta años, la prensa socialista señaló que la monarquía militar era la forma política de la sociedad perteneciente a una sociedad capitalista concentrada. Pues el burgués tiene la necesidad de un Kaiser, de los Junkers y del ejército para la defensa contra una clase obrera revolucionaria por un lado, y contra los países vecinos por el otro. Durante diez años prevaleció la creencia de que la república era la verdadera forma de gobierno en un capitalismo desarrollado, porque bajo esta forma de Estado los burgueses serían los amos. Ahora se considera que la dictadura es la forma de gobierno necesaria.

Cualquiera que pueda ser la forma, siempre se encuentran las razones más adecuadas para ella. Mientras, al mismo tiempo países como Inglaterra, Francia, América y Bélgica, con un capitalismo altamente concentrado y desarrollado, retienen la misma forma de gobierno parlamentario, sea éste bajo una república o un reino. Esto prueba que el capitalismo elige muchos caminos que llevan al mismo destino, y también prueba que no se debe tener prisa en deducir conclusiones de las experiencias de un país para aplicarlas al mundo en general.

En cada país el gran capital cumple su dominación por medio de las instituciones políticas existentes, desarrolladas a través de la historia y las tradiciones, cuyas funciones son expresamente transformadas. Inglaterra ofrece un ejemplo. Allí el sistema parlamentario, junto con un alto grado de libertad y autonomía personales, tienen tanto éxito que no hay ninguna traza de socialismo, comunismo o pensamiento revolucionario entre las clases trabajadoras. Allí crece y se desarrolla también el capitalismo monopolista. Allí, también, el capitalismo domina al gobierno. Allí, también, el gobierno toma medidas para superar los resultados de la depresión; pero se las arreglan perfectamente sin la ayuda de una dictadura. Esto no hace de Inglaterra una democracia, porque ya hace medio siglo que dos camarillas aristocráticas de políticos se apropian del gobierno alternativamente, y las mismas condiciones prevalecen hoy. Pero están gobernando por medios diferentes; a la larga, estos medios pueden ser más eficaces que la dictadura brutal. Comparado con Alemania, el igual y poderoso gobierno del capitalismo inglés parece ser el más normal. En Alemania, la presión de un gobierno policial forzó a los trabajadores a movimientos radicales, como consecuencia de lo cual obtuvieron un poder político externo; no lo obtuvieron a través del empeño de una gran fuerza interior dentro de sí mismos, sino a través de la debacle militar de sus gobernantes y, finalmente, vieron ese poder destruido por una dictadura afilada, el resultado de una

revolución pequeñoburguesa que fue financiada por el capital monopolista. Esto no debe interpretarse en el sentido de que la forma inglesa de gobierno sea realmente la normal, y la alemana la anormal; justamente como sería equivocado asumir lo contrario. Cada caso debe juzgarse separadamente, cada país tiene el tipo de gobierno que germinó a partir de su propio curso de desarrollo político.

Observando América, encontramos en esta tierra de la mayor concentración de capital monopolista tan poco deseo de cambio a una dictadura como lo encontramos en Inglaterra. Bajo la administración de Roosevelt se efectuaron ciertas regulaciones y acciones para paliar los resultados de la depresión, algunas de las cuales eran completas innovaciones. Entre éstas estaba también el comienzo de una política social, que hasta ahora estaba completamente ausente de la política americana. Pero el capital privado ya está rebelándose y sintiéndose lo suficientemente fuerte para seguir su propio curso en la lucha política por el poder. Vistas desde América, las dictaduras en diversos países europeos aparecen como una armadura pesada, destructiva de la libertad, que las estrechamente aprisionadas naciones de Europa deben llevar, debido a que peleas heredadas las lanzan a la destrucción mútua; pero no se presentan como lo que realmente son, resueltas formas de organización de un capitalismo altamente desarrollado.

Los argumentos en favor de un nuevo movimiento obrero, que nosotros designamos con el nombre de *comunismo de consejos*, no encuentran su base en la dictadura capitalista de Estado o fascista. Este movimiento representa una necesidad vital de las clases obreras y habrá de desarrollarse en todas partes. Se convierte en una necesidad debido a la colosal elevación del poder del capital, porque contra un poder de esta magnitud las viejas formas del movimiento obrero se vuelven impotentes; en consecuencia, el trabajo debe encontrar nuevos medios de

combate. Por esta razón, los principios programáticos para el nuevo movimiento obrero no pueden basarse ni en el capitalismo de Estado, ni en el fascismo o en la dictadura como sus causas, sino solamente en el poder constantemente creciente del capital y en la impotencia del viejo movimiento obrero para enfrentarse a este poder.

Para las clases obreras en los países fascistas prevalecen ambas condiciones, pues allí el poder incrementado del capital es el que sostiene en el país la dictadura política al igual que la dictadura económica. Cuando allí la propaganda por nuevas formas de acción conecta con la existencia de la dictadura, es así como debe ser. Pero sería una estupidez basar un programa internacional en tales principios, olvidando que las condiciones en otros países difieren ampliamente de las de los países fascistas.

Observaciones Generales a la Cuestión de la Organización (1938)

La formación de los sindicatos y los partidos políticos

Con el capitalismo en expansión, lo primero que construyeron los obreros fueron sus sindicatos. El obrero aislado era impotente contra el capitalista; por eso tenía que unirse con sus compañeros negociando y luchando sobre el precio de su fuerza de trabajo y la jornada de trabajo. Los capitalistas y los obreros tienen intereses opuestos en la producción capitalista; su lucha de clases tiene su base en la división del producto total entre ellos. En el capitalismo normal, la parte de los obreros es el valor de su fuerza de trabajo, es decir, lo que es necesario para sostener y restaurar continuamente sus capacidades para trabajar. La parte restante del producto es la plusvalía, la parte de la clase capitalista. Los capitalistas, para aumentar su ganancia, intentan bajar los salarios e incrementar las horas de trabajo. Donde los obreros eran impotentes, los salarios estaban deprimidos bajo el mínimo existencial; se extendieron las horas de trabajo hasta deteriorar tanto la salud corporal y mental de la clase obrera que se puso en peligro el futuro de la sociedad. La formación de uniones y de leyes que regulasen las condiciones de trabajo -- rasgos en ascenso a causa de la lucha amarga de los obreros por sus mismas vidas-- era necesario para restaurar las condiciones normales de trabajo en el capitalismo. La propia clase capitalista reconoció que los sindicatos son necesarios para dirigir la revuelta de los obreros dentro de los cauces regulares, para prevenirse ella misma del estallido de explosiones repentinas.

Similarmente, han crecido las organizaciones políticas, aunque no en todas partes de exactamente la misma manera, porque las condiciones políticas son diferentes en los distintos países. En América, donde una población de campesinos, artesanos y comerciantes libres de las ataduras feudales podrían expandirse sobre un continente con ilimitadas posibilidades, conquistando los recursos naturales, los obreros no se sentían ellos mismos una clase separada. Fueron imbuidos, como lo era el conjunto de la gente, con el espíritu burgués del individuo y la lucha colectiva para el bienestar personal, y las condiciones hicieron posible que esto tuviese éxito hasta cierto punto. Excepto en momentos raros o entre los recientes grupos de inmigrantes, no se vio la necesidad de un partido separado de la clase obrera. En los países europeos, por otra parte, los obreros fueron arrastrados a la lucha política por la pugna de la burguesía ascendente contra el feudalismo. Tuvieron pronto que formar partidos obreros y, junto a una parte de la burguesía, que luchar por sus derechos políticos: por el derecho para formar uniones, por la libertad de prensa y de expresión, por el sufragio universal, por las instituciones democráticas. Un partido político necesita principios generales para su propaganda; para su lucha con otros partidos requiere una teoría que tenga una visión definida sobre el futuro de sociedad. La clase obrera europea, en que las ideas comunistas ya se habían desarrollado, encontró su teoría en el trabajo científico de Marx y Engels, explicando el desarrollo de sociedad a través del capitalismo hacia el comunismo por medio de la lucha de clases. Esta teoría se aceptó en los programas de los Partidos Social-Demócratas de la mayoría de los países europeos; en Inglaterra, el Partido Laborista formado por los sindicatos, profesaría análogas pero imprecisas ideas acerca de un tipo de república socialista como el objetivo de los obreros.

En su programa y propaganda, la revolución proletaria era el resultado final de la lucha de clases; la victoria de la clase obrera sobre sus opresores sería el principio de un sistema de

producción comunista o socialista. Pero durante tanto tiempo como durase el capitalismo, la lucha práctica tenía que centrarse en las necesidades inmediatas y la preservación de las leyes en el capitalismo. Bajo el gobierno parlamentario, el parlamento es el campo de batalla donde se encuentran los intereses de las distintas clases de la sociedad; los capitalistas grandes y pequeños, los terratenientes, los campesinos, los artesanos, los comerciantes, los industriales, los obreros, todos tienen sus intereses especiales que son defendidos por sus portavoces en el parlamento, todos participan en la lucha por el poder y por su parte en el producto total. Los obreros tienen que tomar parte en esta lucha. Los partidos del trabajo o socialistas tienen la tarea especial de luchar con medios políticos por las necesidades inmediatas e intereses de los obreros dentro de capitalismo. De esta manera consiguen los votos de los obreros y crecen en influencia política.

La degeneración de ambas formas de organización en instrumentos del capital contra el proletariado

Con el moderno desarrollo del capitalismo, las condiciones han cambiado. Los pequeños talleres han sido reemplazados por las grandes fábricas y plantas, con miles y decenas de miles de obreros. Con este crecimiento del capitalismo y de la clase obrera, sus organizaciones tenían también que extenderse. De grupos locales los sindicatos crecieron a federaciones nacionales con centenares de miles de miembros. Tenían que recolectar grandes fondos para el apoyo a las grandes huelgas, y todavía mayores para los seguros sociales. Desarrollaron un gran cuerpo de gerentes, administradores, presidentes, secretarías, editores de sus publicaciones, una

burocracia completa de dirigentes de la organización. Tenían que disputar y negociar con los patrones; se hicieron los especialistas cualificados en los métodos y las situaciones. Con el tiempo llegaron a convertirse en los dirigentes reales, los amos de las organizaciones, amos del dinero así como de la prensa, mientras los mismos miembros perdieron mucho de su poder. Este desarrollo de las organizaciones de la clase obrera hacia convertirse en instrumentos de poder sobre ella tiene muchos ejemplos en la historia; cuando las organizaciones se desarrollan demasiado, las masas pierden el control sobre ellas.

El mismo cambio tiene lugar en las organizaciones políticas, cuando de pequeños grupos de propaganda pasan a ser grandes partidos políticos. Los representantes parlamentarios son los políticos principales del partido. Tienen que efectuar la lucha real en los cuerpos representativos; son los especialistas en ese campo; componen la editorial, la propaganda, y el personal ejecutivo: su influencia determina la política y la línea táctica del partido. Los miembros pueden enviar delegados que debatan en los congresos del partido, pero su poder es nominal e ilusorio. El carácter de la organización se asemeja en eso al de los otros partidos políticos --organizaciones de políticos que intentan ganar los votos para sus eslóganes y el poder para ellos--. Una vez un partido socialista tiene un número grande de delegados en el parlamento, se alía con otros contra los partidos reaccionarios para formar una mayoría activa. Pronto los socialistas llegan a ser ministros, funcionarios estatales, alcaldes y concejales. Por supuesto, en esta posición no pueden actuar como delegados de la clase obrera, gobernando para los obreros contra la clase capitalista. El poder político real e incluso la mayoría parlamentaria permanecen en manos de la clase capitalista. Los ministros socialistas tienen que representar los intereses de la sociedad capitalista presente, es decir, los de la clase capitalista. Pueden intentar emprender medidas por los intereses inmediatos de los obreros e intentar inducir a los

partidos capitalistas a conformarse. Se hacen intermediarios, mediadores que interceden con la clase capitalista para que consienta pequeñas reformas para los intereses de los obreros, y luego intenta convencer a los obreros que éstas son reformas importantes que deben aceptar. Y así, el Partido Socialista, como un instrumento en manos de estos dirigentes, tiene que apoyarlos y también, en lugar de llamar a los obreros a luchar por sus intereses, busca pacificarlos, apartarlos de la lucha de clase.

De hecho, las condiciones de la lucha se han hecho peores para los obreros. El poder de la clase capitalista ha aumentado enormemente con su capital. La concentración de capital en manos de un puñado de capitanes de las finanzas y la industria, la unión de los patrones mismos, confronta a los sindicatos con una poder mas fuerte y a menudo casi inexpugnable. La feroz competición de los capitalistas de todos los países por los mercados, materias primas y poder mundial, la necesidad de usar partes crecientes de la plusvalía para esta competición, para los armamentos y la asistencia pública, la tasa decreciente de ganancia, compele a los capitalistas a aumentar la tasa de explotación, es decir, a empeorar las condiciones de trabajo para los obreros. Así los sindicatos encuentran una resistencia creciente, los viejos métodos de lucha se vuelven inútiles. En su trato con los patrones los jefes de la organización tienen menos éxito; porque conocen el poder de los capitalistas, y porque ellos mismos no quieren luchar --desde que en tal lucha podrían perderse los fondos y la existencia entera de la organización-- deben aceptar lo que los patrones ofrecen. Así que su tarea principal es suavizar el descontento de los obreros y defender las propuestas de los patrones como progresos importantes. Aquí también los jefes de las organizaciones obreras se han vuelto los mediadores entre las clases contrarias. Y cuando los obreros no aceptan las condiciones y atacan, los jefes deben oponerse o asumir una lucha fingida, a ser interrumpida tan pronto como sea posible.

La tendencia espontánea a desarrollar nuevas formas de lucha y de organización

La misma lucha, sin embargo, no puede ser detenida o minimizada; el antagonismo de clases y las fuerzas depresoras del capitalismo están en aumento, por lo que la lucha de clases debe seguir, los obreros deben luchar. Pasa un tiempo y espontáneamente dan rienda suelta a la lucha sin preguntar al sindicato y a menudo contra sus decisiones. A veces los jefes sindicales tienen éxito recobrando el mando sobre estas acciones. Esto significa que la lucha será sofocada gradualmente, mediante algún nuevo acuerdo entre los capitalistas y los jefes obreros. Pero no significa que sin esta interferencia se ganarían tales huelgas salvajes. Son demasiado restringidas. Sólo indirectamente el miedo a tales explosiones hace a los capitalistas inclinarse a tener prudencia. Pero estas huelgas demuestran que la lucha de clases entre capital y trabajo no puede cesar, y que, cuando las viejas formas ya no son factibles más, los obreros espontáneamente prueban y desarrollan nuevas formas de acción. En estas acciones la revuelta contra el capital también es la revuelta contra las viejas formas organizativas.

El objetivo y la tarea de la clase obrera es la abolición del capitalismo. El capitalismo en su desarrollo más elevado, con sus siempre más profundas crisis económicas, su imperialismo, sus armamentos, sus guerras mundiales, amenazan a los obreros con la miseria y la destrucción. La lucha de la clase proletaria, la resistencia y revuelta contra esas condiciones, debe seguir hasta que la dominación capitalista sea derrocada y el capitalismo destruido.

El capitalismo significa que el aparato productivo está en las manos de los capitalistas. Porque ellos son los amos del medios de producción, y por ello de los productos, pueden apropiarse de la plusvalía y explotar a la clase obrera. Sólo cuando la propia clase obrera es dueña de los medios de producción la explotación cesa. Entonces los obreros controlan completamente sus condiciones de vida. La producción de todo lo necesario para la vida es la tarea común de la comunidad obrera, que es entonces la comunidad misma de la humanidad. Esta producción es un proceso colectivo. Primero cada fábrica, cada gran planta, es una colectividad de obreros, combinando sus esfuerzos de una manera organizada. Es más, la totalidad de la producción mundial es un proceso colectivo; todas las fábricas separadas tienen que ser combinadas en una totalidad de producción. Por lo tanto, cuando la clase obrera toma posesión de los medios de producción, tiene al mismo tiempo que crear una organización de la producción.

Hay muchos que piensan en la revolución proletaria en los términos de las revoluciones anteriores de la clase media, como una serie de fases consecutivas: primero, conquista del gobierno e instalación de un nuevo gobierno, entonces la expropiación de la clase capitalista por la ley, y luego una nueva organización del proceso de producción. Pero los tales eventos sólo podrían llevar a algún tipo de capitalismo de estado. Al tiempo que el proletariado se eleva a la dominación, desarrolla simultáneamente su propia organización y las formas del nuevo orden económico. Estos dos desarrollos son inseparables y forman el proceso de la revolución social. La organización de la clase obrera en un cuerpo fuerte capaz de acciones unitarias masivas ya significa la revolución, porque el capitalismo sólo puede gobernar a individuos desorganizados. Cuando estas masas organizadas se alzan en luchas de masas y acciones revolucionarias, y los poderes existentes son paralizados y desintegrados, entonces simultáneamente las funciones de

dirección y regulación de los gobiernos anteriores recaen en las organizaciones de los obreros. Y la tarea inmediata es continuar la producción, continuar el proceso básico de la vida social. Puesto que la lucha de la clase revolucionaria contra la burguesía y sus órganos son inseparables de la apropiación del aparato productivo por los obreros y su aplicación a la producción, la misma organización que une la clase para su lucha también actúa como la organización del nuevo proceso productivo.

Está claro que las formas organizativas del sindicato y el partido político, heredadas del período de capitalismo en expansión, son inútiles ahora. Se convirtieron en instrumentos en manos de jefes incapaces y reacios a comprometerse en la lucha revolucionaria. Los jefes no pueden hacer revoluciones: los jefes obreros detestan una revolución proletaria. Para las luchas revolucionarias los obreros necesitan nuevas formas de organización en las que preservar la capacidad de acción en sus propias manos. Es en vano intentar construir o imaginar estas nuevas formas; sólo pueden originarse en la lucha práctica de los obreros mismos. Ya se han originado allí; nosotros sólo tenemos que observar la práctica para encontrar sus inicios en todas partes que los obreros están rebelándose contra los viejos poderes.

En una huelga salvaje, los obreros deciden acerca de todos los problemas a través de reuniones ordinarias. Escogen los comités de huelga como cuerpos centrales, pero los miembros de estos comités pueden ser revocados y reemplazados en cualquier momento. Si la huelga se extiende sobre un número grande de talleres, logran la unidad de acción mediante comités más grandes consistentes en delegados de todos los talleres separados. Los tales comités no son cuerpos para toma de decisiones según su propia opinión, y por encima de los obreros; simplemente son mensajeros, comunicando las opiniones y deseos de los grupos que ellos representan, y recíprocamente, trayendo a las reuniones del taller, para la discusión y decisión, la

opinión y argumentos de los otros grupos. No pueden desempeñar los papeles de jefes, porque pueden ser instantáneamente reemplazados por otros. Los obreros mismos deben escoger su camino, decidir sus acciones; sostener enteramente su acción con todas sus dificultades, sus riesgos y sus responsabilidades, en sus propias manos. Y cuando la huelga ha terminado, los comités desaparecen.

Los únicos ejemplos de una clase obrera industrial moderna como la fuerza motora de una revolución política fueron las revoluciones rusas de 1905 y 1917. Aquí los obreros de cada fábrica escogieron delegados, y los delegados de todas las fábricas formaron juntos el 'soviet', el consejo dónde la situación política y las acciones necesarias eran discutidas. Las opiniones de las fábricas quedaban recogidas, sus deseos armonizados, sus decisiones formuladas. Pero los consejos, aun siendo una fuerte influencia dirigida a la educación revolucionaria a través de la acción, no eran cuerpos de mando. Algunas veces un consejo entero era arrestado y reorganizado con nuevos delegados; otras, cuando las autoridades eran paralizadas por una huelga general, los soviets actuaban como un gobierno local, y delegados de profesiones libres se les unieron para representar su campo de trabajo. Aquí tenemos la organización de los obreros en la acción revolucionaria, aunque por supuesto sólo imperfectamente, a tientas y probando nuevos métodos. Esto sólo es posible cuando todos los obreros con todas sus fuerzas participan en la acción, cuando su misma existencia está en juego, cuando toman parte actualizadamente en las decisiones y se consagran completamente a la lucha revolucionaria.

Después de la revolución, esta organización del consejo desapareció. Los centros proletarios de la gran industria eran pequeñas islas en un océano de sociedad agrícola primitiva en la que el desarrollo capitalista no había empezado todavía. La tarea

de poner en marcha [o " edificar "] el capitalismo recayó en el Partido Comunista. Simultáneamente, el poder político se centralizó en sus manos y los soviets fueron reducidos a órganos subordinados con poderes sólo nominales.

Las condiciones para la nueva forma de los Consejos Obreros. Oposición entre democracia proletaria y democracia burguesa.

Las viejas formas de organización, el sindicato y el partido político, y la nueva forma de los consejos (soviets), pertenecen a fases diferentes en el desarrollo de la sociedad y tienen diferentes funciones. Las primeras tienen que afianzar la posición de la clase obrera entre las otras clases dentro del capitalismo, y pertenecen al periodo de capitalismo expansivo. La última ha de asegurar la dominación completa de los obreros, para destruir capitalismo y sus divisiones de clase, y pertenece al periodo del capitalismo en declive. En un capitalismo ascendente y próspero, la organización de consejos es imposible porque los obreros están completamente ocupados en el mejoramiento de su condición, lo cual es posible en ese periodo a través de los sindicatos y de la acción política. En un capitalismo decadente que navega en la crisis, estos esfuerzos son inútiles y la fe en ellos sólo puede estorbar el aumento de la autoactividad de las masas. En tales periodos, de elevada tensión y de revuelta creciente contra la miseria, cuando los movimientos de huelga se propagan por países enteros y golpean las raíces del poder capitalista, o cuando, siguiendo a guerras o a catástrofes políticas, la autoridad gubernamental se desmorona y las masas actúan, las viejas formas organizativas fracasan contra las nuevas formas de autoactividad de las masas.

Los portavoces de los partidos socialistas o comunistas admiten a menudo que, en la revolución, los órganos de acción autónoma de las masas son útiles destruyendo la vieja dominación; pero entonces ellos plantean que éstos tienen que ceder a la democracia parlamentaria la función de organizar la nueva sociedad. Permítasenos comparar los principios básicos de ambas formas de organización política de la sociedad.

La democracia primitiva en pueblos pequeños y distritos fue ejercida por la asamblea del conjunto de los ciudadanos. Con la gran población de los pueblos modernos y países esto es imposible. Las personas sólo pueden expresar su voluntad escogiendo delegados para algún cuerpo central que los representa todos. Los delegados para los cuerpos parlamentarios son libres actuar, decidir, votar, para gobernar mediante su propia opinión con 'honor y conciencia', tal y como es llamado a menudo en términos solemnes.

Los delegados del consejo, sin embargo, están limitados por mandato; son enviados simplemente para expresar las opiniones de los grupos obreros que los envían. Pueden ser llamados de regreso y ser reemplazados en cualquier momento. Así, los obreros que les dieron el mandato mantienen el poder en sus propias manos.

Por otro lado, los miembros del parlamento son escogidos por un número fijo de años; sólo en las votaciones son amos los ciudadanos --en este único día en el que escogen a sus delegados--. Una vez este día ha pasado, su poder se ha esfumado y los delegados son independientes, libres para actuar hasta el término de esos años según su propia 'conciencia', sólo restringidos por el conocimiento de que después de este periodo tienen que encarar a los votantes nuevamente; pero entonces, cuentan con captar sus votos mediante una ruidosa campaña electoral, bombardeando a los confusos votantes con eslóganes y frases demagógicas. De este modo, no son los votantes sino los

palamentarios quienes son los amos reales que deciden la política. Y los votantes ni siquiera envían a personas de su propia opción como delegados; son presentados ante ellos por los partidos políticos. Y entonces, si suponemos que las personas pudieran seleccionar y enviar personas de su propia opción, estas personas no formarían al gobierno; en la democracia parlamentaria el legislativo y los poderes ejecutivos están separados. El gobierno real que domina a las personas está formado por una burocracia de funcionarios que se mueve tan lejos del voto de las personas que es prácticamente independiente. Así es como es posible que la dominación capitalista se mantenga a través del sufragio general y la democracia parlamentaria. Esto es así por que, en los países capitalistas dónde la mayoría de las personas pertenece a la clase obrera, esta democracia no puede llevar a una conquista del poder político. Para la clase obrera, la democracia parlamentaria es una democracia farsante, considerando que la representación del consejo es la democracia real: el gobierno directo de los obreros sobre sus propios asuntos.

La democracia parlamentaria es la forma política en la que los diferentes intereses importantes en una sociedad capitalista ejercen su influencia en el gobierno. Los delegados representan ciertas clases: campesinos, comerciantes, industriales, obreros; pero no representan la voluntad común de sus votantes. De hecho, los votantes de un distrito no tienen ninguna voluntad común; son una asamblea de individuos, los capitalistas, obreros, tenderos, viviendo por casualidad en el mismo lugar, teniendo intereses contrarios de partido.

Los delegados del consejo, por otro lado, son enviados por un grupo homogéneo para expresar su voluntad común. Los consejos no están sólo hechos de obreros, teniendo intereses de clase comunes; son un grupo natural, trabajando juntos como el personal de una fábrica o sección de una planta grande, y están

entre sí en íntimo contacto diario, teniendo el mismo adversario, teniendo que decidir como obreros compañeros sus acciones comunes, en las que han de actuar de forma unitaria; no sólo en las cuestiones de la huelga y la lucha, sino también en la nueva organización de la producción. La representación del consejo no se funda en la agrupación sin sentido de pueblos adyacentes o distritos, sino en los agrupamientos naturales de los obreros en el proceso de producción, la base real de sociedad.

Sin embargo, no deben confundirse los consejos con la representación corporativa propagada en los países fascistas. Ésta es una representación de las distintas profesiones u ocupaciones (amos y obreros combinados), considerados como componentes fijos de la sociedad. Esta forma pertenece a una sociedad medieval con clases fijas y gremios, y en su tendencia a petrificar los grupos de interés es aun peor que el parlamentarismo, donde los nuevos grupos y los nuevos intereses que ascienden con el desarrollo del capitalismo encuentran pronto su expresión en el parlamento y el gobierno.

La representación del consejo es completamente diferente porque es la representación de una clase comprometida en la lucha revolucionaria. Representa sólo los intereses de la clase obrera, y impide la participación de los delegados capitalistas y de los intereses capitalistas. Niega el derecho de existencia a la clase capitalista en la sociedad e intenta eliminar a los capitalistas apropiándose de los medios de producción. Cuando con el progreso de la revolución los obreros deben asumir las funciones de la organización de la sociedad, la misma organización del consejo es su instrumento. Esto significa que los consejos obreros son entonces los órganos de la dictadura del proletariado. Esta dictadura del proletariado no es un sistema de votación astutamente ideado que excluye a los capitalistas y la burguesía artificialmente de las votaciones electorales. Es el ejercicio del poder en la sociedad por los órganos naturales de

los obreros, estructurando el aparato productivo como la base de sociedad. En estos órganos de los obreros, consistentes en delegados de sus variadas ramas en el proceso de producción, no hay ningún lugar para ladrones o explotadores que permanezcan fuera del trabajo productivo. Así, la dictadura de la clase obrera es al mismo tiempo la democracia más perfecta, la democracia de los obreros reales, excluyendo a la clase de los explotadores que está en desaparición.

Los adherentes de las viejas formas de organización exaltan la democracia como el único derecho y forma política justa, como contraria a la dictadura, una forma injusta. El marxismo no conoce nada de derecho abstracto o justicia; explica las formas políticas en que la humanidad expresa sus pareceres de derecho político como consecuencias de la estructura económica de la sociedad. En la teoría marxiana podemos encontrar también la base de la diferencia entre la democracia parlamentaria y la organización del consejo. Tal y como la democracia burguesa y la democracia proletaria, respectivamente, reflejan el carácter diferente de estas dos clases y sus sistemas económicos.

La democracia burguesa se funda en una sociedad consistente en un gran número de pequeños productores independientes. Quieren que un gobierno cuide de sus intereses comunes: la seguridad pública y el orden, la protección del comercio, los sistemas uniformes de medida y moneda, la administración legislativa y judicial. Todas estas cosas son necesarias para que todos puedan hacer su negocio a su propia manera. El negocio privado recibe toda la atención, forma los intereses vitales de todos, y esos factores políticos son, aunque necesarios, sólo secundarios y exigen sólo una parte pequeña de su atención. El contenido principal de vida social, la base de la existencia de la sociedad, la producción de todos los bienes necesarios para la vida, es dividida dentro del negocio privado de

ciudadanos separados, por lo que es natural que tome casi todo su tiempo, y esa política, su asunto colectivo, es una cuestión subordinada, provisora solamente de condiciones auxiliares. Sólo en los movimientos revolucionarios burgueses hacen que las gentes tomen las calles. Pero en tiempos ordinarios la política es dejada a un pequeño grupo de especialistas, políticos, cuyo trabajo simplemente consiste en el cuidado de estas condiciones generales, políticas, del negocio burgués.

Lo mismo es también verdad para los obreros, con tal de que ellos sólo piensen en sus intereses directos. En el capitalismo trabajan largas horas, toda su energía se agota en el proceso de explotación, y la poca capacidad mental y el pensamiento fresco les abandonan. Ganar su salario es la necesidad más inmediata de su vida; sus intereses políticos, su interés común en la salvaguarda de sus intereses como asalariados puede ser importante, pero todavía es secundario. Por eso dejan esta parte de sus intereses también a especialistas, a sus políticos del partido y a sus jefes sindicales. Votando como ciudadanos o afiliados, los obreros podrán dar algunas instrucciones generales, así como los votantes de la clase media pueden influir en sus políticos, pero sólo parcialmente, porque su atención principal debe permanecer concentrada en su trabajo.

La democracia proletaria bajo el comunismo depende justo de las condiciones económicas opuestas. No se funda en la producción privada sino en la producción colectiva. La producción de las necesidades de la vida no es por más tiempo un negocio personal, sino un asunto colectivo. Los asuntos colectivos, formalmente llamados asuntos políticos, ya no son secundarios, sino el objeto principal del pensamiento y la acción para todos. Lo que se llamó la política en la sociedad anterior -- un dominio para especialistas-- se ha vuelto el interés vital de todo obrero. No es el afianzamiento de algunas condiciones necesarias de la producción, es el proceso y la regulación mismos

de la producción. La separación de asuntos e intereses privados y colectivos ha cesado. Ya no es necesario un grupo separado o clase de especialistas que cuiden de los asuntos colectivos. A través de sus delegados del consejo, que los ligan entre sí, los productores mismos están manejando su propio trabajo productivo.

Las dos formas de organización no se distinguen en que una se funda en una base tradicional e ideológica, y la otra en la base productiva material de sociedad. Los dos se fundan sobre la base material del sistema de producción, una en el sistema decadente del pasado, la otra en el sistema progresivo del futuro. Ahora mismo estamos en el periodo de transición, el tiempo del capitalismo avanzado y los comienzos de la revolución proletaria. En el capitalismo avanzado el viejo sistema de producción ha sido ya destruido en sus fundamentos; la extensa clase de productores independientes ha desaparecido. La parte principal de la producción es el trabajo colectivo de extensos grupos de obreros; pero el mando y la propiedad han permanecido en manos privadas. Este estado contradictorio es mantenido por los fuertes coeficientes de poder de los capitalistas, especialmente el poder estatal ejercido por los gobiernos. La tarea de la revolución proletaria es destruir este poder estatal; su contenido real es la apropiación de los medios de producción por los obreros. El proceso de la revolución es una alternación de acciones y derrotas que construyen la organización de la dictadura proletaria, que al mismo tiempo es la disolución, paso a paso, del poder estatal capitalista. Por lo tanto este es el proceso de reemplazo del sistema de organización del pasado por el sistema de organización del futuro.

Los límites de las viejas formas de actividad se corresponden al nivel de lucha reformista, su superación se nos presenta en germen en las acciones espontaneas

Estamos sólo en los principios de esta revolución. El siglo de lucha de clases que queda detrás nuestra no puede ser considerado un principio como tal, sino sólo un preámbulo. Desarrolló un conocimiento teórico inestimable, encontró valientes palabras revolucionarias para desafiar a la afirmación capitalista de ser el sistema social final; despertó a los obreros de la desesperación de la miseria. Pero su lucha real permanecía limitada dentro de los confines del capitalismo, era una acción a través de la mediación de jefes y sólo buscó poner a amos blandos en el lugar de los duros. Sólo un parpadeo súbito de revuelta, como huelgas políticas o masivas que estallan contra la voluntad de los políticos, anunciaron de vez en cuando el futuro de la acción de masas autodeterminada. Cada huelga salvaje, al no tomar sus dirigentes y reclamos de las oficinas de partidos y sindicatos, es una indicación de este desarrollo, y al mismo tiempo un paso pequeño en su dirección. Todos los poderes existentes en el movimiento proletario, los partidos socialistas y comunistas, los sindicatos, todos los jefes cuya actividad se liga a la democracia burguesa del pasado, denuncian estas acciones masivas como perturbaciones anarquistas. A causa de que su campo de visión está limitado a sus viejas formas de organización, no pueden ver que las acciones espontáneas de los obreros llevan en ellas los gérmenes de formas superiores de organización. En los países fascistas, donde la democracia burguesa ha sido destruida, las tales acciones masivas espontáneas serán la única forma de la futura revuelta proletaria. Su tendencia no será una restauración de la democracia de la

clase media anterior, sino un adelanto en la dirección de la democracia proletaria, es decir, la dictadura de la clase obrera.

Para luchar contra el capital hay que luchar contra el sindicato (1938)

I. La organización y sus primeras formas

La organización es el principio fundamental de la lucha de la clase obrera por su emancipación. De ello se deriva que, desde el punto de vista del movimiento práctico, el problema más importante es el de las formas que debe asumir tal organización. Estas formas están naturalmente determinadas tanto por las condiciones sociales como por los objetivos de la lucha. Lejos de ser un resultado de los caprichos de la teoría, sólo pueden ser creadas por la clase obrera que actúa espontáneamente en función de sus propias necesidades inmediatas.

Los obreros crearon los sindicatos en la época en que el capitalismo iniciaba su expansión. El obrero aislado se veía reducido a la impotencia: por ello tenía que unirse con sus compañeros si quería luchar y discutir con el capitalista la duración de la jornada laboral y el precio de su propia fuerza-trabajo. En el seno del modo de producción capitalista, patronos y obreros tienen intereses antagónicos: su lucha de clase tiene por objeto la repartición del producto social global. Normalmente, los obreros reciben el valor de su propia fuerza-trabajo, es decir, la suma necesaria para mantener su capacidad de trabajo. La parte restante de la producción constituye la plusvalía, la parte que va a la clase capitalista. Para acrecentar sus propios beneficios, los capitalistas tratan de rebajar los salarios y de aumentar la duración de la jornada laboral. Por ello, en la época en que los obreros eran incapaces de defenderse, los salarios descendían por debajo del mínimo vital, los jornadas

laborales se hacían más largas y la salud física y nerviosa del trabajador se deterioraba hasta tal punto que ponía en peligro el propio futuro de la sociedad. La formación de los sindicatos y la promulgación de leyes que regulasen las condiciones de trabajo -fruto de una dura lucha de la clase obrera por las condiciones de su propia existencia- eran indispensables para que se restableciesen las condiciones de trabajo normales en el interior del sistema capitalista. La propia clase explotadora acabaría admitiendo que los sindicatos son necesarios para canalizar las revueltas obreras e impedir los riesgos de una explosión imprevista y brutal.

Se produjo así el desarrollo de organizaciones políticas, cuyas formas -es cierto- variaban a menudo de un país a otro en función de las situaciones políticas locales. En América, donde toda una población de labradores, artesanos y comerciantes, ignorantes de la sumisión feudal, podía expandirse libremente explotando los recursos naturales de un continente cuyas posibilidades parecían infinitas, los obreros no tenían la sensación de formar una clase aparte. Como todos los demás, estaban imbuidos del espíritu pequeñoburgués de la lucha individual y colectiva por el bienestar personal, y podían esperar, por lo menos en cierta medida, que sus aspiraciones se vieran satisfechas. Con escasas excepciones, sobre todo entre grupos de emigrantes recientes, nunca se sintió la necesidad de un partido de clase distinto.

En Europa, por otro lado, los obreros se vieron arrastrados en la lucha de la burguesía ascendente contra el orden feudal. Pronto tendrían que crear partidos de clase y, tras aliarse con una fracción de las clases medias, combatir por la obtención de derechos políticos y sindicales, libertad de expresión y de reunión, sufragio universal e instituciones democráticas. Para su propaganda, un partido político necesita unos principios generales: para rivalizar con los demás, necesita una teoría que

contenga ideas precisas y definidas sobre el futuro. La clase obrera, en la que ya habían germinado los ideales comunistas, descubrió su propia teoría en la obra de Marx y Engels que exponía de qué modo la evolución social haría pasar al mundo del capitalismo al socialismo por medio de la lucha de clases. Esta teoría figura en los programas de la mayor parte de los partidos socialdemócratas europeos, en Inglaterra, el partido laborista, creado por los sindicatos, profesaba opiniones análogas, aunque más vagas: una especie de comunidad socialista era -a sus ojos- el objetivo final de la lucha de clases.

Los programas y la propaganda de todos estos partidos presentaban la revolución proletaria como el resultado final de la lucha de clases; la victoria de los obreros sobre sus opresores significaría, además, la creación de un sistema de producción comunista o socialista. Sin embargo, mientras durase el capitalismo, la lucha práctica no tenía que trascender el marco de las necesidades inmediatas y de la defensa del nivel de vida. En un régimen democrático, el Parlamento era el lugar en el que se enfrentaban como en un campo cerrado los intereses de las diferentes clases sociales: capitalistas grandes y pequeños, terratenientes, campesinos, artesanos, comerciantes, industriales, obreros, todos tienen intereses específicos, que sus respectivos diputados defienden en el Parlamento, todos participan en la lucha por el poder y por su parte del producto social. Los obreros, por consiguiente, deben tomar posiciones, y la misión de los partidos socialistas consiste en luchar en el plano político de modo que sean satisfechos sus intereses inmediatos. Estos partidos obtienen de éste modo los sufragios de los obreros y ven acrecentada su influencia.

II. El devenir del viejo movimiento obrero

El desarrollo del capitalismo ha cambiado todo esto. Las pequeñas oficinas han sido sustituidas por las grandes fábricas y las gigantescas empresas en las que trabajan miles o decenas de miles de personas. El crecimiento del capitalismo y de la clase obrera ha tenido como consecuencia el crecimiento de sus respectivas organizaciones. Los sindicatos, que en su origen eran grupos locales, se han transformado en grandes confederaciones nacionales, con centenares de miles de miembros. Deben recoger sumas considerables para sostener huelgas gigantescas, y sumas todavía más enormes para alimentar los fondos de socorro mútuo. Se ha desarrollado toda una burocracia dirigente, un estado mayor pletórico de administradores, de presidentes, de secretarios generales, de directores de periódicos. Encargados de negociar con los patronos, estos hombres se han convertido en especialistas habituados a contemporalizar y a ponerse del lado de los "hechos". En definitiva, ellos lo deciden todo, desde el empleo de los fondos el contenido de la prensa; frente a estos nuevos patronos, los afiliados de la base han perdido prácticamente toda su autoridad. Esta metamorfosis de las organizaciones obreras en instrumentos de poder sobre sus propios miembros no carece de antecedentes históricos: siempre que una organización ha crecido desmesuradamente, ha escapado el control de las masas.

Idéntico fenómeno se ha producido en las organizaciones políticas, que se han transformado de los pequeños grupos de propagandistas que eran en un principio, en grandes partidos políticos. Sus verdaderos dirigentes son los diputados del Parlamento, cuya función es, en efecto, la de conducir la lucha real por el cauce de los organismos representativos, en los que ellos hacen carrera. Son ellos quienes redactan los editoriales, dirigen la propaganda, forman a los cuadros de rango inferior,

ejercen una influencia preponderante sobre la política del partido, tienen derecho de voto, colaboran en la propaganda, pagan las cuotas y mandan sus delegados a los congresos del partido, pero éstos no son más que poderes formales, ilusorios. Por sus características, la organización se asemeja a la de los demás partidos, que no son sino grupos de políticos profesionales que tratan de cosechar sufragios por medio de slogans y de ocupar una parcela del poder. Cuando un partido socialista dispone de un elevado número de diputados, se alía con otros partidos contra las formaciones políticas más reaccionarias, para formar una mayoría parlamentaria. Desde este momento, no solamente aparece una multitud de alcaldes o concejales socialistas, sino que algunos de ellos llegan incluso a ministros u ocupan los más altos cargos del Estado. Una vez instalados en estos lugares, son naturalmente incapaces de actuar en calidad de representantes de la clase obrera, de gobernar en favor de los trabajadores contra los capitalistas. El verdadero poder político y la propia mayoría parlamentaria siguen en manos de las clases explotadoras. Los ministros socialistas deben inclinarse ante los intereses de la sociedad global, es decir, ante los intereses del Capital. Probablemente, les veremos proponer medidas capaces de satisfacer las reivindicaciones inmediatas de los obreros y presionar a los demás partidos para que las hagan adoptar. De ese modo se convierten en intermediarios - alcahuetes- y cuando, tras sus chalaneos, logran conseguir pequeñas reformas, se dedican a convencer a los obreros de que se trata de reformas importantísimas. Como instrumento de estos líderes, el Partido socialista acaba limitándose a la tarea de defender estas reformas y convencer a los obreros de que las acepten, dejando de estimularles a combatir por sus propios intereses, adormeciéndoles y apartándoles la lucha de clases.

Por lo que respecta a los obreros, las condiciones de su lucha se han deteriorado. La fuerza de la clase capitalista ha crecido enormemente, paralelamente a sus riquezas. Con otras

palabras, la concentración del capital en manos de unos pocos capitanes de las finanzas y de la industria, la misma coalición patronal, ponen a los sindicatos frente a un poder que ahora es mucho más fuerte, a menudo casi inexpugnable. Además, la feroz competencia desatada entre todos los capitalistas del mundo para conquistar los mercados, las fuentes materias primas y el poder mundial, explica que partes cada vez más importantes de plusvalía se destinen a la fabricación armas y a la guerra: la caída de la tasa ganancia obliga a los capitalistas a aumentar la tasa de explotación, es decir, a rebajar el nivel real de los salarios. Los sindicatos topan así con una resistencia mucho grande, más encarnizada, y los viejos métodos se hacen progresivamente impracticables. Cuando negocian con los patronos, los dirigentes sindicales ya no son capaces de arrancarles gran cosa. Y aunque no ignoren la fuerza alcanzada por los capitalistas, están tan poco dispuestos, por su parte, a luchar (desde el momento en que su lucha podría arruinar financieramente a las organizaciones y comprometer su propia existencia) que se ven forzados a aceptar las propuestas patronales. Su actividad principal consiste, por consiguiente, en calmar el descontento de los obreros y en presentar las ofertas de los dadores de trabajo bajo una luz más favorable. Incluso en este sentido los líderes sirven de mediadores entre las clases antagonistas. Si los obreros rechazan estas ofertas y se lanzan a la huelga, los jefes se ven obligados o bien a oponerse a ellos o bien a darles a entender que toleran la lucha, pero con la precisa intención de que termine lo más pronto posible.

Sin embargo, es imposible detener la lucha o reducirla a un mínimo: los antagonismos de clase y la capacidad del capitalismo para reducir el nivel de vida obrero crecen continuamente, y por ello la lucha de clases debe seguir su curso: los trabajadores se ven obligados a luchar. De vez en cuando, espontáneamente, rompen sus cadenas, sin preocuparse de los sindicatos, incluso a despacho de los compromisos y de los

convenios firmados en su nombre. Si los líderes sindicales consiguen retomar la dirección del movimiento, se asiste a una extinción gradual de la lucha, como consecuencia de un pacto firmado entre los capitalistas y los jefes obreros. Lo cual no significa que una huelga salvaje prolongada tenga posibilidades de triunfar; es algo demasiado restringido y limitado a los grupos directamente interesados. De un modo puramente indirecto los patronos se ven obligados a mostrarse prudentes por temor a que se repitan este tipo de explosiones. Sin embargo, estas huelgas constituyen la prueba de que la gran batalla entre el Capital y el Trabajo no puede terminar, y que, si las antiguas formas de acción se revelan impracticables, los trabajadores se comprometen a fondo y crean espontáneamente otras nuevas. Su revuelta contra el Capital se convierte, el mismo tiempo, en una revuelta contra las formas de organización tradicionales.

III. Las formas de organización revolucionarias

Son muchos los que continúan concibiendo la revolución proletaria bajo el aspecto de las antiguas revoluciones burguesas, es decir, como una serie de fases que se originan unas a partir de otras; primero, la conquista del poder político y la formación de un nuevo gobierno; después la expropiación, por decreto, de la clase capitalista; y finalmente, una reorganización del proceso de producción. Pero, de este modo, el resultado sólo puede ser una especie de capitalismo de Estado. Para que el proletariado pueda convertirse realmente en el patrón de su propio destino, es preciso que cree simultáneamente su propia organización y las formas del nuevo orden económico. Estos dos elementos con inseparables y constituyen el proceso de la revolución social.

Cuando la clase obrera consiga organizarse en un cuerpo único capaz de llevar a cabo acciones de masas potentes y unificadas, la hora de la revolución habrá sonado, ya que el capitalismo sólo puede enseñorearse de los individuos desorganizados. Y cuando las masas organizadas se lanzan a la acción revolucionaria, mientras los poderes constituidos están paralizados y empiezan a disgregarse, las funciones de dirección pasan del antiguo gobierno a las organizaciones obreras. Desde este momento, la tarea principal es la de continuar la producción, asegurar este proceso indispensable a la vida social. En la medida en que la lucha de clase revolucionaria del proletariado contra la burguesía y contra sus órganos es inseparable de la confiscación, por parte de los trabajadores, del aparato de producción y de la extensión de dicha confiscación el producto social, la forma de organización que une a la clase en su lucha constituye simultáneamente la forma de organización del nuevo proceso de producción.

En este marco, la forma de organización en sindicato o en partido, originario del periodo del capitalismo ascendente, ya no presenta la menor utilidad. Estas formas han sufrido, en efecto, una metamorfosis, transformándose en instrumentos al servicio de jefes que no pueden ni quieren comprometerse en la botella revolucionaria. la lucha no la llevan a cabo los dirigentes: los líderes obreros aborrecen la revolución proletaria. Así, pues, para llevar a buen fin su batalla, los trabajadores tienen necesidad de nuevas formas de organización con las cuales mantener firmemente en sus manos los principales elementos de fuerza. La pretensión de construir o imaginar formas nuevas sería vana, pues éstas sólo surgen de la lucha efectiva de los propios obreros. Pero basta con fijarse en la práctica para descubrirlas, en estado embrionario, en todos aquellos casos en los que los trabajadores se rebelan contra los viejos poderes.

Durante una huelga general, los obreros toman las decisiones en asambleas generales. Eligen comités de agitación, cuyos miembros son revocables en cada momento. Si el movimiento se propaga a un gran número de empresas, la unidad de acción se realiza por medio de comités ampliados, que reúnen a los delegados de todas las fábricas en huelga. Estos delegados no deciden el margen de la base ni tratan de imponerle a ésta su voluntad. Su papel es el de simples correas, que expresan las opiniones y los deseos de los grupos e los que representan y, viceversa, que transmiten a las asambleas generales, encargadas de discutir las y tomar las decisiones, las opiniones y los argumentos de los demás grupos. Revocables en todo momento, no pueden desempeñar un papel dirigente. Los obreros deben elegir solos su propio camino, decidir por sí mismos la dirección que debe tomar su acción: el poder de decidir y de actuar, con todos los riesgos y responsabilidades que comporta, es de su exclusiva competencia. Y cuando la huelga acaba, los comités desaparecen.

Existe un solo ejemplo de una clase obrera industrial moderna que haya desempeñado la función de fuerza motriz de una revolución política: es el ejemplo de las revoluciones rusas de 1905 y 1917. En cada fábrica, los obreros eligieron a sus delegados, la asamblea general de los cuales constituía el "soviet" central, consejo en el que se discutía la situación y se tomaban las decisiones. Allí se encontraban las opiniones procedentes de las diferentes fábricas y allí se clarificaban las divergencias y se formulaban las decisiones. Pero los consejos, a pesar de tener una influencia directiva sobre la educación revolucionaria que se iba realizando por medio de la acción, no eran de hecho organismos de mando. Sucedió a veces que todos los miembros de un consejo eran arrestados, y nuevos delegados los sustituían; otras veces, cuando la huelga dejaba paralizadas a las autoridades, los consejos ejercían todos los poderes a escala local, y los

delegados de las profesiones liberales se unían a ellos, en representación de sus respectivos sectores de actividad.

Esta organización consejista desapareció tras la revolución. Los centros proletarios eran simples islotes de la gran industria perdidos en el océano de una sociedad agrícola en la que el desarrollo capitalista todavía no se había iniciado. La misión de sentar las bases del capitalismo quedó en manos del partido comunista. Fue éste quien se hizo cargo del poder político mientras los soviets quedaban reducidos al rango de órganos sin importancia con poderes puramente nominales.

Las viejas formas de organización, los sindicatos y los partidos políticos, y la nueva forma de los consejos (soviets) pertenecen a fases diversas de la evolución social y tienen funciones totalmente distintas. Las primeras tenían por objetivo el reforzamiento de la situación de la clase obrera en el interior del sistema capitalista, y están ligadas al periodo de su expansión. El objetivo de la segunda es, en cambio, el de crear un poder obrero, abolir el capitalismo y la división de la sociedad en clases; y está ligada al periodo de decadencia del capitalismo. En el seno de un sistema ascendente y próspero, la organización de los consejos es inviable, desde el momento que los obreros se preocupen únicamente de mejorar sus propias condiciones de existencia, cosa que hace posible la acción sindical y política. En un capitalismo en decadencia, presa de la crisis, este último tipo de acción resulta vano, y aferrarse al mismo no puede sino frenar el desarrollo de la lucha y de la actividad autónoma de las masas. En épocas de tensión y de revuelta crecientes, cuando los movimientos huelguísticos se expanden por países enteros y hacen tambalear las bases del poder capitalista, o cuando después de una guerra o de una catástrofe política la autoridad del gobierno se delega y las masas pasan a la acción, las viejas formas de organización ceden su puesto a las nuevas formas de autoactividad de las masas.

Por la acción directa

En este punto surge una cuestión de excepcional importancia: ¿cómo es posible deducir la existencia o el florecer de una voluntad de lucha en el seno de la clase obrera? Para contestar, hemos de alejarnos, ante todo, del ámbito de las disputas entre los partidos políticos -concebidas sobre todo para burlarse de las masas- y dirigirnos hacia el interés económico, que es el lugar hacia el que las masas dirigen intuitivamente su áspera lucha destinada a defender su nivel de vida. En este sentido se hace evidente que con el paso de la pequeña a la gran empresa, los sindicatos dejaron de ser instrumentos de lucha proletaria. En nuestra época, se están transformando paulatinamente en organismos de los que el capital monopolista se sirve para dictar alternativas a la clase obrera.

Cuando los trabajadores empiezan a darse cuenta de que los sindicatos son incapaces de dirigir su lucha contra el capital, le tarea más inmediata es la de descubrir y aplicar nuevas formas de lucha- la huelga salvaje. Este es, en efecto, el medio para librarse de las tutelas ejercidas por los viejos líderes y por las viejas organizaciones, el medio que permite tomar las iniciativas necesarias, juzgar el momento y las formas de la acción, fijar todas las decisiones útiles; en este nuevo marco, los obreros deben encargarse ellos mismos de hacer propaganda, de extender el movimiento y de dirigir la acción. Las huelgas salvajes constituyen explosiones espontáneas, la manifestación auténtica de la lucha de clase contra el capitalismo. Hasta hoy, seguramente, no se han dado apenas objetivos más generales: pero esto no impide que expresen de un modo concreto el nacimiento de una nueva mentalidad en las masas rebeldes: la acción autónoma, ya no dirigida por los jefes: el espíritu de

independencia, y ya no de sumisión: la voluntad de lucha activa, y ya no la aceptación pasiva de órdenes caídas del cielo; la solidaridad y la unidad indestructible con los compañeros, y ya no el deber impuesto por la afiliación política y sindical. Esta unidad en la acción, en la huelga, corresponde, por supuesto, a la unidad en el trabajo productivo de cada día: lo que lleva a los trabajadores a reaccionar de este modo, como un solo hombre, es la actividad colectiva, el interés común frente a un patrón capitalista común. Todas las posturas individuales, todas las fuerzas de carácter y de pensamiento, exaltadas y tensas al extremo, se unen, por medio de las discusiones y de las decisiones, en un objetivo común.

En el curso de la huelga salvaje, se delinean ya los rasgos de una nueva orientación práctica de la clase obrera, de una nueva táctica: el método de la acción directa. Estas luchas constituyen la única rebelión que cuenta frente a las potencias degradantes y regresivas del capital internacional, del capital-patrón del mundo. Ciertamente, a pequeña escala, tales movimientos están casi irremediabilmente destinados a terminar bruscamente en un fracaso total, son simplemente signos premonitorios. Para convertirse en movimientos eficaces, se requiere una condición: la conquista progresiva de las masas. Efectivamente, sólo el miedo de ver estas huelgas extenderse al infinito puede inducir al capitalista a pactar. Si la explotación deviene cada vez más intolerable -lo cual es indudable- la resistencia no dejará de renacer y afectará a masas cada vez mayores. Cuando esta resistencia asuma una amplitud tal que produzca graves perturbaciones en el orden social, cuando los trabajadores ataquen al Capital en su propia esencia, es decir, en la posesión de las empresas, deberán entonces afrontar el poder del Estado y sus inmensos medios. La huelga asumirá entonces un carácter necesariamente político; los comités de agitación, encarnación de las comunidades de clase, asumirán funciones sociales de otra magnitud, comenzando a revestir la forma de consejos obreros.

A partir de este momento, despuntará en el horizonte la revolución social, el hundimiento del capitalismo.

Consejos o Estado

El socialismo que nos ha transmitido el siglo XIX no era más que la creencia en una misión social atribuida a los jefes socialistas y a los politicastros profesionales: transformar el capitalismo en un sistema económico puesto bajo la dirección del Estado, exento de toda forma de explotación y que diese a todo el mundo la posibilidad de vivir en la abundancia. El inicio y el fin de la lucha de clases era que el único medio que tenían los obreros de conquistar la libertad consistía en llevar a estos socialistas al gobierno.

¿Por qué ésto no se verificó? Porque el insignificante gesto que se hacía durante el breve peso por una cabina electoral no tenía apenas relación con una lucha de clase real. Porque los politicastros socialistas querían luchar por sí solos contra el inmenso poder de la clase capitalista, mientras las masas trabajadores, reducidas al rango de espectadores pasivos, contaban con este puñado de hombres para transformar el mundo. ¿Cómo era posible que, así las cosas, los politicastros no se hubiesen abandonado a la rutina, siempre dispuestos a justificarla, a sus ojos, por haber remediado, con medidas legislativas, los abusos más escandalosos? Hoy es evidente que el socialismo, en el sentido de gestión estatal y planificada de la economía, corresponde al socialismo de Estado, y que el socialismo en el sentido de emancipación de los trabajadores, exige un cambio total de orientación. La nueva orientación del socialismo consiste en la autogestión de la producción, en la

autogestión de la lucha de clase por medio de los consejos obreros.

Las transformaciones económicas producen sólo poco a poco cambios de mentalidad. Educados a creer en el socialismo, los obreros se hallan completamente desconcertados al ver que éste conduce ahora a resultados totalmente opuestos, a un empeoramiento de la esclavitud. Es realmente duro llegar a comprender que el socialismo y el comunismo se han convertido en sinónimos de doctrinas de sujeción. La nueva orientación no puede afirmarse de la noche a la mañana, requiere tiempo: es posible que sólo la nueva generación sea capaz de darse cuenta de su necesidad en toda su amplitud.

Al terminar la primera guerra mundial, la revolución internacional parecía inminente; la clase obrera se alzaba con la gran esperanza de ver sus viejos sueños transformados en realidad. Pero eran sueños de libertad parcial, y por ello no podían realizarse.

Actualmente, es decir, después de la segunda guerra mundial, sólo la esclavitud y el exterminio parecen inminentes; los días de esperanza están lejanos, pero emerge confusamente una tarea, que es el gran objetivo a cumplir, la auténtica libertad.

Más poderoso que nunca, el capitalismo se afirma como patrón del mundo. Más poderosa que nunca, la clase obrera debe afirmarse en su propia lucha para dominar el mundo. El capitalismo ha descubierto formas de represión más poderosas que nunca. La clase obrera debe descubrir y servirse de formas de lucha más poderosas que nunca.

Hace un siglo, cuando los obreros constituían una pequeña clase de individuos pisoteados y reducidos a la impotencia resonaba la consigna: "¡Proletarios de todos los países, uníos! No tenéis otra cosa que perder que vuestras cadenas, y tenéis todo un mundo a vuestro alcance". Desde

entonces los obreros se han convertido en la clase más numerosa de la sociedad: se han unido, pero de un modo todavía imperfecto. Solamente han formado grupos, grandes o pequeños, pero no han logrado todavía su unidad como clase. Se han unido de una forma superficial, externa, pero no en esencia, en profundidad. Y, sin embargo, siguen sin tener otra cosa que perder que sus cadenas; y lo que, por otra parte, pudiesen perder, tampoco lo perderían precisamente luchando, sino sometiéndose temerosamente. El mundo que está a su alcance empieza a ser vagamente entrevisto. En otro tiempo, los trabajadores no podían representarse claramente ningún objetivo capaz de unirles, y por ello sus organizaciones acabaron convirtiéndose en instrumentos del capitalismo. Hoy, el objetivo se delinea más claramente; frente a un dominio reforzado por medio de una economía planificada bajo la autoridad del Estado, se encuentra lo que Marx llamaba la asociación de los productores libres e iguales. Es preciso unir, a la llamada a la unidad, una indicación sobre el objetivo: *¡Tomad las fábricas y las máquinas! ¡Imponed vuestro poder sobre el aparato productivo! ¡Organizad la producción por medio de consejos obreros!*

Por que han fracasado los pasados movimientos revolucionarios (1940)

1. Introducción

Hace treinta años todo socialista estaba convencido que la guerra que se aproximaba entre los grandes poderes capitalistas significaría la catástrofe final del capitalismo y sería sucedida por la revolución proletaria. Incluso cuando la guerra estalló y el movimiento socialista y obrero se colapsó como un factor revolucionario, las esperanzas de los obreros revolucionarios siguieron siendo elevadas. Incluso luego estuvieron seguros de que la revolución mundial seguiría al despertar de la guerra mundial. Y de hecho así fue. Como un luminoso meteoro la revolución rusa se encendió y resplandeció sobre la Tierra, y en todos los países los obreros se alzaron y empezaron a movilizarse.

Sólo unos pocos años distan el volverse claro que la revolución estaba decayendo, que las convulsiones sociales estaban decreciendo, que el orden capitalista estaba siendo restaurado gradualmente. Hoy el movimiento de los obreros revolucionarios está en su aflujo más bajo y el capitalismo es más poderoso que nunca. Una vez más, una gran guerra ha llegado, y de nuevo los pensamientos de obreros y comunistas vuelven a la pregunta: ¿afectará al sistema sistema capitalista en tal grado que una revolución obrera surgirá de ello? ¿Se hará real esta vez la esperanza de una lucha victoriosa por la libertad de la clase obrera?

Está claro que nosotros no podemos esperar lograr una respuesta a esta pregunta en tanto que no entendamos por qué los movimientos revolucionarios después de 1918 han fracasado.

Sólo investigando todas las fuerzas que estaban entonces actuando, podemos conseguir una visión clara de las causas de ese fracaso. Por eso, debemos volver nuestra atención sobre lo acontecido hace veinte años en el movimiento obrero mundial.

2. El desarrollo revolucionario del capitalismo mundial y el distinto carácter de la revolución proletaria

El crecimiento del movimiento obrero no fue el único hecho importante, ni siquiera el más importante en la historia del pasado siglo. De importancia primaria fue el crecimiento del capitalismo mismo. No sólo creció en intensidad -a través de la concentración de capital, la perfección creciente de las técnicas industriales, el incremento de productividad- sino también en extensión. Desde los primeros centros de la industria y el comercio -Inglaterra, Francia, América y Alemania-- el capitalismo empezó a invadir los países extranjeros, y ahora está conquistando el conjunto de la Tierra. En los siglos anteriores los continentes extranjeros fueron dominados para ser explotados como colonias. Pero al final del siglo XIX y el principio del XX vemos una forma superior de conquista. Estos continentes fueron asimilados por el capitalismo; se han vuelto ellos mismos capitalistas. Este proceso de mayor importancia, que siguió con rapidez creciente en el último siglo, significó un cambio fundamental en su estructura económica. En breve, allí estaba la base de una serie de revoluciones a lo largo del mundo.

Los países centrales de capitalismo desarrollado, con la clase media -la burguesía- como clase dominante, fueron antaño rodeados por una franja de otros, los países subdesarrollados. Aquí la estructura social todavía era enteramente agraria y más o menos feudal; las grandes llanuras eran cultivadas por campesinos que eran explotados por los terratenientes y

permanecían en continua lucha más o menos abierta contra ellos y los autócratas regidores. En el caso de las colonias esta presión interna fue intensificada a través de la explotación por capital colonial europeo, que hizo sus agentes a los terratenientes y a los reyes. En otros casos esta explotación más fuerte por el capital europeo se ocasionó por medio de los préstamos financieros de los gobiernos, que pusieron altos impuestos a los campesinos. Se construyeron vías férreas, introduciendo los productos de fábrica que destruyeron las viejas industrias tradicionales y transportaron lejos materias primas y alimentos. Esto sacó gradualmente a los campesinos al comercio mundial y despertó en ellos el deseo de convertirse en productores libres para el mercado. Se construyeron fábricas; se desarrolló una clase de hombres de negocios y distribuidores en los pueblos que sentían la necesidad de un mejor gobierno para sus intereses. La juventud, estudiando en las universidades occidentales, se convirtió en el portavoz revolucionario de estas tendencias. Formularon estas tendencias en los programas teóricos, abogando principalmente por la libertad nacional y la independencia, un gobierno democrático responsable, derechos y libertades civiles, en orden de poder encontrar ellos mismos su lugar útil como funcionarios y políticos en un estado moderno.

Este desarrollo en el mundo capitalista tuvo lugar simultánea y apropiadamente con el desarrollo del movimiento obrero dentro de los países centrales de capitalismo avanzado. Había entonces dos movimientos revolucionarios, no sólo paralelos y simultáneos, sino también con muchos puntos de contacto. Tenían un enemigo común, el capitalismo, que en la forma de capitalismo industrial explotaba a los obreros, y en la forma de capitalismo colonial y financiero explotaba al campesinado en los países orientales y coloniales y sostenía a estos gobernantes despóticos. Los grupos revolucionarios de estos países sólo encontraron comprensión y ayuda por parte de los obreros socialistas de Europa occidental. Por eso se llamaron

socialistas también. Las viejas ilusiones de que las revoluciones de la clase media traerían libertad e igualdad a la población entera estaban renaciendo.

En realidad, había una diferencia profunda y fundamental entre estos dos tipos de objetivos revolucionarios, denominados como occidental y oriental. La revolución proletaria sólo puede ser el resultado del desarrollo más elevado del capitalismo. Pone fin al capitalismo. Las revoluciones en los países orientales eran las consecuencias del principio del capitalismo en estos países. Visto así, se asemejan a las revoluciones de la clase media en los países occidentales y -con la debida consideración para el hecho de que su carácter especial debe ser diferenciado en los distintos países- deben considerarse como revoluciones de la clase media. Aunque no había una numerosa clase media de artesanos, pequeñoburgueses y campesinos ricos tal como había sido en las revoluciones francesa e inglesa (porque en el Este, el capitalismo vino repentinamente, con un número menor de grandes fábricas) todavía su carácter general es análogo. También aquí tenemos el despertar afuera de la visión provinciana de una villa agraria hacia la conciencia de una gran comunidad nacional y hacia el interés por el mundo entero; el ascenso del individualismo que se libera de las ataduras de los viejos estratos; el crecimiento de la energía orientada a ganar poder y riqueza personales; la liberación del pensamiento de las viejas supersticiones, y el deseo del conocimiento como un medio de progreso. Todo esto es el armamento mental necesario para llevar a la humanidad desde la vida lenta de las condiciones precapitalistas hasta el rápido progreso industrial y económico que más tarde abrirá el camino para el comunismo.

El carácter general de una revolución proletaria debe ser totalmente diferente. En lugar de una pugna temeraria por los intereses personales debe haber una acción común por los intereses de la comunidad de la clase. Un obrero, una sola

persona, es impotente; sólo como parte de su clase, como miembro de un grupo económico fuertemente conectado puede conseguir poder. Las individualidades de los obreros son disciplinadas ordenadamente por su hábito de trabajar y luchar juntos. Sus mentes deben liberarse de las supersticiones sociales y ver como una verdad común el que, una vez están fuertemente unidos, entonces pueden producir la abundancia y liberar a la sociedad de la miseria y la necesidad. Esto es parte del armamento mental necesario para llevar a la humanidad desde la explotación de clase, la miseria, la destrucción mutua del capitalismo, hasta el mismo comunismo.

Por consiguiente, las dos clases de revolución son tan ampliamente diferentes como que son el principio y el fin del capitalismo. Ahora podemos ver esto claramente, treinta años después. Podemos también entender cómo hasta el momento pudieron no sólo ser considerados como aliados, sino lanzados juntos como las dos caras de la misma gran revolución mundial. Se suponía que el gran día estaba cercano; la clase obrera, con sus grandes partidos socialistas y todavía más grandes sindicatos, conquistaría pronto el poder. Y entonces, al mismo tiempo, con el poder del capitalismo occidental abatido, todas las colonias y los países orientales serían liberados de la dominación occidental y se dedicarían a su propia vida nacional.

Otra razón de la confusión de estos diferentes objetivos sociales estaba en que, en ese período, los pensamientos de los obreros occidentales estaban completamente ocupados por las ideas reformistas acerca de reformar el capitalismo hacia las formas democráticas de sus comienzos y sólo unos pocos entre ellos comprendieron el significado de una revolución proletaria.

3. La lucha revolucionaria en los países orientales y los países occidentales

La guerra mundial de 1914-18, con su destrucción absoluta de fuerzas productivas, incidió profundos surcos por entre la estructura social, sobre todo de Europa central y oriental. Los emperadores desaparecieron, los viejos gobiernos anticuados fueron derrocados, las fuerzas sociales de debajo se desataron, las diferentes clases de pueblos diferentes, en una serie de movimientos revolucionarios, intentaron ganar el poder y realizar sus aspiraciones de clase.

En los países altamente industrializados la lucha de clase de los obreros era ya el factor dominante de la historia. Ahora estos obreros habían pasado por una guerra mundial. Aprendieron que el capitalismo no sólo se instala en el derecho sobre su fuerza de trabajo, sino también en sus vidas; completamente, en cuerpo y alma, son poseídos por el capital. La destrucción y pauperización del aparato productivo, la miseria y la privación sufridas durante la guerra, la desilusión y el dolor después de que la paz trajese oleadas de inquietud y insubordinación sobre todos los países participantes. Porque Alemania había perdido, allí la rebelión de los obreros era mayor. En lugar del conservadurismo de preguerra, se levantó un nuevo espíritu en los obreros alemanes, compuesto de valor, energía, anhelos de libertad y de lucha revolucionaria contra el capitalismo. Era sólo un comienzo, pero fue el primer comienzo de una revolución proletaria.

En los países orientales de Europa la lucha de clases tenía una composición diferente. La nobleza propietaria de la tierra fue desposeída; los campesinos se apropiaron de la tierra; surgió una pequeña clase de pequeños o medianos propietarios de

tierras. Los conspiradores revolucionarios anteriores se convirtieron en los jefes, ministros y generales en los nuevos Estados nacionales. Estas revoluciones eran las revoluciones de la clase media y como tales indicaron el principio de un desarrollo ilimitado del capitalismo y la industria.

En Rusia esta revolución fue más profunda que en cualquier otra parte. Porque destruyó el poder del mundo zarista que durante un siglo había sido un poder dominante en Europa y el más odiado enemigo de toda democracia y socialismo, la revolución rusa lideró a todos los movimientos revolucionarios en Europa. Esta hegemonía había sido asociada durante muchos años con los jefes socialistas de Europa occidental, del mismo modo que el Zar había sido el aliado de los gobiernos ingleses y franceses. Es cierto que los principales contenidos sociales de la Revolución rusa -las apropiaciones de la tierra por los campesinos y el aplastamiento de la autocracia y la nobleza- la muestran como si fuese una revolución de clase media, y los bolcheviques mismos acentuaron este carácter comparándose a menudo con los jacobinos de la Revolución francesa.

Pero los obreros en el oeste, llenos de tradiciones de libertad pequeñoburguesa, no consideraron esto extraño a ellos. Y la revolución rusa simplemente no hizo más que despertar su admiración; les enseñó un ejemplo en los métodos de acción. Su poder en los momentos decisivos era el poder de las acciones de masas espontáneas de los obreros industriales en las grandes ciudades. Además de esas acciones, los obreros rusos construyeron esa forma de organización más apropiada para la acción independiente - los soviets o consejos. Así se hicieron los guías y maestros de los obreros en otros países.

Cuando un año después, en noviembre de 1918, el imperio alemán se derrumbó, la apelación a la revolución mundial emitida por los bolcheviques rusos fue aclamada y bienvenida por los principales grupos revolucionarios en Europa

occidental. Estos grupos, llamándose a sí mismos comunistas, estaban fuertemente impresionados por el carácter proletario de la lucha revolucionaria en Rusia que pasaron por alto el hecho que, económicamente, Rusia permanecía sólo en el umbral del capitalismo, y que los centros proletarios eran sólo pequeñas islas en el océano del campesinado primitivo. Mas aún, razonaron que cuando viniese una revolución mundial, Rusia sería sólo una provincia del mundo -el lugar dónde la lucha comenzó- mientras que los países más desarrollados en el capitalismo avanzado tomarían pronto el primer plano y determinarían el curso real del mundo.

Pero el primer movimiento rebelde entre los obreros alemanes fue derrotado. Era sólo una minoría avanzada la que tomó parte; la gran masa se mantuvo apartada, alimentándose de la ilusión de que la tranquilidad y la paz eran ahora posibles. Contra estos rebeldes se puso en pie una coalición del partido socialdemócrata, cuyos jefes ocuparon los asientos gubernamentales, y las viejas clases dominantes, burguesía y funcionarios del ejército. Mientras el anterior acunó a las masas en la inactividad, las bandas armadas organizadas de los últimos aplastaron el movimiento rebelde y asesinaron a los dirigentes revolucionarios, Liebknecht y Rosa Luxemburgo.

La revolución rusa, a través del miedo, había despertado en la burguesía una mayor energía que la que había despertado en el proletariado a través de la esperanza. Aunque, por el momento, la organización política de la burguesía se había derrumbado, su poder real material y espiritual era enorme. La dirección socialista no hizo nada para debilitar este poder; temieron la revolución proletaria no menos de lo que lo hizo la burguesía. Hicieron todo para restaurar el orden capitalista en que, por el momento, ellos eran ministros y presidentes.

Esto no significó que la revolución proletaria en Alemania fuese un fracaso total. Sólo el primer ataque, la primera rebelión

había fallado. El derrumbamiento militar no había llevado directamente a la dominación del proletariado. El poder real de la clase obrera -la conciencia clara por parte de las masas de su posición social y de la necesidad de luchar, la más ansiosa actividad en todos estos centenares de miles, el entusiasmo, la solidaridad y una fuerte unidad en la acción, el conocimiento del objetivo supremo: tomar los medios de producción en sus propias manos- tenía en cualquier caso que surgir y crecer progresivamente. Tanta miseria y crisis eran amenazantes en la sociedad de postguerra exhausta, destrozada y empobrecida, en la que estaban encerradas las nuevas luchas que habrían de venir.

En todos los países capitalistas, en Inglaterra, Francia, América, así como en Alemania, los grupos revolucionarios surgieron entre los obreros en 1919. Publicaron papeles y folletos, mostraron a sus compañeros obreros los nuevos hechos, nuevas condiciones y nuevos métodos de lucha, y encontraron buena audiencia entre las masas alertadas. Apuntaron a la revolución rusa como a su gran ejemplo, sus métodos de acción de masas y su forma de organización el soviét o consejo. Se organizaron en los partidos y grupos comunistas, asociándose con el Bolchevique, el partido comunista ruso. De este modo se lanzó la campaña por la revolución mundial.

4. De la crítica del bolchevismo a la autonomía obrera

Pronto, sin embargo, estos grupos se dieron cuenta con incrementada y dolorosa sorpresa que, bajo el nombre de comunismo, se estaban propagando desde Moscú otros principios e ideas distintos que los suyos propios. Apuntaron a

los soviets rusos como los nuevos órganos obreros para la autogestión de la producción. Pero gradualmente se supo que las fábricas rusas eran de nuevo gestionadas por directores fijados desde arriba, y que la posición política suprema había sido apropiada por el Partido Comunista. Estos grupos occidentales promulgaron la dictadura del proletariado, que en oposición a la democracia parlamentaria encarnó el principio de la autonomía de la clase obrera como la forma política de la revolución proletaria.

Los portavoces y dirigentes que Moscú envió a Alemania y Europa occidental proclamaron que la dictadura del proletariado estaba encarnada en la dictadura del Partido Comunista.

Los comunistas occidentales vieron como su tarea principal el esclarecimiento de los obreros acerca del papel del partido socialista y de los sindicatos. Señalaron que en estas organizaciones las acciones y decisiones de los dirigentes sustituían las acciones y decisiones de los obreros, y que los jefes nunca pudieron emprender una lucha revolucionaria porque una revolución consiste en esta misma autoactividad de los obreros; que las acciones del sindicato y la práctica parlamentaria son buenas en un mundo capitalista joven y acallado, pero es completamente incapaz durante los períodos revolucionarios, donde, desviando la atención de los obreros de los objetivos y metas importantes y dirigiéndolos a reformas irreales, actúan como fuerzas hostiles y reaccionarias; que todo el poder de estas organizaciones, en manos de dirigentes, es usado contra la revolución. Moscú, sin embargo, exigió que los partidos comunistas debían tomar parte en las elecciones parlamentarias así como en todo el trabajo de los sindicatos. Los comunistas occidentales predicaron la independencia, el desarrollo de la iniciativa, la confianza en sí mismos, el rechazo de la dependencia y la creencia en los jefes. Pero Moscú predicó, en términos cada

vez más fuertes, que la obediencia a los jefes era la virtud principal del verdadero comunista.

Los comunistas occidentales no comprendieron inmediatamente como de fundamental era la contradicción. Vieron que Rusia, atacada de todos lados por ejércitos contrarrevolucionarios, que estaban apoyados por los gobiernos inglés y francés, necesitaba la simpatía y ayuda de las clases obreras occidentales; no por parte de grupos pequeños que furiosamente atacaban a las viejas organizaciones, sino de las viejas organizaciones de masas mismas. Por eso intentaron convencer a Lenin y a los dirigentes rusos que estaban mal informados sobre las condiciones reales y el futuro del movimiento proletario en el Oeste. En vano, claro. No vieron, en su momento, que en realidad eso era el conflicto entre dos concepciones de la revolución, la revolución de la clase media y la revolución proletaria.

Era realmente natural que Lenin y sus camaradas fueran absolutamente incapaces ver que la revolución proletaria inminente del oeste era algo muy diferente de su revolución rusa. Lenin no conoció el capitalismo desde dentro, en su desarrollo más elevado, como un mundo de crecientes masas proletarias, movilizándose hasta el momento en que pudieran tomar el poder en sus manos en un aparato de producción potencialmente perfecto. Lenin conoció el capitalismo sólo desde fuera, como un extranjero, robando, devastando, usurero, como el capital financiero y colonial occidental debía haber aparecido ante él en Rusia y otros países asiáticos. Su idea era de que, para vencer, las masas occidentales tenían sólo que unirse al poder anticapitalista establecido en Rusia; no deberían intentar obstinadamente buscar otras formas, sino seguir el ejemplo ruso. Así, se necesitaron las tácticas flexibles en el oeste para ganar las grandes masas de miembros socialistas y sindicales lo más pronto posible, inducirlos a dejar sus propios partidos y dirigentes que se ligaron

a sus gobiernos nacionales, y a unirse a los partidos comunistas, sin necesidad de cambiar sus propias ideas y convicciones. Por eso las tácticas de Moscú se siguieron lógicamente de su equivocación básica.

Y lo que Moscú había propagado tenía por lejano lo de mayor peso. Tenía la autoridad de un victorioso contra una revolución (alemana) derrotada. ¿Usted será más sabio que sus maestros? La autoridad moral del comunismo ruso era tan indiscutible que incluso un año después la oposición alemana excluida pidió ser admitida como un 'simpatizante' adherente a la III Internacional. Pero junto a la autoridad moral, los rusos tenían la autoridad material del dinero detrás de ellos. Una cantidad enorme de literatura, fácilmente pagada a través de los subsidios de Moscú, inundó los países occidentales: los periódicos semanales, los folletos, las noticias excitantes sobre los éxitos en Rusia, los análisis científicos, todo explicando la visión de Moscú. Contra esta ofensiva arrolladora de propaganda espectacular, los pequeños grupos de comunistas occidentales, con su falta de recursos financieros, no tenían ninguna oportunidad. De ahí el nuevo y germinante reconocimiento de que las condiciones necesarias para la revolución estaban derrotadas y estranguladas por las poderosas armas de Moscú. Más aún, se usaron los subsidios rusos para sostener un número de secretarios asalariados del partido, quienes, bajo la amenaza de despedidos, naturalmente se convirtieron en defensores de las tácticas rusas.

Cuando se volvió visible que incluso todo esto no era suficiente, el mismo Lenin escribió su bien conocido folleto *"El comunismo de izquierdas, una enfermedad infantil"*. Aunque sus argumentos mostraron solamente su falta de entendimiento de las condiciones occidentales, el hecho que Lenin, con su autoridad imbatida, tomase partido tan abiertamente en las diferencias internas, tenía una gran influencia en muchos

comunistas occidentales. Y todavía, no obstante a todo esto, la mayoría del Partido Comunista Alemán se adhirió al conocimiento que habían ganado a través de su experiencia de luchas proletarias. Por eso en su próximo congreso en Heidelberg, Dr. Levi, mediante algunos trucos sucios, tenía primero que dividir a la mayoría -para excluir a una parte, y luego para acumular más votos que otros- con objeto de ganar una victoria formal y aparente para las tácticas de Moscú.

Los grupos excluidos siguieron durante algunos años diseminando sus ideas. Pero sus perspectivas fueron ahogadas por el bullicio enorme de la propaganda de Moscú, no tuvieron influencia apreciable en los eventos políticos de los años próximos. Sólo podían mantener y desarrollar, a través de las discusiones teóricas mutuas y de algunas publicaciones, su comprensión de las condiciones de la revolución proletaria, y mantenerse vivos durante los tiempos que estaban por venir.

Los comienzos de una revolución proletaria en el oeste habían sido asesinados por la poderosa revolución de clase media del este.

5. El verdadero carácter de la Revolución Rusa y el papel de la III Internacional

¿Es correcto llamar a esta revolución rusa, que destruyó la burguesía e introdujo el socialismo, una revolución de la clase media?

Algunos años después, en las grandes ciudades de la extremadamente pobre Rusia, aparecieron las tiendas especializadas, con los frentes de cristal de espejo y caras y

exquisitas delicadezas, especialmente para los ricos, y se abrieron lujosos clubes nocturnos, frecuentados por señores y señoras con vestido de tarde -jefes de departamentos, altos funcionarios, directores de fábricas y comités-. Estaban mirando fijamente, con asombro, los pobres en las calles, y los comunistas desilusionados dijeron: "*Allí va la nueva burguesía*". Estaban equivocados. No era una nueva burguesía; pero era una nueva clase dominante. Cuando una nueva clase dominante surge, los revolucionarios defraudados siempre la llaman por el nombre de la clase dominante anterior. En la revolución francesa, los capitalistas ascendentes fueron llamados "*la nueva aristocracia*". Aquí en Rusia, la nueva clase firmemente acomodada en la silla como los amos del aparato de producción era la burocracia. Tenía que desempeñar en Rusia el mismo papel que en el oeste la clase media, la burguesía, había desempeñado: desarrollar el país por medio de la industrialización, desde las condiciones primitivas hasta la alta productividad.

Así como en Europa occidental la burguesía había surgido del pueblo vulgar de artesanos y campesinos, incluyendo algunos aristócratas, a través de la habilidad, la suerte y la astucia, del mismo modo la burocracia dominante rusa había surgido de la clase obrera y los campesinos (incluyendo a los funcionarios anteriores) por la habilidad, la suerte y la astucia. La diferencia es que en la URSS ellos no se apropiaron individualmente de los medios de producción, sino colectivamente; su competición entre sí, también, debía suceder bajo otras formas. Esto significa una diferencia fundamental en el sistema económico; producción colectiva planificada y explotación en lugar de producción individual al azar y explotación; capitalismo de estado en lugar de capitalismo privado. Para las masas obreras, sin embargo, la diferencia es despreciable, no fundamental; una vez más son explotados por una clase media. Pero ahora esta explotación está intensificada por la forma dictatorial de

gobierno, por la falta total de todas esas libertades que en el oeste hacen posible la lucha actual contra la burguesía.

Este carácter de la Rusia moderna determinó el carácter de la lucha de la Tercera Internacional. Alternando los discursos calientes al rojo con el oportunismo parlamentario más llano, o combinando ambos, la III Internacional intentó ganar la adhesión de las masas obreras del oeste. Explotó el antagonismo de clase de los obreros contra el capitalismo para ganar poder para el Partido. Recogió todo el entusiasmo revolucionario de la juventud y todos los impulsos rebeldes de las masas, les impidió desarrollarse hacia un poder proletario creciente, y los consumió en aventuras políticas inútiles. Esperó así conseguir el poder sobre la burguesía occidental; pero tampoco fue capaz de hacerlo, porque la comprensión del carácter íntimo del capitalismo avanzado estaba totalmente ausente en ella. Este capitalismo no puede ser conquistado por una fuerza externa; sólo puede ser destruido desde dentro, por la revolución proletaria. La dominación de clase sólo puede ser destruida por la iniciativa y el discernimiento de una clase proletaria con confianza en sí misma: la disciplina de partido y la obediencia de las masas a sus jefes sólo pueden conducir a una nueva dominación de clase. De hecho, en Italia y en Alemania esta actividad del Partido Comunista preparó el camino para el fascismo.

Los Partidos Comunistas que pertenecen a la III Internacional son completamente -materialmente y intelectualmente- dependientes de Rusia, son los sirvientes obedientes de los gobernantes de Rusia. Por lo tanto, cuando Rusia, después de 1933, sintió que debía alinearse con Francia contra Alemania, toda la intransigencia anterior fue olvidada. El Comintern se volvió el campeón de la "democracia" y se unió no sólo con los socialistas sino incluso con algunos partidos capitalistas en el llamado Frente Popular. Gradualmente su

poder de atracción, por medio de la pretensión de representar las viejas tradiciones revolucionarias, empezó a desaparecer; sus seguidores en el proletariado disminuyeron.

Pero al mismo tiempo, su influencia en las clases medias intelectuales en Europa y América empezó a crecer. Un amplio número de libros y análisis en todos los campos del pensamiento social fue difundido por casas editoriales del P.C. más o menos camufladas, en Inglaterra, Francia y América. Algunos de ellos eran valiosos estudios históricos o recopilaciones populares; pero mayormente eran exposiciones sin valor del llamado Leninismo. Toda esta literatura era evidentemente no destinada a los obreros, sino a los intelectuales, con objeto de ganarlos para el comunismo ruso.

La nueva aproximación encontró algún éxito. El ex-diplomático soviético Alejandro Barmine dice en sus memorias cómo percibió con sorpresa en Europa occidental que sólo cuando él y otros Bolcheviques empezaron a tener sus dudas acerca del resultado de la revolución rusa, los intelectuales de la clase media occidental, engañados por las alabanzas mentirosas de los éxitos del Quinto Plan Anual, empezaron a sentir un interés simpatizante en el Comunismo. La razón está clara: ahora esa Rusia no era obviamente uno más de los Estados obreros; sintieron que esta dominación del capitalismo de estado de una burocracia se volvió más cercana a sus propios ideales de gobierno por la intelectualidad de lo que lo hizo el gobierno europeo y americano de las grandes finanzas. Ahora que una nueva minoría dominante desde fuera y por encima de las masas se estableció en Rusia, el Partido comunista, su sirviente externo, tenía que volverse a esas clases de las que, cuando el capitalismo privado colapsase, surgirían los nuevos gobernantes para explotar a las masas.

Claro, para triunfar de esta manera, necesitaban una revolución obrera para derrotar el poder capitalista. Luego,

debían intentar desviarla de sus propias aspiraciones y convertirla en un instrumento para el gobierno de su partido. Vemos así qué tipo de dificultades tendrá que afrontar la revolución futura de la clase obrera. *Tendrá que luchar no sólo contra la burguesía sino también contra los enemigos de la burguesía.* No sólo tiene que despojarse del yugo de sus presentes amos; también debe guardarse de aquellos que intentarían ser sus amos futuros.

6. Ante el comienzo de la nueva guerra hay que liberarse del bolchevismo

El mundo ha entrado ahora en su nueva gran guerra imperialista. Cautos, aunque los gobiernos belicosos pueden estar manipulando las fuerzas económicas y sociales e intentando impedir el infierno de dejarlas completamente sueltas, no serán capaces de detener la catástrofe social. Con el agotamiento general y el empobrecimiento, los más severos en la Europa continental, con el espíritu de feroz agresividad todavía potente, las luchas violentas de clases acompañarán los inevitables nuevos ajustes del sistema de producción. Entonces, con el capitalismo privado desmoronado, las cuestiones serán en un lado la economía planificada, el capitalismo de estado, la explotación obrera; en el otro la libertad de los obreros y el dominio sobre la producción.

La clase obrera está yendo a esta guerra gravada por la tradición capitalista de mando del Partido y la tradición quimérica de una revolución del tipo ruso. La tremenda presión de esta guerra conducirá a los obreros a la resistencia espontánea contra sus gobiernos y hacia los inicios de nuevas formas de lucha real. Una vez que Rusia entre en el campo contrario a los

poderes occidentales, volverá a reabrir esa vieja caja de eslóganes y apelará a los obreros en favor de la "revolución mundial contra el capitalismo" en un esfuerzo por poner a los obreros de mente rebelde de su lado. Así, el Bolchevismo tendrá su oportunidad una vez más. Pero esto no sería ninguna solución para los problemas de los obreros. Cuando la miseria general aumenta y los conflictos entre las clases se hacen más feroces, *la clase obrera debe, por su propia necesidad, apropiarse de los medios de producción y encontrar los caminos para liberarse de la influencia del Bolchevismo.*

Materialismo y materialismo histórico (1942)

La evolución del marxismo hasta nuestros días sólo puede ser entendida en conexión con los acontecimientos políticos y sociales del periodo en el cual surgió. Con la venida del capitalismo en Alemania se desarrolló simultáneamente una oposición creciente al existente absolutismo aristocrático. La clase burguesa en ascenso necesitaba libertad de mercado y de comercio, una legislación favorable, un gobierno que simpatizara con sus intereses, libertad de prensa y de reunión para luchar sin ataduras por sus necesidades y deseos. Pero en vez de eso la burguesía se encontró confrontada con un régimen hostil, una policía omnipotente, y una censura de prensa que suprimía toda crítica hacia el gobierno reaccionario. La lucha entre estas fuerzas, que llevó a la revolución de 1848, fue primeramente conducida a nivel teórico, como una lucha de ideas y una crítica de la ideología prevaleciente. La crítica de la joven intelligentsia burguesa fue dirigida principalmente contra la religión y la filosofía hegeliana.

La filosofía hegeliana en la cual el autodesarrollo de la *Idea Absoluta* crea al mundo y entonces, a medida que el mundo se desarrolla, entra en la conciencia de los hombres, era el disfraz filosófico apropiado para la cristiandad de la Restauración de 1815. La religión, pasada a través de las generaciones, servía – como siempre – como base teórica y justificación para la perpetuación de las viejas relaciones de clase. Como todavía era imposible una lucha política abierta, el combate contra la oligarquía feudal tenía que ser conducido en una forma velada, como un ataque a la religión. Esta fue la tarea de un grupo de jóvenes intelectuales de 1840 entre los que Marx creció y alcanzó una posición de liderazgo.

Mientras aún era un estudiante Marx se sometió, aunque de mala gana, a la fuerza del método hegeliano de pensamiento y lo hizo suyo. El que haya elegido para su disertación doctoral la comparación de dos grandes filósofos materialistas de la antigua Grecia, Demócrito y Epicuro, parece indicar, sin embargo, que en las profundidades de su conciencia Marx se inclinaba al materialismo. Poco después fue llamado a asumir la dirección de un nuevo periódico fundado por la burguesía renana opositora en Cologne. Aquí se vio inmerso en los problemas prácticos de las luchas políticas y sociales. Tan bien condujo la pelea que luego de un año de publicación el periódico fue prohibido por el Estado. Fue durante este periodo que Feuerbach pasó finalmente al materialismo. Feuerbach dejó a un lado el sistema fantástico de Hegel, se volvió hacia las simples experiencias de la vida cotidiana, y llegó a la conclusión de que la religión era un producto hecho por el hombre. Cuarenta años después Engels todavía hablaba fervientemente del efecto liberador que tuvo la obra de Feuerbach en sus contemporáneos, y del entusiasmo con el que Marx abrazó las nuevas ideas a pesar de algunas reservas críticas. Para Marx esto significó un nuevo giro en la lucha social: del ataque a una imagen celestial al enfrentamiento abierto con las realidades terrenales. En su ensayo *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel* escribió:

“Tanto como a Alemania le concierne, la crítica a la religión está prácticamente completada, y la crítica a la religión es la base de toda crítica... La lucha contra la religión es la lucha contra el mundo cuyo aroma espiritual es la religión... La religión es el gemido de la criatura oprimida, el sentimiento de un mundo sin corazón, el espíritu de condiciones desespiritualizadas. La abolición de la religión como la felicidad ilusoria del pueblo, es la demanda por su felicidad verdadera. La demanda de abandonar las ilusiones sobre sus condiciones es la demanda de abandonar una condición que requiere ilusiones. La crítica a la religión, por lo tanto, contiene potencialmente la

crítica del Valle de las Lágrimas cuya aureola es la religión. La crítica ha arrancado las flores imaginarias que adornaban la cadena, no para que el hombre lleve sus grilletas desprovistos de embellecimientos, sino para que abandone la cadena, y corte la flor viviente... De esta manera la crítica del cielo se transforma a sí misma en la crítica de la tierra, la crítica de la religión en la crítica del derecho, y la crítica de la teología en la crítica de la política.”

La tarea que enfrentaba a Marx era investigar las realidades de la vida social. Sus estudios acerca de la revolución francesa y del socialismo francés tanto como de la economía inglesa y el movimiento obrero inglés, en colaboración con Engels durante su estadía en París y Bruselas, llevaron a la elaboración de la doctrina conocida como *Materialismo Histórico*. Encontramos a esta teoría expuesta como doctrina del desarrollo social mediante la lucha de clases en “*Miseria de la filosofía*” (en francés, 1846), el “*Manifiesto Comunista*” (1847), y en el prefacio de la “*Contribución a la Crítica de la Economía Política*” (1859).

Los mismos Marx y Engels se referían a este sistema de pensamiento como materialismo en oposición al idealismo de Hegel y los neo-hegelianos. ¿Qué entienden ellos por materialismo? Engels, discutiendo los problemas teóricos fundamentales del materialismo histórico en su *Anti-Dubring* y en su obra sobre Feuerbach, afirma en la última:

“La gran cuestión básica de toda la filosofía, especialmente de la filosofía moderna, es aquel que concierne a la relación entre pensamiento y ser... Aquellos que afirman la primacía del espíritu sobre la naturaleza y por lo tanto que éste, en última instancia, asumió la creación del mundo de una forma o de otra – conforman el campo del idealismo. Los otros, que veían lo primario en la naturaleza, pertenecen a las varias escuelas del materialismo.”

Para Marx y Engels no sólo era una verdad evidente que la mente humana está vinculada al cerebro, sino que además el hombre con su cerebro y su mente es una parte y una parcela del resto del reino animal y el mundo inorgánico. Esta concepción es común a todas las “escuelas del materialismo”. Lo que distingue al materialismo marxista de otras escuelas debe ser aprendido de sus diversos trabajos polémicos que tratan sobre cuestiones prácticas de política y sociedad. Para Marx el pensamiento materialista era un método de trabajo. En sus escritos él no se ocupa de la filosofía ni formula al materialismo como un sistema filosófico; él lo utiliza como un método para el estudio del mundo y de esta manera demuestra su validez. En el ensayo citado arriba, por ejemplo, Marx no demuele la filosofía hegeliana del derecho mediante disputas filosóficas, sino a través de una crítica aniquiladora de las condiciones reales existentes en Alemania.

El método materialista reemplaza a la sofistería y la disputa filosófica alrededor de conceptos abstractos con el estudio del mundo material real. Feuerbach precedió a Marx en este punto ya que fue el primero en decir que las ideas y conceptos religiosos se derivan de condiciones materiales. Tomemos algunos ejemplos para aclarar este punto. La afirmación “El hombre propone, y Dios dispone” es interpretada por el teólogo desde el punto de vista de la omnipotencia de Dios. El materialista, por otro lado, busca la causa de la discrepancia entre expectativas y resultados y la encuentra en los efectos sociales del intercambio y la competencia mercantil. El político debate la deseabilidad del socialismo y la libertad; el materialista pregunta: ¿de qué individuos o clases brotan estas demandas, cuál es su contenido específico, y a qué necesidad social corresponden? El filósofo, en especulaciones abstractas sobre la esencia del tiempo, busca establecer si el tiempo absoluto existe o no. El materialista compara los relojes para ver si puede ser establecido sin reservas

que dos fenómenos ocurran simultáneamente, o si se siguen el uno al otro.

Feuerbach también utilizó el método materialista. Él vio en el hombre viviente la fuente de todas las ideas y conceptos religiosos. La validez de su materialismo, sin embargo, dependía de su éxito en presentar una clara y comprensiva interpretación de la religión. Un materialismo que no esclarece el problema es insuficiente y llevará de vuelta al idealismo. Marx afirmó que el mero principio de tomar al hombre viviente como punto de partida para la investigación no es suficiente para llevarla a la claridad. En sus tesis sobre Feuerbach en 1845 él formuló la diferencia esencial entre su método materialista y el de Feuerbach. Citamos:

“Feuerbach diluye la esencia religiosa en la esencia humana. Pero la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales.” (Tesis 6). “Su cometido consiste en disolver el mundo religioso, reduciéndolo a su base terrenal. No advierte que, después de realizada esta labor, queda por hacer lo principal. En efecto, el que la base terrenal se separe de sí misma y se plasme en las nubes como reino independiente, sólo puede explicarse por el propio desgarramiento y la contradicción de esta base terrenal consigo misma. Por tanto, lo primero que hay que hacer es comprender ésta en su contradicción y luego revolucionarla prácticamente eliminando la contradicción.” (Tesis 4)

En breve, el hombre sólo puede ser entendido como ser social. Del individuo uno debe proceder a la sociedad y disolver las contradicciones sociales de las cuales surgió la religión. El mundo real, esto es, el mundo material y sensorial, donde tienen origen toda ideología y conciencia, es la sociedad humana – con la naturaleza como trasfondo, por supuesto, como la base en la cual descansa la sociedad y de la cual es una parte alterada por el hombre.

Una presentación de estas ideas puede encontrarse en el libro “*La Ideología alemana*”, escrito en 1845-46. La parte que trata sobre Feuerbach, sin embargo, fue publicada por primera vez en 1925 por Rjazanoff, por entonces director del Instituto Marx-Engels en Moscú. La obra completa no fue publicada hasta 1932. Aquí las tesis sobre Feuerbach son expuestas en mayor longitud. Aunque es aparente que Marx escribió con bastante apuro, sin embargo dio una brillante presentación de todas las ideas esenciales concernientes a la evolución de la sociedad las cuales, después, serían clarificadas en el panfleto de propaganda “*El Manifiesto Comunista*” y en el prefacio a la “*Crítica a la Economía Política*”.

La Ideología alemana es dirigida primero contra todas las visiones teóricas que veían en la conciencia creativa y en las ideas desarrolladas a partir de ideas a los únicos factores que determinaban la historia humana. Marx rechaza este punto de vista, “Los fantasmas formados en el cerebro humano,” dice en la página 14, “se encuentran necesariamente sublimados a su proceso vital material y verificable empíricamente vinculado a premisas materiales.” Era esencial hacer énfasis en el mundo real, el mundo material y dado por la experiencia como la fuente de toda ideología. Pero también era necesario criticar las teorías materialistas que culminaban en Feuerbach. Como protesta contra la ideología la vuelta al hombre biológico y a sus necesidades físicas es correcta, pero tomar al individuo como un ser abstracto no ofrece una solución a la cuestión del origen de las ideas religiosas. Feuerbach, en su intento por encontrar una explicación de la religión mediante un regreso al hombre “real” no encontró al hombre real, porque lo buscó en el individuo [abstracto]²², en el ser humano general. Pero desde este enfoque no puede explicarse el mundo de las ideas. Por esto Feuerbach se vio forzado a apoyarse en la ideología del amor humano

²² Agregado por el traductor al español.

universal. “En la medida en que Feuerbach es materialista,” dice Marx, “se mantiene al margen de la historia, y en la medida en que toma la historia en consideración, no es materialista.” (*La Ideología alemana*, páginas 37-38).

Lo que Feuerbach no logró fue conseguido por el materialismo histórico de Marx: una explicación del desarrollo de las ideas del hombre a partir del mundo material. El desarrollo histórico de la sociedad es resumido brillantemente en la frase siguiente: “... Los hombres, que desarrollan su producción material y su trato material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento.” (*La Ideología alemana*, página 14). Conocemos a la realidad sólo a través de la experiencia la cual, como el mundo externo, nos llega a través de nuestros sentidos. Una teoría filosófica del conocimiento será basada entonces en este principio: el mundo material, dado empíricamente, es la realidad que determina el pensamiento.

El problema epistemológico básico siempre fue qué verdad puede ser atribuida al pensamiento. El término “crítica del conocimiento”, usado por filósofos profesionales de la “teoría del conocimiento”, implica desde ya un punto de partida de duda. En su segunda y quinta tesis sobre Feuerbach Marx se refiere a este problema y señala nuevamente que la actividad práctica del hombre es el contenido esencial de su vida.

“El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema práctico. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento.” (Tesis 2) ... “Feuerbach, no contento con el pensamiento abstracto, apela a la contemplación sensorial; pero no concibe la sensoriedad como una actividad sensorial humana práctica.” (Tesis 5)

¿Por qué práctica? Porque el hombre en primer lugar debe vivir. Su organismo biológico, sus facultades y sus habilidades y toda su actividad están adaptadas a este fin. Con éstas debe adaptarse a sí mismo y afirmarse a sí mismo en el mundo real, por ejemplo la naturaleza, y como un individuo en sociedad, tanto como su facultad de pensar, la actividad del órgano del pensamiento, el cerebro, y con el pensamiento mismo. El pensar es una característica corporal. En toda fase de la vida el hombre usa su poder de pensamiento para extraer conclusiones de su experiencia en la cual construye sus expectativas y esperanzas y la cual regula su modo de vida y sus acciones. La correctitud de sus conclusiones, una condición para su supervivencia, es determinada por el mismo hecho de su existencia. El pensar es una adaptación a la vida con un propósito, y por lo tanto la verdad puede serle atribuida aunque no la verdad en un sentido absoluto. Sobre la base de sus experiencias, el hombre deriva generalizaciones y leyes en las cuales se basan las expectativas. Esas generalizaciones y leyes son generalmente correctas, como es atestiguado por la supervivencia del hombre. En instancias particulares, sin embargo, pueden derivarse falsas conclusiones que llevan al fracaso y a la destrucción. La vida es un continuo proceso de aprendizaje, adaptación, desarrollo. La sola práctica es la prueba implacable de la correctitud del pensar.

Consideremos esto primeramente en relación con la ciencia natural. Aquí el pensamiento alcanza en la práctica su forma más pura y abstracta. Este es el motivo por el cual los filósofos de la naturaleza aceptan esta forma como el sujeto de sus observaciones y no prestan atención a su similaridad en el pensamiento de cada individuo en su vida cotidiana. Aun así el pensamiento sobre el estudio de la naturaleza es solamente un campo altamente especializado de todo el proceso de trabajo social. Este proceso de trabajo demanda un conocimiento certero de los fenómenos naturales y su integración en leyes, para ser utilizadas con éxito en el campo de la técnica. La

determinación de estas leyes a través de la observación de fenómenos especiales es la tarea de especialistas. En el estudio de la naturaleza es generalmente aceptado que la práctica, en esta instancia experimento, es la prueba de la verdad. Aquí, también, es aceptado que las regularidades observadas, conocidas como “leyes naturales”, son generalmente guías bastante confiables para la práctica humana, y aunque frecuentemente no son del todo correctas y aun decepcionantes, son mejoradas constantemente y reelaboradas a través del progreso de la ciencia. Si a veces el hombre es referido como “el legislador de la naturaleza”, debe agregarse que a menudo la naturaleza no tiene estas leyes en cuenta y convoca al hombre a que haga unas mejores.

La práctica de la vida, sin embargo, comprende mucho más que el estudio científico de la naturaleza. La relación del científico natural con el mundo, a pesar de su experimentación, permanece sensoria-observacional. Para él el mundo es una cosa externa. Pero en la realidad la gente trata con la naturaleza en sus actividades prácticas actuando sobre ella y haciéndola parte de su existencia. A través de su trabajo el hombre no se opone a la naturaleza como un mundo externo o ajeno. Al contrario, mediante la obra laboriosa de sus manos transforma el mundo exterior de tal manera que la sustancia original de la naturaleza ya no es discernible, y mientras este proceso continúa, el hombre también cambia. De esta manera, el hombre crea su propio mundo: la sociedad humana en la naturaleza cambiada por él. ¿Qué significado tiene, entonces, la pregunta de si su pensamiento lleva a la verdad? El objeto de este pensamiento es el que él mismo produce mediante su actividad física y mental y el cual él controla a través del cerebro. Esta no es una cuestión de verdades parciales tales como, por ejemplo, aquellas de las cuales Engels escribió en su libro sobre Feuerbach que la producción artificial de la tintura natural *alizarina* probaría la

validez de la fórmula química empleada²³. Esta no es, repito, una cuestión de verdades parciales en el campo específico del conocimiento, donde la consecuencia práctica las afirma o las refuta. Más bien el punto en cuestión aquí es filosófico, o sea, si el pensamiento humano es capaz de abarcar la verdad más profunda y real del mundo. Se entiende fácilmente que el filósofo, en su estudio recluso, que concierne únicamente a conceptos filosóficos abstractos, que son derivados a su vez de conceptos científicos abstractos también formulados afuera de las experiencias de la vida práctica, debería tener sus dudas en las neblinas de este mundo de sombras. Pero para los seres humanos que viven y actúan en el mundo cotidiano real la pregunta no tiene significado. La verdad del pensamiento, dice Marx, no es otra cosa que poder y dominio sobre el mundo real.

Por supuesto que esta afirmación contiene una contradicción: No puede decirse que el pensamiento sea verdadero donde la mente humana no domine al mundo. Siempre y cuando – como Marx afirma en *El Capital* – los productos de las manos del hombre crezcan más allá de su poder intelectual, el cual él ya no controla y lo confrontan en la forma de producción mercantil y capital como una entidad social independiente, dominando al hombre e incluso amenazando con destruirlo, su actividad mental se someterá al misticismo de un ser sobrenatural y empezará a dudar de su habilidad para distinguir lo verdadero de lo falso. De esta manera, en el curso de muchos siglos el mito de una deidad sobrenatural encubrió las experiencias materialistas cotidianas del hombre. No será hasta que la sociedad haya evolucionado a un punto donde el hombre podrá comprender todas las fuerzas sociales y habrá

²³ Esta fórmula no probó – como creyó Engels - la validez del materialismo contra la “cosa en sí” de Kant. La “cosa en sí” resulta de la incapacidad de la filosofía burguesa para explicar el origen terrenal de la ley moral. La “cosa en sí” por lo tanto no ha sido contradicha y probada falsa por la industria química sino por el materialismo histórico. Fue el último el que permitió a Engels ver la falacia de la “cosa en sí”, aunque ofreciera otros argumentos.

aprendido a dominar su medio ambiente – la sociedad comunista, en resumen – que sus ideas estarán en completa armonía con las realidades del mundo. Sólo después de que se haya vuelto clara para el hombre la naturaleza de la producción social como base fundamental de toda la vida y por lo tanto del desarrollo futuro, sólo cuando la mente – aunque sea solamente en forma teórica al principio – realmente domine el mundo, sólo entonces nuestro pensamiento será del todo correcto. Y sólo entonces el materialismo, la ciencia de la sociedad como fue formulada por Marx, ganará un dominio permanente y se convertirá en la única filosofía aplicable. La teoría marxista de la sociedad en principio significa el renovamiento de la filosofía.

Lo que le importaba a Marx, sin embargo, no era la filosofía pura. “Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modo el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo,” dice en las Tesis sobre Feuerbach. La situación mundial pujaba por acción práctica. Al principio inspirados por la oposición burguesa al absolutismo feudal, más tarde fortalecidos por las nuevas fuerzas que emanaban de la lucha de los proletariados francés e inglés contra la burguesía, Marx y Engels, gracias a su cuidadoso estudio de las realidades sociales, llegaron a la conclusión que la revolución proletaria que le pisaba los talones a la revolución burguesa traería la verdadera liberación de la humanidad. Su actividad fue dedicada a esta revolución, y en el *Manifiesto Comunista* expusieron las primeras directivas para la lucha de clase obrera.

Desde entonces el marxismo ha estado inseparablemente conectado con la lucha de clase del proletariado. Si preguntamos qué es el marxismo, primero que nada debemos entender que no es todo lo que Marx pensó o escribió. Las visiones de sus primeros años, por ejemplo, son sólo representativas en parte; son fases de desarrollo hacia el marxismo. Mientras que el papel

de la lucha de clase proletaria y el objetivo del comunismo ya habían sido expuestos en el *Manifiesto Comunista*, la teoría de la plusvalía fue desarrollada mucho después. Todas las ideas en desarrollo de Marx son determinadas por la relación social, el carácter de la revolución, el papel del Estado. Y todas estas ideas tienen un contenido diferente en 1848 cuando el proletariado sólo había empezado a desarrollarse que el que tuvieron después o el que tienen hoy. Sin embargo, las contribuciones científicas originales de Marx son de vital importancia. Primero que nada está la teoría del materialismo histórico, que dice que el desarrollo de la sociedad es determinado por sus fuerzas productivas que constituyen un determinado modo de producción, especialmente a través de la fuerza productiva de la lucha de clases. Está la teoría de la determinación de todos los fenómenos políticos e ideológicos y de la vida intelectual en general por las fuerzas y relaciones productivas. Y está la presentación del capitalismo como un fenómeno histórico, el análisis de su estructura mediante la teoría del valor y de la plusvalía, y la explicación de las tendencias evolucionarias del capitalismo a través de la revolución proletaria rumbo al comunismo. Con estas teorías Marx enriqueció permanentemente el conocimiento de la humanidad. Constituyen el sólido fundamento del marxismo. De estas premisas pueden derivarse conclusiones bajo nuevas y modificadas circunstancias. Porque de esta base científica el marxismo es una nueva manera de mirar al pasado y al futuro, al significado de la vida, el mundo y el pensamiento; es una revolución espiritual, una nueva visión del mundo. Sin embargo, como visión de la vida, el marxismo sólo es real a través de la clase que adhiere a él. Los obreros que adoptan esta nueva visión toman conciencia de sí mismos como la clase del futuro, creciendo en número y fuerza y conciencia, luchando por tomar la producción en sus propias manos y volverse amos de su propio destino a través de la revolución. De esta manera el

marxismo como la teoría de la revolución proletaria es una realidad, y al mismo tiempo un poder viviente, sólo en la mente y en los corazones del proletariado revolucionario.

Aun así el marxismo no es una doctrina inflexible o un dogma estéril. La sociedad cambia, el proletariado crece, la ciencia se desarrolla. Nuevas formas y fenómenos surgen en el capitalismo, en la política, en la ciencia, que Marx y Engels no podrían haber previsto ni supuesto. Pero el método de investigación que formaron permanece hasta hoy como una excelente guía y herramienta para el entendimiento y la interpretación de nuevos eventos. El proletariado, incrementado enormemente bajo el capitalismo, se encuentra hoy en el umbral de su revolución y del desarrollo marxista, sólo ahora el marxismo empieza a jugar su rol como un poder viviente en el proletariado. De esta manera el mismo marxismo es una teoría viva que crece con el crecimiento del proletariado y con las tareas y objetivos de la lucha de clases.

El fracaso de la clase obrera (1946)

En los números anteriores de *Políticos* ha sido planteado el problema: ¿Por qué la clase obrera fracasó en su misión histórica? ¿Por qué no ofreció resistencia al nacionalsocialismo en Alemania? ¿Por qué no hay ningún trazo de un movimiento revolucionario entre los obreros americanos? ¿Qué ha sucedido con la vitalidad social de la clase obrera mundial? ¿Por qué las masas de todo el globo ya no parecen capaces de emprender algo nuevo orientado a su autoliberación? Algo de luz puede echarse sobre este problema a través de las siguientes consideraciones.

La lucha contra el fascismo requería de un objetivo positivo, no otro socialismo de estado

Es fácil preguntarse: ¿por qué los obreros no se alzaron contra el fascismo amenazante? Para combatirlo deben tener un objetivo positivo. Opuestas al fascismo había dos alternativas: mantener y retornar al viejo capitalismo con su desempleo, sus crisis, su corrupción, su miseria -mientras el nacionalsocialismo se presentaba como un movimiento anticapitalista que pretendía instaurar el reino del trabajo, acabar con el desempleo, un reino de la grandeza nacional y de comunidad política-- o bien orientarse a una revolución socialista. Así, de hecho, la pregunta más profunda es: ¿por qué los obreros alemanes no hicieron su revolución?

Pues bien, ellos habían experimentado una revolución: la de 1918. Pero les había enseñado la lección de que ni el Partido Socialdemócrata, ni los sindicatos, eran el instrumento de su

liberación; ambos resultaron ser los instrumentos de la restauración del capitalismo. ¿De manera que, qué estaban ellos en disposición de hacer? ¿Dirigirse al Partido Comunista? Este no proponía una verdadera salida y centraba su propaganda en el sistema ruso de capitalismo de estado, con su todavía mayor privación de libertad.

¿Había otra alternativa? El objetivo confesado del Partido Socialista en Alemania --y también en todos los países-- era el socialismo de Estado. De acuerdo con su programa, la clase obrera tenía que conquistar la dominación política, y entonces, por medio de su poder sobre el Estado, organizar la producción en un sistema económico planificado de dirección estatal. Su instrumento era el Partido Socialista, ya desarrollado como un gran cuerpo de 300.000 miembros, con un millón de miembros del sindicato y tres millones de votantes detrás de ellos, dirigido por un gran aparato de políticos, agitadores, periodistas, ansiosos por tomar el lugar de los anteriores gobernantes. Según su programa, la clase capitalista sería expropiada a través de medidas legales y organizarían la producción en un sistema planificado cuya gestión correría a cargo de los órganos centrales.

Es evidente que, en tal sistema, los obreros, aunque parezcan tener asegurado su pan diario, sólo pueden ser parcial, imperfectamente liberados. Se habrán cambiado los escalones superiores de la sociedad, pero los cimientos que sostienen al edificio entero continúan siendo los viejos: las fábricas con obreros asalariados al mando de directores y gerentes. Así lo encontramos descrito por el socialista inglés G.D.H. Cole, que después de la Iª Guerra Mundial influyó fuertemente en los sindicatos a través de sus estudios sobre el socialismo corporativo y otras reformas del sistema industrial. Él dice:

"El conjunto de la población sería tan incapaz como el cuerpo entero de accionistas en una gran empresa para manejar una industria... Sería necesario, bajo el socialismo tanto más que bajo

el capitalismo a larga escala, confiar la dirección real de las empresas industriales a expertos asalariados, escogidos por su conocimiento especializado y habilidad en las ramas particulares de trabajo... No hay ninguna razón para suponer que los métodos de elección de los gerentes actuales en las industrias socializadas diferirían ampliamente de aquéllos ya en vigor en la empresa capitalista de gran escala... No hay ninguna razón para suponer que la socialización de cualquier industria significaría un gran cambio en su personal directivo."

Así pues, los obreros tendrán nuevos amos en lugar de los viejos. Buenos patronos que desbordarán sentimientos humanitarios en lugar de los patronos horribles y rapaces de hoy. Amos designados por un gobierno socialista o bien escogidos por los obreros. Pero, una vez escogidos, ¡deberán obedecerles!. Los obreros no son los amos de las empresas, no son los amos de los medios de producción. Sobre ellos permanece el poder imponente de una burocracia estatal de jefes y gerentes que ejercerá el mando y llevará la gestión. Este tipo de proyectos puede atraer a los obreros en la medida en que se sientan impotentes contra el poder de los capitalistas: por eso esto fue colocado como la meta en su primer alzamiento durante el siglo XIX. No eran lo bastante fuertes para desalojar a los capitalistas fuera de sus puestos de mando en las instalaciones de producción; de este modo no veían salida más que en el socialismo de Estado, un gobierno de socialistas que expropiase a los capitalistas.

La puesta en marcha de nuevos métodos para luchar el comunismo libre

Actualmente los obreros empiezan a darse cuenta de que el socialismo de Estado no constituye más que una forma de servidumbre diferente. Entonces se encuentran ante la ardua tarea de descubrir y poner en marcha nuevos métodos. Esto no es posible sin una revolución profunda de ideas, acompañada por muchas disputas internas. No es de extrañarse que el vigor de la lucha los retarde, que vacilen, divididos e inseguros, y parezcan haber perdido su energía.

El capitalismo, de hecho, no puede ser aniquilado por un cambio en las autoridades al mando; sino sólo por la abolición del mando. La libertad real de los obreros consiste en su dominio directo sobre los medios de producción. La esencia de la comunidad mundial libre del futuro no es que las masas trabajadoras consigan suficiente comida, sino que dirijan su trabajo ellas mismas, colectivamente. Puesto que el contenido real de sus vidas es el trabajo productivo; el cambio fundamental no es un cambio en la pasiva esfera del consumo, sino en la activa esfera de la producción. Antes de eso, ahora, el problema surge de cómo unir libertad y organización; cómo combinar el dominio de los obreros sobre el trabajo con la ligación de todo ese trabajo dentro de una totalidad social bien planificada. Cómo organizar la producción, en cada empresa así como en la totalidad de la economía mundial, de tal manera que ellos mismos como partes de una comunidad cooperante regulen su trabajo. La dominación sobre la producción significa que el personal, los cuerpos de obreros, técnicos y expertos que por su esfuerzo colectivo ponen a andar la empresa y ponen en acción el aparato técnico son al mismo tiempo los gerentes de sí mismos. La organización en una entidad social se realiza entonces mediante delegados de las plantas separadas, a través de los denominados consejos obreros,

discutiendo y decidiendo sobre los asuntos comunes. El desarrollo de tal organización de consejos ofrecerá la solución del problema; pero este desarrollo es un proceso histórico, que toma su tiempo y demanda una profunda transformación de la concepción de la vida y del modo de ser.

Esta nueva visión de un *comunismo libre* sólo está empezando a tomar asiento en las mentes de los obreros. Y todavía ahora, nosotros empezamos a comprender por qué los movimientos obreros anteriores, tan llenos de promesas, sólo pudieron fracasar. Cuando los objetivos son demasiado estrechos no puede haber ninguna liberación real. La liberación real, concreta, exige mucho más que un objetivo limitado. Cuando este objetivo es una semi-liberación o una liberación ficticia, no basta para hacer surgir y mantener la energía necesaria, y las fuerzas internas despertadas son insuficientes para producir los resultados fundamentales. Por esta razón, el movimiento socialista alemán, incapaz de proporcionar a los obreros armas suficientemente poderosas para combatir con éxito contra el capitalismo monopolista, tenía que sucumbir. Era necesario que la clase obrera buscara nuevos caminos. Pero la dificultad para desenmarañar la red del adoctrinamiento socialista impuesto por los viejos partidos y las viejas consignas la hizo impotente contra el capitalismo agresivo, y provocó un periodo de declive continuo, denotando la necesidad de una nueva orientación.

Así que lo que es llamado el fracaso de la clase obrera es en realidad el fracaso de sus estrechos objetivos socialistas. La verdadera lucha por su liberación tiene todavía que comenzar; visto de este modo, lo que ha sido conocido como el movimiento obrero del siglo que queda atrás, fue sólo una sucesión de escaramuzas de avanzada. Los intelectuales, que están acostumbrados a reducir la lucha social a las fórmulas más abstractas y simples, se inclinan a subestimar el tremendo alcance

de la transformación social a realizar que está ante nosotros. Piensan cómo de fácil sería poner el nombre correcto dentro de una urna electoral. Se olvidan de qué profunda revolución interior debe tener lugar en las masas obreras; qué suma de lucidez, de solidaridad, de perseverancia y valor, de noble espíritu combativo, es necesaria para vencer el inmenso poder físico y espiritual del capitalismo.

El despertar de la resistencia a toda forma de explotación. El principio de la cooperación libre.

Hoy en día, los obreros del mundo tienen dos enemigos de una fuerza inusitada, dos poderes capitalistas hostiles y represivos sobre y contra ellos: el capitalismo monopolista de América y Europa, y el capitalismo de Estado ruso. El primero deriva en la dictadura social camuflada bajo apariencias democráticas; el último proclama abiertamente ser una dictadura, anteriormente con la adición "del proletariado", aunque ya nadie lo cree. Los dos intentan reducir a los obreros a un estado de seguidores obedientes y bien adoctrinados, sólo actuando a la orden de los jefes del partido; el primero recurriendo al programa socialista de los partidos del mismo nombre, el último a la fraseología y los artificios astutos del partido comunista. La tradición de lucha gloriosa del pasado ayuda a mantenerlos espiritualmente dependientes respecto a los ideales obsoletos. Dada la competición establecida entre ellos por la dominación mundial, cada uno intenta mantener a los obreros en su redil, despotricando contra el capitalismo unos, contra la dictadura otros.

Con el despertar de la resistencia a ambos, los obreros están empezando a darse cuenta de que sólo pueden luchar con éxito haciendo suyo y proclamando exactamente el principio opuesto --*el principio de la cooperación entusiasta entre personas libres e iguales*--. De ellos es la tarea de descubrir la manera en que este principio puede ser realizado en su acción práctica.

En el punto en que nos encontramos ahora, la pregunta capital es si hay indicaciones de la existencia o del despertar de un espíritu luchador en la clase obrera. Para responder a ello debemos dejar de lado el campo de las disputas entre partidos políticos, cuya intención es principalmente engañar las masas, y volver al campo de los intereses económicos, dónde los obreros desarrollan intuitivamente su amarga lucha por sus condiciones de vida. Aquí vemos que con el desarrollo de la pequeña a la gran empresa, los sindicatos cesaron de ser los instrumentos de la lucha obrera. En los tiempos modernos estas organizaciones se vuelven más que nunca los órganos por medio de los que el capital monopolista dicta sus condiciones a la clase obrera.

El desarrollo de formas de lucha autónomas

Cuando los obreros empiezan a comprender que los sindicatos no pueden dirigir su lucha contra el capital, enfrentan la tarea de encontrar y practicar nuevas formas de lucha.

Estas nuevas formas son las huelgas salvajes. En ellas se sacuden de la dirección de los viejos jefes y las viejas organizaciones; toman la iniciativa en sus propias manos; tienen que pensar sobre el momento y las maneras, tomar las decisiones, hacer todo el trabajo de propaganda, de extensión, dirigir sus acciones ellos mismos. Las huelgas salvajes son

explosiones espontáneas, la genuina expresión práctica de la lucha de clase contra el capitalismo, aunque sin objetivos más amplios todavía; pero ya encarnan un nueva conciencia en las masas rebeldes: la autonomía en lugar del mando por los dirigentes, la confianza en sí mismos en lugar de la obediencia, el espíritu de lucha en lugar de la aceptación de los dictados desde arriba, la solidaridad y la unidad inquebrantables con los camaradas en lugar del deber impuesto por la filiación política y sindical a los dirigentes. La unidad en la acción, en la huelga, se corresponde, por supuesto, con la unidad en el trabajo productivo diario, el personal del taller, la planta, los muelles; es el trabajo común, el interés común contra el amo capitalista común lo que los compele a actuar como uno. En estas discusiones y decisiones todas las capacidades individuales, todas las fuerzas del carácter y del pensamiento de todos los obreros, exaltadas y tensadas al máximo, están cooperando hacia la meta común.

En las huelgas salvajes podemos ver los comienzos de una nueva orientación práctica de la clase obrera, una nueva táctica: el método de la acción directa. Representan la única rebelión real del hombre contra el peso adormecedor y represor de la dominación mundial del capital. Seguramente, a pequeña escala tales luchas mayormente serán quebradas sin triunfar --sólo son señales de advertencia--. Su eficacia depende de su extensión sobre masas mayores; sólo el temor a tal extensión indefinida puede compeler al capital a hacer concesiones. Si la presión de la explotación capitalista se hace más pesada --y podemos estar seguros de que lo hará-- la resistencia despertará de nuevo en la vida e involucrará a cada vez mayores masas. Cuando las huelgas toman tales dimensiones como para perturbar seriamente el orden social, cuando asaltan el capitalismo en su esencia interna, el dominio de las empresas, los obreros tendrán que confrontar el poder estatal con todos sus recursos. Entonces sus huelgas deben asumir un carácter político; tienen que ampliar su

perspectiva social; sus comités de la huelga, encarnando su comunidad de clase, asumen funciones sociales más extensas, tomando el carácter de consejos obreros. Entonces la revolución social, el hundimiento del capitalismo, apuntará en el horizonte.

La decadencia del capitalismo impone la necesidad de la lucha revolucionaria

¿Hay alguna razón para esperar tal desarrollo revolucionario en los próximos tiempos, a través de condiciones que estaban faltando hasta ahora? Parece que podemos, con algunas probabilidades, indicar esas condiciones. En los escritos de Marx encontramos la frase siguiente: un modo de producción no desaparece antes de que todas sus posibilidades intrínsecas se hayan desarrollado. En la persistencia del capitalismo, empezamos ahora a descubrir una verdad más profunda en esta frase de la que se sospechaba antes. Mientras el sistema capitalista pueda mantener la vida de las masas, éstas no sienten la necesidad imperiosa de acabar con él. Y es capaz de hacerlo por tanto tiempo como pueda crecer y expandir su imperio sobre mayores partes del mundo. Por lo tanto, tanto tiempo como la mitad la población del mundo permanezca fuera del capitalismo, su tarea no está acabada. Todos esos centenares de millones de personas hacinadas en las fértiles llanuras de Asia oriental y del sur todavía están todavía viviendo en condiciones precapitalistas. Tanto tiempo como puedan ofrecer un mercado para ser provisto con los railes y las locomotoras, con los camiones, las máquinas y las fábricas, la empresa capitalista, especialmente en América, podrá prosperar y expandirse. Y es de aquí en adelante de la clase obrera de América de quien depende la revolución mundial.

Esto significa que la necesidad de la lucha revolucionaria se impondrá por sí misma una vez que el capitalismo hunda al grueso de la humanidad, una vez que una ulterior expansión significativa se vea trabada. En esta última fase del capitalismo, la amenaza de la destrucción masiva hace de la lucha una necesidad para todas las clases productivas de la sociedad, los campesinos e intelectuales tanto como los obreros. Lo que se condensa en estas frases cortas es un proceso histórico extremadamente complejo que ocupa todo un periodo de revolución, preparado y acompañado por luchas espirituales y cambios fundamentales en las ideas básicas. Estos desarrollos deben ser cuidadosamente estudiados por todos aquéllos para quienes el comunismo sin dictadura, la organización social en base a la libertad conscientemente dispuesta por la comunidad, representa el futuro de la humanidad.

Propiedad pública y propiedad común (1947)

El objetivo reconocido del socialismo es sacar los medios de producción de manos de la clase capitalista y ponerlos en manos de los obreros. De este objetivo se habla a veces como de *propiedad pública*, a veces como de *propiedad común*, del aparato de producción. Hay, sin embargo, una diferencia marcada y fundamental.

La *propiedad pública* es la propiedad, es decir, el derecho de disposición, de un cuerpo público que representa a la sociedad, del gobierno, el poder estatal o algún otro cuerpo político. Las personas que forman este cuerpo, los políticos, funcionarios, dirigentes, secretarios, gerentes, son los amos directos del aparato de producción; ellos dirigen y regulan el proceso de producción; ellos mandan a los obreros. La *propiedad común* es el derecho de disposición por los obreros mismos; la propia clase obrera --tomada en el sentido más amplio de todos los que comparten el trabajo realmente productivo, incluyendo a los empleados, campesinos, científicos-- es el ama del aparato de producción, gestionando, dirigiendo y regulando el proceso de producción que es, de hecho, su trabajo común.

Bajo la *propiedad pública* los obreros no son amos de su trabajo; pueden ser mejor tratados y sus salarios pueden ser más altos que bajo la *propiedad privada*; pero son todavía explotados. La explotación no significa simplemente que los obreros no reciben el pleno producto de su trabajo; una parte considerable debe siempre gastarse en el aparato de producción y para las secciones improductivas, aunque necesarias de la sociedad. La explotación consiste en que otros, formando otra clase, disponen del producto y de su distribución; que ellos deciden qué parte se asignará a los obreros como salarios, qué parte retienen para ellos

y para otros propósitos. Bajo la *propiedad pública* esto pertenece a la regulación del proceso de producción, que es la función de la burocracia. Así, en Rusia la burocracia como clase dominante es la dueña de la producción y del producto, y los obreros rusos son una clase explotada.

En los países occidentales conocemos solamente la *propiedad pública* (en algunas ramas) del Estado capitalista. Aquí podemos citar al bien conocido escritor "socialista" inglés G.D.H. Cole, para quien el socialismo es idéntico con la *propiedad pública*. El escribía que:

“El conjunto de la gente no serían más capaces que todo el cuerpo de accionistas en una gran empresa moderna de gestionar una industria... Sería necesario, bajo el socialismo tanto como bajo el capitalismo a gran escala, confiar la gestión efectiva de la empresa industrial a expertos asalariados, elegidos por su conocimiento especializado y su habilidad en ramas particulares del trabajo" (p. 674).

“No hay ninguna razón para suponer que la socialización de cualquier industria significaría un gran cambio en su personal directivo” (pág. 676, en: *Un esbozo del conocimiento moderno*, ed. por el Dr. W. Rose, 1931).

En otras palabras: la estructura del trabajo productivo sigue siendo como es bajo el capitalismo; los obreros subordinados a directores que mandan. Claramente, no se le ocurre al autor "socialista" que "el conjunto de la gente" consiste principalmente en trabajadores, que eran bastante capaces, siendo personal productor, de gestionar la industria que consiste en su propio trabajo.

Como una corrección a la producción gestionada por el Estado, a veces se reivindica el *control obrero*. Ahora, solicitar control, supervisión, a un superior, indica la actitud sumisa de objetos de explotación desvalidos. Y entonces usted puede controlar el asunto de otro hombre; lo que es su propio asunto

usted no lo quiere controlado, usted lo hace. El trabajo productivo, la producción social, es el asunto genuino de la clase obrera. Es el contenido de su vida, su propia actividad. Pueden cuidar de sí mismos si no hay ninguna policía o poder estatal para mantenerles apartados. Tienen las herramientas, las máquinas en sus manos, las usan y las manejan. Ellos no necesitan amos que les manden, ni encargados* para controlar a los amos.

La *propiedad pública* es el programa de los “amigos” de los obreros que, dada la dura explotación del capitalismo privado, desean sustituirla por una explotación modernizada más apacible. La *propiedad común* es el programa de la propia clase obrera, luchando por su autoliberación.

No hablamos aquí, por supuesto, de una sociedad socialista o comunista en una fase posterior de desarrollo, cuando la producción será organizada de tal modo que no constituya ya nunca más algún problema, cuando a partir de la abundancia de productos todo el mundo tome de acuerdo con sus deseos y el concepto de "propiedad" entero haya desaparecido. Hablamos del período en que la clase obrera ha conquistado el poder político y social y está ante la tarea de la organización de la producción y la distribución bajo las condiciones más difíciles. La lucha de clase de los obreros en los días presentes y en el futuro cercano estará fuertemente determinada por sus ideas sobre los objetivos inmediatos --la *propiedad pública* o la *común*-- a ser realizados en ese período.

Si la clase obrera rechaza la *propiedad pública* con su servidumbre y explotación, y reivindica la *propiedad común* con su libertad y autogobierno, no puede hacerlo sin cumplir las condiciones y hacerse cargo de los deberes. La *propiedad común* de los obreros implica, primero, que la integridad de los productores es la dueña de los medios de producción y los hace funcionar en un sistema bien planificado de producción social. Implica, en segundo lugar que, en todos los talleres, factorías, empresas, el

personal regule su propio trabajo colectivo como parte del todo. Así, tienen que crear los órganos por medio de los cuales dirigen su propio trabajo, como plantilla, lo mismo que dirigen la producción social en sentido amplio. Las instituciones del Estado y el gobierno no pueden servir para este propósito, porque son esencialmente órganos de dominación, y concentran los asuntos generales en manos de un grupo de gobernantes. Pero bajo el socialismo los asuntos generales consisten en la producción social; de modo que es la incumbencia de todos, de cada plantilla, de cada obrero, el discutirlos y decidirlos en todo momento por sí mismos. Sus órganos deben consistir en delegados enviados como portadores de su opinión, y estarán continuamente retornando e informando sobre los resultados a los que se llegase en las asambleas de delegados. Por medio de tales delegados, que pueden ser cambiados y revocados en cualquier momento, se puede establecer la conexión de las masas trabajadoras en grupos más pequeños y más amplios y puede asegurarse la organización de la producción.

Tales cuerpos de delegados, para los que se ha utilizado el nombre de *consejos obreros*, forman lo que podría llamarse *la organización política apropiada para la autoliberación de la clase obrera de la explotación*. No pueden ser inventados de antemano, tienen que formarse mediante la actividad práctica de los obreros mismos cuando los necesiten. Tales delegados no son parlamentarios, ni gobernantes, ni dirigentes, sino mediadores, mensajeros expertos, formando la conexión entre el personal separado de las empresas, combinando sus opiniones separadas en una resolución común. *La propiedad común exige dirección común* del trabajo tanto como actividad productiva *común*; sólo puede ser realizada si todos los obreros toman parte en esta *autogestión* de lo que es la base y el contenido de la vida social; y si van a crear los órganos que unan sus voluntades separadas en una acción común.

Dado que tales *consejos obreros* van a jugar, sin duda, un papel considerable en la organización futura de las luchas y objetivos de los trabajadores, merecen una atención aguda y estudio por parte de todos los que están por la lucha intransigente y la libertad de la clase obrera.

Tesis sobre la lucha de la clase obrera contra el capitalismo (1947)

I. El capitalismo, en un siglo de desarrollo ha incrementado enormemente su poder, no sólo a través de la expansión por toda la tierra, sino también a través del desarrollo bajo nuevas formas.

Con él, la clase obrera ha aumentado en poder, en número, en concentración masiva, en organización. Su lucha contra la explotación capitalista, por el dominio sobre los medios de producción, también se está desarrollando continuamente y se tiene que desarrollar bajo nuevas formas.

El desarrollo del capitalismo condujo a la concentración del poder sobre las ramas principales de la producción, en manos de los grandes intereses monopolistas. Estos están íntimamente conectados con el poder estatal, y lo dominan; controlan la parte principal de la prensa, dirigen la opinión pública. La democracia de clase media se ha demostrado el mejor camuflaje de la dominación política del gran capital. Al mismo tiempo, hay una tendencia creciente en la mayoría de los países a usar el poder organizado del Estado para concentrar en sus manos la dirección de las industrias claves, como comienzo de la economía planificada. En Alemania, una economía dirigida por el Estado unió la dirección política y la administración capitalista en una explotación de clase combinada. En el capitalismo de Estado de Rusia, la burocracia es colectivamente la que domina sobre los medios de producción, y mantiene en sumisión a las masas explotadas mediante un gobierno dictatorial.

II. El socialismo, erigido como la meta de la lucha de los obreros, es la organización de la producción por el Gobierno. Significa el socialismo de Estado, el mando de los funcionarios del Estado sobre la producción y el mando de los gerentes, científicos, jefes, en la fábrica. En la economía socialista, este cuerpo, formando una burocracia bien organizada, es el amo directo del proceso de producción. Tiene la disposición sobre el producto total, determinando qué parte se asignará como salarios a los obreros, y apropiándose del resto para las necesidades generales y para sí mismo. Los obreros, bajo la democracia, pueden escoger a sus amos, pero no son ellos mismos amos de su trabajo; reciben sólo parte de lo producido, asignado a ellos por otros; son aún explotados y tienen que obedecer a la nueva clase dominante. Las formas democráticas, que se supone o se pretende que la acompañen, no alteran la estructura fundamental de este sistema económico.

El socialismo fue proclamado la meta de la clase obrera cuando, en su primer alzamiento, se sentía impotente, incapaz de conquistar por sí misma el poder sobre las fábricas, y buscaba en el Estado protección contra la clase capitalista por medio de reformas sociales. Los grandes partidos políticos que encarnaban estas aspiraciones, la socialdemocracia y los partidos laboristas, se convirtieron en instrumentos para regimentar al conjunto de la clase obrera al servicio del capitalismo, en sus guerras por el poder mundial, así como en la política doméstica en tiempo de paz. El Gobierno obrero del Partido Laborista Británico ni siquiera podía decirse que fuese realmente socialista, sino que era un modernizador del capitalismo. Mediante la abolición de sus ignominias y del atraso, introduciendo la gestión estatal subordinada a la preservación -garantizada por el Estado- de las ganancias para los capitalistas, fortalece la dominación capitalista y perpetúa la explotación de los obreros.

III. La meta de la clase obrera es su liberación de la explotación. Esta meta no se alcanza y no puede alcanzarse mediante una nueva clase dirigente y gobernante que sustituya a la burguesía. Sólo puede ser realizada por los obreros mismos siendo dueños de la producción.

El dominio de los obreros sobre los medios de producción significa, en primer lugar, la organización del trabajo en cada fábrica y empresa por su plantilla. En lugar de mediante el mando del gerente y sus subordinados, toda la regulación es elaborada a través de la decisión del cuerpo entero de los obreros. Este cuerpo, comprendiendo todas las clases de obreros, especialistas y científicos, todos tomando parte en la producción, decide en asamblea todo lo relacionado con el trabajo común. El que aquéllos que han de efectuar el trabajo también tengan que regular el mismo y asumir su responsabilidad dentro del propósito del conjunto, puede aplicarse a todas las ramas de producción. Esto significa, en segundo lugar, que los obreros crean sus órganos para coordinar las empresas separadas en una totalidad organizada de producción planificada. Estos órganos son los consejos obreros.

Los consejos obreros son cuerpos de delegados, enviados por las plantillas de las fábricas separadas o por las secciones de grandes empresas, llevando las intenciones y opiniones de las plantillas para discutirlos y tomar decisiones acerca de los asuntos comunes, llevando de vuelta los resultados a sus mandatarios. Ellos plantean y proclaman las regulaciones necesarias, y, uniendo las diferentes opiniones en un resultado común, forman la conexión de las unidades independientes en una totalidad adecuadamente organizada. No son un cuadro permanente de dirigentes, sino que pueden ser revocados y cambiados en cualquier momento. Sus primeros gérmenes aparecieron en el

comienzo de las revoluciones rusa y alemana (soviets, arbitrate). Ellos han de jugar un papel creciente en futuros desarrollos de la clase obrera.

IV. Los partidos políticos en los tiempos presentes tienen dos funciones. En primer lugar, aspiran al poder político, a la dominación en el Estado, a tomar el gobierno en sus manos y a usar su poder para poner su programa en práctica. Para este propósito, tienen, en segundo lugar, que ganarse a las masas de la población trabajadora para sus programas: por medio de sus enseñanzas, clarificando la visión, o, mediante su propaganda, intentando simplemente hacer de ella un rebaño de seguidores.

Los partidos de la clase obrera erigen como su meta la conquista del poder político; por consiguiente, gobernar en interés de los obreros, y en especial para abolir el capitalismo. Se afirman como la vanguardia de la clase obrera, su parte más clarificada, capaz de conducir a la mayoría desinstruida de la clase, actuando en su nombre como sus representantes. Pretenden ser capaces de liberar a los obreros de la explotación. Una clase explotada, sin embargo, no puede liberarse simplemente votando y trayendo al poder a un grupo de nuevos gobernadores. Un partido político no puede traer la libertad, sino que, cuando gana, trae sólo nuevas formas de dominación. La libertad sólo puede ser conquistada por las masas obreras a través de su propia acción organizada, tomando su suerte en sus propias manos, dedicándose al ejercicio de todas sus facultades, dirigiendo y organizando su lucha y su trabajo por sí mismas mediante sus consejos.

Para los partidos queda entonces la segunda función, extender la visión y el conocimiento, estudiar, discutir y formular las ideas sociales, y, mediante su propaganda, iluminar las mentes

de las masas. Los consejos obreros son los órganos para la acción práctica y la lucha de la clase obrera; en los partidos recae la tarea de vigorizar su poder espiritual. Su obrar forma una parte indispensable en la autoliberación de la clase obrera.

V. La forma más fuerte de lucha contra la clase capitalista es la huelga. Las huelgas son necesarias, siempre de nuevo, contra la tendencia de los capitalistas a incrementar sus ganancias mediante la bajada de los salarios y el incremento de las horas o de la intensidad del trabajo.

Los sindicatos se han formado como instrumentos de resistencia organizada, se basan en una solidaridad fuerte y en la ayuda mutua. Con el crecimiento de las grandes corporaciones el poder capitalista ha aumentado enormemente, por lo que sólo en casos especiales los obreros son capaces de aguantar la degradación de sus condiciones de trabajo. Los sindicatos se convierten en instrumentos de mediación entre capitalistas y obreros; hacen tratos con los patrones que intentan poner en vigor sobre los a menudo poco dispuestos obreros. Los jefes aspiran a convertirse en una parte reconocida del aparato de poder del capital y el Estado que dominan a la clase obrera; los sindicatos se convierten en los instrumentos del capital monopolista, por medio de los cuales dicta sus condiciones a los obreros.

El derecho de la clase obrera, bajo estas circunstancias, toma cada vez más la forma de las huelgas salvajes. Éstas son espontáneas, explosiones masivas del espíritu de resistencia largamente reprimido. Son acciones directas en las que los obreros toman su lucha completamente en sus propias manos, dejando fuera a los sindicatos y a sus dirigentes.

La organización de la lucha es acometida por los comités de huelga, delegados de los huelguistas, escogidos y mandados por la plantilla. Por medio de las discusiones en estos comités los obreros establecen su unidad de acción. La extensión de la huelga a masas cada vez mayores, la única táctica apropiada para arrancar concesiones del capital, está opuesta fundamentalmente a las tácticas sindicalistas de restringir la lucha y ponerle fin tan pronto como sea posible. Tales huelgas salvajes en los tiempos presentes son las únicas luchas de clase reales de los obreros contra el capital. En ellas afirman su libertad, escogiendo y dirigiendo sus acciones ellos mismos, no dirigidos por otros poderes para otros intereses.

Eso determina la importancia de tales contestaciones de la clase para el futuro. Cuando las huelgas salvajes toman cada vez mayor extensión encuentran el entero poder físico del Estado contra ellas. De modo que asumen un carácter revolucionario. Cuando el capitalismo se convierte en un gobierno mundial organizado -aunque todavía sólo en la forma de dos poderes contendientes, amenazando a la humanidad con la total devastación- la lucha por la libertad de la clase obrera toma la forma de una lucha contra el poder del Estado. Sus huelgas asumen el carácter de grandes huelgas políticas, a veces huelgas universales. Entonces, los comités de huelga necesitan asumir funciones generales sociales y políticas, y adquirir el carácter de consejos obreros. La lucha revolucionaria por la dominación sobre la sociedad es al mismo tiempo una lucha por la dominación sobre y en las fábricas. Entonces, los consejos obreros, como órganos de lucha, se convierten en órganos de producción al mismo tiempo.

El Grupo de Comunistas Internacionales de Holanda (GIK) (1947)

La primera guerra mundial y las consiguientes revoluciones en Rusia y Alemania plantearon nuevos problemas y aportaron profundos cambios a las ideas de los obreros y los socialistas. El Partido Socialdemócrata Alemán²⁴, la aparentemente poderosa organización lista a conquistar la hegemonía política y por lo tanto a establecer el socialismo, ni bien alcanzó el poder se dedicó a restaurar el capitalismo. En Rusia los obreros habían vencido al zarismo y tomado posesión de las fábricas y la tierra; ahora el capitalismo de Estado los ha llevado a una esclavitud más estricta bajo una nueva clase de amos. Y no sólo el reformismo fue el culpable; las más notables voces del radicalismo inflexible, renombrados como marxistas, tales como Kautsky y Lenin, contribuyeron a este resultado. Claramente debe haber algo malo en la doctrina actual.

La doctrina actual decía que los obreros instaurarían un gobierno socialista mediante elecciones parlamentarias; entonces estos políticos y representantes tendrían que llevar adelante la tarea esencial de expropiar a los capitalistas, abolir la propiedad privada de los medios de producción, y organizar la producción. El consiguiente sistema de propiedad pública, donde los obreros son asalariados a servicio del Estado, es totalmente distinto de la propiedad común, donde los obreros son los dueños directos de las empresas y regulan el trabajo ellos mismos. En el último caso surge el problema de cómo estas empresas pueden ser combinadas en una organización social debidamente planificada. En fervientes debates, e intensa actividad espiritual, distintos

²⁴ En el original en inglés dice "German Socialista Party". (Nota del traductor)

grupos izquierdistas se dividieron de los partidos socialistas y comunistas, e intentaron descubrir qué otras vías de acción podrían llevar a la clase obrera a la libertad.

Los refugiados políticos en Holanda que habían tomado parte en las luchas de los obreros alemanes de 1920 a 1921, en la rebelión de Ruhr y en la de las plantas Saxonian, habían experimentado el valor de las iniciativas y las capacidades que surgían de las masas cuando éstas enfrentaban la tarea de organizarse a sí mismas, su vida y su lucha. En Holanda, debido a su situación en el medio de influencias inglesas, francesas y alemanas, había penetrado un fundamental entendimiento teórico en amplios grupos de obreros e intelectuales. De la colaboración entre estos surgió un grupo de militantes, llamados “Grupo de Comunistas Internacionales” (G.I.C.), que se dedicó al estudio de la base económica de la nueva sociedad. Sabían muy bien que la revolución de los obreros no traería inmediatamente, como por un milagro, un mundo de abundancia donde todos podrían tomar lo que quisieran. El nuevo orden socialista tenía que ser construido mediante una dura lucha y arduo trabajo de deliberación, por medio de una organización bien diseñada, según reglas de estricta equidad proletaria. Cada forma de sociedad tiene su base material sólida en un sistema económico, un modo de producción y distribución, que determina su estructura y carácter. Ya desde antes de la guerra, pero aun más después de ella, muchos autores se habían ocupado de este problema económico (Kautsky, Hilferding, Neurath, Leichter, Max Weber, Cole etc.), pero todos habían asumido como base la necesidad de un poder central de dirección, un gobierno que impusiera sus regulaciones sobre las distintas unidades de producción. Los escritores anarquistas habían proclamado la autonomía de los distintos talleres; pero dejaban la conexión de éstos en una organización social a la buena voluntad.

Cuando el G.I.C. estudió el problema principal del socialismo, de cómo combinar la libertad con la organización, percibió que solamente tenían que continuar las líneas del pensamiento expuestas por Marx en pequeñas notas ocasionales, en *El Capital* y en sus observaciones al programa de Gotha del Partido Socialdemócrata Alemán. Marx no hablaba allí de socialismo de Estado, al que él se opuso fervientemente, sino de “la asociación de los productores libres e iguales”, dirigiendo su trabajo ellos mismos; él afirmó que en vez del valor y del dinero el “tiempo medio de producción”, medido en horas de trabajo, formaría la base del nuevo sistema económico. Estas ideas que los escritores “marxistas” habían abandonado por completo, fueron objeto de trabajo por los autores del G.I.C. en un importante libro: *Principios Fundamentales de Producción y Distribución Comunistas*, que apareció en 1930 en alemán y en holandés. Allí se demuestra que mediante la contabilidad en cada empresa, completada por el registro y la contabilidad de los procesos de la producción social, en base a las horas gastadas, los mismos obreros eran capaces de supervisar y dirigir la producción y la distribución ellos mismos. Los cuerpos de delegados, los “consejos obreros” son los instrumentos para la organización de las empresas separadas en una totalidad social. Se demostró que ésta no era simplemente una forma posible y mejor que el socialismo de Estado, sino que era la única forma posible. No es posible para una burocracia central de funcionarios y expertos determinar todas las necesidades, prescribir todo el trabajo y supervisar todos los procesos en sus detalles; todos los sistemas propuestos conducen a la arbitrariedad en la distribución por una minoría dominante. El auto-gobierno de los productores libres e iguales, por otra parte, podía regular la producción y la distribución sin dificultad, siendo las reglas y las decisiones impuestas por realidades económicas. Las dificultades surgen de la interposición de un poder estatal entre la producción y el consumo. De esta manera las aspiraciones de autodeterminación

que surgían en los obreros, del mero sentimiento y del programa político se convirtieron en la encarnación de una necesidad económica. De esta manera se estableció un fundamento científico para la tarea de la auto-liberación de la clase obrera.

Es lamentable que este libro no fuese accesible para los obreros ingleses (la mayor parte de la edición alemana fue destruida con la ascendencia del nazismo), porque su base práctica podría haber apelado con intensidad a la mentalidad práctica inglesa. Ahora que el capitalismo crece en un poder internacional, y las condiciones de lucha tienden a ser más uniformes en el mundo, los obreros en todos los países deberían invertir más tiempo en un intercambio internacional de experiencias y de ideas.

De momento este estudio dio un fuerte impulso a la propaganda del pequeño grupo. En su declaración de principios el G.I.C. rechazó las políticas partidarias y el liderazgo sindicalista, y denominó a los consejos obreros como la forma de organización del auto-gobierno. Llamó a los obreros a encarar la lucha por la producción comunista, a tomar en sus propias manos la dirección y la administración de la producción y la distribución según reglas generales, y realizar así la asociación de productores libres e iguales.

El G.I.C. no se constituyó en un nuevo partido que intentaba conseguir a adherentes; expuso el principio de que en toda acción práctica de lucha verdadera los obreros tienen que actuar - y actuarán - como una unidad sólida, contra la cual las diferencias entre los grupos y los partidos y los sindicatos son vanas. Además de varios folletos, el G.I.C. aportó regularmente “materiales de prensa” puestos a disposición de todos los grupos que quisieran publicarlos, en los cuales se trataban los eventos contemporáneos desde este nuevo punto de vista. Así, en discusión amistosa con otros grupos izquierdistas, oponiéndose intensa y fundamentalmente a los socialistas en el poder y a los

partidos comunistas, el G.I.C. difundió sus ideas. En el *Raete-korrespondenz* (Correspondencia Consejista) de irregular apariencia se trataban asuntos teóricos. En 1938 el G.I.C. publicó en alemán *Lenin als Philosoph* (Lenin Filósofo), en donde se demuestra que Lenin, en sus ideas filosóficas básicas, se encontraba en una posición opuesta al marxismo; por la carencia de medios financieros sólo pudo ser publicada en un número limitado de copias. Después de la guerra el G.I.C. se combinó con el grupo *Spartacus* que en gran parte había ido en la misma dirección; el cual tenía un número de miembros más amplio, pero en la lucha clandestina contra los alemanes había perdido a sus portavoces más prominentes. Ahora publican en conjunto el semanario *Spartacus*, el único semanario que hace de la lucha de clase inflexible de la clase obrera por la libertad y la maestría de la producción la base y el contenido de toda su propaganda. Un libro sobre *De Arbeitersrath* (Los Consejos Obreros), exponiendo estas opiniones (que también existe en una versión inglesa en manuscrito) fue publicado por ellos el año pasado.

Las huelgas (1948)

En el movimiento obrero se distinguen dos formas principales de lucha, a menudo referidas como el campo de lucha político y el campo de lucha económico. El primero centrado en las elecciones para los cuerpos parlamentarios o análogos, el último consistente en las huelgas por salarios superiores y mejores condiciones de trabajo. En la segunda mitad del siglo XIX, había una opinión común entre los socialistas de que el primero tenía una importancia fundamental, de que era revolucionario, porque preparaba el objetivo de la conquista del poder político, y por lo tanto el revolucionamiento de la estructura de la sociedad, aboliendo el capitalismo e introduciendo un sistema socialista. Mientras, el segundo era solamente un medio de reforma, para mantener o mejorar el nivel de vida dentro del capitalismo, aceptando por lo tanto este sistema como la base de la sociedad.

Que esta distinción no podría ser completamente correcta se mostró pronto por la práctica del parlamentarismo. Marx, en el Manifiesto comunista, ya había indicado algunas medidas de reforma que prepararían la revolución futura. En tiempos posteriores, los parlamentarios socialistas estuvieron trabajando y luchando continuamente por reformas; los partidos socialistas, a los que pertenecían, construyendo un programa detallado de “demandas inmediatas”; y podían ganar un creciente número de votantes. En primer lugar, y más evidentemente, en Alemania; luego en otros países europeos. El objetivo final de una revolución socialista se retiró gradualmente al plano de fondo. Lo que, bajo el nombre de la lucha por el socialismo, logró realmente esta lucha política, fue afianzar para la clase obrera un cierto lugar reconocido dentro de la sociedad capitalista, con ciertos niveles de condiciones de trabajo y de vida, por supuesto

nunca realmente asegurados, siempre inestables, pero existentes de algún modo, siempre disputados y siempre necesitados de defensa.

Ambas formas de lucha, el sindicalismo con sus huelgas así como el socialismo parlamentario, eran ahora solamente instrumentos de reformas --en gran parte manejados por las mismas personas, dirigentes sindicales que se sentaban en el parlamento--. Y la doctrina reformista afirmaba que mediante su actividad, por las reformas acumuladas en el parlamento y la "democracia industrial" en las fábricas, ellos transformarían gradualmente el capitalismo en socialismo.

Pero el capitalismo tenía sus propios caminos. Lo que Marx había expuesto en sus estudios económicos, la concentración de capital, se volvió cierto en un grado mucho más poderoso de lo que quizás su autor había conjeturado. El crecimiento y el desarrollo del capitalismo en el siglo XX ha provocado cantidad de nuevos fenómenos sociales y condiciones económicas. Todo socialista que esté por la lucha de clase intransigente tiene que estudiar estos cambios atentamente, porque es de ellos de lo que depende cómo los obreros tienen que actuar para ganar la victoria y la libertad; muchas viejas concepciones de la revolución pueden ahora adoptar una forma bastante distinta. Este desarrollo incrementó enormemente el poder del capital, dio a pequeños grupos de monopolistas la dominación sobre el conjunto de la burguesía, y amarró siempre más firmemente el poder del Estado a los grandes negocios. Fortaleció en esta clase los instintos de opresión, manifiestos en el aumento de las tendencias reaccionarias y fascistas. Hizo a los sindicatos cada vez más impotentes frente al capital, menos inclinados a la lucha; sus dirigentes se convirtieron cada vez más en mediadores e incluso agentes del capital, cuya tarea es imponer las insatisfactorias condiciones de trabajo dictadas por el capital sobre los obreros reacios. Las huelgas asumen cada vez

más la forma de *huelgas salvajes*, estallando contra la voluntad de los dirigentes sindicales, que entonces, tomando la dirección, tan pronto como sea posible sofocan la lucha. Mientras en el campo de la política todo es colaboración y armonía de las clases --en el caso del P.C., acompañada por una semblanza de discurso revolucionario--, tales *huelgas salvajes* se vuelven cada vez más la única lucha de clase real y amarga de los obreros contra el capital.

Después de la guerra, estas tendencias se intensificaron. La reconstrucción --la reparación de la devastación o de la insuficiencia de fuerzas productivas-- significa reconstrucción capitalista. La reconstrucción capitalista implica una acumulación de capital más rápida, un incremento más vigoroso de los beneficios, la depresión del nivel de vida de los trabajadores. El poder estatal adquiere ahora una importante función organizando la vida mercantil. En la Europa devastada adquiere la primacía suprema; sus oficiales se convierten en directores de una economía planificada, regulando la producción y el consumo. Su función especial es mantener sometidos a los obreros, y ahogar todo descontento por medios físicos o espirituales. En América, donde está sujeto al gran capital, ésta es su función principal. Los obreros tienen ahora sobre y frente a ellos al frente único del poder del Estado y de la clase capitalista, al que normalmente se unen los dirigentes sindicales y de partido --que aspiran a sentarse en conferencia con los gerentes y jefes y a tener voto en la fijación de los salarios y de las condiciones de trabajo--. Y, mediante este mecanismo capitalista de precios crecientes, el nivel de vida de los obreros decae rápidamente.

En Europa, Inglaterra, Bélgica, Francia, Holanda --y en América también-- vemos *huelgas salvajes* alumbrando, aún en pequeños grupos, sin conciencia clara de su papel social y sin objetivos ulteriores; pero mostrando un espléndido espíritu de solidaridad. En Inglaterra desafían a su gobierno "obrero", y en

Francia y Bélgica son hostiles al Partido Comunista en el gobierno. Los obreros comienzan a sentir que el poder estatal es ahora su enemigo más importante; sus huelgas están dirigidas contra este poder tanto como contra los amos capitalistas. Las huelgas se han convertido en un factor político; y cuando las huelgas estallan en tal extensión que dejan aplanadas ramas enteras y sacuden la producción social en su núcleo, se convierten en factores políticos de primera categoría. Los huelguistas mismos pueden no ser conscientes de ello --tampoco lo son la mayoría de los socialistas--, pueden no tener intención de ser revolucionarios, pero lo son. Y, gradualmente, la conciencia surgirá de lo que están haciendo de modo intuitivo, a partir de la necesidad; y esto hará las acciones más directas y más eficaces.

Así, los papeles se invierten gradualmente. La acción parlamentaria degenera en una mera riña de políticos y sirve para engañar a la gente, o, en el mejor de los casos, para remendar el sucio y viejo capitalismo. Al mismo tiempo, las huelgas de masas de los obreros tienden a convertirse en los más serios ataques contra el poder estatal, esa fortaleza del capitalismo, y en los factores más eficaces para incrementar la conciencia y el poder social de la clase obrera. Ciertamente hay todavía un largo camino hasta el fin; mientras tanto veamos obreros yendo a la huelga y retornando al trabajo simplemente por orden de un jefe ambicioso, no están todavía maduros para las grandes acciones de autoliberación. Pero, mirando atrás, sobre los desarrollos y cambios del pasado medio siglo, no podemos fallar a reconocer la importancia de estas luchas de clase genuinamente proletarias para nuestras ideas de la revolución social. Cómo, en relación con esto, las tareas de propaganda se amplían para los socialistas, puede considerarse en otro momento.

Sobre los consejos obreros (1952)

Desearía hacer algunas apreciaciones y complementaciones a las declaraciones del compañero Kondor sobre «*¿Organización burguesa o socialdemócrata?*», aparecidas en el número 7 de Funke, de diciembre de 1951.

En primer lugar, tiene toda la razón allí donde critica el papel actual de los sindicatos (y partidos). Con los cambios de la estructura económica, ha de cambiar también la función de las diversas instituciones sociales. Los sindicatos fueron y son imprescindibles como órgano de lucha de la clase obrera dentro del capitalismo. Bajo el capitalismo monopolista, han llegado a ser una parte del aparato burocrático dirigente, que ha anucleado a toda la clase obrera dentro de su seno. En su calidad de organizaciones construidas y mantenidas por los trabajadores mismos, son mejores que cualquier aparato forzoso para hacer de la clase obrera, a ser posible sin fricción, un miembro de la estructura social. En el actual periodo de transición, este nuevo carácter suyo emerge cada vez con más fuerza. Esto muestra que sería un esfuerzo infructuoso volver a las viejas formas organizativas. Por eso, los trabajadores han de encontrar una mayor libertad en la elección de sus formas de lucha contra el capitalismo.

El desarrollo del capitalismo de Estado -propagado en Europa de muy diversas maneras bajo el nombre de socialismo- no significa la liberación de la clase obrera, sino un mayor descontento. Lo que busca la clase obrera en su lucha (libertad y seguridad, dominio de su propia vida) sólo es posible gracias a la apropiación de los medios de producción. El socialismo de Estado no es ya el poder de los trabajadores, sino en su lugar el órgano estatal el que dispone de los medios de producción. Aunque democráticamente, esto sólo significaría que los

trabajadores pueden elegir a sus amos. Frente a esto, el poder de disponer directamente de los medios de producción por parte de los trabajadores significa que ellos mismos dirigen los servicios, y de abajo arriba construyen las organizaciones centrales. Esto es lo que se caracteriza como sistema de consejos obreros. Kondor tiene, pues, toda la razón, cuando les caracteriza como el nuevo y futuro principio de organización de la clase trabajadora. Se oponen, en su calidad de autogestión organizada de las masas productoras, frontalmente a la organización desde arriba del socialismo de Estado.

Llegados aquí, tenemos que tener en claro lo siguiente: «*Consejo obrero*» no significa una forma determinada de organización cuidadosamente pre-trazada, que habría que describir con absoluto detalle; significa, por el contrario, un principio: el principio del poder de los trabajadores para disponer ellos mismos de las industrias y de la producción. Su efectivación no es un asunto de discusión teórica acerca de la mejor realización práctica, sino que es el asunto de la lucha práctica contra el aparato de poder del capitalismo.

Los consejos obreros no significan hoy día un encuentro fraternal con el trabajo corporativo; significan lucha de clases -la fraternidad encuentra su expresión dentro de esta lucha de clases-; significan acción revolucionaria de las masas contra el poder del Estado. Las revoluciones no se planean, surgen espontáneamente imparables a partir de las relaciones y los comportamientos, a partir de las situaciones de crisis. Surgen solamente cuando en las masas alienta el sentimiento de que nada las puede parar y cuando, a la vez, existe una cierta unanimidad de conciencia en torno a lo que hay que hacer. Aquí radica la tarea de la propaganda, de la discusión abierta. Y estas acciones solamente pueden alcanzar un éxito permanente cuando en las amplias masas de los trabajadores existe la inteligencia del

carácter y la meta de su lucha. En esto consiste la necesidad de tomar por tema de discusión a los consejos obreros.

Así, la idea de los consejos obreros no se presenta como un programa para la realización práctica, mañana o dentro de un par de años, sino como una línea recta en la larga y difícil lucha de liberación en que todavía se encuentra metida la clase obrera. Ciertamente, Marx escribió una vez: *la hora del capitalismo ha llegado*. Pero tampoco ha dejado ninguna duda en el sentido de que esa hora significa toda una época histórica.

Dirección y revolución, discusión entre Cornelius Castoriadis y Anton Pannekoek (1953-54)

I. La dirección proletaria *por Cornelius Castoriadis*

La actividad revolucionaria inaugurada por el marxismo está dominada por una profunda antinomia, que puede definirse en los siguientes términos: por una parte, esta actividad está basada en un análisis científico de la sociedad, en una perspectiva consciente del futuro desarrollo y, por consiguiente, en una relativa planificación de su actitud frente a la realidad; por otra parte, el factor más importante, el factor decisivo de esta perspectiva y de esta anticipación del futuro es la actividad creadora de decenas de millones de hombres, tal como se desarrollará durante y después de la revolución, y el carácter revolucionario y cosmogónico de esta actividad consiste precisamente en que su contenido será original e imprevisible. En vano se intentará resolver esta antinomia suprimiendo uno de sus términos. Renunciar a una actividad colectiva racional, organizada y planificada, porque las masas en lucha resolverán todos los problemas, significa de hecho repudiar el aspecto «científico», más exactamente el aspecto racional y consciente de la actividad revolucionaria, es hundirse voluntariamente en un misticismo mesiánico. No reconocer, en cambio, el carácter original y creador de la actividad de las masas, o reconocerlo sólo de palabra, equivale a dar un fundamento teórico a la burocracia, cuya base ideológica es el reconocimiento de una minoría «consciente» como depositaria de la razón histórica.

El terreno donde aparece con mayor evidencia esta antinomia es en el de los problemas relacionados con el programa de la revolución —y la cuestión de la dirección del proletariado (*partido*) y de sus relaciones con la clase es una cuestión programática por excelencia. Indiscutiblemente, todo lo que podríamos decir sobre el carácter limitado e insatisfactorio de los esfuerzos, tanto de nuestro grupo como de otras corrientes, desde hace veinte años, encaminados a resolver la cuestión del partido, se reduce a la imposibilidad de resolver *a priori* esta antinomia; pues estamos ante el prototipo de la antinomia cuya solución es imposible en el plano teórico, no pudiendo conducir todo intento de solución de ese género más que a mistificaciones, quiéranse o no.

La única «*respuesta*» teórica que se puede dar consiste en decir que la solución de esta antinomia se da en el transcurso de la revolución, porque la actividad creadora de las masas es una actividad consciente y racional, por tanto, esencialmente homogénea a la actividad de las minorías conscientes que actúan antes de la revolución, pero cuya aportación única e irremplazable consiste en un cambio total y una enorme ampliación del propio contenido de esa razón histórica. Aunque de esta manera se nos ofrece una base general para comprender la fusión de la «*conciencia*» de las minorías y de la razón «*elemental*» de las masas, aunque podamos afirmar así que la revolución no tropieza con una contradicción insoluble, en cambio no podemos pretender encontrar de antemano las *formas prácticas concretas* de esa fusión; esta «*solución*» teórica no las indica, al contrario, hace saber desde ese momento que el contenido concreto de la revolución rebasa todo análisis anticipado, puesto que consiste en establecer nuevas formas de racionalidad histórica.

Por tanto, es esencial para una organización revolucionaria el tener clara conciencia del problema en estos

términos, y mantenerse preparada para readaptar su ideología y su acción a la luz de la perspectiva que resulte de ello, en vez de querer resolver artificialmente y a cualquier precio una cuestión de tal magnitud, que sólo la revolución podrá resolverla. Además, ya sabemos, en los casos en que se han dado «soluciones» de diferente sentido, a dónde han conducido.

Estas observaciones no tienen en modo alguno como objetivo repudiar las investigaciones y las discusiones, ni la adopción de soluciones provisionales, que son más que hipótesis de trabajo: *son verdaderos postulados de la acción*. Renunciar a ello significaría renunciar a toda concepción programática por poco definida que esté, que es tanto como decir a toda acción. La importancia de la delimitación efectuada anteriormente consiste en que da un alcance preciso a toda concepción programática *a priori* que podamos elaborar y, sobre todo, en que tiende a educar a la «*minoría consciente y organizada*» en la comprensión del sentido y de los límites históricos de su papel.

El problema se plantea en términos relativamente diferentes cuando se trata de las formas de organización y de la actividad de esta misma minoría consciente. *Abí, esta minoría ha de dar por sí misma sus soluciones*. Una minoría revolucionaria, o un militante revolucionario aislado, actúa bajo su propia responsabilidad. De otro modo, dejan de existir. En la actualidad no podemos pretender zanjar la cuestión del poder proletario, a no ser bajo la forma de un postulado; pero podemos y debemos responder al problema de nuestras tareas y de nuestra orientación.

Resulta evidente que uno de los aspectos más importantes del problema se refiere a la vinculación entre la organización y la actividad actual de una minoría revolucionaria y su perspectiva final en lo que se refiere al poder proletario. Las soluciones actuales han de inscribirse en la línea de desarrollo que define

nuestra perspectiva histórica. Más adelante evocaremos las implicaciones de este aspecto del problema.

La dirección antes y después de la revolución

El problema de la dirección revolucionaria se presenta como un nudo de contradicciones. El proceso revolucionario se presenta bajo la forma de una infinidad de personas comprometidas en una infinidad de actividades; a no ser que se apele a la magia, es imposible que este proceso alcance sus objetivos sin una *dirección* en el sentido preciso del término, es decir, sin una instancia central que oriente y coordine estas múltiples acciones, escoja los medios más económicos para alcanzar los objetivos asignados, etc. Por otra parte, el objetivo esencial de la revolución es la supresión de la distinción fija y estable —y a fin de cuentas de toda distinción— entre los dirigentes y los ejecutantes. Por tanto, es necesaria la dirección, como también es necesaria la supresión de la dirección.

El objetivo final de la revolución no implica inmediatamente la supresión de la distinción entre las *funciones* de dirección y las *funciones* de ejecución (éste es un problema remoto que no consideraremos); pero implica necesariamente la supresión de una *división social del trabajo* correlativa a esas *funciones*. Si se admite que la *función* de la dirección no puede suprimirse inmediatamente, se desprende de ahí fácilmente una conclusión: *el mismo proletariado ha de ser su propia dirección*. La dirección de la clase, por tanto, no puede ser distinta de la propia clase.

Sin embargo, por otro lado, resulta evidente que la clase no puede ser *inmediata y directamente* su propia dirección. Es inútil discutir sobre este punto, puesto que de todos modos la clase de hecho no es su propia dirección y no lo ha sido en el transcurso de su historia. Por tanto, si el proceso revolucionario empieza en

la sociedad capitalista, si la lucha de clases explícita posee un valor positivo y ha de ser llevada de un modo permanente, sólo una fracción de la clase, un cuerpo relativamente distinto, puede y ha de ser su dirección. La dirección de la clase no puede no ser, pues, distinta de la propia clase.

La solución de esta contradicción se halla, en parte, *en el tiempo*, es decir, *en el desarrollo*. Cuando hablamos de la supresión de la distinción entre dirigentes y ejecutantes nos referimos a una etapa posterior, en líneas generales al período que sigue a la victoria de la revolución. La supresión de la explotación, el desarrollo de las fuerzas productivas son imposibles, en efecto, sin la gestión obrera y ésta es inseparable del poder de los organismos de masas. Por el contrario, cuando hablamos de la necesidad de una dirección distinta de la clase, nos referimos a las condiciones del régimen de explotación, bajo las cuales estas funciones sólo pueden cumplirlas una minoría de la clase.

Sin embargo, también es evidente que esta respuesta no zanja la cuestión; pues el paso de una situación a la otra —de la fase durante la cual la clase explotada, alienada y mistificada no puede ser su propia dirección a aquélla durante la cual se dirige necesariamente a sí misma— este paso aparece como lo que es en realidad: *un salto, una contradicción absoluta*. Contradicción que, dicho sea entre paréntesis, no es más sorprendente que la propia revolución y que todos los momentos en los que una cosa deja de ser ella misma para convertirse en otra. Resulta imposible explicar de antemano y en términos teóricos cómo se producirá ese paso. Para el marxismo nunca se trató de *deducir* la revolución, sino de *hacerla*.

Esto no quiere decir que para nosotros el reconocimiento de la posibilidad de este paso sea un acto de fe. Sin querer ni poder describir las formas que podrá tomar, creemos que podemos fundamentar este paso en algunos elementos existentes ya ahora. Estos elementos son, en primer lugar, el

desarrollo de la conciencia y de las capacidades del proletariado, tal como viene determinado por la evolución de la propia sociedad. En segundo lugar, la existencia en el seno del proletariado, mucho antes de la revolución, de capas e individuos que llegan a una conciencia de los objetivos y de los medios de la revolución. En tercer lugar, la acción misma de la *dirección revolucionaria* bajo el régimen de explotación, que ha de encaminarse constantemente a desarrollar la capacidad de acción autónoma y de *autodirección* del proletariado.

Este paso del proletariado, de la posición de clase explotada a la posición de clase dominante, corresponde a esta fase de transición habitualmente llamada período revolucionario y que podemos definir como iniciada en el momento en que la clase empieza a agruparse en organismos de masas que se sitúan en el terreno de la lucha por el poder y acabada en el momento en que ese poder es conquistado a escala universal. Esta definición nos permite ver dónde se sitúa exactamente el problema de *la dirección de la clase por la clase misma*: ciertamente, ni antes del inicio de ese período, ni después de su fin. No antes, porque no existe el problema de la dirección de la clase por la clase misma si la propia clase no se lo plantea; y sólo lo plantea mediante la constitución de los organismos de masas. No después, porque las razones que anteriormente hacían imposible la dirección de la clase por la clase misma se suprimen con la victoria de la revolución (de otro modo nunca se suprimirían).

Cierto es que durante ese período llega a ser decisiva la cuestión de las relaciones entre la dirección revolucionaria y la clase; y también es igualmente cierto que la discusión de esta cuestión en la actualidad no sirve para nada. La constitución de una *dirección revolucionaria* bajo el régimen de explotación no se opone, en modo alguno, a la supresión de toda dirección separada durante el período post-revolucionario; por el contrario, creemos que forma una de sus presuposiciones. Desde

este punto de vista, todo depende del sentido, de la orientación y de la ideología en las que se desarrolla y educa esa *dirección*, y de la manera cómo concibe sus relaciones con la clase y las realiza. Además, esta *dirección* del período prerrevolucionario sólo es *dirección* en un sentido especial —*propone objetivos y medios, pero no puede imponerlos más que por la lucha ideológica y por su propio ejemplo*. En este sentido, la cuestión no es si debe haber o no *dirección*, sino cuál ha de ser su programa.

Por el contrario, durante el período revolucionario todo se sitúa en el plano de las relaciones de fuerza. Una minoría constituida y coherente será un factor con un gran peso en los acontecimientos. Podrá —y quién puede afirmar de antemano que en ciertos casos no deberá— actuar bajo su propia responsabilidad, e imponer su punto de vista por la violencia. (*¿Hay en el grupo gente para quien la diferencia entre el 49 y el 51 % es la diferencia entre el bien y el mal? ¿O que exigiría un referéndum panproletario para decidir la insurrección?*). Por consiguiente, podría ser una *dirección* en el pleno sentido del término. Por otra parte, habrá la clase en su conjunto, organizada y probablemente armada. Si la *dirección* se ha desarrollado en torno al programa justo, si la clase es suficientemente activa y consciente, la revolución significará la reabsorción de la *dirección* en la clase. En el caso contrario, y de todos modos si la clase dimita —ante la *dirección* o ante el diablo— entonces la burocratización o la derrota es fatal, y la cuestión de saber si la nueva burocracia será la *ex-dirección revolucionaria*, o cualquier otro grupo, presenta poco interés. En cuanto a la *dirección*, no puede hacer nada más que educarse y educar a la vanguardia en el sentido del desarrollo de la actividad autónoma de la clase obrera y de su conciencia histórica.

La dirección revolucionaria bajo el régimen de explotación

Si el problema de la *dirección revolucionaria* se nos plantea como un problema permanente —lo que no quiere decir que siempre se resuelva, y menos aún de una manera adecuada— ello se debe a que reconocemos, por una parte, que la misma lucha de clases es permanente y, por otra parte y sobre todo, que el proletariado no puede ser y seguir siendo una clase revolucionaria si no lleva o tiende a llevar constantemente una lucha explícita, abierta, en la que se afirma como clase aparte con objetivos históricos propios, que de hecho son universales. Es este carácter de la lucha del proletariado, como sabemos, lo que diferencia al proletariado de las otras clases explotadas que le han precedido en la historia. Ahora bien, desde el momento que hay lucha explícita, se plantea un problema de *dirección* de esta lucha.

¿Qué significa *dirección*? Decidir sobre la orientación y las modalidades de una acción colectiva, de la acción de una colectividad o de un grupo. *Dirección es esta misma actividad dirigente; es además* —y esto es lo que aquí tratamos— *el sujeto de esta actividad, el cuerpo o el organismo que la ejerce*. Este sujeto puede ser el grupo o la colectividad en cuestión; también puede ser un cuerpo particular, interior o exterior al grupo, que actúa «*por delegación*» o *motu proprio*. En ambos casos, la noción de *dirección* está vinculada a la noción de *poder*, pues la aplicación de las decisiones de la dirección sólo puede garantizarse mediante la existencia de sanciones, luego de una coerción organizada.

Una *dirección* en el pleno sentido de la palabra sólo puede ejercerla, por consiguiente, una clase dominante o sus fracciones. Este será el caso del proletariado en el poder, y hemos visto que durante el período revolucionario surge un problema particular, a causa de la fragmentación del poder —o de la posibilidad generalizada de ejercer la violencia— que lo caracterizan.

En estas condiciones, ¿qué puede ser la *dirección* de una clase explotada y oprimida? Dado el carácter absoluto del poder en la sociedad actual (y en oposición a lo que podía ocurrir antaño, en las sociedades de castas por ejemplo) no puede haber coerción que venga del interior de la clase —a no ser que el que ejerce ese poder participe ya, de un modo u otro, en el sistema de explotación (así los sindicatos y los partidos reformistas o estalinistas). El acuerdo entre la dirección y la clase (o fracciones de la clase) sólo puede basarse, por tanto, en la adhesión voluntaria de la clase a las decisiones de la dirección. El único medio de «*coerción*», en el amplio sentido de la palabra, a disposición de esa dirección es la coerción ideológica, es decir, la lucha mediante las ideas y el ejemplo.

Resultaría estúpido querer establecer límites a esta lucha y a esta «*coerción*»; las únicas restricciones que se pueden alegar se refieren al contenido ideológico y se trata, por consiguiente, de otro tipo de discusión.

Por tanto, una dirección revolucionaria, en un régimen de explotación, no puede tener otro sentido que éste: *un cuerpo que decide sobre la orientación y las modalidades de acción de la clase o de fracciones de ésta y se esfuerza por que se adopten mediante la lucha ideológica y la acción ejemplar.*

La cuestión que ahora se plantea es ésta: *¿hay necesidad de semejante dirección —no en el sentido de una actividad dirigente, lo que es evidente, sino en el sentido de un sujeto particular de la dirección? ¿No puede ser la clase inmediata y directamente su propia dirección?* La respuesta es evidentemente negativa. *En las condiciones de la sociedad de explotación, la clase en su totalidad indiferenciada no puede ser su propia dirección.* Expondremos si es preciso, sobre este punto, la aplastante argumentación referente a ello.

Resulta imposible concebir esta *dirección* de otro modo que como un organismo universal, minoritario, selectivo y

centralizado. Estas son las determinaciones clásicas del *partido*, aunque poco importa el nombre en esta cuestión. Sin embargo, la época actual añade a estas determinaciones una nueva, aún más esencial: el partido es en la forma y en el fondo un organismo único, en otras palabras, el único organismo (permanente) de la clase en las condiciones del régimen de explotación. No hay y no puede haber una pluralidad de formas de organización a las que pueda yuxtaponerse o superponerse. En particular, las organizaciones que tienden supuestamente a enfrentarse con los problemas económicos en tanto que problemas particulares (sindicatos) son imposibles como organismos proletarios. El organismo político-económico de lucha contra la explotación es un organismo unitario y único. En este sentido, la distinción entre partido y «comités de lucha» (o cualquier otra forma de organización minoritaria de la vanguardia obrera) se refiere exclusivamente al grado de clarificación y de organización y a nada más. Este carácter exclusivo del organismo dirigente se manifiesta claramente en las más modernas condiciones del régimen de explotación (dictadura burocrática o régimen de guerra) en las que una pluralidad de formas de organización o de dirección resulta impensable. E incluso es evidente en las condiciones «*caducas*» del mundo occidental. En efecto, no es posible, ni desde el punto de vista de los problemas implicados ni desde el punto de vista de las personas que participan en ellas, crear de una manera permanente una organización «*de fábrica*» y una organización «*política*» separadas e independientes. Desde este punto de vista, la distinción entre la «*organización de los obreros*» y la «*organización de los revolucionarios*» ha de desaparecer al mismo tiempo que la concepción teórica que está en su raíz.

Constitución de una dirección en el período actual

De los tres elementos necesarios para la constitución de una dirección (programa, forma de organización, terreno material de constitución) es el último, es decir, la existencia y la naturaleza actual de una vanguardia potencial, el que debe atraer nuestra atención. Que sepamos, ningún camarada ha impugnado hasta el momento que fuese posible definir un programa y que pudiese haber una forma de organización correspondiente al contenido de ese programa y a las condiciones de la época actual. Por el contrario, existe controversia no tanto sobre la naturaleza de la «*vanguardia*» actual como sobre su apreciación y su significación histórica.

La definición concreta de la «*vanguardia*» actual en la que el conjunto del grupo [S. ou B.] está más o menos de acuerdo es que ésta es el conjunto de los obreros conscientes de la naturaleza del capitalismo y del estalinismo como sistemas de explotación y que se niegan a sostenerlos, tanto a uno como al otro, mediante su acción. Ciertamente es que aún más profundamente, y en particular a través del estalinismo, estos obreros cuestionan todos los problemas, tanto los referentes a los objetivos como a los medios de la lucha de clases. Como ya se ha dicho desde hace tiempo en el grupo, la actitud de esta vanguardia es esencialmente negativa y crítica. En tanto que tal, significa indiscutiblemente una superación. Toda la cuestión radica en: *¿una superación de qué?*

En nuestra opinión, una superación del contenido tradicional del programa, de las formas tradicionales de organización y, en particular, de las formas de la actividad tradicional de las «*direcciones*». Esto en cuanto a su valor objetivo. En cuanto a su contenido concreto, es evidente que va mucho más lejos. Es casi seguro que el conjunto de estos obreros no

sólo rechazan la solución tradicional de estos problemas, sino que además *ponen en duda en general que pueda haber una solución*; es seguro, en otras palabras, que no creen, en la actualidad, en la capacidad del proletariado para convertirse en clase dominante.

¿Podemos sacar de esto una conclusión en cuanto al fondo de estos problemas? Quizás, pero entonces hay que sacarla en toda la línea. Si los obreros relativamente más conscientes creen en la actualidad que toda *dirección* está destinada a corromperse, y si esa creencia prueba que ello es realmente así, el mismo razonamiento puede probar que todo programa es un engaño o que el proletariado nunca será capaz de ejercer realmente el poder; pues eso es igualmente lo que piensan estos obreros.

En realidad, este estado de conciencia y la actitud que resulta de ella reflejan, por un lado, una toma de conciencia — inmensamente positiva— del fracaso de las respuestas tradicionales, y en tanto que tales preparan indiscutiblemente el futuro; pero igualmente reflejan, por otro lado, la coyuntura mundial y, en particular, la inaudita presión que la actual relación de fuerzas ejerce en todos los individuos de la sociedad — incluidos los miembros de nuestro grupo— y en esta medida sólo representan, por así decirlo, el peso puro y simple de la materia histórica, materia que, por otra parte, está transformándose rápidamente y que en no mucho tiempo será engullida por el pasado.

Verdad es que mientras la vanguardia se sitúe en ese terreno, la cuestión de la constitución de una *dirección* no puede plantearse como una tarea *práctica*. Para ello será preciso que la presión de las condiciones objetivas coloque de nuevo a los obreros más conscientes ante la necesidad de actuar.

Papel y tareas del grupo

Esto no significa en modo alguno que el grupo no tenga desde ahora un papel que desempeñar, papel que tiene una importancia histórica. El grupo sólo puede actualmente —y es el único en hacerlo, salvo error u omisión— proseguir la elaboración de una ideología revolucionaria, definir un programa, realizar un trabajo de difusión y de educación que son preciosos incluso si sus resultados no se manifiestan de un modo inmediato. La realización de estas tareas es una presuposición esencial para la constitución de una *dirección*, cuando ésta sea objetivamente posible.

La comprensión de estas cosas no es difícil y resultaría sorprendente que estos puntos puedan ser por sí mismos objeto de una discusión. Si no obstante lo son, ello se debe a que el grupo no es un sujeto lógico, a que está formado por individuos que forman parte de la misma sociedad que analizamos tan adecuadamente cuando se trata de los demás, y a que estos individuos sufren la misma y enorme presión histórica que actualmente aplasta a la clase obrera y a su vanguardia. La mayor parte de los camaradas del grupo participan consciente o inconscientemente del estado de ánimo descrito anteriormente, y es probable que no vean ya muy claramente las razones de su adhesión al grupo. La consecuencia de ello es que su participación en el trabajo del grupo es casi nula, con lo cual el trabajo del grupo y el propio grupo están amenazados con desaparecer. Pero este fenómeno, y las conclusiones que de él se deducen, forman parte de otra discusión. Incluso si la «*discusión sobre el partido*» sólo conduce a conclusiones sobre tal o cual tipo de tareas, será preciso que haya camaradas que estén dispuestos a sacrificar algo para que esas tareas, cualesquiera que sean, sean realizadas.

II. Primera carta de Anton Pannekoek

Hemos recibido del camarada Anton Pannekoek la carta que más abajo publicamos con la respuesta del camarada Chaulieu [Cornelius Castoriadis]. Es sin duda superfluo recordar a nuestros lectores la larga y fecunda actividad de militante y teórico de A. Pannekoek, su lucha contra el oportunismo en el seno de la II Internacional ya antes de 1914, la actitud decididamente internacionalista durante los años 1914-18 del grupo animado por él y Gorter, su crítica al naciente centralismo burocrático del partido bolchevique desde 1919-20 (conocida en Francia sólo por la respuesta de Lenin en *La enfermedad infantil del comunismo*; la *Respuesta a Lenin* de Gorter también ha sido publicada en francés). Esperamos que pronto podremos publicar en esta Revista algunos extractos de su obra *Los consejos obreros*, publicada en inglés después de la guerra.

SouB, 8 de noviembre de 1953

Querido camarada Chaulieu.

Le agradezco mucho la serie de los once números de «*Socialisme ou Barbarie*» que dio al camarada B... para mí. Los he leído (aunque todavía no íntegramente) con extremado interés, a causa de la gran concordancia de puntos de vista que revelan entre nosotros. Probablemente usted habrá llegado a la misma comprobación con la lectura de mi libro *Los consejos obreros*. Durante muchos años me había parecido que el pequeño número de socialistas que desarrollaban estas ideas no había aumentado; el libro fue ignorado y silenciado por la prensa socialista (salvo, recientemente, en el «*Socialist Leader*» del I.L.P.). Fue pues una gran satisfacción para mí ver que otro grupo había llegado a las mismas ideas por una vía independiente. El dominio completo de los trabajadores sobre su trabajo, que usted expresa

diciendo: «*Los propios trabajadores organizan la gestión de la producción*», yo lo he descrito en los capítulos sobre «*la organización de los talleres*» y «*la organización social*». Los organismos que los obreros necesitan para deliberar, formados por asambleas de delegados, que ustedes llaman: «*organismos soviéticos*», son los mismos que los que nosotros llamamos «*consejos obreros*», «*Arbeiterräte*», «*Worker's councils*».

Por supuesto existen diferencias; las trataré, considerando esto como un intento de contribución a la discusión en su revista. Mientras que usted restringe la actividad de esos organismos a la organización del trabajo en las fábricas tras la toma del poder social por los trabajadores, nosotros los consideramos como siendo igualmente los organismos mediante los cuales los obreros conquistarán ese poder. Para conquistar el poder no necesitamos un «*partido revolucionario*» que tome la dirección de la revolución proletaria. La idea del «*partido revolucionario*» es un concepto trotskista que encontró adeptos (desde 1930) entre numerosos ex-partidarios del P.C. decepcionados por su práctica. Nuestra oposición y nuestra crítica se remontaban ya a los primeros años de la revolución rusa y se dirigían contra Lenin, estando suscitadas por su giro hacia el oportunismo político. O sea, que nosotros hemos permanecido fuera de las vías del trotskismo; nunca estuvimos bajo su influencia y consideramos a Trotsky como el más hábil portavoz del bolchevismo, que tendría que haber sido el sucesor de Lenin. Sin embargo, tras haber reconocido en Rusia un naciente capitalismo de Estado, nuestra atención se dirigió principalmente hacia el mundo occidental del gran capital, donde los trabajadores tendrán que transformar el capitalismo más altamente desarrollado en un comunismo real (en el sentido literal de la palabra). Trotsky, por su fervor revolucionario, cautivó a todos los disidentes que el estalinismo había echado fuera del P.C. y al inocularles el virus bolchevique los hizo casi incapaces de comprender las nuevas grandes tareas de la revolución proletaria.

Dado que la revolución rusa y sus ideas todavía poseen una enorme influencia en las mentes, es necesario comprender más profundamente su carácter fundamental. En pocas palabras, se trataba de la última revolución burguesa, pero realizada por la clase obrera. Revolución burguesa⁽¹⁾ significa una revolución que destruye el feudalismo y abre el camino a la industrialización, con todas las consecuencias sociales que ésta implica. La revolución rusa, por tanto, está en la misma línea que la revolución inglesa de 1647 y la revolución francesa de 1789, con sus continuaciones de 1830, 1848, 1871. Durante todas estas revoluciones, los artesanos, los campesinos y los obreros han proporcionado el potencial masivo necesario para destruir al antiguo régimen; luego, los comités y los partidos de los hombres políticos que representaban a las capas ricas, que constituían la futura clase dominante, se pusieron en primer plano y se apoderaron del poder gubernamental. Era la solución natural, ya que la clase obrera todavía no estaba madura para gobernarse a sí misma; la nueva sociedad también era una sociedad de clases, en la que los trabajadores estaban explotados; semejante clase dominante necesita un gobierno compuesto por una minoría de funcionarios y de hombres políticos. La revolución rusa, en una época más reciente, parecía ser una revolución proletaria, ya que los obreros eran sus autores mediante sus huelgas y sus acciones de masas. Luego, sin embargo, el partido bolchevique poco a poco logró apropiarse del poder (la clase trabajadora era una pequeña minoría frente a la población campesina); de ese modo, el carácter burgués (*en el más amplio sentido del término*) de la revolución llegó a ser dominante y tomó la forma del capitalismo de Estado. Desde entonces, por lo que respecta a su influencia ideológica y espiritual en el mundo, la revolución rusa se convirtió en lo exactamente opuesto a la revolución proletaria,

⁽¹⁾ En el texto: «*Revolución de las clases medias*» (*Middle class revolution*) en el sentido inglés de «*clases medias*», es decir, burguesía. [Como se verá, esta traducción es cuestionada por Pannekoek en su segunda carta.]

que ha de liberar a los obreros y hacerlos dueños del aparato de producción.

Para nosotros, la tradición gloriosa de la revolución rusa radica en que, en sus primeras explosiones de 1905 y 1917, fue la primera en desarrollar y mostrar a los trabajadores del mundo entero la forma organizativa de su acción revolucionaria autónoma, los *soviets*. De esta experiencia, posteriormente confirmada aunque a menor escala en Alemania, hemos extraído nuestras ideas sobre las formas de acción de masas, propias de la clase obrera, que tendrá que aplicar para su propia liberación.

Exactamente al contrario vemos las tradiciones, las ideas y los métodos surgidos de la revolución rusa, cuando el P.C. se apoderó del poder. Esas ideas, que únicamente sirven de obstáculo para una acción proletaria correcta, constituyeron la esencia y el fundamento de la propaganda de Trotsky.

Nuestra conclusión es que las formas de organización del poder autónomo, expresadas con los términos «*soviets*» o «*consejos obreros*», han de servir tanto para la conquista del poder como para la dirección del trabajo productivo tras esa conquista. En primer lugar, porque el poder de los trabajadores sobre la sociedad no puede obtenerse de otro modo, por ejemplo, por lo que se denomina un *partido revolucionario*. En segundo lugar, por que esos *soviets*, que más adelante serán necesarios para la producción, sólo pueden formarse a través de la lucha de clases para la conquista del poder.

Creo que en este concepto desaparece el «*nudo de contradicciones*» del problema de la «*dirección revolucionaria*». Pues la fuente de las contradicciones radica en la imposibilidad de armonizar el poder y la libertad de una clase que gobierna su destino, con la exigencia de que obedezca a una dirección formada por un pequeño grupo o partido. Pero *¿podemos mantener esa exigencia?* Decididamente, contradice a la idea más citada de

Marx, a saber, que la liberación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos. Además, la revolución proletaria no puede ser comparada a una rebelión única o a una campaña militar dirigida por un mando central, y ni siquiera a un período de luchas semejante, por ejemplo, al de la Revolución Francesa, que no fue más que un episodio en el ascenso de la burguesía al poder. La revolución proletaria es mucho más vasta y profunda; es la accesión de las masas del pueblo a la conciencia de su existencia y de su carácter. No será una convulsión única; pasará a ser el contenido de todo un período en la historia de la humanidad, durante el cual la clase obrera tendrá que descubrir y realizar sus propias facultades y su potencial, como también sus propios objetivos y métodos de lucha. He tratado de elaborar algunos de los aspectos de esta revolución en mi libro *Los consejos obreros*, en el capítulo titulado «*La revolución obrera*». Por supuesto, todo ello sólo proporciona un esquema abstracto, que podemos utilizar para emitir una opinión sobre las diversas fuerzas en acción y sus relaciones.

Ahora, es posible que usted pregunte: pero entonces, en el marco de esta orientación, *¿para qué sirve un partido o un grupo y qué tareas tiene?* Podemos estar seguros de que nuestro grupo no llegará a gobernar a las masas trabajadoras en su acción revolucionaria; a nuestro lado existen media docena o más de otros grupos o partidos, que se llaman revolucionarios, pero que difieren todos ellos en su programa y en sus ideas; y comparados al gran partido socialista no son más que liliputienses. En el marco de la discusión contenida en el n.º 10 de su revista, se afirma, con razón, que nuestra tarea es fundamentalmente una tarea teórica: *encontrar e indicar, mediante el estudio y la discusión, el mejor camino para la acción de la clase obrera*. Las lecciones que de ahí puedan sacarse, sin embargo, no han de dirigirse solamente a los miembros del grupo o del partido, sino a las masas de la clase obrera. Sólo ellas tendrán que decidir, en sus mítines de fábrica y sus consejos, la mejor forma de actuar. Sin embargo, para que

se decidan de la mejor manera posible, han de ser instruidas mediante opiniones bien consideradas y provenientes del mayor número de lados posible. Por consiguiente, un grupo que proclama que la acción autónoma de la clase obrera es la principal fuerza de la revolución socialista, considerará que su tarea primordial es llegar a los obreros; por ejemplo, mediante octavillas populares que aclararán las ideas a los obreros al explicar los cambios importantes en la sociedad y la necesidad de una dirección de los obreros por ellos mismos en todas sus acciones como en futuro trabajo productivo.

Estas son algunas de las reflexiones que me ha suscitado la lectura de las discusiones altamente interesantes publicadas en su revista. Además, he de declararle cuánto me satisficieron los artículos sobre «El obrero americano»⁽²⁾, que clarifican en gran parte el enigmático problema de esta clase obrera sin socialismo, y el instructivo artículo sobre la clase obrera en Alemania

Oriental⁽³⁾. Espero que su grupo todavía tendrá la posibilidad de publicar otros números de su revista.

Excúseme el haber escrito esta carta en inglés; me resulta difícil expresarme en francés de un modo satisfactorio.

Muy sinceramente, suyo

Ant. Pannekoek

⁽²⁾ «S. ou B.», 1 al 8.

⁽³⁾ «S. ou B.», 7 y 8.

III. Respuesta al camarada Pannekoek *por Cornelius Castoriadis*

Querido camarada Pannekoek,

Su carta ha proporcionado gran satisfacción a todos los camaradas del grupo; satisfacción por ver nuestro trabajo apreciado por un camarada tan respetado, que ha dedicado toda su vida al proletariado y al socialismo; satisfacción por ver confirmada nuestra idea sobre la existencia de un profundo acuerdo entre usted y nosotros en los puntos fundamentales; satisfacción, en fin, por poder discutir con usted y enriquecer nuestra revista con esa discusión.

Antes de discutir los dos problemas que aborda usted en su carta (*naturaleza de la revolución rusa, concepción y papel del partido*), querría subrayar los puntos en los que se manifiesta nuestro acuerdo: autonomía de la clase obrera como medio y como objetivo de su acción histórica, poder total del proletariado en el plano económico y político como único contenido concreto del socialismo. Por otra parte, y a este respecto, quisiera disipar un malentendido. No es exacto que restrinjamos «*la actividad de estos organismos (soviéticos) a la organización del trabajo en las fábricas después de la toma del poder...*». Pensamos que la actividad de los organismos soviéticos —o consejos obreros— se extenderá, después de la toma del poder, a la organización total de la vida social, es decir, que en tanto sea necesario un organismo de poder, su papel lo cumplirán los consejos obreros. Tampoco es exacto que limitemos el papel que puedan desempeñar los consejos al período siguiente a la «*toma del poder*». Tanto la experiencia histórica como la reflexión muestran que los

consejos no podrán ser organismos que expresen verdaderamente a la clase si son creados, por así decirlo, mediante decreto al día siguiente de una revolución victoriosa, que sólo serán algo si son creados espontáneamente por un profundo movimiento de la clase, por tanto, antes de la *«toma del poder»*; y si es así, es evidente que desempeñarán un papel primordial durante todo el período revolucionario, cuyo inicio viene marcado precisamente (como decía en mi texto sobre el partido del n.º 10)⁽⁴⁾ por la constitución de los organismos autónomos de las masas.

Donde existe una verdadera diferencia de opinión entre nosotros es en la cuestión de saber si, durante este período revolucionario, esos consejos son el único organismo que desempeña un papel efectivo en la conducción de la revolución y, en menor medida, la de saber qué papel y qué tareas corresponden mientras tanto a los militantes revolucionarios. Es decir, en la *«cuestión del partido»*.

Usted dice que *«para conquistar el poder no necesitamos un “partido revolucionario” que tome la dirección de la revolución proletaria»*. Y más adelante, después de haber recordado con mucha razón que a nuestro lado hay una media docena de partidos o grupos que apelan a la clase obrera, usted añade: *«Para que (las masas en sus consejos) se decidan de la mejor manera posible, han de ser instruidas por opiniones bien consideradas y provenientes del mayor número posible de lados»*. Temo que esta visión de las cosas no corresponda en nada a las características a la vez más fehacientes y más profundas de la situación actual y previsible de la clase obrera. Pues estos otros partidos y grupos, de los que usted habla, no representan simplemente opiniones diferentes sobre la mejor manera de hacer la revolución, y las sesiones de los consejos no serán tranquilas reuniones de reflexión en las que, después de las

⁽⁴⁾ *La dirección proletaria.*

opiniones de sus diversos consejeros (los representantes de los grupos y partidos), la clase obrera se decidirá a seguir una vía más bien que otra. Desde la constitución de los organismos de la clase obrera, la lucha de clases pasará al seno mismo de esos organismos: allí la trasladarán los representantes de la mayoría de esos «*grupos o partidos*» que apelan a la clase obrera pero, en la mayoría de los casos, representan los intereses y la ideología de clases hostiles al proletariado, como los reformistas y los estalinistas. Incluso si allí no se presentan bajo su forma actual, se presentarán bajo cualquier otra, estemos seguros de ello. Con toda probabilidad, al principio tendrán una posición dominante. Y toda la experiencia de los últimos veinte años —de la guerra de España, de la ocupación e inclusive de la experiencia de la más ínfima reunión sindical actual— nos enseña que los militantes que tengan nuestras opiniones tendrán que conquistar por la lucha incluso el derecho a la palabra en el seno de esos organismos.

La intensificación de la lucha de clases durante el período revolucionario tomará inevitablemente la forma de la intensificación de la lucha de las diversas fracciones en el seno de los organismos de masas. En estas condiciones, decir que una organización revolucionaria de vanguardia se limitará a «*instruir mediante opiniones bien consideradas*» a los consejos es, creo, lo que en inglés se llama un «*understatement*»⁽⁵⁾. Desde luego, si resulta que los consejos del período revolucionario son asambleas de sabios en las que nadie turba la tranquilidad necesaria para una reflexión bien sopesada, seríamos los primeros en felicitarnos por ello; estamos seguros, en efecto, que nuestro parecer prevalecería si las cosas sucediesen de ese modo. Pero sólo en este caso podría el «*partido o grupo*» limitarse a las tareas que usted le asigna. Y este caso es con mucho el más improbable. La clase obrera que formará estos consejos no será una clase diferente de la que

⁽⁵⁾ Expresión que peca por exceso de moderación.

existe en la actualidad; habrá dado un enorme paso hacia delante, pero, tomando una expresión célebre, todavía llevará en sus costados los estigmas de la situación de la que procede. Todavía estará dominada en su superficie por influencias profundamente hostiles, a las que en un principio sólo se opondrán su voluntad revolucionaria todavía confusa y una vanguardia minoritaria. Esta, con todos los medios compatibles con nuestra idea fundamental de la autonomía de la clase obrera, tendrá que aumentar y profundizar su influencia en los consejos, y ganar para su programa a la mayoría. Incluso quizás tenga que actuar antes, ¿qué tendrá que hacer si, representando a un 45% de los consejos, llega a su conocimiento que un partido neoestalinista cualquiera se prepara para tomar el poder al día siguiente? ¿No tendrá que intentar apoderarse de él inmediatamente?

No creo que usted esté en desacuerdo con todo esto; creo que a lo que usted apunta sobre todo en sus críticas es a la idea del partido «*dirección revolucionaria*». Sin embargo, he intentado explicar que el partido no podía ser la dirección de la clase, ni antes, ni después de la revolución: ni antes, porque la clase no le sigue y porque todo lo más sólo podría dirigir a una minoría (y aún así, «*dirigirla*» en un sentido muy relativo: influenciarla mediante sus ideas y su acción ejemplar); ni después, ya que el poder proletario no puede ser el poder del partido, sino el poder de la clase en sus organismos autónomos de masas. El único momento en que el partido puede acercarse a un papel de dirección efectiva, de cuerpo que intenta imponer su voluntad incluso por la violencia, puede ser en una cierta fase del período revolucionario que precede inmediatamente al desenlace de éste; algunas decisiones prácticas importantes pueden tener que ser tomadas en otro lugar distinto a los consejos, si los representantes de organizaciones de hecho contrarrevolucionarias participan en ellos, y el partido puede comprometerse bajo la presión de las circunstancias en una acción decisiva incluso si no es seguido en los votos por la

mayoría de la clase. El hecho de que actuando de ese modo el partido no actúe como un cuerpo burocrático cuyo objetivo es imponer su voluntad a la clase, sino como la expresión histórica de la propia clase, depende de una serie de factores, sobre los que ya se puede discutir ahora en abstracto, pero cuya apreciación concreta sólo podrá manifestarse en aquel momento; qué proporción de la clase está de acuerdo con el programa del partido, en qué estado ideológico está el resto de la clase, cómo se desarrolla la lucha contra las tendencias contrarrevolucionarias en el seno de los consejos, qué perspectivas ulteriores hay, etc. Establecer desde ahora una serie de reglas de conducta para los diversos casos posibles sería sin duda pueril; podemos estar seguros de que los únicos casos que se presentarán serán los casos no previstos.

Hay camaradas que dicen: trazar esta perspectiva es dejar el camino abierto a una posible degeneración del partido en el sentido burocrático. La respuesta es: no trazarla significa aceptar desde ahora la derrota de la revolución o la degeneración burocrática de los consejos, y ello ya no como una posibilidad, sino como una certidumbre. En resumidas cuentas, negarse a actuar por miedo a transformarse en burócrata me parece tan absurdo como renunciar a pensar por miedo a equivocarse. Del mismo modo que la única «garantía» contra el error consiste en el ejercicio del propio pensamiento, la única «garantía» contra la burocratización consiste en una acción permanente en un sentido antiburocrático, luchando contra la burocracia y demostrando en la práctica que es posible una organización no burocrática de la vanguardia, y que a su vez puede organizar relaciones no burocráticas con la clase. Pues la burocracia no nace de concepciones teóricas falsas, sino de las propias necesidades de la acción obrera en una cierta etapa de ésta, y es en la acción donde hay que demostrar que el proletariado puede prescindir de la burocracia. En resumidas cuentas, permanecer sobre todo preocupado por el miedo a la burocratización es

olvidar que en las condiciones actuales una organización sólo podrá conseguir una influencia notable en las masas si es capaz de expresar y realizar sus aspiraciones antiburocráticas; es olvidar que un grupo de vanguardia sólo podrá lograr una verdadera existencia si se modela perpetuamente sobre estas aspiraciones de las masas; es olvidar que ya no hay espacio libre que pudiera ocupar una nueva organización burocrática. Y esto es lo que explica en última instancia el permanente fracaso de los intentos trotskistas por crear de nuevo pura y simplemente una organización «*bolchevique*».

Añadiré, para concluir lo dicho sobre el asunto, que tampoco creo que se pueda decir que en el período actual (y de ahora a la revolución) la tarea de un grupo de vanguardia sea una tarea «*teórica*». Creo que esa tarea también es —es sobre todo— de lucha y de organización. Pues la lucha de clases es permanente, a través de sus alzas y bajas, y la maduración ideológica de la clase obrera se realiza a través de esa lucha. Ahora bien, el proletariado actualmente está dominado por las organizaciones (sindicatos y partidos) burocráticas, con lo cual las luchas se vuelven imposibles, son desviadas de su objetivo de clase o conducidas a la derrota. Una organización de vanguardia no puede asistir indiferente a ese espectáculo, ni limitarse a aparecer como el pájaro de Minerva al anochecer, que deja caer de su pico octavillas que explican a los obreros la razón de su derrota. Ha de ser capaz de intervenir en esas luchas, combatir la influencia de las organizaciones burocráticas, proponer a los obreros modos de acción y de organización: e incluso a veces ha de ser capaz de imponerlos. En ciertos casos, quince obreros resueltos de la vanguardia pueden poner en huelga una fábrica de cinco mil, si están dispuestos a arrollar a algunos burócratas estalinistas, lo cual ni es teórico, y ni siquiera democrático, ya que esos burócratas siempre han sido elegidos por los propios obreros con una mayoría de votos bastante confortable.

Antes de terminar esta respuesta querría añadir dos palabras sobre nuestra segunda divergencia, que a simple vista sólo tiene un carácter teórico: la relativa a la naturaleza de la revolución rusa. Creo que caracterizar a la revolución rusa como una revolución burguesa es violentar los hechos, las ideas y el lenguaje. Que en la revolución rusa hubo varios elementos de una revolución burguesa —en particular, la «*realización de las tareas burguesas democráticas*»— es algo que siempre ha sido reconocido e, incluso antes de la propia revolución, Lenin y Trotsky los utilizaron como base de su estrategia y de su táctica. Pero en aquella etapa precisa del desarrollo histórico y con la configuración de las fuerzas sociales en Rusia, esas tareas sólo podía abordarlas la clase obrera que, al hacerlo, no tendría más remedio que plantearse al mismo tiempo tareas esencialmente socialistas.

Usted dice: la participación de los obreros no basta para definir el movimiento. Por supuesto, desde el momento que un combate se convierte en un combate de masas, los obreros están presentes, ya que son las masas. Sin embargo, el criterio no es éste; se trata de saber si los obreros se encuentran allí como la pura y simple infantería de la burguesía o si combaten por sus propios objetivos. En una revolución en la que los obreros luchan por la «*Libertad, Igualdad y Fraternidad*» —y cualquiera que sea el significado que subjetivamente dan a esas consignas—, son la infantería de la burguesía. Cuando luchan por «*Todo el poder a los soviets*», luchan por el socialismo. La revolución rusa fue una revolución proletaria porque el proletariado intervino en ella como fuerza dominante con su propia bandera, a cara descubierta, con sus reivindicaciones, sus medios de lucha, sus propias formas de organización: no sólo constituyó organismos de masas que tendían a apropiarse de todo el poder, sino que incluso llegó a la expropiación de los capitalistas y empezó a realizar la gestión obrera de las fábricas. Todo esto convierte a la revolución rusa en una revolución proletaria, cualquiera que haya

podido ser su suerte posterior, del mismo modo que ni sus debilidades, ni su confusión, ni su derrota final impiden que la Comuna de París haya sido una revolución proletaria.

Esta divergencia puede parecer a simple vista teórica; sin embargo, creo que tiene una importancia práctica en la medida que manifiesta una diferencia de metodología con respecto a un problema actual por excelencia: *el problema de la burocracia*. El hecho de que la degeneración de la revolución rusa no haya dado lugar a una restauración de la burguesía, sino a la formación de una nueva capa explotadora, la burocracia; que el régimen que dirige esta capa, a pesar de su profunda similitud con el capitalismo (en tanto que dominación del trabajo muerto sobre el trabajo vivo), difiera de él en una gran cantidad de aspectos que no se pueden desdeñar, so pena de condenarse a no comprenderlo; que esa misma capa, desde 1945, esté extendiendo su dominación en el mundo; que en los países de Europa occidental esté representada por partidos profundamente arraigados en la clase obrera, todo esto nos obliga a pensar que limitarse a decir que la revolución rusa fue una revolución burguesa equivale a cerrar los ojos voluntariamente ante las características más importantes de la situación mundial hoy día.

Espero que esta discusión proseguirá y se profundizará y creo inútil repetirle que acogeremos con profundo placer en «Socialisme ou Barbarie» todo lo que tenga a bien enviarnos.

Fraternalmente.

S. ou B., n° 14, abril 1954.

IV. Segunda carta de Anton Pannekoek

Querido camarada Chaulieu,

He comprobado con mucho placer que ha publicado en su revista «*Socialisme ou Barbarie*» una traducción de mi carta, anotada con observaciones críticas, de tal modo que puedan participar sus lectores en una discusión sobre cuestiones fundamentales. Como expresa el deseo de proseguir la discusión, le envié algunas observaciones sobre su respuesta. Naturalmente, sigue habiendo divergencias de opinión que pueden manifestarse con mayor claridad en la discusión. Esas divergencias normalmente son el resultado de una apreciación diferente de lo que se considera como puntos más importantes, lo que a su vez está relacionado con nuestras experiencias prácticas o con el medio en el que uno se encuentra. En lo que a mí respecta, se trató del estudio de las huelgas políticas en Bélgica (1893), en Rusia (1905 y 1917), en Alemania (de 1918 a 1919); estudio con el que intenté llegar a una clara comprensión de las características fundamentales de esas acciones. Su grupo vive y trabaja entre la agitación de clase de los obreros de una gran ciudad industrial; por consiguiente, su atención está totalmente concentrada en un problema práctico: cómo podrían desarrollarse métodos de lucha eficaces más allá de la lucha ineficaz de los partidos y de las huelgas parciales de la actualidad.

Naturalmente, no pretendo que las acciones revolucionarias de la clase obrera se desarrollarán todas ellas en una atmósfera de apacible discusión. Lo que pretendo es que el resultado de la lucha, a menudo violenta, no viene determinado por circunstancias accidentales, sino por lo que está vivo en el pensamiento de los obreros, como la base de una conciencia sólida adquirida por la experiencia, el estudio o sus discusiones.

Si el personal de una fábrica ha de decidir hacer o no una huelga, la decisión no se toma dando un puñetazo sobre la mesa, sino normalmente mediante discusiones.

Usted plantea el problema de un modo totalmente práctico: *¿qué tendría que hacer el partido si detrás de él tuviese el 45 % de los miembros de los consejos y temiese que otro partido (neoestalinista que se esfuerza por conquistar el régimen) intentara tomar el poder por la fuerza?* Su respuesta es ésta: habría que tomarle la delantera haciendo lo que tememos que él va a hacer. *¿Cuál será el resultado definitivo de semejante acción?* Contemple lo que ha pasado en Rusia. Allá existía un partido, con buenos principios revolucionarios, influenciados por el marxismo, y con la seguridad, además, del sostén de los consejos ya formados por los obreros; no obstante, estuvo obligado a tomar el poder y el resultado fue el estalinismo totalitario (si digo «*estuvo obligado*» quiero decir que las circunstancias no estaban bastante maduras para una verdadera revolución proletaria. En el mundo occidental, en el que el capitalismo está más desarrollado, las circunstancias sin duda están más maduras; dándonos la medida de ello el desarrollo de la lucha de clases). Entonces, debemos plantearnos la cuestión: *¿podrá salvar a la revolución proletaria la lucha del partido tal como usted la propone?* Me parece que más bien se daría un paso hacia una nueva opresión.

Sin duda, siempre habrá dificultades. Si la situación francesa, o mundial, exigiese una lucha en masa de los obreros, los partidos comunistas en seguida intentarían transformar la acción en una demostración pro-rusa en el marco del partido. Es preciso llevar a cabo una lucha enérgica contra esos partidos. Pero no podemos vencerlos siguiendo *sus* métodos. Esto sólo es posible practicando nuestros *propios* métodos. La verdadera forma de acción de una clase en lucha es: *¡la fuerza de los argumentos, basada en el principio fundamental de la autonomía de las decisiones!* Los obreros sólo pueden prevenir una opresión

proveniente del partido comunista mediante el desarrollo y el fortalecimiento de su propio poder de clase; es decir, mediante su unánime voluntad de tomar bajo su control y dirigir los medios de producción.

La principal condición para la conquista de la libertad para la clase obrera es que la concepción del autogobierno y autogestión del aparato de producción esté arraigada en la conciencia de las masas. Ello concuerda, en cierta medida, con lo que escribió Jaurès sobre la Constituyente en su *Histoire socialiste de la révolution française*:

«Esa asamblea, totalmente nueva, que discutía sobre temas políticos sabía, apenas reunida, desbaratar todas las maniobras de la Corte. ¿Por qué? Porque tenía algunas grandes ideas abstractas, larga y seriamente maduradas, que le proporcionaban una visión clara de la situación.»

Por supuesto, ambos casos no son idénticos. En lugar de las grandes ideas políticas de la revolución francesa, se trata de las grandes ideas sociales de los obreros, es decir, la gestión de la producción por una cooperación organizada. En lugar de 500 diputados duchos en sus ideas abstractas adquiridas por el estudio, los trabajadores serán millones guiados por la experiencia de toda una vida de explotación en un trabajo productivo. Esta es la razón por la que veo las cosas de la siguiente manera.

La más noble y útil tarea de un partido revolucionario radica en enriquecer, mediante su propaganda en miles de pequeños diarios, folletos, etc., el conocimiento de las masas en el proceso de una conciencia siempre más clara y más vasta.

Ahora, algunas palabras sobre el carácter de la revolución rusa. La traducción de la expresión inglesa: «*middle class revolution*» por revolución burguesa no expresa exactamente su significado. Cuando en Inglaterra las llamadas *clases medias* tomaron el poder,

se componían en gran parte de pequeños capitalistas, o de hombres de negocios, propietarios del aparato industrial de producción. La lucha de las masas era necesaria para expulsar a la aristocracia del poder; pero a pesar de ese hecho, esas masas todavía no eran capaces de apoderarse por sí mismas del aparato de producción; la capacidad espiritual, moral y organizadora para hacerlo, los obreros sólo pueden conseguirla a través de la lucha de clases en un capitalismo bastante desarrollado. En Rusia no existía una burguesía de cierta importancia; la consecuencia de ello fue que, de la vanguardia de la revolución, nació una nueva «clase media» como clase dirigente del trabajo productivo, gestionaora del aparato de producción; pero no como un conjunto de propietarios *individuales*, que poseen cada uno de ellos una cierta parte de ese aparato de producción, sino como propietarios *colectivos* del aparato de producción en su totalidad.

En general podemos decir: si las masas trabajadoras (puesto que son el producto de las condiciones precapitalistas) todavía no son capaces de tomar la producción por su propia cuenta, entonces una nueva clase dirigente se convertirá inevitablemente en dueña de la producción. Es esta concordancia la que me permitía decir que la revolución rusa (*en sus características esenciales y permanentes*) era una revolución *burguesa*. Sin duda, el poder del proletariado en su acción de masas era necesario para destruir el poder del antiguo sistema (*y ésa fue una lección para los trabajadores de todo el mundo*). Sin embargo, una revolución social no puede obtener nada más de lo que corresponde a las características de las clases revolucionarias, y si fue necesario el mayor radicalismo posible para vencer todas las resistencias, más tarde fue preciso volver hacia atrás.

Esta parece una regla general de todas las revoluciones habidas hasta nuestros días: hacia 1793 la revolución francesa se fue volviendo cada vez más radical, hasta que los campesinos llegaron a ser definitivamente los amos libres del suelo y los

ejércitos extranjeros fueron rechazados; en ese momento, los jacobinos fueron masacrados y el capitalismo se presentó como nuevo amo. Cuando se miran las cosas de este modo, el curso de la revolución rusa fue el mismo que el de las revoluciones precedentes, que en Inglaterra, Francia, Alemania vencieron todas ellas al poder. La revolución rusa no fue, en modo alguno, una revolución proletaria prematura. *La revolución proletaria pertenece al futuro.*

Espero que esta explicación, aunque no contenga argumentos nuevos, podrá ayudar a clarificar algunas divergencias en nuestros puntos de vista.

Saludos fraternales de su

Anton Pannekoek

